HISTORIA incógnita
LOS PIRATAS CONTRA ROMA
La lucha por el dominio del Mediterráneo
Más de 100 años de historia en los que la piratería cilicia puso en grave peligro la economía y el comercio romanos
Luis Amela Valverde
nowtilus saber
A COLOR

HISTORIA incógnita
LOS PIRATAS CONTRA ROMA
La lucha por el dominio del Mediterráneo
Más de 100 años de historia en los que la piratería cilicia puso en grave peligro la economía y el comercio romanos
Luis Amela Valverde
nowtilus saber
A COLOR

Los piratas contra Roma

La lucha por el dominio del Mediterráneo

Los piratas contra Roma

La lucha por el dominio del Mediterráneo

L

UIS

A

MELA

V

ALVERDE

Colección: Historia Incógnita

Título: Los piratas contra Roma. La lucha por el dominio del Mediterráneo

Autor: © Luis Amela Valverde

Copyright de la presente edición: © 2024 Ediciones Nowtilus, S. L.

Camino de los Vinateros, 40, local 90, 28030 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Imagen de portada: Barcos romanos. Bajorrelieve de un sarcófago de Copenhague de finales del siglo

iii

d. C. Es una de las representaciones de veleros más antiguas de la historia. Actualmente está en la Gliptoteca Ny Carlsberg, Museo de Copenhague (Dinamarca). Las fotografías son de una copia expuesta en el Museo de la Navegación Antigua en Mainz, Alemania.

Coordinación editorial: Nemo Edición y Comunicación, SL

Corrección y maquetación de interiores: Nemo Edición y Comunicación, SL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN ebook: 978-84-1305-421-6

Fecha de edición: enero 2024

Depósito legal: M-33343-2023

Dedicado a los miembros del CEHIPOT

Índice

Introducción

Capítulo I. La aventura de ser pirata

Capítulo II. El mar Egeo

Capítulo III. La lucha de Roma contra la piratería antes de los cilicios

Capítulo IV. La piratería cilicia

Capítulo V. Roma se mueve

Capítulo VI. La década de los años 70 a. C.

Capítulo VII. Sobre islas

Capítulo VIII. La campaña de Pompeyo y el «fin» de la piratería

Bibliografía

Introducción

Cuando se habla o se piensa sobre la piratería, se hace referencia a la denominada «edad de oro de la piratería», que duró aproximadamente entre 1620 y 1726, aunque esta abarcó no solo el mar Caribe, sino muchos otros territorios. Pero la existencia de los piratas es tan antigua como la historia desde que el hombre comenzó a navegar. Los robos, razias, secuestros, etc., ya se dieron desde el inicio de los tiempos, y todavía en muchas partes del mundo se sigue hoy en día practicando, como el triste ejemplo Somalia.

Pero hay que tener en cuenta que la denominación de «pirata» no siempre fue peyorativa en la Antigüedad, como figura por ejemplo en la Odisea de Homero. Hay que entender que tal práctica era concebida como una actividad económica (como el «bandolerismo»), al igual, por ejemplo, que la caza o la pesca. Por ello, había pueblos que se dedicaban a la piratería como los heniocos de la costa oriental del mar Negro, por no mencionar casos más famosos como los ilirios de la costa oriental del mar Adriático o los etolios y los cre-tenses en aguas de Grecia. Evidentemente, la etiqueta de pirata era colocada a estos por sus víctimas y enemigos, pero ellos mismos no se identificaban como tales.

Una anécdota de Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a. C.), que desarrolló posteriormente Agustín de Hipona (siglo

v

d. C.), muestra hasta cierto punto la hipocresía que se escondía bajo esta denominación:

Así pues, si se elimina la justicia, ¿qué son los reinos sino grandes bandas de ladrones?, porque también las bandas de ladrones, ¿qué son sino pequeños reinos? Una banda es también una cuadrilla de hombres, se rige por el mando de un jefe, se cohesiona mediante un

pacto de asociación, el botín se reparte según la proporción convenida. Si esta calamidad crece por la adición de hombres perdidos hasta el punto de poseer territorios, establecer asentamientos, ocupar ciudades, someter naciones, se apropia más abiertamente del nombre de reino, que ya de forma manifiesta le confiere no la eliminación de la ambición, sino la legitimación de la impunidad. Realmente ingeniosa y veraz fue la respuesta que le dio a Alejandro Magno a un pirata que había sido apresado. Pues, al preguntarle dicho rey al personaje qué le parecía tener el mar infestado, aquel le respondió con libre insolencia: «Lo mismo que a ti tener infestado el orbe de la tierra; pero como yo actúo con un pequeño navío, me llaman pirata; y como tú lo haces con una gran flota, te llaman "rey"» (Agustín de Hipona, La Ciudad de Dios, 4, 4).

Uno de los problemas que se plantea al estudiar la piratería en el mundo clásico es el de la terminología, ya que los vocablos utilizados para identificar a los piratas, como leistes en griego o latro en latín, por ejemplo, se utilizan tanto para los bandidos de tierra como para los piratas del mar, lo que muchas veces lleva a equívocos. Igualmente, estos términos, como otros parecidos, esconden, asimismo, a los corsarios, que no tenían una palabra propia para designarlos, puesto que para sus víctimas poco importaba la «legalidad» de sus actos, y la piratería era considerada como una práctica más dentro de la dinámica de muchos pueblos. De esta forma, las acciones efectuadas por los etolios más bien debían englobarse en una «guerra de corso», que no en la piratería, y no fueron los únicos.

Por ejemplo, las tropas del tirano Dionisio I de Siracusa (405-367 a. C.) atacaron en el año 384 a. C., con una flota de entre sesenta y cien barcos, el puerto de Pirgi (Santa Se-vera), uno de los tres que poseía la ciudad-Estado etrusca de Caere (Cerveteri). Sus fuerzas desembarcaron por la noche, saquearon el santuario de Ilitía, de donde se dijo que lograron la enorme suma de mil talentos de oro y plata, un botín que atestigua la riqueza del lugar. Igualmente, los siracusanos arrasaron el campo cercano y se apropiaron tanto de mercancías como de personas. El pretexto de esta operación era eliminar la pirate-ría etrusca, aunque, sin duda, los etruscos

consideraron que los hombres de Dionisio I que saquearon Pirgi no eran más que piratas. ¡Todo es según el color del cristal con que se mire! La auténtica razón de la incursión era la búsqueda de dinero, así como implementar el dominio siracusano en el mar Tirreno, como lo muestra la breve ocupación de la isla de Elba.

Precisamente en el siglo

ii

a. C., cuando en el mar Mediterráneo se inició un periodo de gran actividad comercial, como reflejan los numerosos pecios recuperados de esta época, es cuando aparece el término griego peirates, que derivará en latín a pirata, de donde ha pasado a nuestro idioma, con el significado que le damos en la actualidad, el cual, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, en su tercera acepción, se define como una «persona que, junto con otras de igual condición, se dedica al abordaje de barcos en el mar para robar». Es en este momento cuando la designación de pirata hace referencia a una actividad ya claramente de carácter criminal, aunque no tardará en desvirtuarse al utilizarse, asimismo, esta denominación contra enemigos políticos ya en el siglo

i

a. C., no mucho después de que el famoso orador Cicerón haga uso por primera vez del término pirata en latín.

Un tema muy poco conocido por el gran público es que el desarrollo de la piratería llegó, en el primer tercio del siglo

i

a. C., a poner en graves problemas a la república romana, la gran potencia de la cuenca del Mediterráneo. Se trata de la denominada piratería cilicia (142/138-67 a. C.), que, desde sus bases en la Anatolia meridional, se fue expandiendo por el Mare Nostrum hasta que la palabra «cilicio» se convirtió en sinónimo de «pirata». Estos son los piratas por antonomasia del mundo antiguo. De hecho, existía un proverbio que decía: «Las tres peores kappas son Kappadokia, Krete y Kilikia [Capadocia, Creta y Cilicia]», en

referencia a la notoriedad de los habitantes de estas regiones como piratas y bandidos.

Esta situación se debió a varios factores. Primeramente, las potencias marítimas tradicionales que habían mantenido a raya a los piratas se encontraban en decadencia, tanto por la presión romana como por sus constantes querellas intestinas. Los seléucidas de Siria, los ptolomeos de Egipto y Chipre, y los rodios, por un motivo o por otro, descuidaron su flota de guerra, oportunidad que aprovecharon los piratas. Roma, la potencia hegemónica, no cubrió el vacío porque en un principio las actividades de los cilicios no les afectaban (incluso, algunos historiadores consideran que todo lo contrario, que los romanos apoyaron esta práctica para tener un suministro constante de esclavos para su economía), así como porque el mantenimiento de una armada era extraordinariamente caro, sobre todo si no existía un rival con quien medirse.

A lo anterior hay que sumar que las guerras sin fin que azotaron el Mediterráneo oriental, durante los últimos siglos anteriores al cambio de era, dieron origen a un número cada vez mayor de personas que no disponían de medios de subsistencia, por lo que el ejercicio de la piratería podía ser una solución a sus problemas. En este mismo sentido, salir de la pobreza también era un acicate para su práctica, como ejemplifica una falsa carta del epistológrafo ateniense Alcifrón (siglo

ii

d. C.), que reproducimos a continuación:

De Eucolimbo a Glauce:

Los indecisos suelen tomar sus determinaciones siguiendo el dictado de personas reflexivas. Yo, tras haber hablado muchas veces en el vacío (pues no me atrevía, mujer, a decirte nada), rompo ahora el silencio y te pido que, eligiendo lo más conveniente, me aconsejes. Escucha cómo está la cuestión y respecto de qué problema necesito tu parecer. Nuestra situación, como bien sabes, está en un callejón sin salida y nuestra vida adolece de una gran estrechez, ya que el

mar no nos da para comer. Pues bien, ese barco que tú ves, el batel equipado con numerosos remeros, es una nave coricia y su tripulación, unos piratas de Attalia. Estos quieren que yo participe en su aventurera empresa, prometiéndome a cambio bienes y bienes sin cuento. Ciertamente estoy con la boca abierta como un animal de presa en lo que respecta al oro y la vestimenta que me ofrecen, pero no soporto la idea de convertirme en un asesino y de manchar mis manos con sangre, manos que el mar ha conservado puras de toda iniquidad desde mi infancia hasta el momento presente. Seguir viviendo en la pobreza es duro e insoportable. Sopesa tú la elección entre estas dos opciones, pues, una vez que tú, mujer, te hayas inclinado en un sentido, yo te seguiré por ese camino, ya que el parecer de los seres queridos sirve habitualmente para zanjar una decisión dudosa (Alcifrón, Cartas, 1, 8, 1-4).

La mayor circulación de bienes, preferentemente a través del mar, cuya riqueza queda manifestada tanto en los textos literarios como en las excavaciones submarinas de naufragios, fomentó asimismo la piratería.

Roma, en el último tercio del siglo

ii

y primer tercio del siglo

i

a. C., tuvo que hacer frente a una serie de graves conflictos, por no hablar de los enfrentamientos, incursiones y escaramuzas a lo largo y ancho de su frontera. La primera guerra servil (135-132 a. C.), la guerra de Aristónico (133-129 a. C.), la guerra de la conquista de la Galia transalpina (125-121 a. C.), la guerra de la conquista de las islas Baleares (123-121 a. C.), la guerra cimbria (113-101 a. C.), la guerra de Jugurta (112-105 a. C.), la segunda guerra servil (104-100 a. C.), la guerra de los aliados (91-89/87 a. C.), la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), la primera guerra civil (88-81 a. C.), la segunda guerra mitridática (83-82 a. C.), la guerra sertoriana (82-72 a. C.), la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.) y la tercera

guerra servil (73-71 a. C.) dan idea de la violencia del periodo.

No es de extrañar que en este ambiente la piratería floreciera, tanto por la desidia de los poderes estatales que debían combatirla como por el constante enfrentamiento entre estos, que favorecía su actividad, hasta un punto en que ya no se atacaban barcos solitarios o pequeñas aldeas indefensas, sino que los piratas formaron auténticas flotas con las que asaltaron ciudades y santuarios, atacaron a la marina de guerra romana, y secuestraron a miembros de la nobleza, siendo el caso más célebre el del posterior dictador César.

Pero el mayor peligro vino de sus asaltos a los barcos mercantes, en especial a los que transportaban cereales a la ciudad de Roma, que ya en esta época estaba superpoblada, sin que la producción agrícola de Italia pudiera abastecerla de productos de primera necesidad. Inevitablemente, esto produjo carestía y conatos de hambruna, que diversas leges frumentariae intentaron paliar, hasta el punto de que el Senado decidió tomar cartas en el asunto.

Es en este momento cuando los piratas se convierten en «los enemigos comunes de la humanidad», en traducción libre de las palabras de Cicerón, es decir, del orden establecido por los romanos:

Por ejemplo, si no entregas a los ladrones el precio pactado por tu vida, no hay fraude alguno, aunque lo hubieras jura-do, porque un pirata no está considerado en el número de los enemigos de guerra, sino que es un enemigo común de todo el mundo, y como tal no puede tenerse en común ni la fidelidad ni el juramento (Cicerón, Los deberes, 3, 29, 107).

Y:

¿Qué particular de entre todos los mortales podrá retener dentro de

los muros de su casa a un enemigo acérrimo y peligrosísimo del pueblo romano o, mejor dicho, a un enemigo común de todos los pueblos y naciones? (Cicerón, Verrinas II, 5, 30, 76).

De lo anterior puede definirse que los piratas libraban una guerra sin autoridad legítima y que actuaban con fines de lucro y no elegían a sus víctimas en función de criterios políticos, sociales o étnicos. Por ello, en principio, si un general romano obtenía la victoria sobre los piratas, no le correspondería la celebración de un triunfo, sino de una ovación, puesto que el antagonista era humilde e indigno, como los esclavos.

La corona oval es de mirto. La llevaban los generales que entraban en Roma en medio de ovaciones. La razón por la que se celebra una ovatio y no un triunfo es que, o bien la guerra no había sido declarada ateniéndose al ritual, o bien había sido llevada a cabo contra un enemigo injustamente calificado de tal, o la categoría del enemigo era humilde y sin relevancia, como esclavos o piratas, o su rendición fue inmediata y «sin polvo», como suele decirse, y la victoria ha resultado incruenta (Aulo Gelio, Noches Áticas, 5, 6, 20).

Pero, curiosamente, los datos que tenemos hablan siempre de la obtención, por parte de los generales romanos victoriosos contra los piratas, de la celebración de triunfos, no de ovaciones, contra estos enemigos esquivos, lo que muestra tanto su peligrosidad como la importancia que se le dio en su tiempo a este fenómeno.

El objetivo de este libro es ofrecer una panorámica sobre los piratas que se enfrentaron con la Roma republicana en sus últimos siglos, en especial la piratería cilicia. Pero no por ello dejaremos de tratar a otros piratas, como, por ejemplo, los ilirios y los ligures. Para ello, utilizaremos las obras de un gran número de autores clásicos, en especial Polibio (siglo

ii

a. C.), Cicerón (siglo

i

a. C.), Diodoro Sículo (siglo

i

a. C.), Estrabón (cambio de era), Tito Livio (siglo

i

d. C.), Plutarco (siglo

ii

d. C.), Apiano (siglo

ii

d. C.) y Dion Casio (siglo

iii

d. C.), así como la epigrafía, mayormente proveniente del área del mar Egeo, un área azotada por la piratería hasta finales del siglo

xix

. Reproducimos textos y pasajes de esta época para ofrecer al lector un relato más colorido y vívido.

El primer capítulo trata de la aventura de ser pirata, es decir, de lo que podríamos denominar la vida cotidiana de estos salteadores del mar. No existe mucha información al respecto, debido al carácter de nuestras fuentes, pero afortunadamente las novelas griegas de época imperial romana nos proporcionan algunos valiosos datos.

Evidentemente, Roma no fue la primera potencia que intentó frenar la piratería. La Liga de Delos, que se reconvirtió en el Imperio ateniense, fue en el mar Egeo un freno a la piratería durante el siglo

a. C., pero, tras la muerte del rey macedonio Alejandro Magno (336-323 a. C.), las luchas por el poder de sus sucesores permitió de nuevo el resurgir de una piratería a una escala importante, de tal modo que muchos piratas se convirtieron en mercenarios o incluso llegaron a dirigir flotas de los distintos Estados en conflicto.

Figura 1. Atenas y la Liga de Delos al inicio de la guerra del Peloponeso (431 a. C.) (Wikimedia Commons).

En época helenística, la isla de Rodas jugó un papel clave en la lucha contra la piratería en el mar Egeo, en especial contra la procedente de la isla de Creta, durante los siglos iii y ii a. C. Este es el argumento del segundo capítulo, en el que Rodas se nos aparece como un antecedente de Roma en este campo. Como excursus, dedicamos un apartado al emirato de Creta, un Estado formado en

la Alta Edad Media por andalusíes expulsados de Córdoba que, cómo no, se dedicaron al pillaje y al saqueo como los habitantes de la isla cerca de mil años atrás.

El tercer capítulo está dedicado a la lucha de los romanos contra los piratas en la parte occidental del Mediterráneo: ilirios, ligures, sardos y baleáricos, con especial atención, como no puede ser de otra manera, a estos últimos. Analizaremos las causas por las que se decidió conquistar las islas Baleares, el desarrollo de la campaña, así como la fundación de las ciudades de Palma y Pollentia.

Los siguientes cinco y últimos capítulos los dedicamos a la piratería cilicia y a la lucha que Roma mantuvo con ella. Hablamos del crecimiento y expansión de este fenómeno, que llegó a todos los confines del Mediterráneo, así como de su organización interna. En un primer momento, fueron los aliados de los romanos los que tuvieron que hacer frente a esta amenaza, hasta que se documenta la primera campaña romana específicamente dirigida contra los piratas en el año 102 a. C. A partir de entonces, durante todo el primer tercio del siglo

i

a. C., es constante la presencia de estos bandidos del mar a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea, así como en numerosos conflictos bélicos.

Por nuestras páginas pasarán importantes personajes de la Roma contemporánea como Marco Antonio «el Orador» (cos. 99 a. C.) y Marco Antonio «Crético» (pr. 74 a. C.), abuelo y padre respectivamente del famoso triunviro Marco Antonio (cos. I 44 a. C.), Cayo Mario (cos. I 107 a. C.), Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.), Publio Servilio Vatia «Isáurico» (cos. 79 a. C.), Cayo Verres (pr. 74 a. C.), Marco Licinio Craso (cos. I 70 a. C.), Quinto Cecilio Metelo «Crético» (cos. 69 a. C.), Clodio (aed. 56 a. C.), Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) y Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.). Este último será el encargado de dirigir, en el año 67 a. C., la mayor campaña emprendida por Roma contra los piratas, que, si bien sus panegiristas dirán que acabó con esta actividad, tal cosa no era más que una quimera, aunque sí dio fin a la piratería como un grave problema para la república. Esta práctica

continuó en tiempos posteriores, pero no será hasta la crisis del siglo

iii

d. C. en que realmente de nuevo se convierta en un auténtico peligro.

Cerramos el libro con un apartado bibliográfico referido específicamente al tema de la piratería que hemos tratado en esta obra, obviando obras generalistas, sobre provincias, así como biografías de los diversos personajes mencionados, a fin de que el lector pueda ampliar a su gusto la información que aquí se contempla[1].

NOTA

[1] Cuando se mencionan los años de reinado de un monarca, estos figuran entre paréntesis. Si es la vida de una persona, los años figuran entre corchetes. Las abreviaturas de los magistrados romanos son: aed., edil; cos., cónsul; dict., dictador; pr., pretor; vir pr., pretor (en fecha desconocida); tr. pl., tribuno de la plebe.

Capítulo I

La aventura de ser pirata

Antes de empezar nuestra historia, consideramos de mucho interés hablar un poco sobre la vida de los piratas, algo verdaderamente difícil para esta época por la falta de testimonios. En cualquier caso, se pueden observar ciertas pautas de comportamiento en los piratas de cualquier época.

MÉTODOS Y TÉCNICAS

Debido a la categoría de nuestras fuentes, poco conocemos sobre la actividad y la vida diaria de los piratas. Es de suponer que actuaran como sus homólogos de otras épocas: astucia, sorpresa, emboscada, traición, huir cuando la situación lo requiera, una actividad esta última de la que se quejó el propio Cicerón. Afortunadamente, las novelas de época imperial romana nos ofrecen algunos datos de interés sobre sus acciones. Por ejemplo, en la novela de Heliodoro Las Etiópicas, puede observarse la persecución de un mercante que emprende un barco pirata y la reacción de los pasajeros ante tal descubrimiento, un texto un tanto farragoso para reproducir aquí, pero del que presentamos un breve resumen.

En esta obra, un barco mercante ha partido de Creta (isla famosa por su piratería); el timonel nota que un akation (un tipo de barco comercial ligero) seguía su rumbo y le preocupaba que pudiera estar tripulado por piratas. Algunos de los pasajeros le indican que no tenía por qué preocuparse, pues era perfectamente normal que los barcos pequeños siguieran el rumbo de los barcos mercantes más grandes con navegantes más experimentados. Pero el hecho de que la tripulación del akation fueran realmente piratas pronto se hizo evidente: seguía al barco mercante a vela mientras el viento lo

permitía, mientras que en los momentos de calma, cuando el mercante quedaba muerto en el agua, estos recurrían a sus remos para alcanzarlo. Vale la pena subrayar dos observaciones sobre este pasaje: primero, el hecho de que este tipo de embarcaciones se emplearan generalmente para el comercio les otorgaba un aire de inocencia tácticamente valioso que no compartían las galeras de asalto más obviamente depredadoras; segundo, su mayor navegabilidad las hizo más aptas para operar en condiciones más turbulentas y en actividades más prolongadas.

Localizar un barco en alta mar era realmente algo muy azaroso. Pero, hay que tener en cuenta que la navegación en este periodo era en gran medida de cabotaje, es decir, siguiendo la costa y, en caso contrario, había lugares en los que los navíos debían pasar de forma obligatoria, como, por ejemplo, el estrecho de Bonifacio, que separa las islas de Córcega y Cerdeña, o el estrecho de Citera, entre la península del Peloponeso y la isla de Creta, que ya de por sí era un peligro para los navegantes. El conocimiento de las rutas utilizadas por los barcos mercantes era una valiosa información para los piratas, que de esta forma podían efectuar sus emboscadas.

También los piratas podían esperar a las afueras de puertos de especial importancia, como Alejandría, la capital de Egipto, o los puertos sirios, por donde se exportaban los preciosos productos exóticos procedentes de los caminos de caravanas, como por ejemplo piedras preciosas y perlas de la India, perfumes de Arabia, etc., desde donde se redistribuían a toda la cuenca mediterránea. La misma actitud se podía tomar en los puertos de llegada, como Puteoli (Pozzuoli) en Italia, el único puerto de alta mar en época republicana situado a una distancia razonable de Roma, o en los grandes centros de intercambio, como Delos, o en las escalas imprescindibles según las rutas, como Apolonia en la Cirenaica, que constituía un precioso hito entre las costas desérticas de las Sirtes, por un lado, y la Marmárica, por el otro.

Los mercantes cargados únicamente con mercancías de alto valor debieron de ser bastante raros, por otro lado, debido a que los armadores asociaban objetos valiosos con materiales mucho más comunes durante las escalas: en la actualidad se considerarían como graneleros. La arqueología subacuática da cuenta de estas

estrategias comerciales donde se mezclan todo tipo de mercancías. Veremos más adelante diversos textos que mencionan la carga que transportaban ciertos barcos, así como hablaremos de varios pecios, algunos de los cuales se han asociado a la acción de la piratería.

INFORMANTES Y VIGILANTES

Para cometer sus fechorías, los piratas debían conocer relativamente el territorio donde actuaban, los posibles recursos existentes y los medios para evadirse en caso de ser descubiertos. Un elemento fundamental era que los malhechores tuvieran que tener «amigos» dentro de la población, delatores y espías que les permitieran estar informados de los movimientos de cargas sospechosos o interesantes presentes en un puerto, el itinerario de los barcos que tuvieran un especial interés, así como el tiempo de viaje, o incluso obtener suministros durante sus largos días de observación. Un interesante ejemplo es la experiencia relatada por el polifacético Apolonio de Tiana (siglo

i

d. C.), quien, cuando era piloto de un barco, fue abordado por emisarios de los piratas, a la búsqueda de información y de complicidad entre capitanes y marineros de las distintas naves.

En Las Etiópicas se señala que el pescador Tirreno (que el lector contemporáneo asociaría a los piratas debido a que con esta designación se hacía referencia a los etruscos que tenían fama de haberse dedicado a esta actividad) vendía pescado a Traquino, el líder de los piratas, «porque […] me pagan un precio más alto que los demás», lo que compensa el riesgo de no denunciarlos; si esto ocurría, podría ser considerado parte de la banda. Asimismo, el pescador Tirreno señala, en otro pasaje de la citada obra, al sacerdote egipcio Calasiris que:

Una banda de piratas, apostada en uno de los pliegues que forma el flanco de este promontorio, está al acecho del barco fenicio y espía con centinelas que se turnan permanentemente el momento en que zarpe la nave (Heliodoro, Las Etiópicas, 5, 3, 3).

No hemos de pensar que la asociación con los piratas era un comportamiento que se daba solo entre las capas bajas de la sociedad. Este tipo de complicidades ocurría en todos los estratos de la misma, incluidos los nobles, pues en una comedia de Plauto, Las Báquides (o Las gemelas), se menciona que un honorable propietario de Éfeso poseía una participación en una «faluca» de piratas. Sea como fuere, en Las Etiópicas también se da a entender que una gran parte de la población es honesta, debido a que Traquino se niega a realizar un secuestro cerca de la ciudad porque «los habitantes serían informados y vendrían a por nosotros».

El recurso al espionaje, a la mezcla con el resto de marineros, para obtener información, sería, al parecer de Estrabón, un invento de los piratas de Córico:

Antes de llegar a Eritras están, primero, la pequeña ciudad de Eras, que pertenece a los teios, luego Córico, un monte de gran altura, el puerto de Casistes a sus pies, otro puerto llamado Eritras y varios otros a continuación. Dicen que la travesía bordeando Córico es toda ella un lugar de piratas, de los llamados coriceos, que habían encontrado una nueva manera de atacar a los navegantes, pues dispersándose por los puertos se juntaban con los comerciantes que habían atracado en ellos y procuraban oír qué transportaban y a dónde navegaban, y luego se reunían y atacaban y saqueaban a los hombres cuando se habían hecho a la mar. De ahí que llamemos coriceo a todo aquel que es entrometido e intenta escuchar a los que conversan a escondidas y en secreto, y que digamos a modo de refrán: «A este le escuchó el coriceo», cuando alguien parece estar haciendo o diciendo algo en secreto, pero no consigue pasar inadvertido por culpa de personas que le espían y que curiosean sobre cosas que no les atañen (Estrabón, Geografía, 14, 1, 32).

Estrabón sitúa de manera errónea Córico en la región de Jonia (en la costa occidental de Anatolia) cuando, en realidad, estaba ubicada en Cilicia Traquea. ¡Cómo no iban a estar implicados los cilicios, los piratas por excelencia del siglo

i

a. C.! La situación de la ciudad está confirmada por las menciones a ella de Tito Livio, Plinio el Viejo, Pomponio Mela y Esteban de Bizancio. Incluso Estrabón menciona un promontorio del mismo nombre, en donde se encontraban la ciudad y la famosa cueva de Córico, donde se producía el mejor azafrán. Córico (Kiz Kalesi) era en realidad el puerto marítimo de la importante ciudad de Seleucia (Silifke), ella misma con un puerto fluvial en el río Calicadno (Göksu), a pocos kilómetros de su desembocadura, lo que la ponía a salvo de ataques procedentes del mar.

Por supuesto, la práctica de tener informantes debió de ser muy antigua. Todo el mundo tenía espías y observadores sobre los elementos de su interés, fuesen públicos o privados. Pero los de Córico debieron de llevar este hábito a un nivel industrial.

En Las Baquídes, el esclavo Crisalo señala cómo los piratas estaban al acecho del cargamento de oro que iba a transportar la nave en la que embarca:

La barca estaba al acecho de nuestra nave. Yo me pongo a observar qué es lo que se traen entre manos. Entre tanto, levamos anclas en el puerto. Cuando hubimos salido de él, los otros empiezan a seguirnos al remo, más ligeros que los pájaros y los vientos. En el momento en que me apercibo de sus intenciones, paramos el barco enseguida. Cuando ven que no nos movemos, empiezan ellos a retardar también su barca en el puerto (Plauto, Las Baquídes, 286-293).

Para conjurar el peligro, se vuelve al puerto, y el oro es descargado de la nave de manera ostentosa, para que los piratas se den cuenta de ello, y depositado en un lugar seguro: el templo de Diana (Artemisa) de Éfeso.

También en Las Etiópicas puede observarse, nunca mejor dicho, el papel de los vigilantes a la búsqueda de una presa:

El día había comenzado a sonreír hacía poco, y el sol aún iluminaba solo las cumbres. Unos hombres armados como piratas se asomaron por encima del monte que se levanta a lo largo de la desembocadura del Nilo, en la boca que se llama Heracleótica, se detuvieron un momento y comenzaron a recorrer con la vista el mar que se extendía a sus pies. Echaron primero una ojeada hacia alta mar, pero como no se divisaba ningún barco que pudiera prometer botín para los piratas, volvieron su mirada a la ribera cercana. Lo que allí había era lo siguiente: una nave mercante, anclada y sujeta por las amarras, vacía de marinos, pero repleta de cargamento. Esto último, aun desde lejos como estaban, no les era difícil colegirlo así, porque el peso hacía que el agua alcanzara hasta por encima de la tercera línea de flotación (Heliodoro, Etiópicas, 1, 1, 1-3).

Por el contrario, los propios marineros informaban a su llegada a puerto de la situación del mar, tanto sea las condiciones climáticas como de la posible presencia de piratas, como se refleja en un discurso de Cicerón:

Porque si quienes ya entran en el puerto (procedentes de alta mar) suelen informar con el mayor interés a los que salen de él, tanto acerca de la marcha de los temporales como sobre los piratas y sobre los lugares peligrosos (porque es natural que ayudemos a los que se van a meter en los mismos riesgos que nosotros hemos pasado) (Cicerón, En defensa de Lucio Licinio Murena, 4).

Para evitar a los piratas, en la primera mitad del siglo

i

a. C., en el momento álgido de la piratería, muchos mercantes prefirieron enfrentarse a los riesgos meteorológicos de la navegación invernal, o navegar con las velas plegadas o de noche. El filósofo y botánico Teofrasto llegó a definir a inicios de la época helenística al cobarde como aquella persona que en un viaje por mar confundía los promontorios con piratas. En una frase lapidaria de Plutarco, señaló: «El mar no teme a los que no navegan […], los piratas no temen a los que se quedan en casa […]».

EL ATAQUE

El método de ataque más fácil era el cabotaje, en el cual se sigue la línea de la costa y se ataca a un lugar que parezca poco defendido. Se localiza, pues, una población, se evalúan las fuerzas de uno y otro, y los piratas atacan si se consideran superiores; de lo contrario, siguen su camino. A menudo, los textos antiguos mencionan este estado de inseguridad, así como la necesidad de colocar vigías para poder dar la alarma tan pronto como una vela sospechosa se encuentre a la vista. No es raro hoy en día encontrar en el Mediterráneo torres de vigía que tenían esta función, aunque las que se conservan en la actualidad son de época moderna. Tito Livio, al narrar la batalla del río Ebro en la primavera del año 217 a. C., en el marco de la segunda guerra púnica (218-201 a. C.), señaló que: «En Hispania, situadas en enclaves elevados, hay muchas torres que son utilizadas como atalayas y a la vez como defensas contra los piratas».

Para evitar ser descubiertos antes de tiempo, los piratas parecen usar una nave típica de la región para pasar desapercibidos. Este es el truco utilizado en la novela de Longo Dafnis y Cloe por «unos piratas tirios, que tripulaban una nave caria para no pasar por extranjeros». No va a ser este el único ejemplo en que los piratas son de origen fenicio, los archienemigos de los griegos durante

siglos, pues hay que tener en cuenta que, si bien estas novelas son, como hemos dicho, escritas durante el Imperio romano, sus autores son de origen griego, así como el idioma en la que se redactan.

Claro que no siempre podemos creer a pie juntillas, como indica Ph. De Souza, lo que se nos menciona en este tipo de obras literarias. Un ejemplo de ello acontece en Dafnis y Cloe, cuando los piratas desembarcan para efectuar una razia en tierra y van equipados como hoplitas de opereta, lo que de ser cierto les impediría efectuar ciertas maniobras como el abordaje:

[…] se volcó la embarcación y, cuando las olas se cerraron, acabó de naufragar. Los hombres se arrojan de la nave, pero con esperanzas diversas de salvarse: los piratas tenían ceñidos sus machetes, estaban revestidos de sus petos escamosos y calzaban grebas hasta media pierna […]. A aquellos, pues, después de nadar un breve rato, sus armaduras los arrastraron hasta el fondo […] (Longo, Dafnis y Cloe, 1, 30, 2-4).

El objetivo es que los malos de la película, con perdón de la expresión, reciban su justo castigo, para satisfacción del lector. Lo mismo puede señalarse de otro pasaje de Las Etiópicas, en la que los piratas son incapaces de gobernar el barco que han capturado, como si no supieran nada del mar y de sus condiciones atmosféricas:

Comenzó a oírse un ruido sordo de viento que se aproximaba, y casi al momento se precipitó sobre nosotros una tormenta violenta e impetuosa que llenó a los piratas de inesperada turbación. Habían abandonado su barco, por lo que el azote del viento los sorprendió cuando estaban en el buque mercante dedicados al pillaje del cargamento, y no sabían cómo gobernar una nave tan grande. Todos al azar se distribuían una parte de la maniobra, y cada uno improvisaba una función, con arrojo, pero con incompetencia. Unos tiraban de las velas atropelladamente; otros manejaban los cables

con total falta de destreza; a uno le había correspondido la proa, sin saber nada de ella; otro se ocupaba de la popa y los timones. Y lo que sobre todo nos arrojó al peligro más inminente no fue la violencia del oleaje, que por otro lado no había alcanzado todavía su punto culminante, sino la impericia del piloto; este aguantó mientras hubo algo de luz diurna, pero claudicó en cuanto las tinieblas se enseñorearon del lugar (Heliodoro, Las Etiópicas, 5, 27, 2-4).

Perseguir a un barco mercante en el mar presentaba una perspectiva bastante diferente, en la que la habilidad marinera de la tripulación pirata era un factor crucial. Pero existe un elemento complementario que no se puede desdeñar, todo lo contrario: el clima. Hay que señalar que existía una importante disparidad tecnológica básica entre unos y otros. La nave pirata tenía la ventaja en mares tranquilos: los mercantes que dependían de las velas eran presa fácil para los atacantes y sus remos les permitían operar de manera eficiente en tales condiciones, como ilustra este epigrama, fechado en el siglo

i

a. C.:

El destino es imprevisible: /

La puesta de los Cabritos es terrorífica para los marineros, pero para Pirón mucho más hostil resultó ser la calma que / la tormenta: pues un veloz barco de piratas con doble fila de remeros alcanzó su nave, que estaba retenida por la ausencia de viento / y el que huía de la tormenta encontró la muerte por culpa de la calma. / ¡Ay, desdichado, qué funesto fondeadero! (Antología Palatina, 7, 640).

Por otro lado, los buques mercantes podían surcar con mayor facilidad mares agitados, condiciones que eran extremadamente

peligrosas para las embarcaciones piratas menos aptas para navegar, en particular las galeras de asalto.

En Efesíacas se nos narra el abordaje de un barco en el que van los protagonistas (que corren todo tipo de aventuras) por el pirata Corimbo, que nos ofrece una vívida ilustración de la situación:

Casualmente, habían estado anclados junto a ellos en Rodas unos piratas, fenicios de linaje, en un gran trirreme. Echaron el ancla como si llevaran mercancías, y eran muchos y valientes. Estos se informaron de que en la nave había oro y plata y muchos esclavos de alto precio. En consecuencia, decidieron atacarla y matar a los que les opusieran resistencia y a los demás llevarlos a Fenicia para venderlos junto con las riquezas. Los despreciaban, considerándolos incapaces de luchar contra ellos.

El jefe de los piratas se llamaba Corimbo, hombre joven, de gran altura y mirada terrible. Llevaba los cabellos largos y sucios.

Después de que los piratas hubieron decidido esto, primero navegaron tranquilamente junto al navío de Habrocomes, y finalmente (era alrededor del mediodía, y todos los de la nave estaban acostados, por obra del vino o la pereza, dormidos los unos, otros sin fuerza) fueron contra ellos los hombres de Corimbo maniobrando con la nave (pues era un trirreme) con gran rapidez. Y cuando estaban cerca, saltaron a la nave armados, con las espadas desnudas. Y entonces unos se arrojaron a sí mismos por la sorpresa al mar y perecieron, y otros, que quisieron defenderse, fueron degollados (Jenofonte de Éfeso, Efesíacas, 1, 13, 1-5).

Por supuesto, no siempre los piratas triunfan en sus ataques, sean con un único barco o «en manada», es decir, cuando varias naves se asocian para atacar un objetivo aislado. Un texto de Macrobio nos menciona la presente anécdota:

Masurio Sabino, en el libro II de sus Memorias, da una explicación diferente de este epíteto, a saber: «Marco Octavio Herenio, flautista en su tierna juventud, perdida luego la esperanza en su oficio, se dedicó al comercio, tuvo éxito en los negocios y consagró a Hércules la décima parte de sus ganancias. Luego, cuando mercadeaba por mar, cercado por los piratas, opuso tenaz resistencia y se marchó victorioso. Hércules se le apareció en sueños y le hizo saber que se había salvado gracias a su intervención. Entonces, Octavio obtuvo de los magistrados un terreno y consagró al dios un templo y una estatua, y en la inscripción lo llamo Hércules Víctor. Dio, pues, al dios un epíteto que daba cabida tanto al testimonio de las antiguas victorias de Hércules, como al recuerdo de una anécdota reciente que había dado origen a un nuevo culto en Roma» (Macrobio, Saturnales, 3, 6, 11).

El templo mencionado en el texto sería el de Hércules Víctor o Hércules Oleario, situado en el Foro Boario de Roma (en la actual plaza de la Boca de la Verdad), que se construyó en época republicana, alrededor del año 120 a. C., el edificio de mármol más antiguo conservado en la Ciudad Eterna. Este monumento habría sido encargado por el rico comerciante de Tibur (Tívoli), Marco Octavio Herenio, quien lo dedicó a Hércules, protector de los productores de aceite, corporación a la que pertenecía este personaje. Hércules fue también el protector del comercio y de la trashumancia de los rebaños: su ubicación en el Foro Boario (la principal función de esta zona era el mercado de animales) no es, por tanto, casual. No todos los investigadores están de acuerdo con que Octavio fuera el responsable de la elevación del templo, y consideran que, en realidad, únicamente dedicó una estatua. De ser así, se ha considerado que su encuentro con los piratas pudo acontecer en la década de los años 70 a. C., pero esto es pura especulación.

Posiblemente, el arquitecto de este monumento fue Hermodoro de Salamina, al que igualmente se le hace responsable de la construcción del templo de Júpiter Estátor y otras obras en Roma. Un bloque, que probablemente fuera la base de la estatua venerada en el interior de la cella, lleva la inscripción a partir de la cual se ha

podido determinar a quién estaba dedicado el templo, así como el nombre del escultor de la estatua: el griego Escopas el Menor.

En cualquier caso, el templo confirma el poder económico de los mercaderes romanos, capaces de costear obras diseñadas por artistas griegos con el preciado mármol pentélico. En este sentido, hay que tener presente otro edificio contemporáneo a este, ubicado en Delos: el Ágora de los Italianos de Delos, donde al parecer tenía lugar el lucrativo mercado de esclavos, construido a expensas de romanos e itálicos que comerciaban en el mar Egeo.

Figura 2. Templo de Hércules Víctor de Roma (Wikimedia Commons).

Los ataques piratas, pues, en buena lógica, no siempre tenían éxito. Incluso, existía el riesgo para el pirata de ser capturado. He aquí un ejemplo en el alegato de Cicerón en el caso contra Cayo Verres (pr. 74 a. C.), que veremos infra más en profundidad, a finales de la década de los años 70 a. C.:

Aunque por culpa de esta avaricia de ese [Verres] había en Sicilia una flota de nombre, en realidad unas naves vacías para llevar botín al pretor, no miedo a los piratas, sin embargo, en una ocasión en que Publio Cesecio y Publio Tadio navegaban con sus diez naves a media dotación no capturaron, sino que condujeron cierto navío de piratas cargado de botín, claramente aprisionado y hundido por su propio peso. Estaba esta nave llena de jóvenes muy bellos, llena de plata labrada y acuñada, junto con abundante tapicería. Esta fue la única nave que no fue capturada por nuestra flota, sino hallada junto a Megárida, lugar que no está lejos de Siracusa (Cicerón, Verrinas II, 5, 25, 63).

La codicia de los piratas, que no quisieron desprenderse de ninguna parte del botín obtenido, fue la causa de su perdición.

Cómo no, el asalto a un navío en el mar o a una localidad en tierra tenía sus riesgos. Pero estos podían ser aminorados si el ataque se hacía a traición (¡lo que se esperaría de un pirata!). Las agresiones en un fondeadero o a pacíficos marineros que recargan sus suministros de agua eran habituales. He aquí un ejemplo:

Simultáneamente con todo lo narrado, Escerdílidas, que se creía tratado injustamente por el rey, porque le faltaba cobrar algo de la cantidad acordada en el pacto que hizo con Filipo, envió quince falúas, con la idea de cobrarse el dinero por medio de una astucia. Estas falúas recalaron en Léucade, donde todo el mundo las recibió como amigas, debido a que antes habían formado un frente común. No habían tenido tiempo ni posibilidad de causar ningún daño, pero cuando Agatino y Casandro, que eran de Corinto y navegaban junto a las naves de Taurión, fondearon a su lado, por creerles amigos, con cuatro naves, los de Escerdílidas atacaron a traición, capturaron las naves y los hombres y los enviaron a su jefe. Inmediatamente, zarparon de Léucade y pusieron rumbo al cabo de Malea, donde efectuaron pillajes y se llevaban a los comerciantes (Polibio, Historias, 5, 95, 1-4).

Escerdílidas, rey de los ilirios labeatas, en el año 217 a. C., dejó de apoyar al rey Filipo V de Macedonia (221-179 a. C.), aludiendo a que no había cobrado un subsidio de este, y decidió obtener el dinero por su cuenta. No se trata de un comandante cualquiera. Escerdílidas era hermano de Agrón, rey de los ilirios ardieos, y jugó un papel muy destacado tanto en la primera guerra ilírica (229-228 a. C.) como en la segunda guerra ilírica (219-218 a. C.) contra los romanos. Posiblemente, la derrota de la «reina» (en realidad, regente del hijo de Agrón, Pineo) Teuta en el primer conflicto mencionado llevó a Escerdílidas a proclamarse independiente, o quizás con la restauración o muerte del joven Pineo (217 a. C.). Sea como fuere, constituyó el inicio de la descomposición del gran reino ardieo (tradicionalmente mencionado como «ilirio»), y que prosiguió cuando, en el año 180 a. C., los dálmatas y los daorsos se libraron de su yugo.

Tampoco cuando se ataca una ciudad se escatiman los esfuerzos por engañar a sus defensores. De esta forma, en la primavera del año 229 a. C., poco antes del estallido de la primera guerra ilírica, las tropas de Teuta intentaron capturar el importante puerto de Epidamno (Durrës, que en época romana pasó a llamarse Dirraquio), que el poeta Cayo Valerio Catulo denominó «la taberna del [mar] Adriático» (él mismo estuvo en esta ciudad en el año 56 a. C.), mediante una curiosa treta, que reproducimos a continuación en palabras de Polibio:

Llegada la primavera, Teuta equipó esquifes en número superior al de antes y los mandó de nuevo a las regiones de Grecia. Una parte de ellos puso rumbo hacia Córcira, y la otra abordó en el puerto de Epidamno. En apariencia pretendía aguar y aprovisionarse, pero en realidad era una estratagema, un golpe de mano contra la ciudad. Los epidamnios los recibieron descuidadamente, porque no maliciaron nada, y los ilirios penetraron con los vestidos solamente, fingiendo ir a buscar agua, pero llevaban puñales ocultos en las vasijas. Degollaron a los centinelas de las poternas y se adueñaron rápidamente de los portales. Según lo previsto, desde los navíos se apoyó enérgicamente la acción, y así los ilirios conquistaron

fácilmente la mayor parte de las murallas. Los ciudadanos epidamnios no estaban preparados, porque no esperaban nada. Sin embargo, se aprestaron con valor a la defensa y lucharon; se opusieron largo tiempo a los ilirios y acabaron echándoles de la ciudad. En esta ocasión, pues, por su negligencia corrieron el peligro de perder la patria, pero por su valor aprendieron impunemente una lección para el futuro (Polibio, Historias, 2, 9, 1-6).

Como vemos en el ataque a Epidamno, no falta la capacidad de inventiva. Una táctica que se ha utilizado en más de una película sobre los piratas del mar Caribe.

Figura 3. Entrada a las antiguas murallas de Epidamno (Wikimedia Commons).

Un testimonio asombroso de la práctica de la piratería nos lo ha proporcionado un hallazgo arqueológico en la actual ciudad de Jerusalén. La Tumba de Jasón es un antiguo complejo de tumbas excavado en la roca en el distrito de Rechavia, en Jerusalén. Está ubicado en un pequeño parque en la calle Alfasi. Cuando este complejo se edificó, el lugar era campo abierto, bastante lejos de la ciudad; posiblemente, esta construcción se levantó aquí porque el terreno era propiedad de la familia. La tumba fue descubierta durante unos trabajos de construcción en febrero de 1956. Se reconstruyó la torre de ladrillo de forma piramidal y se dotó a los patios interiores de muros laterales de protección.

El complejo de la tumba es una secuencia lineal de tres patios abiertos y una sala principal subterránea. Esta última sala tiene una fachada con dos pilastras y una columna dórica central. Encima había una pirámide funeraria (nefesh).

Figura 4. Tumba de Jasón (Wikimedia Commons).

En este lugar fueron enterrados de dos a tres generaciones, con un total de treinta y cinco individuos. Según los excavadores, la tumba fue saqueada poco después de los últimos entierros. Dentro de la cueva hay ocho nichos de entierro. Para dejar espacio para enterramientos adicionales, los huesos se retiraron más tarde al osario ubicado enfrente. Las monedas de Juan Hircano I (135-104 a. C.) y Alejandro Janneo (103-76 a. C.) encontradas en el lugar datan

la construcción de la tumba en el periodo macabeo, posiblemente en la primera mitad del siglo

i

a. C., aunque esta fecha no es aceptada por todos los investigadores. De hecho, se han encontrado en este lugar seis inscripciones, siendo la más interesante para nosotros la que menciona a un tal Jasón, que parece ser del periodo herodiano, es decir, de finales del siglo

i

a. C.

Una inscripción griega en la sala principal llama al disfrute de la vida: «¡Alégrense, vivientes! El resto es beber como comer». Otra inscripción de la misma sala, pero en arameo, dice: «El [¿nido?] eterno hecho [?] para Jasón hijo de P.ws, mi hermano, [que en] paz descanses. Por lo tanto [?] He construido para ti una tumba y un monumento. [Que tú] estés [descansando en] paz; que [?] [...] Así, el eterno nido [?], amigos [?] [están] de hacer [?] para ti, que valieron [?] eso [?]. ¡Que descanse en paz! Ḥ ny [?] hijo de [?] [...] ese [?] nido [?]. [Para] todos nosotros [¿puede haber?] paz».

Una identificación con Jasón, el enviado del caudillo Judas Macabeo (166-160 a. C.), que viajó a Roma para negociar, no es posible, ya que el nombre de su padre era Eleazar. Este parece ser el personaje más importante aquí enterrado.

Se ha señalado que existía otra inscripción en la que se mencionaba que Jasón navegó hasta la costa de Egipto, pero tal epígrafe no existe. En cambio, también se ha conservado el siguiente texto, muy fragmentado, y que fue escrito por tres manos diferentes, con lo que todo él no puede tener relación ente sí: «[...] barco/mil [?] naves para/en un barco/mil [?], todos los hombres [?] de [?] [...] visto por [¿] tus ojos [?] [...]. Le'ah hija de Yehosef [...]». La traducción de la palabra que puede significar tanto «barco» como «mil» depende de la primera letra de la palabra, que no se ha conservado.

Figura 5. Un modelo de barco pirata o de guerra del periodo asmoneo, basado en un boceto al carboncillo del siglo

i

a. C., encontrado en la Tumba de Jasón (Wikimedia Commons).

Más interesante todavía es que, en la pared oeste de la sala principal, hay un dibujo inciso de unos cuatro metros de largo: una galera de una sola fila de remeros, en la que ya se encuentran combatientes armados en la proa (uno con un arco y una flecha [al que a veces se ha identificado con el propio Jasón]) y otro con una lanza, persigue a dos barcos más pequeños. Por este motivo, se ha considerado que muy probablemente la familia de Jasón hizo su fortuna a través de la piratería. Varios símbolos religiosos (menorot) están representados en la pared opuesta.

Hay que señalar que, al prepararse para la acción los antiguos buques de guerra, la vela se enrollaba o incluso se dejaba, junto con el mástil, en tierra. Solo los piratas se apartaron de este principio

para estar completamente preparados para la persecución de su presa o la huida en caso necesario. Dichos barcos piratas estaban especialmente equipados para permitir que el mástil, junto con la vela, se bajara rápidamente. En la pintura mencionada se sigue el citado procedimiento.

La actividad de los judíos se concentraba en las tierras altas de las montañas de Samaria y Judea, ubicadas a cierta distancia del Mediterráneo. Por lo tanto, estos inicialmente no eran muy propensos a las actividades marítimas. Pero esto puede haber cambiado en época del rey y sumo sacerdote Alejandro Janneo, cuando los judíos se apoderan de las poblaciones marítimas de Dora, Torre de Estratón (la posterior Cesarea), Rafia, Antedón y Gaza, con lo que la ciudad de Ascalón fue la única comunidad costera de Palestina que no fue incorporada al reino de Judea. Sin duda, esto abría nuevas expectativas para el estado asmoneo, entre las cuales estaría la piratería (al menos, desde el punto de vista de las posibles víctimas).

El dueño de la Tumba de Jasón fue probablemente una familia sacerdotal. Esto puede deducirse por su nombre, Jasón (equivalente al hebreo Joshua, común entre el alto clero de Jerusalén, como el sumo sacerdote Jasón [175-172 a. C.], del que se ha defendido que nuestro personaje fuera su nieto), la representación de menorahs (en alusión al templo), la evidencia de influencia griega, y el tamaño y la ostentación de la tumba. Igualmente, en apoyo a esta teoría, se ha indicado que también figura una inscripción en la que se menciona a un tal Honio, la forma judía de Onías, nombre que llevaron varios sumos sacerdotes, pero este extremo no ha sido verificado por otros investigadores.

Por su parte, recientemente D. Barag considera que la representación muestra en realidad una escena de liberación más que de piratería, perteneciente a la historia familiar de los dueños de la tumba. Es decir, nuestro personaje, Jasón, no se dedicará a la piratería, sino que pudo haber sido perseguido por los piratas. El viaje del Jasón legado de Judas Macabeo a Roma por lo que parece fue muy movido, y quizás la legación tuvo un enfrentamiento en el mar. El mismo investigador nos recuerda que, entre otros, un Antípatro hijo de Jasón fue enviado por Simón Macabeo (142-135

a. C.) a Esparta y, asimismo, un Diodoro hijo de Jasón lo fue a Roma por Juan Hircano I. Quizás todos ellos pertenecieran al mismo grupo familiar, que parece haber sido eliminado a la llegada al poder de Herodes I el Grande (40/37-4 a. C.), quien derrocó la dinastía asmonea.

Como curiosidad, existe en YouTube un documental sobre este tema con el título «Pirates in Jerusalem? The Story of Jason's Tomb, a Rock-Cut Tomb Dating to the First Century BC».

LOS NAUFRAGIOS Y LOS RAQUEROS

Los que habitaban las costas tenían que estar preparados, hasta cierto punto, para protegerse a sí mismos y sus propiedades de los visitantes inesperados procedentes del mar. Pero, a su vez, se podían ver tentados a efectuar de vez en cuando acciones depredadoras. En un momento de El Satiricón de Petronio, los tres aventureros, Gitón, Encolpio y Eumolpo, son arrojados a tierra, debido al hundimiento del barco en el que viajan por una tormenta, cerca de la ciudad calabresa de Crotona:

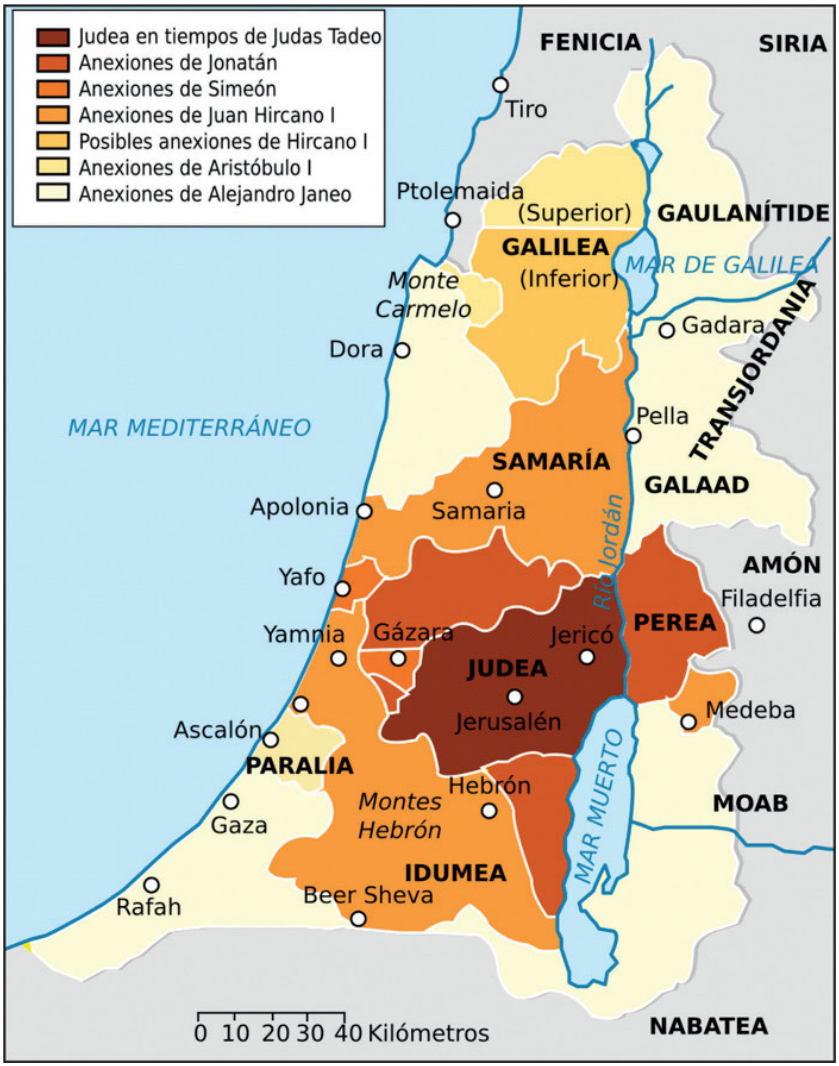

Figura 6. Fases de expansión bajo los asmoneos (Wikimedia Commons).

La tormenta, entretanto, cumple la misión que le encarga el destino y da el asalto a todo lo que quedaba del navío. Ya no había mástil, ni timón, ni cables, ni remos; flotaba sobre las olas como un bloque

mal desbastado y falto de la última mano […]. Acudieron entonces con presteza unos pescadores en sus minúsculas barcas, con intención de cazar la presa. Pero, al encontrarse con ciertos pasajeros dispuestos a defender lo suyo, su crueldad se trocó en afán de auxiliarnos (Petronio, El Satiricón, 114, 13-14).

Esta situación debió de ser bastante habitual en las costas. Difícilmente se puede catalogar a los pescadores citados por Petronio como piratas, ya que no pretenden luchar por su botín, sino arrebatárselo a quienes no podían retenerlo a causa de una tempestad o un naufragio, en cuyo caso el término «saqueadores» parece ser más apropiado para ellos.

La ubicación, sin duda, podía ser clave para esta práctica. Uno de estos sitios fue el famoso Faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo según Antípatro de Sidón, que fue construido por el rey egipcio Ptolomeo II (280-247 a. C.). César, durante un episodio acontecido durante la guerra de Alejandría (48-47 a. C.), nos señaló que:

Faro es una torre de gran altura y de magnífica construcción, colocada en una isla de la que recibe el nombre. Esta isla, situada frente a Alejandría, forma un puerto; pero los anteriores reyes colocaron en el mar moles en una longitud de novecientos pasos y así está unida con la ciudad por un camino estrecho y un puente. Hay en esta isla casas de los egipcios formando un barrio de la extensión de una ciudad; y cuando algunas naves, por desconocimiento del lugar o impulsadas por la tempestad, se apartan algo de su rumbo, suelen saquearlas como piratas (César, Comentarios sobre la guerra civil, 3, 112, 1-3).

El saqueo de naufragios es un tema bastante común en la literatura del principado, y también fue tratado en la legislación imperial. La propiedad de los bienes de un naufragio es discutida por Calistrato (siglo

d. C.) en el Digesto, y un edicto del emperador Adriano (117-138 d. C.) prohibió la incautación de dichos bienes. Para Ph. De Souza, los naufragios deliberados, usando luces falsas u otras señales para guiar a los barcos hacia rocas o bancos de arena, serían muy raros.

Figura 7. Dibujo del Faro de Alejandría realizado por el arqueólogo alemán H. Thiersch (1909) (Wikimedia Commons).

Por el contrario, para Cl. Sintes, los raqueros atacaban barcos que llegaban a perderse en su costa debido a las condiciones meteorológicas, pero igualmente podían atraer naves a pasajes difíciles para que sufrieran un siniestro. La táctica era simple, y se ha utilizado en todas las épocas. Primero hay que esperar a que los elementos sean favorables debido a que un viento o una corriente

que se llevara los bienes codiciados sería evidentemente algo contraproducente; cuando el momento había llegado y un barco aparecía en las cercanías, se encendían luces en medio de la noche para que los capitanes mercantes creyesen que estaban a la entrada de un puerto o de un lugar preestablecido cuando en realidad se dirigían hacia los arrecifes o a una trampa hecha por la mano del hombre. Solo resta recoger a los supervivientes para venderlos como esclavos y recuperar todo lo que puede ser susceptible de interés, carga si es manipulable, pero también aparejos del barco perdido, tablones, herrajes, etc. Los naufragadores son los únicos piratas que no necesitan conocer la navegación, aunque sin duda la mayor parte debían de tener actividades relacionadas en el mar. En este sentido, el escritor Dion Crisóstomo (siglo

i

d. C.) señaló que los habitantes del cabo Kafireas, entre el extremo sureste de Eubea y la isla de Andros, considerado el cabo más peligroso del mar Egeo, se dedicaban a esta práctica: «Encienden fuegos en las alturas para engañar a las naves con señales luminosas para que encallen en las rocas».

El naufragio era un hecho habitual, como lo demuestran los numerosos pecios que se han localizado en las costas del Mediterráneo y en otros mares, y que comentaremos más adelante.

EL BOTÍN

Para los piratas obligados a huir lo más rápido posible, la captura ideal es aquella en la que se asocia el mayor valor económico con el peso más bajo. Además de los esclavos de lujo, los artículos exóticos y de gran valor añadido eran el botín más a menudo citado en las novelas, debido al fuerte poder evocador entre el público. Barcos transportando metales preciosos, tanto en lingotes como en productos manufacturados (vajillas de plata y, más raramente, vajillas de oro), constituían el repertorio más popular. Ya hemos visto que el pirata Corimbo ataca el barco porque «en la nave había

oro y plata y muchos esclavos de alto precio».

La mayor parte de los bienes valiosos y frágiles no son detectables actualmente por la arqueología subacuática, pero los textos literarios nos ofrecen un interesante panorama. Una descripción de Cicerón, de finales de la década de los años 70 a. C., de una nave que llega al puerto de Siracusa en la isla de Sicilia ofrece un interesante ejemplo de las mercancías que se transportaban por mar:

Todos los que se acercaban a Sicilia bien cargados decían que eran soldados sertorianos y que huían de Dianio. Ellos, para evitar el peligro, ofrecían unos una púrpura tiria; otros, incienso y perfumes y tejidos de lino; otros, piedras preciosas y perlas; algunos, vinos griegos y esclavos asiáticos, para que comprendiera por las mercancías desde qué lugares navegaban. No habían previsto que constituía para ellos un motivo de peligro precisamente aquello que creían que usaban como prueba para su salvación. En efecto, eso aseguraba que lo habían obtenido gracias a alianzas con piratas, y mandaba que se los condujera a las Latomías, y se encargaba de custodiar celosamente sus naves y cargamentos (Cicerón, Verrinas II, 5, 56, 146).

Otro testimonio literario se encuentra en Plauto; en una de sus comedias, Estico, fechada en el año 200 a. C., un buque mercante, que iba de Éfeso a Atenas, transportaba una cantidad enorme de plata y de oro, lana y cantidades de púrpura, divanes de marfil y oro, tapicerías de Babilonia y colchas y alfombras, muchos perfumes de todas clases, una cantidad enorme de objetos de valor, más citaristas, flautistas, arpistas y bufones.

Un botín particularmente apreciado por los pueblos dedicados a la piratería, por razones económicas y de subsistencia, era el trigo, principalmente con destino a Roma. Apoderarse de estos cargamentos era de gran valor debido a que tenían que alimentar a poblaciones enteras ubicadas en regiones donde las costas escarpadas y recortadas no permitían el cultivo de cereales, por no

decir que, tras lograr «dinero fácil» con el saqueo, no muchos tendrían ganas de trabajar la tierra. Los textos nos indican que, precisamente por estas repetidas incautaciones de trigo (y también por el daño a la «majestad romana»), el Senado, empujado por un pueblo exasperado, resolverá lanzar una campaña militar contra los piratas. Hay muchas alusiones a este problema en las fuentes. Apiano, por ejemplo, señaló lo siguiente:

Y, de esta forma, también la guerra de Lúculo contra Mitrídates tuvo un final en absoluto seguro ni decidido. Pues los romanos, perturbados por la sublevación de Italia y acosados por el hambre a causa de que el mar estaba infestado de piratas, no consideraron oportuno mantener otra guerra de tanta magnitud hasta haber puesto fin a sus preocupaciones más perentorias (Apiano, Mitridática, 91).

Una simple cifra. Hay que tener en cuenta que, en sus Res gestae, el emperador romano Augusto (27 a. C.-14 d. C.) se jactó, en el año 5 a. C., de haber repartido sesenta denarios por cabeza a 320.000 plebeyos de la ciudad de Roma, cifra que ha sido utilizada por diversos investigadores para calcular la población total, una cifra que oscila entre 870.000 y 1.220.000 habitantes.

Culpar únicamente a los piratas de las dificultades de suministro de Roma y la escasez de alimentos resultante, que podía llegar incluso a originar hambrunas, parece ciertamente exagerado. Sin duda, tales actividades tuvieron un impacto importante en la navegación comercial, pero no fue el único factor por el que se producía escasez de trigo. Las condiciones climáticas, como sequías o fuertes lluvias, reducían de manera drástica la producción, así como, durante el transporte, las fuertes tormentas que afectaban el Mediterráneo incluso en verano podían ser mortales para los barcos mercantes, pesados y lentos, de poca maniobrabilidad.

A estas causas naturales se pueden añadir las ocasionadas por el hombre, como la mala gestión de stocks y circuitos, pero igualmente la especulación de los grandes mercaderes y

terratenientes, tanto para ganar dinero como para obtener reconocimiento (algo muy importante en la sociedad clásica del momento, ya que muchas magistraturas se obtenían por la popularidad de la que gozaban los distintos individuos) cuando entregaban el tan ansiado cereal de manera gratuita o a precios módicos. También los conflictos militares tanto internos como externos repercutían en los recursos disponibles, pues buena parte de ellos debía estar disponible para el ejército.

Varias medidas intentarán corregir estos efectos, como la propuesta del tribuno de la plebe Cayo Sempronio Graco (tr. pl. I 123 a. C.), que tenía como objetivo construir graneros públicos que permitieran disponer siempre de una reserva suficiente de trigo para impedir la escasez y la especulación. Los nobles se opusieron a esta medida para mantener un sistema tradicional donde podían controlar el mercado abriendo los graneros en el momento adecuado.

Por otro lado, no se ha de despreciar el factor psicológico. Ciertamente, es muy difícil para la gente atacar a los elementos naturales, lo que podía involucrar a la religión o a los poderosos, que podrían reaccionar de manera violenta. En cambio, los odiados piratas, «enemigos de todos», «enemigos de la humanidad», se convierten, pues, en el chivo expiatorio perfecto como responsables de la escasez de alimentos. Que ellos no eran los únicos responsables del problema queda de manifiesto en que las dificultades en el suministro de alimentos persistieron de manera episódica mucho después de que la campaña de Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.), efectuada en el año 67 a. C., hiciera desaparecer a la piratería como elemento perturbador a gran escala.

EL BOTÍN HUMANO

Sea como fuere, la mercancía más preciada para los piratas eran los seres humanos, que podían venderse fácilmente como esclavos en determinados mercados sin que se hicieran muchas preguntas. La ganancia estaba asegurada prácticamente, debido a la alta demanda

de esclavos existente. Pero, en contra de las opiniones manifestadas por muchos estudiosos, los piratas no eran responsables de la mayor parte de esclavos existentes: este lugar lo tienen reservado los diferentes conflictos militares de la época. Un solo ejemplo, tras la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.):

En este sentido, Polibio cuenta que Paulo arrasó setenta ciudades epirotas (la mayoría de ellas pertenecía a los molosos), tras la destrucción de Perseo y los macedonios; y asimismo redujo a la esclavitud a ciento cincuenta mil de sus habitantes (Estrabón, Geografía, 7, 7, 3).

Ello únicamente en una región, no precisamente rica, de Grecia. Podemos imaginarnos en las grandes campañas el número de personas que podían acabar esclavizadas por el vencedor. Según Plutarco, durante la guerra de las Galias (58-51/50 a. C.), un millón de personas fueron esclavizadas.

Los prisioneros, una vez en manos de los piratas, debían ser tratados relativamente bien para no perder valor. Después de una larga navegación, era necesario que los cautivos estuvieran en las mejores condiciones posibles, evitar la tez cerúlea resultante del mareo y tratar cualquier lesión o enfermedad que pudiera depreciarlos. Eso sí, al contrario que la mayoría del botín que podía obtenerse, podían denunciar a sus atacantes si se les daba la oportunidad, como se queja el ficticio capitán pirata Terón (aunque D. Jolowicz considera que el autor de la novela se basó en el personaje real de Sexto Pompeyo):

Porque el oro no tiene voz, ni la plata dirá de dónde la tomamos. Sobre estas cosas es posible componer una historia. Pero un botín que tiene ojos y oídos y lengua, ¿quién podría esconderlo? (Caritón de Afrodisias, Quéreas y Calirroe, 1, 10, 6-7).

Durante el periodo helenístico, la conexión entre la piratería y el comercio de esclavos parece especialmente prominente. Tanto textos literarios como inscripciones indican que la piratería fue una fuente importante de esclavos en este periodo. La evidencia literaria incluye la llamada «nueva comedia», ya que las obras de Menandro [ca. 342-ca. 292 a. C.], Plauto [ca. 254-184 a. C.] y Terencio [ca. 195/185-159 a. C.] a menudo presentan individuos que son capturados por piratas y vendidos como esclavos, que dejan claro que tales eventos eran una parte siempre presente de la vida en esta época. He aquí un ejemplo:

Aunque se adueñaron [los piratas] de tres personas, no les pareció muy ventajoso llevarse a la vieja; en cambio, se llevaron a la niña y a un esclavo a Milasa, en Caria. Allí se van al mercado y, mientras el criado estaba sentado con su amita en brazos, se acercó un capitán a los que estaban en venta, preguntó cuánto era, lo oyó, lo aceptó y efectuó la compra. Entonces, otro esclavo de los que había por allí a la venta (lo habían revendido muchas veces), que estaba al lado del criado, le dijo: «¡Ánimo, amigo, os acaba de comprar el sicionio, un militar muy bueno y rico…!» (Menandro, El sicionio, acto 1, líns. 3-14).

Del azote de la piratería no se libraban ni los mismos dioses. Una muy conocida anécdota de Dioniso (también llamado Baco), dios del vino, narra su secuestro por unos piratas y el castigo que estos sufren por su sacrilegio. Reproducimos un texto de Apolodoro por su brevedad en la exposición:

Para cruzar de Icaria a Naxos [Dioniso] alquiló una trirreme de piratas tirrenos. Estos, habiendo embarcado, con el propósito de venderlo, pasaron de largo por Naxos y pusieron rumbo a Asia, pero Dioniso convirtió el mástil y los remos en serpientes y llenó el barco de yedra y sonido de flautas. Los piratas, enloquecidos, se arrojaron al mar y se transformaron en delfines; de este modo, los hombres comprendieron que era un dios y lo honraron (Apolodoro,

Biblioteca, 3, 5, 3).

Figura 8. Mosaico romano norteafricano: Pantera-Dioniso dispersa a los piratas, que se transforman en delfines, excepto Acoetes, el timonel; siglo

ii

d. C. (Museo Nacional del Bardo) (Wikimedia Commons).

Por otro lado, los individuos parecen haber confiado mucho en los lazos diplomáticos y comerciales de sus ciudades y Estados para protegerlos de la captura y venta como esclavos. Los prisioneros podían ser transportados a largas distancias y vendidos lejos de sus hogares, lo que reducía la probabilidad de intervención de familiares o compatriotas. Los decretos de proxenia (designación como representante local oficial de un Estado extranjero, el equivalente al actual cónsul), asylia (inmunidad a las represalias) e isopoliteia (igualdad de derechos de ciudadanía entre dos o más comunidades) se encuentran muy bien atestiguados durante el periodo helenístico, lo que indica una red de acuerdos y alianzas que podría ofrecer alguna posibilidad de rescate para las víctimas

de los piratas.

Los humanos capturados se podían vender directamente, pero también podían ser liberados mediante el pago de un rescate. En lugar de molestarse en encontrar un comprador, negociar un precio y hacer largos viajes a un lugar de venta distante, los piratas podían advertir a los conocidos del cautivo que abonasen un rescate por él, so pena de ser condenado a muerte. El caso más famoso de estos secuestros en la Anti-güedad fue el de un joven Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) (vid infra).

EL CASO DE RAMNUNTE

Una inscripción de la fortaleza de Ramnunte, en la costa noreste del Ática, honra a cierto Epicares, estratego («general») a cargo de la defensa costera, por su ayuda en la liberación de personas que fueron capturadas por piratas durante la época de la guerra de Cremónides (268/7 a. C.-263/2 a. C.). Reproducimos la parte más interesante de este largo epígrafe:

Dioses. Nicostrato, hijo de Epiteles de Ramnunte habló: dado que Epicares […] en el arcontado de Pithidemo, cuando el pueblo lo eligió general y lo puso a cargo de la región costera, desempeñó bien y con celo su papel defensivo, y guardó el fuerte para el pueblo durante la guerra y recogió las cosechas y frutos dentro de un rango de treinta estadios […] y también hizo un trato sobre los prisioneros que habían sido capturados, que deberían ser liberados por mediación de un heraldo mediante el pago de un rescate de ciento veinte dracmas (cada uno), que ninguno de los ciudadanos debería ser deportado y que los esclavos no deben ser quitados; también castigó a los que habían introducido a los piratas en la tierra, hombres de la ciudad, arrestándolos e interrogándolos [de la manera que convenía] por lo que habían hecho […]» (SEG XXIV, 154).

Figura 9. Vista del lugar fortificado de Ramnunte, en el Ática (Wikimedia Commons).

La comunidad de Ramnunte (Agia Marina) del siglo

iii

a. C. estaba formada no solo por habitantes locales y sus familias, sino también por una guarnición de soldados atenienses. Una acrópolis fortificada domina los dos pequeños puertos ubicados a ambos lados de la misma. Situada en la costa del noreste del Ática, con vistas al golfo de Euripo, la pequeña cala de Ramnunte ofrecía un fondeadero razonablemente seguro para los barcos. Estaba separada del Ática, a excepción de la bahía de Maratón, por el monte Pentélico (famoso en la Antigüedad por su mármol).

El papel de esta comunidad ganó gran importancia en el siglo

v

a. C. debido a su posición estratégica; las extensas fortificaciones,

probablemente, se desarrollaron en el siglo

iv

a. C. Ramnunte siguió floreciendo en el siglo

iii

a. C.; el grueso de la documentación epigráfica data de la década de los años 260 en adelante, momento al que pertenece la presente inscripción.

El «estratego a cargo de la defensa costera» tenía a su disposición las guarniciones de Eleusis, Panacto, File, Ramnunte y Sunio. Estas cinco guarniciones fueron posteriormente separadas en dos divisiones administrativas, probablemente en 261/260 a. C.; a partir de ese momento, Eleusis, con puestos de avanzada en Panacto y File, comprendía la sección occidental, mientras que la sección oriental, con guarniciones en Sunio y Ramnunte, protegía la llanura costera conocida como Paralia. Se desconoce hasta cuándo duró esta distribución; la última alusión existente acerca de estas guarniciones pertenece al año 100/99 a. C., y no se mencionan durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.).

Hay que destacar que, en la sublevación de esclavos del Ática a finales del siglo

ii

a. C., «se apoderaron del baluarte de Sunio», en palabras de Ateneo, lo que da a entender que se había descuidado la defensa de estos lugares. Hay que mencionar igualmente que, en un decreto datado en el arcontado de Asclepíades (por lo demás, desconocido, quizás del año 79/78 a. C. o del año 74/73 a. C., fechas en que no conocemos cuál fue el magistrado epónimo de Atenas), se autorizaba al general encargado de la defensa del litoral a realizar reparaciones en la fortaleza de Ramnunte, que había sufrido ataques de piratas, presumiblemente durante la primera guerra mitridática.

Durante la guerra de Cremónides, Atenas, aliada con Esparta y el

Egipto ptolemaico (que envió en su apoyo una flota al mando del almirante Patroclo), sufrió la invasión de su territorio por el ejército macedonio y, finalmente, tras un asedio que acabó con la rendición de la ciudad por hambre, significó la pérdida de sus últimos vestigios de independencia prehelenística, así como el establecimiento de una guarnición macedónica que se prolongó hasta el año 229 a. C. La historia de Ramnunte está inextricablemente ligada a la de la ciudad-Estado ateniense, pero aquí únicamente nos interesan los problemas que sufrió Ramnunte durante el conflicto anteriormente citado.

Los piratas parecen haber estado al servicio del rey macedonio Antígono II Gónatas (277-274 y 272-239 a. C.). Esta era una costumbre de la dinastía antigónida. De hecho, durante la rebelión del gobernador macedonio de Corinto y Eubea, Alejandro, contra Antígono II, en la primera mitad de la década de los años 240 a. C., gracias a un nuevo decreto descubierto en Ramnunte, conocemos que el comandante encargado de la defensa de la costa, Arcandro, logró mantener libre a este lugar a pesar de los ataques de los piratas en los territorios circundantes.

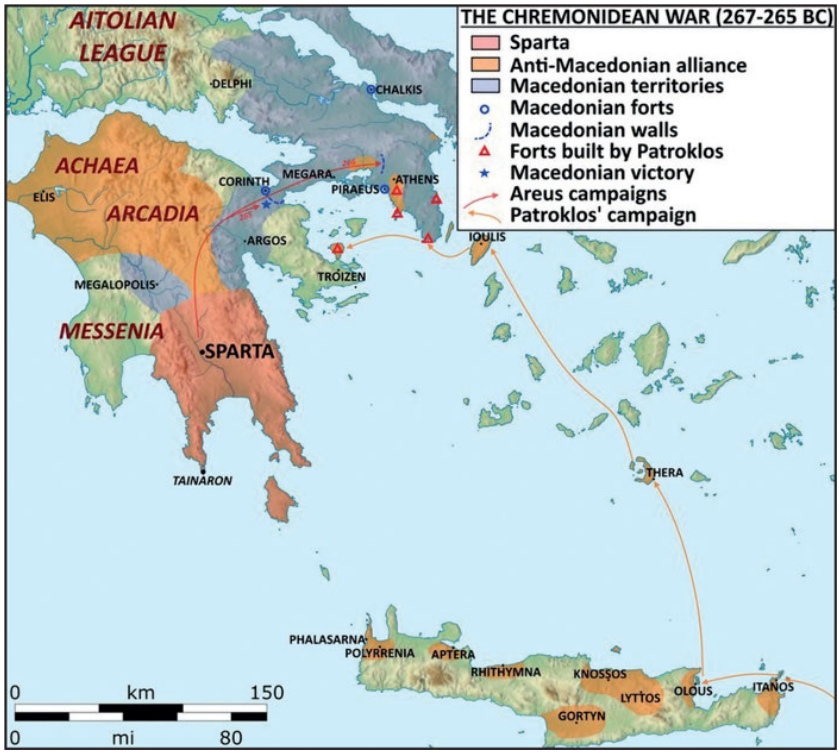

Figura 10. Primera etapa de la guerra de Cremónides (267-265 a. C.), con la posible ruta del almirante egipcio Patroclo desde Egipto hasta el Ática (Wikimedia Commons).

Se ha puesto un énfasis considerable en la inscripción que recompensa el papel que desempeñó Epicares para garantizar que la cosecha local fuera lo más rica posible; y esto incluía no solo la de grano, sino también la de los cultivos arbóreos, que no tratamos aquí. En general, las tácticas de Epicares aseguraron la recolección de la producción de un área de hasta treinta estadios (unos 5,5 km) de radio.

La población rural, que cultivaba el territorio situado cerca de Ramnunte, era la primera interesada en la presencia tranquilizadora de la guarnición. En caso de conflicto, o cuando la zona era objeto

de incursiones de piratas, los campesinos encontraban en el estratego un valioso protector para poder llevar a cabo la recolección de sus cosechas. De esta forma, en la inscripción mencionada, el despliegue de tropas en el territorio y la creación o reparación de estoas, vigías y torres, que sirven como puntos de apoyo para el control del terreno, permiten tal protección.

Pero lo que más nos interesa es que parece ser que algunas personas de la ciudad de Atenas habían tratado de aprovechar la confusión provocada por la guerra de Cremónides para participar en algunos secuestros y extorsiones a expensas de sus conciudadanos. Los perpetradores reales del ataque, unos piratas no identificados (aunque, sin duda, alineados con los monarcas antigónidas de Macedonia), no fueron capturados, pero sí los atenienses que los alentaron y, presumiblemente, les mostraron dónde encontrar a sus víctimas a la espera de obtener una parte de las ganancias.

Este episodio ilustra la estrecha relación entre el rescate y el comercio esclavista. Los piratas estaban preparados para liberar sus cautivos por un rescate adecuado, aunque en caso contrario los prisioneros habrían acabado vendidos como esclavos. La investigación realizada por Epicares debió de haber arrojado alguna luz sobre el vínculo entre los piratas y los hombres de la ciudad, quizás revelada a los prisioneros mientras estaban detenidos, pero el decreto no da más detalles al respecto, concentrándose en cambio en los servicios de Epicares como comandante local.

Es difícil estimar el número de cautivos tomados del área alrededor de Ramnunte: la suma que Epicares pudo acordar como rescate per cápita fue de ciento veinte dracmas. Habría sido un precio bajo que pagar por un esclavo a mediados del siglo

a. C., y es de suponer que, en la década de los años 260 a. C., podría haberse esperado un precio más alto, dado que el coste de los esclavos parece haber fluctuado entre las doscientas y las trescientas dracmas en el periodo helenístico. Pero la suma no dice gran cosa, puesto que hay pocos ejemplos sobre cifras acordadas para el rescate de personas, y el precio habría dependido de numerosos factores. Lo que está claro es que no solo se vieron afectados los

individuos libres, presumiblemente atenienses, sino también los esclavos.

EL REPARTO

Después de una captura, era necesario clasificar los objetos según su valor y peso. Un buen ejemplo lo tenemos en la siguiente escena de la novela Las Etiópicas:

Despreciando las demás cosas, que eran abundantes y variadas, fueron descargando, cada uno al límite de sus fuerzas, el oro, la plata, las piedras preciosas y la seda. Cuando creyeron tener suficiente (y había desde luego tanto como para saciar la avidez de cualquier pirata), trasladaron el botín a la playa y comenzaron a repartirlo en partes iguales, haciendo fardos no según el valor de lo capturado, sino distribuyéndolo según un mismo peso (Heliodoro, Las Etiópicas, 1, 3, 2-3).

Como puede observarse, los piratas solo se interesan por los objetos de valor, despreciando el resto. De estos objetos se podía obtener un amplio beneficio, al igual que de la mercancía humana en otros casos, puesto que, una vez clasificados, podían ser fácilmente transportados y luego vendidos en los mercados, a un precio lo suficientemente bajo como para que el comprador considerase la transacción interesante mientras evitaba el malhechor tener que recuperar y gestionar las existencias.

Otro ejemplo lo podemos leer en la novela Las Efesíacas, que en parte ya hemos reproducido anteriormente:

Casualmente habían estado anclados junto a ellos en Rodas unos piratas, fenicios de linaje, en un gran trirreme. Echaron el ancla

como si llevaran mercancías, y eran muchos y valientes. Estos se informaron de que en la nave había oro y plata y muchos esclavos de alto precio. En consecuencia, decidieron atacarla y matar a los que les opusieran resistencia y a los demás llevarlos a Fenicia para venderlos junto con las riquezas. Los despreciaban, considerándolos incapaces de luchar contra ellos.

El jefe de los piratas se llamaba Corimbo, hombre joven, de gran altura y mirada terrible. Llevaba los cabellos largos y sucios.

Después de que los piratas hubieron decidido esto, primero navegaron tranquilamente junto al navío de Habrócomes, y finalmente (era alrededor del mediodía, y todos los de la nave estaban acostados, por obra del vino o la pereza, dormidos los unos, otros sin fuerza) fueron contra ellos los hombres de Corimbo maniobrando con la nave (pues era un trirreme) con gran rapidez. Y cuando estaban cerca, saltaron a la nave armados, con las espadas desnudas. Y entonces unos se arrojaron a sí mismos por la sorpresa al mar y perecieron, y otros, que quisieron defenderse, fueron degollados.

Habrócomes y Antía corrieron a Corimbo el pirata y cogiéndose a sus rodillas le dijeron:

—Toma, oh señor, nuestras riquezas y haznos tus servidores. No sacrifiques nuestra vida y no mates a quienes se te han sometido voluntariamente. ¡No, por este mar, no, por tu mano derecha! Y llevándonos a donde quieras, véndenos, somos tus esclavos. Ten solo piedad de nosotros haciéndonos servir a un mismo dueño.

Corimbo, al oírlos, dio la orden de no matarlos y, después de pasar a su nave lo más valioso del cargamento y a Habrócomes y Antía y a algunos otros de sus servidores, muy pocos, prendió fuego al barco y todos los demás ardieron en él, pues ni podía ni le pareció seguro llevarlos a todos.

Era un espectáculo digno de lástima, unos llevados en el trirreme, otros quemándose en la nave, tendiendo las manos y gritando desesperadamente […] (Jenofonte de Éfeso, Las Efesíacas, 1, 13-14, 3).

De nuevo, los piratas solo se interesan por los bienes más valiosos, incluidas ciertas personas, mientras que el resto del cargamento y de los individuos es hundido al pegar fuego al buque mercante, para así no dejar huellas de su crimen.

El botín obtenido se comparte de acuerdo con reglas precisas, conocidas de antemano por todos los miembros de la tripulación para que nadie tuviera el sentimiento de haber sido estafado, algo que, en tal ambiente violento, habría provocado desórdenes y peleas. Este código en un mundo tan indigno como el de los malhechores era la única manera de mantener la cohesión del grupo. Cicerón escribió, en palabras que todavía no han perdido su vigencia, lo siguiente:

También para los que venden, compran, alquilan, arriendan y se ocupan en transacciones comerciales la justicia es imprescindible en su actividad. Su poder es tan grande que ni siquiera aquellos que comen del delito y del crimen pueden vivir sin alguna pizca de justicia. Pues aquel de ellos que hurta o roba algo a uno cualquiera de sus cómplices se queda sin sitio incluso en la cuadrilla de bandidos; y el que se llama archipirata, si no reparte equitativamente el botín, acabará o asesinado por sus compinches o abandonado. Es más, se dice que los bandidos tienen sus leyes, que deben obedecer y acatar. Y así, por su ecuanimidad a la hora de repartir el botín, el bandido ilirio Bardilis, del que da noticia Teopompo, consiguió un gran caudal; y mucho mayor el lusitano Viriato […]. En consecuencia, si tan grande es el poder de la justicia que consolida e incrementa hasta el caudal de los bandidos, ¿cuánto habremos de pensar que es su poder entre leyes y tribunales y en una república organizada? (Cicerón, Los deberes, 2, 11, 40).

En la Antigüedad, la igualdad de trato entre todos los miembros de una banda, independientemente de sus cometidos, parece haber sido la regla, a excepción del jefe (favorecido por sus

responsabilidades) y de aquel que abordaba el primero la nave atacada (podía obtener una parte mayor del botín o la posibilidad de elegir delante del resto de sus compañeros). Recompensar tal muestra de coraje era una buena manera de animar a los hombres a olvidar el peligro en el momento de la fase delicada del abordaje. De los textos se desprende que cada pirata recibía parte de la carga incautada, pero no era forzado a venderla él mismo. Se podía sacar mejor precio si se organizaban subastas. En algunos casos, los piratas también podían beneficiarse de «prestaciones en especie», como ocurría con las mujeres.

Una forma de proceder bastante singular la ofrece Tito Livio para la pequeña comunidad existente en las islas Eolias (la más conocida Lípari), al nordeste de Sicilia, que consideraba las presas obtenidas mediante tal actividad como un recurso público que había de ser compartido equitativamente no solo entre las tripulaciones participantes, sino entre todos los habitantes de la comunidad, tanto si se hacían a la mar como si no. El texto es el siguiente:

Lucio Valerio, Lucio Sergio y Aulo Manlio, enviados a llevar una crátera de oro a Delfos como presente a Apolo en una única nave de guerra, no lejos del estrecho de Mesana, fueron capturados por piratas lipariotas y llevados a Lípari. Era una costumbre de esta ciudad distribuir el botín logrado en la piratería, digamos, oficial. Casualmente, aquel año era magistrado supremo un tal Timasiteo, un hombre más del estilo de los romanos que de los suyos; este, lleno de respeto hacia el nombre de los emisarios, el presente, el dios al que era enviado y el motivo del mismo, hizo que la multitud, que casi siempre se parece a quien la gobierna, se llenase de justos escrúpulos religiosos; recibidos como huéspedes oficiales los legados, los acompañó, además, a Delfos con una escolta de navíos y los devolvió, luego, a Roma sanos y salvos. Mediante un senadoconsulto se establecieron con él lazos de hospitalidad y se le hicieron regalos de manera oficial (Tito Livio, Historia de Roma, 5, 28, 2-5).

Este curioso episodio aconteció en el año 396 a. C., según Diodoro

de Sicilia, mientras que Tito Livio lo dató en el año 394 a. C. La historicidad de Timasiteo y los tres embajadores romanos se confirma por el hecho de que, cuando los romanos anexionaron las islas Eolias en el año 251 a. C., los derechos de los descendientes de Timasiteo fueron escrupulosamente respetados. Esta es la primera vez que se menciona un navío romano en la historia.

Tanto el respeto por el santuario del oráculo de Apolo en Delfos como la captura de barcos en alta mar son elementos lógicos. En el año 397 a. C., el almirante cartaginés Himilcón había impuesto un pago de treinta talentos a los habitantes de las islas Eolias, por lo que los lipariotas estarían ansiosos por obtener capturas tanto por venganza como por reparación financiera. Por lo tanto, en principio, un barco romano era un objetivo ideal. Roma seguía siendo en esta época, a los ojos de los extranjeros, una ciudad predominantemente etrusca y quizás los habitantes de las islas Eolias conocieran su tratado con Cartago. Tito Livio da crédito a Timasiteo por discernir la diferencia.

Desde el punto de vista romano, el proyecto de dedicar una ofrenda a Apolo es bastante creíble. Además, la intervención de los lipariotas en este periodo se adapta a la historia del archipiélago, como lo atestiguan otras fuentes independientes. Lípari, una base natural para las operaciones navales, había sido colonizada en el siglo

vi

a. C. por la ciudad de Cnido, y a partir del siglo

v

a. C. siguió su propia política. En el año 427 a. C., resistió los intentos de los atenienses de someterla por la fuerza, pero su libertad marinera, vulgarmente denominada «piratería», se vio amenazada, principalmente, por las agresiones de los etruscos y de los cartagineses. Atenienses, etruscos y cartagineses eran sus enemigos naturales y es de recordar que en diferentes fechas estas potencias habían hecho tratados de alianza. Lípari sobrevivió a estas combinaciones. Pausanias relata sin fechar una batalla entre cinco barcos lipariotas y veinte naves etruscas que resultó en la

captura de todos los navíos etruscos. La fecha debe ser anterior a la batalla de Cumas (474 a. C.), ya que, tras esta derrota, parece que nunca más una flota etrusca se aventuró tan lejos de sus costas.

LA NECESIDAD DE UN MERCADO

Una vez repartido el botín, hay que venderlo. La utilización de mercados oficiales podía ser posible, pero evidentemente el vendedor en cuestión podía tener graves problemas si le preguntaban por el origen de las mercancías puestas a la venta. Una alternativa podía ser ofrecer los productos a un comerciante de confianza de probada discreción, que podía revender los bienes, de manera que estos se blanqueaban. En lugares donde el origen fraudulento de los bienes no importaba, los piratas podían organizar grandes ventas de liquidación, que atraían a clientes sin escrúpulos que se apresuraban, seguros de encontrar artículos a precios imbatibles. Cicerón reprocha tal acción a Verres:

No exigiste nunca durante ese tiempo ningún soldado. Hiciste lo mismo que acostumbran los piratas, que, aunque son enemigos comunes de todos, se procuran, sin embargo, algunos amigos, a los que no solo respetan, sino que incluso colman de botín, sobre todo a los que poseen una plaza en un lugar estratégico a donde acudir habitualmente con sus naves y algunas veces también en caso de emergencia (Cicerón, Verrinas II, 4, 9, 21).

Figura 11. Ruinas de la antigua ciudad de Polirrenia en medio de la localidad actual del mismo nombre (Wikimedia Commons).

De esta forma, un elemento importante para lograr el éxito en la piratería fue a menudo la disponibilidad de un mercado adecuado para poder vender el botín obtenido. No es coincidencia que los cretenses tuvieran mala fama como piratas y que muchas de las ciudades cretenses tuvieran prósperos mercados de esclavos, especialmente Polirrenia. Algunos lugares parecen haber elegido de manera deliberada proporcionar instalaciones para que ciertos grupos de piratas se deshicieran de su botín.

En relación con los resultados de las incursiones realizadas como represalia, o como parte de una guerra reconocida, aparentemente no existía objeción legal o moral para vender las ganancias y beneficiarse de ellas. De hecho, tanto personas como propiedades eran recuperadas de manera regular después de tales ataques, mediante la intervención en el lugar de venta de próxenos o incluso ciudadanos del propio Estado de las víctimas, lo que parece indicar

que en estas circunstancias los piratas podían disponer abiertamente del botín en su puerto de origen.

Incluso en el caso de que no existiese justificación legal o moral para la piratería, o en los casos en que el botín era claramente ilícito, la posibilidad de obtener ganancias a través del comercio de «bienes robados» era lo suficientemente importante para que algunas comunidades cooperasen de manera estrecha con aquellos individuos reconocidos abiertamente como piratas. Estrabón acusó a varias de las ciudades costeras de Panfilia, Cilicia y el este de Licia de ser «cómplices en el crimen», es decir, de ser lugares en donde los piratas vendían abiertamente su botín, entre ellas a Side: «De hecho, en la ciudad panfilia de Side los astilleros estaban compinchados con los cilicios (sinónimo de «piratas»), que subastaban allí a sus cautivos aun reconociendo que eran hombres libres».

La misma opinión la podemos encontrar sobre otra población de Panfilia, Fasélide, en un contemporáneo de estos acontecimientos, Cicerón:

La famosa Fasélide, que tomó Publio Servilio, no había sido antes una ciudad de cilicios y piratas. La habitaban los licios, un pueblo griego. Pero como, dada su situación avanzada sobre alta mar, los piratas que salían de Cilicia se veían obligados a arribar allí con frecuencia y se desviaban también allí cuando se retiraban desde nuestras costas, se atrajeron aquella plaza con relaciones comerciales, al principio; después, también mediante alianza (Cicerón, Verrinas II, 4, 10, 22).

Una ley romana, la lex de piratis persequendis (100 a. C.), prohibía, entre otras cosas, a estas poblaciones abrir sus puertos a los piratas. Parecería lógico que, si un lugar pudiera prosperar como resultado del comercio «legítimo», como en el caso de la Rodas helenística, entonces también podría ser posible que la piratería hiciera lo mismo con una ciudad. Pero no existen pruebas fehacientes de que algún lugar en particular podría haber debido su prosperidad a las

ganancias ilícitas de los piratas. Sea como fuere, no hace mucho se ha propuesto que el puerto cretense de Falasarna podía deber su prosperidad a esta actividad (vid infra). Muchos siglos más tarde, la ciudad de Port Royal, en Jamaica, sirvió de mercado para vender el botín que conseguían los piratas del mar Caribe durante el siglo

xvii

.

DELOS

En su exposición sobre el desarrollo de la piratería cilicia, Estrabón la vincula con la trata de esclavos, como podemos observar en el siguiente pasaje:

La exportación de esclavos sobre todo era lo que los incitaba a los actos delictivos, pues se producía con ello una gran ganancia y no solo eran fáciles de capturar, sino que además había un mercado grande y rico no demasiado lejos, el de Delos, capaz de recibir y despachar en un mismo día miles de esclavos, hasta el punto de que surgió por ello un dicho: «Mercader, desembarca, descarga, todo se ha vendido». Causa de ello es que los romanos, que se hicieron ricos tras la destrucción de Cartago y de Corinto, usaban muchos esclavos, y los piratas, percatándose de la facilidad de la ganancia, florecieron en masa dedicándose ellos mismos a la piratería y además comerciando con los esclavos (Estrabón, Geografía, 14, 5, 2).

La historiografía tradicional ha defendido a partir de esta narración y de otras de igual talante que la falta de una intervención romana decisiva contra los piratas fue el resultado de una política tendente a preservar a los cilicios (y a otros) como una importante fuente de esclavos, necesaria para su economía. Pero, como señala

acertadamente Ph. De Souza, esta interpretación parece innecesaria, ya que no existe evidencia firme de que los cilicios fueran vitales para el suministro de esclavos de Roma.

Más bien, los prisioneros de guerra, como ya hemos indicado, serían la verdadera fuente de esclavos. En estos años hay que señalar que los romanos estuvieron involucrados en la tercera guerra púnica (149-146 a. C.), la cuarta guerra macedónica (150-148 a. C.), la guerra aquea (146 a. C.), la guerra lusitana (155-139 a. C.) y la guerra numantina (154-133 a. C.), por no hablar de las razias e incursiones en el resto de las fronteras de la república, mientras que en el levante transcurría la denominada «séptima guerra siria» (145 a. C.), juntamente con las luchas intestinas en el seno del Imperio ptolemaico.

A simple vista, los piratas pueden parecer ser los principales proveedores de esclavos, pero eso se debe en gran medida a que las fuentes literarias están más que predispuestas a mencionar la trata de esclavos con relación a la piratería. Los piratas, después de todo, ya se encontraban reprobados por ejercer su oficio; el hecho de que traficasen con esclavos solo confirmaba su bajo estatus y aumentaba la condena sobre ellos.

Figura 12. Vista general de la isla de Delos (Wikimedia Commons).

El mercado de Delos parece haber prosperado después de la llegada de los romanos, y el comercio de esclavos contribuyó de manera importante a su éxito. En este sentido, Diodoro Sículo escribió que, cuando se le pidió al rey Nicomedes III de Bitinia (ca. 127-94 a. C.) que proporcionara tropas, en el año 104 a. C., destinadas al cónsul Cayo Mario (cos. I 107 a. C.) durante la guerra cimbria (113-101 a. C.) contra los invasores germanos, este rechazó la solicitud y dijo en su respuesta que «la mayoría de los bitinios fueron llevados como esclavos por los recaudadores de impuestos, y fueron dispersados por las provincias». El Senado actuó a partir de esta información y decretó que «ningún hombre libre perteneciente a cualquiera de los aliados romanos debería ser forzado a ser esclavo en ninguna provincia, y que los pretores deberían cuidar de que todos fueran puestos en libertad». La aplicación de este decreto (o, mejor dicho, su no aplicación) fue la causa del estallido de la segunda guerra servil (104-100 a. C.).

Estrabón mencionó que Delos, debido a su buen puerto y su conveniente situación entre las provincias de Asia y Roma, se convirtió en el destino preferido de los comerciantes romanos en el mar Egeo:

Aunque Delos se hizo famosa, sin duda, por las razones expuestas, la destrucción de Corinto por los romanos acrecentó todavía más su fama. Los comerciantes, en efecto, se trasladaron allí, atraídos por la exención de impuestos del santuario y por la buena situación de su puerto, que se encuentra en un lugar idóneo para quienes, desde Italia y Grecia, hacen rumbo hacia Asia. Además, las fiestas panegíricas son una especie de mercado que ya frecuentaban los romanos más que ningún otro pueblo, incluso cuando Corinto todavía existía. En la época en que los atenienses ocuparon la isla, se cuidaron convenientemente tanto de los asuntos sagrados como de los comerciales. Pero cuando los generales de Mitrídates desembarcaron en ella, la arruinaron por completo, juntamente con el tirano que había provocado la revuelta. Así, los romanos encontraron la isla desierta cuando la ocuparon a su vez, después de que el rey se retirara hacia su patria. Y desde entonces hasta hoy,

ha permanecido en una situación de penuria. Actualmente, está en manos de los atenienses (Estrabón, Geografía, 10, 5, 4).

Durante el siglo

iii

a. C., Delos era una democracia independiente con unos setecientos ciudadanos libres, principalmente relacionados con los numerosos templos existentes en la isla. En el año 196 a. C., mientras los romanos resolvían los asuntos de Grecia después de la segunda guerra macedónica (200-197 a. C.), Atenas deseaba tomar posesión de la isla, pero aparentemente Roma se opuso. Durante la tercera guerra de Macedonia, Delos fue amigo de esta y, de hecho, parece haber sido un protectorado macedonio durante un tiempo. Así, tras la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.), Atenas le pidió a Roma que le concediera sus antiguos derechos sobre la isla, lo que le fue concedido, pero Roma estipuló a cambio que Delos se convertiría en un puerto franco (167/166 a. C.) (régimen de inmunidad del que desgraciadamente no conocemos los detalles), con lo que esta isla perdió su independencia.

La decisión de los romanos se explica, principalmente, por su deseo de arruinar la isla de Rodas, un poderoso adversario gracias a su economía portuaria, mientras que, al mismo tiempo, satisfacía la reclamación de su aliado. Los atenienses enviaron colonos a la isla (parece que hubo algún tipo de enfrentamiento), y los delios se vieron obligados a emigrar a Acaya, mientras que en Delos se nombraba a un gobernador (epimeletes) ateniense, en régimen autónomo. Alrededor del año 130 a. C., el Gobierno de Delos no solo estaba en manos de los colonos atenienses, sino que en él también participaban los romanos que habitaban la isla, los propietarios de barcos y, cómo no, los comerciantes.

Cuando Delos se convirtió en puerto franco, el comercio se sintió naturalmente atraído por la isla. Los rodios pronto afirmaron que estaban afrontando pérdidas a causa de tal acción. Parte ello se debió al hecho de que, después de la deportación de los delios, los comerciantes sirios y egipcios abandonaron Rodas y se mudaron a

Delos.

La isla experimentó entonces una verdadera explosión comercial, especialmente después del año 146 a. C., cuando los romanos, los protectores de Delos, destruyeron uno de sus grandes rivales comerciales: Corinto. Muchos mercaderes extranjeros de toda la cuenca mediterránea (mayormente de su parte oriental) establecieron allí sus negocios, como indica la «terraza de dioses extranjeros» de Delos.

El carácter de la población delia se volvió notablemente cosmopolita, con gente procedente de todas partes del mundo conocido. Se estima que en el siglo

ii

a. C., Delos tenía alrededor de veinticinco mil habitantes, es decir, una densidad digna de una gran metrópolis, de siete mil habitantes por kilómetro cuadrado, lo que contrasta con que en la actualidad esté prácticamente deshabitada.

La presencia de romanos en Delos en un número importante comienza a documentarse a partir del año 129 a. C., cuando Roma hizo efectivo el testamento de Átalo III (138-133 a. C.) y el reino de Pérgamo pasó a ser la provincia de Asia. A partir de ese momento, Delos se convirtió en el lugar de paso regular entre Anatolia y Roma.

En Delos se han encontrado unas trescientas inscripciones que llevan nombres romanos e itálicos. La mayoría de ellas provienen del gran periodo de influencia romana, alrededor de los años 120-90 a. C., es decir, diez años después de la creación de la provincia de Asia, y antes de la masacre de las Vísperas Asiáticas acontecida en el año 88 a. C. Para el periodo anterior al año 150 a. C., las evidencias de la presencia de una clase mercantil romana son extremadamente escasas.

Es en este periodo cuando se erigió el edificio más grande de Delos: «El ágora de los italianos», que debe su nombre moderno al hecho de haberse hallado numerosísimas inscripciones de ciudadanos procedentes de Italia. Esta construcción, de proporciones

gigantescas, sería el lugar donde probablemente se desarrollaba la actividad comercial más rentable de Delos, la venta de esclavos mencionada por Estrabón (texto que hemos reproducido anteriormente), construido alrededor del año 110 a. C.

Cuando Estrabón mencionó que diez mil esclavos podían llegar a venderse en un día, hay que indicar que este número podría ser la manera del autor de decir «muchos» (como figura en la traducción que hemos presentado), y no una cifra absoluta. Además, algunos de estos «esclavos» eran a veces prisioneros de guerra (o personas secuestradas por piratas) cuyo rescate se pagaba inmediatamente al desembarcar.

Las excavaciones en Delos no han mostrado ningún lugar o almacén que pudiera albergar a tal número de esclavos en la isla. Como alternativa, se ha planteado que este tipo de comercio se habría realizado directamente en el mar, de barco a barco. De hecho, en el puerto de Delos se encontró un gran muelle que habría permitido atracar barcos para transferir esclavos o mercancías de una nave a otra. Más bien, la explicación más plausible es la que hemos dado en el párrafo anterior.

En el año 88 a. C., cuando Atenas se declaró a favor del monarca póntico Mitrídates VI, Delos se negó a unirse a ella y, en consecuencia, fue saqueada por el general póntico Arquelao, que mató a unos veinte mil habitantes, un gran número de ellos itálicos y romanos. Delos nunca se recuperó de esta devastación. En un capítulo posterior hablaremos de estos eventos.

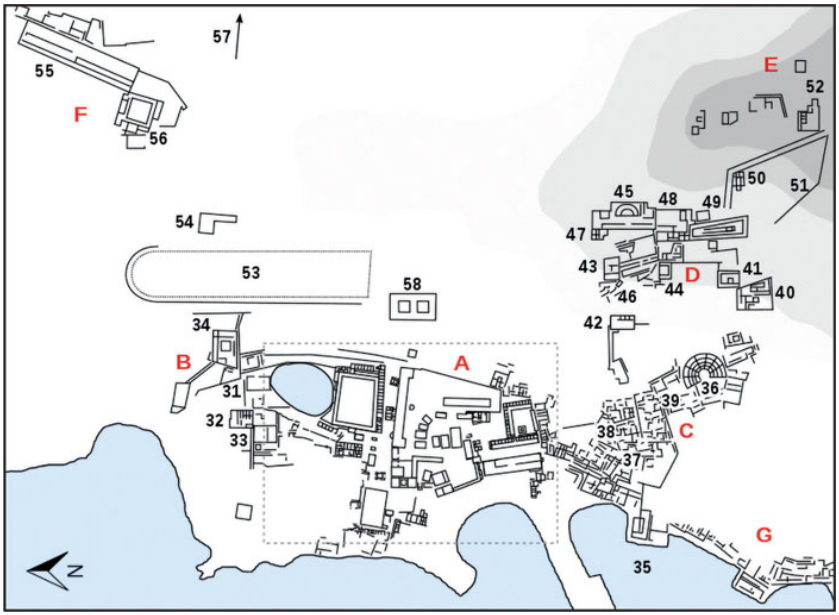

Figura 13. Plano de situación de la zona arqueológica de Delos (Wikimedia Commons).

LOS PECIOS

Los pecios (restos de un artefacto o nave fabricado por el ser humano hundido de manera total o parcial en una masa de agua) son un valioso testimonio para conocer el comercio marítimo en la Antigüedad. Las conquistas del rey macedonio Alejandro Magno (336-323 a. C.) en Oriente no solo abrieron nuevas rutas comerciales, sino que las grandes sumas de oro y plata que incautó de los tesoros reales persas en Susa y Babilonia y que puso en circulación cambiaron la economía del mundo antiguo para siempre. A ello hay que añadir la aparición de Roma como potencia, en que su necesidad de productos básicos como cereales, aceite de oliva y vino, y el ferviente deseo de los romanos por las obras de arte griegas y los lujos orientales llevaron a una expansión sin precedentes del comercio marítimo en el Mediterráneo y más

allá, a pesar de la turbulenta política de la época y los peligros de los viajes por mar. No sorprende, por tanto, que, en el periodo entre los años 200 a. C. y 200 d. C., el comercio interregional fuera mayor que antes o durante cualquier momento del siguiente milenio.

La gran mayoría de los naufragios conocidos de esta época son barcos de transporte que trasladaban mercancías por todo el Mediterráneo. El flete de carga más común consistía en ánforas, que podían usarse como contenedores para una amplia variedad de productos básicos, desde el aceite de oliva hasta el garum (salsa de pescado), pero especialmente el vino. Por ejemplo, Quinto Hortensio Hórtalo (cos. 69 a. C.) dejó a su heredero diez mil cados (jarras) de vino de Quíos, mientras que Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), a su vuelta de Oriente, regaló cien mil cados de vino griego. Esto puede darnos una idea del ingente número de contenedores de este tipo que se transportaron. A continuación, ofrecemos algunos ejemplos de naufragios correspondientes a la época que trata este libro, para observar el tipo de carga que llevaban los mercantes, así como algunos pecios que se consideran que pudieron ser hundidos por los piratas.

Uno de los primeros pecios recuperados por buceadores profesionales fue el situado frente a la isla Grand Congloué, cerca de Marsella, en 1952, liderado por el famoso oceanógrafo J. Y. Cousteau, que en realidad son dos naufragios superpuestos: uno del siglo

ii

a. C. y otro del siglo

i

a. C., que al no ser efectuado por arqueólogos llevó a creer que se trataba de una sola nave hundida. La bodega del primer barco contenía unas cuatrocientas ánforas de vino grecorromanas, siete mil trozos de cerámica de barniz negro (campaniense) y unas treinta ánforas griegas, mientras que la segunda nave llevaba un cargamento de entre mil doscientas y mil quinientas ánforas de vino romanas que se fabricaron en la ciudad costera de Cosa, en el

centro de Italia o cerca de ella, un cargamento evidentemente destinado a los mercados de la Galia, cuando el barco se hundió en ruta.

Otro naufragio de la Francia meridional encontrado cerca de Golfe-Juan, Fourmigue C, ofrece otra instantánea de alrededor de los años 80-60 a. C., con algo más de cien ánforas de vino, del tipo Dressel 1A, Dressel 1B y Lamboglia 2. Destaca ante todo por una fina colección de muebles y apliques escultóricos, en su mayoría pertenecientes a divanes de bronce con incrustaciones de plata y cobre, con un fuerte carácter dionisiaco.

Madrague de Giens, en la península de Giens, al este de Tolón, es el pecio de un naufragio ocurrido alrededor de los años 75-60 a. C., con una capacidad de transportar entre siete mil y ocho mil ánforas, pero que en el momento de su hundimiento solo llevaba entre seis mil y seis mil quinientas ánforas, del tipo Dressel 1B, muchas con el sello de Publio Vevio Papo, de Terracina, una zona productora de vino situada en la región del Lacio. Se presupone que las ánforas transportaban cecubo, uno de los mejores vinos itálicos del periodo. Se encontraron varios otros tipos de ánforas, que pueden haber sido para consumo a bordo o, alternativamente, pueden haber sido carga adicional. Esta nave solo transportaba tres capas de ánforas debido a que también llevaba una gran carga de cerámica, del tipo campaniense, que se colocó encima de las ánforas.

El pecio de Albenga, que naufragó en Liguria (seguramente con destino a la Galia) entre los años 90 y 70 a. C., llevaba un cargamento de Dressel 1B de vino que se llegó a estimar en diez mil ánforas, junto con un número reducido de ánforas adriáticas Lamboglia 2, cerámica campaniense A y C, común y siete cascos de bronce.

Como pura curiosidad, podemos citar el naufragio de un mercante que se hundió en el golfo de Baratti (cerca de Piombino, en el norte de Italia) a finales del siglo

ii

o principios del siglo

i

a. C. En este se encontró el cofre de un boticario lleno de viales de boj, algunos de los cuales todavía contenían tabletas redondas de medicina herbal que se parecen a las modernas aspirinas.

La arqueología de los naufragios difícilmente puede aportar información sobre la piratería, puesto que no se asocian características técnicas o atributos particulares al tipo de barcos que utilizaban, o en un naufragio comercial diferenciar entre un hundimiento causado por un ataque pirata, un accidente a bordo o una tormenta es bastante complicado. Pero existen una serie de casos en los que parece evidente la mano de los piratas.

El ateniense Jenofonte (siglo

iv

a. C.) nos describe en una de sus obras un barco mercante fenicio que se encontraba todavía en el puerto y elogia el orden según el cual los marineros guardan todo en su lugar. Su minuciosa enumeración permite comprender que, en medio de las comodidades y accesorios habituales, también se encontraba equipo defensivo pesado y armas ligeras para los hombres de a bordo:

Una vez tuve ocasión de subir a bordo de un gran barco mercante fenicio, Sócrates, y creo que nunca había visto un aparejo tan perfectamente ordenado. Pude ver, en efecto, una enorme cantidad de material distribuido en un continente pequeñísimo. La nave, en efecto, fondea y zarpa gracias a muchos aparejos de madera y de cuerda, navega por medio de muchos artefactos llamados colgantes, está armada con gran número de ingenios contra buques enemigos, transporta además numerosas armas para sus tripulantes y lleva para cada comida todos los utensilios que las personas suelen emplear en su casa (Jenofonte, Económico, 8, 11-12).

Siendo este barco un carguero, es difícil imaginar que esta artillería

embarcada tuviera un fin militar. En este contexto, parece que la expresión «barcos enemigos» solo puede aludir a los piratas. Por ello, algunas naves mercantes más grandes y bien armadas eran un objetivo demasiado arriesgado para una nave pirata más pequeña que operaba sola. Pero no solo este tipo de naves llevaría una escolta propia: gracias a papiros de los siglos iii y ii a. C., junto a las milicias regulares que escoltaban el cereal egipcio a Roma en el siglo

ii

a. C., se encontraban «vigilantes privados» para repeler de forma con-junta, llegado el caso, ataques de piratas, a fin de defender una materia prima necesaria para la Urbs.

Aunque la piratería rara vez se puede identificar con certeza a partir de los restos de antiguos naufragios, el pecio de Kyrenia, excavado entre 1968 y 1972, un buque mercante griego de quince metros de largo, que se hundió frente a la costa norte de Chipre, cerca del puerto que le da nombre, es una notable excepción. Su ruta comercial incluiría, según los restos encontrados, Samos, Cos, Rodas, Chipre y el Levante, con quizás Egipto como destino final. Algunos de los sellos de ánforas rodias sugieren que el barco se hundió entre los años 294 y 291 a. C., fechas corroboradas por las mercancías de la cabina.

Su carga principal estaba compuesta por unas trescientas ochenta ánforas, casi todas de vino de Rodas, más otros tipos que parece que fueron utilizados tanto para el comercio como por la tripulación del buque: un ánfora de Cos con vino y otras procedentes de Samos que parece que llevaban aceite de oliva. También transportaba unas nueve mil almendras, perfectamente conservadas, en doce ánforas, y veintinueve piedras de molino, fabricadas en Cos.

Una representación del barco de Kyrenia aparece en tres de las monedas de euro de Chipre, correspondientes a las de diez, veinte y cincuenta céntimos. Debido a la buena conservación de los restos de este yacimiento, se han construido tres réplicas de este barco. Todos los hallazgos de esa excavación se exhiben en la actualidad en el Museo del Naufragio Antiguo en el castillo de Kyrenia.

Figura 14. Reverso de la moneda chipriota de 50 céntimos de euro del año 2008 en la que figura una reproducción del barco de Kyrenia. La imaginería alude tanto a la historia de Chipre como a su naturaleza como isla, al igual que a la importancia del comercio. Ø = 2,425 cm.

Durante las excavaciones se encontraron ocho puntas de hierro de jabalinas ligeras clavadas en la parte inferior externa del casco del buque. Si bien estas podrían haberse usado para la protección de la tripulación, su estudio indica que algunas estuvieron en contacto con el revestimiento de plomo que cubría el barco. Esto sugeriría

que las puntas estaban atrapadas dentro del casco cuando se hundió, una posible evidencia de un ataque pirata, aunque muchos investigadores consideran que el barco se hundió después de que su carga fuera desplazada durante una tormenta.

En los barcos mercantes típicos, el capitán tendría una balanza, pesas y monedas para medir y comercializar bienes, elementos que no se encontraron durante la excavación. Aún más sorprendente es que más de una tonelada de carga parece estar ausente de los restos. Esto puede significar que el barco podría haber sido saqueado. Lo que abre aún más este argumento es la presencia de una tablilla de maldición sin inscribir en los restos. En este escenario, podría presuponerse que un pirata martillearía la tablilla de plomo en una parte del barco con la esperanza de que los dioses del inframundo arrastraran el barco hasta el fondo del mar y mantenerlo allí para ocultar la evidencia del crimen.

Otro naufragio que se ha relacionado con las actividades de los piratas es el del Spargi (un barco de carga de treinta y cinco metros), que se hundió en el archipiélago de La Maddalena, en el estrecho de Bonifacio, al norte de la isla de Cerdeña, una importante ruta comercial desde tiempos prehistóricos, con destino a las islas Baleares o la costa ibérica, descubierto en 1929. Fue la primera excavación sistemática de ese tipo efectuada en Italia.

Su cargamento fundamental era de ánforas de vino (Dressel 1A, 1B y 1C, alguna ánfora de tipo rodio), en número de entre cuatrocientas y quinientas, distribuidas en dos capas (un número considerado relativamente pequeño en proporción al tamaño estimado de la embarcación). También se encontró cerámica campaniense (tipos A, B y C), Boides, cerámica oriental (de Delos y quizás también de Pérgamo), cerámica «presigilata» de probable origen oriental, varias formas de cerámicas de paredes finas, cerámica común, lámparas de aceite de terracota, etc.

Igualmente, se encontraron objetos personales como colgantes, botones, agujas de arista y pequeños objetos de tocador en hueso, o incluso en pasta de vidrio, como un número impreciso de collares multicolores, ungüentarios piriformes, fichas de juego, etc. Más interesante para nuestros propósitos es el hallazgo de una punta de lanza, unos tacos quizás de armadura y fragmentos de espadas, que

vienen a confirmar la presencia de armas a bordo del navío de Spargi, a lo que hay que añadir el excepcional testimonio del casco recuperado en 1959, con parte de un cráneo humano.

Existe, pues, evidencia de un combate a bordo antes de que la nave se hundiera que se ha atribuido a un ataque pirata. La presencia, con propósito defensivo, de armas a bordo de embarcaciones mercantes se ha verificado en varios casos, sobre todo de época tardorrepublicana romana, pero el testimonio de Spargi parece ser por ahora único.

El hundimiento de esta embarcación aconteció en el último cuarto del siglo

ii

a. C. (posiblemente, alrededor del año 120 a. C.). Los hallazgos de este yacimiento se conservan en el Museo Arqueológico Naval Nino Lamboglia de La Maddalena.

En otro orden de cosas, de particular interés son los naufragios helenísticos con cargamentos de obras de arte, muchas de las cuales parecen haber estado destinadas a Roma y al mercado del arte romano.

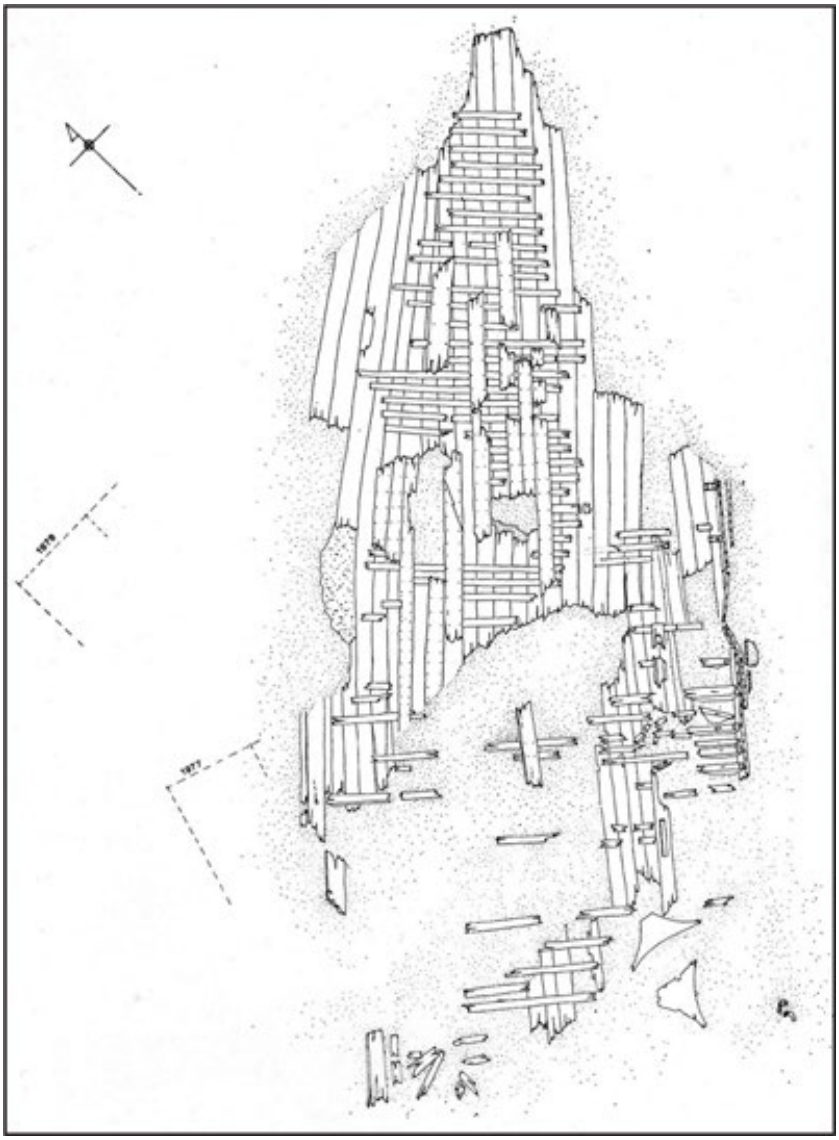

Figura 15. Plano del naufragio de Spargi (L'archeologo subacqueo, XX, 3, settembre-decembre 2014, p. 14).

El naufragio de Artemisión, una nave que se hundió frente a la

costa norte de la isla griega de Eubea, muy probablemente en el tercer cuarto del siglo

ii

a. C., contenía dos ejemplos espectaculares de escultura de bronce griega de gran tamaño: la estatua de un dios que camina a zancadas, del periodo clásico temprano, y el llamado Jinete de Artemisión, obra posiblemente realizada en la década de los años 140 a. C., un monumento ecuestre a un vencedor. Las esculturas probablemente fueron un botín de guerra, quizás del saqueo de Corinto efectuado por el general romano Lucio Mumio (cos. 146 a. C.) en la guerra Aquea (146 a. C.). Poco más se encontró del barco, siendo los elementos más notables algunos de los revestimientos de plomo de su casco y fragmentos de skyphoi de Grecia oriental, probablemente fabricados en Pérgamo, que pueden haber pertenecido a la tripulación.

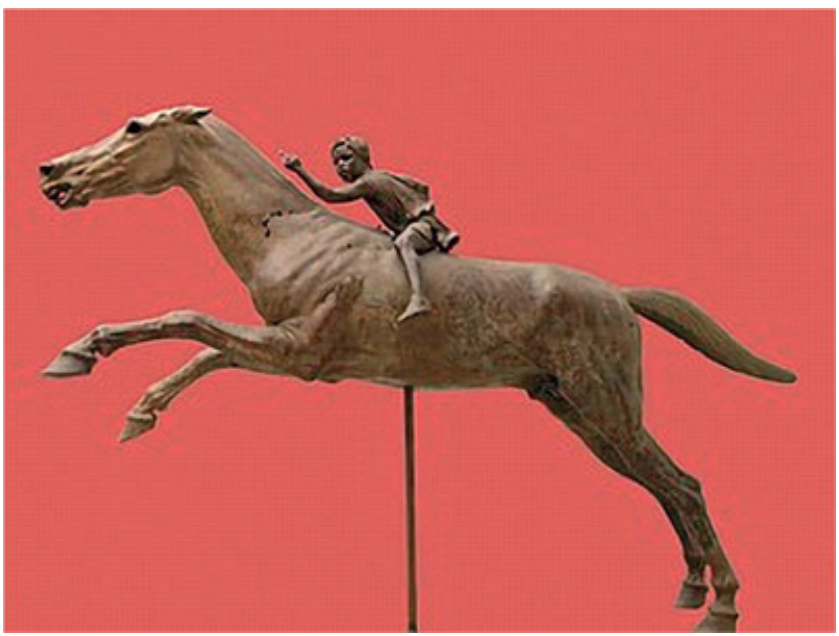

Figura 16. Jinete de Artemisión (Wikimedia Commons).

Durante el segundo cuarto del siglo

i

a. C. (seguramente en la década de los años 60 a. C., gracias a un tesorillo de treinta y dos tetradracmas cistóforos de plata procedentes de las cecas de Pérgamo y Éfeso), un barco de unos cuarenta metros de eslora naufragó frente a la costa de la pequeña isla de Anticitera, ubicada entre Creta y el Peloponeso. Descubierto en 1900, fue la primera excavación de un naufragio en aguas griegas. Entre los investigadores que participaron en el estudio de este yacimiento, se encuentra de nuevo el oceanógrafo Cousteau. Parece ser que este mercante se dirigía rumbo oeste desde la costa occidental de Anatolia en dirección a Roma cuando se hundió. Todos los descubrimientos relacionados con este yacimiento se encuentran en la actualidad conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

La carga principal estaba compuesta por una notable variedad de obras de arte junto con artículos de lujo, como joyas de oro, vasijas de plata, vasijas de vidrio fabricadas de origen sirio-palestino o egipcio, estatuillas de bronce y klinai (divanes para banquetes) decorados en relieve, cantidades considerables de cerámica (en particular, unas cincuenta ánforas de transporte, procedentes de Rodas y Cos) y artículos de lujo como una variedad de cristalería preciosa. Las obras de arte incluían un gran número de estatuas de gran tamaño de mármol de Paros y dos de bronce (El filósofo y Efebo de Anticitera, unas auténticas antigüedades).

El descubrimiento más importante y más interesante fue el de un complejo dispositivo mecánico de múltiples engranajes conocido actualmente como el «mecanismo de Anticitera», que aparece como protagonista dentro de la acción de la película estadounidense Indiana Jones y el dial del destino de James Mangold (2023). Este objeto parece ser el planetario más antiguo utilizado para predecir posiciones astronómicas y eclipses con fines astrológicos y calendáricos. El dispositivo parece descender de los globos celestes ideados por el gran científico Arquímedes y codiciados por el victorioso general romano Marco Claudio Marcelo (cos. I 222 a. C.)

tras el saqueo de Siracusa, en el año 212 a. C., en el marco de la segunda guerra púnica (218-201 a. C.). Aunque no se comprende del todo, el mecanismo de Anticitera es un ejemplo concreto de los avances tecnológicos de la época helenística y de su espíritu cosmopolita, tan afín al ethos del mundo moderno.

Figura 17. El joven o Efebo de Anticitera, posiblemente representando a París o Heracles. Estatua en exhibición en el Museo Arqueológico Nacional, Atenas, Grecia (Wikimedia Commons).

En un principio, se hizo popular la teoría de que la carga que contenía este buque podría ser el resultado del saqueo de una ciudad griega realizado por el ejército romano, destinado a su general (y oficiales) o con objeto de participar en un desfile triunfal. Se sugirió que el barco llevaba parte del botín que el general romano L. Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.) reunió en Atenas en el año 86 a. C. Una referencia del escritor griego Luciano de Samósata a uno de los barcos de Sila hundiéndose en la región de Anticitera dio lugar a esta teoría. Sin embargo, el estudio de las monedas halladas en el naufragio descarta completamente esta hipótesis, ya que las piezas del tesorillo antes mencionado fueron acuñadas entre los años 76 y 67 a. C. En la actualidad, se considera que no es más que un viaje comercial cuyo cargamento provenía de diversas fuentes y quizás también se dirigía a diversos destinos.

No se puede determinar la causa precisa del hundimiento de este barco, pero la ubicación, frente a una parte escarpada de la costa de la isla al este de la bahía de Pótamos y muy lejos de las rutas alrededor de la isla, sugiere que la nave fue empujada por una tormenta y no logró refugiarse antes de que se hundiera. Pero hay que señalar que la pequeña isla de Anticitera (en la Antigüedad denominada Aigila), de tan solo 20 kilómetros cuadrados, ubicada en un lugar estratégico, en la ruta más directa entre el mar Egeo y el Mediterráneo occidental, albergaba para los navegantes una desagradable sorpresa. En la isla, a pesar de no ser capaz de soportar una gran población, existía un emplazamiento impresionantemente fortificado conocido como Kastro, que no era más que una sucursal (al menos en el periodo tardohelenístico) de la ciudad pirata de Falasarna, la más occidental de la isla de Creta, al menos en los dos últimos siglos antes del cambio de era, como atestiguan las numerosas monedas de esta ceca, así como un proyectil de honda que alude a esta población cretense.

Sobre la importancia de esta isla, ya a mediados del siglo

a. C., Rodas había emprendido una campaña contra Anticitera, que en este momento era una base de la piratería tirrena, con objeto de acabar con los ataques contra su comercio naval, lo que parece relacionarse con la capa de destrucción de la muralla exterior de la acrópolis, documentada por la arqueología, pero que no impidió el florecimiento de la piratería local y la prosperidad que esta trajo a la isla.

Esta operación militar figura en un decreto honorario rodio en el que se menciona una serie de combatientes que se destacaron en estas luchas. Los primeros cuatro personajes mencionados son ciudadanos rodios. El primero era jefe del cuerpo de mercenarios; el segundo, un oficial de artillería; el tercero, un soldado embarcado, en este caso en el cuatrirreme, el gran navío que constituiría la unidad principal de la expedición naval; y el cuarto, un soldado que se embarcó en las phylakides, naves ligeras especializadas en la guerra contra la piratería. Luego sigue una lista de líderes de unidades de tropas mercenarias. La mutilación de la parte inferior de la estela nos priva de saber los motivos por los que se homenajeaba a los distintos personajes.

Sea como fuere, el general romano Quinto Cecilio Metelo (cos. 69 a. C.) dirigió sus fuerzas contra Creta entre los años 69 y 67 a. C., y conquistó, entre otras ciudades, Falasarna. Parece ser que es en este momento cuando el asentamiento de Kastro en Anticitera fue destruido (aunque este hecho también se ha atribuido a la campaña naval antipirática de Pompeyo del año 67 a. C.), de manera que la isla quedó prácticamente despoblada hasta la Antigüedad tardía.

Por la cronología de las monedas encontradas en el naufragio, el hundimiento del barco de Anticitera no habría sido en principio presa de los piratas. Pero hay que tener en cuenta que, a pesar de los esfuerzos romanos en la década de los años 60 a. C. por acabar con este fenómeno, la piratería no fue erradicada completamente del Mediterráneo, por lo que no puede descartarse esta causa en el hundimiento de la nave de Anticitera.

Más interesante es que, en los últimos años, se ha descubierto en la excavación de este pecio un hallazgo extraordinario: un arma

antigua conocida como «delfín», una masa de plomo de cien kilogramos con punta de hierro, destinada a ser lanzada desde el frente del barco para atravesar la cubierta y el casco de un buque atacante. Este es el único ejemplo de un delfín de guerra que se ha descubierto. Este interesante hallazgo indica que todavía la piratería era un peligro manifiesto en el momento del hundimiento del barco de Anticitera.

Mejor conservado estaba el cargamento del naufragio del Mahdia, descubierto en 1907 frente a las costas de Túnez, hundido en algún momento de la primera mitad del siglo

i

a. C., seguramente en la década de los años 80 o 70 a. C. Supuestamente, traía parte del botín del saqueo obtenido en Grecia por Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.) durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), habiendo partido la nave del puerto ateniense de El Pireo. En el año 86 a. C., Atenas fue tomada por Sila y muchas obras de arte procedentes de esta ciudad fueron enviadas a Italia. Esta teoría parece corroborarse con el descubrimiento en El Pireo, en 1959, de un depósito de estatuas de bronce destinadas a ser embarcadas. El barco se habría hundido debido a una tormenta de otoño a tres millas náuticas de la costa: una corriente del noreste habría coincidido con un viento del noreste durante tres días y la nave habría sido desviada de su ruta.

La carga principal del barco (que se calcula en el momento de su hundimiento en unas doscientas toneladas) eran objetos de lujo y obras de arte adecuados para las villas de una rica clientela romana: esculturas de mármol (principalmente de Paros) y bronce, accesorios de muebles de alta calidad, artículos decorativos y elementos arquitectónicos. Su número es demasiado largo para enumerarlas aquí. También había varias docenas de pesadas columnas de mármol pentélico y partes de catapultas. Por este excepcional yacimiento, el arqueólogo S. Reinach pronunció la famosa frase: «El mar es el museo más grande del mundo».

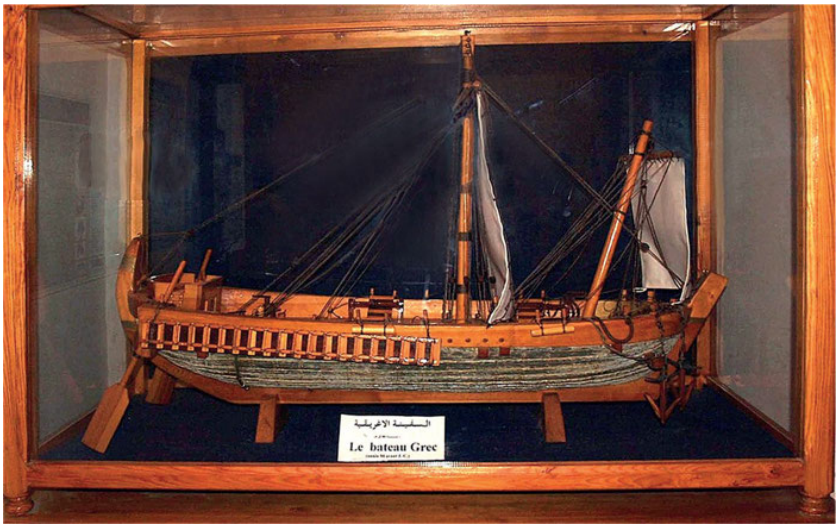

Figura 18. Representación en miniatura del barco hundido en Mahdia expuesto en el Museo Nacional del Bardo (Wikimedia Commons).

Las esculturas son de carácter ecléctico y sugieren la procedencia de varias escuelas, aunque no se encontró ninguna de las figuras homéricas de escala épica que ganaron popularidad en el siglo

i

a. C., ni de copias de obras clásicas del siglo

v

a. C., en contraste con el barco de Anticitera. Algunas de las piezas encontradas conservan las huellas de un primer uso y, por lo tanto, no eran nuevas, corroborando la hipótesis del fruto de un saqueo. Sin embargo, otros elementos eran obviamente nuevos porque acababan de abandonar los talleres de producción. Algunos de los objetos se realizaron con el objetivo de responder al gusto de los clientes italianos, con una reinterpretación de las formas clásicas en las nuevas creaciones.

El pecio también contenía objetos de plomo, incluyendo anclas, tubos y placas, y lingotes que, según su composición isotópica, parecen provenir del área de Cartagena en Hispania. El cargamento incluía, asimismo, ánforas de origen púnico, ibérico o itálico de la segunda o tercera década del siglo

i

a. C., para suministros, algunas cerradas por sellos de plomo y algunas de cerámica, incluida la cerámica vidriada en negro. Los huesos de animales han permitido plantear la hipótesis de que la carne fresca para la tripulación estaba asegurada por animales vivos.

La variedad de objetos incluidos en el cargamento y la alta calidad de muchos de ellos brindan una mirada interesante al mercado del arte del periodo helenístico tardío. Una serie de cartas escritas entre los años 68 y 65 a. C. entre el político Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a. C.) y su amigo y agente de compras en Grecia Tito Pomponio Ático, discutiendo la adquisición de obras de arte griegas para la villa romana del estadista, ofrece una idea del gusto de un distinguido coleccionista y deja claro que tales envíos de obras de arte de Grecia a Italia eran algo común.

Entre los restos reunidos se encontraban piezas de bronce de armas arrojadizas, ballestas o catapultas, ninguna completa (se ha supuesto dos del primer tipo y una del segundo), lo que ha llevado a los investigadores a pensar que estos elementos fueron transportados por el valor de su materia prima. De hecho, es común en la Antigüedad que la chatarra desechada fuera reciclada en forma de lingotes. Pero la teoría de la presencia de armas defensivas pesadas a bordo no es imposible, especialmente teniendo en cuenta la datación del naufragio, en un periodo de piratería generalizada, y el valor de la carga estimado en más de ochocientos mil sestercios, suma enorme que desde luego había que proteger.

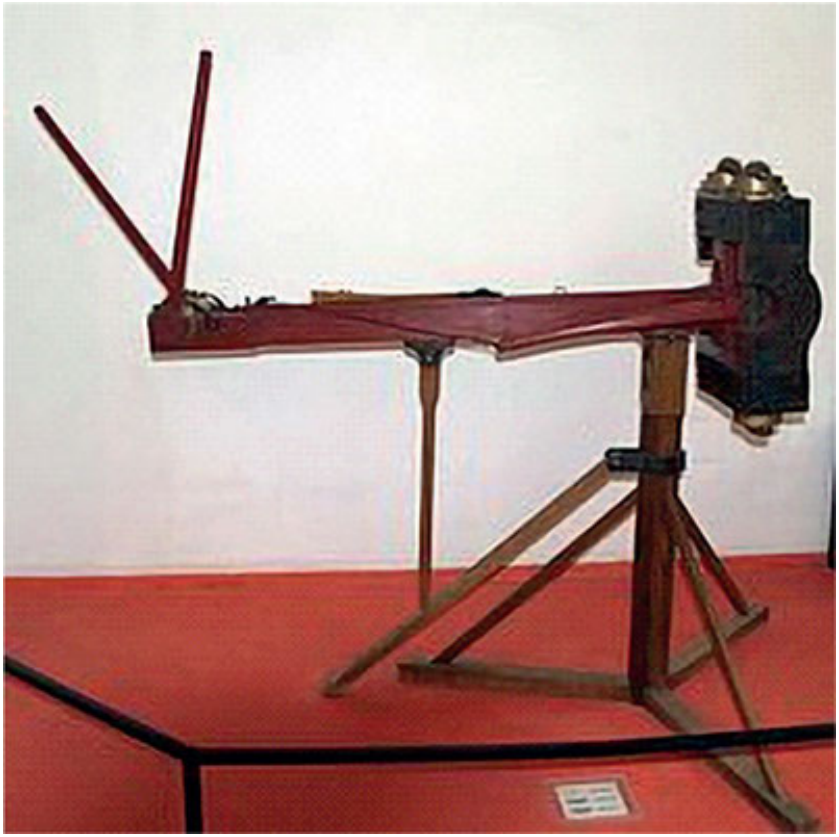

Figura 19. Ballesta reconstruida procedente del barco hundido en Mahdia expuesto en el Museo Nacional del Bardo (Wikimedia Commons).

Capítulo II

El mar Egeo

Antes de empezar a hablar de la lucha de Roma contra la piratería, dedicamos el presente capítulo a lo que podríamos denominar la «potencia antipirática» por antonomasia de la Antigüedad: Rodas, y sus esfuerzos contra esta práctica procedente de la isla de Creta.

RODAS

La lucha entre la potencia hegemónica del mar y los piratas no era nueva en época romana. Ya los atenienses, bajo el amparo de la Liga de Delos, habían tenido que hacer frente a esta auténtica «pandemia» en el mar Egeo durante el siglo

v

a. C. En época helenística, la isla de Rodas se erigió en el estandarte de la lucha contra la piratería, simbolizada en este caso por la cercana isla de Creta. A este enfrentamiento le dedicamos este capítulo.

La isla de Rodas es la más extensa de las del archipiélago del Dodecaneso, con 1.400 km^2 (78 x 38 km), con capital en la ciudad homónima, a tan solo quince kilómetros de la costa minorasiática. Su ubicación estratégica, entre el mar Egeo y el Levante, la hizo muy deseada, como se muestra por ejemplo durante el Gobierno de Rodas de los Caballeros de San Juan de Jerusalén (1306-1522 d. C.).

Su situación le permitió jugar un papel muy importante durante la época helenística, como gran centro comercial. Por este motivo, a

Rodas le interesaba mucho mantener libre los mares, por lo que se convirtió en un Estado muy predispuesto a luchar contra la piratería. Estrabón, escritor de época augustea, la describe de la siguiente manera, en la que queda de forma manifiesta su voluntad marinera, no solo por su situación insular, sino por su propia iniciativa y empuje:

La ciudad de los rodios está sobre el promontorio oriental de Rodas y supera tanto a las otras ciudades por su puerto, sus caminos, su muralla y el resto de sus construcciones, que no puedo hablar de otra que sea siquiera igual, y mucho menos superior a esta. Es admirable también su buena legislación y la atención que presta a la constitución en general y a la referente a los asuntos navales en particular, gracias a la cual fue dueña del mar durante mucho tiempo, terminó con la piratería y se hizo amiga de los romanos, así como de los reyes filorromanos y filohelenos. Por estas razones permaneció independiente y fue agasajada con muchas ofrendas de las cuales la mayor parte se encuentran en el Dionisio y en el gimnasio, y el resto en otros lugares […]. Los rodios se preocupan por el pueblo a pesar de no tener un sistema de Gobierno democrático, y están igualmente deseosos de mantener a la multitud de gente humilde. Ciertamente, el pueblo recibe alimento, los ricos se ocupan de los menos adinerados, siguiendo una costumbre ancestral, y hay liturgias específicas que se encargan de la provisión de alimentos, de forma que el pobre tiene manutención y, a la vez, la ciudad no está desprovista de los hombres que necesita, sobre todo para la flota. Algunos de los fondeaderos estaban ocultos y su acceso, prohibido a la mayor parte de la gente, y para cualquiera que espiara o entrara dentro estaba establecida la pena de muerte. Aquí, igual que en Masalia y en Cícico, se vigilaba con sumo cuidado todo los relacionado con los arquitectos, la construcción de máquinas y los depósitos de armas y otros objetos, e incluso más aquí que en los otros sitios (Estrabón, Geografía, 14, 2, 5).

L. Migeotte llega a la conclusión, después de estudiar el texto anterior, de que las liturgias aquí mencionadas no son una medida

filantrópica, sino de hecho un pacto social por el cual los ricos tenían la obligación de mantener al pueblo, una medida en la que radicó en gran parte la riqueza de Rodas. A pesar de las palabras de Estrabón, la constitución rodia sería un régimen mixto, esto es, una democracia moderada.

Rodas fue excepcional entre los demás estados griegos del mundo helenístico por ser más poderoso, próspero y estable de lo que había sido durante el periodo clásico. En la era de los diádocos (los generales sucesores de Alejandro Magno) explotó con éxito la rivalidad entre los distintos monarcas, que preferían ver a Rodas independiente antes que dominada por cualquiera de ellos. Rodas también fue eficaz en la mejora y el uso de su reputación en el mundo griego para su propio beneficio, y siempre se presentó de manera favorable en las fuentes existentes, influenciadas por escritores rodios (ahora perdidos), en especial por el historiador Zenón de Rodas (siglo

ii

a. C.)

En un principio, en la isla de Rodas había tres ciudades-Estado: Lindos, Cámiros e Ialisos, que en el año 408 a. C. se unieron en un único territorio y fundaron la ciudad de Rodas en el extremo norte de la isla, que se convirtió en la capital del nuevo Estado, que incluía igualmente varias islas vecinas. Tras la muerte del rey macedonio Alejandro Magno (336-323 a. C.), Rodas se vio envuelta en la lucha de los diádocos. Antígono Monóftalmos (el primer diádoco en proclamarse rey, 306 a. C.) solicitó su ayuda para combatir a Ptolomeo, a la sazón sátrapa de Egipto, quien se convertirá en el primer rey de la dinastía lágida o ptolemaica. Pero Rodas tenía estrechos lazos comerciales con los egipcios, por lo que negó tal ayuda.

Los rodios eran ante todo comerciantes y obtenían gran parte de sus ingresos de la práctica y promoción del comercio a larga distancia. Está claro a partir del testimonio de Diodoro Sículo que, en el periodo helenístico inicial, uno de sus socios comerciales más importante fue el reino ptolemaico de Egipto: «Estaban especialmente inclinados a honrar a Ptolomeo. Porque sucedía que

la mayoría de sus ingresos procedían de los mercaderes que navegaban hacia Egipto y la ciudad se alimentaba en gran parte de ese reino».

Figura 20. Los diádocos en el año 303 a. C. (Wikimedia Commons).

Sin embargo, Egipto estaba lejos de ser la única fuente de ingresos, y estos crecieron a medida que los rodios establecieron conexiones con otras regiones. Los diversos puertos existentes en la isla para barcos mercantes le permitieron funcionar como un importante hub de entrada en el periodo helenístico, particularmente para el comercio procedente de Egipto y el Levante, con la presencia de un importante mercado de esclavos. Los propios rodios eran navegantes famosos cuyas extensas actividades comerciales se encuentran atestiguadas por la amplia dispersión de su cerámica en el periodo helenístico, especialmente en el Mediterráneo oriental y la zona del mar Negro.

Pocos años después, Demetrio Poliorcetes (que llegó a ser rey de Macedonia durante el periodo 294-288 a. C.), el hijo de Antígono, asedió Rodas durante un año (305-304 a. C.), por temor a que su flota apoyara a sus rivales egipcios. Este ataque fue visto por muchos como una auténtica empresa pirata, un ejemplo de la ambivalencia del término. A pesar de los amplios medios empleados

por Demetrio, fracasó en conquistar la ciudad, y logró firmar con ella un tratado por la que esta se declaraba neutral, lo que fue vendido como un éxito por el atacante. Con el importe de la venta de los restos de las máquinas de asedio y el equipo dejado por Demetrio, los rodios erigieron una estatua a su deidad principal, el dios sol Helios, el famoso «coloso de Rodas» (280 a. C.), que se derrumbó durante el terremoto del año 226 a. C.

A lo largo del siglo

iii

a. C., Rodas intentó asegurar su independencia y su comercio, especialmente en relación con el tráfico de cereales en el Mediterráneo oriental. Ambos objetivos dependían de que ninguno de los tres grandes estados helenísticos lograra la hegemonía y, en consecuencia, los rodios siguieron una política de mantener un equilibrio de poder entre los antigónidas de Macedonia, los seléucidas de Siria y los ptolomeos de Egipto, incluso si eso significaba ir a la guerra contra su aliado tradicional: Egipto. Esto aconteció durante la segunda guerra siria (260-253 a. C.): por temor a que los egipcios se convirtieran en el poder hegemónico en la región, Rodas se unió a la alianza macedónicosiria, en la que la flota rodia al mando de Agatóstrato venció a la armada egipcia al mando del exiliado ateniense Cremónides junto a la ciudad de Éfeso, en una fecha desconocida (ca. 258 a. C.). La marina rodia tenía una excelente fama, y se consideraba que estaba tripulada por los mejores marineros del mundo mediterráneo, de tal manera que existía el dicho: «Si tenemos diez rodios, tenemos diez barcos».

Figura 21. El asedio de Rodas. Dibujo en Cassell's Illustrated Universal History de E. Ollier (1882) (Wikimedia Commons).

Los rodios también ampliaron su dominio en las costas de Caria frente a su isla, lo que se conocía como la «Perea rodia», que llegaba hasta la frontera con Licia. Ya las tres ciudades que conformaron el Estado rodio poseían territorios en el continente, que, como la propia Rodas, estaba dividido en demos, y sus habitantes estaban considerados como rodios de pleno derecho.

Rodas se convirtió en una de las principales ciudades comerciales del Mediterráneo, tras la estela de Alejandría en Egipto. Como lo demuestran los impuestos que la ciudad recibió en concepto de tasas portuarias, el intercambio de mercancías debió de ser descomunal. Habiendo sobrevivido a las amenazas de vecinos más grandes, la ciudad se había ganado el respeto del mundo mediterráneo.

Si bien en un principio el terremoto que sacudió Rodas en el año 226 a. C., que destruyó gran parte de la ciudad, incluido el puerto y

muchos edificios comerciales, podría haber sacudido las bases de su poder, fue todo lo contrario, ya que los diversos Estados helenísticos acudieron en su ayuda por el importante papel redistribuidor que tenía en el comercio de grano en el oriente del Mediterráneo. Asimismo, el temor a que una crisis bancaria provocase una crisis económica probablemente también influyó en el tamaño de las donaciones realizadas. Como puede apreciarse, no hay nada nuevo bajo el sol.

Por lo tanto, la flota de Rodas adquirió una gran reputación que le valió una petición de ayuda en el año 220 a. C. contra Bizancio, que pretendía imponer un peaje en el estrecho del Bósforo, debido a la presión que ejercían sobre ella los celtas del reino de Tylis, que le exigían una contribución anual. Polibio señaló que los rodios eran considerados «la autoridad suprema en asuntos marítimos», por lo que fueron invitados a intervenir en este asunto por los comerciantes que utilizaban esta ruta. Esta guerra reveló los importantes lazos diplomáticos que Rodas había tejido: llamó a su lado a Bitinia y a Egipto, mientras que Pérgamo apoyó a Bizancio. Afortunadamente, la cosa no llegó a mayores, y Rodas logró firmar un tratado de libre circulación en el Bósforo sin tan siquiera desplegar su armada.

Fue durante los siglos iii y ii a. C. cuando los rodios establecieron su reputación como amigos de los comerciantes y perseguidores de la piratería. Su política internacional consistía en no obstaculizar por ninguna causa el comercio. Por lo tanto, no debe sorprender que los rodios fueran famosos en la Antigüedad por su lucha contra los piratas. Las primeras pruebas de su preocupación y determinación por proteger la navegación mercante provienen de uno de los oradores áticos, Licurgo, en su discurso «Contra Leócrates». El estadista ateniense dice que, después de la batalla de Queronea (338 a. C.), su oponente informó falsamente a los rodios de que Atenas había sido capturada por los macedonios, mientras que el puerto de El Pireo quedaba bloqueado. La reacción de los rodios fue enviar barcos de guerra para escoltar a sus barcos mercantes hasta el citado puerto.

Diodoro Sículo también menciona a los rodios expulsando a los barcos enviados por Demetrio Poliorcetes para atacar sus buques de

carga en el camino a Egipto, justo antes de que este iniciase el sitio de Rodas, lo que sugiere que utilizaron barcos de escolta o tenían mercantes armados. Este autor prologa su introducción al asedio de Rodas en el año 305 a. C. de la siguiente manera: «De hecho, ella había alcanzado tal posición de poder que emprendió la guerra contra los piratas por sí misma, en nombre de los griegos, y despejó el mar de su mal infestación». Esta última frase es, sin duda, una exageración, pero existen muchas pruebas para respaldar la afirmación de que los rodios fueron a la guerra contra los piratas en el periodo helenístico. En este sentido, por ejemplo, podemos decir que, en el año 219 a. C., los rodios expulsaron del archipiélago de las Cícladas a Demetrio de Faros; en el año 200 a. C., lucharon contra bandas de piratas que asaltaban el Ática; y en el año 190 a. C., repelieron a los depredadores que operaban en el estrecho de Cefalonia, en estas dos últimas ocasiones de manera conjunta con los romanos y sus aliados.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo enorme realizado, Rodas, por sí sola, era incapaz de acabar con los piratas, ya que, una vez se ausentaban las naves rodias dedicadas a la vigilancia, las costas quedaban a merced de los salteadores. Este rol llevó a una guerra marítima entre Rodas y Creta (más concretamente, contra determinadas ciudades cretenses), una isla conocida por su amplia práctica de la piratería, conocida como la primera guerra de Creta (205-200 a. C.) (vid. infra).

Figura 22. Relieve de una galera rodia, muy probablemente una trihemiolia, excavada en la roca bajo la acrópolis de Lindos (Wikimedia Commons).

Este tipo de naves fue del más utilizado por la armada de los rodios, posiblemente inventado por estos, como contraataque contra los veloces hemiolas de los piratas, un tipo de embarcación que parece haberse creado en la vecina región continental de Caria.

Se ha afirmado que la flota de Rodas fue diseñada como una fuerza antipirata, pero esto es muy exagerado, sobre todo en vista del hecho de que la mayor parte de nuestra información sobre la armada de Rodas proviene de relatos de sus actividades en la guerra, a menudo junto con Pérgamo y Roma. Sin embargo, hay algunas pruebas directas que muestran elementos de la flota de Rodas en acción contra los piratas.

Los rodios utilizaron una variedad de barcos, incluidos trirremes, cuatrirremes y quinquerremes, pero su embarcación más distintiva

fue probablemente la trihemiolia. Este era un barco rápido con cubierta que (a diferencia del trirreme) no tenía varios niveles de remeros, aunque era capaz de lidiar con los barcos de guerra más grandes de los monarcas helenísticos. La velocidad sería útil para perseguir barcos enemigos, ya fueran o no piratas, y las cubiertas permitían transportar muchos infantes de marina, incluidos arqueros e infantería fuertemente armada para operaciones anfibias. No debe olvidarse que uno de los usos principales de cualquier barco de guerra antiguo era transportar soldados para luchar en tierra, así como en el mar.

LA ISLA DE CRETA

Y de una isla a otra. Si bien Rodas se caracterizó por la lucha contra la piratería en pos de la libertad de los mares, otro cantar muy diferente puede decirse de Creta, en el extremo sur del mar Egeo, con 8.300 km^2 y una costa de 1.040 km de longitud. Debido a su orografía, esta era una isla muy dividida desde el punto de vista político (Homero señaló en la Ilíada que Creta tenía cien ciudades), productora de piratas y una importante fuente de mercenarios y emigrantes. Polibio tenía muy mala opinión de los cretenses:

Los cretenses, si se trata de emboscadas, de pillaje y de robar al enemigo, de ataques nocturnos y de cualquier acción que sea con engaño, realizada por una cuadrilla, son invencibles; en cambio, para un ataque frontal en formación son cobardes y de espíritu mezquino. Aqueos y macedonios son todo lo contrario (Polibio, Historias, 4, 8, 11).

Figura 23. Mapa de la isla de Creta en la Antigüedad con los nombres geográficos en latín (Wikimedia Commons) (Friedrich Wilhelm Putzger - F. W. Putzgers Historischer Schul-Atlas 1901).

En época helenística, Creta salió de su tradicional aislamiento, y muchas de sus ciudades-Estado fueron cortejadas por los reinos surgidos tras las guerras de sucesión a la muerte de Alejandro Magno. Incluso, los ptolomeos llegaron a tener una importante base naval en Itano, en el extremo oriental de la isla.

La relación entre Rodas y algunas de las ciudades de Creta se remonta, como mínimo, a inicios de la época helenística. En el año 305 a. C., los cnosios ayudaron a Rodas cuando la isla fue sitiada por Demetrio Poliorcetes y, en el año 220 a. C., dichos cnosios, a su vez, apelaron con éxito a los rodios en busca de ayuda en su guerra contra Lictos, obteniendo la asistencia de una fuerza naval rodia bajo el mando del almirante Polemocles.

Es durante la época helenística cuando las ciudades-Estado cretenses se organizaron en una liga, la Liga Cretense, dentro de la cual dominaban las ciudades de Cnosos y Gortina. Dicha Liga incluía un consejo y una asamblea popular, y se reunía principalmente en Cnosos. Parece que la Liga Cretense era responsable de legislar y regular las relaciones entre las ciudades cretenses para mantener la paz. Pero, a diferencia de otras ligas griegas helenísticas, esta institución no pudo frenar las incesantes

guerras intestinas entre los cretenses, como refleja la guerra de Lictos.

La piratería fue una actividad ampliamente ejercida en Creta durante la época clásica y helenística. Esta práctica parece deberse a la superpoblación, a la falta de tierras y, en especial, a su educación militar, en la que la utilización de la violencia y el saqueo no se veía como un robo, sino como una manera legítima de adquisición de bienes, una ideología de época arcaica. El beneficio de la venta de esclavos era uno de los ingresos más lucrativos de las comunidades cretenses. Las víctimas de las guerras y de los actos de piratería se vendían en Creta a compradores locales o extranjeros.

Incluso si la piratería cretense parece haber florecido desde mediados del siglo

iii

a. C., su existencia puede remontarse al menos a la segunda mitad del siglo

iv

a. C. Si tenemos en cuenta la misión de Anfótero, almirante de Alejandro Magno, que llegó al mar Egeo para acabar con la piratería, podemos suponer que los espartanos y los persas, los rivales del macedonio, fomentaron la piratería cretense con el fin de dificultar las comunicaciones de Alejandro Magno con la Grecia continental y frenar su proyecto de convertir el Mediterráneo oriental en un mar macedonio.

Si la piratería podría haberse practicado de manera individual, existen indicios, sin embargo, de que ciertas ciudades fomentaron dicha práctica durante las primeras décadas del siglo

iii

a. C. No parece interpretarse de otro modo el tratado de inmunidad entre la ciudad de Mileto y veintiocho ciudades cretenses: las partes contratantes se comprometen a prohibir el comercio de personas y liberar a los prisioneros milesios retenidos en Creta.

LA GUERRA DE LICTOS

La guerra de Lictos (ca. 220-ca. 216 a. C.) fue un conflicto interno que se libró entre dos coaliciones de ciudades cretenses, dirigidas respectivamente por Cnosos y Polirrenia. Se la ha considerado como «la guerra más grande en la historia de Creta». Curiosamente, la «guerra extranjera» (346-343 a. C.), punto de inflexión en la historia de Creta, ya que fue la primera vez que fuerzas extranjeras participaron en los asuntos internos cretenses, tuvo como protagonistas antagónicos a Cnosos y Lictos. Esta contienda nos permite observar la complejidad de la política cretense.

Las ciudades aliadas de Cnosos (socia de Rodas y la Liga Etolia) y Gortina (vinculada a Filipo V de Macedonia [221-179 a. C.] y a la Liga Aquea) habían obtenido el control de toda la isla, a excepción de Lictos, que fue la única que resistió. Cuando el almirante rodio Polemocles regresó de la guerra contra Bizancio, a la que ya hemos aludido, los cnosios pensaron que podría ser útil en sus esfuerzos contra Lictos. Entonces, pidieron ayuda a los rodios y Polemocles llegó con tres barcos con cubierta (es decir, naves de guerra) y tres sin cubierta.

Sin embargo, poco después de la llegada de los rodios, los habitantes de la ciudad de Eleuterna los acusaron de asesinar a su líder, un tal Timarco, para complacer a los cnosios, y, en respuesta, declararon la guerra a los rodios. Este conflicto casi continuo entre las comunidades cretenses permitió a los rodios enfrentar a un grupo contra otro, en un esfuerzo por controlar los ataques cretenses contra los aliados de Rodas en el archipiélago de las islas Cícladas, que sufrían particularmente de la «piratería» cretense, algo sin duda alguna justificado por los propios cretenses como actos de guerra o represalia.

Aunque Rodas en este momento no controlaba la Liga Nesiótica (vid. infra), parece que las islas menores buscaban en ella liderazgo y protección. Un ejemplo de ello es un decreto, de la segunda mitad del siglo

a. C., de la isla de Delos, en el que se honra al almirante Antígenes, el cual fue «nombrado por el pueblo rodio para la protección de las islas y la seguridad de los griegos». El lenguaje de la inscripción ilustra muy bien la actitud bastante grandilocuente de los rodios hacia su propia posición como principal potencia naval del mar Egeo, que los cretenses desafiaban con sus ataques a las diferentes islas.

Mientras tanto, los cnosios y sus aliados se habían movilizado contra Lictos, pero luego, por alguna razón desconocida, la alianza se rompió y los antiguos aliados cretenses comenzaron a enfrentarse entre sí. De esa manera, las ciudades de Polirrenia y Lappa (Argyroupolis), junto con algunas otras comunidades, desertaron de los cnosios y se aliaron con los lictios.

En Gortina, los habitantes se encontraban divididos sobre la cuestión de la alianza y estalló una guerra civil en el seno de la ciudad. Los gortinios de más edad permanecieron leales a Cnosos, mientras que los más jóvenes eran favorables a los lictios. Tomados por sorpresa por este repentino revés, los cnosios pidieron ayuda a la Liga Etolia. Los etolios ya estaban presentes en Cidonia y enviaron mil soldados como apoyo. Después de la llegada de los etolios, los ancianos de Gortina llevaron a los cnosios y etolios a ocupar su ciudadela y procedieron a matar o expulsar a sus oponentes más jóvenes. Los jóvenes gortinios se refugiaron en Festo, un antiguo palacio de época minoica, que dominaba la bahía al sur del monte Ida. Más tarde, los jóvenes gortinios en Festo lanzaron un audaz ataque contra el puerto de su ciudad, que ocuparon, y luego sitiaron a sus oponentes en la ciudadela de Gortina.

Mientras los cnosios estaban ocupados en los asuntos de la mencionada ciudad, la mayoría de los guerreros de Lictos dejaron su polis para invadir territorio enemigo. Los cnosios, sin embargo, se enteraron de su plan y aprovecharon la oportunidad para invadir la indefensa Lictos, capturando a todas las mujeres y niños y arrasando la localidad hasta los cimientos. Cuando los lictios regresaron de su expedición, decidieron abandonar sus hogares devastados y se establecieron en Lappa, cuyos ciudadanos estaban dispuestos a acogerlos.

Mientras tanto, habían aumentado las tensiones en el continente entre la Liga Aquea y la Liga Etolia. Como resultado, estalló la guerra social (220-217 a. C.), que involucraría a Filipo V, un aliado clave de los aqueos. En esta tesitura, los polirrenios utilizaron la interferencia de los etolios en Creta como justificación para pedir ayuda a los macedonios y los aqueos contra su enemigo común, desertando de los cnosios. Estos los aceptaron como aliados y enviaron una fuerza mercenaria a la isla dirigida por Plator, compuesta por cuatrocientos ilirios, doscientos aqueos y cien focidios. Con estos refuerzos, los polirrenios hicieron un gran progreso moviéndose contra Eleuterna, Cidonia y Áptera. Rápidamente, obligaron a esas ciudades a abandonar a sus aliados cnosios y entrar en la coalición de oposición.

Así, los cnosios, en poco tiempo, no solo perdieron la mayor parte de sus aliados, sino también su hegemonía sobre la isla. Sin embargo, todavía pudieron ayudar a sus aliados etolios con mil arqueros en su guerra en el continente griego. Los polirrenios del lado opuesto hicieron lo mismo enviando quinientos cretenses en apoyo de los macedonios.

La guerra continuó durante varios años, pero la pérdida de la narración de Polibio no permite conocer su desarrollo. En general, la guerra fue favorable para los enemigos de Cnosos. Los lictios finalmente regresaron a sus hogares y reconstruyeron su ciudad en una colina cercana. Igualmente, los etolios fueron expulsados de la isla y, en 217 a. C., Creta se había convertido en algo parecido a un protectorado macedonio, de tal manera que Filipo V era proclamado como «patrón» de Creta.

Dos años más tarde, el estratego aqueo Arato de Sición confirmó este resultado:

Arato se mantuvo callado durante mucho tiempo y después, ante la insistencia de Filipo de que declarara su parecer, contestó: «Muchas son, Filipo, las montañas de Creta y muy grandes; muchas las ciudadelas que se encuentran en Beocia y que también pueblan el territorio de Focidia; son muchos los lugares que en Acarnania, ya sea en el interior como en la costa, tienen admirables

fortificaciones, pero tú no has capturado ninguna de estas, sino que todas obedecen tus órdenes voluntariamente. Podrá haber ladrones que vaguen por rocas y precipicios, pero no hay nada más seguro y más sólido para un rey que el afecto y la confianza que en él se depositan. Es eso lo que te abre el mar de Creta, lo que te abre el Peloponeso, y gracias a esto es como tú, a tu edad, te has convertido en gobernante de unos y te has impuesto como el señor de todos ellos» (Plutarco, Vida de Arato, 50, 7-9).

LA PRIMERA GUERRA DE CRETA

La primera guerra de Creta (205-200 a. C.) fue la manifestación más dramática de la compleja naturaleza de la piratería en el Mediterráneo oriental, así como de las actividades antipiráticas de los rodios. Los orígenes del conflicto no están claros, pero parecen remontarse a rivalidades anteriores entre las ciudades de Creta, lo que llevó a que estas movilizaran a sus aliados. Polibio responsabilizó al rey macedonio Filipo V del conflicto, alegando que envió a Heráclides de Tarento para incitar una guerra entre Rodas y los cretenses.

Figura 24. El mundo griego ca. el año 200 a. C. (Wikimedia Commons).

Tras la primera guerra macedónica (214-205 a. C.), que enfrentó a Roma contra Filipo V, de la que la primera guerra de Creta no será más que una prolongación, como muestra claramente que continuara en la segunda guerra macedónica (200-197 a. C.), los macedonios ven que sus ambiciones territoriales hacia el oeste, hacia Iliria y el mar Adriático, quedan cortadas por Roma, que estaba inmersa en la segunda guerra púnica (218-201 a. C.) contra Cartago. Esta segunda circunstancia será aprovechada por Filipo V para intentar hacerse con el control de todo el mundo griego, por lo que dirigió sus ambiciones en dirección contraria, esto es, a la cuenca del mar Egeo, donde comenzó a establecer una gran flota. Su alianza con varias ciudades cretenses podría ayudarle en su deseo de fortalecer la presencia macedonia en la zona. Los antigonidas, como otros monarcas helenísticos, vieron a Creta como un valioso campo de reclutamiento para mercenarios y estaban

ansiosos por mantener buenas relaciones con tantas ciudades cretenses como fuera posible.

Macedonia, habiendo derrotado a Pérgamo y formado una alianza con la Liga Etolia, no tenía otros adversarios griegos de importancia a excepción de Rodas. Esta última es hasta entonces aliada de Filipo V, pero también aliada de Roma, su enemiga. Rodas vivía del comercio de alta mar, por lo que el monarca macedonio decidió fomentar la piratería cretense para debilitar a los rodios, e incluso involucró en este cometido a los etolios y a los espartanos. No conocemos la lista de ciudades que tomaron parte en estas incursiones piratas, pero generalmente se incluyen las de Gortina, Eleuterna y Hierapitna, esta última la comunidad más importante del este de Creta.

Figura 25. Restos arqueológicos de la ciudad de Eleuterna (Wikimedia Commons).

En el año 205 a. C., Rodas estaba muy debilitada por estas incursiones y Filipo V pasó entonces a la segunda fase de su plan: la

confrontación militar directa. Convenció a las ciudades de Hierapitna y Olunte (cuyas ruinas se encuentran actualmente sumergidas, posiblemente a causa de un terremoto acontecido en 780 d. C.) y a otras ciudades del este de Creta para que declarasen la guerra a Rodas. El comienzo del conflicto podría estar marcado por el ataque de los hierapitnianos sobre Kálimnos, una isla del archipiélago del Dodecaneso que era dependiente de Cos, un aliado de Rodas. Un decreto de Kálimnos lleva la mención: «La guerra ha sido traída contra nosotros de manera injusta por los hierapitnianos». En esta ocasión, este ataque no procede de alta mar, como sería previsible, sino desde la costa, mediante pequeñas naves.

En un principio, la respuesta de Rodas fue de carácter diplomático. Pidió ayuda a Roma, pero esta estaba todavía centrada en la lucha contra Cartago, y el Senado intentó en vano persuadir a la población para que fuera a la guerra, incluso a pesar de que Pérgamo, Cícico y Bizancio se unieran a Rodas. El ataque de Hierapitna contra Kálimnos fue la gota que colmó el vaso y provocó la declaración de guerra de Rodas contra Creta, es decir, contra determinadas ciudades cretenses que estaban apoyadas por Filipo V. Una vez declarada oficialmente la guerra entre ambas, sabemos que se produjeron ataques contra la isla de Nisiros, aliada de Rodas y también perteneciente al archipiélago del Dodecaneso.

Las ciudades cretenses habrían llevado a cabo un segundo ataque contra Cos y Kálimnos. Sobre su identidad, solo conocemos qué «enemigos» regresaron con grandes fuerzas, lo que parece excluir que una única ciudad tomara parte en este ataque, sino que es de suponer que varias participaron en esta acción. Sea como fuere, Lisandro, navarca de Cos, derrotó a la flota cretense frente al cabo Laketer, aunque en opinión de P. Brulé en realidad la armada vencedora fue la flota rodia.

Ansioso por alentar actos de piratería contra los intereses de Rodas para debilitarla, Filipo V encomendó al etolio Dicearco la tarea de atacar las islas del mar Egeo. Le entregó veinte barcos y le ordenó cobrar tributos a sus habitantes para ayudar a los cretenses en su guerra contra los rodios. Al igual que los cretenses, Dicearco practicó tanto la piratería en alta mar como los ataques en tierra

firme. Como señaló Diodoro Sículo, «de acuerdo con estas instrucciones, saqueó los barcos mercantes y extorsionó a las islas por medio de incursiones». Su objetivo muy posiblemente fue el de recaudar el mayor dinero posible para que los macedonios pudieran dotarse de una sólida armada. Podemos ver a Dicearco, más que como pirata, como corsario, aunque a sus víctimas esta disquisición de carácter legal poco les importaría.

Dicearco tenía por tradición construir donde fuera que desembarcara dos templos: uno para Asebeia, que significaba la falta de piedad, y otro para Paranomia, que representaba la falta de ley. Todo un carácter. Tras la derrota de Filipo V, Dicearco huyó a Egipto, donde, posteriormente, participó en la conspiración del también etolio Escopas contra Aristómenes, regente y primer ministro del rey menor de edad Ptolomeo V (204-180 a. C.), por lo que fue torturado y flagelado antes de ser condenado a muerte y ejecutado (196 a. C.).

Polibio señaló que Filipo V estaba preocupado de que los cretenses no continuaran la guerra contra Rodas, para lo cual les envió emisarios para incitarlos y llevarlos a intensificar sus acciones. Es difícil saber si, en este momento, el monarca macedonio comenzó a sufrir la deserción de ciertas ciudades cretenses. En cualquier caso, encontró una estratagema para incendiar la flota rodia. Polieno nos lo describe de la siguiente manera:

El ingeniero tarentino Heráclides prometió a Filipo, padre de Perseo, que él incendiaría la escuadra de los rodios. Y, siendo a la sazón general, salió del palacio de Filipo con señales de malos tratos y se refugió en un altar con un ramo de suplicante pidiendo compasión a la muchedumbre. De suerte que había incluso entre los macedonios quienes creían que sufría esto contra derecho. Y él, embarcando en un barco mercante, llego a Rodas, donde dijo: «Vengo como suplicante ultrajado por vuestra causa, puesto que trataba de impedir que Filipo guerreara con vosotros. Y para que confiéis en mis palabras, os voy a mostrar también, por cierto, cartas de Filipo dirigidas a los cretenses, en las que acuerda que llevará la guerra contra los rodios». Los rodios, fiándose de las cartas, acogieron a Heráclides en la idea de que podría llegar a

serles útil contra Filipo; pero él, tras aguardar viento favorable por la noche, incendió los astilleros de los rodios. Trece arsenales fueron destruidos y cuantas trirremes había en ellos. Y Heráclides, después de prender fuego, subiendo al punto a un buque, se hizo a la mar, y después de trasladarse a Macedonia, era para Filipo el principal de sus amigos (Polieno, Estratagemas, 5, 17, 2).

A pesar de que este hecho es también relatado por Diodoro Sículo y Polibio, existen historiadores que consideran este episodio completamente fantasioso. Pero aquí no vemos razones para dudar de su veracidad.

Mientras la economía y la flota rodias sufrían las depredaciones de los piratas, Filipo V creyó que su oportunidad de aplastar a Rodas estaba cerca. Para acercarse a su meta, formó una nueva alianza, esta vez con Antíoco III el Grande, rey (223-187 a. C.) del Estado seléucida, dirigida contra Ptolomeo V de Egipto; en caso de victoria, Filipo V recibiría las posesiones ptolemaicas de la Cirenaica, las islas Cícladas y Jonia. El monarca macedonio comenzó atacando los territorios de Ptolomeo V y los aliados de Rodas en Tracia y las proximidades del mar de Mármara. De esta forma, la guerra se fue internacionalizando cada vez más.

El ejército macedónico era imparable en tierra firme, de manera que Filipo V comenzó a devastar toda el Asia Menor occidental, hasta llegar a la región meridional de Caria, donde, entre otras ciudades, ocupó Cauno, que pertenecía a Rodas. Pero en el mar, la situación ya era otro cantar. Junto a la isla de Quíos, las flotas combinadas de Rodas, Pérgamo, Bizancio y Cícico derrotaron duramente a la armada macedónica, que tenía el doble de naves (201 a. C.), de tal modo que esta última casi no tuvo papel alguno en la subsiguiente segunda guerra macedónica. Sea como fuere, cuando la flota rodia emprendió la vuelta a Rodas fue atacada y derrotada (201 a. C.) de manera imprevista por la macedonia en la isla de Lade, cerca de la ciudad de Mileto.

Figura 26. Estatua de mármol de la Victoria de Samotracia, procedente del santuario de los Cabiros en Samotracia, ca. el año 190 a. C., posiblemente de Pithókritos de Rodas. Esta obra de arte fue realizada en conmemoración de la victoria obtenida en la batalla de Quíos (201 a. C.) (Wikimedia Commons).

El conflicto se fue expandiendo cada vez más, esta vez a la Grecia continental. El asesinato de dos atletas acarnanios por parte de los atenienses significó que los macedonios atacasen a estos últimos, en apoyo de los primeros, por lo que la flota de Filipo V se dirigió contra El Pireo, el puerto de Atenas, donde capturaron cuatro naves atenienses, sometiendo de paso numerosas islas de las Cícladas. Pero la alegría no duró mucho para los macedonios, ya que las flotas de Pérgamo y Rodas, partiendo de la vecina isla de Egina (que era una posesión pergamena desde el año 210 a. C.), derrotaron en una batalla a la macedonia, y consiguieron con ello que Atenas formalmente se les uniera en el esfuerzo bélico. Si bien la armada pergamena volvió a su base de Egina, la flota rodia emprendió una campaña de conquista de todas las islas que se encontraban en manos macedonias entre Egina y Rodas, es decir, el archipiélago de las Cícladas, lo que lograron a excepción de las islas de Andros, Paros y Citnos.

La presión diplomática ejercida de manera conjunta por Rodas, Pérgamo y Atenas ocasionó que Roma finalmente declarara de nuevo la guerra contra Macedonia, iniciándose la segunda guerra macedónica, a pesar del agotamiento romano de la segunda guerra púnica, aunque los romanos no habían olvidado la alianza de Filipo V con Cartago, que había dado origen a la primera guerra macedónica. Filipo V tuvo que retirarse a su territorio natal para defenderse. Las victorias romanas en las batallas de Aoo (198 a. C.) y sobre todo la de Cinoscéfalos (197 a. C.) obligaron al rey a pedir la paz, a raíz de la cual solo conservó la Macedonia propiamente dicha, y perdió todas sus posesiones en Grecia, Tracia y Anatolia, más el pago de una indemnización de mil talentos de plata. Entre otros Estados griegos, la ciudad cretense de Gortina ingresó en la alianza romana en el año 197 a. C. El comandante romano Tito Quinctio Flaminino (cos. 198 a. C.) proclamó en los Juegos Ístmicos del año 196 a. C. la libertad de todas las comunidades griegas. Pero no era más que un espejismo. Solo habían cambiado de amo y señor, y pronto descubrieron que el cambio iba a ser para peor. Como efecto colateral, el Egipto ptolemaico desapareció en la práctica de la cuenca del mar Egeo.

Figura 27. Segunda guerra macedónica (Wikimedia Commons).

Desde este momento, Roma se convirtió en la potencia hegemónica de la zona, lo que quedó refrendado en la guerra romanosiria o guerra de Antíoco (192-188 a. C.), que enfrentó a la república romana contra Antíoco III de Siria, el único Estado helenístico que podía desafiar al invasor procedente del otro lado del mar Adriático. El seléucida intentó ocupar el vacío creado en Grecia. Fue en vano. La batalla de Magnesia (189 a. C.) puso las cosas en su sitio, y por la paz de Apamea (188 a. C.) los seléucidas tuvieron que retirarse al otro lado de los montes Tauro; el reino de Pérgamo obtuvo la mayor parte del territorio que los sirios tuvieron que abandonar, mientras que Rodas, la otra gran aliada de Roma, conseguía las regiones de Caria y Licia (vid. infra).

De vuelta a nuestro relato, vemos que la primera guerra de Creta había dejado de ser un enfrentamiento entre diversas ciudades cretenses contra Rodas a un conflicto de mayor amplitud.

Después de que Filipo V detuviera la campaña contra Rodas y Pérgamo, los rodios tenían las manos libres para atacar a Olunte y Hierepitna y al resto de sus aliados cretenses. El deseo de Rodas de conseguir aliados en Creta fructificó cuando la ciudad de Cnosos decidió unirse a Rodas para establecer su supremacía en la isla. Otras ciudades del centro de Creta se unieron a Rodas y Cnosos en su lucha contra Hierapitna y Olunte. Teniendo que luchar en dos frentes, Hierapitna tuvo que rendirse.

Hierapitna firmó un tratado de paz con Rodas que se fecha alrededor del año 200 a. C. (aunque P. Brulé lo lleva al año 205 a. C.), es decir, al finalizar la primera guerra de Creta. Este tratado establece que a los rodios se les permite reclutar mercenarios en Creta, que se les autoriza a utilizar Hierapitna como base militar y naval, de tal manera que pueden disponer de su ciudad, sus puertos y sus fondeaderos, así como pueden requerir que los hierapitnianos los ayudasen con tropas auxiliares para una guerra en defensa de Rodas. Los rodios claramente están haciendo demandas desde una posición de fuerza, a lo que los hierapitnianos habían accedido a cambio de la promesa de ayuda rodia si se enfrentaban con sus vecinos cretenses o sus aliados. El tratado también especificaba las formas en que los hierapitnianos debían ayudar a los rodios en la represión de la piratería, fuese por tierra o por mar. Los dos capítulos que hacen referencia a la piratería se reproducen a continuación:

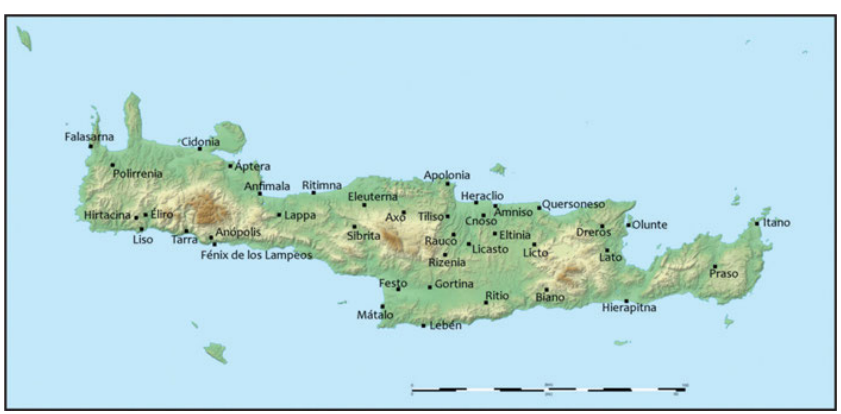

Figura 28. Mapa de Creta con la ubicación de algunas de las principales ciudades en los periodos clásico y helenístico (Wikimedia Commons).

(§10) Y si los piratas establecen bases en Creta y los rodios hacen la guerra en el mar contra los piratas o aquellos que les brindan refugio o asistencia, los hierapitnianos participarán en las operaciones por tierra y por mar con todas las fuerzas posibles en su propio gasto. Los piratas que sean capturados serán entregados a los rodios junto con sus barcos, mientras que cada uno de los aliados se llevará la mitad del resto (del botín).

(§17) Y si, durante una campaña que los hierapitnianos están librando con los rodios para destruir una base pirata, cualquiera de los que brindan refugio o asistencia a los piratas hace la guerra a los hierapitnianos debido a esta campaña, los rodios vendrán a la ayuda de los hierapitnianos con todas las fuerzas posibles, y cualquiera que actúe de esta manera será enemigo de los rodios (Syll.3 581 = ICret. III, pp. 31-6, no. 3A).

El tratado concluido entre ambas ciudades indicaba que se trataba de una alianza, pero esta sitúa a la ciudad cretense en una posición de inferioridad: al abrir sus puertos y su ciudad, Hierapitna pierde parte de su independencia. Sin embargo, incluso si las fuerzas navales de Rodas tenían acceso continuo a los puertos de la ciudad, no parece que Hierapitna albergara una guarnición de Rodas de forma permanente. El interés para Rodas de tal acuerdo con Hierapitna era tener una ciudad cretense que pudiera volverse contra sus antiguos aliados, y por eso, aunque Rodas se encontraba en una posición de fuerza, no desarmó a la flota de la ciudad cretense.

Olunte, una de las principales ciudades implicadas en este conflicto, firmó un acuerdo de paz con Rodas por la misma época. Un fragmento de inscripción encontrado en Olunte repite, palabra por palabra, ciertos términos del acuerdo entre Hierapitna y Rodas, por lo que quizás se trate del mismo acuerdo, pero aplicado a una

comunidad diferente. Como los hierapitnianos, los oluntianos prometieron una alianza y abrían su ciudad y sus puertos a los rodios. Este acuerdo se habría firmado tras una embajada de Olunte a Rodas, lo que parece indicar que la ciudad cretense debió de encontrarse en apuros para exigir el fin del conflicto de esta forma.

La guerra no tuvo un efecto importante a corto plazo en el resto de Creta. Piratas y mercenarios continúan allí sus actividades anteriores a este conflicto. Durante la batalla de Cinoscéfalos (197 a. C.), en el marco de la segunda guerra macedónica (200-197 a. C.), los arqueros cretenses lucharon en ambos bandos.

Los rodios no tenían ni la oportunidad ni los recursos para poner a las diversas comunidades cretenses bajo su control mediante la fuerza. Tampoco podía esperarse que los tratados con antiguos enemigos duraran mucho, e incluso no se podía garantizar que Cnosos permaneciera del lado rodio. Sin embargo, a corto plazo, el prestigio de los rodios aumentó considerablemente en el mar Egeo como resultado de su victoria sobre los cretenses.

FALASARNA

La arqueología difícilmente permite reconocer las actividades de la antigua piratería, aunque pueden darse excepciones. Un ejemplo de ello lo proporciona el yacimiento de Falasarna, ubicado en la costa occidental de Creta. Las excavaciones de la ciudad y su puerto (efectuadas entre 1986 y 1988) han revelado un importante grado de prosperidad, mayor de lo que se podría haber esperado para una pequeña comunidad cretense en el periodo helenístico, como se evidencia en la excelente calidad de las instalaciones y fortificaciones portuarias. Falasarna parece, por lo tanto, haber sido un lugar próspero en el periodo helenístico, durante el que desarrolló un importante poder naval a partir del año 300 a. C. aproximadamente, obteniendo su independencia de su vecina Polirrenia, que había dominado el área durante la época clásica, de la que de hecho había sido su puerto, y con la que de tanto en tanto estaba en guerra.

Parece ser que la campaña de Quinto Cecilio Metelo (cos. 69 a. C.) contra la isla de Creta (vid. infra) puso fin abruptamente a su prosperidad a principios de la década de los años 60 a. C. El apoyo a esta interpretación consiste en la falta de hallazgos fechables después de la primera mitad del siglo

i

a. C., incluidas monedas o cerámica, y una serie de grandes bloques de sillares que pueden haber sido utilizados para bloquear la entrada al canal principal del puerto, que se colocaron de forma deliberada, en lugar de caer, por ejemplo, debido a un terremoto. Igualmente, Falasarna dejó de emitir moneda, otra señal de la que la ciudad parece haber desaparecido en este periodo.

Es probable que, antes de dirigirse a Cidonia, Metelo destruyera Falasarna y su puerto, para no dejar tras de sí una comunidad hostil que estaba a un día de travesía de su objetivo. Este acto estaría de acuerdo con la práctica romana de castigar a sus enemigos con la destrucción de una ciudad al comienzo de una campaña, para dar ejemplo y así desalentar posibles resistencias durante las operaciones posteriores.

Las excavaciones han revelado que el puerto, al que se accedía a través de un estrecho canal excavado en la roca, estaba bloqueado deliberadamente por grandes piezas de mampostería. Los arqueólogos han asociado de manera plausible esta acción con la campaña de Metelo. El puerto bloqueado y los hallazgos cercanos indican que Falasarna fue sitiada e incomunicada por tierra y mar. Probablemente, los habitantes se rindieron, bien a Metelo, bien a uno de sus lugartenientes, aunque es posible que el lugar tuviera que ser tomado por asalto, ya que sus fortificaciones son impresionantes. Hay que destacar que se han encontrado varias piedras de catapulta en medio del complejo portuario.

Falasarna es la ciudad marítima más antigua conocida en Creta. Esta comunidad se convirtió en un próspero enclave a finales de siglo

iii

a. C., como lo demuestra el tratado de alianza con Polirrenia (que data del primer cuarto del siglo

iii

a. C.), gracias al desarrollo de sus actividades comerciales, mantenidas con regiones que se extendían desde el norte del mar Egeo hasta el oeste del Mediterráneo.

Figura 29. Torre redonda de arenisca del periodo helenístico en Falasarna excavada por Elpida Hadjidaki a partir de 1986 (Wikimedia Commons).

El puerto se encuentra en la actualidad en tierra firme debido al levantamiento entre seis y nueve metros del oeste de Creta, y las excavaciones realizadas han comenzado a descubrir estructuras portuarias inusuales. Una gran torre redonda de fortificación, una de las cuatro que rodeaban el puerto, construida en la segunda mitad del siglo

iv

a. C., ha sido excavada en gran parte. Todas las estructuras descubiertas hasta ahora son artificiales, por lo que el puerto se asemeja a un «cothon», una cuenca excavada conectada al mar por un canal.

Un cothon (literalmente, «vasija de beber») era una instalación portuaria de origen fenicio y púnico. Se trataba de un puerto interior artificial cerrado, como el que había en Cartago durante el siglo

ii

a. C., que estaba conectado con el mar por un canal, en este caso hacia el oeste. Los cothones se daban, generalmente, en la civilización fenicia. En la Antigüedad, el término «cothon» solo se empleaba para describir el puerto de Cartago. Sin embargo, en la actualidad, los arqueólogos utilizan el término para referirse a puertos antiguos similares, construidos en una cuenca o laguna artificial excavada, y conectada al mar por un canal. El nombre proviene de una isla en el puerto de Cartago.

Figura 30. Playa de Falasarna, con la acrópolis en segundo plano (Wikimedia Commons).

La ausencia en Falasarna de evidencias de un puerto comercial separado, la presencia de estructuras militares y otras pruebas circunstanciales han llevado a la conclusión de que la ciudad fue uno de los famosos nidos de piratas cretenses. Sin embargo, no existe ningún testimonio literario o epigráfico específico que conecte a Falasarna con algún acto de piratería efectuado durante el periodo helenístico, aunque es razonable suponer que algunos piratas cretenses utilizaran Falasarna como puerto, ya sea porque era su ciudad natal o porque estaba convenientemente situado en el extremo occidental de la isla.

Tampoco hay pruebas de que la riqueza de Falasarna dependiera de manera significativa de la piratería. Otras fuentes de ingresos, como la agricultura, los vínculos comerciales con la cercana Polirrenia y, más tarde, con Egipto, y la colocación de mercenarios locales en el extranjero (Suso de Falasarna junto con Silo de Cnosos dirigieron un contingente mercenario cretense a favor de los macedonios en el año 173 a. C.) pueden ser una explicación alternativa para la relativa pros-peridad de la ciudad.

Tras la destrucción de Falasarna, Polirrenia se convirtió en la ciudad más importante del extremo occidental de Creta, pero su posición interior a la postre la condenó, de manera que su segundo puerto (tras Falasarna), Císamo (Kisamos), se independizó en época romana y, para finales del siglo

i

d. C., había suplantado en importancia a Polirrenia.

LA LIGA DE LOS ISLEÑOS

La Liga de los Isleños o Liga Nesiótica fue una liga federal de las

antiguas ciudades-Estado griegas que abarcaban gran parte de las islas Cícladas situadas en el mar Egeo durante parte de la época helenística. Se desconoce cuántos miembros la integraban, pero se dan como seguros a: Amorgos, Andros, Ceos, Citnos, Ios, Miconos, Naxos y Thera (actual Santorini); y como probables a: Astipalea, Paros, Samos y Sifnos. Puede observarse que alguna de estas islas no se encontraba en el archipiélago de las Cícladas.

La historia de la Liga de los Isleños es relativamente oscura, ya que no han sobrevivido fuentes literarias sobre ella. La única evidencia proviene exclusivamente de las inscripciones. En el año 314/313 a. C., el diádoco Antígono Monóftalmos envió una flota bajo las órdenes de su sobrino Dioscórides a las islas del mar Egeo, con objeto de defenderlas de la flota del egipcio Ptolomeo I y asegurar su lealtad a su causa. Aunque la Liga de los Isleños no aparece mencionada hasta el año 306 a. C., la historiografía moderna es unánime al fechar su establecimiento inmediatamente después de esta campaña. La liga tenía su centro en Delos y estuvo bajo la protección del mencionado Antígono.

A pesar de la derrota y la muerte de Antígono en la batalla de Ipso (301 a. C.), su hijo Demetrio Poliorcetes retuvo el control de la flota antigónida y, por lo tanto, de la liga hasta el año 287/286 a. C. aproximadamente, cuando fue derrotado y capturado por el monarca sirio Seleuco I (305-281 a. C.), el fundador del imperio que llevó su nombre. Como resultado, las islas pasaron bajo la hegemonía del reino ptolemaico.

Las islas permanecieron bajo control ptolemaico hasta algún momento de mediados del siglo

iii

a. C. Los últimos documentos de este periodo pertenecientes a la liga datan aproximadamente del segundo cuarto de siglo; no se conocen nesiarcas (el magistrado supremo de la liga) después del año 260 a. C. aproximadamente, y el número de ofrendas ptolemaicas en Delos también caen bruscamente en la misma época. Todo ello indica que la liga colapsó y los ptolomeos perdieron el control del Egeo, ya sea durante la guerra de Cremónides (268/267-263/262 a. C.) o durante la segunda guerra siria

(260-253 a. C.). Actualmente, se considera que esa desaparición está conectada con las derrotas navales ptolemaicas a manos de los macedonios y los rodios durante las batallas de Cos, Éfeso y Andros, la datación precisa de las cuales ha sido muy discutida entre los historiadores, pero que en general se fechan en el año 261 a. C., alrededor del año 258 a. C. y el año 246/245 a. C., respectivamente.

Parece que cuando el control ptolemaico fue interrumpido por primera vez, después de la batalla de Éfeso, los rodios aprovecharon el vacío de poder, concluyendo alianzas con algunas de las islas como Ios. El dominio egipcio posiblemente fue reafirmado de alguna forma tras el final de la segunda guerra siria, pero su posición se hundió por completo después de la batalla de Andros, tanto como resultado de las pérdidas militares como por la falta de interés estratégico: a diferencia de principios del siglo

iii

a. C., cuando las islas Cícladas habían servido como trampolín para interferir en Grecia, los ptolomeos tenían preocupaciones más importantes en el Levante y en Asia Menor. En consecuencia, a excepción de la isla de Thera, donde mantuvieron una guarnición, los egipcios abandonaron el Egeo central.

Figura 31. Mapa de las islas Cícladas (Wikimedia Commons).

Posteriormente, el rey egipcio Ptolomeo VIII Fiscón (170-164, 145-132/131 y 127/126-116 a. C.), en su segunda ascensión al trono, en el año 145 a. C., decidió retirar las pocas tropas que mantenía en la cuenca del mar Egeo de sus tres bases de Itanos (al este de Creta), Metana (en el Peloponeso, en la región de la Argólida) y la citada Thera. El Imperio ptolemaico ahora se limitaba a Egipto, Chipre y la Cirenaica. Las dificultades económicas sufridas por Ptolomeo VIII al comienzo de su reinado parecen haber influido en esta decisión, aunque habría que preguntarse si los romanos jugaron un papel activo en ello.

Se desconoce con certeza que pasó en las Cícladas, si la retirada ptolemaica tuvo como resultado la hegemonía macedonia sobre el archipiélago, o si los rodios fueron los beneficiados, ya sea en sucesión directa de los ptolomeos o, como se considera más

frecuentemente, después de los años 230-220 a. C. Sea como fuere, existen pocos indicios de un predominio rodio, mientras que los monarcas macedonios parecen haber limitado su interés por las islas más cercanas al continente griego: el control macedonio está atestiguado en Andros y, posiblemente, en Ceos y Citnos, con cierta influencia, probablemente temporal, en Amorgos y Paros inmediatamente tras la batalla de Andros (246/245 a. C.), en la que la flota antigónida derrotó a la ptolemaica. En general, las islas Cícladas parecen haber permanecido libres y autónomas durante el resto del siglo.

Mientras tanto, Rodas se convirtió en la principal potencia naval en el mar Egeo e incluso más allá. Para proteger sus intereses políticos y comerciales, como el transporte de cereales, donde Rodas tenía una posición dominante, los rodios se mostraron activos contra piratas, como Demetrio de Faros, o contra las ciudades de Creta y la Liga Etolia, ambas patrocinadas secretamente por el Filipo V de Macedonia.

Durante la primera guerra cretense, el monarca macedonio sometió a las Cícladas a la cabeza de su flota durante el año 201 a. C., pero ya, al año siguiente, los rodios tomaron el control de la mayoría de las islas a excepción de las de Andros, Paros y Citnos, ocupadas por guarniciones macedonias. Seguidos por los posteriores reveses macedonios en la segunda guerra macedónica, las islas Cícladas, ya unidas individualmente a Rodas por tratados de alianza, formaron una «segunda Liga Nesiótica» bajo la hegemonía de Rodas.

Las motivaciones de la actuación de Rodas no están claras, pero K. Sheedy ha sugerido que se debían, al menos en parte, al deseo de adelantarse a otras potencias, ya fuese el reino de Pérgamo o los romanos, en controlar esta área. Sin embargo, a diferencia de la liga original, este remake parece haber sido una asociación más de carácter voluntario. Se considera que la segunda Liga Nesiótica duró hasta el enfrentamiento de Rodas con Roma en el año 167 a. C., tras la finalización de la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.), aunque pudo haber comenzado a desintegrarse antes, cuando los rodios centraron su atención en mantener su control sobre sus propiedades asiáticas y ya no podían permitirse mantener la costosa hegemonía sobre las islas Cícladas.

No parece que la Liga de los Isleños fuese definida para luchar contra la piratería, endémica, que azotaba las islas Cícladas, sobre todo procedente de la vecina Creta. En su origen, no fue más que un instrumento del Imperio ptolemaico en su lucha por la hegemonía en el oriente mediterráneo. Esto no significa que una de las funciones de las guarniciones ptolemaicas fuera defender las islas de los ataques piratas, como atestigua la siguiente inscripción de mediados del siglo

iii

a. C., procedente de Thera, a favor de un oficial ptolemaico:

[…] vino, fue resuelto por el consejo [y el] pueblo, según lo recomendado por el consejo; desde [Hermáfilos (?)] de Rhaukos, el hijo de Filóstrato, quien fue enviado por Ptolomeo como [?] comandante de la guarnición y general de la ciudad, ha sido responsable de muchos beneficios para los ciudadanos, y cuando hubo una incursión por piratas en barcos largos contra el [puerto] norte en Oia y el templo, mientras una multitud de mujeres y niños y otras personas se alojaban allí, no menos de cuatrocientos de ellos, y los piratas lanzaron un ataque, por la noche envió Hefestión de Kálimnos, el hijo de [...]doros, con […] otros soldados, que bajando al puerto de noche con los [ciudadanos] derrotaron a los [piratas] y los persiguieron de cerca [hasta sus barcos], y corriendo riesgos considerables [...] [por lo tanto, el consejo y el pueblo resuelven alabar] Hermáfilos [?] [hijo de Filóstrato] a causa de [su virtud] y la buena voluntad [que continuamente ha mostrado hacia] los ciudadanos [y su piedad hacia los dioses] y […]; [y alabar] a Hefestión [que persiguió a los] piratas [y] junto con los dioses [hizo que nos sucediera que los] piratas [se fueran lo más rápido posible; y alabar a todos] los [soldados de] Hefestión (IG XII 3.1291).

La intención de estos piratas parece haber sido la de capturar personas y venderlas como esclavos, quizás en la isla de Creta, que se encuentra no muy lejos al sur. Las fuerzas ptolemaicas en Thera son claramente decisivas para ahuyentar a los piratas, pero se nota

que la población local también está involucrada, y que la isla parece haber estado preparada para algún tipo de ataque. Es posible que el incidente ocurriera durante uno de los muchos conflictos acontecidos durante el siglo

iii

a. C. Un gran número de islas en el mar Egeo y algunos sitios del continente fueron utilizados como bases por la armada y el ejército ptolemaico, especialmente en el siglo

iii

a. C., pero esto se debió a su importancia estratégica en las guerras con los antigónidas y otros monarcas. Como resultado, hubo oportunidades para que las fuerzas ptolemaicas lidiaran con ataques como este o para llevar a cabo tareas de escolta.

AUGE Y CAÍDA DE RODAS

La guerra romano-siria (192-188 a. C.) significó la victoria romana contra la última gran potencia helenística: el Imperio seléucida. Como ya hemos mencionado, Antíoco III tuvo que ceder sus posesiones al norte de los montes Tauro (lo que significó su práctica expulsión de Anatolia), así como entregar sus elefantes de guerra y su flota, a excepción de diez naves, y pagar quince mil talentos de indemnización.

Con Macedonia neutralizada y Siria derrotada, solo Egipto quedaba como el único gran Estado sucesor de Alejandro Magno que no se había enfrentado contra Roma. Pero el Imperio ptolemaico iba a entrar en el siglo

ii

a. C. en una dinámica de luchas dinásticas, que a la postre significaría su desmembramiento en el siglo

i

a. C. en los reinos de Egipto, Chipre y Cirene.

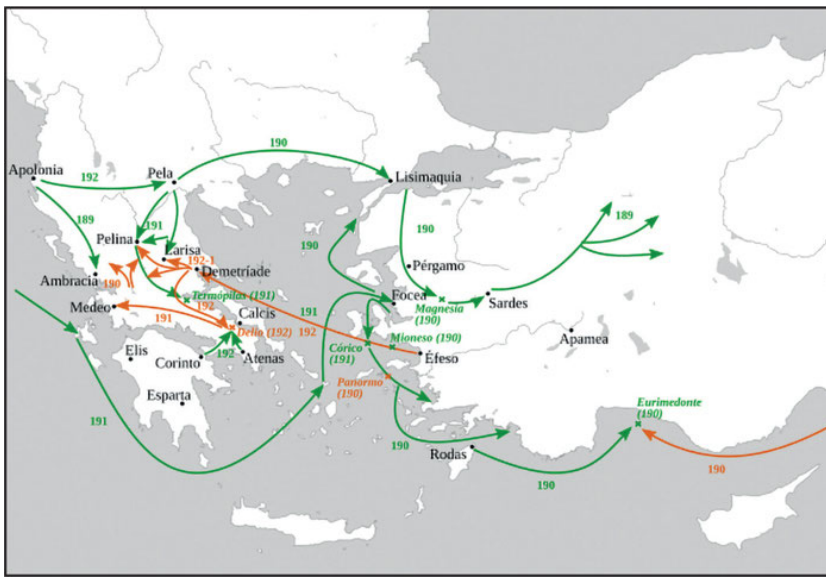

Figura 32. Mapa de la guerra entre Roma y los seléucidas; los movimientos de las legiones, en verde, y sus enemigos, en naranja (Wikimedia Commons).

La paz de Apamea (188 a. C.) significó para los aliados de Roma la obtención de grandes recompensas. Todavía no había llegado el día en que los romanos se interesaran por la anexión de territorios en Oriente. Rodas, cuya flota había sido fundamental en el conflicto, participando en las batallas del Eurimedonte (190 a. C.) y Mioneso (190 a. C.), vio cómo su territorio en el continente se ampliaba con la anexión de las regiones de Licia y Caria al sur del río Meandro. A la propia isla de Rodas había que sumar varias otras islas vecinas, como Kasos, Kárpatos, Tilos y Jalki. De esta forma, su territorio tuvo el tamaño equivalente al de un pequeño reino, algo extremadamente raro para una ciudad-Estado.

Además, la influencia que proyecta esta victoria sobre las ciudades griegas de Asia Menor es muy importante, pues permite a Rodas entrometerse en sus asuntos, como en el caso de la ciudad de Mileto. Rodas se convirtió en una especie de árbitro entre las comunidades griegas, pasando, por ejemplo, a negociar la paz entre la Liga Etolia y los romanos, establecer alianzas con varias ciudades, etc., presentándose como garante de la libertad griega.

Figura 33. Anatolia tras la paz de Apamea (188 a. C.) (Wikimedia Commons). El territorio rodio aparece en rojo.

Pero ni mucho menos fue un camino de rosas. El rey pergameno Éumenes II (197-159 a. C.) firmó en el año 183 a. C. un tratado ni más ni menos que con treinta y una comunidades cretenses, muy posiblemente con el objeto de asegurarse mercenarios para su ejército. Creta entraba de manera extraoficial dentro de la esfera de influencia de Pérgamo, por lo que los rodios pueden haber visto este

tratado como una amenaza para sus intereses.

Sin embargo, la paz de Apamea no solo tuvo consecuencias positivas en Rodas. Si la anexión de Caria, durante mucho tiempo bajo la influencia de Rodas, no representó un problema, Licia, que poseía una fuerte identidad propia, se ve a sí misma como una aliada de Rodas y no como un súbdito. Esto provocó una negativa a la anexión y una rebelión permanente de los licios contra los rodios desde el año 188 a. C. Rodas necesitó una importante cantidad de tropas y mucho dinero para suprimir este levantamiento finalmente en el año 178 a. C.

Pero esta revuelta se reinició casi de inmediato gracias al reconocimiento de su estatuto de «amigos y aliados de los rodios» por parte de los romanos a raíz de una embajada licia en Roma. Este cambio se debe a la creciente influencia de los rodios en la región, lo que puso sobre aviso a los romanos, que comenzaron a inquietarse. Rodas se mantuvo independiente frente a Roma, a diferencia de Pérgamo, la segunda gran potencia de la región. La rebelión solo fue sofocada en el año 168 a. C.

La actuación romana provocó el surgimiento de un acusado sentimiento antirromano muy importante en Rodas, con lo que se acercó tanto a Macedonia como a los seléucidas con objeto de bloquear las ambiciones romanas en la región. Estas medidas, lógicamente, le granjearon una fuerte hostilidad por parte de la potencia hegemónica.

Durante la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.), Rodas trató de mantenerse neutral, aunque su intervención en Roma a favor de Perseo, rey de Macedonia (179-168 a. C.), hijo de Filipo V, llevó a los romanos a considerarla una aliada de los macedonios. Tras la derrota macedonia en la batalla de Pidna (168 a. C.), Roma castigó la actitud ambigua de Rodas durante el conflicto: Caria y Licia fueron liberadas del yugo rodio, incluidas las ciudades en posesión de Rodas antes del Tratado de Apamea; se disolvió la Liga de los Isleños, si esto no había acontecido ya antes, como hemos dicho; y su comercio fue atacado de manera directa con la creación del puerto libre de Delos, con lo que se desvió parte del tráfico marítimo de la ciudad, provocando una caída en sus ingresos. La influencia exterior de Rodas se redujo, pues, de manera

considerable.

La magnitud del desastre puede observarse en el discurso que el embajador rodio Astímedes pronunció delante del Senado romano en el año 164 a. C., y que se ha conservado parcialmente en Polibio:

A continuación, el Senado convocó a los rodios para escucharles. Astímedes entró discretamente, permaneció de pie, con una táctica mejor que la de su embajada anterior, pues dejándose de acusar a los demás, empezó a rogar como los azotados durante la flagelación; decía que su país había sufrido multas bastantes, más de lo que merecían sus errores. Luego pasó revista a las pérdidas, repasándolas sumariamente; primero habían sido desposeídos de Licia y de Caria, en las que habían invertido desde el principio grandes sumas de dinero: se habían visto obligados a sostener tres guerras contra estos países. Y ahora se ven privados de lo mucho que ingresaban de ellos. «Sin duda, esto tiene sus razones (añadió), pues fuisteis vosotros los que cedisteis tales territorios a mi pueblo como muestra de simpatía y de agradecimiento. Y ahora, al quitárnoslos, dais la impresión de proceder fundadamente, ya que os han surgido diferencias con nosotros y hemos recaído en vuestras sospechas. Pero Cauno, por descontado, lo adquirimos, por el precio de doscientos talentos, de los generales de Ptolomeo; Estratonicea, nos la entregó, con grandes muestras de agradecimiento encima, Antioco, el hijo de Seleuco. De estas dos ciudades mi país tenía unos ingresos anuales de ciento veinte talentos, rentas de las que nos hemos visto privados íntegramente por nuestra voluntad de seguir vuestras órdenes. De modo que habéis impuesto a Rodas por ignorancia una sanción mayor que la que habéis aplicado a los macedonios, perpetuos enemigos vuestros. Pero he aquí las pérdidas más sensibles que habéis infligido a nuestra ciudad: nuestro puerto ya no percibe derechos de aduana, porque vosotros habéis convertido Delos en puerto franco y habéis despojado al pueblo de la libertad por la que se manejaba con una dignidad a su altura no solo en lo referente al puerto, sino en todos los problemas ciudadanos restantes. No es difícil comprobar la verdad de mi afirmación: los derechos de puerto, que hasta ahora nos rendían un millón de dracmas anuales, nos los habéis reducido a ciento

cincuenta mil, de manera que vuestra cólera, romanos, se ha encendido en los lugares decisorios de nuestra ciudad. Si nuestro error hubiera sido general y el pueblo entero hubiera sentido aversión contra vosotros, ¿qué duda cabe de que parecería explicable vuestra cólera dura y rigurosa? Pero si sois muy conscientes de que son muy pocos los responsables de una tal locura y de que todos esos han sido suprimidos por el mismo pueblo, ¿por qué sois tan severos con los inocentes, cuando con todos los demás sois benignos y los más magnánimos? Por ello, senadores, el pueblo rodio, que ha perdido sus ingresos, su libertad de expresión, la igualdad política, ideales por los que ha estado dispuesto a sufrir cualquier cosa, pide y suplica de todos vosotros, puesto que ha recibido ya golpes suficientes, que ceséis en vuestra cólera y pactéis una alianza, para que quede visible al mundo entero que habéis depuesto vuestro enojo contra los rodios y que habéis regresado a vuestra primitiva actitud amistosa. Porque esto es lo que ahora necesita nuestro pueblo, y no una alianza que lo sostenga con armas y soldados». Polibio, Historias, 30, 31, 1-18).

Algunos senadores romanos incluso propusieron declarar la guerra a Rodas, pero tal terminante medida no se llegó a aprobar. En el año 164 a. C., tras múltiples embajadas, Rodas se convirtió en un «aliado permanente» de Roma, lo que no fue más que una reducción a estado cliente de independencia nominal. Se ha dicho que los romanos finalmente se volvieron contra los rodios porque estos eran los únicos con los que se habían encontrado que eran más arrogantes que ellos. En la Antigüedad había un dicho romano (una versión reducida del original griego): ¡Hic Rhodus, hic salta! («¡Aquí está Rodas, salta aquí!). Estas palabras provienen de la fábula El fanfarrón del escritor Esopo (siglo

a. C.), que trata de un fanfarrón que se niega a participar en un concurso de saltos, aunque sostiene que, cuando estaba en Rodas, había saltado mucho más lejos que todos los presentes. La frase en su forma latina pasó a utilizarse como una exigencia de la demostración inmediata de lo que puede ser fácilmente probado.

Figura 34. Tercera guerra macedónica (171-168 a. C.) (Wikimedia Commons).

Para evitar cualquier nueva medida punitiva, Rodas siguió al pie de la letra toda solicitud romana y pedía autorización para cualquier intervención externa, como lo demuestran las embajadas enviadas a Roma para obtener permiso para importar trigo de Sicilia o para anexionarse la ciudad de Calinda, en Caria.

Militarmente, Rodas está muy debilitada; Polibio denunció las dificultades de la isla para enfrentarse a los cretenses en el año 153 a. C., y debió de pedir fondos y ayuda externa para salir adelante. Finalmente, el terremoto del año 142 a. C. golpeó fuertemente a la ciudad e incluso hubo de abandonarse Cámiros. Esto no significó que la flota de guerra de Rodas quedara desamparada, como a veces se ha sugerido, pero, desde luego, ni mucho menos podía ejercer su antiguo papel de vigilante de los mares. En cualquier caso, Roma

siempre contará con Rodas para cualquier acción en el mar hasta el Gobierno del emperador Augusto (27 a. C.-14 d. C.), tiempo durante el cual su experiencia naval es muy apreciada. Los romanos no tenían una flota permanente en la región, por lo que su contribución era necesaria.

Durante la ofensiva del rey Mitrídates VI del Ponto (120-63 a. C.), en el marco de la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), quien fue apoyado por un gran número de ciudades de la provincia de Asia, Rodas permaneció leal a Roma, pues era consciente de que, a pesar de las primeras victorias pónticas, Roma dominaba de manera incuestionable todo el Mediterráneo, y que solo era cuestión de tiempo su victoria en este conflicto. Su resistencia a los ataques lanzados contra ella por Mitrídates en el año 88 a. C., en comparación con gran número de comunidades del área, fue recompensada por Roma, que le entregó la ciudad caria de Cauno (Dalyan), que anteriormente había estado bajo su dominio.

Rodas se convirtió en un centro cultural y educativo para las familias nobles romanas. Se destacó especialmente por sus maestros de retórica, como Hermágoras de Temnos y el autor desconocido de Rhetorica ad Herennium. Al principio, Rodas fue un aliado importante de Roma y disfrutó de numerosos privilegios, pero luego estos se fueron perdiendo en varias maquinaciones de la política romana. A principios del periodo imperial, Rodas se convirtió en un lugar favorito para los exiliados políticos. Entre los años 6 a. C. y 4 d. C., el futuro emperador Tiberio (14-37 d. C.) pasó un periodo de exilio en Rodas. Según la tradición, el apóstol Pablo de Tarso (siglo

i

d. C.) evangelizó y ayudó a establecer una iglesia cristiana primitiva en la isla.

Durante la segunda guerra civil romana (49-45 a. C.), que enfrentó a Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) con el Senado, dirigido por Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.), Rodas se alineó con el segundo, en virtud del acuerdo que Rodas había firmado con Roma en el año 51 a. C., en el que uno de sus términos era la disposición de que los rodios tendrían los mismos enemigos que el Senado y el pueblo romano. Tras la batalla de Farsalo (48 a. C.), Rodas pasó a militar

en el bando contrario, apoyando a César en la guerra de Alejandría (48-47 a. C.); es posible que, en el año 48 a. C., se firmara un nuevo tratado entre ambas partes. Tras la muerte de César, Rodas se opuso a los libertadores (o republicanos); Alejandro de Rodas, el líder político de la isla que dirigía el partido popular, fue elevado al cargo de pritano en el año 43 a. C., pero poco después Alejandro y el almirante Mnareas fueron derrotados por el republicano Cayo Casio Longino (pr. 44 a. C.) en la batalla naval de Mindo (43 a. C.). Fue el fin de Rodas como potencia marítima. Los republicanos entraron en la ciudad y mataron a todos los dirigentes hostiles, y vendieron o saquearon la propiedad pública, incluyendo las ofrendas de los templos (42 a. C.).

Como compensación por su fidelidad, el triunviro Marco Antonio (cos. I 44 a. C.), tras la victoriosa batalla de Filipos (42 a. C.), cedió a los rodios la ciudad de Mindo (Gümüşlük), así como las islas de Andros, Tenos y Naxos, que no tuvieron por mucho tiempo, debido a que las gobernaron duramente; posiblemente, perdieron estas posesiones tras la reorganización territorial efectuada por Cayo Julio César Octaviano (cos. I 43 a. C.), el posterior emperador Augusto, tras la batalla de Accio (31 a. C.). Parece ser que los rodios no tenían muchos escrúpulos a la hora de explotar sus posesiones, como anteriormente había acontecido en Caria y Licia en el primer tercio del siglo

ii

a. C. Rodas conservó una pequeña parte de sus antiguos dominios en la provincia de Asia hasta el año 39 a. C., cuando estos fueron cedidos a la ciudad de Estratonicea.

Bajo el emperador Claudio (41-54 d. C.), Rodas fue anexionada e incorporada a la provincia de Asia. Aunque, más tarde, recuperó la condición de Estado nominalmente independiente. Alrededor del año 300 d. C., fue incluida en la Provincia de las Islas (Provincia Insularum), de la que se convirtió en su capital.

Figura 35. Mapa de la antigua Caria (Wikimedia Commons).

LA SEGUNDA GUERRA DE CRETA

Retrocedamos en el tiempo. Durante las deliberaciones de la asamblea rodia (168 a. C.), se decidió, entre otras medidas:

En efecto, remitieron inmediatamente a Creta unos emisarios para que renovaran con todos los cretenses los pactos de amistad existentes, les exhortaran a mirar las oportunidades y los peligros, y mentalizaran al pueblo para tener los mismos amigos y enemigos que los rodios. Del mismo modo, despacharon enviados a cada ciudad en particular, que debían desarrollar estos mismos aspectos (Polibio, Historias, 29, 10, 6-7).

Como puede apreciarse, la situación de Creta era de máxima

prioridad para Rodas.

La dificultad de hacer frente a la piratería siguió siendo una seria preocupación para los rodios durante el siglo

ii

a. C., particularmente cuando se vio agravada por las políticas externas y las tensiones sociales internas de las ciudades cretenses. Los propios problemas de los rodios con sus súbditos del continente también los involucraron en largos conflictos bélicos, como hemos visto, al igual que los compromisos con sus aliados romanos. Después del año 164 a. C., cuando el Senado socavó su posición privilegiada en el mar Egeo, convirtiendo a Delos en un puerto libre y liberando varias ciudades de la Peraia, dos de los pilares de la economía rodia, el comercio marítimo y la explotación de los recursos del continente, se redujeron severamente, al igual que la capacidad de Rodas para actuar contra los piratas.

Las posición privilegiada de Rodas en el este de Creta le permitió reducir la actividad de los piratas en la región, aunque, sin embargo, sus ataques no se detuvieron, lo que condujo a la segunda guerra de Creta (155-153 a. C.). Como señala Pompeyo Trogo (siglo

i

a. C.): Bellum piraticum inter Cretas et Rhodios. Por desgracia, desconocemos los detalles de este conflicto, pero la piratería contra los barcos mercantes debe de haber sido nuevamente el detonante de la guerra. Si bien los tratados efectuados durante el siglo

iii

a. C. entre Rodas y diversas comunidades cretenses todavía pueden haber sido válidos, su efectividad dependía en gran medida de la percepción que se tenía por parte de los cretenses de la situación de Rodas, y esta precisamente no era buena.

Por desgracia, de esta guerra no sabemos casi prácticamente nada, solo fragmentos. Parece ser que una inscripción de Nísiros, isla del Dodecaneso que había caído bajo dominio de Rodas tiempo ha,

menciona a una serie de almirantes rodios que pudieron haber participado en este conflicto. También otro epígrafe procedente de la isla de Kárpatos, perteneciente igualmente a Rodas, parece aludir a esta guerra, aunque también se ha considerado que pudiera ser de tiempos de la primera guerra de creta.

Parece que los cretenses y los rodios se enfrentaron en, al menos, una batalla, en la que estos últimos se llevaron la peor parte:

Aristócrates, el general [más bien, este personaje sería un navarca] rodio, era de aspecto majestuoso e imponente. Además, los rodios pensaban que, de entre todos, poseían en él un militar capaz y muy apto para la guerra. Pero estas esperanzas les fallaron, ya que acometía las empresas como metiéndose en un fuego, y aparecía distinto, como la moneda falsa. Esto lo demostraron por sí mismos los hechos (Polibio, Historias, 33, 4, 1-4).

Un pasaje de Diodoro de Sicilia parece referirse al episodio anterior: «En las batallas ellos [los rodios] brillaban como la falsa moneda, y solo con sus faltas encendía la guerra». De todo ello podemos deducir que se esperaba en principio una victoria rodia en este conflicto, pero que no fue tal.

Otro pasaje de Diodoro de Sicilia parece corresponderse también con este periodo:

Los cretenses, habiendo desembarcado en Sifnos, atacaron la ciudad y lograron, mitad por engaño, mitad por el terror que inspiraban, introducirse en el interior de las murallas. Habían prometido no dañar a los habitantes; pero, naturalmente traicioneros, los cretenses esclavizaron la ciudad, saquearon el templo de los dioses, [y regresaron] a Creta cargados de botín. Pero la deidad pronto e inesperadamente les hizo expiar su crimen sacrílego; porque, obligados por el enemigo a zarpar durante la noche, sus naves fueron asaltadas por una violenta tormenta; la mayoría se hundió,

unos pocos encallaron contra las rocas, muy pocos lograron salvarse; eran los que no habían tomado parte en la acción criminal cometida contra los sifnianos (Diodoro de Sicilia, Biblioteca histórica, 31, 45).

Del mismo autor, tenemos:

Parecía que a los rodios les sucedía lo que sucede en la caza de los osos: estos animales, aunque dotados en apariencia de una fuerza formidable, son fácilmente puestos en fuga por pequeños perros ágiles, que los cazadores sueltan sobre ellos. Como los osos tienen patas tiernas y carnosas, los perros les muerden las patas, y los obligan a sentarse hasta que llega el cazador a acabar con ellos. Debido a la lentitud y pesadez de sus movimientos, no escapan a la velocidad de los perros pequeños. Fue así como los rodios, tan renombrados en la táctica naval, cayeron en el mayor de los apuros, cuando se vieron rodeados inesperadamente por estas balsas y estas ligeras barcas (Diodoro de Sicilia, Biblioteca histórica, 31, 38).

Aquí se relata la derrota de la flota rodia por una armada formada por barcos más pequeños (cuyos nombres probablemente están corruptos en el manuscrito del extracto). Sin embargo, esta vívida comparación no permite reconstruir las tácticas cretenses.

Con respecto al conflicto en general, parece que, por primera vez, Rodas luchaba contra una Creta unida, hecho que no podía sino aumentar enormemente la magnitud de la tarea que realizar. Los rodios ya no podían emplear su táctica tradicional de atacar con sus aliados cretenses las ciudades que servían como bases de los piratas y, con sus capacidades limitadas para una campaña terrestre, probablemente se vieron reducidos a aplastar a los rápidos escuadrones de piratas, un trabajo que habría sido aún más difícil si la Liga Nesiótica ya se hubiera desmoronado. El hecho de que los rodios apelaran a la Liga Aquea en busca de ayuda parece indicar que el problema residía en las operaciones terrestres, y solo cuando

la ayuda militar no llegó, se envió de nuevo a Astímedes a Roma en el año 153 a. C., para solicitar que el Senado pusiera fin al conflicto. Este envió como legado a un tal «Quinto» para poner fin a la guerra, pero por desgracia no conocemos de quién se trata. El fracaso rodio parece explicarse no por la decadencia de su flota, sino por la mala dirección en las operaciones (es decir, es achacable a Aristócrates).

Así pues, parece ser que los rodios fueron derrotados, aparentemente, en más de una ocasión, pero, según Ph. De Souza, tuvieron cierto éxito en expulsar a los cretenses de las islas Cícladas. Esta vez, sin embargo, el conflicto llegó a su fin por la intervención romana, subrayando el humillante declive de la posición de Rodas. Esta había pasado de ser una potencia marítima independiente a una aliada débil y dependiente de los romanos.

Como señala Ph. De Souza, aunque sus esfuerzos fueron ciertamente loables, no se podía esperar que los rodios pudieran reprimir la piratería en un área territorialmente grande o durante mucho tiempo. Por muchas campañas victoriosas en Creta o en cualquier otro lugar, con o sin la ayuda de Roma, no se podría eliminar la amenaza de la piratería en los mares. En primer lugar, había demasiados lugares para que los piratas pudieran operar y, en segundo, los conflictos y rivalidades del periodo helenístico proporcionaban una gran cantidad de objetivos y oportunidades para atacarlos. Incluso en el apogeo de su poder, es probable que los rodios apenas estuvieran arañando la superficie de un problema profundamente arraigado.

A la larga, solo los romanos, como amos del Mediterráneo, estarían en condiciones de ofrecer una protección general contra el fenómeno de la piratería, pero la asunción de esta tarea fue, como veremos, un proceso largo y lento.

EL EMIRATO DE CRETA

La tradición pirática de Creta no acabará con la ocupación romana de la isla. Por su configuración, el mar Egeo ofrecía amplias

expectativas a todos aquellos que quisieran lanzarse al saqueo marítimo, de tal forma que siguió siendo la inseguridad (sobre todo de las islas) un problema que solo pudo solucionarse en una fecha tan tardía como finales del siglo

xix

.

Uno de los aspectos más interesantes de la historia de la isla fue la existencia del emirato de Creta, un Estado que los bizantinos contemporáneos consideraron como pirata, pero que formaba parte de las interrelaciones entre estos y los musulmanes desde tiempo ha. Expliquemos brevemente su historia, ya que su origen comienza en la península ibérica.

Creta se convirtió en blanco de los ataques musulmanes desde mediados del siglo

vii

d. C. Fue asaltada por primera vez en el año 654 d. C. y de nuevo en el año 674/675 d. C.; partes de la isla fueron ocupadas de manera temporal durante el reinado del califa omeya al-Walīd I (705-715 d. C.). Sin embargo, Creta nunca fue conquistada y, a pesar de incursiones ocasionales efectuadas durante el siglo

viii

d. C., permaneció en manos bizantinas; la isla estaba demasiado lejos de las bases navales árabes, por lo que no había posibilidad de emprender una expedición efectiva y definitiva contra ella.

Durante el reinado del emperador bizantino Miguel II (820-829 d. C.), un grupo de exiliados andalusíes desembarcó en Creta, y lo que tenía que haber sido una simple incursión se convirtió en una lucha por conquistar la isla. Estos exiliados eran los supervivientes de una revuelta fallida contra el emir al-Hákam I de Córdoba (796-822 d. C.) en el año 818 d. C. Al día siguiente de que al-Hákam I sofocara la revuelta, los ciudadanos del concejo cordobés de al-Raba ḍ fueron exiliados en masa. La mayoría de ellos se asentaron en Fez,

en Marruecos, pero otros, cuyo número superaba los diez mil hombres, se entregaron a actividades piráticas. Algunos de este último grupo, bajo el liderazgo de Abu Hafs, desembarcaron en la ciudad egipcia de Alejandría y la tomaron bajo su control durante los años 818-819 d. C., cuando fueron sitiados, derrotados y expulsados por el general abasí Abdullah ibn Tahir al-Jurasani. La invasión de Creta tuvo lugar poco después de la represión bizantina de la gran revuelta de Tomás el Eslavo (821-823 d. C.), por lo que el ejército imperial había sufrido un fuerte desgaste.

La elección de invadir Creta fue tal vez influida por los egipcios, quienes siempre habían tenido interés por la isla. Seducidos por la bondad y la fertilidad del clima, los musulmanes decidieron establecerse. Abu Hafs creía ver en Creta la «tierra deliciosa donde corrían la leche y la miel» que había prometido a sus seguidores. La conquista se efectuó en pocos años, a excepción del área de Sfakiá. El nuevo emirato reconoció la soberanía del califato abasí, pero este se gobernó de manera independiente. La conquista de la isla fue de gran importancia para la época, puesto que alteró el equilibrio de las fuerzas navales en el Mediterráneo oriental y abrió el hasta entonces seguro mar Egeo a frecuentes incursiones y ataques.

Los intentos bizantinos por reconquistar Creta fracasaron, tanto por la crisis interna a la que se enfrentaba el Imperio bizantino como por que además tuvieron que hacer frente a la invasión aglabida de la isla de Sicilia desde el año 827 d. C. Los andalusíes también ocuparon varias islas del archipiélago de las Cícladas en un primer momento, pero Miguel II organizó otra expedición a gran escala que logró expulsar a los musulmanes de dichas islas, pero no logró recuperar Creta.

Los musulmanes fundaron una nueva capital en la costa norte de Creta, una ciudad fortificada y rodeada por un profundo foso. Este foso le dio nombre a la población, Chandax, que significa «parapeto» en árabe y que derivó, posteriormente, en Candía, un término que designaba tanto a Heraclión (nombre moderno de la población) como a toda la isla. Creta fue un emirato en gran medida independiente de otras regiones musulmanas y se transformó en un principado hereditario.

Figura 36. La flota sarracena parte hacia Creta. Miniatura del manuscrito Madrid Skylitzes (Wikimedia Commons).

Se sabe muy poco sobre lo que pasó en Creta durante el dominio musulmán, debido a la escasez de registros históricos sobre la historia interna del emirato y a la casi total ausencia de restos arqueológicos de aquel periodo, a excepción del nombre de algunos lugares, que recuerdan su presencia, todo ello posiblemente debido a las destrucciones llevadas a cabo por los bizantinos tras la reconquista de la isla. En cualquier caso, el emirato de Creta fue un Estado bien organizado, con una economía monetaria regular y amplios vínculos comerciales con el resto del mundo musulmán, especialmente con Egipto.

Durante el siglo y medio de la dominación musulmana, Creta volvió a ser, como en la Antigüedad, una «guarida de piratas». La victoria cretense sobre la flota bizantina en Tasos (829 d. C.) permitió a los primeros dedicarse al pillaje sistemático del mar Egeo. De esta forma, atacaron Eubea (835-840 d. C.), Lesbos (837 d. C.) y el centro monástico del monte Latros en Caria (841 d. C.). La respuesta bizantina no se hizo esperar, y puso a los cretenses a la defensiva, pero los esfuerzos bizantinos en recuperar la isla no fructificaron.

Figura 37. Mapa de la Grecia bizantina entorno al año 900 d. C., con los temas y los principales asentamientos (Wikimedia Commons).

Más tarde, los cretenses reanudaron sus actividades, y atacaron el Peloponeso (860 d. C.), la península del monte Athos (862 d. C.) y las Cícladas (866 d. C.). Los inicios de la siguiente década todavía fueron peores para los bizantinos, ya que las incursiones cretenses llegaron a nuevos lugares: sus flotas, a menudo comandadas por renegados bizantinos, sobrepasaban incluso el marco del mar Egeo, y llegaban incluso a la costa dálmata (872-873 d. C.). En una ocasión una flota cretense penetró en el mar de Mármara y atacó sin éxito las islas sitas allí. Era la primera vez, desde el segundo asedio árabe de Bizancio en los años 717-718 d. C., que una flota musulmana lograba acercarse tanto a la capital del Imperio bizantino.

En los años 873 y 874 d. C., los cretenses sufrieron dos grandes derrotas consecutivas a manos bizantinas. Al mismo tiempo, la flota musulmana de Tarso fue destruida frente a Calcis. Estas victorias bizantinas llevaron a una tregua temporal, y el emir cretense Shu'ayb I ibn 'Umar (ca. 855-ca. 880 d. C.) parece haber sido obligado a pagar tributo a Bizancio durante, aproximadamente, una década.

Las incursiones musulmanas se reanudaron poco después, cuando las flotas cretenses se unieron a sus homólogas del norte de África y Oriente Próximo. El Peloponeso, en particular, fue blanco frecuente de estos ataques, pero también Eubea y las Cícladas: la isla de Patmos quedó bajo el control cretense, mientras que Naxos, Paros e Ios se vieron obligadas a pagar tributo. Además, las islas de Elafónisos y Citera, frente a la costa sur del Peloponeso, fueron conquistadas. Esto al menos es lo que se conoce, por lo que las islas ocupadas por parte de los musulmanes de Creta pueden haber sido muchas más.

El impacto de esta nueva ola de incursiones árabes se sintió en todo el mar Egeo, donde algunas islas quedaron completamente despobladas, así como algunas áreas costeras fueron abandonadas y sus habitantes se refugiaron en el interior, más seguro. Incluso, la ciudad de Atenas pudo haber sido ocupada entre los años 896 y 902 d. C.

En 904 d. C., una flota siria dirigida por el renegado griego y almirante abásida León de Trípoli saqueó la segunda ciudad del Imperio bizantino: Tesalónica. Los musulmanes de Creta cooperaron estrechamente con sus colegas del Cercano Oriente, que a menudo usaban Creta como base, como cuando León de Trípoli, al regresar tras el saqueo de Tesalónica, hizo vender a sus veinte mil cautivos en Creta. Parecía que los antiguos días de la vieja piratería cretense habían vuelto mil años después. Al mismo tiempo, el emirato de Creta recibió un fuerte apoyo de los tuluníes de Egipto, pero sus sucesores, los ijshidíes, lo descuidaron. Las contraofensivas bizantinas continuaron, pero únicamente cosecharon un fracaso tras otro.

Creta constituyó durante ese siglo y medio el principal punto de apoyo para los musulmanes en la cuenca oriental del Mediterráneo.

Por lo tanto, para los bizantinos, la reconquista de la isla no significaba únicamente la liberación de un territorio, sino también la neutralización de una seria amenaza. Reconquistar Creta no fue una tarea fácil para Bizancio, teniendo en cuenta la gran extensión geográfica del imperio y la presencia de enemigos en todos los frentes, que impedía el lanzamiento de una gran ofensiva contra la isla.

El futuro emperador Nicéforo II Focas (963-969 d. C.) desembarcó en el norte de la isla en julio de 960 d. C., y marchó hacia Chandax, a la que puso sitio desde la segunda mitad de 960 d. C. hasta marzo del año siguiente. Chandax resistió durante varios meses, pero acabó por ser tomada el 7 de marzo de 961 d. C. Los musulmanes fueron masacrados y la ciudad, saqueada. El resto de la isla fue ocupado rápidamente. Los bizantinos obtuvieron en Creta un inmenso botín: las fuentes mencionan que fueron necesarios trescientos barcos para su transporte, señal de la riqueza existente en la isla. Nicéforo envió una parte del tesoro a su confesor Atanasio, quien lo utilizó para fundar la república monástica del monte Athos.

Figura 38. El asedio de Chandax, el principal bastión musulmán de la isla. Miniatura del manuscrito Madrid Skylitzes (Wikimedia Commons).

Después del excursus sobre el emirato de Creta, volvemos a nuestro relato. A pesar de diversas manifestaciones en contra, la afirmación de Polibio de que las primeras relaciones entre Rodas y Roma se remontan al año 306 a. C. ha de tenerse por cierta. Esto nos indica que la república romana se interesaba por acontecimientos más allá de su área de influencia.

Más cercano en el tiempo, y a nuestros intereses, la flota que Filipo V de Macedonia puso en movimiento en el mar Egeo, durante los últimos años del siglo

iii

a. C., no tuvo mucho éxito. Sin embargo, sus actividades parecen haber estimulado hasta cierto punto la piratería en esta región, y como consecuencia, los comandantes romanos comenzaron a hacer apariciones regulares en la zona para contrarrestarla.

En el año 200 a. C., en el marco de la segunda guerra Macedónica (200-196 a. C.), el cónsul Publio Sulpicio Galba, que pasaba el invierno en Apolonia, envió a uno de sus legados, Cayo Claudio Centón, a Atenas con algunas trirremes romanas para hacer frente a las incursiones por tierra y a los ataques piratas procedentes de Calcis, ciudad situada en la isla de Eubea, convertida en fortaleza mediante la cual los macedonios controlaban la Grecia central. Su llegada a El Pireo, el puerto de Atenas, fue un alivio para los aliados de los romanos, que se encontraban en un estado desesperado. Los atenienses habían sido objeto de ataques regulares sobre su territorio desde Corinto, otra fortaleza controlada por los macedonios, que ahora cesaron; y los barcos piratas de Calcis, que no solo habían infestado el mar, sino también todas las zonas costeras, no se atrevieron a navegar más allá del cabo Sunion, el punto más meridional del Ática, ni a aventurarse más allá del estrecho de Euripo (que separa la isla de Eubea de la Grecia continental), en mar abierto. También llegaron tres cuatrirremes rodios de apoyo, que, junto con tres barcos atenienses sin cubierta, sirvieron para defender las áreas costeras del Ática. En cuanto a la identidad de estos piratas, pueden haber sido aliados de Filipo V, o podrían haber sido simplemente piratas independientes que

aprovecharon el estado de guerra para asaltar un territorio desde la relativa seguridad de otro, que estaba en poder de fuerzas contrarias a los primeros.

En el acuerdo de paz entre Tito Quincio Flaminino (cos. 198 a. C.), el «libertador» de Grecia, y el rey espartano Nabis (207-192 a. C.) en el año 195 a. C., una de las principales preocupaciones de los romanos parece haber sido limitar el potencial de los espartanos para interferir en las actividades navales, liberando los asentamientos costeros de Laconia de su control, cortando de esta manera los lazos de Nabis con Creta y limitando su flota a tan solo dos lembos. Así, Nabis se quedó sin barcos ni bases para dedicarse a lo que los romanos denominaban «piratería».

Filipo V no fue el único monarca helenístico del que se dice que se benefició de la participación de los piratas en las guerras. En el año 190 a. C., el rey seléucida Antíoco III se vio envuelto en una lucha naval en el mar Egeo contra las fuerzas del rey Éumenes II de Pérgamo, los rodios y una flota romana. Su almirante Polixénidas derrotó a los rodios, que se encontraban bajo el mando de Pausístrato, en la batalla de Panormo, en cuyo desarrollo un cierto Nicandro se destacó en el bando seléucida:

Dio instrucciones a un tal Nicandro, archipirata, para que se dirigiera de allí a Palinuro con cinco naves cubiertas y que luego condujera a los hombres por el camino más corto a través de los campos en dirección a Panormo, a la retaguardia del enemigo, y él mientras tanto se dirigió a Panormo dividiendo la flota para que ocupara la entrada del puerto por los dos lados (Tito Livio, Historia de Roma, 37, 11, 6).

La llegada de Nicandro obligó a Pausístrato a abandonar su plan de atacar por tierra e intentar una fuga por mar, que fue desbaratada por Polixénidas. Nicandro capturó algunos de los barcos rodios en una playa, mientras aún los marineros intentaban embarcarse. Nada más se dice sobre este pirata en la narración de Tito Livio. Parece haber sido un comandante competente, en el que Polixénidas

confiaba, pero es difícil determinar el significado del término «archipirata» que Tito Livio le aplica (Apiano, al hablar de estos mismos hechos, lo describe simplemente como «pirata»). Puede esta designación aludir a un líder de una gran fuerza de piratas, a alguien que fue jefe de piratas, o simplemente ser una etiqueta de carácter peyorativo aplicado por sus oponentes (léase en este caso seguramente a los rodios). Es muy difícil llegar a conclusiones claras sobre tales casos individuales cuando no tenemos fuentes contemporáneas.

La evidencia del continuo interés rodio en el control de la piratería proviene de otra inscripción honorífica procedente de Delos, que data de principios del siglo

ii

a. C.:

Decidido por el consejo y el pueblo. Telemnesto, hijo de Aristeides, propuso: ya que Eírates, hijo de Polístrato, de Rodas, enviado a la guerra por el pueblo en naves cubiertas, acompañadas en campaña por los trirremes de los isleños y las naves descubiertas de los atenienses, se ha ocupado de la seguridad de la navegación y de la protección de las islas, con la debida reverencia por el santuario, dictando un edicto para que aquellos que están haciendo incursiones piratas contra los enemigos partirán de sus propios puertos, y que nadie usará el puerto [de Delos] como base, y [ha cooperado] con las claras intenciones del pueblo y el deber de piedad hacia [el templo], de modo que nada [ha faltado para la seguridad del lugar; con buena voluntad] y justicia y piedad [hacia el] templo (SIG 582 = IG XI 4. 751).

La fecha de este epígrafe ha sido objeto de debate. Algunos estudiosos consideran que se refiere a algún momento de la segunda guerra macedónica (200-196 a. C.), mientras que otros prefieren asignarlo al periodo de la guerra romanosiria (192-188 a. C.). A favor de esta última teoría es la mención de barcos atenienses sin

cubierta entre los barcos que acompañan a Epícrates, descritos por Tito Livio en su relato de las actividades navales romanas y rodias correspondiente al año 190 a. C.:

El pretor [Cayo Livio] envió desde allí dos trirremes aliadas procedentes de Italia y otras dos rodias, al mando de Epícrates de Rodas, para proteger el estrecho de Cefalonia, pues estaba infestado por las piraterías del lacedemonio Hibristas y de la juventud de Cefalonia, y en esos momentos el mar estaba cerrado para los convoyes de Italia. En El Pireo, Epícrates se encontró con Lucio Emilio Régilo, que venía a tomar el relevo en el mando de la flota. Informado este de la derrota de los rodios, como solo tenía dos quinquerremes, se llevó a Asia con él a Epícrates con sus cuatro navíos, siguiéndolo también las naves sin cubierta de los atenienses (Tito Livio, Historia de Roma, 37, 13, 11-14, 1).

Tito Livio no dice nada más sobre Hibristas y los cefalonios, por lo que Ph. De Souza supone que el problema fue solo de carácter temporal. En su opinión, posiblemente se envió otra fuerza para ocuparse de los piratas, o cesaron sus operaciones antes de que los romanos tuvieran tiempo de organizar algo más. Polibio, al comentar el ataque de Filipo V a la isla de Cefalonia en el año 218 a. C., afirmó que los cefalonios se unieron regularmente a los etolios para saquear tierra firme. Esta observación podría indicar que los cefalonios simplemente estaban aprovechando las oportunidades que ofrecía el frecuente tráfico marítimo entre Italia y Grecia durante el conflicto con Antíoco III para practicar la piratería. Por otro lado, la presencia de un comandante espartano, aunque uno cuyo nombre significa «arrogante», sugiere un enfoque coordinado por parte de los enemigos de Roma. Sin embargo, no está claro si Hibristas estaba operando en nombre de otra persona. Polibio asoció a Nabis con la piratería y Tito Livio hace que Flaminino lo acuse de hacer que los mares alrededor del cabo Malea sean inseguros para navegar debido a la presencia de sus barcos piratas, pero no existen indicios de participación espartana directa en la guerra con Antíoco III.

Es posible que Epícrates se detuviera en Delos en su camino hacia o desde El Pireo. Las medidas por las que se le honra en la inscripción de Delos no parecen estar destinadas a reprimir la piratería, sino simplemente a prohibir que aquellos que la practicasen operen fuera de Delos. Aparentemente, las víctimas de los piratas en este caso también son enemigos de los rodios. Los piratas pueden, por lo tanto, ser aliados de Rodas, quizás incluso procedentes de Creta. La implicación de esta inscripción honorífica es que la piratería practicada contra los aliados de Rodas debía suprimirse, pero la piratería practicada contra los enemigos de Rodas podía tolerarse. ¡La doble vara de medir! Esto prueba que muchos de los denominados «piratas» eran en realidad lo que podemos denominar «corsarios»; la única diferencia existente se encuentra en la legalidad de sus actos. No existe en la Antigüedad un término para «corsario», ya que se consideraría superfluo, pues muchas comunidades consideraban la práctica de la piratería como algo normal en sus vidas cotidianas.

No mucho después, justo antes de la batalla naval de Mioneso (190 a. C.), algunos barcos romanos toparon con piratas que habían estado saqueando la isla de Quíos, donde los romanos habían establecido recientemente su principal base de suministros. Las naves piratas huyeron al acercarse el almirante Lucio Emilio Régilo (pr. 190 a. C.) y su flota. Una vez más, desconocemos si estos barcos habían estado adscritos a las fuerzas de Antíoco III o si únicamente eran oportunistas que aprovecharon la ocasión que ofrecía el conflicto bélico para asaltar la isla mientras los romanos y sus aliados estaban ocupados en otra parte.

LOS TIRRENOS

Una inscripción encontrada en la isla de Rodas, y fechada a principios del siglo

iii

a. C., registra los nombres de tres hermanos que murieron luchando

con la flota rodia:

La tierra envuelve a estos valientes [hombres] en la muerte: [...] hijo de Timacrates, actuando como un oficial de proa [en un trihemio]lia murió luchando contra [los tirrenos]. [...] es hijo de Timacrates, navegando en el [barco insignia] entre los remeros [?], murió luchando contra los tirrenos. [Polemarco] hijo de Timacrates, [habiendo sido enviado] como jefe de destacamento murió luchando contra los piratas [?]. El demo de Kasareis [erigió esto] (SIG^3 1225).

La costumbre rodia de erigir monumentos públicos a sus fallecidos en la guerra está atestiguada ya en 305 a. C. por Diodoro Sículo. Se ha sugerido que este monumento registra las bajas sufridas en los intentos de combatir a los piratas del mar Tirreno. El nombre personal de los tres hermanos lamentablemente ha desaparecido o está gravemente mutilado. De ellos, el primero es mencionado como oficial de proa en las trihemolias, el segundo como miembro de la tripulación de remo quizás en el buque insignia, el tercero finalmente como comandante de destacamento. El segundo de estos tres personajes murió luchando contra los tirrenos, mientras que el tercero murió luchando «contra los piratas»; el primero bien podría haber muerto a manos de «bandidos»: se trata en todo caso de una restitución muy probable, a pesar de la ausencia del artículo, mencionado unas líneas más adelante en referencia a la muerte del tercer hermano. Así, parece casi seguro que los tres hermanos murieron en el mismo periodo, luchando contra los mismos enemigos, es decir, los piratas tirrenos.

Desde luego, es un tanto extraño que los rodios luchasen contra alguien al que describían como piratas procedentes del mar Tirreno a principios del siglo

iii

a. C. Si el nombre «tirrenos» se interpreta de manera amplia, no solo como una referencia a los etruscos, sino a cualquier pirata de la

península italiana, de origen no griego (es decir, que no procedía de la Magna Grecia), entonces es posible ubicar este episodio en el contexto de varias referencias en las fuentes históricas de los tirrenos como piratas a finales del siglo

iv

y principios del

iii

a. C.

Dos discursos compuestos por oradores áticos hacia fines del siglo

iv

a. C. tienen títulos que parecen indicar la existencia de ataques procedentes del mar Tirreno contra los atenienses o sus aliados. Diodoro Sículo menciona igualmente a los piratas del mar Tirreno, de los que menciona que el líder mercenario corintio Timoleón capturó a algunos de ellos en el puerto de Siracusa alrededor del año 339 a. C., junto con su líder Postomión, cuyo nombre latino («Postumio») parece indicar que el término de «tirrenos» tenía una aplicación más amplia que designar únicamente a gente de origen etrusco.

Llama la atención observar cómo los tratados entre Roma y Cartago, cuyos textos nos han llegado gracias a Polibio, muestran a la piratería como una de las principales preocupaciones de ambas partes. Si bien, en el primer tratado, el correspondiente al año 508/507 a. C., según la cronología de Polibio, es Cartago la que parece amenazar al Lacio, en el segundo tratado, el del año 348 a. C., son los romanos y los latinos quienes eran susceptibles de amenazar las posesiones de Cartago.

Sea como fuere, para Roma no era la primera vez que se enfrentaba contra la amenaza pirata. Ya a principios del siglo

iv

a. C., los romanos tuvieron que lidiar con los merodeadores del

mar, aunque ellos mismos fueron acusados de practicar la piratería. De esta forma, Tito Livio, para el año 349 a. C., nos informa de lo siguiente:

Fue un año notable por numerosos y variados movimientos: los galos bajaron de los montes de Alba, porque no podían soportar el rigor del invierno y andaban errantes por el campo y las zonas marítimas entregados al pillaje; el mar estaba infestado de flotas griegas, así como la orilla de la costa de Ancio y el territorio laurentino y las bocas del Tíber, de suerte que se produjo un choque entre los piratas del mar y los bandidos de tierra y, en una ocasión, libraron un combate de resultado tan incierto que se retiraron los galos a su campamento y los griegos de vuelta a sus naves, con la duda de si debían considerarse vencidos o vencedores (Tito Livio, Historia de Roma, 7, 25, 3-4).

Ante esta tesitura, en la que los romanos se encontraban amenazados por dos lados, el cónsul Lucio Furio Camilo, hijo del héroe Marco Furio Camilo (dict. I 396 a. C.), con un total de diez «legiones» romanas, dejó dos de ellas en la ciudad de Roma como guarnición, y partió las ocho restantes, cuatro para él y otras cuatro para el pretor Lucio Pinario, este con la misión de proteger la costa contra los piratas griegos, mientras que Camilo se enfrentó a las huestes galas que infestaban la región del Lacio. Camilo, tras vencer a los galos, se unió a Pinario en la costa, pero nada de importancia se llevó a cabo contra los piratas griegos, que poco después desaparecieron:

Nada memorable hizo Camilo contra los griegos; ni ellos batallaban en tierra ni los romanos en el mar. Al fin, como se les mantenía alejados de la costa, faltos también de agua, aparte de las demás cosas necesarias, abandonaron Italia. Nada hay seguro sobre cuál era el pueblo o la nación a que pertenecía aquella flota. Me inclinaría, más bien, a creer que se trató de los tiranos de Sicilia, pues en aquella época la Grecia ulterior, agotada por una guerra

intestina, estaba ya atemorizada ante el poderío de los macedonios (Tito Livio, Historia de Roma, 7, 26, 13-15).

Para el año 338 a. C., los romanos parecen haber tratado de reducir las incursiones marítimas protagonizadas por los habitantes de la ciudad de Ancio (Anzio), al prohibirles la navegación y establecer allí una colonia romana, aparentemente en un intento de mejorar las defensas generales de la costa latina. Pero esta actuación no fue suficiente, puesto que Roma misma tuvo que lidiar con las quejas sobre las incursiones piratas de varios actores, incluidos el propio Alejandro Magno (336-323 a. C.) y el diádoco Demetrio Poliorcetes:

A continuación, se encuentra Ancio, una ciudad igualmente sin puerto. Levantada sobre un roquedal, dista de Ostia unos doscientos sesenta estadios. Asimismo, en la actualidad, es un lugar destinado por los gobernantes para el ocio y para el reposo de la actividad política, siempre que encuentran una ocasión propicia, y, en consecuencia, se han construido en la ciudad un gran número de lujosas mansiones para dicho tipo de residencia. En otro tiempo, contaban con naves y practicaban la piratería junto a los tirrenos, aunque eran ya súbditos de los romanos. Por esta causa, Alejandro, primero, hizo llegar una embajada para presentar una protesta y, después, Demetrio, aprovechando que enviaba a los romanos a unos piratas que había capturado, dijo que les concedía la gracia de devolver a los cautivos por su parentesco con los griegos, pero que no consideraba digno de estos mismos hombres que fueran capaces, al mismo tiempo, de dirigir los destinos de Italia y de enviar expediciones de piratas, e incluso, de erigir en el foro un templo en honor a los dioscuros, a los que todos llaman salvadores, al tiempo que enviaban a Grecia a quienes iban a saquear la patria de aquellos. Los romanos acabaron por apartarlos de tales prácticas (Estrabón, Geografía, 5, 3, 5).

Este texto ha traído mucha polémica entre los especialistas, hasta incluso negar la existencia de la embajada de Alejandro, sin duda,

el famoso monarca macedonio Alejandro Magno, a Roma. De hecho, se ha llegado a identificar al citado Alejandro con Alejandro I de Épiro (342-331 a. C.), tío del anterior, pero este es siempre identificado por Estrabón, nuestra fuente, con el sobrenombre de «el Moloso».

En el siglo

iv

a. C., escritores griegos como Teopompo, Aristóteles, Heráclides Póntico y Teofrasto conocían la existencia de Roma. Por tanto, el relato de Estrabón sobre las protestas de Alejandro Magno y Demetrio Poliorcetes sobre la piratería italiana es muy posiblemente auténtico, incluso si la embajada romana ante Alejandro Magno en Babilonia hubiera que descartarla como apócrifa.

En el año 298 a. C., fue necesario que los habitantes de Delos tomaran prestado dinero del templo de Apolo «para protección contra los tirrenos». Esto podría implicar la financiación de expediciones contra estos, aunque es más probable que se utilizara para pagar mejoras en las defensas de la isla, incluyendo quizás la contratación de mercenarios.

Finalmente, la participación de los rodios en un conflicto de larga duración, o una serie de conflictos, con los tirrenos, que justificaron como represión de la piratería, se puede inferir de un pasaje de un discurso del orador Elio Arístides (siglo

ii

d. C.), al comentar la magnífica colección de botín que podía verse en Rodas tomada a los piratas tirrenos:

Al entrar en el puerto, inmediatamente había tantos y tan grandes muelles levantados sobre el mar con espigones de piedra: unos que recibían a los que venían de Jonia, otros a los de Caria, otros a los de Egipto, Chipre y Fenicia, como si cada uno hubiese sido construido para recibir a una ciudad distinta. Próximos a los

muelles había numerosos y grandes arsenales, de cuando dominabais el mar, y no se han reducido con el tiempo ni uno se ve obligado a adivinar en qué lugar una vez estuvieron, sino que el verlos causa turbación. Y si se hubiesen mirado desde arriba sus techos, se les habría comparado con una llanura suspendida en el aire. Detrás de estos era posible ver trirremes de dos o tres órdenes de remos y con siete o nueve líneas, algunas listas para navegar, otras guardadas en dique seco como en un almacén. Pero si alguno, botándola, quería navegar en alguna de estas, era posible hacerlo. (Era posible ver también) de otras trirremes los espolones con la punta de bronce, algunos en torno a los muelles, otros distribuidos en los lugares altos de la ciudad junto con numerosos y brillantes despojos de guerra, algunos capturados a los piratas etruscos, otros de las campañas que se hicieron con Alejandro, otros desde cualquier otra parte de la que hayan sido llevados a la ciudad (Psedo-Arístides, Discursos [Discurso rodio], 24, 3-4).

Todo lo anterior es indicador de que los piratas del mar Tirreno se consideraban un problema importante para las comunidades del mar Egeo a finales del siglo

iv

y principios del iii a. C. H. A. Ormerod interpretó las fuentes como indicativas de un aumento dramático de la piratería etrusca e itálica central después de la desaparición de la tiranía de Siracusa a mediados del siglo

iv

a. C. Sin embargo, como indica Ph. De Souza, las referencias son tan diversas en cuanto a la ubicación y la posible identidad de los piratas que parece poco plausible atribuir un origen común a los diversos grupos mencionados. Es mejor ver a una variedad de grupos establecidos en Italia cuyos orígenes precisos en muchos casos pueden haber sido desconocidos para sus víctimas o captores, quienes simplemente aplicaron la etiqueta de «piratas tirrenos» a los atacantes, de quienes sabían o sospechaban que procedían de Italia.

Capítulo III

La lucha de Roma contra la piratería antes de los cilicios

Durante los siglos

iii

y

ii

a. C., los romanos se implicaron en la represión de la piratería tanto en el mar Adriático como en el Mediterráneo occidental, desde el momento en que fueron la potencia hegemónica de Italia. Pero si bien sus intervenciones contra los ilirios, los ligures, los istrios y otros pueblos se justificaban en un principio en asegurar la libertad de los mares y la protección del comercio (contra los piratas, evidentemente), ante todo tenían un objetivo expansionista, en lo que lo anterior era una mera justificación para lograr sus objetivos.

ROMA Y LOS ILIRIOS

Los ilirios fueron un grupo de pueblos de habla indoeuropea mal definidos que habitaban la península balcánica occidental en la Antigüedad. Para nuestros intereses, ocuparon la costa del Adriático correspondiente a la actual Albania y a la antigua Yugoslavia. No parece que utilizaran un término propio para este colectivo, y la etiqueta «iliria» fue una designación utilizada por los griegos para sus vecinos del norte pars pro toto a todas las personas con lenguaje y costumbres similares.

Se sabe relativamente poco sobre los ilirios antes de la segunda

mitad del siglo

iii

a. C., cuando los reyes de los ardieos expandieron su territorio a lo largo de la costa dálmata. Los ardieos fueron un grupo étnico ilirio que, cuando entraron en contacto con los romanos, vivían en Montenegro, cuya capital estaba en principio en Rhizon (Risan).

Bajo el liderazgo, primero, de Ballaios y, luego, de Agrón (ca. 250-231 a. C.), se convirtieron en una importante potencia (tanto que el término «ilirio» se usó para describir a los ardieos, lo que origina la lógica confusión en fuentes posteriores), aprovechando la decadencia de sus vecinos macedonios y epirotas. Como ejemplo, en este último caso, la sucesión real en Épiro llegó a su fin y se instituyó una república federal. En el sur, la parte occidental de Acarnania se separó de la Liga Epirota, pero pronto su independencia se vio amenazada por los etolios, que aprovecharon para expandirse alrededor del golfo de Ambracia, incluida la antigua capital de Pirro, la propia Ambracia, lo que obligó a los epirotas a establecer un nuevo centro en Fénice.

Figura 39. Tribus ilirias durante la época clásica (Wikimedia Commons).

La sorprendente derrota de los etolios por los ilirios en Medión, en Acarnania (232 a. C.), demostró vívidamente el potencial militar de estos últimos al resto de los griegos. Tal victoria ocurrió por su nueva técnica de combate. Los ilirios utilizaban el lembo, un barco de guerra pequeño y ligero con una sola hilera de remos. Era un buque de guerra rápido y maniobrable, capaz de transportar cincuenta hombres además de los remeros. Las incursiones ilirias a través del Adriático y el mar Jónico, probablemente, eran una amenaza cotidiana para los griegos del noroeste. La novedad reside en el transporte y el uso de un ejército de tierra para seguir y aprovechar las victorias obtenidas en el mar.

El lembo era la nave más común entre los ilirios del sur del Adriático, mientras que en el norte de ese mar este lugar estaba ocupado por la liburna, que se originó entre los liburnios, de donde tomó su nombre. El lembo aparece en varias monedas ilirias de las comunidades del sur del Adriático, que estaban políticamente conectadas con el reino de los ardieos, como los labeatas, los daorsos, y las ciudades de Scodra (Escútari) y Lisos (Lezhë).

La primera guerra ilírica (229-228 a. C.) fue la ocasión de la primera intervención militar de Roma al otro lado del Adriático. Tradicionalmente, se considera que el motivo principal de la intervención romana fue la protección de los comerciantes itálicos contra los piratas ilirios. Incluso antes de la primera guerra púnica (264-241 a. C.), los romanos eran conscientes del peligro que representaba para la costa adriática de Italia un ataque marítimo. En el año 246 a. C., una colonia de ciudadanos romanos se estableció en Brundisio (Bríndisi) con la misión de vigilar el área del canal de Otranto.

La fuerza militar de los ilirios, sin duda, debió de inspirar respeto. Sea como fuere, la experiencia de la invasión del rey Pirro de Épiro (307-302 y 297-272 a. C.) durante la guerra pírrica (280-275 a. C.) debió de haber hecho que los romanos desconfiaran de tener vecinos fuertes y beligerantes al otro lado del mar Adriático. El enfrentamiento entre ambas orillas parecía inevitable en un momento u otro.

Por desgracia, sobre la causa de este conflicto entre romanos e ilirios tenemos dos tradiciones irreconciliables: una de Polibio (quizás derivada del analista Quinto Fabio Píctor [pr. 220s a. C.]) y otra de Apiano. En la actualidad, se da más validez a la segunda, pero consideramos de interés mencionar ambas versiones de este asunto.

Según Polibio, Agrón murió poco después de la citada batalla de Medión y fue sucedido por su esposa, Teuta. Polibio, al que podemos tachar sin error de ser un auténtico misógino, castiga a esta por su «debilidad femenina» (ser mujer) y su incapacidad para adoptar un enfoque a largo plazo de la autoridad política. Según este autor, envalentonada por su reciente éxito, Teuta otorgó a cada barco de manera individual una licencia para el saqueo universal, lo

que podíamos denominar una patente de corso: «A los ilirios que navegaban por su cuenta, les otorgó licencia de depredar a aquellos con los que se toparan», en palabras de Polibio.

En el año 231 a. C., la flota y el ejército ilirio atacaron de nuevo Elis y Mesenia, en la parte occidental del Peloponeso. Un nuevo éxito fue la captura de la ciudad de Fénice (Finiq). Fénice era la población más próspera de Épiro y el centro del creciente comercio con Italia. Sin embargo, los ilirios tuvieron que retirarse de esta ciudad para hacer frente a una rebelión interna. Se acordó una tregua y Fénice fue devuelta a los epirotas por un precio, junto con la liberación de los prisioneros. El continuo éxito por parte de los ilirios fue una sorpresa (desde luego desagradable) para los griegos. Los epirotas expresaron su aceptación de la victoria iliria enviando emisarios a Teuta prometiendo cooperación con ellos y hostilidad hacia la Liga Etolia y la Liga Aquea.

Figura 40. Mapa con las principales ciudades de Épiro (Wikimedia Commons).

Durante la ocupación de Fénice, varios barcos ilirios atacaron a diversas naves pertenecientes a comerciantes itálicos. Según parece, fue tal el número de mercaderes asaltados, asesinados o capturados que el Senado romano, después de ignorar quejas anteriores, se vio obligado a actuar:

Ya en tiempos anteriores los ilirios molestaban sin causa a los navegantes procedentes de Italia. En aquella época en que asediaban Fénice, muchos se separaban de la flota; a un tiempo saqueaban a unos comerciantes italianos, degollaban a otros y, a no pocos, los cogían vivos y se los llevaban. Hasta entonces los romanos habían hecho poco caso de los que acusaban a los ilirios, pero en vista de que iban llegando más quejas al Senado, enviaron legados a Iliria, en calidad de inspectores, acerca de aquellas acusaciones, a Cayo y Lucio Coruncanio (Polibio, Historias, 2, 8, 1-3).

Polibio proporciona un relato un tanto sospechoso sobre el envío de una embajada romana a Teuta, una versión de los hechos que lo único que pretendía era justificar la invasión romana de Iliria. Esta legación se encontraba dirigida por los hermanos Lucio y Cayo Coruncanio. A su llegada, encontraron a Teuta celebrando el final de una rebelión en Iliria y poniendo sitio a la isla griega de Issa (Vir), frente a la costa de Dalmacia, «que era la única que no se le había sometido». Teuta aseguró a los embajadores romanos que los ilirios no pretendían dañar los intereses de Roma, pero que no era su costumbre restringir a sus súbditos de ciertas prácticas, es decir, de la piratería:

Durante toda la entrevista Teuta les escuchó de modo desdeñoso y altanero. Concluido el parlamento de los romanos, les manifestó que, de nación a nación, procuraría que a los romanos no les sucediera nada injusto de parte de los ilirios, pero que, en lo que se refería a los ciudadanos particulares, no era legal que los reyes impidieran a los ilirios sacar provecho del mar (Polibio, Historias, 2, 8, 7-8).

Ante tal respuesta, el más joven de los Coruncanios le dijo que Roma tomaría medidas para que los ilirios reformaran sus

costumbres. Polibio señaló entonces que Teuta «recibió esta franqueza con un coraje mujeril e irracional» [sic], y envió gente para asesinar al embajador romano. Esto evidentemente condujo a la guerra. Los romanos reclutaron tropas y prepararon una flota, debido a la indignación general por «la violación de la ley de las naciones por parte de la reina».

El resultado fue la derrota de los ilirios a manos de una gran fuerza romana formada por veinte mil infantes, dos mil soldados de caballería y doscientos barcos, dirigidos por los dos cónsules de 229 a. C.: Lucio Postumio Albino, que dirigía las tropas terrestres, mientras que Cneo Fulvio Centúmalo se encargaba de las fuerzas navales; curiosamente, solo al segundo se le concedieron los honores del triunfo.

Figura 41. Anverso de una moneda albanesa de 100 lek del año 2000 con la reina Teuta. Ø = 2,475 cm.

La versión ofrecida por Polibio de los sucesos acontecidos en los años 229-228 a. C. difiere notablemente de la ofrecida por Apiano. Este último escritor, en su Illyriké, incluyó varios detalles que Polibio no mencionó y que indican que estaban surgiendo otras presiones. Según Apiano, Agrón todavía estaba vivo cuando comenzó el sitio de Issa, que no era más que la continuación de su expansión territorial, en la que ya se había anexionado Córcira, Epidamno (Durrës), Faros (Stari Grad) y partes de Épiro. En esta versión, es el pueblo de Issa el que apela a Roma, pero la embajada romana nunca llegó a su destino, sino que fue atacada por lembos ilíricos y obligada a retirarse. Las bajas incluyeron a un isseo llamado Kleemporos, así como al único Coruncanio presente. Además, Apiano dice que Agrón, que murió después del ataque a la legación romana, dejó un hijo pequeño, Pineo, cuya madrastra y regente fue Teuta.

La estrategia romana durante el conflicto fue proteger el estrecho de Otranto y la costa de Italia, más que ayudar a Issa, que tuvo que esperar casi un año hasta que el asedio fue levantado. De esta forma, Centúmalo navegó con su flota en dirección a Córcira para levantar el sitio al que había sido sometida esta ciudad por los ilirios, aunque luego se enteró de que la isla se había rendido. Entabló negociaciones secretas con Demetrio de Faros, el gobernador ilirio de Córcira, que había perdido el favor de Teuta, por lo que Córcira dio la bienvenida a los romanos y, con la ayuda de Demetrio de Faros, entregó su guarnición. La ciudad se convirtió en «amiga de Roma» y, en adelante, confiaría su seguridad a la protección romana. Demetrio de Faros pasó a ser asesor de los romanos durante el resto de la guerra. Mientras tanto, Albino condujo su ejército al otro lado del Adriático, desde Brundisio hasta Apolonia, que también se unió a la alianza romana. La flota al mando de Fulvio llegó a Apolonia y las dos fuerzas avanzaron hacia Epidamno, lo que provocó que los ilirios abandonaran el lugar y se dispersaran. La ciudad fue también puesta bajo protección romana y el ejército ahora se trasladó tierra adentro entre los pueblos ilirios

del interior. En Epidamno, los romanos recibieron delegaciones de muchos pueblos, incluidos los atintanos y los partinos, de quienes se aceptó una rendición formal.

En el frente marítimo, los romanos levantaron el bloqueo de Issa y la ciudad también se puso bajo la protección romana. A medida que los romanos se acercaban al corazón de Iliria, la oposición se endureció. La flota se movió hacia el norte y atacó varias ciudades costeras. Teuta se retiró a su capital, Rhizon (Risan), en el golfo de Kotor. Los romanos decidieron que habían logrado sus objetivos, por lo que cesaron las hostilidades y retiraron la flota y el ejército a Italia bajo el mando de Centúmalo. Por su lado, Albino permaneció en Iliria con una flota de cuarenta barcos y algunas tropas con objeto de vigilar a los ardieos así como dar apoyo a sus nuevos aliados.

Figura 42. Modelo de liburnia (Museo Arqueológico de Zadar) (Wikimedia Commons).

Antes de que terminara el invierno, los enviados de Teuta llegaron a Roma y se acordó un tratado. De acuerdo con sus términos, la reina pagaría tributo (o quizás una indemnización) a Roma, abandonaría diversos territorios, y prometería no navegar al sur de la ciudad de Lisos en la desembocadura del Drin (no confundir con el Drina) con más de dos barcos, e incluso estos tenían que estar desarmados.

Los ilirios se habían visto obligados a renunciar a todas sus conquistas recientes al sur de Drin. Los romanos, aunque no obtuvieron ganancia territorial alguna (al menos en teoría, ya que en principio instauraron el equivalente a un «protectorado»), habían ganado el control de los puertos estratégicos de Epidamno, Apolonia y Córcira, claves en la penetración en Grecia. En el interior, varias tribus ilirias tenían ahora el estatuto de clientes de Roma, como los partinos en el valle de Genso (Shkumbin) y los atintanos situados más al sur. Además, no solo se impidió a los ardieos moverse a voluntad por tierra y mar hacia Épiro y el oeste de Grecia, sino que ahora se les cortó la ruta interior a Macedonia, su patrón y aliado contra la Liga Etolia y la Liga Aquea.

Si bien, Polibio defendió en su obra que lo que los romanos pretendían con su actuación en Iliria era proteger a los comerciantes de los piratas, el «enemigo común», como este denomina a los piratas ilirios: «Los pactos citados habían librado a los griegos de un temor considerable, pues los ilirios eran enemigos no de algunos griegos, sino de todos». La idea de un Estado poderoso embarcado en una especie de misión altruista con objeto de reprimir la piratería no era nueva, y Polibio parece haber sido el primero en retratar a Roma de esta manera. Pero en realidad se trataba más de frenar la agresión de los ilirios hacia sus vecinos (los «griegos» que menciona Polibio) en un área estratégicamente importante para Roma.

Roma intentó controlar de manera indirecta a los ilirios al apoyar como hombre fuerte a Demetrio de Faros. Pero, como vulgarmente se dice, «salió rana», y este comenzó a trabajar en recuperar el poderío del antiguo reino ardieo, sobre todo a partir de su boda con Triteuta (no confundir con Teuta), la primera esposa de Agrón, lo que lo convirtió en regente del auténtico rey, Pineo (ca. 222 a. C.), aún menor de edad.

Demetrio de Faros renovó los lazos tradicionales entre los ardieos y el reino de Macedonia, logró que los atintanos abandonasen su alianza con Roma y, por su parte, consiguió aliarse con los istrios, ubicados en la cabecera del mar Adriático. Con su retaguardia a salvo, comenzó de nuevo a practicar las tradicionales incursiones sobre territorio griego con una nueva flota que había construido en secreto. En este momento, Roma estaba en guerra contra varios pueblos celtas de la Galia cisalpina (225-222 a. C.), y tenía un ojo y medio puesto sobre las actividades cartaginesas en Hispania, que iban a desembocar en la segunda guerra púnica (218-201 a. C.).

En esta coyuntura, Demetrio de Faros decidió atacar lo que se ha venido en denominar «el protectorado ilirio» de Roma, es decir, aquellas ciudades y pueblos que habían establecido una alianza con los romanos. Los romanos, que hasta entonces habían ignorado las actividades de su antiguo aliado, decidieron intervenir, lo que dio origen a la segunda guerra iliria (220-219 a. C.). A pesar de las precauciones y medidas defensivas que había tomado Demetrio de Faros, fue vencido rápidamente en el campo de batalla, y tuvo que huir a la corte macedonia hasta el final de sus días.

Pineo fue reconocido como rey ardieo, pero este Estado no era más que una sombra de lo que había sido. De tal modo, aparecieron en este momento los koina urbanos de los partinos, búlices, amantes y otros, que se constituyeron tras la derrota de los «ilirios», es decir, de los ardieos.

A partir de este momento, Roma se va implicando en los asuntos del otro lado del mar Adriático, de Oriente. De esta forma, los romanos participarán en la primera guerra macedónica (214-205 a. c.), la segunda guerra macedónica (200-196 a. c.) (continuación de la primera guerra cretense [205-200 a. c.]), la guerra romanosiria (192-188 a. c.), la tercera guerra macedónica (171-168 a. c.), la tercera guerra ilírica (168 a. c.), la cuarta guerra macedónica (150-148 a. C.) y la guerra aquea (146 a. C.). Como consecuencia de estas actuaciones, finalmente Roma creará una provincia territorial, Macedonia, en el año 146 a. C., que engloba todos los territorios anexionados al otro lado del Adriático.

No es objeto de este libro tratar sobre estos conflictos, aunque ya hemos aludido a más de uno de ellos en páginas anteriores. Sea

como fuere, la piratería está presente en muchas de estas campañas.

Durante la segunda guerra púnica, Filipo V de Macedonia se alió con el famoso general cartaginés Aníbal Barca. Por temor a un posible refuerzo de las tropas cartaginesas en Italia por parte de Macedonia, el Senado envió al propretor Marco Valerio Levino (cos. I 220 a. C.), que estaba al frente de la flota de Brundisio, al otro lado del Adriático. Las tropas romanas (ayudadas por la Liga Etolia y Pérgamo después de 211 a. C.) tuvieron poco más que escaramuzas con las fuerzas macedonias (sin llegar a producirse una auténtica batalla campal) y se apoderaron de territorios menores a lo largo de la costa del Adriático para (oh, sorpresa) «combatir la piratería». El interés de Roma no estaba en la conquista de territorios, sino en mantener ocupada a Macedonia mientras ella luchaba contra el invasor cartaginés. La guerra terminó de manera indecisa en el año 205 a. C. con el Tratado de Fénice. Si bien fue un conflicto menor, abrió el camino para la intervención militar romana en Macedonia y luego en Oriente. Este enfrentamiento, aunque librado entre Roma y Macedonia, fue en gran medida independiente de las guerras romano-macedónicas que siguieron (que comenzaron con la segunda guerra de macedonia y dependían en gran medida la una de la otra) en el siglo siguiente.

En el año 180 a. C., el pretor romano Cayo Claudio Pulcro (cos. 177 a. C.), responsable de la protección costera, llegó a Brundisio con algunos de los barcos de Gencio, rey de los labeatas (181-168 a. C.), el antagonista romano de la tercera guerra ilírica, que, según se decía, habían sido atrapados in fraganti mientras realizaban acciones de piratería. Una embajada enviada a Iliria no pudo localizar al rey; pero el pretor descubrió que los romanos estaban siendo retenidos con objeto de pedir un rescate por ellos en Corcira Nigra (Korčula). Se desconoce el resultado del asunto y es muy posible que el Senado aceptara la afirmación de los enviados de Gencio de que los cargos eran falsos.

Figura 43. Anverso del billete albanés de 2000 leke del año 2008 con la representación de Gencio (Wikimedia Commons).

Como colofón, señalemos que el Epítome de Tito Livio informa de que el cónsul romano Servio Fulvio Flaco sofocó un levantamiento en el año 135 a. C. realizado por ardieos y plereos en la Iliria romana.

Mientras tanto, la tribu de los dálmatas apareció en la costa, descendiendo del interior (como los ardieos hicieron anteriormente más al sur), debido a la aparición de los celtas en Panonia, tras el colapso de los reinos «ilirios» por culpa de la actividad romana, Aparecen por primera vez en la historia cuando no reconocieron como rey a Gencio al llegar este al trono (181 a. C.), al igual que los daorsos. Los dálmatas ocuparon el territorio de las tribus costeras de los tariotas, los hílides y los nestos, y se expandieron hacia el norte a costa de los liburnios.

Los agravios hacia la ciudad de Issa (de nuevo, como en la primera guerra ilírica), junto con una petición de los daorsos, llevaron a los romanos a intervenir contra los dálmatas durante los años 156-155 a. C. Si bien la acusación de practicar la piratería efectuada contra los dálmatas puede ser cierta en gran medida (incluso se dice que robaron los caballos de los enviados romanos que estos últimos habían tomado prestados), en realidad se trató de una demostración de fuerza por parte de Roma al otro lado del mar Adriático tras la

tercera guerra ilírica. El conflicto terminó con la derrota de los dálmatas, incluida la destrucción de su capital, Delminio, y con el triunfo del cónsul Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo [d]e De[lmateis]. Los romanos harán la guerra contra los dálmatas dos veces más: en el año 118 a. C. y en los años 78-76 a. C., campañas que tuvieron como eje la ciudad de Salona (Solin), aunque la pacificación definitiva solo será posible después de la revuelta ilírica de los años 6-9 d. C.

LOS LIGURES

Los ligures son un conjunto de pueblos preindoeuropeos o no-indoeuropeos, que habitaban mayormente en el noroeste italiano, entre los ríos Var y Magra. Cómo no, los romanos los acusaron de practicar el bandolerismo y la piratería. No tenían muy buena fama en la Antigüedad: Nigidio Fígulo (siglo

i

a. C.) señaló que eran «ladrones, traicioneros, traidores, mentirosos», mientras que un anónimo glosador los califica de «ladrones y piratas», debido a que «habitan lugares fríos y montañosos, es decir, los Alpes marítimos». Esta última explicación es la que ofrece el geógrafo Estrabón para interpretar estas actividades: la pobreza del territorio de las gentes que se dedican a estos menesteres.

Para muchos pueblos, una actividad paralela a la navegación era la piratería, y los ligures no eran precisamente una excepción. Si lo consideraban apropiado, atacaban y saqueaban los barcos que navegaban por su costa. La cosa no es sorprendente: incluso en la Antigüedad la forma más rápida de obtener bienes era robándolos. Después de todo, las continuas incursiones de las tribus ligures en los territorios de los pueblos vecinos están bien documentadas y constituían una parte importante de su economía.

En un pasaje de la vida de Lucio Emilio Paulo (cos. I 182 a. C.) de

Plutarco se nos indica lo siguiente:

Nombrado cónsul, Emilio marchó contra los ligures que viven junto a los Alpes, a los que algunos llaman ligustinos, un pueblo belicoso y violento, enseñado a guerrear con habilidad por los romanos, debido a su vecindad. Pues habitan las partes extremas de Italia que terminan en los Alpes y, de los propios Alpes, las regiones bañadas por el mar Tirreno que están frente a Libia, mezclados con los galos y con los íberos de la costa. Entonces, se dedicaron al mar y, con barcos piratas, interceptaban y saqueaban los barcos mercantes, navegando hasta las columnas de Hércules (Plutarco, Vida de Emilio Paulo, 6, 1-3).

En el siglo

iii

a. C., los romanos entraron en contacto directo con los ligures. Sin embargo, su interés se dirigía ante todo hacia los ricos territorios de la Galia y la península ibérica (entonces bajo control cartaginés). Simplemente, los ligures, que controlaban las costas de Liguria y los Alpes del sudoeste, se encontraban en medio de los intereses romanos en Occidente, es decir, la necesidad de proteger las rutas desde la costa occidental hasta la Galia cisalpina, y asegurar las comunicaciones marítimas de Italia a Hispania. Ello llevó a los romanos a combatir tanto a los ligures como a los piratas que frecuentaban el golfo de León.

A pesar de los esfuerzos romanos, solo unas pocas tribus de Liguria firmaron acuerdos de alianza con los romanos, en particular, los genuates. El resto pronto se mostró hostil. El conflicto se inició en lo que podemos denominar una primera fase, en el año 238 a. C., a través de una coalición de ligures y de galos boyos, pero los dos pueblos pronto se encontraron en desacuerdo y la campaña militar se detuvo con la disolución de la alianza. Posteriormente, el luego famoso Quinto Fabio Máximo (cos. I 233 a. C.) derrotó a los ligures (233 a. C.) y obtuvo los honores del triunfo, en lo que parece ser

una acción dirigida a controlar el área costera. Sea como fuere, aparte del establecimiento de puestos navales de avanzada en Genua (Génova) y Luna (Luni) antes de la segunda guerra púnica (218-201 a. C.), y la limpieza del paso desde Genua al valle del Po en el año 197 a. C., los romanos tardaron en poner pie en el territorio de Liguria.

Con el estallido de la segunda guerra púnica, las tribus de Liguria adoptaron actitudes diferentes. Algunas, como las tribus de la Riviera occidental y los apuanos (la tribu ligur más oriental, situada en la comarca toscana de Pontremoli, la más poderosa de todas ellas), se aliaron con los cartagineses, proporcionando soldados a las tropas de Aníbal Barca cuando llegó al norte de Italia, con la esperanza de que el general cartaginés los liberara de los romanos. Otros, como los genuates, bagiennos y taurinos, tomaron partido a favor de los romanos.

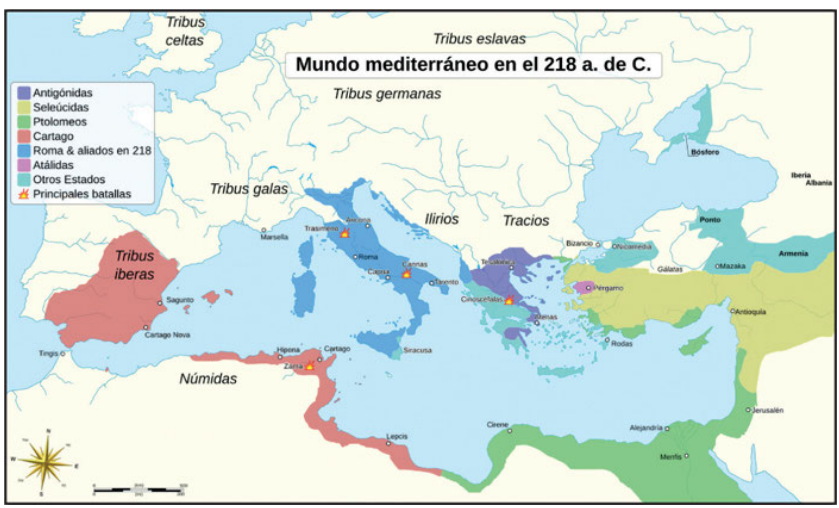

Figura 44. El mundo mediterráneo en el año 218 a. C. (Wikimedia Commons).

La finalización del citado conflicto no significó que llegara la paz a estos territorios. En el año 200 a. C., los ligures y los boyos

saquearon y destruyeron la colonia romana de Placentia (Piacenza), controlando de este modo el vado más importante del río Po. Fue solo en el año 197 a. C. cuando los romanos, bajo el liderazgo del cónsul Quinto Minucio Rufo, lograron recuperar el control del área de Placentia al someter a los celelates, cerdicates e ilvatos, así como a los boyos y ocupar el oppidum de Clastidio (Casteggio).

Figura 45. Tribus ligures (Arre caballo!) (https://arrecaballo.es/edadantigua/la-republica-romana/guerra-contra-los-ligures-194-153-ac/#).

La segunda fase del conflicto (197-155 a. C.) se caracterizó ante todo por el hecho de que los ligures apuanos se atrincheraron en los Apeninos, desde donde descendían periódicamente para saquear los territorios circundantes. Los romanos, por su parte, organizaron continuas expediciones a las montañas, con la esperanza de burlar, rodear y derrotar a los ligures, sin que a su vez fueran emboscados por estos. Floro nos describe perfectamente este conflicto:

A los ligures, aferrados a las profundas hondonadas de los Alpes entre los ríos Varo y Magro y emboscados en los espesos jarales, era labor más compleja descubrirlos que vencerlos. Protegidos por el terreno y su capacidad de huida (eran gente dura y veloz) se dedicaban más al pillaje, según se les presentaba la ocasión, que a pelear. Tras esquivarnos durante largo tiempo los saluvios, deciates,

oxibios, euburiates e ingaunos, por fin Fulvio cercó con fuego sus escondites, Bebio los hizo descender a la llanura y Postumio los desarmó de tal manera que apenas les quedó hierro para cultivar la tierra (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 19, 4-5).

La importancia de controlar Liguria por parte de los romanos queda demostrada por el despliegue de treinta ejércitos consulares en la zona entre los años 197 y 154 a. C., con un mínimo de cuatro legiones estacionadas allí de forma permanente entre los años 188 y 172 a. C., y por los triunfos que se otorgaron a los generales romanos victoriosos.

Históricamente, el inicio de la campaña se remonta al año 193 a. C. por iniciativa de los apuanos, que organizaron una importante incursión contra la base romana de Pisa (Pisa), que llegó hasta la margen derecha del río Arno. A este ataque siguieron nuevas victorias romanas, pero no fueron decisivas, en parte debido a que los romanos tenían que combatir igualmente a los grupos celtas de la Galia cisalpina.

En el año 187 a. C., la situación se volvió peligrosa, de tal modo que ambos cónsules del aquel año, Cayo Flaminio y Marco Emilio Lépido, fueron destinados a Liguria, donde derrotaron en varias batallas a las tribus de los triniates y los apuanos. Pero, en el año siguiente, los apuanos y los sengaunos derrotaron al cónsul Quinto Marcio Filipo.

Al año siguiente (185 a. C.), los romanos, bajo el mando del cónsul Marco Sempronio Tuditano, los derrotaron, pero no quedaron sometidos. En este mismo año, ingaunos e intimilios también se enfrentaron al invasor (vid. infra), y lograron resistir a las legiones romanas durante los siguientes cinco años, antes de capitular en el año 180 a. C. Los apuanos y otros grupos del interior todavía resistieron.

En el año 181 a. C., se encomendó a los cónsules Publio Cornelio Cetego y Marco Bebio Tánfilo un ejército de cuatro legiones más quince mil auxiliares. En el año 180 a. C., los romanos infligieron una grave derrota a los apuanos y deportaron a cuarenta mil de

ellos al corazón de la región del Samnio, y a otros siete mil más al año siguiente, donde fundaron un establecimiento en los Campos Tauransios y fueron conocidos como ligures cornelianos o ligures bebianos, denominación que todavía llevaban en tiempos del emperador Trajano (98-117). Estos fueron uno de los pocos casos en los que los romanos deportaron poblaciones derrotadas en un número tan importante. El dominio romano en la región se vio consolidado con la fundación de las colonias de Pisa y Lucca en el año 180 a. C., a la que siguió un poco más tarde la de Luna (Luni) en el año 177 a. C., tras una nueva derrota de los apuanos supervivientes

De un modo similar, en el año 175 a. C., los cónsules Marco Emilio Lépido y Publio Mucio Escévola sacaron de las montañas y establecieron en el valle del Po a los friniates, así como a las pequeñas tribus de los garulos, lapicinos y hergates. En el año 172 a. C. fue el turno de los estatielos y, en el año 158 a. C., el de los veleiates. La última resistencia apuana fue sometida en el año 155 a. C. por el cónsul Marco Claudio Marcelo (cos. I 166 a. C.).

Como en Hispania, la conquista romana de este territorio se vio facilitada por el fraccionamiento de los ligures entre diversos grupos, pero esto a su vez entorpeció la ocupación, ya que la derrota de una tribu no significa el sometimiento del resto. Asimismo, hay que señalar la tenacidad de algunos de los ligures, como los apuanos, los más poderosos.

EL EPISODIO DE LOS INGAUNOS

De especial virulencia fue la guerra contra los ingaunos, una de las tribus ligures que vivían en la costa mediterránea, alrededor de Albo Ingauno (Albenga) y Luco Bormano (Diano Marina). Su territorio estaba ubicado al este de los intimilios y al sur de los epanterios. Nuestro interés en este grupo étnico reside, cómo no, en que practicaban la «piratería», al menos según la visión de los romanos.

En el siglo

iii

a. C., la prosperidad de los centros costeros de Liguria condujo a conflictos recurrentes con las tribus montañesas que realizaban incursiones contra sus vecinos más ricos. El viaje por la costa ligur era peligroso, como se manifestó en el año 217 a. C. en la travesía de Publio Cornelio Escipión (cos. 218 a. C.) en dirección a Massalia (Marsella). Durante la segunda guerra púnica, el general cartaginés Magón Barca, hermano de Aníbal, hizo una alianza en el año 205 a. C. con los ingaunos para asegurar un punto de apoyo en el mar de Liguria. Los cartagineses respaldaron a los ingaunos en su lucha contra los epanterios, que vivían en las colinas y asaltaban su territorio. Anteriormente, Magón había destruido Genua, pertenencia de los ingaunos, lo que les permitió convertirse potencialmente en la fuerza dominante en la costa noroeste de Italia. Los daños causados por el saqueo de Genua fueron tan enormes que aún hoy se utiliza el término dialectal «avere il magone», equivalente en nuestro idioma a «tener un nudo en la garganta». Ante la perspectiva de que Magón pudiera unir a galos y ligures contra ellos, los romanos reaccionaron enviando tropas a la región y consiguieron derrotar a Magón y sus aliados en la batalla del Po (llamada también Insubria) (203 a. C.), en la que este general fue mortalmente herido, y la mayor parte de las tropas cartaginesas se retiraron.

Genua fue reconstruida por el procónsul romano Espurio Lucrecio (pr. 205 a. C.) en el año 203 a. C. Después de la derrota de Cartago, Roma buscó expandirse hacia el norte y utilizó Genua como base de apoyo para sus incursiones, entre los años 191 y 154 a. C., contra las tribus de la Liguria interior, que habían sido aliadas de los cartagineses. En el año 201 a. C., el cónsul romano Publio Elio Peto efectuó un tratado de paz con los ingaunos para asegurar el paso por la ruta que controlaban hacia Massalia e Hispania.

En el año 185 a. C., un ejército romano dirigido por el cónsul Apio Claudio Pulcro fue enviado contra los ingaunos, capturó a seis de sus oppida y, como ejemplo para los vencidos o disuasorio para otros ligures, acusó a cuarenta y tres ingaunos de ser responsables de la guerra, a los que decapitó. Sin embargo, solo tres años

después, los massaliotas se quejaron nuevamente a Roma sobre la piratería ejercida por los ingaunos, que disponían, al parecer, de un considerable poder naval y atacaban a los barcos mercantes. Así nos lo menciona Tito Livio:

Figura 46. Liguria romana, extraída del mapa de la Italia romana septentrional perteneciente al Historical Atlas de W. R. Shepherd (1911) (Wikimedia Commons).

«[…] y Apulia a Lucio Duronio, con el añadido de los istrios, porque los tarentinos y brindisinos mandaban aviso de que sus territorios costeros estaban infestados por las piraterías de naves de ultramar. En el mismo sentido se quejaban los massaliotas con respecto a los navíos de los ligures (Tito Livio, Historia de Roma desde su fundación, 40, 16, 4).

En el pasaje anterior no solo tenemos constancia de la piratería

practicada por los ligures, sino que, asimismo, las ciudades de Tarento y Brundisio, en el sur de Italia, denuncian la misma actividad, esta vez protagonizada por los istrios, que debieron de aprovechar el vacío dejado por los ilirios. Puede observarse la agilidad de los piratas, que podían recorrer largas distancias en sus correrías. De vuelta a los ingaunos, el Senado envió, en el año 181 a. C., a L. Emilio Paulo (cos. I 182 a. C.), el futuro vencedor del último rey macedonio Perseo (179-168 a. C.) en la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.).

Que realmente los ingaunos tenían una flota parece evidente, según se desprende de dos pasajes de Tito Livio acerca de los preparativos romanos:

Tampoco se olvidó la adopción de medidas referentes a la marina. Los cónsules recibieron instrucciones de nombrar a tal fin duunviros por medio de los cuales se botarían veinte navíos, tripulándolos con marinería de ciudadanos romanos que hubiesen sido antes esclavos, con la única condición de que fueran libres de nacimiento quienes los mandasen. Los duunviros se repartieron la zona costera que debían defender con diez navíos cada uno, constituyendo el promontorio de Minerva el eje central de demarcación, por así decir; uno de ellos defendería la parte derecha, desde allí hasta Massalia, y el otro la izquierda hasta Bario (Tito Livio, Historia de Roma desde su fundación, 40, 18, 7-8).

Y:

Fueron elegidos duunviros navales Cayo Matieno y Cayo Lucrecio; se les equiparon naves, y Matieno, cuya zona de mando se extendía hasta el golfo Gálico, recibió orden de conducir su flota lo más rápidamente posible a la costa de Liguria por si podía ser de alguna utilidad a Lucio Emilio y a su ejército (Tito Livio, Historia de Roma, 40, 26, 8).

Podemos observar que la flota romana se dividió en dos, a partir del promontorio de Minerva (Punta Campanella, frente a la isla de Capri, en Campania). El duunviro naval Matieno se encargó, con una flota de diez barcos, del sector que comprendía el golfo Gálico (el golfo de León), es decir, el área donde operaba Paulo. Los duunviros navales, en número de dos como su nombre indica, eran oficiales navales elegidos por el pueblo de Roma, asignados para reparar y equipar la flota romana, cuyas funciones son muy mal conocidas. Cada duunviro naval estaba asignado a un cónsul. Se conocen otras dos acciones de estos magistrados: el establecimiento de una colonia en Córcega en el año 311 a. C. y su derrota en batalla contra los tarentinos en el año 282 a. C.

Paulo, buscando evitar una destrucción completa de los ingaunos, lo que podría haber llevado a un vacío territorial costero potencialmente llenado por tribus alpinas menos «civilizadas», inicialmente penetró en el territorio ingauno para exigir su rendición. Luego, los líderes ingaunos fingieron solicitar una tregua para efectuar consultas, y aprovecharon el ínterin para concentrar sus tropas y sitiar el campamento de Paulo, pero el cónsul pudo rechazarlos y, finalmente, logró subyugar a los ingaunos, por lo que obtuvo el triunfo en el año 181 a. C. Aunque Paulo prohibió a los derrotados erigir murallas alrededor de sus poblaciones, para obstaculizar sus capacidades defensivas, también les dejó el control de su terreno costero para que actuaran como centinelas en la ruta de Liguria. Tito Livio nos informa de que:

Aquel día fueron muertos más de quince mil ligures, y cayeron prisioneros dos mil trescientos. Tres días más tarde se sometió, previa entrega de rehenes, todo el pueblo de los ligures ingaunos. Se buscó a los pilotos y marineros que habían tripulado los navíos piratas, y se los metió en prisión a todos. Por otra parte, el duunviro Gayo Matieno capturó treinta y dos de dichos navíos en la costa ligustina (Tito Livio, Historia de Roma, 40, 28, 6-7).

Este es un nuevo testimonio que corrobora la existencia de una armada ligur, así como de su papel. El eclipse de la marina etrusca que, incluso en el siglo

iv

a. C., dominaba la costa de las tierras de Liguria había dejado el campo abierto a los ligures. En este mismo año 181 a. C. se fundó una colonia romana en Gravisca (Porto Clementino), en la costa antes dependiente de Tarquinia (Tarquinia), sin duda para proteger el territorio de incursiones procedentes del mar, esto es, de los piratas.

En el año 180 a. C., el cónsul Aulo Postumio Albino Lusco, después de vencer a los ligures de las montañas cercanas, envió naves para reconocer las costas de ingaunos e intimilios, hasta llegar a Albo Intimilio (Ventimiglia), lo que sugiere que Roma todavía los consideraba una tribu potencialmente hostil en ese momento. Posiblemente, el encargado de este reconocimiento fue Matieno, que todavía se encontraba en esas aguas.

Todas las operaciones antedichas buscaban dos objetivos principales: controlar la ruta terrestre costera que comunicaba Italia con Massalia e Hispania y acabar con la piratería. La pobreza del territorio ligur no era algo que atrajera en primera instancia a los romanos, sobre todo si la comparamos con las fértiles llanuras padanas que ocupaban los pueblos celtas.

LOS ISTRIOS

En el otro extremo del norte de Italia, los romanos mantenían continuamente relaciones amistosas con el pueblo itálico (y no ilirio, como a veces se ha afirmado) de los vénetos. Pero las incursiones ocasionales de los pueblos montañeses de las tierras fronterizas alpinas decidieron a los romanos a establecer una gran colonia latina en el sitio de Aquilea, desde donde se podían observar fácilmente los pasos a través de los Alpes julianos y

cárnicos (181 a. C.) (vid. infra). Esta colonia sirvió también para vigilar a los istrios, que compartían los hábitos piratas de los ilirios situados más al sur.

Los istrios eran un pueblo que vivía en la península de Istria, a la que dieron su nombre, y en algunas zonas ubicadas más al norte. Para los romanos, los istrios no eran más que una feroz tribu de piratas, protegidos por las dificultades para la navegación que presentaban las costas donde habitaban. Puede observarse que la acusación de practicar la piratería será de nuevo utilizada por los romanos para emprender la guerra.

Tito Livio describe en una noticia correspondiente al año 302 a. C.:

Bordeando después el promontorio de Brundisio e impulsado por el viento al centro del mar Adriático, como por la izquierda tenía las costas de Italia sin puertos y por la derecha a los ilirios, liburnos e istrios, gentes salvajes y en gran parte famosas por su piratería, [el espartano Cleónimo] se internó hasta las costas de los vénetos (Tito Livio, Historia de Roma desde su fundación, 10, 2, 4).

Figura 47. Límites aproximados del territorio de Liburnia en el siglo v

a. C. (Wikimedia Commons).

Puede observarse la situación de los istrios al norte.

En la segunda mitad del siglo

iii

a. C., los istrios aparecen citados por primera vez en relación con los romanos, durante la expansión de estos últimos al norte del Po. Los escritores antiguos describieron a los istrios como hábiles marineros y temidos piratas, un estereotipo que atribuyeron, con razón o sin ella, a casi todas las tribus de la costa oriental del mar Adriático.

Según las fuentes conservadas, la guerra contra los istrios en el año 221 a. C. fue provocada por los asaltos de estos a los barcos mercantes romanos. Pero, al parecer, ante todo lo que se buscaba era prevenir cualquier posible ataque frente a la perspectiva de una posible guerra contra Cartago, como así sucedió. Los cónsules de ese año, Marco Minucio Rufo y Publio Cornelio Escipión Asina, dirigieron la campaña contra los istrios. Ambos comandantes romanos ya eran muy valorados por sus contemporáneos, pero la carrera de Minucio experimentó un aumento significativo aparentemente debido a su distinguido liderazgo militar en este conflicto. Si bien se trató de una campaña coronada con el éxito por parte de los romanos, Orosio insinuó que el ejército sufrió graves pérdidas. Se cree que los romanos, durante sus operaciones, destruyeron una importante fortaleza costera de Istria en el lugar donde fundaron ciento cincuenta años después la colonia de Pola (Pula). Sea como fuere, no ocuparon territorio istrio, debido a que todavía el Senado rehuía las conquistas al este del mar Adriático y trataba de controlar estas áreas de manera indirecta.

Para proteger sus posiciones en el norte, los romanos establecieron la colonia de Aquilea (Aquilea) (vid. infra). Los istrios vieron esta fundación como una amenaza a su independencia e intentaron destruir la nueva ciudad en el año 181 a. C., pero fueron derrotados por el pretor Quinto Fabio Buteón.

Más tarde, en ese mismo año, Epulón se convirtió en rey de los istrios, el cual se preparó de inmediato para la batalla contra la colonia aquileana. Roma envió un ejército en su defensa en el año 178 a. C., bajo el mando del cónsul Aulo Manlio Vulsón, que recibió la Galia cisalpina como provincia. Sin consultar con el Senado,

Vulsón marchó contra los istrios, pero no logró la tan esperada victoria. En cambio, los istrios atacaron con éxito un campamento romano. A pesar de este éxito inicial, Epulón fue finalmente derrotado en el norte de Istria y obligado a retirar sus fuerzas a la capital istria de Nesacio.

Antes de atacar Nesacio, los romanos capturaron otros importantes centros istrios. Se dice que los romanos al principio no pudieron tomar Nesacio, a la que pusieron bajo asedio. En el año 177 a. C., bajo el cónsul Cayo Claudio Pulcro, que había traído consigo dos nuevas legiones, obtuvo el éxito solo cuando se consiguió desviar el río que protegía a Nesacio y privó del agua a sus habitantes. Los istrios optaron por combatir en lugar de entregar la ciudad. Dieron muerte a sus mujeres y niños, y los arrojaron por encima de las murallas de la ciudad mientras luchaban contra los romanos. Cuando Epulón se dio cuenta de lo inútil de su resistencia, se suicidó ensartándose en una espada para evitar el cautiverio. Después de la caída de Nesacio, otras poblaciones de Istria también corrieron la misma suerte. Pronto todo el territorio fue conquistado.

Los romanos comenzaron, a partir del año 177 a. C., a establecer varias bases fortificadas en la costa de la península. Parece que los istrios no estaban completamente sometidos en este punto, por lo que fue necesario una fuerte presencia militar. La ocupación de este territorio es uno de tantos pasos por parte de los romanos para controlar la navegación del mar Adriático.

LA COLONIA DE AQUILEA

Aquilea (Aquilea) fue fundada como una colonia de derecho latino por los romanos en el año 181 a. C. junto al río Natiso, en tierra al sur de los Alpes julianos, pero a unos trece kilómetros al norte de las lagunas. Aparentemente, recibió el nombre de la palabra indígena Akylis, por lo que es posible que en su lugar existiera una población véneta. La colonia sirvió como una fortaleza fronteriza estratégica en la esquina noreste de la Italia traspadana (la situada al otro lado del río Po) y pretendía proteger a los vénetos, leales

aliados de los romanos, durante la segunda guerra púnica y durante las guerras de Iliria, y actuar como un contrafuerte para frenar el avance de otros pueblos, como los carnios (una tribu celta) y los istrios, y durante el siglo

ii

a. C. fue la princial base romana de operaciones en Iliria. De hecho, Aquilea se fundó en un lugar a seis kilómetros de donde unos doce mil celtas tauriscos habían intentado establecerse en el año 183 a. C. Por tanto, puede decirse que se trata de un lugar estratégico.

La colonia fue establecida por un triunvirato formado por Publio Cornelio Escipión Nasica (cos. 191 a. C.), Cayo Flaminio (cos. 187 a. C.) y Lucio Manlio Acidino (cos. 179 a. C.), dos de los cuales tenían rango consular y otro pretoriano en el momento de la fundación. Cada uno de ellos conocía de primera mano la Galia cisalpina. Guiaron a tres mil veteranos, principalmente del Piceno, Samnio y Campania, quienes, con sus familias, formaron el grueso de los colonos, lo que significa que Aquilea, probablemente, tenía una población de veinte mil habitantes poco después de su fundación. Entre estos colonos, los pedites recibieron cincuenta yugadas de tierra cada uno, los centuriones cien yugadas cada uno y a los equites se les entregaron ciento cuarenta yugadas por jinete. Ya sea en el mismo momento de la fundación o poco después, la instalación de los nativos vénetos complementó a estas familias.

Figura 48. El antiguo puerto interior de Aquilea (Wikimedia Commons).

Aquilea estaba unida por carretera con Bononia (Bolonia), probablemente, desde el año 173 a. C.; y, posteriormente, sería enlazada con Genua en el año 148 a. C. a través de la Vía Postumia, uniéndose a la carretera primeramente mencionada en Concordia, mientras que la construcción de la Vía Popilia desde Rímini hasta Ad Porto cerca de Altino en el año 132 a. C. mejoró aún más las comunicaciones. Ya en el siglo

i

d. C., se construyeron la Vía Gémina y la Vía Flavia, que unía la ciudad con diversas poblaciones del este. Esto convirtió a la ciudad en un importante nudo de comunicaciones.

En el año 169 a. C., otros mil quinientos colonos con sus familias se instalaron en la ciudad como un refuerzo a la guarnición. El descubrimiento de yacimientos de oro cerca de la actual Klagenfurt (en la Carintia austriaca) en el año 130 a. C. atrajo todavía más

atención a la creciente colonia, y pronto se convirtió en un lugar de importancia, no solo debido a su estratégica posición, sino también como centro de comercio.

La colonia originaria latina se convirtió en un municipio probablemente en el año 90 a. C. Los ciudadanos fueron adscritos a la tribu romana Velina. Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) visitó la ciudad en varias ocasiones durante la guerra de las Galias (58-51/50 a. C.) y montó un campamento de invierno en las cercanías del año 59/58 a. C. Fue saqueada por los yápodes en tiempos de Augusto (27 a. C.-14 d. C.), pero, en el posterior periodo de paz, fue capaz de desarrollar sus recursos. En el periodo imperial fue, pues, una importante ciudad, lo que no tratamos aquí por quedar fuera de la temática temporal de este libro.

Traer a colación la colonia de Aquilea se debe a que fue un importante puerto romano en el Adriático, la antecesora de Venecia. Uno de sus objetivos sería albergar una base naval para la flota romana, o al menos dar algún tipo servicio a esta.

De alguna manera, recuerda la fundación de Attaleia (Antalya) en Panfilia. Tras la Paz de Apamea (188 a. C.), el reino de Pérgamo fue el gran beneficiado desde el punto de vista territorial, pero no controlaba ningún puerto importante ubicado en la Anatolia meridional. Por ello, el rey Átalo II (159-138 a. C.) ordenó a sus hombres que «encontrasen el cielo en la tierra», y este lugar fue donde se fundó Attaleia alrededor del año 150 a. C., que se convirtió en base de su poderosa flota naval.

LAS ISLAS DE CÓRCEGA Y CERDEÑA

Parece que la noticia del primer interés serio de Roma por Córcega deriva de un texto sobre un tema insospechado: de hecho, es en Teofrasto, botánico griego del siglo

a. C., donde se nos presenta la comunicación de una expedición romana a Córcega con el objetivo de fundar una ciudad. Sin embargo, los veinticinco barcos de la expedición se encontraron con un inesperado inconveniente, arruinando sus velas con la agreste y gigantesca vegetación, cuyas ramas crecían y sobresalían de los golfos y ensenadas de la isla hasta desgarrarlas de manera irremediable; y, para completar el desastre, la balsa que transportaba cincuenta velas de repuesto se hundió con todo el cargamento. La expedición se habría producido supuestamente a principios del siglo

iv

a. C., cuando se menciona un establecimiento de colonos romanos en Cerdeña, pero I. L. Debenham no da visos de verosimilitud a estas noticias.

Sin embargo, el interés de Roma por el mar y las dos islas no había cesado, como puede observarse por los tratados efectuados con Cartago. Durante la primera guerra púnica (264-241 a. C.), el cónsul Lucio Cornelio Escipión (cos. 259 a. C.) ocupó la isla de Córcega (con la ciudad de Aleria [Aléria]), pero, tras tomar posesión de Olbia (Olbia), al norte de Cerdeña, tuvo que retirarse ante la presencia de una fuerte escuadra cartaginesa.

Tras el citado conflicto, mientras Cartago estaba ocupada con la guerra de los mercenarios (241-238 a. C.), Roma decidió anexionarse Cerdeña y Córcega por la fuerza, aprovechando la llamada efectuada por los propios mercenarios a los que habían combatido durante la primera guerra púnica. Las dos islas se convirtieron conjuntamente en una provincia de Roma, pero fue necesario más de un siglo de combates para pacificar el interior de ambas. Toda la provincia estaba gobernada por un pretor (atestiguado a partir del año 227 a. C., siendo el primero conocido Marco Valerio Levino [cos. I 220 a. C.]), con capital en Carales (Cagliari), en Cerdeña. Una de las teorías de por qué los romanos ocuparon este territorio es que los sardos, libres del control cartaginés, pudieron renovar sus actividades piráticas, aunque no existe evidencia de ello.

Probablemente, todo el territorio de Cerdeña fue considerado ager

publicus populi Romani y sujeto al cobro de un diezmo, al que podrían añadirse otros requerimientos; Córcega pudo también estar sometida a un régimen similar. La propiedad de la tierra en Cerdeña mantuvo el carácter de latifundio, ya establecido bajo la dominación púnica. La producción de trigo en Cerdeña fue de cierta importancia, por lo que, junto con Sicilia y África, se convertirá en una provincia frumentaria.

Las buenas relaciones que existían entre las poblaciones locales y los cartagineses, frente a un régimen de conquista introducido por los romanos, dieron lugar a una serie de revueltas, algunas de ellas una simple mención en los registros históricos, y una pacificación incompleta en particular de las tribus del interior, con acciones continuadas, consideradas como simple bandolerismo por los romanos.

De esta forma, el geógrafo Estrabón nos brinda dos testimonios acerca de dicha práctica:

La mayor parte de Cerdeña es rocosa y no está pacificada, aunque tiene una parte muy extensa de su territorio propicia para el cultivo de todo tipo de productos, en especial de cereales. Cuenta con numerosas poblaciones: dignas de mención son Caralis y Sulci. La excelencia de estos lugares, empero, se ve contrarrestada por un inconveniente, y es que la isla resulta malsana durante el verano, sobre todo en las zonas más fértiles. Además, estas mismas sufren continuamente el saqueo de los habitantes de las montañas, conocidos hoy como diagesbeos, aunque en el pasado se llamaban yolaeos (Estrabón, Geografía, 5, 2, 7).

Figura 49. Mapa de la isla Sardinia, del Atlas of Ancient and Classical Geography de Samuel Butler (1907) (Wikimedia Commons).

Y:

Los pueblos de la montaña se dividen en cuatro: páratos, sosínatos,

bálaros y acónitas. Viven en cuevas y, aunque disponen de algunas tierras cultivables, no se ocupan de su cultivo, sino que se dedican al pillaje de las de otras poblaciones agrícolas, unas veces las de la misma isla, otras, haciéndose a la mar, las del continente, en particular las de Pisa. Los generales allí destacados hacen frente a algunas de estas acciones, pero, en otras, rehúsan responder, ya que no obtienen ningún provecho en mantener un ejército permanentemente destacado en lugares insalubres. En estos casos, se limitan a hacer uso de alguna estratagema: por ejemplo, tras haber observado cierto comportamiento de los bárbaros (así, después de cada rapiña, celebran una gran fiesta comunal durante muchos días), les atacan y capturan a un gran número (Estrabón, Geografía, 5, 2, 7).

Uno de los levantamientos más importantes aconteció en los años 177-175 a. C., protagonizado por las tribus sardas de los ilienses y los bálaros, contra las cuales el Senado envió al cónsul Tiberio Sempronio Graco, padre de los dos famosos tribunos de la plebe, al mando de dos legiones. Este protagonizó dos campañas «despiadadas», con el resultado, en palabras de Tito Livio, de que «fueron muertos o hechos prisioneros más de ochenta mil enemigos». Por ello obtuvo los honores del triunfo (el segundo de su carrera). Lo interesante es que se le concedió una flota de diez quinquerremes, quizás para contrarrestar cualquier acción de piratería, según A. Mastino.

Los prisioneros sardos inundaron los mercados de esclavos después de la victoria de Graco, de tal manera que el proverbio Sardi venales («sardos baratos») se convirtió en una expresión latina común para indicar cualquier cosa barata e inútil, como señaló Tito Livio. Otro proverbio, este procedente de Cicerón, «Dos sardos en venta, uno peor que otro», parece aludir a que los sardos capturados en esta campaña aparecían a la venta con mala salud.

El último gran levantamiento tuvo lugar a finales del siglo

ii

a. C., al que tradicionalmente se le otorga una cronología de los

años 115-111 a. C., que fue reprimido por Marco Cecilio Metelo (cos. 115 a. C.), quien pudo derrotar a los ejércitos de la costa y las tierras altas de Cerdeña; la situación debió de ser lo suficientemente grave para continuar como procónsul hasta el año 111 a. C. Se le permitió el honor de celebrar un triunfo, el último registrado contra los sardos. A partir de entonces, los sardos que vivían en las zonas costeras y las tierras bajas dejaron definitivamente de rebelarse, pero las poblaciones de las tierras altas continuaron alzándose de vez en cuando, llegando a ser conocidas como civitates Barbariae.

En general, Córcega y Cerdeña se convirtieron en ganancias triviales en comparación con los territorios orientales. Los romanos consideraban que tanto las islas como su población se encontraban atrasadas, y además no gozaban de buena salud, probablemente debido a la prolongada presencia del paludismo. Estrabón, a este respecto, ofrece una espléndida descripción de Córcega:

La isla de Córcega es conocida entre los romanos como Córsica. Cuenta con escasos medios de vida, tanto por la dureza de su suelo como por ser totalmente intransitable en su mayor parte, hasta el punto de que los que habitan las montañas y viven de las rapiñas son más salvajes que las fieras. Ciertamente, cada vez que los generales romanos lanzan un ataque sobre ellos y, tras hacer caer sus defensas, se hacen con un gran número de esclavos, es posible ver, y admirar, en Roma cómo se hace visible en ellos su fiereza y comportamiento animal, pues, o no soportan seguir vivos o, si siguen vivos, con su apatía e indolencia desesperan a los que los han comprado, de tal manera que, independientemente de la suma que hayan pagado por ellos, a pesar de todo, se arrepienten de haberlo hecho (Estrabón, Geografía, 5, 2, 7).

Si los esclavos corsos podían sacar de quicio a sus dueños, los esclavos sardos no se quedaban atrás, pues adquirieron una reputación infame por ser poco fiables y matar a sus dueños si tenían la oportunidad.

Muchos de los estereotipos negativos fueron alimentados por la

hostilidad profundamente arraigada de los sardos hacia Roma y sus frecuentes revueltas. Estrabón, como hemos visto, mencionó que las poblaciones que residían en las montañas todavía no estaban completamente apaciguadas durante su tiempo y que, eventualmente, recurrieron a vivir del pillaje, saqueando otras comunidades de la misma isla y navegando con sus barcos para asaltar las costas de Etruria; en particular, a menudo cometían actos de piratería en la ciudad de Pisa. Por desgracia, esta noticia no presenta una fecha clara, de tal manera que incluso algunos autores la han atribuido al periodo anterior al dominio romano de la isla.

Precisamente, debido a esta última aseveración, diversos investigadores han considerado que muchas de las campañas emprendidas por los romanos contra los habitantes de ambas islas no iban dirigidas contra las poblaciones del interior, sino contra grupos que practicaban la piratería. De hecho, parece ser que en el año 6 d. C. hubo una importante operación antipirata en las costas de Cerdeña, pero únicamente conocemos su existencia. La falta de noticias no permite saber el alcance de los piratas que debieron de operar en estas islas.

LA CONQUISTA DE LA GALIA TRANSALPINA

Como hemos visto, los conflictos contra los ligures obedecían, entre otras causas, a la lucha contra la piratería y a proteger la conexión terrestre con los territorios romanos en Hispania. Asimismo, hemos podido observar que la ciudad de Massalia jugó un importante papel en estos eventos.

Massalia fue fundada por colonos foceos alrededor del año 600 a. C., en la desembocadura del río Ródano. A partir del siglo

v

a. C., la ciudad se convirtió en uno de los principales puertos marítimos del Mediterráneo occidental. Rápidamente, se plantaron vides y olivos para desarrollar la producción local de vino y aceite y

fomentar su exportación, de la que se obtuvieron importantes beneficios.

Focea se convirtió en la «metrópolis» (ciudad madre) de la colonización griega en la región, pues a partir de ella se fundaron otros establecimientos, entre ellos el de Emporion (Empúries) en la península ibérica. Massalia pasó a ser la principal ciudad griega de la zona y, al parecer, se hizo cargo de las demás colonias foceas establecidas en la costa, al igual que lo hizo Cartago con las colonias fenicias. El final del siglo

vi

a. C. y el siglo

v

a. C. marcan el éxito de la expansión de Massalia por la costa y en la campiña circundante, ya que su territorio parece extenderse desde la circunferencia de la laguna de Berre hasta el delta del Ródano, con la creación de plazas fuertes como Theline (Arlés) y Aouen(n)ion (Aviñón). Gracias a Massalia, los galos asentados en la actual Provenza accedieron a la economía monetaria y elaboraron la escritura galogriega, adaptación del alfabeto griego a la escritura gala.

Massalia pudo desafiar la dominación de fenicios y etruscos sobre las rutas marítimas y comerciales, lo que llevó a un continuo enfrentamiento. Si, en el siglo

v

a. C., Massalia conoce una gran prosperidad gracias a las derrotas de sus enemigos, los siglos iv y iii a. C. muestran cierto decaimiento de la ciudad, debido al expansionismo cartaginés. Asimismo, su comercio con el interior de la Galia se ve amenazado por diversos movimientos de población: por ejemplo, en el Languedoc hicieron su aparición los volcos arecómicos, con capital en Nemauso (Nimes), y los volcos tectosages, con capital en Tolosa (Toulouse). Asimismo, en la baja Provenza se crea la federación de los saluvios, una unión de grupos tanto celtas como ligures que buscaba,

precisamente, hacer frente al expansionismo massaliota. En la costa, los piratas ligures obligaron, al mismo tiempo, a la ciudad griega a reforzar constantemente la protección de sus líneas comerciales marítimas mediante la creación de puestos de defensa. La situación así creada obligará a Massalia a pedir protección y ayuda a Roma, que se va convirtiendo en la potencia hegemónica del Mediterráneo occidental.

Las relaciones entre ambas ciudades venían de lejos. Según Justino, alrededor del año 390 a. C. los massaliotas ofrecieron oro y plata para pagar el rescate de la Roma ocupada por los galos del casi mítico Breno. A cambio, los romanos:

Por este servicio se decretó para ellos la inmunidad, se les asignó un sitio entre los senadores para contemplar los espectáculos y se selló con ellos un pacto en condiciones de igualdad (Justino, Epítome de las historias filípicas de Trogo Pompeyo, 43, 5, 10).

Si bien extrañamente Massalia no se menciona en la primera guerra púnica (264-241 a. c.), durante la segunda (218-201 a. C.) los massaliotas advirtieron a los romanos de los preparativos de Aníbal Barca para invadir Italia y posteriormente de los de su hermano Asdrúbal Barca. Asimismo, contribuyeron al esfuerzo bélico en, al menos, un enfrentamiento, la victoria conseguida en la batalla del Ebro (217 a. C.).

La ayuda prestada por Massalia no pudo servir sino para fortalecer sus buenas relaciones con Roma. De hecho, en el año 197/196 a. C., una embajada massaliota introdujo en el Senado una delegación de la ciudad minorasiática de Lámpsaco y, en el año 130 a. C., Massalia intervino a favor de Focea, su antigua metrópolis. Más importantes fueron los dos llamamientos que comprometieron a Roma a realizar expediciones militares.

En un principio, ya hemos visto que, en el año 181 a. C., los massaliotas se quejaron de la actividad de los piratas ligures. A veces se ha querido ver en este llamamiento el primer síntoma de

una debilidad de la ciudad gala que no haría sino incrementarse. De hecho, Liguria era provincia consular romana desde hacía siete años, lo cual excluía la posibilidad de una intervención unilateral en este territorio por parte de Massalia.

Pero más difícil de defender es el hecho de que, en el año 155 a. C., los ligures oxibios y los deciates asediaron las factorías massaliotas de Nicea (Niza) y Antípolis (Antibes), por lo que Massalia pidió la intervención de Roma. Una embajada romana de mediación fue rechazada por ambas tribus ligures, literalmente, hasta el mar. Los romanos reaccionaron enviando al cónsul Quinto Opimio con un ejército, con el cual derrotó de manera sucesiva a ambos pueblos. Tras la victoria, Opimio «entregó inmediatamente a los massaliotas cuantos territorios le pareció bueno concederles y, para el futuro, obligó a los ligures a enviarles rehenes». Debemos destacar que, durante el siglo

ii

a. C., Massalia construyó una nueva muralla, pero desconocemos si ello obedeció a la existencia de un sentimiento de peligro acuciante o a una operación de prestigio.

Tanto en la intervención del año 181 a. C. como en la del año 154 a. C., en las que los romanos no obtuvieron ganancia territorial alguna, la actuación del Senado no tuvo como único objetivo apoyar a un aliado, sino sobre todo asegurar el libre tránsito de una ruta vital para los romanos. A partir de la creación de las provincias de Hispania (que desde el año 197 a. C. se dividió en citerior, capital Tarraco [Tarragona], y ulterior, capital Córduba [Córdoba]), las rutas marítimas y terrestres, cuya importancia había sido revelada por las expediciones púnicas, interesaban a Roma más directamente aún. Los ataques de que fueron víctimas dos magistrados que se dirigían a Hispania revelan la inseguridad de la ruta entre Italia y el dominio de Massalia.

De esta forma, Lucio Bebio Dives (pr. 189 a. C.), que había sido nombrado gobernador de la Hispania ulterior, se dirigió a su destino con un pequeño ejército por tierra, pero cayó en una emboscada mientras cruzaba Liguria. Bebió, herido, perdió gran parte de sus tropas y se refugió en Massalia con una débil escolta.

Murió allí tres días después. Los massaliotas enviaron una embajada para informar al Senado.

Más tarde, Numerio Fabio Buteón (pr. 173 a. C.), gobernador de la Hispania citerior, murió en Massalia cuando se dirigía a su provincia, noticia conocida por el Senado de nuevo gracias a unos embajadores massaliotas. Para St. Tramonti, todo esto es indicio de la debilidad de Massalia desde al menos inicios del siglo

ii

a. C., en que los massaliotas no podían patrullar más allá de su reducto de Nicea. Esto explicaría la afirmación antes señalada de Plutarco de que los piratas ligures alcanzaran el estrecho de Gibraltar.

En el año 125 a. C., los saluvios atacaron a los massaliotas, que nuevamente pidieron la intervención de Roma. Aunque esta vez las cosas cambiaron: los romanos llegaron para quedarse. El Senado envió, en ayuda de Massalia, al cónsul Marco Fulvio Flaco, cuya expedición no siguió la vía marítima por primera vez, sino que cruzó los Alpes, cogiendo al enemigo por la retaguardia. Flaco luchó contra los ligures, voconcios y saluvios, y celebró el triunfo correspondiente en el año 123 a. C.

Para este último año, el procónsul Cayo Sextio Calvino (cos. 124 a. C.) continuó con la campaña militar, en la que destacó la destrucción de la capital de los saluvios, el oppidum de Entremont, a poca distancia de donde Sextio establecerá en el año 122 a. C. la primera guarnición romana de la Galia transalpina («la Galia más allá de los Alpes»), Aquae Sextiae (Aix-en-Provence). Como no, también Sextio recibió los honores del triunfo. Estrabón resume de esta manera su actuación, en especial la concesión de una franja costera a los massaliotas:

Sextio, por ejemplo, el vencedor de los salios [saluvios], tras fundar no muy lejos de Massalia una ciudad que lleva su nombre y el de las aguas termales (que ahora dicen que se han vuelto un tanto frías), estableció en ella una guarnición romana y logró expulsar a los

bárbaros del litoral que va de Massalia a Italia, ayudando así a los massaliotas que no habían podido rechazarlos por completo. A decir verdad, solo pudo alejar del mar a los bárbaros unos doce estadios en las zonas de buenos puertos, y no más de ocho por la parte de los acantilados. Entregó a los massaliotas el terreno por ellos cedido (Estrabón, Geografía, 4, 1, 5).

Los cónsules Cneo Domicio Enobarbo (cos. 122 a. C.) y Quinto Fabio Máximo (cos. 121 a. C.), en dos campañas mal conocidas, debido a importantes divergencias en las fuentes, derrotaron a los arvernos (finalizando de este modo la denominada «hegemonía» arverna en la Galia) y a los alóbroges respectivamente, obteniendo ambos magistrados los honores del triunfo. La construcción de la Vía Domitia y la fundación de una colonia en Narbo (Narbona) (118 a. C.) afianzaron el dominio romano en el área.

Figura 50. Excavaciones del oppidum de Entremont (Wikimedia Commons).

El territorio anexionado por los romanos se llamará Galia transalpina (aunque se constituirá como provincia años más tarde). Massalia obtendrá una importante ampliación territorial, pero se convierte en un enclave libre dentro de un espacio controlado por Roma. La influencia massaliota en la Galia se irá diluyendo en favor de los romanos. La toma de la ciudad por Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) en el año 49 a. C., en el marco de la segunda guerra civil romana (49-45 a. C.), al haberse alineado con los partidarios del Senado, ocasionó que Massalia perdiera la casi totalidad de su «imperio», y se viera reducida a un pequeño territorio alrededor de su núcleo urbano. Los escritores antiguos ya señalaron que César dejó a la ciudad su vida y su libertad, pero se quedó con todo el resto.

No podemos juzgar qué papel (si es que tuvo alguno) jugó la piratería en la conquista romana de la Galia transalpina. Parece evidente que Massalia no estaba precisamente en su mejor momento a finales del siglo

a. C. Sin duda, en el golfo de León se practicó esta actividad: Estrabón menciona que en las islas de Hyères, frente a la actual ciudad de Cannes, los massaliotas construyeron una fortificación para prevenir la piratería; por desgracia, no se indica en qué momento histórico se produjo, pero es una evidencia de la existencia de esta práctica. Las pocas noticias existentes acerca de Occidente no permiten obtener un cuadro adecuado para conocer esta actividad.

LA CONQUISTA DE LAS ISLAS BALEARES

En el año 123 a. C., uno de los cónsules, Quinto Cecilio Metelo, probablemente gobernador de la provincia de Hispania citerior, efectuó una campaña victoriosa en las islas Baleares y celebró un triunfo a su regreso a Roma en el año 121 a. C., obteniendo el año siguiente la censura, el culmen de su carrera. Por ello, es de suponer

qué guerra transcurrió durante los años 123-121 a. C., aunque hay estudiosos que limitan esta última fecha al año 122 a. C. Su conquista de las islas incluso le valió el agnomen de «Baleárico». Este territorio era ya conocido por su familia porque años atrás el padre del Metelo (Quinto Cecilio Metelo «Macedónico» [cos. 143 a. C.]) había servido en la Hispania citerior como cónsul. Además, es muy posible que nuestro protagonista hubiera estado presente en el territorio en aquellas campañas acompañando a su padre. De esta manera, el conocimiento del terreno por parte de Metelo y la presencia de clientelas de su familia en dicha provincia es un hecho que podemos considerar muy probable.

Antes de entrar en materia, hay que hacer una serie de precisiones de carácter geográfico. En la Antigüedad, las actuales islas Baleares se dividían en dos grupos. Las Pitiusas o «islas de pinos» eran Ibiza (de aibschm, que en fenicio significa también «isla de pinos») y Formentera, y las Gimnesias (nombre griego que proviene de gymnós, «desnudos», por mostrarse así sus habitantes): Mallorca y Menorca, llamadas en lengua latina e indígena Baliarides, de donde ha derivado las actuales Baleares. Es este último grupo el que conquistó Metelo, ya que las Pitiusas estaban habitadas por gentes descendientes de fenicios, de tal manera que Ebuso (Ibiza) era una ciudad federada, aliada de Roma, un centro comercial de importancia. Por el contrario, los nativos de las Baleares se encontraban en la fase cultural denominada «postalayótica» (o «talayótica final»). Podemos pues constatar así la existencia de dos mundos diferentes en el archipiélago actual.

Sobre la conquista de las Baleares, como señala el Epitomador de Tito Livio:

Además, [en este libro se] incluyen las campañas llevadas a cabo por el cónsul Quinto Metelo contra las Baleares, a quienes los griegos llaman Gimnesias porque se pasan [sus habitantes] el verano desnudos. Las Baleares recibieron su nombre del lanzamiento de proyectiles o de Balio, compañero de Hércules abandonado allí cuando Hércules navegaba al encuentro de Gerión (Tito Livio, Periocas, 60, 9-10).

El detalle crucial que omite el Epitomador de Tito Livio es el motivo de la conquista de las islas por parte de Mete-lo. Afortunadamente, esto es suministrado por otras fuentes. Orosio da un breve aviso:

En esta misma época, Metelo sometió en una expedición militar a las islas Baleares y eliminó, ejecutando a gran cantidad de sus habitantes, los ataques de piratas que entonces tenían su campo de operaciones en aquellas islas (Orosio, Historias, 5, 13, 1).

Este relato se complementa además con Floro (que, como Orosio, deriva su narración de Tito Livio):

Dado que la casa de Metelo Macedónico se había acostumbrado a lograr sobrenombres de las guerras, puesto que uno de sus hijos se había convertido en Crético, no faltó mucho tiempo para que el otro recibiera el nombre de Baleárico. Por esta época, los habitantes de las islas Baleares infestaban los mares con una violencia propia de piratas. Uno se hubiera extrañado de que estos hombres salvajes y que habitaban en los bosques se atreviesen a contemplar alguna vez el mar desde sus rocas. Subían a sus rústicas embarcaciones y aterrorizaban súbitamente con su inesperado ataque a los navegantes que cruzaban sus costas. Al vislumbrar la escuadra romana que se aproximaba por el horizonte, considerando el botín, osaron también salirle al encuentro y en el primer ataque cubrieron la flota con una nube de piedras y rocas. Cada uno combate con tres hondas. ¿Quién puede sorprenderse de que los golpes sean certeros cuando estas son las únicas armas para esta gente, ese su único entretenimiento desde la niñez? El niño no recibe alimento de su madre a no ser el que ha derribado tras señalárselo ella. Sin embargo, no aterrorizaron con su lanzamiento de piedras durante largo tiempo a los romanos: una vez que se llegó al enfrentamiento directo y experimentaron el envite de nuestras proas y lanzas, como ovejas huyeron en busca del litoral con estentóreo griterío y,

dispersándose por las alturas próximas, hubo que buscarlos para vencerlos (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 43, 1-6).

Dejando de lado el hecho de que Quinto Cecilio Metelo «Crético» (cos. 69 a. C.) era nieto y no hijo de Quinto Cecilio Metelo «Macedónico» (cos. 143 a. C.), Floro ilustra que la piratería que infestaba las costas de las islas Baleares era responsabilidad de los indígenas, que utilizaban toscas naves y utilizaban como arma preferente sus hondas, en cuyo mane-jo eran unos maestros.

Estrabón da una versión ligeramente diferente de los hechos en su Geografía. Vale la pena reproducir una gran parte de la descripción que efectúa sobre las islas y sobre su conquista por los romanos:

De las islas próximas a Iberia, las dos Pitiusas y las dos Gimnesias están frente al litoral comprendido entre Tarraco y el Sucro, en el que se alza Sagunto. Las más alejadas de la costa son las Pitiusas, situadas al occidente de las Gimnesias. De ellas, una recibe el nombre de Ebuso y tiene una ciudad del mismo nombre… La otra, Ofiusa, deshabitada y mucho más pequeña que la anterior, se encuentra cerca de ella. De las Gimnesias, la mayor tiene dos ciudades, Palma y Pollentia, una al este, Pollentia, y la otra al oeste […]. Debido a la fertilidad de los lugares, viven en paz sus habitantes, lo mismo que los de Ebuso; pero en una ocasión en que unos cuantos malhechores hicieron causa común con los piratas del mar, cobraron mala fama todos y tuvo que hacer una expedición naval contra ellos Metelo, el apodado Baleárico, que fue también el que fundó las ciudades (Estrabón, Geografía, 3, 5, 1).

Continúa la descripción de Estrabón:

Como, a causa de su misma fertilidad, son objeto de asechanzas, tienen fama, a pesar de ser pacíficos, de ser los mejores honderos, y

según dicen se ejercitaron en esta práctica sobre todo a partir de que los fenicios ocuparan las islas. También se dice que fueron estos los primeros que vistieron a sus gentes con túnicas de bandas anchas; pero iban al combate sin ceñirse, llevando al brazo un escudo de piel de cabra y un venablo endurecido al fuego, raramente provisto también de una pequeña punta de hierro. Llevan alrededor de la cabeza tres hondas hechas, bien de meláncranis [una especie de junco con el que se trenzan las cuerdas….], bien de crines o de nervios, una larga para los lanzamientos a gran distancia, otra corta para los tiros a corta distancia y otra mediana para los medianos. Se ejercitaban desde niños con las hondas de tal modo que ni pan se les daba si no le acertaban con la honda. Por eso precisamente Metelo, cuando se acercaba a las islas por mar, extendía pieles sobre las cubiertas como protección contra las hondas. Introdujo como colonos tres mil romanos procedentes de Iberia (Estrabón, Geografía, 3, 5, 1).

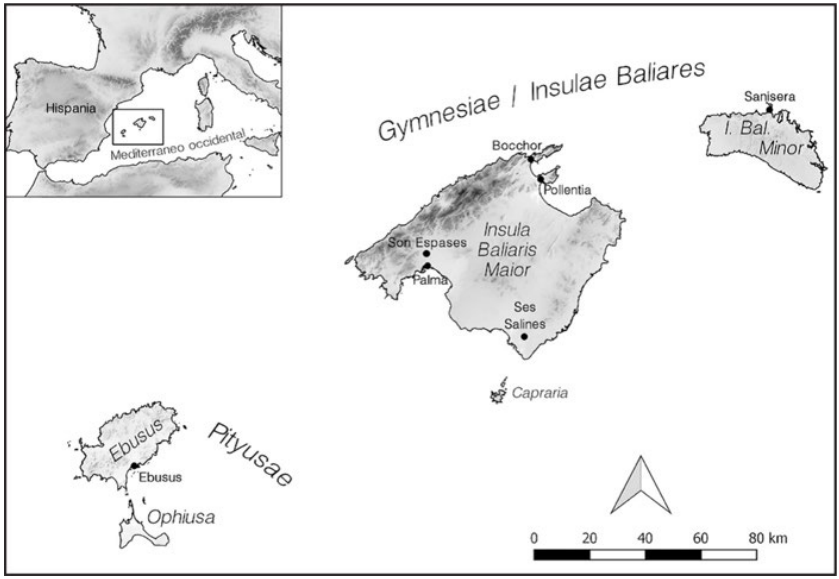

Figura 51. Mapa de las islas Insulae Baliares y Pityusae (según B. Vallori Márquez, «El bellum Balearicum (123 a. C.) […]», pág. 72).

Como puede observarse por los textos anteriormente reproducidos, la causa de la conquista romana de las Baleares fue la piratería. En su estudio clásico, M. G. Morgan ha tratado de explicar este hecho en términos de un repentino estallido de la actividad de la piratería en las islas, provocado por la expulsión por los romanos de «los piratas de alta mar» de sus bases en Cerdeña y la Galia transalpina (ya hemos hablado de la actividad romana en este momento), y proseguir con su ocupación en las islas Baleares. La decisión de los romanos de enviar un cónsul para eliminar este peligro se explicará por la presión (¡cómo no!) de la ciudad de Massalia, el mayor puerto comercial de la zona. Seguramente, Ebuso también saldría beneficiada de esta operación anti-pirática, aunque hay autores que consideran que esta ciudad estaría involucrada de una manera u otra en esta actividad ilícita.

M. G. Morgan pretendía de esta forma absolver a los habitantes de las islas Baleares del delito de la piratería y veía la campaña de Metelo como una continuación de los esfuerzos romanos para expulsar a los piratas a lo largo de la ruta de Italia a Hispania, un objetivo por el cual estos habían luchado durante todo el siglo

ii

a. C. Ciertamente, esto es posible, pero, como indica Ph. De Souza, no existe evidencia clara de que ningún pirata haya sido expulsado de estas áreas en este momento. Además, un pasaje de Diodoro Sículo sobre estas islas indicó que los piratas habían estado activos allí durante algún tiempo (aunque estos podían ser locales que luchaban contra otros grupos en la misma isla). El testimonio de Floro también va en el mismo sentido.

Por su parte, Estrabón parece estar seguro de que solo unos pocos isleños estaban involucrados en actividades piráticas. Esto puede ser cierto, pero de ello no se puede deducir que los piratas que tenían como base las islas Baleares fuesen recién llegados de la costa sur de la Galia, o de cualquier otro lado. Además, ante todo, Estrabón lo que pretendía en su texto era ilustrar su teoría de que la piratería

era un fenómeno producto de las tierras pobres.

La piratería ya era un problema mucho antes del siglo

ii

a. C. Era un tipo de piratería simple contra los barcos que navegaban cerca de la costa o buscaban refugio, siendo atacados desde la costa o desde pequeñas embarcaciones. Sin embargo, el siglo

ii

a. C. vio un aumento de dicha actividad en el Mediterráneo occidental. Parece ser que en las islas Baleares el bandidaje marítimo puede haber reemplazado al mercenariado tradicional como actividad vital para los individuos con pocos recursos; un sector que, por cierto, era más grande o más pobre que antes debido a la mayor jerarquización de la sociedad. La abundancia de calas y escondites a lo largo de sus costas, aptos para pequeñas embarcaciones, y una ubicación a corta distancia de dos importantes rutas comerciales del Mediterráneo occidental predispusieron a los habitantes a actividades de saqueo.

Sea como fuere, la piratería no era nueva en las islas Baleares. Por ello, hay que preguntarse por qué ahora y no en otro momento se decide una intervención militar. La respuesta ha de encontrarse en la dinámica imperial romana general del Mediterráneo occidental. Acabada la tercera guerra púnica (149-146 a. C.), Roma busca consolidar su dominio en Occidente, como queda patente con la guerra numantina (154-133 a. C.). Se emprendieron una serie de campañas militares que responden a una estrategia de afianzamiento de las rutas entre Italia e Hispania en un momento en que se estaba poniendo en explotación este último territorio: Cerdeña (126-122 a. C.), la Galia transalpina (125-120 a. C.) y las Baleares (123-121 a. C.). Como ya hemos mencionado, en esta época el comercio marítimo se intensificó notablemente, como manifiestan los pecios de barcos, por lo que no es de extrañar que, a su vez, la piratería se acentuara.

Como en el caso de la isla de Creta, la ubicación de las Baleares era

perfecta para que se estableciera un Estado que volviera a practicar la piratería. Así, estas fueron tomadas de manera definitiva por los sarracenos en 903 d. C. y se convirtieron en el refugio de piratas que eran atraídos allí desde todas las costas circundantes. Con la disolución del califato de Córdoba, apareció la primera taifa de Mallorca o taifa de Baleares (1076-1116 d. C.), que se dedicaba a interceptar todo el comercio cristiano de la zona. Tal fue así que, en 1114 d. C., los catalanes y los pisanos participaron en una cruzada contra estas islas, promovida por el papa Pascual II (1099-1118 d. C.); pero no fue hasta Jaime I, rey de Aragón y conde de Barcelona (1213-1276 d. C.), que estas fueron conquistadas y anexionadas entre los años 1229 y 1235 d. C., consiguiendo así que los mercantes catalanes pudieran surcar el mar sin peligro.

LA CONQUISTA

La conquista de las Baleares parece ser que fue bastante rápida. Aunque tradicionalmente se considera que los romanos no tuvieron muchas dificultades, lo cierto es que los lugareños se resistieron, ya que rechazaron en primera instancia a la flota romana (en una táctica parecida a la empleada con las naves del cartaginés Magón Barca en el año 205 a. C.). Los baleáricos utilizaban sus hondas desde lo alto de sus acantilados o desde sus barcos, a veces incluso desde simples balsas, que permitían debilitar a sus enemigos antes de acercarse a ellos. En cualquier caso, tras desembarcar el ejército romano, este tuvo que atravesar las islas para vencerlos, en una operación que ha de suponerse parecida a una guerra de guerrillas. Sea como fuere, sus métodos fueron sorprendentemente efectivos. Floro describe a los nativos que huyen de los romanos, «como ganado bramando», y menciona una operación prolongada de búsqueda y destrucción entre las montañas.

B. Vallori Márquez considera que las fuerzas de Metelo estaban formadas por una sola legión, a partir del cálculo de A. Richardson sobre la capacidad del campamento romano de Son Espases (Palma), composición que era más bien común en pequeñas campañas a lo largo del siglo

a. C., aunque también contempla la posibilidad de que utilizara dos legiones. Por nuestra parte, consideramos que Metelo, como cónsul que era, llevará al menos dos legiones, con sus respectivos auxiliares. Lo más lógico, pensamos, es que establecería un campamento en Palma y otro en Pollentia, es decir, uno al norte y otro al sur de la isla de Mallorca.

En apoyo de una estrategia guerrillera, se han identificado puestos militares menores, como fuertes, que datan de la época de la conquista. Los campamentos de Sanisera en la costa norte de Menorca (Sanitja, Mercadal) y Les Salines en la zona sur de Mallorca (donde había previamente un asentamiento posalayótico) habrían dado soporte estratégico al grueso del ejército romano que se quedó en campamentos como el de Son Espases, y posiblemente también en su equivalente en Pollentia.

La eficacia de esta agresiva acción romana, y de la posterior guarnición de Mallorca, parece avalada por el hecho de que no volvamos a tener más noticias sobre la práctica de la piratería en las aguas de estas islas tras la conquista de Mete-lo. Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.) situó allí a uno de sus legados durante la campaña del año 67 a. C. (vid. infra), pero no hay indicios de acción alguna.

Un efecto secundario de la conquista fue que, desde entonces, los honderos se encontraron disponibles como auxiliares para el ejército romano, como lo demuestra su participación en la guerra de Yugurta (112-105 a. C.) y la guerra de las Galias (58-51/50 a. C.). Estos fueron probablemente reclutados a través de pequeños campamentos romanos como el de Sanisera, que siguió en funcionamiento hasta el año 45 a. C., aproximadamente (o quizás un poco más tarde, hasta la década de los años 30 a. C.), y que derivó en la civitas del mismo nombre.

Los autores clásicos no mencionan el papel de los asentamientos locales prorromanos, pero se puede suponer que hubo una colaboración por parte de la localidad de Bocchor (El Pedret de Bóquer, Port de Pollença, Mallorca, que curiosamente ha heredado el nombre de la colonia romana anteriormente mencionada). Es de

suponer que comunidades con cierta actividad comercial se verían perjudicadas por la acción de la piratería, por lo que cooperarían con los romanos. Seguramente, este fue el caso de Ebuso, que se encontraba en buenas relaciones con Roma.

Como en otros lugares del Mediterráneo, no tenemos que pensar que los habitantes de las Baleares, de manera monolítica, se enfrentaron a los romanos. Como ha mostrado, por ejemplo, el Edicto del Bierzo (también denominado Bronce de Bembibre), un edicto del emperador Augusto efectuado en el año 15 a. C. donde se otorgaba inmunidad fiscal perpetua a los astures susarros por su fidelidad durante las guerras cántabras (29-19 a. C.), diversos grupos indígenas apoyaron la conquista romana por motivos para nosotros desconocidos.

En el caso presente, conocemos que la población de Bocchor tuvo el estatuto de comunidad federada, un calificación jurídica muy rara en Hispania (se considera que la mayor parte de pueblos federados se convirtieron con el tiempo en colonias o municipios), que también tuvo Ebuso. Si bien la historiografía considera que tal condición fue otorgada a Bocchor durante la segunda guerra púnica (218-201 a. C.), por su apoyo a la causa romana durante el conflicto, nosotros más bien consideramos que tal condición habría sido concedida por Metelo durante la conquista de las islas Baleares. Quizás no es baladí que se encuentre cerca de la colonia de Pollentia, a la que pudo asistir en sus inicios.

PALMA Y POLLENTIA

Estrabón menciona, asimismo, el hecho de que Metelo asentó a tres mil «romanos» (probablemente, veteranos) de Hispania en las islas. Formaron dos asentamientos en la isla de Mallorca, Palma (barrio de la Almudaina, Palma de Mallorca) y Pollentia (Alcudia). Sin embargo, el registro arqueológico no aclara ni cuándo ni dónde se asentaron estos colonos.

En Palma y Pollentia no se han registrado edificios romanos ni

capas de ocupación correspondientes a las décadas posteriores al momento de la conquista. H. B. Mattingly sugirió que Metelo en realidad estableció castella («fortines»), que serían refundados más tarde como ciudades, posiblemente en el contexto de la guerra sertoriana (82-72 a. C.), y que fue Quinto Cecilio Metelo Pío (cos. 81 a. C.), el gobernador de la Hispania ulterior que luchaba contra Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.), quien en realidad transportó a los colonos a la isla. En un primer momento, los hallazgos arqueológicos han reforzado esta teoría. La datación revisada de la cerámica de barniz negro (campaniense) en Pollentia confirmó que los primeros edificios romanos datarían de los años 80 al 50 a. C., mientras que los primeros edificios del foro, como la ínsula 1, se construyeron entre los años 75 y 50 a. C. Asimismo, las estructuras más antiguas excavadas en Palma (área del foro) se fechaban en la década de los años 40 a. C.

De esta forma, el crecimiento urbano en ambas ciudades se produjo al menos en el segundo cuarto o a mediados del siglo

i

a. C., pero sigue siendo ambiguo lo que sucedió en décadas anteriores. Se ha argumentado que el campamento de Son Espases, cuatro kilómetros tierra adentro, fue la Palma inicial, y que a su abandono a mediados del siglo

i

a. C. siguió la refundación de la ciudad en la costa. Sin embargo, la ocupación del lugar entre los años 120/110 y 50 a. C. es todavía incierta y, sin tener continuidad, una fundación inicial de Palma en este mismo lugar no parece probable. En cualquier caso, tanto en Palma como en Pollentia se pueden encontrar indicios de actividad anteriores a los años 80-50 a. C. Incluso en Pollentia se han encontrado vestigios de un asentamiento talayótico preexistente.

Figura 52. Campamento militar romano de Son Espases (Wikimedia Commons).

En la actualidad, al menos desde un punto de vista teórico, se considera que Palma, al igual que Pollentia, habría sido fundada en un primer momento en el siglo

ii

a. C., probablemente como colonia de derecho latino, entre cuyos miembros podía haber ciudadanos romanos. Una hipótesis verosímil sería que los colonos provendrían del Piceno, una región con la que la familia de Metelo tenía fuertes vínculos, y que tomó el nombre de Palma por el ager Palmensis, del que el topónimo Torre di Palme (municipio de Fermo) puede ser un vestigio, y de Pollentia (Pollenza). Después de la guerra de los aliados (91-89/87 a. C.) o de la guerra sertoriana (82-72 a. C.), Palma habría pasado a ser municipio de derecho romano, tal y como indican las fuentes escritas, ya de época imperial. De hecho, una primera fundación en el siglo

ii

a. C., con poca incidencia sobre el territorio, y una refundación

como municipio de derecho romano a mediados del siglo

i

a. C. encajarían con la evidencia arqueológica. Las fuentes epigráficas indican que la mayor parte de los colonos pertenecían a la tribu Velina, como gran número las comunidades del Piceno.

Extrapolando los datos que se conocen de Pollentia, se piensa que en el lugar donde se fundó Palma pudo haber un asentamiento indígena, aunque tan solo es una hipótesis. Por otra parte, como ya se ha mencionado, en la zona de Son Espases se ha localizado un campamento romano con una primera ocupación del siglo

ii

a. C.; esto ha sido interpretado de modo que se trataría de un primer asentamiento militar previo a la fundación de la ciudad.

No obstante, las intervenciones arqueológicas que se han practicado en la ciudad solo permiten afirmar su existencia desde los tiempos de la guerra sertoriana. Posiblemente, nuevas excavaciones puedan resolver este enigma, como ha sucedido, por ejemplo, en Pompelo (Pamplona), donde finalmente se encontraron no solo los estratos fundacionales de la ciudad romana, sino que incluso se hallaron los restos de un poblado anterior.

Figura 53. Vista general de las ruinas de Pollentia (Wikimedia Commons).

Sea como fuere, los datos disponibles apuntan a que muchos asentamientos indígenas permanecieron habitados hasta el Alto Imperio, por lo que no se vieron afectados a corto y medio plazo en cuanto a su ocupación; sin embargo, algunos fueron abandonados, como Son Favar (siglo

ii

a. C.), Son Mari y Almallutx (siglo

i

a. C.). De hecho, los datos disponibles sugieren que los que continuaron en uso representan solo, aproximadamente, la mitad de los asentamientos ocupados en el periodo anterior

Capítulo IV

La piratería cilicia

En anteriores capítulos hemos tratado a diversos grupos étnicos que se dedicaron a la piratería: cretenses, ilirios, ligures, etc. Ahora es el turno de hablar de los cilicios, los piratas por excelencia durante la época tardorrepublicana, cuyas actividades llegaron a inquietar al Senado romano, poniendo incluso en peligro la estabilidad de la república.

CILICIA

La región de Cilicia, ubicada en la costa sur de Anatolia, era el punto nodal geopolítico estratégico que unía Asia Menor y Europa con el Levante y Mesopotamia. Su situación geográfica, situada en los confines del Mediterráneo oriental, le permitía gozar de cierta forma de independencia, o al menos de impunidad. Las zonas escarpadas de la costa cilicia permitían a sus habitantes esconderse y agazaparse, de tal forma que, en número suficiente, podían protegerse y ayudarse mutuamente. No es de extrañar que en este ambiente floreciera la piratería. Como señaló Apiano:

Excitados por el afán de lucro y resueltos a permanecer en su condición de piratas, se igualaron a los reyes, a los tiranos y a los grandes ejércitos, y juzgando que si todos se reunían en un cuerpo único serían invencibles, construyeron naves y toda clase de armas, sobre todo en aquella parte de Cilicia llamada Traquea, la cual habían elegido como base común para amarrar sus barcos y como campamento. Tenían, por todas partes, fuertes, riscos fortificados, islas desiertas y bases para sus naves, pero consideraban su

principal lugar de reunión la parte de la costa de Cilicia, que era abrupta y carecía de puertos y estaba erizada de altas montañas. Por lo cual, todos fueron llamados bajo el nombre común de cilicios. Tal vez comenzó esta calamidad de la piratería con los hombres de la Cilicia Traquea, a los que se unieron sirios, chipriotas, panfilios, pónticos y gentes de casi todos los pueblos orientales, los cuales, a causa del rigor y de la duración de la guerra de Mitrídates, prefirieron cometer fechorías a recibir daño y eligieron, para ello, el mar en vez de la tierra (Apiano, Mitridática, 92).

Así pues, como vemos, a los cilicios se «unieron sirios, chipriotas, panfilios, pónticos y gentes de casi todos los pueblos orientales». Bajo este prisma, la actividad de los habitantes de Cilicia hizo que el término «cilicio» se convirtiera en el equivalente al de «pirata». Por ello, muchas veces en las fuentes se hace mención de piratas cilicios en regiones tan lejanas de sus bases como Hispania, pero ello no quiere decir que procedieran del mediodía anatólico.

Su número llegó a sumar decenas de miles de individuos, lo que haría del mar un lugar sin ley, en el que las rutas marítimas se encontraban seriamente amenazadas, a veces incluso cortadas, lo que dificultaba, por no decir bloqueaba, el comercio. El mar Egeo y las costas de Asia Menor estaban infestadas de piratas, pero su influencia se extendía mucho más allá, hasta llegar al estrecho de Gibraltar.

Siguiendo con el testimonio de Apiano:

Por consiguiente, en un tiempo brevísimo fueron muchas decenas de miles de hombres, y no solo dominaron ya el mar oriental, sino todo el que se extiende hasta las columnas de Hércules. Vencieron a algunos pretores romanos en un combate naval y, entre ellos, sobre todo, al pretor de Sicilia en la misma costa siciliana. No se podía navegar por ningún mar y la tierra estaba falta de cultivo a causa de la interrupción del comercio. Y la ciudad de Roma era la que más sentía lo desastroso de la situación, pues sus súbditos estaban

exhaustos y ella misma sufría penosamente por el hambre en razón de su populosidad. Sin embargo, les parecía una tarea ingente y difícil acabar por completo con una cantidad tan grande de fuerzas navales repartidas en forma de círculo por la totalidad de la tierra y el mar, con una organización de estructura liviana para poder huir con facilidad, y que no tenían como base de operaciones ninguna patria o lugar definido ni había nada que pudieran considerar como algo particular o suyo propio, sino aquello que en cada momento les venía por azar a las manos (Apiano, Mitridática, 93).

Podemos observar cómo la piratería cilicia no solo domina el Mediterráneo oriental, sino que se expande al otro lado, al estrecho de Gibraltar (las columnas de Hércules). No conocemos las circunstancias de a qué pretores romanos vencieron los piratas, pero sí sus consecuencias: una escasez de los alimentos, en especial del trigo, que en la primera mitad del siglo

ii

a. C. procedía de tres provincias en concreto: Sardinia (Cerdeña más la isla de Córcega), Sicilia y África (grosso modo, el Estado de Túnez), esta última definida más de una vez como «el granero de Roma». La interrupción del comercio hacia la Urbs hacía inútil el cultivar los campos, ya que no se podía transportar hasta su destino: Roma, donde el hambre podía hacer estragos debido a la numerosa población existente en la ciudad. Esto quizás fue algo exagerado, pero que en última instancia hará que los romanos otorguen a Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.) un mando especial para acabar con la piratería en el Mediterráneo.

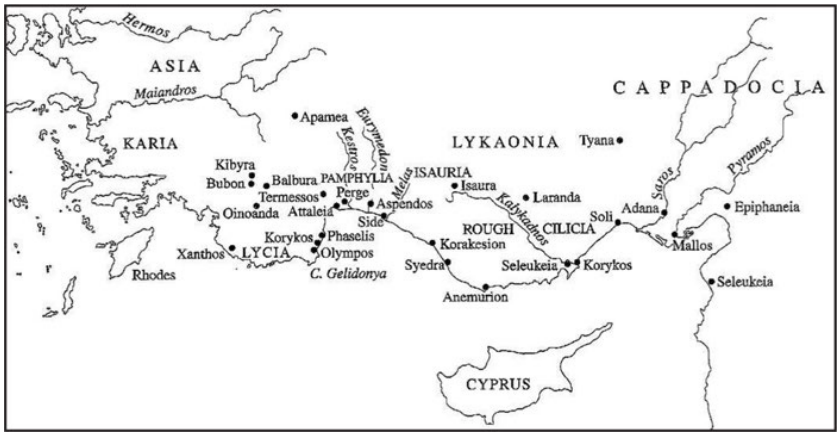

Figura 54. Anatolia meridional (según Ph. De Souza, 1999).

En la década de los años 70 a. C., la Cilicia Traquea y la Panfilia se convierten en la patria de los piratas, tal como describió Estrabón (vid. infra), que aterrorizarán a todos los habitantes de la cuenca mediterránea. Los orígenes de este fenómeno son oscuros debido a dos elementos principales: en primer lugar, la falta de fuentes contemporáneas para la segunda mitad del siglo

ii

a. C., en particular sobre acontecimientos ocurridos en el Mediterráneo oriental; en segundo lugar, la tendencia de fuentes posteriores a retratar el crecimiento de la piratería en esta región en términos moralistas, que simplificaron demasiado el fenómeno y distorsionaban su desarrollo.

El geógrafo Estrabón describió la región de Cilicia, situada en el sudeste de Anatolia, de la siguiente forma:

De la Cilicia transtáurica una parte se llama Traquea y la otra Pedias. La Traquea es la que tiene una franja costera estrecha y ninguna o escasas llanuras, y además se alza sobre ella el Tauro,

que está escasamente poblado hasta las laderas nórdicas que dan a Isauria y a los homonadeos hasta Pisidia. Esta región también se llama Traqueotis y sus habitantes, traqueotas. La Cilicia Pedias es la que se extiende desde Solos y Tarso hasta Iso y también hasta la zona tras la que se encuentran, en la vertiente norte del Tauro, los capadocios, pues la mayor parte de este país es muy rica en llanuras y tierra fértil […] (Estrabón, Geografía, 14, 5, 1).

Cilicia se extendía por la costa meridional de Anatolia desde Panfilia hasta el monte Amano (Giaour Dagh), que daba a Siria. En el norte de Cilicia se sitúan los montes Tauro, que la separan de la meseta central de Anatolia, comunicándose con esta a través de un estrecho desfiladero, llamado desde la Antigüedad las Puertas Cilicias (el paso Gülek). La antigua Cilicia se dividió entre Cilicia Traquea (o Cilicia Áspera) y Cilicia Pedias, separadas ambas por el río Lamo (Limonlu).

Sobre la Cilicia Traquea, el mismo autor nos señaló:

Luego, después de Córico, está la isla de Eleusa situada junto al continente. Arquelao la colonizó y la estableció como residencia real una vez que obtuvo toda la Cilicia Traquea, excepto Seleucia, de la misma manera que antes la había obtenido Amintas y antes aún Cleopatra. Pues, estando el lugar naturalmente dotado para la piratería tanto por tierra como por mar (por tierra dado el tamaño de las montañas y de las tribus que había detrás de ellas, que tenían llanuras y tierras de cultivo grandes y fáciles de saquear, y por mar debido a la riqueza en madera para la construcción naval y también en puertos, fortalezas y calas), consideraron con vistas a todo esto que era mejor que el lugar estuviera gobernado por reyes que por los legados romanos enviados para administrar justicia, que ni iban a estar allí siempre ni con una fuerza armada. Así pues, Arquelao recibió, además de Capadocia, la Cilicia Traquea. La frontera de esta la forman el río Lamo y la aldea homónima que está entre Solos y Eleusa (Estrabón, Geografía, 14, 5, 6).

La Cilicia Traquea («Cilicia montañosa»), al oeste, es la zona accidentada entre las estribaciones de los montes Tauro y la costa, con acantilados que sirvieron de refugio a los piratas. El distrito se encuentra irrigado por el río Calicadno; en la Antigüedad estaba cubierto por bosques que proveían de madera a Fenicia y Egipto. Esta parte de Cilicia careció de grandes ciudades.

En cuanto a la Cilicia Pedias («Cilicia llana»), al este, incluía parte de las estribaciones del Tauro y la amplia y rica llanura costera, regada por los ríos Cidno (Tarsos Çay), Saros (Seyhan Nehri) y Píramo (Ceyhan Nehri). El río Saros, que desemboca en la actualidad al sur de Tarso, en tiempos pretéritos se unía al río Píramo, para llegar al Mediterráneo al oeste de Kara-tash. A lo largo de la llanura de Iso discurría la vía que proseguía hacia Siria y en la que se encontraban las ciudades de Tarso (Tarso), Adana (Adana) y Mopsuestia (Misis).

Debido a su importancia como vía natural, Cilicia sufrió una constante presión por parte de los grandes imperios orientales. Después de la muerte del rey macedonio Alejandro Magno (356-323 a. C.), la zona fue durante mucho tiempo un campo de batalla entre los distintos diádocos, y por algún tiempo quedó bajo el dominio egipcio. Finalmente, la Cilicia Traquea quedó en manos ptolemaicas mientras que la Cilicia Pedias fue controlada por los seléucidas, quienes ejercieron un dominio casi ininterrumpido de esta región hasta la finalización de su dinastía.

DIODOTO TRIFÓN Y EL CRECIMIENTO DE LA PIRATERÍA DE CILICIA

Estrabón ofreció en su Geografía una interesante digresión sobre el origen de la piratería cilicia, que reproducimos seguidamente, que seguramente derivaría del relato (no conservado) de Posidonio de Apamea:

Así pues, lo primero que encontramos en Cilicia es la fortaleza de Coracesio, asentada sobre una roca escarpada que usó Diodoto el apodado Trifón como base de operaciones en la época en que provocó en Siria el levantamiento contra los reyes y luchó contra ellos, unas veces con éxito y otras infructuosamente. Pues bien, Antíoco, el hijo de Demetrio, después de encerrarle en cierto lugar, le ordenó matarse. Trifón y la cobardía de los reyes que entonces estaban por sucesión al frente de Siria y de Cilicia fueron en origen la causa de que se organizase la piratería entre los cilicios, pues, al sublevarse Trifón, otros lo hicieron también y, al enfrentarse entre sí los compatriotas, pusieron el país en manos de quienes decidieran atacarlo (Estrabón, Geografía, 14, 5, 2).

La organización de la piratería de Cilicia estaría relacionada, pues, según Estrabón, con la aparición de Diodoto Trifón (142-138 a. C.) como candidato al trono seléucida, en un momento en que este Estado se encontraba sumido en una situación de completa anarquía. Por desgracia, Estrabón no habla mucho sobre las operaciones de Trifón, y el resto de fuentes tampoco sirven de mucha ayuda. Sea como fuere, utilizó su pequeña flota y los recursos de sus «aliados» cilicios en un intento de obligar a las ciudades costeras del Levante a someterse a su dominio. La labor de Trifón se vio facilitada por las relaciones anteriores de Alejandro Balas (150-145 a. C.), otro usurpador al que Trifón sirvió como general, con el caudillo cilicio Zenófanes.

Parece que Trifón, al igual que había realizado Filipo V de Macedonia (221-179 a. C.) con Dicearco de Etolia, al inicio de la primera guerra de Creta (205-200 a. C.), proveyó a los piratas cilicios de naves. A partir de entonces, el caos político derivado de las interminables luchas intestinas entre los diversos candidatos al trono seléucida debió de facilitar que en la escarpada costa de la Cilicia Traquea se formaran pequeños feudos, cuya principal actividad sería la piratería.

Trifón fortificó el antiguo baluarte ptolemaico de Coracesio (Alanya) en Panfilia (aunque esta población a veces se ubica en Cilicia), que iba a servir como base contra las ciudades costeras de Siria. Se encontraba construida sobre la meseta de un cabo

escarpado y rocoso, con un excelente puerto; nada más característico de su favorable situación fue que pudo defenderse con éxito del monarca seléucida Antíoco III el Grande (222-187 a. C.). Además, Coracesio presentaba la ventaja de quedar fuera de los límites geográficos del reino seléucida según lo definido por la Paz de Apamea (188 a. C.).

Coracesio se convirtió, pues, en una de las bases más fuertes de los piratas cilicios y fue aquí donde más tarde los grupos de piratas más decididos se enfrentaron a Pompeyo. Los seléucidas ya no estaban en condiciones de sostener una lucha contra ellos, mientras que en ese momento los intereses de Roma estaban centrados en otros escenarios, lo que permitió el desarrollo de la piratería.

Probablemente, las actividades de los piratas cilicios tendrían poco efecto en las luchas de Trifón. Sin duda, habrían asaltado las ricas ciudades de las costas siria y fenicia, que continuaron tras la muerte del anterior con un éxito considerable.

Figura 55. Asia Menor justo antes de la primera guerra mitridática. The Historical Atlas, de William R. Shepherd, 1911 (Wikimedia Commons).

Apiano mencionó que los líderes de estos piratas podían compararse con tiranos y reyes, algunos de los cuales fueron lo suficientemente importantes como para entrar en la historia, como Zenicetes. Por ello, es de suponer que, a lo largo de las costas de la Cilicia Traquea y Panfilia, se fueran creando distintos «feudos» de variados tamaños, en los cuales líderes individuales ejercieron un poder autocrático y de donde partían las bandas piratas.

LA DECADENCIA DE LAS POTENCIAS MARÍTIMAS TRADICIONALES

Prosiguiendo con la narración de Estrabón:

A estas actividades se unieron también los reyes de Chipre y los de Egipto, que eran enemigos de los sirios. Tampoco los rodios eran amigos de los sirios, por lo que no les prestaron ayuda, y mientras tanto los piratas, simulando ser comerciantes de esclavos, se mantuvieron inquebrantables en sus fechorías. Los romanos tampoco se preocupaban todavía mucho de los asuntos transtáuricos, pero enviaron a Escipión Emiliano y luego a algunos otros a que inspeccionaran las tribus y las ciudades, y se enteraron de que esto ocurría a causa de la cobardía de los gobernantes, si bien les dio vergüenza poner fin a la sucesión hereditaria de Seleuco Nicátor por haberla ratificado ellos mismos (Estrabón, Geografía, 14, 5, 2).

La indiferencia romana hacia la piratería se debe a que durante mucho tiempo no les afectó de manera significativa. Se ha argumentado que este «desinterés» romano estaba basado en que los piratas eran el principal abastecedor de esclavos para la economía romana, pero como ya hemos indicado esto no es cierto: este papel estaba reservado a los cautivos obtenidos en los diferentes conflictos bélicos.

Una comisión senatorial de investigación sobre el Mediterráneo oriental fue dirigida por Publio Cornelio Escipión Emiliano el Africano (cos. 147 a. C.), que, con Lucio Cecilio Metelo Calvo (cos. 142 a. C.) y Espurio Mumio, viajó a Egipto, Siria, Asia, Chipre, Rodas y Grecia, con objeto de restablecer viejos lazos y fortalecer alianzas. No hay fechas exactas en las fuentes sobre cuándo se efectuó esta legación, pero, dado que en Pérgamo fue recibido por el rey Átalo II, que murió en el año 138 a. C., H. B. Mattingly considera que la fecha más razonable de esta misión diplomática es la de 144/143 a. C., mejor que el año 140/139 a. C. Entre sus objetivos estaba evaluar las causas que favorecían la piratería.

Figura 56. El Imperio seléucida durante los siglos

ii

-

i

a. C. (Wikimedia Commons).

Emiliano culpó del problema de la piratería a la debilidad de los seléucidas. Las interminables guerras civiles en el seno de esta dinastía, desde luego, facilitaban la actuación de los piratas en

aguas y costas del Levante. Sin querer meternos en las luchas intestinas de seléucidas y ptolomeos, un auténtico «juego de tronos», en que los asesinatos, las traiciones, los incestos y las luchas civiles están a la orden del día, podemos señalar que, en el año 95 a. C., el territorio sirio estaba dividido entre tres candidatos seléucidas: Seleuco VI (96-94 a. C.), que dominaba Cilicia y la Seléucide, Antíoco X (95-92 a. C.), en Fenicia, y Demetrio III (96-87 a. C.) en Celesiria. A ellos hay que añadir la presión sobre este territorio de la dinastía judía asmonea, el Estado árabe de los nabateos y las tribus de los itureos y los emesanos, por no hablar de una serie de ciudades que se independizaron en este momento, como las importantes comunidades fenicias de Tiro y Sidón, entre otras. Un absoluto caos que hacía que el territorio fuera ingobernable:

[…] Estos sucesos convirtieron a los partos, que ocupaban los territorios al otro lado del Éufrates, en dueños del país y, finalmente, también a los armenios, que se apoderaron de la parte transtáurica incluso hasta Fenicia y derrocaron a los reyes y todo su linaje en la medida de lo posible, pero el dominio marítimo se lo dejaron a los cilicios. Los romanos, al aumentar luego el poder de estos pueblos, a quienes no habían impedido acrecentar su dominio, se vieron obligados a eliminarlos mediante la guerra y con un ejército. En verdad, es duro reprochar la negligencia de los romanos, pues, como estaban ocupados sobre todo con los asuntos que tenían más cerca y más a mano, no fueron capaces de vigilar los más lejanos. Pues bien, esto es lo que me ha parecido oportuno decir brevemente a modo de digresión (Estrabón, Geografía, 14, 5, 2).

Figura 57. Reino seléucida de Siria en el año 95 a. C. (Wikimedia Commons).

Los romanos no se consideraron responsables de la «seguridad» general de la región hasta, al menos, finales del siglo

ii

a. C., aunque fueran los responsables directos de la ineficacia de los seléucidas y de la debilidad de Rodas, la potencia que había hecho de la lucha contra la piratería su bandera. Los reyes ptolemaicos de Egipto y Chipre hicieron poco para impedir este desarrollo, ya que lo vieron como un medio para debilitar a su rival secular. En este sentido, también Rodas jugó su papel, ya que los reyes seléucidas Demetrio II (146-139 y 129-126 a. C.) y Antíoco VI

(145/144-142/141 a. C.) fueron enemigos suyos y, desde luego, no hicieron nada por ayudarlos. Esta política miope por parte de los romanos dio como resultado el crecimiento y desarrollo de la piratería.

Precisamente, el destronamiento de la dinastía seléucida y la conversión de Siria en provincia romana por parte de Pompeyo en el año 64 a. C., dentro del marco de la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), fueron en parte debidos a la proliferación del bandolerismo y la piratería en la región. De esta forma, como ejemplo, sobre la ciudad fenicia de Arados, Estrabón escribió: «Y aunque veían a sus vecinos cilicios organizar un modo de vida en torno a la piratería, no participaron con ellos ni una vez de este tipo de aventuras».

En este mismo sentido, en la guerra por el trono de Judea entre los hermanos Hircano II (67-66 a. C.) y Aristóbulo II (66-63 a. C.), que a la postre significó el desmantelamiento del Estado asmoneo como potencia regional, el primero acusó al segundo de practicar la piratería, según Flavio Josefo: «Y lanzó contra él la afirmación de ser el que había instituido las incursiones contra las naciones colindantes y la piratería marina, asegurando que el pueblo judío no habría abandonado tampoco a Aristóbulo de no haberse comportado con violencia y pendencieramente», aunque no se ofreció evidencia alguna de ello. Estas palabras no son baladíes, debido a que se pronunciaron o así llegaron a los oídos de Pompeyo, quien, como ya hemos mencionado, y veremos en su lugar correspondiente, dirigió en el año 67 a. C. la campaña romana más importante para erradicar la piratería en el Mediterráneo. Ante la peligrosidad de Aristóbulo II, Pompeyo decidió apoyar a Hircano II, restituyéndolo como sumo sacerdote, pero no con el título real, sino como etnarca, así como anexionó para la nueva provincia de Siria todas las ciudades griegas que hasta entonces controlaban los judíos.

DESARROLLO DE LA PIRATERÍA. LA DESCRIPCIÓN DE PLUTARCO

El polifacético Plutarco, en su biografía sobre Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.), realizó la descripción más completa sobre la piratería cilicia que se nos ha conservado, que iremos comentando a lo largo de este capítulo. Si bien en un principio se consideraba que su narración hacía referencia a acontecimientos cercanos al año 67 a. C., cuando por la lex Gabinia se concedió a Pompeyo un mando militar para combatir la piratería, algunos eventos pueden ser anteriores, aunque todos ellos se efectuarían durante el primer tercio del siglo

i

a. C. Así, Plutarco inició su narración:

El poder de los piratas tuvo su primer asiento en Cilicia; tras un comienzo temerario que pasó desapercibido, ganó confianza y audacia en la guerra contra Mitrídates, al ponerse al servicio de dicho rey (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 1).

Para Plutarco, «el poder de los piratas tuvo su primer asiento en Cilicia». Hay que tener en cuenta que estas palabras pertenecen a la vida del general romano al que se le otorgará un mando militar con objeto de acabar con la piratería en el Mediterráneo, cuyo centro se encontraba en este momento en la región de Cilicia. Ni una palabra de otros pueblos que se dedicaron a esta actividad, como los ilirios, los etolios, los cretenses, etc. Evidentemente, el autor pretendía centrar la acción en su protagonista, por lo que los acontecimientos que narra parecen que han ocurrido poco antes de la aprobación de la lex Gabinia, pero, sin duda, como mínimo, muchos de ellos debieron de acontecer alrededor del año 100 a. C., aunque no tenemos elementos de juicio para efectuar una mejor aproximación.

Se nos dice en un principio que el inicio de la piratería cilicia «pasó desapercibido», quizás porque no fue lo suficientemente preocupante para las autoridades romanas, ya que su interés por el Mediterráneo oriental no comenzaría realmente hasta el año 129 a. C., cuando se organizó la provincia de Asia, tras la guerra de

Aristónico (133-129 a. C.). En un principio, Roma era reacia a extender su dominio territorial en el Oriente helenístico. Pero, tras la cuarta guerra macedónica (150-148 a. C.), Macedonia se convirtió forzosamente en una provincia romana (al fracasar el control indirecto sobre la región) y, tras la guerra aquea (146 a. C.), Grecia cayó también bajo la autoridad romana.

En Anatolia, Átalo III, último rey de Pérgamo (138-133 a. C.), dejó su reino en testamento a Roma al no tener herederos legítimos, ya que a su entender esta tomaría el reino de todos modos y de esta manera evitaría el derramamiento de sangre. Pero ante la tardanza romana en hacer valer sus derechos sobre Pérgamo, Aristónico, quien decía ser hijo ilegitimo de Éumenes II (197-159 a. C.), como los dos últimos monarcas de Pérgamo, se proclamó rey con el nombre dinástico de Éumenes III, con lo que obtuvo un importante apoyo entre la flota y el ejército atálida. Por ello, los romanos necesitaron de la colaboración de varios Estados de Anatolia para sofocar la rebelión: Bitinia, Ponto, Paflagonia y Capadocia.

Tras la victoria romana, el reino de Pérgamo se convirtió en la provincia de Asia, formado por las regiones de Misia, Tróade, Eolis, Lidia, Jonia, Caria y el corredor terrestre a través de Pisidia a Panfilia, a las que se les añadieron varias islas del Egeo. El territorio de la Frigia occidental, que había sido cedido por los romanos al reino del Ponto por su ayuda en el conflicto de Aristónico, se incorporó alrededor del año 116 a. C., y Licaonia, cedida en este caso a Capadocia por el mismo motivo, antes del año 100 a. C., quizás alrededor del año 112/111 a. C.

MITRÍDATES VI DEL PONTO

En este escenario, no es de extrañar que los romanos se preocuparan en un primer momento de los piratas. Plutarco consideró que la amenaza de la piratería cilicia se convirtió en algo importante durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), «al ponerse al servicio de dicho rey», es decir, de Mitrídates VI del Ponto (120-63 a. C.), una acusación que se encuentra en otras

fuentes conservadas.

La idea de que el conflicto mitridático representó una fase significativa en el desarrollo de la piratería de Cilicia era corriente en la Antigüedad, como también se puede apreciar en escritores como Plutarco y Dion Casio. Apiano, en el curso de su relato de estas guerras, atribuyó un discurso al general romano Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.) en la ciudad de Éfeso ante los ciudadanos principales de cada comunidad de la provincia de Asia, en el que enumeró las diversas formas en que las comunidades asiáticas fueron castigadas por su sumisión al Gobierno de Mitrídates VI:

[…] Por ello, recibisteis un castigo del propio Mitrídates, que os fue infiel, os sació de muerte y confiscaciones, hizo nuevos repartos de tierras, canceló deudas y libertó a esclavos, impuso tiranos sobre algunos de vosotros y cometió muchos actos de piratería tanto por tierra como por mar (Apiano, Mitridática, 62).

Mitrídates VI era hijo de Mitrídates V (ca. 150-120 a. C.), monarca que había recibido la Frigia occidental de los romanos por su ayuda en la guerra de Aristónico, pero que a su muerte Roma recuperó, lo que creó un gran resentimiento en el primero. Los dinastas del reino del Ponto (nombre convencional que se aplica a este Estado del nordeste de Anatolia) buscaban obtener la hegemonía tanto en las costas del mar Negro como en Asia Menor, pero en sus ambiciones chocaban de manera constante con Roma, que evidentemente no quería que nadie pudiera hacerle sombra, como muestran las intervenciones romanas en Capadocia, un territorio donde los monarcas pónticos actuaban muy a menudo. La tensión entre ambas potencias estalló en el año 89 a. C. con la primera guerra mitridática.

Figura 58. Retrato del rey del Ponto Mitrídates VI como Heracles. Mármol, época imperial romana (siglo

i

). Museo del Louvre (Wikimedia Commons).

Sin duda, Mitrídates VI buscó toda suerte de aliados en su lucha contra Roma. Los piratas podían ser un buen elemento para perjudicar los intereses romanos en el mar. De esta forma, Apiano nos indica que:

Cuando Mitrídates hizo la guerra por vez primera a los romanos y conquistó la provincia de Asia (pues Sila estaba ocupado en Grecia con otros asuntos), pensando que no iba a poder conservarla por mucho tiempo, la devastó en su totalidad con toda clase de procedimientos, como ya dije antes, y envió piratas al mar. Estos, en un principio, con naves pequeñas y escasas en número, recorrían las costas y las castigaban con sus saqueos como auténticos piratas; pero, cuando la guerra se prolongó, se hicieron más numerosos y navegaron en barcos mayores (Apiano, Mitridática, 92).

El mismo Apiano volvió a reincidir en la misma opinión en sus comentarios finales sobre el rey del Ponto:

Un hombre [Mitrídates] que contó, en muchas ocasiones, con una flota de más de cuatrocientas naves y, a veces, con cincuenta mil jinetes y doscientos cincuenta mil soldados de infantería, y con máquinas y proyectiles en proporción al número de fuerzas citado […] Desde Cilicia hasta las columnas de Hércules llenó el mar de piratas, los cuales colapsaron los intercambios comerciales y las rutas de navegación entre las ciudades y las hicieron padecer penosamente de hambre durante mucho tiempo (Apiano, Mitridática, 119).

Sila, el vencedor de la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), se dedicó a poner orden («reparaciones, recompensas, arreglos administrativos y financieros para el futuro») en la provincia de

Asia, a cuyas ciudades impuso duras contribuciones económicas, y allí permaneció hasta el año 84 a. C. Apiano nos señaló las repercusiones de tal decisión, en la que la piratería, por supuesto, no podía faltar:

Las ciudades, sumidas en la indigencia y habiendo solicitado préstamos a un alto interés, hipotecaron unas su teatro a los acreedores y otras sus gimnasios, murallas, puertas y cualquier otra propiedad pública ante la presión contumaz de los soldados. De este modo se reunió y llevó el dinero a Sila, y Asia quedó saturada de males. Pues también asolaban, a las claras, sus costas numerosas bandas de piratas, que más se asemejaban a flotas auténticas que a flotillas piráticas. Mitrídates los había enviado, en un principio, al mar cuando devastaba todas las costas, porque pensaba que no podía retener por mucho tiempo estos lugares. Sin embargo, su número se fue incrementando hasta llegar, entonces, al máximo y atacaron ya, a las claras, no solo a los barcos, sino también a los puertos, fortalezas y ciudades. Yaso, Samos, Clazómenas y Samotracia fueron capturadas, mientras Sila estaba presente, y el templo de Samotracia fue expoliado de ornamentos sagrados, valorados, al parecer, en mil talentos. Pero Sila, ya fuera porque quería que aquellos que le habían ofendido fueran maltratados o porque tuviera prisa en marchar contra la facción rival en Roma, navegó hasta Grecia con la mayor parte de su ejército y desde allí a Italia (Apiano, Mitridática, 63).

Todo este tipo de manifestaciones de las fuentes literarias han sido la base de cierta corriente historiográfica sobre el papel de los piratas en las guerras mitridáticas, defendida sobre todo por E. Maróti. Para este investigador, la relación entre Mitrídates VI y los piratas sería de mutua ayuda. El monarca póntico no podría controlar todo el Mediterráneo oriental sin el apoyo de estos, mientras que los piratas necesitarían «libertad» de movimientos para ejercer sus propias actividades. De esta manera, los piratas tendrían «barra libre» para cometer sus acciones a cambio de varios servicios militares, especialmente realizar ataques sobre las fuerzas navales romanas y sus barcos de suministro.

Como muy bien indica Ph. De Souza, parece de chiste que Mitrídates VI ofreciera a los piratas «manos libres». De ninguna manera podría el monarca póntico controlar sus movimientos, por muy interesado que estuviera en ello. Más bien, todo esto no parece ser más que propaganda romana destinada a desacreditar a Mitrídates VI al que, si se le pudiera colocar al mismo nivel que los piratas, sería una perfecta justificación para su eliminación. Desde luego, al rey del Ponto le interesaba que los piratas atacaran territorio y bienes romanos, puesto que así se desviarían recursos contra ellos que de otra manera irían contra él. También hay episodios en el largo conflicto mitridático en los que se constata una estrecha relación entre el monarca y los piratas, que analizaremos más adelante.

Sea como fuere, colocar la etiqueta de patrocinador de la piratería es un viaje de doble sentido. En una carta creada por el historiador Salustio, que atribuye a Mitrídates VI, dirigida al rey parto Arsaces, es decir, a Fraates III (71-58 a. C.), se señaló que los romanos eran «la raza de piratas que saquearon el globo», lo que puede representar cierto punto de vista contemporáneo. Asimismo, el monarca póntico, en un discurso que le atribuye Apiano, dirigido a sus hombres antes de la invasión de Bitinia en el año 74 a. C., afirmó que los romanos «también han permitido que el mar esté infestado de piratas durante mucho tiempo».

Figura 59. Expansión del reino póntico con Mitrídates VI (Wikimedia Commons).

En relación con el texto de Plutarco sobre la piratería, este autor nos dice también:

Luego, cuando durante las guerras civiles los romanos combatieron los unos contra los otros a las puertas de Roma, el mar [Mediterráneo], libre de vigilancia, les fue poco a poco atrayendo y los indujo ya no solo a atacar a los navegantes, sino también a devastar las islas y las ciudades costeras. Hombres ya poderosos por sus riquezas, de linaje ilustre y considerados superiores por su inteligencia, entraron en las bandas de piratas y participaron en sus empresas, en la idea de que esta actividad les proporcionaría cierto honor y distinción (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 2-3).

A la primera guerra mitridática (89-85 a. C.) hay que añadir que en Italia estalló la guerra de los aliados (91-89/87 a. c.), a la que siguió la primera guerra civil (88-81 a. C.) entre los populares de Cayo Mario (cos. I 107 a. C.) y los optimates de Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), que incendió todo el Mediterráneo occidental; Macedonia, Grecia y Anatolia ya lo estaban por el primer conflicto mencionado. En este estado de cosas, los piratas, como indica Plutarco, no se conformaron con atacar los barcos que surcaban el mar, sino también se pusieron a «devastar las islas [del mar Egeo] y las ciudades costeras».

Un texto de Apiano sobre el mismo tema nos permite esclarecer aún más este paisaje:

Y, tras haber disfrutado de grandes ganancias, no desistieron ya, ni siquiera cuando Mitrídates, derrotado, hizo la paz y se retiró. Pues, habiendo sido privados de los medios de vida y de la patria a causa de la guerra y reducidos a una total falta de recursos, sacaron provecho del mar en vez de hacerlo de la tierra, al principio con miaparones y hemiolias, después navegando en flotillas con barcos de dos bancos de remos y con trirremes guiados por archipiratas a modo de generales de una guerra auténtica; atacaban las ciudades desprovistas de murallas, minaban o derribaban los muros de otras o las tomaban por asedio y las saqueaban, y a los ciudadanos más ricos se los llevaban a sus bases de refugio para obtener un rescate por ellos. Y, teniendo ya a menos el nombre de piratas, llamaban al producto de sus robos recompensas de la guerra; además, tenían artesanos encadenados a sus tareas y no cesaban de reunir materiales de madera, bronce y hierro (Apiano, Mitridática, 92).

Apiano dio buena cuenta de los desarraigados que se unieron a los piratas, debido a las secuelas que las constantes guerras dejaron entre la población de Oriente, y que originará que su número creciera más y más. No solo los pobres, sino también lo que podría calificarse de «burguesía cívica», así como nobles. No parece que

estos últimos embarcaran en las naves y corrieran los riesgos de las inclemencias del tiempo, de los abordajes y del asalto a pueblos y ciudades; más bien, su papel sería invertir en la piratería y proporcionar los medios necesarios que permitieran adaptar las infraestructuras y asegurar el funcionamiento de las operaciones sin arriesgar sus vidas. Lo ven una forma natural de aumentar su riqueza e incluso su reputación, pudiendo estas expediciones traer «honor y distinción».

LAS FLOTAS PIRATAS

En una cita anterior de Apiano se indica que las «bandas de piratas […] se asemejaban más a flotas auténticas que a flotillas piráticas». En un principio los cilicios navegaban en barcos individuales, cada uno a lo suyo, pero, ya se sabe, la unión hace la fuerza, y poco a poco se irán juntando hasta formar pequeñas escuadras formadas por barcos ligeros.

Como señala Apiano, los cilicios comenzaron con un tipo determinado de barcos, miaparones y hemiolas, aunque posteriormente pasaron a utilizar birremes y trirremes, conocidos tipos de buques de guerra, aunque de hecho las hemiolas ya lo eran. Como señaló Plutarco, en su momento álgido su flota contará con cerca de mil barcos de todo tipo, «escuadras bien equipadas para su cometido gracias a la valentía de su tripulación, la pericia de sus pilotos y la rapidez y ligereza de sus naves».

Figura 60. Miaparón en un mosaico de Altibur, África del Norte (https://es.topwar.ru/208300-kilikijskie-piraty-groza-i-uzhas-sredizemnogo-morjaantichnosti.html).

Nonio Marcelo (siglo

iv

d. C.) señaló que el miaparón era el barco pirata por excelencia, y Valerio Máximo indicó que los piratas que secuestraron a Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.), el futuro dictador, usaban este tipo de embarcación. Como comparación, Marco Antonio tenía a su disposición en la batalla de Accio (31 a. C.) deceres («diez»), que parece haber sido el tipo más grande utilizado en las batallas de época helenística, aunque se conocen embarcaciones mucho más

grandes, hasta el tessarakonteres («cuarenta»), que fue construido por el rey egipcio Ptolomeo IV Filopátor (221-204 a. C.).

Cualquier embarcación podía servir para efectuar un golpe de mano, fuera en tierra o en el mar. Sea como fuere, por desgracia los escritores antiguos no estaban muy duchos sobre las operaciones marítimas, por lo que frecuentemente las menciones a tipos de naves son muy generalistas o incluso erróneas. Apiano es de los pocos autores que se interesaron por efectuar una descripción lo más fiel posible.

Figura 61. Un birreme romano representado en un relieve del Templo de Fortuna Primigenia en Preneste (Palastrina), ca. el año 120 a. C., exhibido en el Museo Pío-Clementino en los Museos Vaticanos (Wikimedia Commons).

En cuanto a los nombres de los barcos, gracias a las inscripciones conocemos un gran número. Por ejemplo, en la Grecia clásica,

tenemos trirremes con nombres de diosas y heroínas, geográficos (países y ciudades), animales, objetos, ideas abstractas, descriptivos e incluso de ¡verbos! También de época imperial, conocemos los de deidades y héroes mitológicos, geográficos, alegorías, animales, etc., en los que no faltan, por supuesto, el de Neptunus y el de Oceanus.

Los piratas de los últimos siglos antes del cambio de era utilizaron un gran número de embarcaciones para sus correrías. Así, el propio Apiano señaló que:

Figura 62. Mosaico de una galera romana, con la representación de Ulises y las sirenas. Museo del Bardo, Túnez, siglo

ii

d. C. (Wikimedia Commons).

Próximos a los ardieos en cuanto a poder naval se encontraban los liburnios, otra tribu iliria, los cuales ejercieron la piratería por el mar Adriático y sus islas con sus naves rápidas y livianas. Por este motivo, los romanos todavía hoy dan el nombre de «liburnias» a sus birremes livianas y rápidas (Apiano, Sobre Iliria, 3).

Los liburnios fueron un pueblo ilirio que vivía en la actual costa de Croacia, también famoso por sus actos de piratería. Apiano nos informa de que Cayo Julio César Octaviano (cos. I 43 a. C.), el futuro emperador Augusto, «privó a los liburnios de sus naves, pues también ellos practicaban la piratería». Estos tuvieron suerte, ya que «a los melitenses y corcirenses, que habitaban en las islas, [Octaviano] los devastó hasta los cimientos, porque pirateaban el mar, mató a los hombres jóvenes y vendió como esclavos al resto».

Para efectuar sus ataques, los ilirios tenían como embarcaciones preferidas a lembos, liburnias y pristis. También podían utilizarse embarcaciones fabricadas de cuero e incluso según Floro los habitantes de las islas Baleares llegaron a utilizar simples balsas.

Asimismo, existían los «archipiratas», que ya hemos mencionado. Uno de ellos seguramente fue Isidoro, a quien Floro mencionó en su descripción de la «guerra contra los piratas», texto que reproducimos a continuación:

Entretanto, mientras el pueblo romano se encontraba ocupado en diferentes partes del mundo, los cilicios habían invadido los mares y, tras interrumpir el comercio, transgrediendo el derecho de gentes, habían cerrado el mar con sus ataques como un temporal. La agitación de Asia debida a las guerras contra Mitrídates daba alas a la osadía de los destemplados y enloquecidos piratas y se lanzaban al abordaje impunemente gracias al desorden de una guerra que no les atañía y el odio que levantaba un rey extranjero. Al principio, a las órdenes de Isidoro contentándose con la zona marítima circundante, cometían sus tropelías entre Creta y Cirene, Acaya y el golfo Maleo, que habían denominado «de oro» por su botín. Enviado contra ellos Publio Servilio, aunque logró desordenar sus ligeros y rápidos veleros con su sólida y armada flota, los venció con una victoria sangrienta. Pero, sin contentarse con haberles apartado del mar, destruyó Fasélide y Olimpo, sus ciudades más poderosas y enriquecidas por el botín de largo tiempo, e Isauria, el baluarte mismo de Cilicia, por lo cual, consciente del esfuerzo que le había supuesto, amó apasionadamente el sobrenombre de

Isáurico. Mas, pese a verse vencidos en tantos desastres, no fueron capaces de quedarse en tierra, sino que, como ciertos animales cuya doble naturaleza les permite vivir en el agua y en la superficie, al mismo punto de retirarse el enemigo, incapaces de permanecer en suelo firme, se lanzaron de nuevo al mar, que era su medio habitual y, extendiendo sus incursiones más que antes, pretendieron aterrorizar con su súbita irrupción incluso las costas de Sicilia y nuestra Campania. En consecuencia, se consideró que Cilicia era digna de una victoria de Pompeyo y se la incluyó en la campaña mitridática […] (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 41, 1-7).

Este Isidoro, por el contexto, debió de operar, durante la década de los años 80 a. C., en las aguas entre Creta y Cirene, Grecia (que los romanos denominaban Acaya, por la Liga Aquea, que llegó a dominar en su apogeo por completo la península del Peloponeso) y el golfo Maleo (el golfo de Laconia), es decir, una de las rutas más importantes para cruzar el Mediterráneo desde el noreste al oeste. El cabo Malea no solo era peligroso por los piratas, sino también por el mal tiempo. Es posible que este personaje sea el mismo que, al servicio de Mitrídates VI durante la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), fue vencido y muerto en el año 72 a. C. por el general romano Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.).

Plutarco nos siguió describiendo a los piratas:

Había en numerosos puntos puertos para barcos piratas y torres de señalización amuralladas, y se sucedían los ataques por parte de escuadras bien equipadas para su cometido gracias a la valentía de su tripulación, la pericia de sus pilotos y la rapidez y ligereza de sus naves; sin embargo, más que el miedo que inspiraban, irritaba su odiosa ostentación, visible en sus mástiles de oro, sus cortinas púrpuras y sus remos plateados, que daban la sensación de que se complacían en sus fechorías y se jactaban de ellas. Flautas, instrumentos de cuerda, borracheras a lo largo de toda la costa, secuestros de personas de alto rango, rescates de ciudades sometidas, todo ello era una vergüenza para la supremacía romana.

Más de mil eran las naves de los piratas […] (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 4-6).

Estas auténticas flotas necesitaban de una verdadera organización para su mantenimiento. Para ello, los piratas no pararían de reunir materias primas de todo tipo: madera, metales, aparejos, velas, accesorios, etc., suministros tomados de navíos que habrían capturado y no deseaban mantener. Así pues, no es raro que las fuentes nos informen de que en sus bases los piratas debían disponer de arsenales y astilleros. También contaban con artesanos altamente cualificados que estaban encadenados para trabajar a su servicio, lo que les permitió hacer todo tipo de elementos que precisaran, una ventaja considerable porque adaptaron así sus medios a los fines que perseguían. En este mismo sentido, también disponían de máquinas de asedio para tomar ciudades.

La sensación de impunidad parece quedar manifestada en la ostentación que efectuaban los piratas, como describe Plutarco. Ataques a barcos mercantes, pueblos y ciudades costeras, secuestros, etc., parecen ser el pan nuestro de cada día para estos hombres del mar, pero que también disfrutan de la vida, como atestigua la utilización de instrumentos musicales y «borracheras a lo largo de toda la costa», como si estuviéramos disfrutando de una película de piratas del mar Caribe.

Filóstrato el Joven, describiendo el buque con el que los piratas tirrenos intentan secuestrar al dios Dioniso, dice lo siguiente:

Sin duda, la nave de los piratas navega como lo haría para una batalla: va equipada con orejones de proa, espolón, garfios de hierro y punzones metálicos en la parte superior de las lanzas. A fin de atemorizar a todos cuantos se crucen con ellos y de parecerles una especie de monstruo, la nave ha sido pintada con colores brillantes; en la proa, unos ojos terribles como si miraran, y la popa puntiaguda, en forma ojival, como la cola de un pez (Filóstrato, Descripciones de cuadros, 1, 19).

Como puede observarse, se cuida hasta el último detalle, incluida la guerra psicológica. Ya hemos leído en el último fragmento reproducido de Plutarco la «odiosa ostentación» de los piratas.

ASALTO A CIUDADES Y SANTUARIOS

Apiano ya nos ha indicado que los piratas «atacaban a las ciudades desprovistas de murallas, minaban o derribaban los muros de otras o las tomaban por asedio y las saqueaban». Sin duda, en un principio, tras pasar de atacar naves en el mar a objetivos terrestres, se volvieron lo suficientemente audaces, como indicó Dion Casio, para asaltar puertos y ciudades; en primer lugar, contra asentamientos con poca o nula defensa, para pasar, posteriormente, a objetivos mayores y más importantes. Como indicó Plutarco:

[…] y cuatrocientas las ciudades tomadas por ellos. De entre los santuarios hasta entonces inviolables y sagrados, atacaron y saquearon los de Claros, Dídima, Samotracia, el de Deméter en Hermíone, el de Asclepio en Epidauro, los de Poseidón en el Istmo, Tenaro y Calauria, los de Apolo en Accio y Leucade, y los de Hera en Samos, Argos y Lacinio (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 6).

Plutarco enumeró trece santuarios saqueados y afirma que los piratas capturaron cuatrocientas ciudades en el apogeo de su poder. En tierra firme, las ciudades costeras del Mediterráneo oriental se veían constantemente asediadas por ataques de piratas buscando capturar a sus pobladores para venderlos como esclavos u obtener por ellos un suculento rescate (vid. infra). Estos piratas operaban al principio de la época helenística, bien de forma independiente, en un pequeño grupo, o bien bajo la protección de algunos de los reyes de las ciudades-Estado que existían por esa zona. Pero con los

cilicios ya es otro cantar. Es evidente que no respetaban ni lo más sagrado.

En esta época de constante violencia, muchas aldeas y pequeñas ciudades quedaron abandonadas. Una anécdota sobre la vida de Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), cuando estaba paseando por una playa de la isla de Eubea durante el año 84/83 a. C., es ilustrativa al respecto:

Un día que [Sila] daba un paseo por la orilla del mar le ofrecieron unos pescadores unos peces muy hermosos, él se alegró mucho con el regalo y, al darse cuenta de que eran de Halas, dijo: «¿Vive aún alguien de Halas?». Pues después de la victoria lograda en la batalla de Orcómeno, a lo largo de la persecución de sus enemigos, había asolado tres ciudades beocias: Antedón, Larimna y Halas. Los hombres quedaron mudos de miedo, pero él se sonrió y les animó a marchar en paz, ya que habían traído con ellos unos intercesores que no eran precisamente indignos ni poco valiosos. Se cuenta que los halienses, a partir de ese momento, se animaron a regresar a su ciudad (Plutarco, Vida de Sila, 26, 3-4).

La batalla de Orcómeno tuvo lugar en el año 86 a. C. Que los habitantes volvieran a su lugar de origen queda constatado porque la ciudad costera de Halas (Theologos) en Beocia es mencionada por Estrabón y Pausanias. Otras poblaciones no tuvieron tanta suerte.

En Cilicia, durante la segunda mitad del siglo

a. C., las antiguas ciudades de Celénderis y Nágido, según el registro arqueológico, fueron abandonadas, al parecer debido a la actividad de los piratas. Si bien la primera volvió a renacer durante el principado, la segunda quedó desierta permanentemente.

Ya hemos visto en una cita de Apiano que los piratas saquearon Clazómenas (Urla) y Samos (Samos) en Jonia, Yaso (Güllük) en

Caria, y Samotracia, «mientras Sila estaba presente», es decir, durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.). Las tres primeras ciudades se encontraban en la costa sudoccidental de Anatolia, mientras que Samotracia estaba enfrente de la costa tracia.

Por su parte, Cicerón, en su discurso « En defensa de la ley Manilia » (66 a. C.), señaló los ataques contra Cnido, Colofón y Samos, además de Delos. De nuevo, los tres primeros sitios mencionados se ubicaban en la costa sudoccidental de Anatolia, mientras que Delos se encontraba en el centro del archipiélago de las Cícladas. Si se atribuyen estos ataques a piratas procedentes de Cilicia, parece bastante claro que atacaban ante todo objetivos lo más cerca posible de sus bases.

Figura 63. Ruinas de Cnido (Wikimedia Commons).

A partir del mencionado discurso de Cicerón, se deduce que los

romanos habían sido conscientes durante un tiempo considerable de la vulnerabilidad de sus súbditos y aliados en las provincias. No es de extrañar que estos estuvieran preocupados por la situación, y Cicerón señaló que en el año 67 a. C. solicitaron el nombramiento de Pompeyo con objeto de combatir la piratería.

Sin embargo, lo peor para los piadosos romanos seguía siendo el ataque contra los lugares sagrados, repletos de ofrendas y exvotos en metales preciosos, de una absoluta insolencia y falta de moral porque son los dioses los que están siendo robados. Que estos espacios consagrados a lo divino no se salvaran dejó profundamente conmocionados a los contemporáneos de estos hechos. Pero no solo los piratas saqueaban los santuarios: el general romano Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.) requisó los tesoros de Olimpia, Delfos y Epidauro durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), mientras que Delfos fue sometido a pillaje por los tracios en el año 85/84 a. C. La necesidad de dinero para financiar los diversos conflictos hacía que estos lugares fueran un blanco fácil de los ejércitos y de todos aquellos que quisieran aprovecharse de la situación. Esta ya era una práctica que se documenta en Grecia en el siglo

iv

a. C.

A la lista ofrecida por Plutarco, hay que añadir las observaciones de Apiano y Cicerón. De esta forma, los santuarios atacados por los piratas fueron los siguientes: el de Claros, en el territorio de Colofón; el Didymaion, junto a Mileto; el de Accio y el de Léucade, consagrados a Apolo; de los antedichos, los dos primeros estaban en la costa occidental de Anatolia y los dos últimos se hallaban en el mar Jónico; el de Samotracia, sede principal del culto a los dioses Cabiros; el de Hermione (Hermíone) en la Argólida, dedicado a Deméter Ctonia; el de Epidauro, en la Argólida, dedicado a Asclepio; los del istmo de Corinto, el Cabo Ténaro (cabo Matapán) y Calauria, en el Peloponeso, consagrados a Poseidón; el Hereo de Samos, el Hereo de Argos, y el de Juno Lacinia en el Cabo Lacinio (Capo Colonna, cerca de Crotona, Calabria), dedicados a Hera. Es un tanto intrigante que no se mencione en los listados de los lugares sagrados saqueados por los piratas la isla de Delos, dedicada al

culto a Apolo, de la que sabemos que fue saqueada en el año 69 a. C. por el pirata Atenodoro (vid. infra). Sin duda, debió de haber otros templos y santuarios atacados de lo que no nos ha quedado registro alguno.

Figura 64. Principales santuarios del mundo griego en el mar Egeo (Wikimedia Commons).

Muchos de ellos fueron asaltados por los piratas.

Como puede apreciarse, los piratas asaltaron santuarios a lo largo y ancho del mar Egeo, algunos de ellos de gran antigüedad, como los de Samos y Argos. Los dos santuarios más importantes de la Grecia continental, el de Olimpia, dedicado a Zeus, y el de Delfos, a Apolo, se libraron de la lacra de los piratas, debido, sin duda, a su situación interior, pero no de otra casi tanto peor o más: la de los romanos, de manos, como hemos visto, de Sila. No es algo nuevo,

pues, por ejemplo, tras la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.), el santuario de Dodona consagrado a Zeus, en el Épiro, fue saqueado en el año 167 a. C. por las fuerzas romanas de Lucio Paulo Emilio (cos. I 182 a. C.).

He aquí algunos de los más importantes, en relación con la época que tratamos:

•Claros, santuario oracular dedicado a Apolo, en el territorio de la ciudad de Colofón, en la región de Jonia, que se encontraba a doce kilómetros al norte del recinto religioso, aunque en época helenística la mayor parte de la población de la citada Colofón se trasladó a Claros. Su origen, según los griegos, se remontaba a época micénica. En este lugar se han encontrado diversas inscripciones dedicadas a importantes magistrados romanos del siglo

i

a. C., entre ellos a varios que tuvieron relación de una manera u otra con la piratería: Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.) o Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a. C.).

•Dídima, santuario oracular también dedicado a Apolo, el Didymaion, igualmente ubicado en Jonia, en el territorio de la ciudad de Mileto, ubicada a menos de veinte kilómetros de dicha ciudad, con la que enlazaba mediante una vía sagrada, construida en el siglo

vi

a. C. El templo helenístico de Apolo solo se puede comparar en la zona con los del Hereo de Samos y el de Artemisa en Éfeso. El santuario recibió ricos presentes por parte de los seléucidas en el siglo

iii

a. C., de los reyes de Bitinia en el siglo

ii

a. C. y de los ptolomeos en la primera mitad del siglo

i

a. C. Allí se celebraba un festival anual, el Didymeia, panhelénico y pentetérico, que fue prohibido durante un tiempo debido a que Mileto apoyó la causa del monarca póntico Mitrídates VI (120-63 a. C.).

•Epidauro, un santuario dedicado a Asclepio (Asclepeion). Durante los periodos clásico y helenístico este fue el principal lugar sagrado de dicho dios. El santuario de Epidauro rivalizaba con importantes lugares de culto como los de Zeus en Olimpia y el de Apolo en Delfos. El templo fue construido a principios del siglo

iv

a. C. En este recinto se celebraba cada cuatro años un festival en honor de Asclepio con música y concursos deportivos que tenían lugar nueve días después de los Juegos Ístmicos. Este lugar tuvo la mala fortuna de ser saqueado por los piratas y por Sila. La evidencia arqueológica revela que el santuario tuvo extensos daños en la primera mitad del siglo

i

a. C.

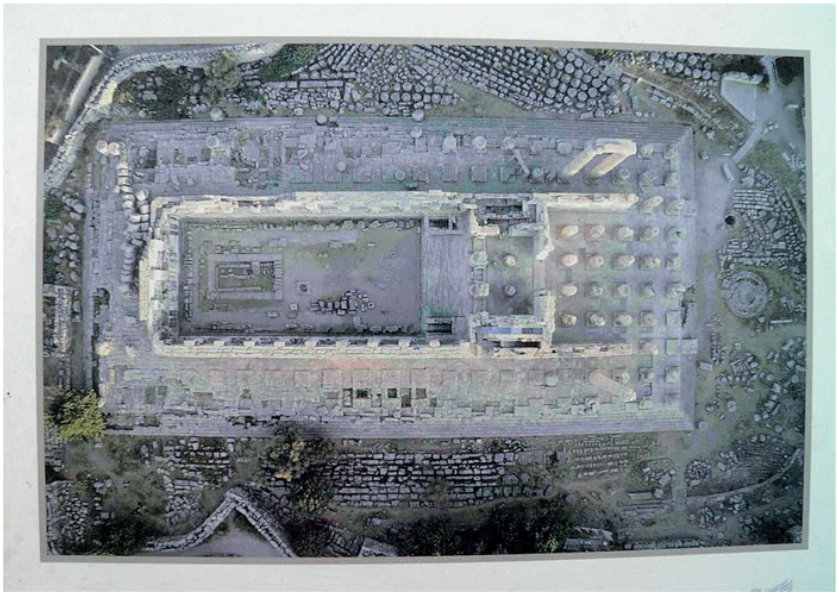

Figura 65. Vista aérea del templo de Apolo en Dídima (Wikimedia Commons).

•Istmia, un antiguo santuario de Poseidón, situado al noreste del Peloponeso, cerca del istmo de Corinto, donde tenían lugar los Juegos Ístmicos, en honor del dios del mar. En el año 196 a. C., el general romano Tito Quincio Flaminino (cos. 198 a. C.) proclamó, en el transcurso de los juegos, la independencia de los griegos, liberados del yugo de Macedonia. Entre sus edificios destacaba, evidentemente, el templo de Poseidón, que se remonta en su primera fase hasta el año 700 a. C., y que en época helenística estaba construido con piedra, era períptero y de orden dórico, que permaneció en pie hasta la época tardorromana.

Figura 66. Tito Quincio concede la libertad a los griegos, de Giuseppe Sciuti (1878) (Wikimedia Commons).

•El santuario de los Grandes Dioses de Samotracia fue uno de los principales recintos religiosos panhelénicos, situado en la isla de Samotracia, cerca de la costa tracia. Célebre en el mundo griego desde la época clásica por su culto mistérico, un rito de tipo ctónico que no era menos renombrado que el de los famosos misterios eleusinos. La identidad y la naturaleza de las divinidades veneradas en el santuario resultan en gran parte enigmáticas, debido a que estaba prohibido pronunciar su nombre. Las fuentes literarias antiguas les designan bajo la apelación colectiva de «cabiros», mientras que figuran con el simple nombre de dioses o grandes dioses en las inscripciones encontradas en el lugar. Los piratas saquearon este templo durante la estancia de Sila en Oriente, obteniendo un botín valorado en mil talentos.

•Ténaro. El santuario de Poseidón en Ténaro se encuentra en el extremo de la península de Mani, al sur de la península del Peloponeso. Estaba dedicado a Poseidón Asfaleo, que significa «Poseidón de la seguridad». Estrabón describió el santuario como un bosquecillo sagrado con una cueva cercana que, en la Antigüedad, se pensaba que era la entrada al Hades. Se cree que este santuario data al menos de una época en la que los ilotas aún eran independientes, antes de ser subyugados por Esparta, es decir, de la

Era Oscura. El santuario pudo haber sido un lugar de refugio para los esclavos. Cuando Esparta fue devastada por un terremoto en el año 464 a. C., se adujo que la causa había sido la venganza de Poseidón contra los éforos espartanos por haber ordenado estos la muerte de unos ilotas que se habían refugiado en este santuario. En época helenística fue un lugar donde se concentraban los mercenarios para ser contratados.

EL CULTO A MITRA

Uno de los testimonios que nos ofrece Plutarco es el relativo a la celebración de cultos mistéricos por parte de los piratas:

[Los piratas] ofrecían sacrificios extranjeros en Olimpo y celebraban algunos cultos mistéricos como el de Mitra, que todavía hoy pervive y que ellos fueron los primeros en dar a conocer (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 7).

Algunos investigadores consideran, a partir del texto anterior, que los piratas de Cilicia podrían haber sido los responsables de la transmisión del culto de Mitra, un dios solar persa que llegó en un momento a rivalizar con el cristianismo, al mundo mediterráneo. De hecho, sorprende bastante que si los habitantes de Olimpo y otros piratas adoraban a Mitra, su culto no ha dejado restos arqueológicos visibles hasta ciento cincuenta años después, un hiatus muy amplio, que se produce precisamente en el periodo de máxima expresión de la escritura en el Imperio romano, lo que desde luego no deja de ser paradójico.

De hecho, Plutarco no menciona los cultos mistéricos de Mitra, sino «cultos mistéricos como el de Mitra», una acepción muy diferente. En la Grecia continental y en el mundo helénico en general no aceptaron a esta deidad. Un ejemplo instructivo lo refleja Delos, que

acogió múltiples cultos orientales, pero en donde no se encuentran trazas de Mitra. Simplemente, Plutarco quería indicar con la frase mencionada que los cultos que seguían los piratas cilicios («sacrificios extranjeros») estaban al mismo nivel que los de Mitra de su tiempo.

ATAQUES CONTRA ITALIA

Como hemos observado en la lista de los santuarios atacados por los piratas, entre estos se encontraba el de Juno Lacinia en el itálico cabo Lacinio. Los cilicios, ante la impunidad con que se encontraron debido a la inexistencia de una flota dedicada a erradicar sus prácticas, y a que las guerras endémicas que azotaban el Mediterráneo les facilitaban sus andanzas, no solo comenzaron a atacar en las aguas del mar Cilicio (la sección del mar Mediterráneo que baña las costas de Cilicia), sino que fueron expandiendo sus correrías, sobre todo en dirección a Occidente, primero al mar Egeo, luego a la península italiana, luego al resto del Mediterráneo, como veremos a la hora de hablar de sus relaciones con Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.) y el célebre gladiador Espartaco.

En un momento dado, ya no solo se contentaron con asaltar las costas italianas, sus ciudades portuarias, sino que comenzaron a adentrarse en el interior como nos muestra nuestro guía, Plutarco:

Después de haber causado numerosas ofensas a los romanos, empezaron a penetrar en el interior, donde se dedicaban al pillaje por los caminos y devastaban las villas cercanas a la costa. En cierta ocasión, raptaron incluso a dos pretores, Sextilio y Belieno, vestidos con sus ropas púrpuras, y junto a ellos se llevaron a sus ayudantes y lictores. Capturaron también a una hija de Antonio, hombre que ya había recibido el honor del triunfo, cuando se dirigía hacia el campo, y a la que se rescató mediante el pago de una gran suma de dinero (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 8-10).

Ya no eran seguros los caminos ni tampoco las villas cercanas a la costa. El mismo Cicerón señaló que no había seguridad ni tan siquiera en la vía Apia, que comunicaba Roma con Brundisio (Bríndisi):

[…] ya no podíamos hacer frente en ningún lugar a los piratas; nosotros, que antes no solo extendíamos nuestra protección a Italia, sino que podíamos garantizar, con el prestigio de nuestro imperio, la seguridad de todos nuestros aliados más remotos; […] nosotros no solo no podíamos contar con nuestras provincias, con las costas del mar de Italia y con nuestros puertos, sino ni siquiera con la Vía Apia (Cicerón, «En defensa de la ley Manilia», 55).

Parece ser, o al menos eso se ha conservado por las diversas fuentes literarias, que entre las víctimas de los piratas se encontraban las ciudades costeras de Ostia (Ostia Antica), Caieta (Torre di Orlando, Gaieta) y Miseno (Miseno), ubicadas en el mar Tirreno, mientras que en el mar Adriático figuraba Brundisio (Bríndisi), un importante centro del poder naval romano y el comercio marítimo, la puerta a Italia desde Grecia y Oriente. Sin duda, debió de haber otras muchas, pues Dion Casio y Veleyo Patérculo señalan que varias ciudades de Italia fueron saqueadas. Tales actividades no se efectuaban no solo por el botín que se podía conseguir, por supuesto, sino porque al atacar a una indefensa Italia se atemorizaba al resto de provincias.

Precisamente en Ostia fue destruida una flota asignada a un cónsul, aunque no conocemos más detalles. Se ha considerado que tal armada estaba destinada precisamente a combatir contra los piratas, y que habría sido desbaratada no mucho antes de la asignación de tal tarea a Pompeyo. Pero tal cosa es simple especulación.

De esta forma, en el puerto de Cosa (Ansedonia), en la costa tirrénica, a partir del hallazgo de un importante tesoro de monedas

fechado alrededor del año 70 a. C., el incendio y destrucción localizado en algunas de las casas excavadas fueron atribuidos en un primer momento por su excavador, F. E. Brown, a las guerras civiles, pero más tarde asumió que la ciudad fue saqueada por los piratas; pero otras posibles causas podrían haber sido un terremoto o disturbios relacionados con la conjuración de Catilina (63-62 a. C.). Sea como fuere, llama la atención la muralla que protegía el asentamiento con un lienzo ciclópeo y veintidós torres, todas ellas cuadradas menos una circular, en su mayoría estas se encuentran mirando hacia el mar debido a que por el Tirreno provenía el peligro, en forma de piratería

Figura 67. Vista del capitolio de Cosa (Wikimedia Commons).

Las costas de Etruria y Campania parecen haber recibido reiteradamente la presencia de estos visitantes indeseables, al menos por lo que indican nuestras fuentes. La isla de Sicilia también parece ser un objetivo prioritario de sus ataques.

El secuestro de los dos pretores, Sextilo y Belieno, también es recordado por Apiano y Cicerón, aunque estos autores no dan sus nombres. La descripción de sus ropajes, que indicaban su magistratura, así como los de sus acompañantes, entre ellos los lictores (en número de seis por cada pretor), indica que los piratas sabían perfectamente la importancia de ambos personajes. Desde luego, era un insulto a la república. Lo mismo puede decirse del rapto de varias jóvenes nobles que iban al campo, entre ellas Antonia, hija de Marco Antonio «el Orador» (cos. 99 a. C.). Este último fue el primer magistrado romano que obtuvo Cilicia como provincia (término que no indica forzosamente un territorio, sino la zona de actuación de un magistrado) en el año 102 a. C., y después de luchar contra los piratas, obtuvo los honores de un triunfo naval a finales del año 100 a. C.; tal secuestro no era más que una nueva humillación para Roma. Ambos episodios parecen que acontecieron no mucho antes de la aprobación de la lex Gabinia (67 a. C.), por la que se otorgaba a Pompeyo el mando militar para acabar con la piratería en el Mediterráneo.

Pero las cosas no se detenían aquí. Plutarco nos menciona la siguiente costumbre que a muchos lectores les resultará conocida:

Pero su acto más cruel era el siguiente: cuando uno de sus prisioneros gritaba que era romano y decía su nombre, fingían sentir terror y miedo, se golpeaban los muslos y se arrodillaban ante él suplicándole que los perdonase; este, al verlos afligidos y en actitud de súplica, quedaba convencido. A continuación, unos le ponían sus zapatos y otros lo vestían con una toga para que en otra ocasión no se lo dejase de reconocer. Tras burlarse de él de este modo y divertirse durante mucho tiempo, al final arrojaban una escalera de mano en medio del mar y le ordenaban que bajara y se marchara contento, y si se negaba ellos mismos lo empujaban al mar y lo ahogaban (Plutarco, Vida de Pompeyo, 24, 11-13).

Tenemos aquí pues la versión cilicia del tablón, que se aplicará en el mar Caribe más de mil quinientos años después.

Diodoro Sículo nos transmitió una curiosa anécdota que ocurrió durante la guerra de los aliados (91-89/87 a. C.):

Había en Ásculo, donde los romanos lo habían encerrado, un tal cilicio llamado Agamenón, quien a través de un revés repentino en el que sus cómplices fueron muertos, había sido capturado vivo. Habiendo sido liberado de prisión por los picentinos, ahora, en agradecimiento, servía alegremente en su ejército. Y como tenía mucha experiencia en bandidaje, invadió el país enemigo con un grupo de soldados que eran sus iguales en anarquía (Diodoro Sículo, Biblioteca histórica, 37, 16).

El cilicio Agamenón, que presenta un nombre ciertamente homérico, es calificado por Orosio como «archipirata», lo que casa con las actividades que efectuó para los rebeldes itálicos. Tenemos pues aquí la combinación perfecta: un pirata cilicio. Por desgracia, no tenemos más información sobre este personaje. En cualquier caso, llama la atención que estuviera en prisión, y no hubiera sido ejecutado, como así demandaba la costumbre. Por desgracia, la falta de datos no permite más que efectuar especulaciones.

En definitiva, las consecuencias de la piratería fueron nefastas para el comercio marítimo, y especialmente para el suministro de cereales, especialmente de trigo. El estado del tiempo ya no era el gran adversario de la navegación. Los barcos de transporte de grano procedentes de Sicilia, África y Sardinia no se atrevían a transitar o no alcanzaban los puertos italianos, por lo que el precio del trigo se puso, como vulgarmente se dice, por las nubes. Roma se enfrentaba a la espantosa perspectiva de una hambruna, que sin duda originaría importantes disturbios en la capital. Un discurso atribuido al cónsul Cayo Aurelio Cota (cos. 75 a. C.) advierte de la situación:

Nos habéis hecho cónsules, romanos, cuando la república estaba llena de dificultades dentro y fuera de ella. Pues en Hispania los

generales reclaman las pagas, soldados, armas, trigo, y a ello los obliga la situación, puesto que con la defección de los aliados y la huida de Sertorio por los montes ni pueden trabar combate ni hacerse con lo necesario; alimentamos ejércitos en Asia y Cilicia por culpa de las desmesuradas fuerzas de Mitrídates, Macedonia está llena de enemigos y no menos la zona marítima de Italia y las provincias, y entretanto los impuestos, pequeños e inciertos por las guerras, apenas sustentan parte de los gastos; de modo que la flota que mantenemos navegando y que protegía los transportes es más pequeña que antes […] (Salustio, Historias, 2, 47, 6-7).

La respuesta ante esta situación fue otorgar a Marco Antonio (pr. 74 a. C.), hijo de Marco Antonio «el Orador» (cos. 99 a. C.), un mando extraordinario con la misión de limpiar el Mediterráneo de piratas. Fracasó en su labor. La situación, pues, siguió siendo la misma:

La influencia de la piratería abarcaba casi por completo todo el mar Mediterráneo, que de este modo quedó cerrado a la navegación e inaccesible a cualquier clase de comercio. Fue sobre todo esta situación la que empujó a los romanos, agobiados por conseguir víveres y temerosos de una gran escasez, a enviar a Pompeyo para que expulsase a los piratas del mar […] (Plutarco, Vida de Pompeyo, 25, 1-2).

De modo que, en el año 67 a. C., se dieron prácticamente los mismos poderes a Pompeyo, quien, esta vez sí, eliminó la piratería como enemigo potencial para la supervivencia de Roma. Más adelante examinaremos ambas campañas.

EL TESTIMONIO DE DION CASIO

A continuación, reproducimos el texto de Dion Casio, que no

comentamos como los anteriores debido a que mayormente repite la información que hemos expuesto anteriormente. Pero es un interesante reflejo de la piratería que asolaba el Mediterráneo en el primer tercio del siglo

i

a. C.:

Y voy ahora a exponer cómo se desarrollaron los asuntos concernientes a Pompeyo. Infligían los piratas daños continuos al navegante, según el proceder que observan también los bandidos respecto a quién habita en tierra. Porque no hay tiempo en que esto no se haya producido, ni dejará de producirse mientras la naturaleza humana siga siendo la misma. Ahora bien, en época anterior, los actos de pillaje (ya fuese el mar su escenario, ya la tierra) tenían lugar en determinados lugares, solamente en la estación adecuada y a cargo de pocos individuos. Pero durante los años que estamos tratando, desde que había muchas y continuas guerras, eran muchas las ciudades arrasadas (pendiendo además las penas pertinentes sobre cuántos huían de ellas) y no había nada seguro, gran cantidad de gente se dio a la rapiña. Y si el bandidaje operante en tierra firme podía eliminarse mejor (ya que resultaba más patente a la población, infligía daños inmediatamente perceptibles y su represión no era muy difícil), el desarrollado por mar alcanzó las mayores proporciones. Porque, como las guerras contra potencias rivales absorbían los esfuerzos de Roma, floreció gran número de piratas que circundaban abundantes tramos de la costa y unían fuerzas con cuantos estaban en su misma situación, hasta el punto de que muchas veces algunos de ellos socorrieron a otros en calidad de aliados. Lo que hicieron en cooperación con los otros ya se ha expuesto (Dion Casio, Historia romana, 36, 20, 1-4).

Pues bien, una vez terminó aquello, no depusieron su actitud, sino que ellos solos causaron grandes y graves daños a los romanos y sus aliados. Navegaban no en pequeños grupos, sino a bordo de grandes flotas y tenían generales, llegando la cosa al extremo de que algunos de ellos adquirieron considerable renombre. Primero y antes que nada pillaban y capturaban a los navegantes (a quienes

no dejaban en paz ni siquiera durante la estación invernal, ya que incluso a lo largo de esta [movidos por la audacia, la costumbre y los éxitos obtenidos] se empleaban sin temor en sus barcos), después a los que se hallaban en los puertos. Porque cuando alguien osó guiar sus naves contra ellos, la mayoría de las veces fue derrotado y muerto, y si venció, fue incapaz no obstante de efectuar captura ninguna ante la rapidez con que los piratas surcaban las aguas; gracias a lo cual al poco tiempo, como si hubiesen vencido, volvían sobre sus pasos y, por un lado, arrasaban e incendiaban no ya aldeas y campos, sino incluso ciudades enteras; por otro, dispensaban amigable trato a determinados lugares, en los que establecían, cual si de tierra amiga se tratase, cuarteles de invierno y bases de operaciones (Dion Casio, Historia romana, 36, 21, 1-3).

De esta manera, puesto que el éxito coronaba sus empresas, comenzaron a adentrarse en tierra firme, donde causaban grandes daños incluso a aquellos que no tenían relación alguna con el mar. Y ello lo sufrían no solo los aliados de otras tierras, sino también la misma Italia. Pues al estimar que se harían con las riquezas, de mayor entidad, existentes en territorio italiano y que todos los demás habían de mirarles con un más grande temor si ni siquiera dicho territorio respetaban, incluso a Ostia, además de las restantes ciudades de la costa italiana, hicieron víctima de sus incursiones marítimas, en el curso de las cuales quemaban las embarcaciones y lo saqueaban todo. Por último, como no hallaban resistencia ninguna, adquirieron el hábito de establecerse en tierra, donde, sin temor y de igual manera que si estuviesen en sus casas, se dedicaban a disponer de cuantos hombres no habían matado y de cuantas riquezas habían apresado. Cada uno ejercía su actividad pirática en una zona (pues de ninguna manera podían los mismos devastar a lo largo de todo el mar y simultáneamente), pero la solidaridad entre ellos era tan fuerte que enviaban medios y ayuda no solo a aquellos con quienes mantenían lazos estrechos, sino también a los que apenas conocían. Y una de las principales razones de su fuerza estribaba en que si alguien de entre ellos ayudaba a cualquier otro, era objeto de la consideración general, y en cambio aquellos que lo atacaban sufrían los asaltos de todos los demás (Dion Casio, Historia romana, 36, 22, 1-5).

Tal vuelo cobró el asunto de los piratas que la guerra por ellos

librada se volvió grande, continua, imposible de prevenir y pérfida. Ciertamente, los romanos recibían noticia de lo ocurrido e incluso presenciaban algunas de sus consecuencias (en efecto, como no les llegaba ningún artículo de importación, también los envíos de trigo habían sido clausurados), pero, a despecho de que ya era hora de hacerlo, no concedían gran atención al asunto, sino que se limitaban a despachar barcos y generales solo cuando alguna noticia aislada los llenaba de inquietud; con ello no conseguían nada, antes bien mediante esos mismos expedientes incrementaban en grado muy considerable las penalidades arrostradas por sus aliados, quienes finalmente quedaron reducidos a una situación extrema (Dion Casio, Historia romana, 36, 23, 1-2).

Figura 68. Barco en un fresco del siglo

i

d. C. descubierto en Pompeya. Museo Nacional de Arqueología de Nápoles (https://es.topwar.ru/208300-kilikijskie-piraty-groza-i-uzhas-sredizemnogo-morja-antichnosti.html).

Licia, una península escarpada y boscosa, es una antigua región del sudoeste de Asia Menor, que limitaba con Caria al oeste, con Pisidia al noreste y con Panfilia al este. Los licios se identifican con los lukka de época de la Edad del Bronce, aunque estos últimos ocuparon un territorio mayor que la Licia posterior. Tras los diádocos, la región fue disputada entre los ptolomeos y los seléucidas. Desde la Paz de Apamea (188 a. C.), como hemos mencionado, Licia estuvo bajo el control de Rodas. No obstante, se creó una Liga Licia, con objeto de lograr la independencia. Según Estrabón, dicha confederación estaba compuesta por veintitrés ciudades-Estado, que gozaban de representación proporcional de acuerdo con el tamaño de cada una en un sinedrión o asamblea (el número de representantes variaba de uno a tres), que se reunían en el Letoon (en las proximidades de Janto, la ciudad principal), a fin de elegir una asamblea y a los jueces.

Figura 69. Dominios ptolemaicos ca. el año 200 a. C. (Wikimedia Commons).

Estrabón, durante su descripción de la costa y los puertos de Licia, efectuó una clara distinción entre los decentes y civilizados licios y sus vecinos panfilios y cilicios (expresamente, los de la Cilicia Traquea), que se dedicaban a la piratería:

Pues bien, tras la Dédala rodia hay un monte homónimo en Licia, Dédala, donde comienza la travesía costera de Licia, que tiene mil setecientos veinte estadios y es escabrosa y difícil, aunque con muy buenos puertos y habitada por buenas gentes. Por lo demás, las características naturales de esta región son similares a las de los panfilios y los cilicios traqueos, aunque estos utilizaron el lugar como base de operaciones para la piratería, bien dedicándose ellos mismos a esta actividad, bien proporcionando a los piratas mercados para el botín y fondeaderos. De hecho, en la ciudad panfilia de Side los astilleros estaban compinchados con los cilicios, que subastaban allí a sus cautivos aun reconociendo que eran hombres libres. Pero los licios llevaban una vida basada en la constitución y la sensatez, de forma que, aunque panfilios y cilicios se hicieron dueños del mar hasta Italia gracias a sus éxitos, ellos no se dejaron llevar por ninguna ganancia vergonzosa, sino que permanecieron fieles a la conducta ancestral de la liga licia (Estrabón, Geografía, 14, 3, 2).

Estrabón tenía la opinión de que los países accidentados o inhóspitos eran la morada de pueblos «incivilizados», que probablemente fuesen pobres y practicaran por ello el bandolerismo o la piratería. Su obra Geografía finaliza contraponiendo el mundo «civilizado» dentro del Imperio romano con el mundo «incivilizado» de nómadas y piratas fuera de él.

Desde el punto de vista anterior, los licios constituirían una especie de excepción a la regla anterior, lo que se explicaría por su estilo de vida helenizado. Sea como fuere, esto no es completamente cierto. Cicerón describió a Fasélide, situada en la parte oriental de Licia, como «una ciudad de piratas cilicios»; las ciudades de Olimpo y Córico, que fueron capturadas junto con Fasélide durante la campaña antipirática de Publio Servilio Vatia Isáurico (cos. 79 a. C.) en el año 77 a. C. al líder pirata Zenicetes, también estaban en el este de Licia (vid. infra).

Es de interés constatar que, entre las comunidades licias que tuvieron relación con la piratería, no existe ninguna en el lado occidental de las montañas que dividen a Licia en dos. Por ello, se ha considerado por diversos investigadores que, en algún momento del siglo

i

a. C., los licios podrían haber estado divididos entre aquellos que practicaban o protegían las actividades asociadas con la piratería y aquellos que la combatían.

Figura 70. Licia y sus principales ciudades (Wikimedia Commons).

Estas posibles divisiones internas de Licia parecen estar detrás de un grupo de inscripciones localizadas en la ciudad de Janto (Kinik), de finales del siglo

ii

o principios del siglo

i

a. C., probablemente de esta última fecha (aunque Ph. De Souza ofrece una cronología de la década de los años 80 a. C., y mayormente se sitúa durante la primera guerra mitridática, aunque incluso se ha rebajado a la época de la campaña de Servilio durante la década de los años 70 a. C.). Estos epígrafes celebran las hazañas de un almirante jantiano llamado Aichmon, hijo de Apolodoto, miembro de una importante familia licia. La ausencia de cualquier mención a los romanos podría explicar por qué ninguna de las fuentes literarias existentes mencionó este episodio.

Dos de estas inscripciones parecen haber formado parte de un tropaeum, un monumento a la victoria (por desgracia sin confirmar) que se construyó en el muro sobre la puerta de la ciudad de Janto. La tercera fue encontrada cerca de este lugar. El primer texto dice así:

Aichmon, hijo de Apolodoto, de la tribu de Sarpedón, que fue nombrado almirante de guerra de todos los licios, y derrotó al enemigo en una batalla naval cerca de Gelydonia, y desembarcó en su tierra y la devastó, y luchó contra ellos tres veces, y los derrotó en todas las batallas, dedicó esto a los héroes Sarpedón y Glauco (OGIS 552 = TAM 2.265).

Aichmon se describe en la primera inscripción como el comandante de la flota «de todos los licios». Luchó en una batalla naval alrededor del cabo Gelydonia (entre el golfo de Antalya y la bahía

de Finike, que se denominaba en época romana Promontorium Sacrum, célebre por el desarrollo de una batalla entre una escuadra otomana y otra española en 1616), y luego invadió territorio enemigo, lo arrasó y obtuvo la victoria en tres batallas. El segundo epígrafe señala:

Aichmon, hijo de Apolodoto, de la tribu de Sarpedón, que fue elegido por los licios para comandar su flota de guerra reunida, y perseveró contra los que estaban en un estado de oposición a la nación, durante toda la campaña, laboriosa y audazmente, después de prevalecer contra el enemigo dedicó esto a Ares en señal de agradecimiento (OGIS 553).

Esta inscripción brinda más detalles, incluidas algunas pistas sobre la naturaleza del mando de Aichmon y el enemigo al que venció. W. Dittenberger llamó la atención sobre la peculiar frase utilizada en la segunda inscripción para denotar a los oponentes de los licios. En vez de ser descritos como «el enemigo», son designados mediante la tortuosa fórmula «los que estaban en un estado de oposición a la nación». Esta forma atípica podría indicar que el enemigo involucrado en esta narración eran los propios licios. Esta opinión está respaldada por la ubicación de la batalla, frente a las islas Gelydonia, lo que indicaría que el desembarco en tierra del primer texto fue, probablemente, en la misma mitad oriental de Licia, en la llanura costera. Es en esta parte de Licia donde se encuentran Fasélide, Córico y Olimpo, todas ellas ciudades que sintieron la ira de Roma durante el proconsulado de Servilio Vatia. También parecería que esta acción tuvo lugar al margen de los romanos, a quienes estas inscripciones no mencionan de manera alguna.

La tercera inscripción, encontrada cerca de las otras dos y claramente relacionada con el mismo episodio, es mucho más corta: una simple dedicatoria a los dos héroes licios Glauco y Sarpedón por parte de aquellos que sirvieron en la flota licia.

La campaña de Aichmon bien pudo haber sido un intento de algunos de los licios occidentales de reducir la influencia y

restringir las actividades piratas de sus vecinos orientales. El contexto de una decisión licia de emprender una acción militar contra sus vecinos podría ser proporcionado por la lex de provinciis praetoriis (100 a. C.) que invitaba a los amigos y aliados de Roma a combatir a los piratas (vid. infra). Si esto fuera correcto, la campaña de Aichmon, que probablemente no fue un éxito completo, a pesar del tono triunfal de las inscripciones, fue una muestra notable de iniciativa y determinación, lo que indica que algunos de los licios eran de hecho dignos de los elogios exagerados de Estrabón.

LA ACCIÓN ATENIENSE DE CEFISODOROS

En relación con la actividad de Aichmon se ha relacionado un monumento parcialmente conservado descubierto en El Pireo, el puerto de Atenas, en el que una inscripción nos informa de los honores al almirante Cefisodoros (cuyo nombre se ha perdido en el epígrafe, pero ha podido ser reconstruido), de la noble familia de Kerikos, recibió coronas de flores de las tripulaciones atenienses de su flota (compuesta por trihemolias), así como de una serie de comunidades, cada una dentro de una corona: la Liga Licia, Fasélide, «Mira en Licia», Side, Celénderis y Citnos. A excepción de la última, todas ellas se encontraban en la Anatolia meridional, por lo que posiblemente la fuerza ateniense fue a luchar a esta zona contra la piratería. Todavía Atenas tenía una flota digna de mención, puesto que, por ejemplo, durante la tercera guerra púnica (149-146 a. C.), envió cinco trirremes en ayuda de los romanos.

Como parece ser la costumbre, no se indica la cronología de esta operación naval, por lo que se han propuesto distintas fechas. Si bien se ha datado en época de la campaña de Vatia, en la década de los años 70 a. C., esto no parece posible debido a que en ese momento Side era un puerto utilizado por los piratas para sus negocios, como posiblemente también sería la cilicia Celénderis, por no decir que Fasélide fue conquistada por el mencionado Vatia en el año 77 a. C. También se ha relacionado con la incursión de Marco Antonio «el Orador» en la zona, a finales del siglo

ii

a. C., el primer intento serio por parte de Roma de luchar contra la piratería.

Quizás esta expedición, como la de Aichmon, podría ser resultado de la misma lex de provinciis praetoriis anteriormente mencionada, y que trataremos más adelante. Por su parte, F. Canali de Rossi considera que las acciones de Aichmon y de Cefisodoros tuvieron lugar durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), pero la no mención de la intervención de los romanos ni la del monarca póntico en estas inscripciones no parece avalar esta opinión. Sea como fuere, Cefisodoros envió un emisario a un Lucio Furio Crassipes, muy posiblemente un importante magistrado romano de la provincia romana de Macedonia, que habría de fecharse en la segunda mitad del siglo

ii

a. C.

En cualquier caso, Atenas no dejó de velar por sus propios intereses, como refleja la mención en este texto de la isla de Citnos, en la parte septentrional del archipiélago de las Cícladas. Como en el siglo

iv

a. C., la Atenas helenística tardía tenía un gran interés en asegurar la ruta de los barcos mercantes que llegaban al golfo Sarónico, en donde se encuentra el puerto de El Pireo, por lo que el almirante Cefisodoros debió de proporcionar seguridad a los barcos que navegaban por el mar Egeo.

EL ORÁCULO A LOS SIEDROS

Como en el caso de los licios, el juicio de Estrabón sobre los panfilios no es del todo correcto. Al menos, conservamos, gracias a

la epigrafía de un caso (y sin duda tuvo que haber más), que un grupo de panfilios, en concreto los habitantes de la pequeña ciudad de Siedra, se opusieron a los piratas.

Se consultó un oráculo (probablemente, el de Claros, dedicado a Apolo) por parte de los siedros sobre cómo actuar frente a las incursiones de piratas. El oráculo, que los siedros registraron en una inscripción, quizás en una fecha bastante posterior a la consulta, aconsejaba, en hexámetros y en lenguaje épico, la creación de un grupo especial de estatuas que simbolizara la victoria de la justicia sobre la violencia; este grupo de estatuas aparece representado en las monedas de Siedra de los siglos ii y iii d. C. El oráculo también aconsejó tomar acciones tajates por parte de los siedros. El texto es el siguiente:

Panfilios de Siedra, que habitan una tierra común de razas mixtas de mortales, erijan en medio de su ciudad una imagen de Ares, el asesino de hombres manchado de sangre, y azoten y realicen sacrificios; Hermes debería mantenerlo cautivo con cadenas de hierro; por el otro lado, la justicia, que declara el mal y el bien, le juzgue; debe ser representado como alguien que suplica misericordia. Porque así estará en paz con vosotros, alejando de vuestra patria a la horda enemiga, y convocará la prosperidad que tanto habéis implorado. Y, además, debéis emprender la feroz batalla, ya sea ahuyentando o atando con cadenas irrompibles, y no, por miedo, paguéis una pena terrible a causa de los piratas, de esta manera seguramente escaparéis de todo juego de palabras (OGIS 553B =: TAM 2.264 = SEG XLI 1411).

Figura 71. Moneda de bronce de Siedra, de valor tres assaria, de época del emperador Marco Aurelio (161-180 d. C.), con la representación de las tres divinidades mencionadas en el oráculo. Ø = 28 mm.

Parece ser que entre los piratas se veneraba a dioses de carácter guerrero como Ares (el Marte griego), pero también a otras deidades como Hermes (el Mercurio romano), dios del comercio, pues los piratas se veían a sí mismos como abastecedores y distribuidores de mercancías. Es por ello que Apolo aconsejó a los siedrios erigir una estatua de Ares en el centro de la ciudad, flanqueado por Hermes y Dike (la justicia). La estatua debería ser encadenada por Hermes y golpeada con tirsos. De esta forma se conseguiría que «[Ares] estará en paz con vosotros». También Apolo señaló a los siedrios que deben organizar la resistencia y castigar a los piratas con severidad; en caso contrario, sufrir las consecuencias.

Con este contexto, parece claro que encadenar al dios y hacerle sacrificios tenían el efecto de apaciguarlo. Se abren así dos posibilidades. La primera, neutralizar a Ares para que cesaran los actos violentos y sanguinarios de los piratas; la segunda, su encadenamiento tenía como fin que conservara sus atributos militares para los siedrios, lo que les daría una ventaja decisiva contra los piratas.

En un periodo en el que la supremacía de Roma no estaba garantizada, alinearse con los romanos en contra de los piratas era una acción peligrosa, por lo que habría sido prudente hacer que el registro público de la decisión de los siedros fuera lo más ambigua posible, dejando implícita su resistencia contra la piratería en lugar de afirmarla con audacia. Vale la pena indicar que el oráculo comenzaba con una referencia a Siedra como «una tierra común de razas mixtas», lo que probablemente sea una alusión a la presencia tanto de panfilios como de cilicios dentro de esta ciudad.

El mensaje oracular podría haber tenido la intención de ayudar a proporcionar un elemento cohesionador entre los siedros. La ciudad vecina de Coracesio era conocida como un centro de piratería que resistió a los romanos, con batalla incluida, durante la campaña de Pompeyo del año 67 a. C., por lo que la decisión de Siedra de alinearse con Roma habría sido ciertamente arriesgada, con muchas razones para temer represalias de unos y otros. No parece probable que un lugar tan pequeño y vulnerable como Siedra participara en acciones militares de carácter independiente. En cambio, sus habitantes probablemente se negaron a permitir que los piratas usaran su puerto y su ciudad.

Figura 72. Ruinas de Siedra (Wikimedia Commons).

Lucano y Floro mencionan a Siedra como el lugar donde Pompeyo celebró su último consejo de guerra en el año 48 a. C., antes de su fatal viaje a Egipto, en el marco de la segunda guerra civil romana (49-45 a. C.). Su elección quizás no fue casual, y pudo estar relacionada con algún tipo de ayuda que esta ciudad habría prestado a Pompeyo durante su campaña contra la piratería en el año 67 a. C.

ASTIPALEA

La inacción de Roma podía ofrecer una sensación de impunidad a los piratas. A lo largo y ancho del mar Egeo, existen numerosas inscripciones que mencionan sus actividades, así como el impacto sobre las diferentes comunidades con las que se relacionaban.

Ahora bien, no debe pensarse que los piratas pudieron vagar libremente por el Mediterráneo durante el siglo

ii

a. C., excepto cuando fueron controlados por los romanos en las campañas que describiremos en los siguientes capítulos. Los amigos, aliados y súbditos de Roma no dependían totalmente de las iniciativas romanas para combatir la piratería. De manera desafortunada, debido a la naturaleza altamente selectiva de los registros históricos disponibles para este periodo, es difícil conocer el tipo de actuación que podría haberse tomado. Solo de forma ocasional sabemos de acciones contra la piratería que no involucran a Roma, como la del licio Aichmon o la del ateniense Cefisodoros.

Otro caso de este tipo de comportamiento proviene de una inscripción recuperada en Astipalea, una isla perteneciente al

archipiélago del Dodecaneso, de unos noventa y siete kilómetros cuadrados de superficie. Se trata un decreto honorario de los efesios para los astipaleos, fechado a finales del siglo

ii

a. C., cuando la ciudad de Éfeso era parte de la provincia romana de Asia:

Decidido por el Consejo y el pueblo. Moschion, hijo de Menetos, propuso, siguiendo la moción presentada al Consejo por los generales, sobre los [honores para el pueblo] de Astipalea; ya que los hombres de Astipalea [se han comportado] como buenos y fieles amigos de [nuestro pueblo, habiendo luchado] valientemente contra [...] los piratas [...] y con maldad [...] del mar [...] y después de que los piratas navegaron [aquí] y atacaron nuestro [territorio] en Pígela [y se llevaron personas del santuario] de Artemisa Muniquia, tanto personas libres como esclavos, y saquearon sus [propiedades] y [muchos lugares] en los alrededores, los astipaleos, preparados para la batalla en respuesta a los informes anteriores [de los] efesios, navegaron contra los piratas y, arriesgando sus vidas, sin escatimar esfuerzos de mente o cuerpo, pero exponiéndose a un gran peligro en la lucha que siguió, [pusieron en fuga] a todos sus oponentes [...] entre los barcos [...] habiendo empujado a los piratas y malhechores a la ciudad de los astipaleos, y habiendo los castigó [en el acto], de acuerdo con su odio a los malhechores, y habiendo rescatado [a los que fueron arrebatados de nuestro territorio], y habiéndolos descubierto que eran nuestros [ciudadanos], cuidaron de todos ellos y [los recibieron en sus casas], proveyendo [a todos y cada uno] de lo que [necesitaban] para su [cuidado] diario y sustento [corporal], [cuidarlos] como a sus propios hijos. Del mismo modo, también cuidaron de los [amados] hijos de las personas libres, [protegiéndolos] y cuidándolos [...]» (IG XII 3.171 = IGSK Ephesos 1.ª, 5).

Figura 73. Mapa con algunas de las antiguas ciudades griegas en Jonia, donde se aprecia la ubicación de Pígela, al oeste de Éfeso (Wikimedia Commons).

La pequeña ciudad de Pígela se encontraba en la costa, y en ella se ubicaba un santuario dedicado a Artemisa Muniquia, que fue saqueado por los piratas (no figura este lugar en el listado de santuarios atacados por los piratas que han conservado las fuentes literarias existentes) y de donde se llevaron a parte de la población.

Parece evidente que los piratas asaltaron el territorio de Éfeso y luego fueron interceptados y derrotados por los astipaleos. Estos últimos parecen haber tenido, pues, algunos barcos a su disposición, lo que no quiere decir que tuvieran una flota de guerra importante, pero sí algunas naves para efectuar este tipo de tareas. El epígrafe implica que algún tipo de señal, mensaje o informe llegó a Astipalea antes que los piratas, por lo que sus habitantes pudieron efectuar los preparativos oportunos. La secuencia de los eventos se encuentra oscurecida por las lagunas en la inscripción.

Los piratas fueron castigados «como correspondía a su maldad». La justicia sumaria impuesta por los astipaleos a sus prisioneros no ha de causar sorpresa, pero habría impedido que los piratas explicaran cómo llegaron allí si las circunstancias fueran un tanto sospechosas. Este ejemplo muestra que los piratas, a pesar de tener cautivos valiosos en su poder, no necesariamente se encontrarán en una posición segura.

Una visión un tanto cínica la presenta V. Gabrielsen. Para este investigador, los astipaleos vendieron a los esclavos que habían capturado en territorio efesio por los piratas, así como a estos mismos, a los que no se les había aplicado la pena capital. Igualmente, el que los ciudadanos libres efesios estuvieran un tiempo en Astipalea, bien cuidados, eso sí, indicaría que estos habrían vuelto solo a Éfeso después de que se pagara un «rescate» a los astipaleos.

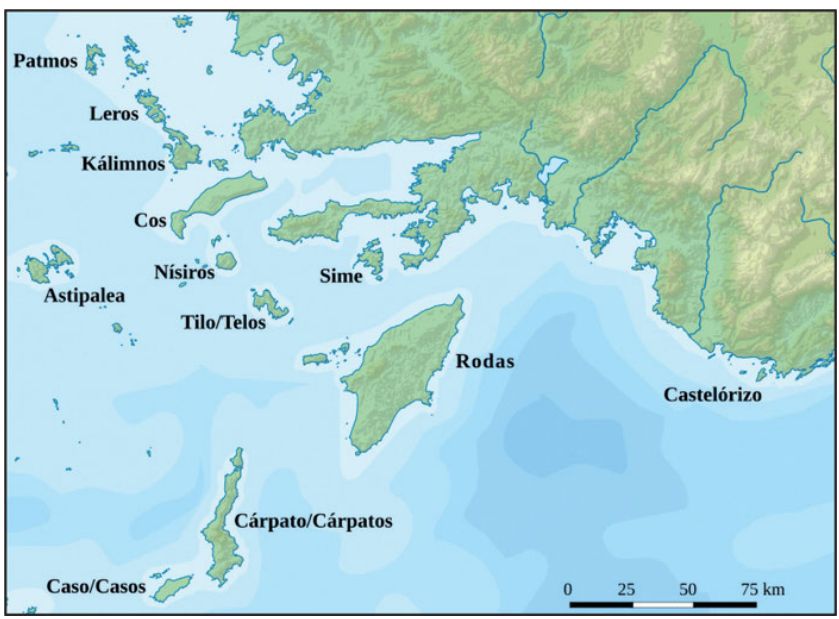

Figura 74. Mapa del archipiélago del Dodecaneso (Wikimedia Commons).

Como ya hemos mencionado, estas acciones se llevaron a cabo de manera independiente a cualquier autoridad romana. Éfeso pertenecía (en la época en que se supone que ocurrieron los hechos) a una provincia romana, y en cierta manera sorprende la falta de respuesta por parte romana. Sea como fuere, efesios y astipaleos fueron capaces de lidiar con bastante eficacia con los piratas.

Es posible que este suceso sea posterior al año 105 a. C., cuando Astipalea efectuó un tratado de alianza con Roma que ha sobrevivido en una inscripción encontrada en la isla, que por su contenido debió de seguir una fórmula estándar. De hecho, este tratado es uno de tantos que Roma efectuó en esta época con diversas comunidades del mar Egeo, en una época de la que disponemos poca información, que hay que relacionar con el establecimiento del poder romano directo en el área, con objeto de hacer frente tanto a los piratas como a las incursiones bárbaras en Tracia y los Balcanes. De esta forma, conocemos los siguientes tratados: con Metimna (Metimna) en la isla de Lesbos en el año 129 a. C.; con Callatis (Mangalia) en la costa del mar Negro alrededor de los años 106-101 a. C.; con Tirión (Tirreo) en Acarnania en el año 94 a. C.; con Maronea (Hagios Kharalambos) en la costa tracia en una fecha discutida; con Elea (Zeytindağ) en la Eólida alrededor del año 129 a. C.; con Epidauro en el año 112/111 a. C.; y con Alabanda (Doğanyurt) en Caria en fecha indeterminada.

El texto conservado relativo al tratado en sí es el siguiente, en el que ha de destacarse que Astipalea y Roma se encuentran en pie de igualdad:

«[...] entre el pueblo de los romanos y el pueblo de Astipalea habrá paz y [amistad y alianza] tanto en tierra como en el mar [para siempre]. No habrá guerra. El pueblo [de Astipalea no concederá paso a [los] enemigos y oponentes [del pueblo de los romanos a través de su propia tierra y la tierra que controla el pueblo de Astipalea, con] sanción pública, de modo que sobre el pueblo de los romanos y los que están bajo el dominio romano puedan hacer la guerra. Y con respecto a los enemigos [de Roma], ni [con armas] ni

con dinero ni con barcos [los astipaleos] los ayudarán con sanción pública [y] de [mala] fe. El pueblo de los romanos, con respecto a los enemigos y oponentes [...] del pueblo de Astipalea, [no] a través de su propia tierra y la tierra que [el pueblo de los romanos controlan les concederá el paso] con sanción pública [y] de [mala] fe, [para que contra el pueblo de] Astipalea y aquellos bajo su gobierno puedan hacer la guerra. Y [con respecto a los enemigos (de Astipalea)], ni con armas ni con dinero ni con barcos [los romanos] los ayudarán de mala fe. Y si alguien [toma la iniciativa] para emprender [la guerra] contra el pueblo de Astipalea, el pueblo de los romanos [ayudará al pueblo de Astipalea (?). Y si alguien] toma la iniciativa de hacer la guerra contra [el pueblo de los romanos, el pueblo de Astipalea ayudará (a los romanos) de acuerdo con el] tratado y los juramentos [hechos (...) entre] el pueblo de los romanos y el pueblo de Astipalea. Y si algo desean de común acuerdo añadir a este tratado o restarle con sanción pública, [quien (?)] así lo desee tendrá permiso (IG XII 3.173 = IGRR IV 1028 líns. 26-46).

Capítulo V

Roma se mueve

Ante el incremento de la piratería, Roma se vio en un momento determinada a tomar cartas en el asunto. La primera medida conocida fue la campaña de Marco Antonio «el Orador» (cos. 99 a. C.) en el año 102 a. C., a la que le siguió la lex de provinciis praetoriis (100 a. C.). La primera guerra mitridática (89-85 a. C.) evidenció la importancia de Anatolia dentro del panorama militar romano, lo que llevó poco después a la creación de la provincia de «Cilicia», diseñada para hacer frente a la piratería.

MARCO ANTONIO «EL ORADOR»

La evidencia más antigua que tenemos de la acción militar de Roma contra los piratas cilicios fue protagonizada por el mencionado Marco Antonio «el Orador» en el año 102 a. C. (campaña que, posiblemente, duraría hasta el año 100 a. C., ya que en diciembre de este año el citado personaje celebró un triunfo por sus actividades), cuando ocupó el cargo de pretor (aunque ciertos investigadores opinan que ocupó esta magistratura en el año 103 a. C.), uno de los mejores oradores de su tiempo, de ahí su apodo. Este personaje fue el primero de su familia en llegar al consulado, gracias a lo cual sus descendientes ocuparon un lugar destacado en la Roma del siglo

i

a. C. De esta forma, su nieto Marco Antonio (cos. I 44 a. C.) se convirtió en uno de los miembros del segundo triunvirato y gobernante de facto de Roma.

Antonio había ganado fama como un orador que se ocupaba, según Cicerón, de «importantes casos judiciales» y estaba asociado con los intereses de los círculos financieros de Roma. Quizás a causa de estas conexiones, el Senado lo envió a Oriente para luchar contra los piratas de Cilicia. En este sentido, no debe caer en saco roto la dedicación de una estatua de bronce que Prostaenna, una pequeña comunidad de Pisidia, le dedicó en Delos alrededor del año 113 a. C., como quaestor pro praetore.

Por desgracia, se nos han conservado muy pocos datos acerca de esta campaña, e incluso se han planteado algunas correcciones y contradicciones. Por ejemplo, en cuanto a la cronología, J. L. Ferrary consideró que una campaña militar romana contra la piratería se habría efectuado en el año 103 a. C. Para ello, se basa en un par de inscripciones sin fecha de la ciudad de Mesene, en el Peloponeso, efectuadas en honor de Aristóteles, grammateus (secretario) del Consejo mesenio, en el que se elogia su habilidad y honestidad al rendir las cuentas financieras de un impuesto especial.

Como muy bien indica Ph. De Souza, no existe ninguna evidencia que conecte la leva con una expedición contra los piratas, ni ninguna mención de una expedición anterior a la de Antonio en las fuentes literarias. El único candidato a tal empresa es este mismo, pero por los datos existentes esta se realizó en el año 102 a. C. La sugerencia de J. L. Ferrary es plausible en la medida en que explica el uso que se le dio al impuesto. Es probable, dada la enorme presión militar que sufrían los romanos en este momento, que la expedición se financiara casi en su totalidad con recursos provinciales. No va a ser la única.

Cicerón denominó a Antonio procónsul, misma denominación que se le aplica en una inscripción de Rodas que honra a un oficial naval que sirvió bajo sus órdenes, así como en un epígrafe latino de Corinto (vid. infra). Según la interpretación de E. Klebs, Antonio cumplió su misión como pretor con poderes proconsulares. Sea como fuere, no existe información sobre si sus poderes se aplicaban tradicionalmente a un espacio limitado específico, o si el imperium de Antonio se correlacionaba con la autoridad de algún gobernador provincial cercano (léase la provincia de Asia).

También se ha planteado recientemente la verdadera naturaleza de la campaña de Antonio. A. L. Beek considera que, como gran número de los esclavos sublevados durante la segunda guerra servil (104-100 a. C.) en Sicilia eran de origen cilicio, estos escaparían en un número significativo de la isla, y Antonio tuvo la tarea de combatir esta nueva amenaza. Si bien en principio no existe evidencia literaria alguna que respalde esta interesante teoría, Julio Obsecuente señaló, para el año 102 a. C., que «los piratas fueron aniquilados por los romanos en Sicilia», frase que se ha enmendado a «los piratas fueron aniquilados por los romanos en Cilicia», sobre la suposición de que Antonio únicamente luchó contra los piratas en este último territorio, corrección que A. Avidov considera innecesaria. El epítome de Tito Livio registra su actividad de la siguiente manera: «El pretor Marco Antonio persiguió hasta Cilicia a los piratas del mar» (la fórmula del final de la frase es de lo más curiosa). La parquedad de las fuentes conservadas acerca de este episodio no permite ir más allá de que Antonio se enfrentó a los piratas.

Otro problema es en calidad de qué operó Antonio. Su misión era evidente: luchar contra la piratería cilicia. Pero existe mucha polémica acerca de si nuestro personaje fue el gobernador ordinario de la provincia de Asia, o si se le concedió el mando de la provincia de Cilicia, no en un sentido territorial, sino como jurisdicción de carácter militar, que es el significado original de la palabra «provincia», en el sentido de «misión encomendada a un magistrado». En la actualidad, se piensa que esta última posibilidad es la adecuada a tenor de la documentación existente.

Sea como fuere, la «Cilicia» contra la que se enfrentó Antonio no era la Cilicia propiamente dicha, sino más bien parece ser que sus actividades se circunscribieron a la región de Panfilia, entre Licia y Cilicia, de las que, en este momento, algunas de sus ciudades eran independientes, como Side (Manavgat), mientras que parte de su territorio en teoría formaba parte de la provincia romana de Asia. Tras la paz de Apamea (188 a. C.), los seléucidas tuvieron que ceder todo el territorio al norte de los montes Tauro al reino de Pérgamo, pero este llegaba solo de manera efectiva hasta la ciudad de Perge (a quince kilómetros de Antalya), con lo que la Panfilia oriental quedó en un estado de semiindependiencia, de manera que el rey

Átalo II (159-138 a. C.) ordenó construir un nuevo puerto en la ciudad de Attalia para poder controlar el territorio.

Si Asia fuera la provincia que se le asignó, habría sido concebida como una base para sus operaciones fuera del área territorial normal de esa provincia. Desde luego, sería prácticamente imposible para un magistrado romano llevar a cabo una campaña militar en esta área sin utilizar Asia y sus recursos. Esto es probablemente cierto, pero no significa que Asia tuviera que ser la provincia que le fue asignada. La imagen de sus actividades que presenta la evidencia disponible está muy claramente centrada en Cilicia y las áreas inmediatamente adyacentes, sin indicio alguno de que estuvo en ninguna de las áreas principales de la provincia de Asia.

Según Ph. De Souza, esta campaña estaba claramente dirigida a reducir la amenaza de ciertos feudos locales, en una región que se denominó «Cilicia». Eso no significa que el problema de la piratería no fuera una razón para la asignación de la provincia de Antonio. Sin embargo, este no esperaba erradicar el problema, ni siquiera lo intentaría. Su objetivo sería efectuar un ataque contra algunas comunidades en «Cilicia», en una operación combinada naval y terrestre, para demostrar la disposición de Roma de que podía llevar a cabo una acción decisiva en la región. Asimismo, con ello Antonio podría obtener suficiente crédito militar para continuar su carrera en Roma, con objeto de alcanzar el consulado, meta que logró, sin duda, gracias a su victoria contra este esquivo enemigo. Igualmente, este triunfo le debió de proporcionar un importante botín y ser bien visto por los negotiatores, cuyas operaciones eran obstaculizadas por las operaciones de los piratas.

Para Cl. Sintes, parece razonable pensar que Antonio primero esperó a reunir suficientes fuerzas navales aliadas para completar su flota, que consideraba en un principio demasiado débil, lo mismo que sus fuerzas terrestres, con objeto de llevar a cabo una operación conjunta. De hecho, la táctica más efectiva para eliminar a los piratas era aislándolos de sus bases enviando tropas para ocupar sus puertos, y luego perseguirlos en el mar sin que puedan reagruparse en tierra.

Un epígrafe localizado en Corinto, pero no in situ, menciona el cruce del istmo de Corinto por una flota romana, en coplas elegíacas de manera que cada línea contiene un verso. El texto dice así:

Lo que nadie ha intentado o [...] aprender de esta hazaña, para que podamos ensalzar las hazañas del hombre con un amplio informe. Bajo los auspicios de [Marco Antonio] el procónsul, una flota fue transportada a través del istmo y enviada al otro lado del mar. Él mismo partió para ir a Side, mientras que Hirro en Atenas, [con el mando] pro praetore, estacionó su flota debido a la época del año. Estas cosas se hicieron en unos pocos días con un mínimo de confusión, mucha planificación y [buena (?)] seguridad. El que es honesto lo alaba. El que es hostil [mira con rencor su hazaña (?)]. Que los hombres lo envidien, mientras [vean ...] (CIL I^2 2662 = ILLRP 342 = IGRRP IV 1116).

Los versos estaban inscritos en latín, en un bloque que anteriormente se había utilizado para una inscripción efectuada en griego. El responsable del texto fue al parecer un tal Hirro, seguramente el abuelo del piscicultor Cayo Lucilio Hirro (tr. pl. 53 a. C.). La paleografía y el lenguaje indican que sería apropiada una fecha entre el año 146 a. C., año de la destrucción de Corinto por Lucio Mumio (cos. 146 a. C.), durante la guerra aquea (146 a. C.), y el año 46 a. C., cuando se estableció una colonia cesariana en el lugar.

En consecuencia, solo hay dos candidatos probables para la identificación del nombre borrado, Marco Antonio «el Orador» (cos. 99 a. C.), y Marco Antonio «Crético» (pr. 74 a. C.), abuelo y padre respectivamente del conoció triunviro Marco Antonio (cos. I 44 a. C.), cuya damnatio memoriae explicaría el raspado (por confusión con su descendiente) del nombre. De manera casi unánime, se

identifica a este personaje con el primero. En cambio, A. N. Sherwin-White considera que debió de tratarse del segundo, quien efectuó una campaña contra los piratas, debido a la presencia inusual de un propretor en el séquito del procónsul, Hirro, un caso raro pero no imposible en este momento.

Por su parte, M. Passhel considera que este Hirro, al que denomina (Cayo Lucilio) Hirro, sería idéntico a un pretor citado por el polígrafo Varrón, en funciones durante el siglo

ii

a. C. Este personaje lo más probable es que fuera uno de los pretores del año 103 a. C. enviado el año siguiente como pro praetor para reunir los recursos navales de los socii griegos y ayudar en las operaciones de Antonio en el mar Egeo. Su provincia sería probablemente Acaya, separada temporalmente de Macedonia, como se hacía de tanto en tanto cuando las operaciones navales en el mar Egeo parecían requerirlo. Una solución imaginativa pero que carece de pruebas.

Es posible que la inscripción dedicada a Sexto Apuleyo (cos. 29 a. C.) en el santuario de Claros hubiera sido previamente destinada a Antonio, la cual habría sufrido la misma suerte que el epígrafe de Corinto, pues puede observarse que un nombre fue previamente martilleado para ser sustituido por el presente destinatario. La tipología del monumento y el capitel apuntan a que fue construido a finales del siglo

ii

a. C., por lo que tendríamos de nuevo que el abuelo del triunviro Marco Antonio corrió, por error, la misma suerte, la de la damnatio memoriae.

Se ha considerado que esta inscripción debió de haber sido erigida en el istmo y luego trasladada a Corinto para honrar a su nieto, el triunviro Marco Antonio. Más bien, la inexistencia de un contexto conocido para un monumento de estas características en el istmo hace más probable que la inscripción latina fuera erigida en Corinto en el año 101/100 a. C., cuando en Roma se concebían planes

(luego abandonados) para fundar nuevas colonias en Acaya (es decir, Grecia) y Macedonia. De manera verosímil, en el lugar de la arrasada Corinto permaneció una pequeña comunidad que mantuvo el recuerdo de la ciudad. Este es uno de los pocos eventos conocidos de la zona en el siglo entre la destrucción causada por Mumio y la fundación de la colonia cesariana.

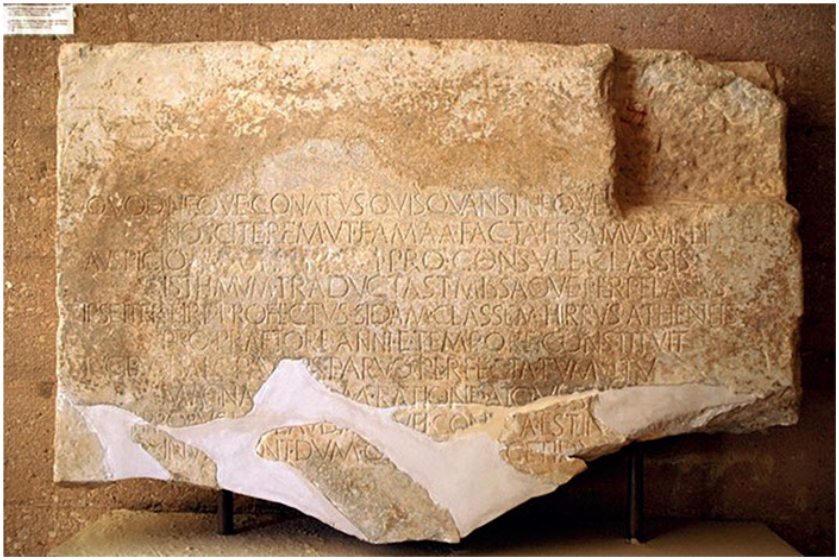

Figura 75. Inscripción sobre un transporte romano a través del istmo (https://livyarrow.org/digital-resources/flash-conference-3/flash-conference-1/abstracts/welch-handout/).

El epígrafe celebra el tránsito de una flota, que debió de ser de un tamaño considerable, por el istmo de Corinto, lo que se considera una hazaña. La única respuesta adecuada a esta proeza era el elogio o la envidia. Como se deduce del texto, la travesía fue en dirección oesteeste, ya que los barcos hicieron una parada en Atenas (más exactamente, en el puerto de El Pireo), «debido a la época del año», por lo que es de suponer que este trayecto se efectuó en invierno, procediendo las naves de Italia. Es interesante la mención de la ciudad de Side, de la que ya hemos visto que en un momento

posterior fue un refugio de piratas; si no lo era en esta época, habría sido una buena base para una expedición marítima contra Cilicia.

Muy posiblemente, el traslado de suministros, incluidos tablones o rodillos de madera y dispositivos de transporte, puede haber simplificado el esfuerzo una vez que la flota llegó al istmo. En cualquier caso, la operación duraría varios días. Esta fue una acción llevada a cabo para mitigar la riesgos de circunnavegar el cabo Malea durante la estación invernal, aunque sin duda debió de estar basada en los conocimientos de Antonio sobre el pasado helénico y encaja en un patrón de filohelenismo y competencia entre los aristócratas romanos en el siglo

ii

a. C.

El historiador Tucídides menciona que, durante la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), el Diolkos (vid. infra) se utilizó para el transporte de buques de guerra a través del istmo, de una manera que era algo bastante obvio, como si esto fuera una larga tradición. En el año 217 a. C., cuando la flota del rey macedonio Filipo V (221-179 a. C.) llegó al extremo oriental del istmo, ocho barcos sin cubierta y treinta barcos ligeros cruzaron el Diolkos, mientras que doce grandes navíos de combate con cubiertas y superestructuras debían navegar alrededor del Peloponeso. Si la afirmación de que Antonio había hecho algo que nunca se había realizado antes se basa en algo más que el entusiasmo del poeta, y lo nuevo en su logro debe de haber sido el transporte de barcos más grandes. La operación fue repetida más tarde por Cayo Julio César Octaviano (cos. I 43 a. C.), posteriormente el emperador Augusto, en el año 30 a. C., tras la batalla de Accio (31 a. C.), quien también, debido al clima desfavorable, usó el Diolkos para que una parte de su flota llegara lo más rápido posible a Asia. Muchos siglos después, alrededor del año 873 d. C., el almirante bizantino Nicetas Orifos hizo arrastrar toda su flota a través del istmo; el cruce se ejecutó con rapidez y gran destreza, sorprendiendo de esta forma a la flota sarracena en el golfo de Corinto.

Figura 76. Roma en Oriente durante el año 102/101 a. C. (Wikimedia Commons).

LA CAMPAÑA

Por desgracia, carecemos prácticamente de datos de la campaña efectuada por Antonio, a excepción de que fue coronada con el «éxito», de manera que pidió y obtuvo los honores del triunfo, así como seguidamente el consulado del año 99 a. C. Posteriormente, llegó a ser nombrado censor en el año 97 a. C. Dado que el triunfo de Antonio no tuvo lugar antes de diciembre del año 100 a. C., su elección fue in absentia. Igualmente, por esta causa se le menciona junto con sus tropas en las afueras de la ciudad de Roma durante los altercados que llevaron a la muerte de Lucio Apuleyo Saturnino (tr. pl. I 103 a. C.) y sus partidarios.

Gracias a una referencia casual de Cicerón, conocemos que Antonio se detuvo durante muchos días en Atenas y Rodas, en su camino, supuestamente, en dirección hacia Side. Sería un poco raro que Antonio se adelantara a sus fuerzas, si estos fueran los únicos

contingentes navales involucrados, pero parece ser que utilizó barcos de otros puntos del mundo romano. El papel de ciertos aliados y súbditos de los romanos en la lucha contra los piratas debió de ser muy importante.

Tácito, al describir un discurso atribuido a unos embajadores bizantinos que intentaron obtener del emperador Claudio (41-54 d. C.) ciertos favores, indicó:

Empezaron con el pacto que habían establecido con nosotros en el tiempo en que luchábamos contra el rey de Macedonia al que, como a indigno de su estirpe, se le impuso el nombre de Pseudofilipo. Recordaron luego las tropas enviadas contra Antíoco, Perseo y Aristónico, y la ayuda prestada a Antonio en la guerra de los piratas, así como la ofrecida a Sila, Lúculo o Pompeyo (Tácito, Anales, 12, 62).

Si bien algunos estudiosos consideran que el texto anterior corresponde a la campaña de Marco Antonio «Crético» (pr. 74 a. C.), hijo homónimo de nuestro personaje, más bien la ayuda bizantina correspondería a este momento histórico. Igualmente, la inscripción de Rodas mencionada anteriormente honra a un oficial naval que sirvió a las órdenes de Antonio en Cilicia. Los rodios, probablemente, estuvieron involucrados en todas las campañas romanas contra los piratas, aunque a veces no lo tengamos directamente atestiguado.

Parece ser que los rodios jugaron un papel destacado en esta iniciativa romana, en la que participaron. La lex de provinciis praetoriis otorgó a los embajadores rodios una audiencia especial en el Senado e igualmente se les entregaron copias de las cartas que instaban a los monarcas del Mediterráneo oriental a negar la entrada en los puertos a los piratas, una idea tomada de los rodios, quienes utilizaron este enfoque en sus tratados con algunas de las ciudades cretenses. Al parecer, los romanos estaban asumiendo el papel de protectores marítimos, que los rodios habían efectuado con éxito a finales del siglo

y principios del ii a. C.

La flota principal de Antonio, al que hemos dejado de la mano de Hirro en Atenas, debió de unirse a su comandante en jefe en algún lugar cercano a Cilicia, quizás la mencionada Side. Esta ciudad era una muy buena elección, pues tenía un puerto bien protegido y las montañas lo separan de la propia Cilicia, aunque la distancia por mar era relativamente corta. La flota podría haber «seguido» a las fuerzas terrestres utilizando la carretera de la costa para acercarse a Cilicia, o incluso haber transportado una gran fuerza para una operación anfibia. Es muy poco probable que Antonio trajera un ejército importante de Italia, debido a que la guerra cimbria (113-101 a. C.) todavía amenazaba a Italia en ese momento, por lo que sus tropas debían consistir en aliados y provinciales.

La descripción de la campaña de Antonio en el epítome de Tito Livio, diciendo que «persiguió hasta Cilicia a los piratas del mar», parece indicar que, en realidad, poca de su actividad tuvo lugar dentro de las fronteras de la Cilicia Traquea. Probablemente, el procónsul dirigió operaciones militares contra la piratería tanto en el mar como en tierra. Antonio pudo llevar a cabo una invasión de Cilicia desde Licaonia a través de los pasos de las montañas del Tauro.

Esta acción, en cualquier caso, no fue a gran escala; el único detalle que se conserva en las fuentes es la muerte en acción de su amigo personal y prefecto Marco Gratidio, tío abuelo de Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a. C.) y cuñado de Cayo Mario (cos. I 107 a. C.). Otros integrantes de esta campaña serían Cayo Norbano (cos. 87 a. C.) y Aulo Gabinio, este último padre del cónsul homónimo del año 58 a. C., como cuestores de los años 102 y 101 a. C. respectivamente.

La campaña realizada por Antonio contra los piratas consistiría, probablemente, en un ataque a una o más posiciones costeras, con algunos combates en tierra y en el mar. El objetivo principal serían las bases piratas, con la intención de negarles los refugios seguros necesarios desde donde podrían operar.

Marco Antonio no «destruyó» a los piratas cilicios, a pesar de la anterior afirmación de Julio Obsecuente. La aparentemente importante presencia de aliados de Roma en sus fuerzas, como en la lex de provinciis praetoriis, parece indicar que fueron estos (sobre todo los rodios) quienes presionaron para que se tomaran medidas contra los piratas de Cilicia. La respuesta fue la misión de Antonio.

Sin embargo, todavía queda una cuestión en el aire. Esta es la causa por la que los romanos enviaron a Antonio a luchar contra la piratería en este momento y no en otro. La guerra cimbria (113-101 a. C.) y la guerra de Jugurta (112-105 a. C.) impidieron que los romanos intervinieran en los eventos de Paflagonia acaecidos en los años 107 y 101 a. C., en los que se hallaba presente, cómo no, el inefable Mitrídates VI, esto incluso sin tener en cuenta la segunda guerra servil (104-100 a. C.) o la presente campaña contra los piratas. La presión militar contra las fronteras romanas no haría aconsejable abrir un nuevo frente, pero esto es justo lo que ocurrió en el año 102 a. C. El motivo concreto de la lección de esta fecha todavía sigue siendo un misterio. La falta de información sobre este periodo nos impide conocer los pormenores concretos de esta decisión.

EL CANAL DE CORINTO

El canal de Corinto, construido entre 1881 y 1893, es un canal artificial en Grecia que conecta el golfo de Corinto, parte del mar Jónico, con el golfo Sarónico, situado en el mar Egeo. Atraviesa el estrecho istmo de Corinto y separa el Peloponeso del continente griego, por lo que de facto convierte la península en una isla. Este canal fue excavado a través del istmo y no tiene exclusas. Tiene 6.343 kilómetros de largo, 8 metros de profundidad y solo de 24,6 a 21,3 metros de ancho al nivel del mar.

Aunque el canal ahorra cerca de setecientos kilómetros de viaje alrededor del Peloponeso, es muy angosto para los buques de carga modernos, pues solo permite el paso de naves de un ancho máximo de 17,6 metros y de un calado de 7,3 metros. Los buques solo

pueden circular por el canal por el sistema de un convoy a la vez, en un sistema de un solo sentido. Las embarcaciones más grandes deben ser remolcadas. El canal es hoy en día sobre todo utilizado por embarcaciones de turismo: alrededor de once mil buques lo atraviesan al año.

La idea de cavar un canal a través del istmo de Corinto es antigua. El primero en proponer tal empresa fue el tirano Periandro de Corinto (627-585 a. C.). El proyecto fue abandonado por dificultades técnicas, insalvables para la época, y, en cambio, construyó en su lugar una rampa de piedra sobre el istmo de Corinto a la que se conoce como Diolkos, y cuyos restos pueden verse todavía hoy discurriendo de forma paralela al canal, a lo largo del cual los barcos podían ser remolcados de un lado al otro del istmo. Este fue el camino que utilizó Marco Antonio «el Orador» para trasladar su flota.

El diádoco Demetrio Poliorcetes, después de tomar la ciudad de Corinto, planeó construir un canal como un medio para mejorar sus líneas de comunicación. Sus agrimensores creyeron que el nivel del mar del golfo de Corinto era más alto que el del mar Egeo, por lo que, como resultado de la construcción de un canal, esperaban fuertes inundaciones, y que la corriente hiciera imposible navegar por el canal. Debido a estos cálculos incorrectos, se interrumpió cualquier actuación.

Figura 77. La ubicación del istmo de Corinto; el canal moderno se muestra en azul claro (Wikimedia Commons).

El filósofo Apolonio de Tiana (siglo

i

d. C.) llegó a profetizar que cualquiera que se propusiera excavar un canal de Corinto haría frente a una enfermedad. Tres gobernantes romanos valoraron la idea, pero todos sufrieron muertes violentas; el dictador romano Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) consideró realizar un canal a través del istmo, para su recién formada colonia Laus Iulia Corinthiensis (Corinto). El plan ciertamente tenía razones estratégico-militares, pero también habría hecho un paso seguro más corto para los barcos mercantes provenientes de Oriente. El asesinato de César en el año 44 a. C. puso fin a este proyecto. El

emperador romano Calígula (37-41 d. C.) encargó un estudio en el año 40 d. C. a expertos egipcios, que afirmaban incorrectamente que el golfo de Corinto era más alto que el golfo Sarónico, como se había estimado en tiempos de Demetrio Poliorcetes. Por ello, concluyeron que, si se realizaba un canal, la isla de Egina se inundaría. El interés de Calígula en la idea no fue más allá, puesto que también fue asesinado antes de hacer algún progreso. El emperador Nerón (54-68 d. C.) fue el primero en intentar construir el canal, rompiendo personalmente el suelo con un pico y retirando la primera cesta de tierra en el año 67 d. C., pero el proyecto se abandonó cuando murió poco después, y su sucesor, Galba (68-69 d. C.), canceló el proyecto por considerarlo demasiado costoso.

La mano de obra romana, compuesta por seis mil prisioneros de guerra de Judea, comenzó a cavar trincheras de cuarenta a cincuenta metros de ancho (130 a 160 pies) en ambos lados, mientras que un tercer grupo en la cresta perforó pozos profundos para sondear la calidad de la roca (que fueron reutilizados en 1881 con el mismo fin). Para determinar la altura del istmo, fueron necesarias veintiocho medidas diferentes. Según Suetonio, el canal se excavó a una distancia de cuatro estadios, aproximadamente setecientos metros, equivalente, aproximadamente, a una décima parte de la distancia total a través del istmo. Los trabajadores de Nerón dejaron un recuerdo en forma de un relieve de Hércules que todavía puede observarse en la actualidad. Aparte de esto, como el canal moderno sigue el mismo curso que el de Nerón, no se ha conservado ningún resto.

El filósofo griego y senador romano Herodes Ático (cos. 143 d. C.) también consideró excavar un canal en el mismo lugar, pero no logró poner en marcha un proyecto al respecto. Los venecianos también planearon hacer lo mismo en 1687, tras su conquista del Peloponeso, pero tampoco efectuaron obra alguna.

LA LEX DE PROVINCIIS PRAETORIIS

Gracias a la epigrafía conocemos la existencia de la lex de provinciis

praetoriis (anteriormente conocida como lex de piratis persequendis), traducción griega de una ley romana conocida desde finales del siglo

xix

, cuando se encontraron fragmentos inscritos en el monumento de Lucio Emilio Paulo (cos II 168 a. C.) en Delfos. El descubrimiento en 1970 en Cnido de una nueva copia, ligeramente diferente, ha dejado completamente obsoletas todas las discusiones anteriores, ya que el último texto se ha conservado en gran parte.

La ley requería que los gobernadores de las provincias de Asia y Macedonia publicasen sus disposiciones. Como resultado, las dos copias supervivientes representan diferentes traducciones del original latino, presumiblemente realizadas localmente, poco después de su aprobación.

J. L. Ferrary ha demostrado que el texto es una lex de provinciis praetoriis y no, como se había supuesto tradicionalmente, una colección de medidas aprobadas per satura de una manera que estaba prohibida por la lex Caecilia Didia del año 98 a. C. La fecha de la ley no puede fijarse con precisión, pero debe de ser posterior a la elección de los cónsules para el año 100 a. C., es decir, Cayo Mario y Lucio Valerio Flaco, que se mencionan en el texto, y antes de la asignación de las provincias pretorianas para ese año, una medida que no puede haberse retrasado mucho. También debe notarse que, en el momento en que se hizo la traducción de Cnido, la situación en el reino de Chipre era bastante dudosa, de ahí la cuidadosa fraseología empleada para describir a su gobernante. En un principio, la cronología de esta ley se ha datado en el año 100 a. C. (aunque algunos especialistas la han fechado en el año 101 a. C. o el año 99 a. C.).

El antiguo nombre de lex de piratis persequendis proviene del hecho de que gran parte del texto de esta ley trate del problema de la piratería. Se trata de la primera declaración clara de la posición de Roma con respecto a este tema, que era un problema muy grave en el tiempo de redacción de esta ley: los piratas fueron declarados enemigos del pueblo romano, así como de sus amigos y aliados. De esta forma, llaman en especial la atención las disposiciones para

Cilicia que se encuentran en ambas versiones:

El cónsul senior debe enviar cartas a los pueblos y Estados a quienes crea conveniente, para decir que el pueblo romano «tendrá» cuidado, que los ciudadanos de Roma, los aliados y los latinos, y los de las naciones extranjeras que están en una relación de amistad con el pueblo romano, puedan navegar con seguridad, y que, por este asunto y de acuerdo con este estatuto, han hecho de Cilicia una provincia pretoriana.

A tenor de la ley, un pretor debía de haber sido enviado en ese año a «Cilicia». Probablemente, el objetivo era aprovechar los logros que había obtenido Antonio en el año 102 a. C., lo que a su vez parece indicar que su éxito fue muy limitado. Sea como fuere, Cilicia no es la única provincia de la que trata la ley. Si bien el texto conservado únicamente menciona la asignación de esta provincia, en su versión original completa parece haber tratado sobre la asignación de varias de las provincias pretorianas para el año 100 a. C. En cualquier caso, hay que advertir que la intención de los legisladores no fue fijar un patrón fijo para la asignación anual de estas provincias.

No pretendemos efectuar un amplio comentario sobre esta ley, que ha generado bastante polémica entre los especialistas. Simplemente, nos limitamos a reproducir de manera resumida su contenido, según Ph. De Souza, tal como se ha conservado en las dos versiones de Delfos y Cnido, prestando especial atención a las cuestiones relativas a la piratería. El precepto de la ley no ha sobrevivido, aunque puede haber estado inscrito al comienzo de la copia de Cnido. Las primeras líneas de la copia de Delfos pudieran ser parte de una carta de presentación, pero su carácter fragmentario no permite ir mucho más allá. El resto se puede dividir en varias secciones:

1.Disposiciones para la seguridad de la navegación de romanos, latinos y amigos y aliados de Roma.

2.Se imponen limitaciones a los cónsules en ejercicio con respecto a las tropas estacionadas en Macedonia.

3.Una lista de las materias que no se encuentran afectadas por la ley. Se hace referencia a un estatuto relativo a las tropas en las provincias aprobado el 19 de febrero por Marco Porcio Catón. Al final de esta sección se hace mención de la «provincia» de Licaonia, que forma parte de la provincia de Asia.

4.Seguidamente, vienen las instrucciones al cónsul senior (el cónsul que había obtenido más votos durante la elección a esta magistratura) para que escriba a varias personas informándoles de la designación de Cilicia como provincia pretoria.

5.Siguen más instrucciones, indicándole al cónsul senior que escriba a: «[...] al rey que gobierna en la isla de Chipre, y al rey [que gobierna en] Alejandría y en Egipto [y al rey] que gobierna en Cirene y a los reyes que gobiernan en Siria [que tienen] amistad y alianza [con el pueblo romano, debe enviar cartas] en el sentido de que también es correcto que vean que [ningún] pirata [utilice como base de operaciones] su reino [o] tierra o territorios [y que ninguno de los oficiales o comandantes de guarnición que] nombren alberguen a los piratas y para que, en la medida [que sea posible], el pueblo romano [tener(los como) contribuyentes a la seguridad de todos (...)]». El cónsul senior tiene instrucciones de entregar las cartas a los embajadores rodios. La sección termina con una condición general de que todos los magistrados velen por que se obedezca la ley.

6.Los cónsules también tienen instrucciones muy claras para dar una audiencia especial en el Senado a los embajadores rodios.

7.Luego siguen una serie de órdenes al gobernador de Asia (que aparentemente ya recibió esta provincia para el año 100 a. C.). Se instruye al gobernador para que se ocupe de la publicación de la ley y de la entrega de las cartas consulares.

8.El gobernador de Macedonia (cuya identidad aún no se conoce) recibe instrucciones más específicas, relacionadas en particular con el territorio «que Tito Didio tomó por la fuerza en la guerra». Las instrucciones que sobreviven en el texto de Cnido se relacionan con

la disposición y recaudación de tributos de estas áreas. La ley comienza a tratar la posible renuncia del pretor o cuestor en Macedonia, pero el texto está incompleto.

9.A continuación, la ley ordena a los gobernadores de Asia y Macedonia que «juren [hacer] todo lo que [el pueblo] ordene [a él] hacer en este estatuto y no [hacer nada] de otro modo [a sabiendas] con engaño indebido».

10.La sección final de la ley es un complejo ius iurandum in legem destinado a velar por el cumplimiento de la ley, con un conjunto detallado de disposiciones para la ejecución de multas por incumplimiento.

MARIO Y SILA

Después del año 100 a. C., tenemos muy poca información sobre el curso de las actividades del dominio romano en Anatolia durante casi diez años. Pero, curiosamente, las dos figuras que van a protagonizar la política de Roma estos años, de enemistad manifiesta, de tal modo que su enfrentamiento desembocará en la primera guerra civil (88-81 a. C.), estarán presentes, por un motivo u otro, en la región.

Cayo Mario (cos. I 107 a. C.), que por su victoria en la guerra cimbria (115-101 a. C.) fue aclamado como salvador de la patria y tercer fundador de Roma, se encontraba de gira por Anatolia en el año 99/98 a. C., con el propósito expreso de cumplir un voto público, en concreto a la madre de los dioses (la diosa Cibeles), en su santuario de Pesinunte; es posible que haya hecho algunas observaciones sobre la situación de la región cuando regresó a Roma al término de su misión. Sin embargo, no hay nada en las fuentes que indique esto, ni los piratas habrían sido tan atractivos como el rey póntico Mitrídates VI (120-63 a. C.) para las ambiciones militares de Mario.

Mario visitó Galacia y Capadocia, donde fue recibido de manera

respetuosa por Mitrídates VI, pero, sin embargo, él fue extremadamente severo con el monarca póntico, y en particular declaró, probablemente en respuesta a alguna queja o agravio, según el testimonio de Plutarco: «O hazte, ¡oh, rey!, más poderoso que los romanos, o ejecuta en silencio lo que se te mande». La visita de Mario fue importante para la política romana en la región, ya que determinó la actitud de los políticos romanos hacia Mitrídates VI y les animó a oponerse más activamente a la agresión de este en Capadocia. De hecho, durante los siguientes treinta años, fue el rey de Ponto, no los piratas, el que atrajo la atención principal de los romanos hacia el Mediterráneo oriental.

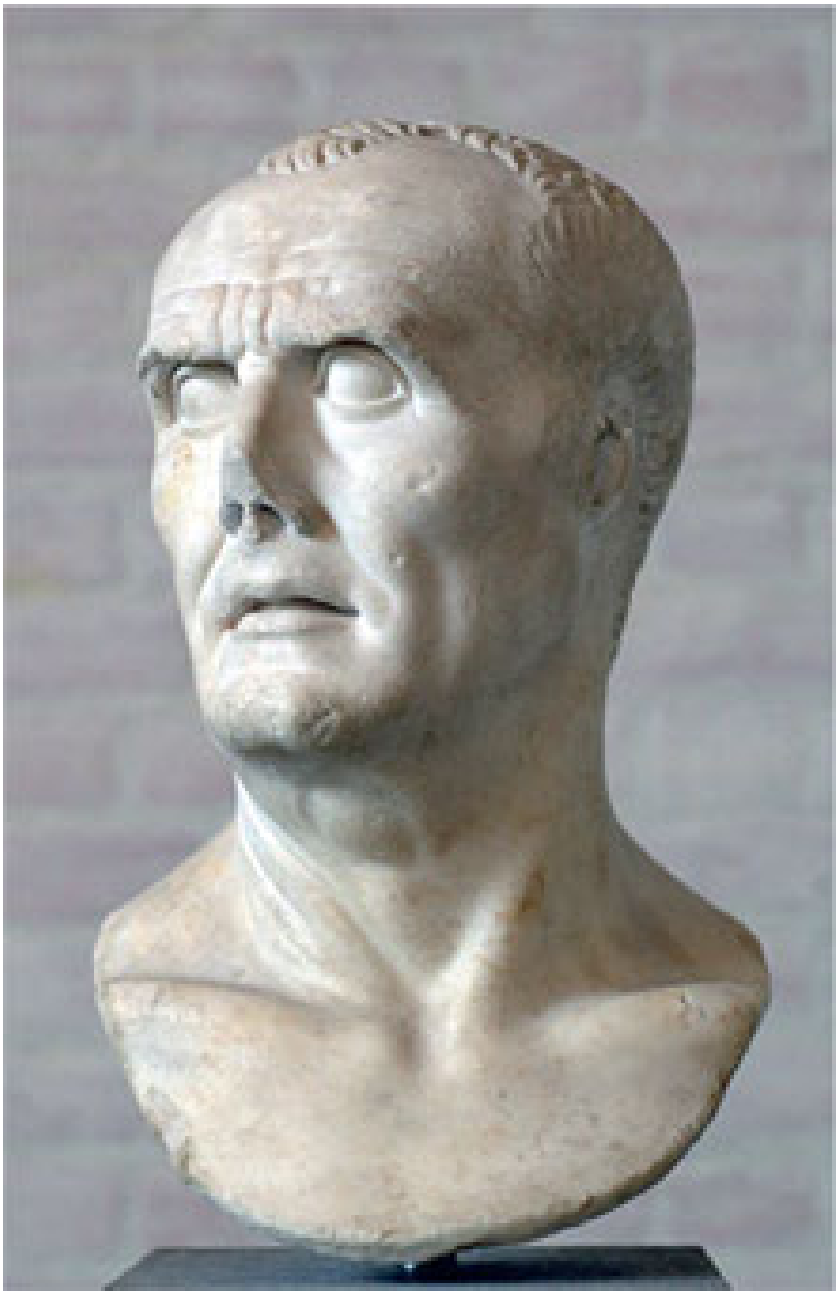

Figura 78. Busto del llamado «Mario», copia probablemente de época augústea de un retrato que en realidad representa a un

importante personaje del siglo

ii

a. C. Hace pareja con el también denominado «Sila». Glyptotek, Múnich (Wikimedia Commons).

Nuestro otro protagonista es Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), el verdadero vencedor, para muchos, de la guerra de Jugurta (112-105 a. C.), a costa precisamente de Mario, origen de la rivalidad entre ambos caudillos. Mario hará causa común con los populares, mientras que Sila se alineará con los optimates. El conflicto entre ambos bandos quedará en un momento en segundo plano ante la guerra de los aliados (91-89/87 a. C.), que llevó a los socii itálicos a un amplio levantamiento.

En la década de los año 90 a. C., Sila fue pretor en el año 93 a. C. (la fecha es discutida por algunos especialistas). Al año siguiente, fue enviado como procónsul a Cilicia (como parecen sugerir las fuentes conservadas) o, de manera alternativa, y quizás más correcta, a la provincia de Asia, puede que con el objeto de efectuar una nueva campaña contra la piratería. Pero, fueran como fuesen sus planes originales, estos tuvieron que cambiar ya que el Senado le encomendó la restauración en el trono de Capadocia de Ariobarzanes I (95-63 a. C.).

Figura 79. Busto del llamado «Sila», copia probablemente de época augústea de un retrato que en realidad representa a un importante personaje del siglo

ii

a. C. Hace pareja con el también denominado «Mario». Glyptotek, Múnich (Wikimedia Commons).

En cualquier caso, como muy bien indica Ph. De Souza, ver piratas acechando detrás de cada mención de Cilicia o regiones adyacentes es, en cualquier caso, malinterpretar las prioridades de los romanos en Anatolia durante este periodo. A nivel tanto nacional como personal, había mucho más prestigio y beneficio ganar contra personajes como Mitrídates VI y otros dinastas de lo que cualquier campaña contra los piratas pudiera aspirar a producir.

En cuanto a los asuntos de Capadocia, tras el asesinato del rey Ariarates VII (111-100 a. C.) por su tío Mitrídates VI, este último puso en el trono a su propio hijo, Ariarates IX (100-85 a. C.), un niño, con Gordión, el agente de Mitrídates VI en este reino, como regente. Pero inmediatamente la nobleza capadocia proclamó como rey a Ariarates VIII (100-96 a. C.), hermano menor de Ariarates VII. Finalmente, Mitrídates VI invadió abiertamente Capadocia y reinstauró a su hijo, pero en este momento Roma intervino y ordenó al monarca póntico retirarse. También Nicomedes III de Bitinia (ca. 127-94 a. C.) intentó pescar en río revuelto. Sea como fuere, la muerte inesperada de Ariarates VIII significó el fin de la dinastía ariaratida. Ante esta tesitura, el Senado quiso implantar una república en Capadocia, pero, comprobada la negativa del pueblo a cambiar de régimen, fue elegido rey Ariobarzanes I. Este último fue expulsado por las fuerzas de Tigranes II de Armenia (95-55 a. C.).

Es en este momento de la historia cuando Sila recibió la orden de intervenir en Capadocia. Parece ser que su ejército era bastante pequeño, pero pudo compensar esta desventaja con la ayuda de fuerzas aliadas. No existen indicios de que Sila tuviera fuerzas navales bajo su mando. En cualquier caso, tuvo éxito en su misión, como lo indica que sus hombres lo proclamasen imperator («general

victorioso», de donde derivará la palabra «emperador»), después de «dar muerte a muchos capadocios y a un mayor número de armenios», restaurando a Ariobarzanes I en el trono, aunque no mucho después Mitrídates VI volvió a expulsarlo. De cualquier modo, esta experiencia fue la primera oportunidad de Sila de familiarizarse con los problemas de Anatolia y de conocer al monarca póntico, con quien se enfrentará de manera abierta en la primera guerra mitridática (89-85 a. C.).

La campaña de Sila en Capadocia lo llevó a orillas del río Éufrates, siendo el primer romano (conocido) en llegar allí y, más importante, también fue el primer magistrado romano en negociar un tratado de amistad con Orobazo, embajador de los partos, en representación del rey Mitrídates II Arsaces VIII (124-91 a. C.). En la reunión, ocupó el asiento entre el embajador parto, Orobazo, y Ariobarzanes I, buscando obtener una ventaja psicológica sobre el enviado parto al colocar a partos y capadocios como iguales, con Roma como superior. El embajador parto, Orobazo, fue ejecutado a su regreso a Partia por permitir esta humillación; los partos, sin embargo, ratificaron el tratado alcanzado, que establecía el Éufrates como límite claro entre Partia y Roma. Además del éxito diplomático, Sila recibió el anuncio de su gran destino. Plutarco cuenta la profecía de un adivino caldeo:

Figura 80. Campaña de Sila en Capadocia (Wikimedia Commons).

[...] un caldeo, que acompañaba la comitiva de Orobazo, estuvo mirando el rostro de Sila y anduvo muy atento al modo en que se comportaba tanto en su ánimo como en su cuerpo, y, a partir de los supuestos de su ciencia, analizó su naturaleza y concluyó que ese hombre llegaría necesariamente a ser grande y, además, que era sorprendente que en aquel entonces pudiera tolerar no ser el primero de todos (Plutarco, Vida de Sila, 5, 5-6).

La citada profecía iba a tener una poderosa influencia sobre Sila durante toda su vida. Se desconoce la fecha exacta de su vuelta a Roma (ca. 93/92 a. C.). En principio, la suerte sonreía a Sila. Había restaurado a Ariobarzanes I en el trono, sus hombres lo habían aclamado imperator y fue el primer romano en tener tratos (y con éxito) con los partos. Pero se encontró con una desagradable sorpresa: fue acusado de soborno, por haber aceptado «una cantidad de riquezas superior a la que permitía la ley» por parte de Ariobarzanes I. La acusación fue efectuada por Cayo Marcio Censorino, un reconocido partidario de Mario. Si bien Censorino no se presentó el día del juicio y se retiró la acusación, el daño al prestigio de Sila estaba hecho. Para muchos historiadores este acontecimiento fue la gota que colmó el vaso en las malas relaciones entre Sila y Mario, que se convirtieron en abierta hostilidad, y que tan trágicas consecuencias iban a traer para la república.

EL VIAJE DE LÚCULO

En el año 89 a. C., el rey póntico Mitrídates VI decidió, harto de las provocaciones de su vecino Nicomedes IV, rey de Bitinia (94-74 a.

C.), declarar la guerra a los romanos, los grandes valedores de este y que constantemente entorpecían sus planes de expansión en Anatolia. Así empezó la primera guerra mitridática (89-85 a. C.). Mitrídates VI contaba con que los romanos estuvieran todavía ocupados en la guerra de los aliados (91-89/87 a. C.), pero esta pronto llegaría a su fin.

En Roma, se decidió enviar para combatir contra la nueva amenaza proveniente de Oriente a Sila, a la sazón cónsul, a quien ya nos hemos encontrado previamente. Sila llegó a Grecia con cinco legiones en el año 87 a. C. y pronto tuvo a los generales pónticos encerrados en Atenas y en su puerto de El Pireo. Pero sus esfuerzos se vieron obstaculizados por su carencia de una flota potente. Mitrídates VI disfrutó de un grado considerable de supremacía naval como resultado de la falta de buques de guerra y de transporte por parte de Sila. Los únicos contingentes navales romanos en Oriente mencionados por nuestras fuentes antes de la llegada de Sila estaban bajo el mando de Minucio Rufo y Cayo Popilio, que se encontraban estacionados en Bizancio «vigilando la desembocadura del Ponto».

A pesar de sus éxitos durante este conflicto tanto en Grecia como en Asia Menor, Sila no pudo arrinconar a Mitrídates VI debido a la capacidad de este último para huir por mar. Tampoco, en las primeras etapas del conflicto, pudo evitar que el monarca póntico reforzara a voluntad a sus generales en la península helénica. Un aspecto importante de la estrategia naval de Mitrídates VI fue el aislamiento de Rodas, el aliado marítimo más importante de Roma en el Mediterráneo oriental (vid. supra). El monarca póntico poseía una flota considerable, que lanzó sobre Rodas en el año 88 a. C. en un intento de capturar la ciudad. Apiano dijo que la armada de Mitrídates VI superaba con creces en número a las fuerzas de Rodas, pero esta no cosechó más que derrotas antes de que el monarca póntico se retirara y dirigiera su atención a Grecia. Parte de su flota se quedó atrás para mantener ocupados a los rodios.

A medida que el asedio romano de Atenas se acercaba a su fin, la atención estratégica de Sila comenzó a centrarse más ampliamente en las operaciones posteriores contra las principales fuerzas pónticas y en la lucha contra el control de las rutas marítimas por

parte de Mitrídates VI. Sila intentó obtener el apoyo naval de los rodios en el año 87 a. C., pero la presencia de la flota póntica impidió que las naves llegaran hasta él. Desesperado por la necesidad de encontrar barcos, Sila ordenó a su cuestor Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.) que reuniera la armada que fuera posible de los aliados de Roma a lo largo de la costa este del Mediterráneo. Lúculo partió de El Pireo a mediados del invierno del año 87/86 a. C. con tres mioparones griegos y tres birremes ligeros de Rodas, con la esperanza de evadir el poder marítimo predominante de las flotas pónticas y sus aliados piratas por velocidad y aprovechando las peores condiciones de navegación; no se reunió con su comandante hasta principios del año 85 a. C., después de haber tenido varias aventuras en el camino.

Figura 81. La primera guerra mitridática durante los años 87-86 a. C. (Wikimedia Commons).

La primera parada de Lúculo fue la isla de Creta, donde pudo haber tratado de establecer algún tipo de orden político favorable, evidentemente, a los intereses romanos. No disponemos de mucha información sobre ello.

Un elemento destacable es que, en este momento, en la isla de Creta se produjeron una serie de emisiones monetales imitando las piezas del nuevo estilo ateniense, algo que el propio Lúculo hizo para Sila durante el asedio de Atenas. Debido a que los cretenses servían con frecuencia como mercenarios, volvían a su hogar con monedas de los Estados a los que sirvieron, que fueron utilizadas como modelo para las propias acuñaciones isleñas. En el presente caso, este tipo de emisiones se conocen en las ciudades-Estado de Hierapitna, Cnosos, Cidonia, Lappa, Polirrenia, Prianso y Gortina.

Figura 82. Tetradracma de la ciudad cretense de Gortina a imitación de los tetradracmas atenienses de nuevo estilo. Ø = 2,7 cm (Svoronos 183) (Numismatica Ars Classica, subasta 116, lote n.º 157).

Según E. J. P. Raven, los tetradracmas de imitación del nuevo estilo ateniense podrían representar contribuciones económicas a la causa

romana durante la primera guerra mitridática. Por otro lado, los tipos gozaron de una gran popularidad y la cabeza idéntica de Atenea también aparece en números de ciudades pónticas acuñadas bajo Mitrídates VI en el mismo periodo, motivo por el cual N. Metenidis considera que estas amonedaciones fueron efectuadas a favor del monarca póntico. Precisamente, la piratería y el apoyo a Mitrídates VI serán los motivos esgrimidos por los romanos para posteriormente decidir invadir y conquistar Creta.

LA CIRENAICA

Desde Creta, Lúculo cruzó a la Cirenaica, en el continente africano. Cirenaica o, para usar la expresión de la época, «Libia cercana a Cirene» entró en la vida política romana como parte de las relaciones que el Senado mantenía con los reyes ptolemaicos, cuyo dominio había sido continuo en la región desde el año 246 a. C. sobre las ciudades de Cirene, Ptolemaida (Tolmeta) (que había sustituyó a la antigua Barca [Merj]), Arsinoe (nuevo nombre de Tauquira [Tocra]) y Berenice (Bengasi), que sucedió a Evespérides a costa de un importante desplazamiento del conjunto urbano. A las anteriores hay que sumar Apolonia (Marsa Susa), el antiguo puerto de Cirene, que se convirtió en comunidad autónoma por la época en que la región pasó a Roma, quizás una medida de Lúculo, un tema que veinte años después todavía no se había resuelto, lo que muestra la inestabilidad del territorio. Este conjunto de ciudades fue llamado la Pentápolis.

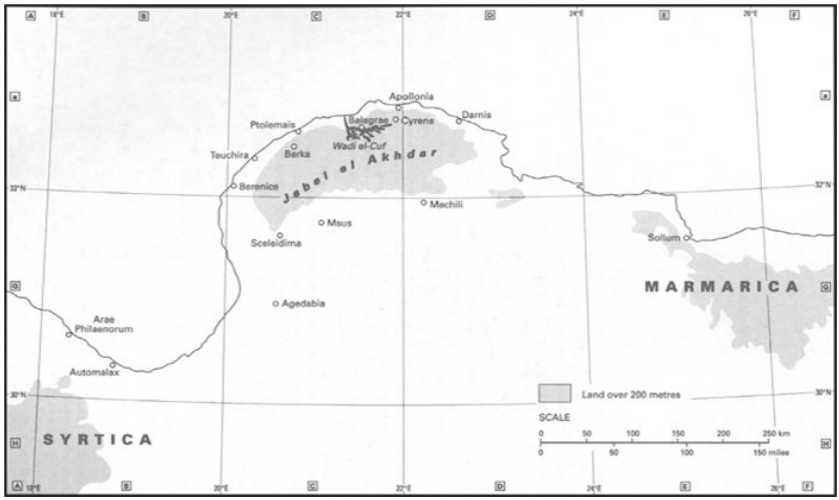

Figura 83. La Cirenaica (Cambridge Ancient History, 2.ª ed., vol. X, pág. 620).

La Cirenaica se encontraba prometida a los romanos desde mediados del siglo

ii

a. C. por voluntad de Ptolomeo VIII Evergétes II Fiscón, rey de Egipto (170-163 y 145-116 a. C.). Cirenaica les fue legada nuevamente por el último ptolomeo reinante en Cirene, Ptolomeo Apión (105-96 a. C.). Pero esto no condujo a la creación de una nueva provincia: el Senado dejó a las ciudades en libertad y se contentó con tomar posesión de la antigua tierra real, los agri regii.

Al convertirse en libres por la buena voluntad de Roma, las ciudades probablemente no contrajeron ninguna obligación estricta, y no estaban ligadas por ningún vínculo de carácter legal. Pero esta libertad era un regalo del Senado y del pueblo romano, que podía retirar lo que había concedido y, en este sentido, las ciudades de Cirenaica estaban ahora bajo la dependencia de Roma, al igual que las ciudades de Grecia en el año 196 a. C.

Sin embargo, queda la incógnita de si Roma no impuso un tributo a las ciudades; de hecho, Plinio el Viejo señaló que, en el año 93 a. C., fue transportada a Roma la enorme cantidad de treinta libras de silfio (planta actualmente extinta valorada por su resina, que se utilizaba como condimento gastronómico o como medicina). Quizás, Roma, al heredar los dominios reales, heredó igualmente los derechos reales, en particular frente a los libios de la zona subdesértica, que debían entregar el silfio como tributo.

La actitud adoptada por Roma no significó en modo alguno una falta de interés por Cirenaica. Las ciudades, lejos de quedarse solas, mantuvieron estrechas relaciones con Roma, y buscaron por motivos fiscales el patrocinio de destacados políticos. Roma solo había querido evitar los gastos de una Administración cuya utilidad no veía en este momento, siempre que la recaudación de las rentas de los agri regii estuviera a cargo de los publicanos.

Figura 84. Posible busto de Ptolomeo Apión descubierto en el templo de Apolo en la ciudad de Cirene, Museo Británico de Londres (Wikimedia Commons).

Precisamente, fue en esta región donde Lúculo comenzó a dar ayuda a los griegos, lo que se convertirá en una constante de su carrera. La situación que encontró no era precisamente halagüeña: «Cirenaica, que [Lúculo] halló convulsa por la tiranía y por diversas guerras, y le dio buen orden político, recordando a la ciudad un cierto oráculo de Platón, que el propio sabio les anunció una vez», en palabras de Plutarco.

La llegada de Lúculo parece haber puesto fin a un duro y largo conflicto civil, siendo la primera presencia romana oficial en la Cirenaica desde la estancia allí del procónsul Cayo Claudio Pulcro (cos. 92 a. C.), que presidió su incorporación administrativa inicial a la república en el año 94 a. C. Por lo tanto, las ciudades no pudieron brindar ayuda alguna a Roma, como Lúculo debió de advertir durante su visita; las medidas de reorganización interna que tomó entonces simplemente aportaron solo un remedio limitado, dejando intacta la raíz del problema.

Si Alejandro Magno había aceptado la sumisión de los cirenaicos, Lúculo se erigirá en árbitro de sus disputas, y será reconocido como «legislador». Pero esta actuación en Cirene quizás fuera exagerada por la tradición: Lúculo iba solo, como cuestor de un enemigo público del Gobierno constituido en Roma (durante su primera estancia en Oriente, Italia había caído en manos de los populares); y posiblemente se limitó a consolidar el statu quo, sin modificar en nada la situación que había conducido al caos, que proseguiría en los años posteriores.

Durante su viaje, Lúculo tuvo enfrentamientos tanto contra la armada de Mitrídates VI como contra los piratas. En este último caso, Apiano manifestó que se vio amenazado por ser capturado por piratas en varias ocasiones, y Plutarco especificó que en su viaje de Cirene a Alejandría perdió la mayoría de sus barcos en un ataque pirata, pero ninguno de ellos sugirió que los piratas lo atacaran por instrucciones del monarca póntico o por su propia iniciativa con la intención de ayudar a este. E. Maroti supone que estos piratas eran aliados cercanos de Mitrídates VI, en quien confiaban en gran medida. Las actividades de los piratas en el Mediterráneo oriental en este momento, de hecho, llaman la atención de las fuentes

literarias, como Apiano, debido al conflicto mitridático, pero ello no significa necesariamente que estuvieran estrechamente conectadas.

Más bien, da la impresión de que Lúculo fue simplemente víctima de unos piratas que tenían su base en la costa de Libia, en algún lugar entre Cirene y Alejandría. Los piratas parecen haber operado en esta zona con cierto éxito durante la década de los años 90 a. C.

En la propia Cirenaica, varios documentos atestiguan la actividad de uno de los dos navarcas conocidos durante el reinado de Ptolomeo IX Sóter II (116-80 a. C.), el ateniense Stolos, hijo de Teón, cuya actividad se fecha entre los años 108 y 103 a. C. La actividad de Stolos indica que la seguridad marítima fue objeto del interés de los gobernantes de Cirene. En estas condiciones, el vacío provocado por la desaparición del poder ptolemaico y la política romana de dejar las ciudades bajo un régimen de protectorado sin presencia militar explican que los piratas redoblaran repentinamente su actividad.

Esta situación queda reflejada en una inscripción en honor a un tal Apolodoro, que ayudó a restablecer cierto orden en la ciudad de Berenice en esta época:

Año 34, cuando Lysis era sacerdote de Apolo. Copia de un decreto. Desde que Apolodoro, hijo de Pankrates, uno de nuestros ciudadanos, que desciende de antepasados que desde el principio fueron genuinamente virtuosos, él mismo se ha comportado de manera similar hacia su patria en todas las ocasiones; primero, inmediatamente después de la muerte del rey, cuando Berenice fue sitiada vigorosamente por los malhechores debido a la anarquía reinante, fue llamado para comandar a los jóvenes, y soportando todos los peligros llevó nuestros asuntos a una condición de la mayor paz; y la ciudad en su gratitud le asignó prontamente los honores que antes le daba el pueblo; después de eso, debido a que la ciudad no estaba amurallada y ya había sido saqueada dos veces por flotas de piratas que navegaban contra ella, fue nombrado [?] comandante con plenos poderes sobre la ciudad y su territorio en todo lo relacionado con los asuntos, y preservó la armonía de la [?] ciudad unida, presentando decisiones justas a todos; y el [...]

fortificar con un muro [...] para todo el tiempo [...] gloria a su patria, el público [...] por tierra y por mar [...] (SEG XXVIII 1540, líns. 21-27).

El epígrafe muestra el caos existente en la Cirenaica, «inmediatamente después de la muerte del rey» (Ptolomeo Apión), quien a su fallecimiento legó su reino a los romanos, aunque estos no convirtieron la región en una provincia romana hasta el año 75/74 a. C. (si bien parece que no se organizó realmente hasta el año 67 a. C.), por lo que los eventos aquí descritos debieron de producirse entre los años 96 y 75 a. C. El texto está fechado en una era local, que, si comenzó tras la muerte del monarca, daría el año 62/61 a. C. Algunos investigadores han considerado que, en realidad, esta era sería la de Accio, a contar a partir de la batalla de este nombre (31 a. C.), con lo que estaríamos en el año 3/4 d. C., pero la no mención de ningún magistrado romano o de la presencia de estos en los hechos relatados hace difícil considerar tal posibilidad. Sea como fuere, por la datación de la inscripción y por el contexto (aunque fragmentado, no reproducido aquí), se ha considerado que Apolodoro debió de tratar de algún modo con las autoridades romanas en el momento de la anexión definitiva del territorio.

Del epígrafe puede señalarse que la ciudad de Berenice no estaba amurallada, lo que facilitó que fuera «saqueada dos veces por flotas de piratas» que habían navegado contra ella (lo que excluye que alguna tribu del desierto hubiera sido la responsable de los ataques). La historia de Aretáfila de Cirene, que transcurrió en estas mismas fechas, en la que esta auténtica heroína libró a su ciudad de dos tiranos sucesivos: Nicandro (¿ca. 93-92 a. C.?) y su hermano Leandro (¿ca. 91 a. C.?), que oprimían duramente a la población, muestra la turbulenta situación de la región de la Cirenaica en aquellos tiempos.

Haciéndonos eco de este decreto de Berenice, hemos de señalar que Floro indicó que, por las mismas fechas, el pirata Isidoro recorrió la zona desde Cirenaica hasta Creta y el Peloponeso. Las costas de Cirenaica, principalmente en su parte oriental, entre el cabo Quersoneso (Ras el-Tin) y Ficos (Ras el-Hamama), abundan en

radas, en pequeños riachuelos donde se pueden llevar los barcos a tierra, pero donde se puede también emboscarse al abrigo de un cabo. Se trata de una situación ideal para asaltar a las embarcaciones que transitaban de Egipto a Italia.

Figura 85. Inscripción con el decreto a favor de Apolodoro, hijo de Pankrates (Museo de Bengasi) (fotografía de IRCYR Inscriptions of Roman Cyrenaica B.1).

La anexión de Cirenaica por los romanos, en el año 75/74 a. C., se ha entendido como una medida para paliar el déficit público del Estado. Pero, como en el año 74 a. C. uno de los dos cónsules fue Lúculo, quizás esta disposición estaba en relación con la lucha contra la piratería, de la que el propio Lúculo fue víctima en aguas cirenaicas cuando se dirigía a Egipto, como ya se ha visto.

Desde la Cirenaica, Lúculo navegó en dirección este a Egipto para intentar asegurarse el apoyo del rey Ptolomeo IX Soter II (116-107 y 88-81 a. C.). En Alejandría, la capital del Egipto ptolemaico, recibió una acogida propia de un rey, aunque, a diferencia de Alejandro Magno, Lúculo rehusará visitar las maravillas del país. Pero, en relación con su misión, el éxito fue ambivalente. El monarca egipcio había decidido navegar por un rumbo seguro entre Roma y Ponto, de tal manera que lo único que hizo fue proporcionarle barcos apenas para escoltarlo hasta la isla de Chipre, una posesión ptolemaica.

Pero Lúculo no cejó en su empeño:

Luego, en la travesía marítima, reunió una multitud de barcos de las ciudades costeras, excepto de aquellas que tenían parte en crímenes de piratería, y llegó a Chipre. Allí, tras conocer que el enemigo estaba acechando tras los promontorios para aguardarle, remolcó todas sus naves sobre tierra firme, y escribió a las ciudades pidiendo un refugio de invierno y víveres para esperar allí a que llegara el buen tiempo. De repente, al soplar el viento de nuevo, tomó sus naves y las puso de nuevo sobre el mar, y navegando durante el día con las velas rizadas y bajas, pero de noche a toda vela, llegó a salvo a Rodas (Plutarco, Vida de Lúculo, 3, 2-3).

La renuencia de Lúculo a involucrarse con los piratas es comprensible, especialmente después de su percance en el camino a Alejandría. Su misión era formar una flota con la que combatir el poder naval de Mitrídates VI, no desperdiciar sus recursos liberando a lugares como Berenice de la amenaza de nuevos ataques de piratas.

Los rodios proporcionaron a Lúculo un número de barcos determinado. Con la flota que había formado, en aguas cercanas a Rodas, pudo derrotar a un contingente póntico. Luego consiguió que Cnido y Cos cambiaran de bando, expulsó al ejército mitridático de Quíos y atacó a Samos. Posteriormente, derrotó a la flota póntica en las batallas de cabo Baba y Ténedos y ayudó a Sila a cruzar el mar Egeo hacia Asia. Después de que se pactó la paz (la Paz de Dárdano, ¡un acuerdo verbal!, entre Sila y Mitrídates VI), Lúculo se quedó en Asia y cobró la sanción económica impuesta a la provincia por Sila debido al apoyo otorgado al monarca póntico. Lúculo, sin embargo, trató de aliviar la carga que creaban estas imposiciones.

La falta de barcos de Sila en su lucha con Mitrídates VI solo fue paliada en parte por los esfuerzos de Lúculo. En ausencia de su cuestor, Sila se vio obligado a iniciar su propio programa de construcción naval. También exigió la rendición de una parte sustancial de la armada del rey póntico como parte de los términos de paz. Sin embargo, estos barcos no permanecieron en el Mediterráneo oriental, sino que los utilizó para su regreso a Italia para continuar con la primera guerra civil (88-81 a. C.).

LA IMPORTANCIA DE LOS ALIADOS

La importancia de Rodas en la organización naval romana vuelve a ser muy notable en este momento. Simplemente hay que recordar la mención de los rodios en la lex de provinciis praetoriis (100 a. C.). Lúculo parece haber confiado en gran medida en los barcos y oficiales rodios en sus victorias sobre la flota de Mitrídates VI. Una inscripción de Rodas registra los honores votados, según el propio

epígrafe, a Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), general y procónsul; Lucio Cornelio Léntulo (pr. 88 a. C.), procónsul; Lucio Licinio Murena (pr. 88 a. C.), imperator; Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), imperator; y Aulo Terencio Varrón, legado; todos ellos, menos el último, gobernadores de la provincia de Asia en un momento u otro, aunque la inscripción parece ser efectuada en el año 82 a. C.

Sea como fuere, nos muestra a las claras el control de Roma sobre un aliado tan importante como lo era Rodas. En los años posteriores a la marcha de Murena, es posible detectar un mayor grado de dificultad en la obtención de barcos por los magistrados romanos en el Mediterráneo oriental. Esto puede deberse a las considerables demandas de los recursos disponibles, sobre todo a Rodas, por parte de los citados Sila, Lúculo y Murena, sin mencionar las actividades del propio Mitrídates VI.

El tipo de peticiones que las actividades militares de Roma podrían plantear a sus «aliados marítimos» se ilustra en un pasaje de Memnón, que describió cómo la ciudad de Heraclea Póntica envió dos trirremes como apoyo al esfuerzo de guerra romano durante la guerra de Yugurta (112-106 a. C.), que se desarrolló en Numidia. ¡Los barcos y sus tripulaciones no regresaron hasta once años después!

Por otro lado, el servicio naval con los romanos podía ser muy beneficioso, como se ve en una inscripción bilingüe de la ciudad de Roma, que se ha venido a denominar Senatus consultum de Asclepiade Clazomenio soc ii sque, que registra los honores otorgados por el Senado a tres oficiales navales griegos en el año 78 a. C.: Asclepiades de Clazómenas, Polistrato de Caristo y Menisco de Mileto, que en principio parecen haber intervenido en la guerra de los aliados (91-89/87 a. C.), que es citada de manera explícita, o también incluso en la primera guerra civil (88-81 a. C.), posiblemente en su fase final acompañando a Sila a Italia (83-82 a. C.), con lo que ellos (y sus tripulaciones) pueden haber visto un largo periodo de servicio antes de que se les permitiera regresar a casa.

La sociedad provincial resultó un tanto transformada como consecuencia de la crisis registrada a inicios del siglo

i

a. C. Con este senadoconsulto apareció una nueva clase de privilegiados, que gozaron desde entonces de la exención de los impuestos, tanto romanos como locales, y del derecho a no someterse a las leyes de su ciudad. A no tardar, el número de los exonerados fue lo bastante importante como para que sus compatriotas sufrieran sobre sus hombros el hecho de que no se hicieran responsables de sus propias cargas fiscales. Sin duda, los estudios prosopográficos pondrían de relieve la aparición de familias nuevas cuya fortuna se debía a su actitud durante el conflicto mitridático.

Un caso evidente es el de la familia de Éucrates de Mileto, un «hombre nuevo» que obtuvo los honores (estefanéforo [magistrado epónimo] en el año 75/74 a. C., profeta en el año 63 a. C., el mismo año en que su hijo se convirtió, a su vez, en estefanéforo) y cuya familia no dejó de ejercer las más altas magistraturas hasta la época de Augusto. Estamos ante el comienzo de una profunda renovación de lo que podemos denominar la burguesía local que no dejó de tener repercusión sobre la naturaleza misma de las relaciones entre Roma y las provincias.

Un ejemplo de la importancia del aporte de los aliados a la flota romana es la descripción que nos ofrece César del dispositivo que su enemigo Pompeyo había reunido en el año 48 a. C., en el marco de la segunda guerra civil (49-45 a. C.): «Pompeyo [...] había reunido una gran escuadra de Asia, de las islas Cícladas, de Córcira, de Atenas, del Ponto, de Bitinia, de Siria, de Cilicia, de Fenicia y de Egipto; había procurado construir entre todos los lugares otra semejante». No solo había reunido buques de las provincias, sino también de Estados-clientes, como Egipto. Apiano señaló que disponía de un total de «seiscientos navíos de guerra perfectamente equipados y cien de estos con dotaciones romanas, las cuales eran reputadas como muy superiores, y otro gran número de barcos de transportes y de carga», aunque Dion Casio y Plutarco rebajan la cifra de barcos de guerra a quinientos, eso sí, «con un número aún mayor de naves ligeras y lanchas».

Evidentemente, no todas las comunidades participaron en la misma medida. El poeta Lucano señala que Atenas solo participó con tres

buques, recordando, de una forma un tanto burlona, lo que fue su flota en la batalla de Salamina (480 a. C.).

MURENA Y SUS SUCESORES

El sucesor de Sila en la provincia de Asia, Lucio Licinio Murena (pr. 88 a. C.), decidió por propia iniciativa reiniciar la guerra contra Mitrídates VI, lo que se ha venido a denominar la segunda guerra mitridática (83-81 a. C.). En el año 83 a. C., alegando que el rey póntico se estaba preparando para la guerra, invadió el Ponto desde Capadocia, aparentemente en apoyo de su rey Ariobarzanes I (95-63 a. C., aunque a intervalos). Después de que un enviado del Senado le ordenara desistir, volvió a hacer lo mismo en el año 82 a. C. Finalmente, Mitrídates VI derrotó a las fuerzas romanas. Como colofón, Murena fue llamado a Roma mientras que los monarcas póntico y capadocio llegaban a un acuerdo.

Los preparativos de Mitrídates VI en 83 a. C., que Murena interpretó como dirigidos contra Roma y sus aliados, incluyeron la reunión de una flota, que Apiano señaló que el rey póntico pretendía utilizar contra las tribus de la costa del mar Negro occidental. Estos pueblos fueron efectivamente sometidos después del episodio de Murena.

Murena también organizó una escuadra naval, requiriendo que las ciudades de Asia proporcionaran barcos como parte de su tributo a Roma, una medida benévola, o tal vez solo realista, en vista de su situación financiera en este momento; entre esas ciudades se encontraban Cos y Mileto. Cicerón parece sugerir que estas naves estaban destinadas a usarse contra piratas, pero, según Ph. De Souza, es más probable que Murena quisiera repetir la experiencia de Sila, por lo que reuniría una flota antes de enfrentarse con Mitrídates VI, quizás con la excusa de la lucha contra la piratería.

Dado que Sila se había llevado prácticamente todos los barcos disponibles en su viaje de regreso a Italia, bien pudo haber dado instrucciones a Murena con el objeto de reunir una nueva flota.

Varias inscripciones, localizadas en Samotracia, Rodas y Delos, honran a Aulo Terencio Varrón, quien aparece conjuntamente con Sila, Murena y Lúculo, como ya hemos mencionado. Aparentemente, era un legado a cargo de una escuadra, probablemente la que había reunido Murena.

En el texto de Rodas, el nombre de Varrón va seguido de una larga lista de oficiales rodios. Tanto Lúculo como Murena, aparentemente, dependían en gran medida de los rodios y otros aliados marítimos para obtener recursos navales en este momento. Tales demandas podrían llegar a ser onerosas para las comunidades y las personas involucradas.

Apiano atribuyó a Murena cierta actividad contra los piratas en el sur de Anatolia. En la sección de su Mitridática sobre la campaña de Pompeyo del año 67 a. C., describió cómo el problema de la piratería había empeorado durante la primera guerra mitridática y la dificultad que tuvieron los romanos para enfrentarlo: «Murena se enfrentó a ellos, pero no tenía gran éxito, ni Servilio Isáurico que vino después de Murena [...]». Esta breve noticia ha de interpretarse con cautela, ya que claramente tiene la intención de hacer que la campaña de Pompeyo, que Apiano describe en los capítulos siguientes, pareciera aún más notable en comparación, y es a la vez selectiva y engañosa. Publio Servilio Vatia (cos. 79 a. C.) no fue el sucesor de Murena, como parece implicar Apiano, ni mucho menos da la impresión de que fracasara (vid. infra). Apiano probablemente eligió mencionar (y descartar como insignificantes) las acciones de Murena y Servilio en este punto de su narración porque, además de Lúculo, que ya había tratado, fueron los dos comandantes romanos más conocidos que estuvieron activos en la Anatolia meridional después de Sila y antes de Pompeyo.

Figura 86. Mapa de las antiguas ciudades de Licia. El punto rojo indica picos de montañas (Wikimedia Commons).

La única evidencia detallada que tenemos de las actividades de Murena procede de la Geografía de Estrabón, quien mencionó que este capturó Cibira (Gölhisar) y derrocó a Moagetes III, el tirano que gobernaba la tetrápolis de la Cibaritide, en el suroeste de Anatolia, y entregó dos de estas ciudades a la Liga Licia, en concreto Balbura (Çölkayiği) y Bubon (Ibecik). Moagetes III era miembro de la dinastía de tiranos que gobernaban Cibira desde principios del siglo

ii

a. C. (quizás originarios de Bubon), y que habían formado la denominada liga de la Tetrápolis cibirítica seguramente poco después del año 167 a. C. La entrega de Balbura y Bubon a la Liga Licia no fue en calidad de miembros de la liga, sino como territorios sometidos. Esto podría explicar por qué en un documento fechado en el año 46 a. C. ambas comunidades se encontraban fuera de las

fronteras de la Liga Licia.

De cualquier manera, no hay evidencia alguna que vincule a Cibira con la piratería, y es más probable que Murena intentara restablecer el control romano sobre esta zona tras la primera guerra mitridática. De todas formas, hay que señalar que, durante la guerra gálata (189 a. C.), el cónsul romano Cneo Manlio Vulsón obtuvo del tirano de Cibira, Moagetes I, un pago de cien talentos y diez mil medimnos de trigo.

Ph. De Souza fecha la campaña de Murena en el verano de 84 a. C. (tradicionalmente la historiografía la sitúa en el año siguiente), antes de que Sila partiera hacia Italia. Murena aparece mencionado con el título de imperator en el año 83 a. C., según las inscripciones griegas, lo que podría haber sido el resultado de su victoria en la zona.

Igualmente, se ha señalado que esta acción fue de alguna manera una preparación para una campaña contra los piratas, pero es difícil ver cómo podría ser así: la Cibirátide es una región del interior, lejos de la costa, y no bloquea ninguna ruta obvia en dirección a las regiones de Panfilia y Cilicia, en donde operaban los piratas. Probablemente, Murena actuó según las instrucciones que le dejó Sila, aunque se apartó de tales órdenes y atacó a Mitrídates VI directamente tan pronto como Sila desapareció de la escena oriental. Es difícil ver cuándo este podría haber luchado contra los piratas, ya que estaba, principalmente, centrado en los asuntos de Capadocia y Ponto. Ni siquiera se ocupó de la ciudad de Mitilene, que todavía resistía a las fuerzas romanas, y de la que se tuvo que ocupar su sucesor Marco Minucio Termo (pr. 81 a. C.).

Murena dirigió su atención a un área diferente, y la primera guerra civil en Roma permitió al armenio Tigranes II expandir fácilmente su frontera en dirección sur-suroeste. Así, mientras Murena saqueaba el territorio de Mitrídates VI en el año 83 a. C., el general armenio Magadates se hacía con el control de Cilicia Pedias y el norte de Siria. Se ha sugerido que esta iniciativa militar de Tigranes II se produciría, al menos en parte, debido a que los piratas interrumpieron repetidamente la conexión marítima de Roma con la zona.

El citado Termo parece ser que fue gobernador de Asia en el año 81 a. C. La captura de Mitilene, en la isla de Lesbos, ocurrió durante su Gobierno. Mitilene había tomado partido por Mitrídates y, no solo eso, entregó al general romano Manio Aquilio (cos. 101 a. C.) al rey póntico, el cual lo ejecutó obligándole a beber un caldero lleno de oro fundido, debido a su avaricia, un castigo que reprodujeron posteriormente los partos del rey Orodes II (57-37 a. C.), con la cabeza cortada del triunviro romano Lucio Licinio Craso (cos. I 70 a. C.), tras la derrota y muerte de este en la batalla de Carras (53 a. C.) por el mismo motivo: sus deseos de riqueza.

Suetonio atribuyó a Termo la victoria, pero es posible que el asedio haya sido realizado por o en coordinación con Lúculo. Un joven Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) comenzó su servicio militar a las órdenes de Termo después de que Sila lo indultara durante las proscripciones del año 82 a. C.

Durante el sitio de Mitilene, se ordenó a César dirigirse a Bitinia para solicitar a Nicomedes IV la cesión de una pequeña flota como ayuda para asaltar la ciudad rebelde. Según parece, el rey asiático quedó tan deslumbrado con la belleza del joven mensajero romano que lo invitó a descansar en su habitación y a participar en un festín donde sirvió de copero real durante el banquete. La noticia de la aventura de César llegó muy pronto a Roma. En la política romana, acusar a alguien de mantener relaciones homosexuales pasivas era una estrategia común, pues la homosexualidad pasiva, a diferencia de la activa, era considerada una práctica vergonzosa. Sus enemigos políticos proclamaron posteriormente que se había prostituido con un rey bárbaro y le apodaron «la reina de Bitinia», causando así un gran daño a su reputación. César siempre desmintió este hecho.

El resto de la campaña le valió a César una mejor reputación, al mostrar una gran capacidad de mando y un arrojo y valor personal encomiables, por los que Termo, tras la toma de Mitilene, le concedió la corona civica, la más alta condecoración militar, que suele otorgarse por haber salvado la vida de un conciudadano en la batalla, un hecho que no ha quedado por desgracia registrado.

A Termo le sucedió el procónsul Cayo Claudio Nerón, que parece haber estado activo en el sur de la provincia, pero se considera que una inscripción de Ilión en el norte registra las medidas que tomó

contra los piratas:

Dado que el procónsul Cayo Claudio Nerón, hijo de Publio, ordenó a los magistrados de los poimanenianos que nos enviaran, para la protección de nuestra ciudad, algunos soldados con su propio comandante, los poimanenianos, siendo nuestros amigos y bien dispuestos hacia nuestro pueblo, enviaron a los soldados y Nicandro, hijo de Menófilo, quien al llegar a la ciudad ha residido aquí de una manera hermosa y decorosa, digna de nuestro pueblo y de su propia patria, y ha velado por que la conducta de los jóvenes aquí residentes bajo su [el mando] ha sido bien disciplinado e intachable, como corresponde a un hombre [noble], [y ha mantenido] la confianza que se le ha puesto en cuanto a la defensa [de la ciudad y su territorio de la manera más fina y santa, y] ha mostrado [mucho] celo [y afán por la ciudad], […] sin eludir el [peligro] […] (OGIS 443 = I.Ilion 73).

Si bien es posible que los soldados estuvieran asignados a proteger la ciudad contra las incursiones de piratas, podrían haber estado destinados a prevenir algún otro peligro que desconocemos. Como ya hemos reproducido previamente, Apiano mencionó diversos ataques en las islas del mar Egeo y ciudades costeras en el año 83 a. C., mientras Sila todavía se encontraba en Asia. Si estos ataques continuaron, la ubicación de guarniciones en puntos seleccionados podrían ayudar a disuadirlos, pero no existe otra evidencia de que Nerón hiciera algo contra la piratería durante su proconsulado.

De la campaña de Murena en Cibirátide parece claro que algunas partes de la nueva provincia no estaban bajo el control romano en ese momento. La primera guerra mitridática debió de haber contribuido al problema, interrumpiendo la dominación romana en Anatolia occidental y obligando a los magistrados a reconquistar ciertas áreas al margen de la provincia romana, especialmente aquellas que nunca antes habían sido absorbidas por completo. Finalmente, esta reconquista parece haber implicado enfrentarse a comunidades inclinadas a la piratería que existían a lo largo de la costa de Panfilia y Cilicia.

LA PROVINCIA DE «CILICIA»

La imagen de la actividad romana en Anatolia después de la primera guerra mitridática (89-85 a. C.) se complica debido al establecimiento de una nueva provincia, a la que se llamó Cilicia, pero que en realidad no incluía ningún territorio propiamente cilicio en ese momento. La primera persona en ocupar este mando provincial fue Cneo Cornelio Dolabela (pr. 81 a. C.). Gracias al testimonio de Cicerón, que detalló las actividades en el área de Cayo Verres (pr. 74 a. C.) (vid. infra), conocemos que esta provincia comprendía los siguientes territorios: Frigia, Pisidia, Milias, Licia, Panfilia y las ciudades de Aspendos y Perge; no aparecen mencionadas las poblaciones costeras de Attaleia y Side, ya fuese porque estuvieran ocupadas por piratas o porque Verres tuviera miedo a estos para dirigirse allí, pero para M. Oktan probablemente Side formó la frontera costera oriental.

Figura 87. Ágora de Perge (Wikimedia Commons).

El establecimiento de la provincia de Cilicia no fue más que una medida defensiva, resultado de las amenazas contra Roma y no como parte de una política agresiva de conquista. De esta forma, se podría ejercer un mayor control sobre el peligro creciente a lo largo de las costas de Anatolia meridional.

Se desconoce cuáles fueron las actividades de Dolabela, aunque lo más probable es que se enfrentara contra los piratas. Como en la lex de provinciis praetoriis (100 a. C.), Sila prohibió igualmente a los gobernadores combatir fuera de su provincia sin el permiso de Roma, y en caso contrario podría considerarse tal actitud como traición. Parece ser que Dolabela estuvo principalmente a la defensiva, posiblemente en Panfilia, y ante todo su misión fue poner las bases de las estructuras para futuras campañas.

Dolabela fue procónsul de Cilicia en el año 80 a. C., término que se prolongó al año siguiente, donde entre sus subordinados se encontraban Cayo Publicio Maléolo, como cuestor, y Cayo Verres (pr. 74 a. C.), como legado y luego como procuestor al suceder a Maléolo, el cual fue asesinado. Su Gobierno se convirtió en escenario de constantes abusos de poder por parte los anteriormente mencionados, con exacciones y robos, en los que Dolabela llegó a participar. De esta forma, llegó a exigir al gobernador de Asia que ejecutara a dos habitantes de Lámpsaco (Lapseki), que eran enemigos de Verres, aunque Dolabela obligó a Verres a devolver dos estatuas de Apolo que este había robado en Delos. A su regreso a Roma, Dolabela fue acusado de extorsión, y condenado, siendo desterrado y dejando a su mujer y a su hija en la pobreza.

El poeta Juvenal (siglo

ii

d. C.) señaló en una de sus sátiras que un tal Dolabela había traído secretamente más botín de la provincia a Roma en las bodegas de sus barcos que otros comandantes después de una guerra victoriosa. Este Dolabela podía ser nuestro personaje o su pariente Cneo

Cornelio Dolabela (cos. 81 a. C.), el cual fue acusado de abusos similares en la provincia de Macedonia.

Capítulo VI

La década de los años 70 a. C.

La década de los años 70 a. C. nos proporciona una enorme información acerca de las actividades piráticas en el Mediterráneo, de tal forma que hemos dividido en dos capítulos esta sección, con la segunda tratando la relación de los piratas con las islas, mientras que en la primera nos detendremos en las campañas de Publio Servilio Vatia (cos. 79 a. C.), los secuestros de Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.) y Clodio (aed. 56 a. C.), así como de la relación de Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.) con la piratería.

PUBLIO SERVILIO VATIA «ISÁURICO»

Había quedado claramente demostrada en la década de los años 80 a. C. que la principal amenaza contra la hegemonía romana en el Mediterráneo oriental la representaba el rey Mitrídates VI. La segunda guerra mitridática (83-81 a. C.) había hecho ver que la primera guerra mitridática (89-85 a. C.) había quedado inconclusa debido a la necesidad de Sila de volver a Italia para enfrentarse con sus enemigos políticos.

Ante esta tesitura, Roma debía establecer una estrategia de contención ante el peligro póntico, en la que era fundamental controlar el flanco sur de Mitrídates VI, es decir, Capadocia, así como las zonas adyacentes a esta. De esta forma se explicaría la campaña de Murena en la Cibirátide, así como la intervención de Dolabela en Panfilia. Es en este contexto donde encaja la campaña de Publio Servilio Vatia (cos. 79 a. C.) en la Anatolia meridional.

Servilio era hijo de Cayo Servilio Vatia (pr. ca. 115 a. C.) y de Cecilia Metela, hija de Quinto Cecilio Metelo «Macedónico» (cos.

143 a. C.). Un tradicionalista Servilio ocupó el cargo de pretor en el año 90 a. C., después de lo cual se le otorgó una gobernación propretorial en el año 89 a. C., siendo probablemente su provincia la de Sardina, por cuya actuación obtuvo los honores del triunfo en el año 88 a. C. Participó en la primera guerra civil (88-81 a. C.) en el bando de Sila, lo que lo hizo cónsul en el año 79 a. C.

Tras su consulado, en el año 78 a. C. Servilio se convirtió en gobernador de Cilicia como sucesor de Dolabela, y permanecerá en este destino hasta el año 74 a. C. De esta forma, estará un quinquennium, tal como señaló Cicerón; su sucesor fue Lucio Octavio (cos. 75 a. C.), pero este falleció antes de alcanzar su destino. Otros autores clásicos señalaron que Servilio estuvo un triennium, pero esto parece aludir a los años en que se efectuaron operaciones militares, es decir, durante los años 77-75 a. C.

El nombramiento de un excónsul como gobernador es en sí mismo una señal de que las operaciones en Cilicia se consideraban de gran importancia. Recordemos que todavía en este momento la provincia llamada «Cilicia» no incluía ningún territorio que fuera geográficamente cilicio.

OPERACIONES EN LICIA Y PANFILIA

En su estudio clásico sobre las campañas de Servilio, H. A. Ormerod concluyó que, después de un año dedicado a los preparativos, llevó a cabo una campaña en Panfilia y el este de Licia durante los años 77-76 a. C., y luego atacó y derrotó a los isaurios y los homonadeos durante los años 76-75 a. C. En el año 74 a. C. regresó a Roma y celebró un triunfo, tomando el sobrenombre de «Isáurico», epíteto que llevó su hijo homónimo, cónsul en el año 48 a. C.

Servilio no penetró en la Cilicia Traquea, sino solo en el este de Licia, Panfilia, y en un acto de expansión probablemente de origen propio y hecho durante la misma campaña, partes de Pisidia y Licaonia, incluida Isauria (que más tarde a veces se consideró parte de Cilicia Traquea, un hecho que contribuyó a la confusión). Cayo

Julio César (cos. I 59 a. C.), que sirvió con Servilio en Cilicia, aprendió bien la lección de la «expansión en campaña» y la utilizó con mucho mayor efecto durante la guerra de las Galias (58-51/50 a. C.).

Como hemos dicho, el primer año fue dedicado por Servilio a efectuar los preparativos de la inminente campaña, en especial la formación de una flota. Ya el antecesor de Servilio en el cargo, Dolabela, había encomendado la construcción de barcos contra los piratas, como lo prueba la «anécdota» de Verres con una nave milesia. Esta flota estaba conformada mayormente por naves de guerra «pesadas» (en comparación con los «ligeros y rápidos» de los piratas, en palabras de Floro), seguramente pertenecientes a las ciudades aliadas de Roma (de la provincia de Asia), en la que sin duda alguna la armada rodia debió de jugar un papel importante; asimismo, también se piensa que en la campaña pudieron participar barcos expropiados a Mitrídates VI tras la Paz de Dárdano (85 a. C.). En cuanto a sus efectivos de tierra, su ejército estaba formado, quizás, por cinco legiones, algunas de las cuales habían estado en las provincias de Cilicia o Asia desde principios o mediados de la década de los años 80 a. C.

Figura 88. Antiguas ciudades de Licia y Panfilia (poblaciones modernas en gris) (Wikimedia Commons).

Las fuentes hablan de, al menos, la existencia de una batalla naval,

seguida de ataques contra bases en tierra. La forma general de su campaña, una reunión de fuerzas, una batalla naval y luego una serie de ataques a las fortalezas, se ajusta a un patrón típico de las acciones contra la piratería en este periodo, que llegará a su culmen con la campaña de Pompeyo en el año 67 a. C. (vid. infra).

Anteriormente, al hablar de las flotas piratas, hemos reproducido el texto de Floro acerca de la campaña de Servilio. Por su lado, Eutropio escribió:

A Cilicia y Panfilia fue enviado el procónsul Publio Servilio; un hombre enérgico que sometió Cilicia, asaltó y tomó las ciudades más importantes de Licia, entre ellas Fasélide, Olimpo y Córico de Cilicia. Después de atacar también a los isauros y obligarlos a la rendición, puso fin a la guerra en tres años. Fue el primero de todos los romanos que marchó por el Tauro. A su regreso, recibió el triunfo y mereció el nombre de Isáurico (Eutropio, Breviario, 6, 2, 3).

En conjunto, parece ser que las primeras actividades de Servilio pretendían realmente combatir contra los piratas en el sur de Anatolia. Sin embargo, sus posteriores victorias contra los isaurios y los homonadeos parecen tener poca conexión con la piratería. Si bien la mayoría de las fuentes hablan de Servilio derrotando a los piratas en «Cilicia», está claro, por los detalles que se nos han conservado de sus actividades, que comenzó atacando una serie de fortalezas situadas en el este de Licia. Los lugares que se mencionan más comúnmente son Fasélide, Olimpo y Córico. Estrabón entró en algunos detalles sobre Olimpo, con la siguiente descripción:

Figura 89. Ruinas de Olimpo (Wikimedia Commons).

En las cimas del Tauro está Olimpo, tanto el monte como la fortaleza homónima, que es la base de piratería de Zenicetes, desde donde se divisa toda Licia, Panfilia, Pisidia y Milíade; pero cuando el monte fue tomado por Isáurico, Zenicetes se prendió fuego junto con toda su casa. A este pertenecían también Córico, Fasélide y todos los territorios de Panfilia, y todo fue tomado por Isáurico (Estrabón, Geografía, 14, 5, 7).

Zenicetes emerge de este pasaje como un poderoso gobernante local; también controló otros territorios en Panfilia y su dominio puede, quizás, haber sido similar al de Moagetes III, el tirano de Cibira. Una diferencia importante entre ambos es que Zenicetes controlaba una parte sustancial de la costa de Licia y Estrabón lo señaló específicamente como pirata. Sea como fuere, un oráculo dedicado a Zeus de Dodona escrito en una estrígil de hierro califica a un tal Zenicetes como «rey», un individuo que parece tratarse de nuestro personaje. De ser así, la percepción que tenía Zenicetes de sí mismo era evidentemente diferente de la que tenían los romanos. Esto también pasó con el rey Nabis de Esparta (207-192 a. C.), a quien las fuentes hostiles (Polibio, Tito Livio) mencionan como

«tirano» (y que, por supuesto, favorecía la piratería), para deslegitimar su poder.

Cicerón proporcionó más pruebas de las actividades piratas llevadas a cabo en esta zona, y dice de la ciudad de Fasélide:

La famosa Fasélide, que tomó Publio Servilio, no había sido antes una ciudad de cilicios y piratas. La habitaban los licios, un pueblo griego. Pero, como, dada su situación avanzada sobre alta mar, los piratas que salían de Cilicia se veían obligados a arribar allí con frecuencia y se desviaban también allí cuando se retiraban desde nuestras costas, se atrajeron aquella plaza con relaciones comerciales, al principio; después, también mediante alianza (Cicerón, Verrinas II, 4, 10, 21).

Cicerón parece insinuar que la piratería era un problema relativamente reciente en Fasélide, cuando Servilio capturó la ciudad, y que no era la práctica de su población nativa. Podría ser que esta ciudad fuera invadida por forasteros, los «cilicios», que introdujeron por la fuerza la piratería, o, tal vez, sea más probable, ya que Cicerón retrató la relación entre ambas partes como una alianza, que los habitantes cooperaron voluntariamente con los piratas a cambio de una parte sustancial de los beneficios.

A tenor de las fuentes de que disponemos, Servilio consiguió con su flota una «victoria sangrienta»; posiblemente, también hubiera diversas escaramuzas en el mar. Hemos de suponer que el primer paso que dio el comandante romano fue asegurase el dominio del mar. Esto le permite atacar tierra firme, en donde conocemos que tomó tres ciudades: Fasélide, Olimpo y Córico. En esta última tenemos ciertas dificultades de identificación, ya que en la descripción que efectúa de ella Estrabón, este la sitúa en la Cilicia Traquea, lejos de Fasélide y Olimpo, que se encuentran en la costa oriental de Licia. El problema se solventa cuando descubrimos que hay tres localidades homónimas en la costa de la Anatolia meridional: la cilicia (Kizkalesi), de hecho, el puerto de Seleucia de Calicadnos (Silifke); otra en Panfilia, cerca de Attaleia (Antalya), de

la que desconocemos su ubicación; y la tercera en Licia, que al parecer era el puerto de Olimpo.

Figura 90. Ruinas del puerto septentrional de Fasélide (Wikimedia Commons).

M. Adak ha argumentado que el nombre de Córico finalmente se cambió a Olimpo, después de que la ciudad original de Olimpo fuera destruida por los romanos. Según este autor, Olimpo se fundó inicialmente en el Monte Olimpo, que identifica con Musa Dağı en lugar de Tahtalı Dağı, como ha sido tradicional. Después de la destrucción, la población se habría trasladado a Córico.

De esta forma, Fasélide, Olimpo y Córico se encontrarían al oeste del Golfo de Antalya, justo enfrente de los reductos impenetrables de la montañosa Cilicia Traquea, lo que ofrecía una continuidad territorial. Toda la zona estaría pues bajo el poder de un líder «pirata», Zenicetes, sin que sea posible saber si era un cilicio de origen que consiguió conquistar parte de la costa licia o si fue un jefe local que extendió su territorio gracias a los problemas creados

por las guerras mitridáticas.

El hecho de que Zenicetes no huyera ante la presencia de las fuerzas romanas parece indicar que no se trataba de un pirata, sino más bien de un indígena que tenía tratos con los saqueadores del mar o, incluso, un peligroso personaje que se oponía al orden romano en la Anatolia meridional, y que podría llegar a convertirse en el equivalente de Mitrídates VI en el mar.

Zenicetes pereció en la toma de Olimpo. «Zenicetes se prendió fuego junto con toda su casa», una medida bastante usual entre los derrotados por las fuerzas romanas. Por ejemplo, el caso del líder itálico Cayo Vidacilio, quien, a la vista de que la ciudad de Ásculo, de la que era comandante, iba a caer en manos de las fuerzas de Cneo Pompeyo Estrabón (cos. 89 a. C.), decidió celebrar un banquete con sus amigos, ingirió un veneno y se lanzó a una pira funeraria que ya tenía preparada (89 a. C.).

Al parecer, Zenicetes o sus parientes gobernaban Olimpo, una de las seis ciudades más grandes de la Liga Licia según Estrabón, desde alrededor del año 100 a. C., momento en que la ciudad se separó de dicha liga, como indica el hecho de que comenzó a acuñar moneda diferente a esta. Fasélide, que también estaba en sus manos, tampoco era miembro de la Liga Licia en este periodo.

Floro indica que Servilio «destruyó Fasélide y Olimpo, sus ciudades más poderosas [de los piratas] y enriquecidas por el botín de largo tiempo». Esta fue una gran victoria para Servilio porque estas bases situadas fuera del corazón del país de Cilicia constituían escalas importantes de los piratas durante sus viajes y servían como mercados para vender y almacenar el botín conseguido.

Otro de los objetivos importantes en la campaña de Servilio fue la ciudad de Attaleia (Antalya), importante puerto en Panfilia, que fue anexionada a la provincia romana y que quizás también formase parte del territorio que dominaba Zenicetes. Igualmente, hemos de considerar que fueron sometidos varios bastiones piratas de menor importancia, pero de los que no tenemos noticias de ellos.

El triunfo que Servilio obtendrá por estas acciones, el segundo de su carrera (74 a. C.), fue muy brillante; el pueblo acudió a ver a un tal

Nicón y a otros líderes piratas capturados, que caminaban en la procesión, y también el gran botín que había obtenido en las ciudades conquistadas, el cual fue depositado en el tesoro público, sin que Servlio se apropiara nada para sí mismo, tal como acostumbraban la mayoría de los procónsules, por lo que fue ampliamente aclamado, pero, desde luego, en absoluto imitado. Desconocemos quién era este Nicón, que escapó y fue recapturado; Ph. De Souza considera que pudo ser un asociado de Zenicetes, que quizá dirigiera una de las ciudades que estaban en poder del líder al que derrotó Servilio.

Curiosamente, conocemos a otro pirata de nombre Nicón, que utilizó la ciudad de Feras (Kalamata), situada en el golfo de Mesenia, para saquear el territorio de los mesenios. Es conocido únicamente por un pasaje un tanto desconcertante de Polieno:

El pirata Nicón, haciendo continuas incursiones desde Faras del Peloponeso, cometía muchas tropelías contra los mesenios. Agémaco, general de los mesenios, tras tenderle una emboscada y apresarlo, lo condujo a la asamblea de los mesenios para ser interrogado. Nicón les prometió que les entregaría Faras si lo dejaban con vida. Persuadidos los mesenios, él, después de aguardar una noche sin luna, ordenó a la mayoría que lo siguieran a corta distancia y a unos cuantos que lo acompañaran con grandes cargas de haces de trigo. Y acercándose a las murallas a la segunda guardia, llamó a los centinelas y les dijo la contraseña. Y estos, al conocer su voz y la contraseña, le abrieron las puertas, y los que llevaban los fardos, tras arrojarlos y sacar las espadas, mataron a los de las puertas. Y los que seguían detrás, cayendo todos sobre la ciudad, se apoderaron de ella (Polieno, Estratagemas, 2, 35).

Si era el mismo pirata que fue capturado por Servilio, el episodio debería anteceder a la campaña de este último en Cilicia. Desde un punto de vista teórico, se ha situado cronológicamente este episodio durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.) o poco antes.

De nuevo, volviendo a nuestro relato, no es, por tanto, extraño que

en su momento a Servilio se le adjudicara el mérito de haber capturado más líderes piratas que todos sus antecesores juntos:

Publio Servilio ha capturado vivos él solo más jefes de piratas que todos con anterioridad. ¿Cuándo negó a nadie la satisfacción de que se le permitiera contemplar a un pirata prisionero? Pero, por el contrario, por dondequiera que pasaba, ofrecía a todos este agradabilísimo espectáculo de enemigos atados y prisioneros y así se producían tales afluencias desde todos los puntos que acudían para verlos no únicamente de las ciudades por las que eran llevados, sino incluso de las vecinas (Cicerón, Verrinas II, 5, 26, 66).

Servilio parece haber entendido muy bien la necesidad de presentar a Roma como la defensora de la libertad de los mares contra la piratería. En sus Verrinas, Cicerón llamó la atención de su audiencia sobre los piratas capturados que Servilio mostró en público, así como del gran número de ejecuciones de piratas que siguió al triunfo de Servilio.

Figura 91. Mapa de Anatolia en la Antigüedad con las provincias romanas. Friedrich Wilhelm Putzger - F. W. Putzgers Historischer Schul-Atlas, 1901 (Wikimedia Commons).

ISAURIA

La segunda parte de la campaña de Servilio, que le ocuparía probablemente dos años, fue en el territorio montañoso de Isauria, «baluarte de Cilicia», lejos del mar y los piratas, aunque los isaurios eran famosos por practicar el bandolerismo. Si bien se ha atribuido su iniciativa a consolidar un territorio para atacar posteriormente la Cilicia propiamente dicha, en realidad su intención, como ya hemos adelantado, era buscar una comunicación directa y eficaz desde Panfilia con Capadocia, la puerta trasera del reino del Ponto, donde gobernaba nuestro inefable Mitrídates VI. En el año 74 a. C., cuando la guerra contra el monarca póntico era ya un hecho, Lúculo estaba perfectamente situado en la parte recién adquirida de la provincia de Cilicia para contraatacar.

Si bien se ha considerado el territorio de los isaurios como el correspondiente a la provincia de Isauria de época de la reforma provincial del emperador Diocleciano (284-305 d. C.), en realidad, estos eran los habitantes de las montañas al sureste del lago Trogitis que se concentraban alrededor del asentamiento de Isaura, más tarde, Isaura Vetus (Siristat). Cuando los romanos ganaron la hegemonía en la región en el siglo

i

a. C., los forasteros ya se referían a todos los pueblos del interior con esta designación, incluso si la mayoría tenía nombres tribales propios. Estos incluían no solo a los Isauri, sino también a los Homonades al noroeste de ellos en la región alrededor de Trogitis, los Lalasses, en las laderas sureste del Tauro alrededor de la ciudad de Mut, y los Kennatae, al noreste de los Lalasses.

En cuanto a la propia campaña, Servilio avanzó a través de las

montañas de Tauro (la primera vez que un ejército romano había cruzado esta cadena montañosa) y logró derrotar a los isaurios a lo largo de la ladera norte. Como puede imaginarse, la lucha fue difícil debido a lo escabroso del terreno, lo que facilitaba tender emboscadas por parte de los habitantes de la región. El hecho de armas más importante fue la toma de la ciudad de Isaura Vetus (Zengibar Kalesi), tras un largo sitio que incluyó el desvío del cercano río, el actual Çarsamba, para así privar a los defensores de la ciudad de su única fuente de agua, después de lo cual no tardaron en rendirse. Fue durante esta parte de la campaña que Vatia fue aclamado imperator por sus legiones. Es en este episodio de donde proviene su agnomen de «Isáurico», apodo del cual Floro indicó que este estaba muy orgulloso porque se hallaba convencido de cuánto se lo había merecido. Aunque puede haber anexionado algunos territorios alrededor de los asentamientos de las tierras altas, parece que Servilio no hizo gran cosa para establecer un control efectivo sobre la región. Más tarde, en el año 73 a. C., el general mitridático Éumaco invadió Isauria, de donde fue expulsado por el etnarca gálata Deyótaro, fiel amigo de los romanos. Sea como fuere, Servilio dedicó parte del año 74 a. C. a organizar el territorio que había conquistado, antes de volver a Roma y celebrar el merecido triunfo que se había ganado.

EL SECUESTRO DE CÉSAR

Este es quizás el episodio más famoso en relación con la piratería en la Antigüedad, con un protagonista de excepción, Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.), el famoso conquistador de la Galia en la guerra de las Galias (58-51 a. C.), y vencedor de la segunda guerra civil (49-45 a. C.), amante de la fascinante reina de Egipto Cleopatra VII (51-30 a. C.), y finalmente asesinado en los idus de marzo del año 44 a. C. Una vida, sin duda, atractiva y seductora. El cautiverio de César y la petición de un rescate constituyen el episodio más conocido entre todos los casos de secuestro cometidos por piratas: nada menos que siete autores clásicos hablan o aluden a este suceso. El origen de esta historia sería el propio César, que en diversos momentos de su vida hará alusión a este evento. Incluso,

esta aventura fue llevada al cine en el año 1962 con la película italiana César contra los piratas, dirigida por Sergio Grieco y protagonizada por Gustavo Rojas.

LA GLOBE FILMS INTERNATIONAL presenta

un film prodotto da GASTONE GUGLIELMETTI per la C.A.P.E.I. S.p.A.

GUSTAVO ROJO · ABBE LANE · GORDON MITCHELL

GIULIO CESARE CONTRO I PIRATI

PIERO LULLI · MARISA PARISI · LISA TERRY · MASSIMO CARROCCI · GIANNI LUNI

DANIELE CENTILE · FERNANDO RAVALI · GASTONE MOSCHIN · ALDO CECCONI · ANTONIO GRADOLI

nuovo ANGELINI C.S.C. · nuova FRANCHI · MARCELLO GIANNINI

ERNO CRISA · ROSSANA FATTORI · MARIO PETRI

musiche SERGIO GRIECO

EASTMANCOLOR · DYLIOSCOPE

Figura 92. Cartel de la película César contra los piratas (1962) (Wikimedia Commons).

Después de su primera estancia en Oriente, César volvió a la ciudad de Roma tras la muerte de Sila en el año 78 a. C. Para lograr cierta fama y publicidad, decidió dedicarse a la abogacía en los tribunales, dándose a conocer por su cuidada oratoria. Para ello, acusó a dos importantes miembros del régimen, Cneo Cornelio Dolabela (cos. 81 a. C.) y Cayo Antonio Hibrida (cos. 63 a. C.), de malversación y de diversas atrocidades, respectivamente. La suerte en ambos juicios fue dispar, consiguiendo César su propósito de hacerse un nombre, pero de manera inteligente decidió cambiar de aires y volver a la provincia de Asia.

Una versión integral de los acontecimientos podría ser la siguiente. Durante el invierno del año 74/73 a. C. (aunque, recientemente, M. Tozan ha situado este suceso a finales del año 79 a. C., mientras que A. M. Ward lo ubica en el año 81 a. C.), César decidió viajar a Rodas, un verdadero destino de peregrinación para los jóvenes romanos de las clases altas, deseosos de aprender la cultura y la filosofía griegas. En concreto, iba a tomar clase de Apolonio Molón, quien fue también maestro del posteriormente famoso orador Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a. C.). Durante el viaje, sin embargo, fue secuestrado por piratas, quienes lo llevaron a Farmakonisi (más conocida por Farmacusa), una pequeña isla del archipiélago del Dodecaneso de tan solo 3,8 kilómetros cuadrados, a unos 40 kilómetros al sur de Mileto.

Cuando se le pidió que pagara veinte talentos por su liberación, César respondió, de manera arrogante, que entregaría cincuenta, y envió a sus compañeros a Mileto para obtener la suma de dinero con que pagar el rescate, mientras que él se quedaría en Farmakonisi con dos esclavos y su médico personal. Durante su estancia en la isla, que duró unos cuarenta días, César compuso numerosos poemas y luego los sometió al juicio de sus captores; más, en general, mantuvo un comportamiento bastante particular con los piratas, siempre tratándolos como si tuviera el control de sus vidas y prometiendo varias veces que, una vez que fuera libre, los haría matar a todos.

Cuando sus compañeros volvieron trayendo consigo el dinero, César fue liberado. Pero, fiel a su carácter, no se quedó sin hacer nada. Al llegar a Mileto, César armó unos barcos y se apresuró a regresar a Farmakonisi, donde halló a los piratas en el lugar donde había estado retenido y los pudo capturar sin dificultad; luego se dirigió a Bitinia, donde el gobernador de la provincia de Asia, el propretor Marco Junio Junco, estaba supervisando la ejecución de los deseos expresados por Nicomedes IV en su testamento, en que legaba su reino a los romanos, tal como había efectuado anteriormente Átalo III de Pérgamo y Ptolomeo Apión de Cirene. César pidió a Junco que dispusiera el castigo de los piratas, pero este último se negó, y en su lugar trató de apoderarse del botín tomado a los propios piratas, y revender a los prisioneros.

Antes de que Junco pudiera poner en práctica sus planes, César se hizo de nuevo a la mar saliendo de Bitinia y procedió a ejecutar él mismo a los prisioneros: los hizo crucificar después de haberlos previamente estrangulado, para evitarles una larga y atroz agonía. De esta forma, no hizo más que cumplir su promesa a los piratas durante su cautiverio, e incluso pudo devolver el dinero que sus compañeros habían tenido que pedir prestado para su liberación.

Figura 93. Busto de César, Museo Arqueológico Nacional de Nápoles (Wikimedia Commons).

LOS TEXTOS

Sobre la anterior reconstrucción, Cl. Sintes ha efectuado un certero análisis de todos los autores que trataron este episodio, en el que muestran las diversas semejanzas y contradicciones existentes. Para ello, iremos reproduciendo los textos relativos a este suceso, con comentarios según proceda. En primer lugar, comenzamos por Suetonio:

Por lo demás, una vez apaciguada la revuelta civil, acusó de concusión a Cornelio Dolabela, excónsul y hombre distinguido con los honores del triunfo, y, absuelto este, decidió retirarse a Rodas, tanto para hurtarse al rencor como para consagrar su atención, en el ocio y el descanso, a Apolonio Molón, maestro de retórica muy famoso por entonces. Mientras se trasladaba allí, ya en los meses de invierno, fue capturado cerca de la isla de Farmacusa por unos piratas y permaneció junto a ellos, no sin enorme indignación, casi cuarenta días, junto con un médico y dos ayudas de cámara, pues a sus restantes compañeros y siervos los había despachado desde el primer momento a buscar dinero para su rescate. Cuando al fin lo desembarcaron en una playa tras la entrega de cincuenta talentos, no aplazó un instante la persecución de los fugitivos, lanzando inmediatamente una escuadra contra ellos, ni su castigo una vez que los tuvo en su poder, castigo con el que les había amenazado a menudo entre bromas. Como por entonces Mitrídates devastaba las regiones vecinas, para no parecer inactivo mientras los aliados se hallaban en peligro, pasó a Asia desde Rodas, adonde había continuado viaje, y, con el reclutamiento de tropas auxiliares y la expulsión de la provincia del prefecto del rey, consiguió contener dentro de los límites de la lealtad a las ciudades vacilantes y dudosas (Suetonio, Vida de César, 4, 1-2).

Un elemento de suma importancia es que nos señala que César se embarcó durante los meses de invierno. A lo anterior, Suetonio añadió lo siguiente en otro pasaje:

Como era también por naturaleza muy benévolo a la hora de tomar venganza, cuando tuvo en su poder a los piratas que lo habían capturado, puesto que con anterioridad había jurado que los haría colgar de una cruz, mandó crucificarlos, pero ordenando que los degollaran antes (Suetonio, Vida de César, 74, 1).

¡Un tipo clemente, César!

Por su parte, Plutarco, la versión más documentada, narra lo siguiente:

Cesar [huyendo de Italia de la ira de Sila] […] se embarcó para Bitinia con el fin de presentarse ante el rey Nicomedes. Tras pasar cierto tiempo junto a él, se embarcó de regreso y fue apresado en las inmediaciones de la isla Farmacusa por los piratas que por aquel entonces ya infestaban el mar con grandes escuadras e innumerables embarcaciones.

Pues bien, en un primer momento, los piratas le pidieron veinte talentos por su rescate; él se echó a reír diciéndoles que no sabían a quién habían hecho prisionero, y prometió darles cincuenta. Después, tras enviar a sus hombres a diferentes ciudades para que se procurasen el dinero, aun rodeado como estaba de cilicios, los hombres más sanguinarios del mundo, en compañía de un único amigo y dos acompañantes, trataba a los piratas con tal desprecio que, cuantas veces se disponía a dormir, enviaba a alguien para que les ordenase guardar silencio. Y durante treinta y ocho días estuvo compartiendo sus juegos y ejercicios con toda libertad, como si en vez de custodiar a un prisionero estuvieran escoltándolo; les hacía

escuchar los poemas y discursos que escribía, y a los que no los admiraban los motejaba delante de ellos de incultos y bárbaros, y entre risas los amenazaba muchas veces con hacerlos colgar; ellos disfrutaban con él y atribuían tal franqueza a la ingenuidad y jovialidad. Una vez hubo llegado el rescate de Mileto y él quedó en libertad con su entrega, inmediatamente equipó unos navíos y zarpó del puerto de Mileto al encuentro de los piratas; los sorprendió todavía anclados en la isla y apresó a la mayoría de ellos. Saqueó sus reservas de dinero, hizo encarcelar a los hombres en Pérgamo y él marchó en persona ante el gobernador de Asia, Junco, pues a él correspondía, en tanto que pretor, castigar a los cautivos. Cuando Junco, lanzando una mirada de codicia al dinero (que era abundante), dijo que estudiaría despacio el caso de los prisioneros, César se despidió de él, marchó a Pérgamo y, tras sacar a los piratas de la cárcel, los hizo crucificar a todos, como les había anunciado muchas veces en la isla, aparentemente en broma (Plutarco, Vida de César, 1, 7-2, 6).

Como podemos observar, en este relato se nos informa de que César procedía de Bitinia, y quería regresar a Roma, mientras que Suetonio nos señala que la intención de este era ir a Rodas, para seguir las clases de Apolonio Molón. En ambos textos César es capturado por los piratas cerca de la isla de Farmakonisi. Plutarco indicó la cantidad original que pedían por su rescate, veinte talentos, que César eleva en ambas versiones a cincuenta. Los dos autores mencionados coinciden en el número de acompañantes de que disfrutó César durante su cautiverio, que en una versión es de treinta y ocho días y en otra, de cuarenta, aunque Plutarco ofreció más detalles de su estancia. Igualmente, Plutarco brinda más datos sobre la resolución de ese suceso, en que se nos indica la participación de la ciudad de Mileto (que, por ejemplo, sabemos que cedió barcos a Cayo Verres [pr. 74 a. C.] y luego a Cayo Valerio Triario [pr. 77 a. C.] [vid. infra]) y del papel del gobernador de Asia.

En cuanto a Veleyo Patérculo:

Después, todavía joven, habiendo sido capturado por unos piratas, de tal manera se condujo en el tiempo en que estuvo retenido por ellos que les inspiró terror y admiración, y nunca, de día o de noche [¿por qué omitir lo más destacable?, ¿porque no se pueda narrar con palabras hermosas?], se descalzó o desciñó, al objeto de no resultar sospechoso para quienes lo vigilaban, por hacer un movimiento desacostumbrado.

Relatar a qué y a cuánto se atrevió, con cuánta audacia frustró con su iniciativa los intentos del magistrado del pueblo romano que gobernaba la provincia de Asia lleva tiempo; relatemos aquello que sirva de testimonio sobre un hombre que resultaría después tan importante. La noche siguiente al día en que fue rescatado con dinero público de las ciudades, pero no sin forzar antes a los piratas a entregar rehenes a esas ciudades, sin orden expresa de la autoridad, habiendo reclutado una armada precipitadamente, se presentó en el lugar donde estaban los piratas; movió a la huida a parte de sus barcos, hundió otra parte, y apresó algunas naves y a muchos hombres. Satisfecho por el triunfo de la expedición nocturna, volvió con los suyos y, encarcelados los prisioneros, se dirigió a Bitinia, a presencia del procónsul Junio (pues habían concedido Asia y esa provincia al mismo) para pedirle que asumiera la responsabilidad de ejecutar a los cautivos. A pesar de su negativa y después de que este manifestara su intención de venderlos (ciertamente, la envidia se sumaba a su falta de diligencia), César con rapidez increíble se hizo de nuevo en el mar, antes de que se recibiera el informe del procónsul, y crucificó a todos los que había capturado.

Más tarde, tomando una nave de cuatro remos con dos amigos y diez esclavos, a fin de que, mientras cruzaba el mar apresuradamente en dirección a Italia, no le avistaran los piratas, que entonces dominaban todos los mares y le tenían tanto odio con razón, [César] cruzó el anchísimo golfo del mar Adriático para presentarse a comenzar su sacerdocio (Veleyo Patérculo, Historia romana, 2, 41, 3-43, 1).

Un relato que ni especifica el propósito del viaje, ni indica el lugar de la captura ni su duración, solo que un joven César inspiró en los

malhechores «terror y admiración». Curiosamente, este autor especifica que, para no ser sospechoso de fuga modificando su apariencia, César no se quitó los zapatos ni se deshizo de su cinturón de día o de noche durante su retención. Igualmente, por el contexto parece indicarse que se encontraba detenido en una isla.

Veleyo Patérculo da algunos detalles preciosos porque estos se encuentran ausentes en las otras versiones: la suma exigida se recaudó «con dinero público de las ciudades» de la costa asiática; César, aunque simple ciudadano, logró obtener una flota improvisada y organizó él mismo la persecución al día siguiente de su liberación. Atacó la base de los piratas y, tras la lucha contra ellos, los derrotó, de forma que una parte de sus naves huyó, otra fue hundida y otra capturada, así como a muchos hombres. Es el único testimonio de este suceso que nos informa de que los piratas disponían de una flota. Todo ello, durante el transcurso de una expedición nocturna, lo que implica que habría emprendido la persecución apenas llegó al puerto y que dispuso inmediatamente de un número sustancial de buques de guerra.

La versión de Veleyo Patérculo se superpone a la de Plutarco en el sentido de que una vez que, los piratas estaban bajo llave, César se dirigió a Bitinia en busca del procónsul de Asia, Junco, para pedir el castigo adecuado para ellos. Es importante notar que el cognomen del gobernador no se ha conservado, por lo que A. M. Ward consideró que, en realidad, no se trataría de Marco Junio Junco, sino de Marco Junio Silano, un importante legado de Marco Minucio Termo durante el año 81 a. C., con el fin de retrasar la fecha del secuestro de César. Pero podemos observar que Veleyo Patérculo califica al magistrado como «procónsul», lo que no parece adecuado para describir a un legado.

Ante su negativa y su supuesto deseo de quedárselos para obtener posteriormente un beneficio vendiéndolos como esclavos, César regresó lo antes posible (sea a Mileto o a Pérgamo o a cualquier otro sitio) y los hizo crucificar. Al final del episodio, César, deseando volver a Italia, equipó un barco rápido con el fin de permanecer el menor tiempo posible en el piélago, pues los piratas «dominaban todos los mares», y no fuera que quisieran ajustar cuentas con él.

Resulta relevante que Veleyo Paterculo consigne que los piratas «dominaban todos los mares», incluyendo el mar Adriático (¿un error por el mar Jónico? O quizás se dirigió directamente desde Grecia a la costa tirrénica de la península itálica), lo que, evidentemente, representaba un peligro para las comunicaciones entre Italia y Oriente. César fue elegido miembro del colegio de los pontífices en el año 73 a. C., cuando todavía estaba en la provincia de Asia. Es decir, que, a finales de la década de los años 70 a. C., la piratería reinaba en el Mediterráneo. Los esfuerzos por erradicar esta plaga habían resultado infructuosos. Más adelante veremos cómo los romanos decidieron tomar medidas más drásticas para combatirla.

Valerio Máximo no aporta nada nuevo a lo referido por los autores anteriores, por su brevedad, y sus palabras más se parecen a un panegírico que a una narración de los acontecimientos:

En cuanto a Cayo César, poseedor de unas cualidades que le permitieron alcanzar el cielo, en su primera juventud viajó a Asia como un ciudadano más y, como fue apresado por unos piratas junto a la isla Farmacusa, tuvo que comprar su libertad por cincuenta talentos. Quiso, pues, la fortuna que el astro más brillante del firmamento fuese comprado entonces en un barco pirata por una suma irrisoria. ¿Cómo nos quejaremos entonces nosotros de ella si ni siquiera siente reparos ante los que comparten su divinidad? Pero este dios se vengó de la injuria recibida porque, al poco tiempo, capturó a sus raptores y los condenó a morir en la cruz (Valerio Máximo, Hechos y dichos memorables, 6, 9, 15).

Este escritor nos confirma que el secuestro de César fue junto a la isla de Farmakonisi y que el rescate ascendía a cincuenta talentos, así como la rápida venganza de este, que crucificó a los piratas. Otros dos autores (Fenestella y Aurelio Víctor) también son muy concisos y de poca utilidad, al derivar de la narración de Suetonio, a excepción de que en Fenestella los piratas fueron decapitados y no crucificados.

Finalmente, una versión muy distorsionada de los hechos nos la muestra Polieno, un abogado macedonio del siglo

ii

d. C., que compuso su obra de carácter militar sobre la base de un cúmulo de anécdotas:

Cuando César navegaba para ver a Nicomedes, fue apresado en Malea por unos piratas cilicios. Estos le pidieron un fuerte rescate y él les ofreció el doble. Atracaron en Mileto y fondearon fuera de los muros. César envió a Epícrates, un esclavo milesio, junto a los milesios con el encargo de que le prestasen dinero. Y estos se lo enviaron al punto. Epícrates, que tenía órdenes de Cesar, junto con el dinero trajo provisiones para un gran banquete y una hidria llena de espadas y vino mezclado con mandrágora. Después de pagar a los piratas el rescate doble, Cesar les preparó el banquete; y estos, muy contentos por la cantidad de dinero, se dispusieron a celebrarlo sin miedo y, al beber el vino drogado, se durmieron allí mismo. César ordenó matarlos mientras dormían y devolvió al punto el dinero a los milesios (Polieno, Estratagemas, 8, 23, 1).

Como puede apreciarse, este relato se aparta mucho de los anteriores. Aquí, los piratas, cilicios (como señaló Plutarco), capturan a César cuando se dirige a ver al monarca bitinio, junto a Malea, ciudad o cabo de la isla de Lesbos, como menciona Cl. Sintes, unos accidentes geográficos poco conocidos. A nuestro entender, Polieno jugaba con el homónimo cabo Malea, al sur del Peloponeso, un lugar donde los barcos mercantes debían de ser frecuentemente abordados por los piratas, pues era un paso obligatorio entre el mar Egeo e Italia, o de lo contrario se debía circunvalar Creta, un viaje más largo… y peligroso. Ha de notarse que el autor no menciona la ubicación de Malea.

El resto de la historia contada por Polieno parece ciertamente una invención, ya que es un verdadero absurdo digno de una novela. César fue llevado por los piratas a un lugar junto a Mileto, cuando

en otras narraciones parece claro que el romano fue custodiado en una isla. En esta versión, sin indicar cantidad alguna, César ofreció pagar el doble, y encargó al esclavo milesio Epícrates que consiguiera que los habitantes de la ciudad le prestaran el dinero. Junto a este, el esclavo, que tenía instrucciones secretas de su amo, trae comida y bebida para una gran fiesta. La estratagema, explica Polieno, es que las armas estén escondidas bajo los víveres entregados y el vino de las ánforas ha sido mezclado con un narcótico poderoso. Los piratas, sin sospechar nada, de dan al festín, y luego se adormecen rápidamente bajo la acción de la droga que se ha echado al vino. César y sus esclavos, teniendo cuidado de no beber, matan a los piratas mientras duermen y devuelven el dinero a los milesios. Como la palabra Farmacusa se parece al verbo griego que significa «drogar», A. M. Ward considera que de este equívoco Polieno elaboró su versión.

Pero, curiosamente, J. Osgood señala que la evidencia epigráfica muestra que alguien llamado Epícrates, como estefanéforo (magistrado epónimo) del año 83/82 a. C., fue una de las figuras prominentes de ese periodo en Mileto. Evidentemente, Epícrates no sería un esclavo, sino un personaje de importancia en la ciudad mencionada, motivo por el que César lo enviaría a buscar el dinero del rescate. En consecuencia, como su hijo se llamó Cayo Julio Apolonio, estefanéforo en el año 58/57 a. C., honrado como heros después de su muerte, y el hijo de este, Cayo Julio Epícrates, estefanéforo del año 40/39 a. C., amigo del emperador Augusto (27 a. C.-14 d. C.), César debió de conceder la ciudadanía romana en algún momento a Epícrates o a su hijo, sin duda como recompensa por la actuación del primero en este asunto. Esto demostraría que el relato de Polieno no es tan descabellado como en un principio parecería.

PROBLEMAS DE INTERPRETACIÓN

Descartando radicalmente la versión de Polieno, que al parecer no sigue las fuentes originales y se considera poco seria por la mayoría de los investigadores actuales, las otras variantes incluyen

elementos convincentes y verosímiles que acreditan la realidad de la historia. Llevar a César a una isla para mantenerlo cautivo es de buena lógica, porque facilitaba mucho su seguimiento y control. La isla de Farmakonisi es una buena elección: parece que se encontraba desierta en ese momento histórico, habiendo detectado la arqueología una ocupación permanente solo en el Alto Imperio. Se encuentra lo suficientemente lejos de las rutas comerciales para permitir la discreción necesaria, aunque lo suficientemente cerca del continente para realizar los viajes necesarios para efectuar el rescate y avituallar a los hombres. Los piratas son, de hecho, numerosos, hay varios barcos y se quedan treinta y ocho días en el fondeadero frente a una isla sin recursos.

El secuestro de César cerca de la ciudad de Mileto, cuando llegaba de Roma de camino a Rodas, fue considerado inverosímil por muchos investigadores porque su situación se encontraba demasiado al norte de la ruta que debería haber seguido. Este no parece ser un argumento que tener en cuenta, puesto que las condiciones de navegación hacían que los barcos tuvieran que desviarse en ocasiones. El ejemplo más famoso de estas rutas atípicas fue la del apóstol Pablo, que aconteció alrededor del año 60 d. C., dejando la isla de Creta para ir en cautiverio a Roma y cuyo barco los vientos empujarán a Malta. Que un vendaval del sureste obligara al capitán del barco de César a desviarse más al norte no debe considerarse imposible.

La propuesta de César de acrecentar su rescate se ha interpretado como una muestra de su arrogancia y de la alta opinión que tenía de sí mismo. Ciertamente, esto es correcto, pero, como muy bien indica Cl. Sintes, aumentar su valor hasta tal punto hizo a César aún más preciado a los ojos de sus captores, los cuales no tendrían interés alguno en dañar a alguien tan valioso. Quizás habría que pensar si este aumento de la suma que pagar no estaría en relación con que César pensara que alguno de sus enemigos en Roma pudiera hacer frente al pago para todo lo contrario: eliminarlo.

La conducta de César de hacer callar a los piratas cuando los abucheos lo perturban corresponde bien a su personalidad. Escribir poesía y discursos es una práctica que corresponde a un joven aristócrata intelectual, sobre todo si el propósito del viaje de César

era ir a Rodas a estudiar retórica.

Figura 94. Mapa de la situación de Farmakonisi (al norte) con respecto a otras islas del Dodecaneso (Wikimedia Commons).

Asimismo, las capacidades bélicas que manifiesta César en este episodio también parecen creíbles, sobre todo que en esta época ya había participado en al menos dos campañas militares, una precisamente con Servilio contra los piratas. No se trata, pues, de un joven sin experiencia.

Sobre la nacionalidad de los captores de César, solo Plutarco (y Polieno) los califica de cilicios, pero ya hemos mencionado que este término muchas veces es utilizado de forma genérica, y puede entenderse como sinónimo de piratas. De hecho, Ph. De Souza no cree que se traten de cilicios.

Otra cuestión que ha llamado la atención de los historiadores es que César, como simple ciudadano, sin misión oficial alguna en el momento en que fue capturado, pudiera reunir una flota en Mileto. No se trata, como apunta Cl. Sintes, de simples barcos de pesca, sino de auténticos barcos de guerra con sus tripulaciones. La solución la ha proporcionado A. M. Ward: el padre de César, también llamado Cayo Julio César (pr. 92 a. C.), fue procónsul de Asia durante la década de los años 90 a. C., y debió de dejar gratos recuerdos en las comunidades costeras de Asia Menor: se conoce en la actualidad una dedicación a este en la ciudad de Priene y otras dos en Delos. Dicho estudioso destaca el sentimiento de gratitud, y quizás también de cálculo, de las autoridades locales que conseguían así un amigo en Roma. Por tanto, no sería de extrañar que se le pusieran rápidamente a su disposición barcos de guerra.

Un nuevo problema lo plantea la situación de la isla de Farmakonisi. Su configuración hace que solo sea practicable una cala, no siendo accesibles el resto de sus lados, lo que la hacía extremadamente peligrosa en invierno, circunstancia que los piratas debían de conocer. La unanimidad de los textos en indicar que César fue retenido en Farmakonisi elimina la posibilidad de que este hubiera sido custodiado en otro lugar. Según Cl. Sintes, César adornaría el relato de su captura y el episodio tendría lugar en verano y no en invierno. El cambio de estación quizás quería reforzar la imagen de César como un personaje intrépido, debido a las dificultades existentes para navegar en invierno.

Asimismo, no parece tampoco creíble la reacción extremadamente rápida de César, capaz de movilizar recursos y efectuar una operación punitiva tan rápida que pilló a los piratas todavía anclados en el mismo lugar al día siguiente, incluso la misma noche de su liberación. Las condiciones del viento y las rutas de navegación no parecen avalar esta aseveración, pues necesitaría tres o cuatro días, al igual que parece inverosímil que, al llegar a puerto,

César pudiera disponer de inmediato de una flota, pues las negociaciones con las autoridades locales, incorporar a los marineros y preparar los barcos llevarían su tiempo, por breve que fuera.

No hay que dudar de la iniciativa y la rapidez que César empleó en organizar una flota y capturar a los piratas. Pero adornó el relato para dar una mayor impresión sobre sus capacidades.

EL CASTIGO A LOS PIRATAS

La cuestión de la pena de muerte de los piratas, crucificados (a excepción del testimonio de Fenestella, que comenta que estos fueron decapitados por parte de César, sin esperar la decisión final del gobernador), también es un tema sujeto a debate. Debido a que los piratas no estaban amparados por el derecho consuetudinario, podían ser apresados por un ciudadano de cierta importancia y ejecutados fuera de las normas legales aceptadas. A juzgar por el caso antes referido de Astipalea, da la impresión de que no era necesaria ninguna «condena» en tales casos.

No está claro con qué autoridad actuó César. Se ha sugerido que podría haber sido un legado, aunque no viajaba en ninguna misión en ese momento, y el hecho de que se dirigiera al gobernador de Asia parece indicar que carecía de autoridad real.

Sobre las formas de ejecución, la decapitación por hacha o espada era habitual, y los esclavos solían ser crucificados, aunque otra forma de castigo característica era la mutilación, sobre todo, a través de la amputación de las manos, que, además de una represalia que sustituía a la pena capital en razón del estatus social del prisionero, conllevaba también una carga infamante en diversas sociedades antiguas. Algunos de estos castigos son citados por Apiano con referencia a un enfrentamiento entre Quinto Brutio Sura, legado del gobernador romano de Macedonia, y Metrófanes, general de Mitrídates VI (88 a. C.):

Brutio, avanzando desde Macedonia con un pequeño ejército, sostuvo con él un combate naval y, tras hundirle una nave pequeña y una hemiolia, mató a todos los que había en ellas ante la mirada de Metrófanes. Este huyó aterrado y, como lo acompañó un viento favorable, Brutio no pudo darle alcance, sino que se apoderó de Escíatos, que servía de almacén a los bárbaros para el botín de sus depredaciones. Crucificó a algunos esclavos de entre la población y cortó las manos a los hombres libres (Apiano, Mitridática, 29).

CLODIO

Desde luego, César no sería el único miembro de la aristocracia romana que los piratas tomarían como rehén a cambio de un suculento rescate. Conocemos a otro personaje de la época que tuvo el mismo destino, pero mucha peor fortuna. Nos referimos a Publio Claudio Pulcro, más conocido como Clodio (aed. 56 a. C.), un personaje de lo más singular dentro del panorama político romano, un auténtico camorrista. Célebre por sus medidas a favor de los populares, sus inclinaciones lo llevaron a formar una banda, la cual se enfrentó a la constituida por Tito Annio Milón (pr. 54 a. C.), que defendía los intereses de los optimates. En un rifirrafe entre ambas bandas, en la vía Apia, cerca de Bovillae (Frattocchie), Clodio perdió la vida.

En el año 67 a. C., Clodio, entonces legado en el ejército de Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), su cuñado, que en aquel entonces dirigía las fuerzas romanas contra Mitrídates VI en la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), lo abandonó después de organizar un motín entre las tropas, durante el asedio de Nisibis, pues creía que no se le estaba tratando como merecía. Clodio se unió a su otro cuñado, Quinto Marcio Rex (cos. 68 a. C.), que era procónsul en Cilicia, provincia que había sido separada del mando de Lúculo por el Senado. Rex fue enviado al frente de una fuerza compuesta por tres legiones, con objeto de combatir la piratería, aunque también es posible que fuese un ejército de reserva a la expectativa de cómo

evolucionara el conflicto mitridático.

Clodio, puesto al mando de la flota de Rex, posiblemente con el cargo de prefecto, fue capturado por los piratas, quienes lo mantuvieron cautivo hasta la victoria de Pompeyo. Según Cicerón, el joven fue obligado, durante su cautiverio, a satisfacer los deseos sexuales de sus captores, pero, dada la enemistad declarada entre ambos personajes, hay que tomar esta afirmación con mucha cautela. Con la esperanza de obtener su liberación, Clodio prometió a sus apresadores una retribución sustancial, por lo que se solicitó por su persona un rescate al rey Ptolomeo de Chipre (80-58 a. C.), un aliado de los romanos, hermanastro de Ptolomeo XII de Egipto (80-58 y 55-51 a. C.) y, por tanto, tío de la célebre Cleopatra VII (51-30 a. C.). La cantidad ofrecida por el monarca fue tan ínfima, dos talentos según Apiano, que dejó en claro que Clodio había sobreestimado mucho su valor, y los indignados piratas lo liberaron sin aceptar el dinero. Más bien, en realidad, como señala Dion Casio, Clodio fue liberado por «miedo a Pompeyo». En medio de la mayor operación romana contra la piratería, no era la mejor idea tener como cautivo a un importante patricio, por muy liante y denostado que fuera. Estrabón es el autor que nos ofrece un relato más completo de esta historia:

Sin embargo, cuando el último gobernante de los Ptolomeos, el hermano del padre de Cleopatra, la que era reina en mi época, fue considerado de carácter ofensivo y desagradecido hacia los benefactores, él fue destituido y los romanos se apoderaron de la isla, que se convirtió en una provincia pretoriana por sí sola. Especialmente culpable de la caída del rey fue Publio Claudio Pulcro, pues, cuando cayó en manos de los piratas, estando los cilicios entonces en pleno auge, y le exigieron un rescate, mandó un mensaje al rey pidiéndole que enviara el rescate y lo liberara. Este lo envió, pero tan extremamente pequeño que incluso los piratas se avergonzaron de aceptarlo y lo mandaron de vuelta, liberando a Publio sin rescate. Una vez a salvo, agradeció este el favor a ambas partes, y cuando se convirtió en tribuno de la plebe alcanzó tal poder que Marco Catón fue enviado por él para arrebatarle Chipre a su posesor. Pues bien, el rey se le adelantó suicidándose, pero Catón

atacó y tomó Chipre, administró las posesiones reales y envió el dinero al fisco de los romanos […] (Estrabón, Geografía, 16, 5, 5).

Para L. Fezzi, este episodio guardaría una sospechosa semejanza con el vivido unos años antes por César. Pero es evidente, a través de las fuentes, que una de las prácticas preferidas de los piratas era el secuestro de personajes importantes para obtener un suculento rescate, de lo que hemos ofrecido algunos ejemplos. Y vistas las andanzas de Clodio, de las que no podemos aquí hacernos eco ni en una mínima parte, podemos esperar cualquier cosa.

Valerio Máximo nos recuerda la codicia del monarca chipriota:

La avaricia de Septimuleyo merece nuestra reprobación; en cambio, la de Ptolomeo, rey de Chipre, hay que tomarla a mofa. Después de haber acaparado una inmensa fortuna gracias a sus alarmantes excesos, intuyó que dichas riquezas le habrían de acarrear su propia muerte. Por ello, cargó todo su dinero en naves y avanzó hasta alta mar, con la intención de perforar aposta las naves y perecer ahogado, con lo que evitaría que sus enemigos se llevasen el botín. Sin embargo, no pudo soportar que su oro y su plata se hundieran en el mar, y volvió a casa trayendo consigo la que sería la recompensa por su muerte. Así pues, no hay duda de que Ptolomeo no poseía riquezas, sino que estaba poseído por ellas, y aunque ostentase el título de rey de aquella isla, en su ánimo no era más que un pobre esclavo de su dinero (Valerio Máximo, Hechos y dichos memorables, 9, 4, 1).

La venganza de Clodio contra el avaricioso Ptolomeo de Chipre tardó un tiempo, pero no demasiado. En el año 58 a. C., Clodio alcanzó la magistratura de tribuno de la plebe, con una actividad legislativa muy intensa que lo llevó a aprobar doce o trece plebiscitos en solo cinco meses. Entre ellos, el de la anexión de Chipre, que representó un importante momento de conflicto entre Clodio y el Senado, puesto que la costumbre era que los senadores

fueran responsables de las decisiones en política exterior. Además de las razones económicas para la confiscación de este reino (con objeto de financiar las medidas derivadas de su lex frumentaria y restablecer el presupuesto público), de la tradicional acusación de que el monarca había estado ayudando a los piratas (la anexión de la isla podía desde luego contribuir a la lucha contra la piratería), y de ciertas ventajas políticas (el alejamiento de Roma de un personaje tan molesto como Marco Porcio Catón [pr. 54 a. C.]), sin duda el resentimiento y el rencor de Clodio contra el monarca jugaron un importante papel en esta decisión.

A su vuelta a Roma, Rex, que había sido proclamado imperator por sus soldados (lo que indicaba que había obtenido una victoria de cierta importancia), exigió un triunfo, lo que se le negó, por lo que tuvo que esperar varios años en Italia, sin poder entrar en Roma, ya que, de lo contrario, perdería la oportunidad de celebrar este. Finalmente, murió sin conseguir su ansiado triunfo. Desconocemos contra qué enemigo se enfrentó (o pretendía haberse enfrentado) Rex.

En una primera instancia, por su situación geográfica, podría pensarse en los piratas cilicios, pero también se inmiscuyó en los asuntos de Siria, apoyando al rey Filipo II Filorromano (65-64 a. C.) contra su primo segundo Antíoco XII Asiático (69-64 a. C.), expulsando a este último de Antioquía, la capital del reino; es de suponer que lo hizo por dinero, bajo la excusa de la lucha contra la piratería. Precisamente, Clodio, tras su vuelta a la libertad, se dirigió a la mencionada ciudad donde, en un intento por favorecer el ascenso del protegido de Rex, Filipo II, trató de incitar a la población contra los árabes que apoyaban a su rival Antíoco XIII; su iniciativa, sin embargo, no tuvo éxito, y Clodio vio peligrar su integridad física.

Figura 95. Busto de Cicerón en los Museos Capitolinos de Roma (Wikimedia Commons).

También sabemos que los sucesores de Rex tuvieron enfrentamientos, como Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a. C.), procónsul de Cilicia durante los años 51-50 a. C., con los

denominados «cilicios libres», los habitantes de los montes Tauro.

Por lo que parece, Rex estuvo más bien inactivo. Cuando Lúculo, derrotado uno de sus legados en la batalla de Zela (67 a. C.), le pidió ayuda, Rex respondió que sus soldados se negaban a marchar; tampoco apoyó la causa del capadocio Ariobarzanes I. En cambio, Rex organizó una recepción en Cilicia para Menémaco, comandante de Tigranes II, quien decidió pasarse al lado romano. Además, Rex viajó a Antioquía, donde construyó un palacio real y un hipódromo a sus expensas (sin embargo, existe la opinión de que esto solo podría ser la reconstrucción de edificios dañados por un terremoto). Su función, más bien, fue la de esperar la evolución de los acontecimientos antes de tomar una línea de actuación. La campaña de Pompeyo contra los piratas efectuada en el año 67 a. C. ha dejado en la oscuridad los posibles logros que Rex pudo tener durante su gobierno.

EL EPISODIO DE MITRÍDATES VI CON EL «PIRATA» SELEUCO

El primer episodio que involucra realmente a los piratas con Mitrídates VI del Ponto del que tenemos algún detalle acontece durante la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), mucho después de que supuestamente se relacionase al rey póntico con los piratas. En el año 72 a. C., Mitrídates VI se vio obligado a abandonar el asedio de la ciudad de Cícico (Bal Kiz) y huir por mar de regreso a su propio país. Apiano describió la situación de la siguiente manera:

A Mitrídates, cuando navegaba hacia el Ponto, le sobrevino una segunda tormenta y perdió unos diez mil hombres y alrededor de sesenta naves. Las restantes fueron diseminadas según las desvió a cada una la fuerza del viento, y él mismo, al haberse abierto una vía de agua en la nave capitana, embarcó, pese a la oposición de sus amigos, en un pequeño barco de piratas. Estos le pusieron a salvo en Sinope, desde donde navegó remolcado hasta Amiso […] (Apiano, Mitridática, 78).

Figura 96. Mapa con algunas de las principales colonias griegas de la Propóntide. Cícico se ubicaba en la costa meridional (Wikimedia Commons).

La intervención (aparentemente fortuita) de un barco pirata, capitaneado por un tal Seleuco, en este punto fue oportuna, ya que parece haber salvado a Mitrídates VI de una muerte cierta, pero difícilmente parece tratarse del tipo de colaboración que E. Maroti imaginó entre el monarca póntico y los piratas. Tanto Apiano como Plutarco, al narrar este suceso, consideran que Mitrídates VI fue imprudente al confiar su seguridad a los piratas. Si fuesen aliados, no tendría que haber tal suspicacia. Más bien, estos piratas no eran más que oportunistas que se encontraban cerca y ofrecieron su ayuda a la espera de alguna recompensa.

Unos años más tarde, Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), que estaba al mando de las fuerzas romanas encargadas de combatir a Mitrídates VI, renovó la ofensiva contra el Ponto. A inicios del año 70 a. C., Lúculo puso sitio a la ciudad de Sinope (Sinop), uno de los centros principales del reino, que según Plutarco se encontraba en manos de una guarnición de cilicios en nombre de Mitrídates VI, en número de diez mil. La ciudad resistió mientras tuvo la ayuda de

Macares, hijo de Mitrídates VI, que actuaba como rey del Bósforo y la Cólquida, pero cuando este pactó con Lúculo, la situación se hizo insostenible y la guarnición póntica huyó, dejando la ciudad a merced de los romanos. La situación fue tan tensa que los cilicios masacraron a gran número de ciudadanos, y, después de incendiar la ciudad, intentaron abandonarla al amparo de la oscuridad; ocho mil de ellos fueron muertos por Lúculo cuando entró en Sinope.

Memnón también describió el final de este asedio y nombra a los comandantes de la guarnición cilicia como Cleócares y Seleuco, refiriéndose a este último como «general de Mitrídates». Orosio lo define como «archipirata» y agregó que Cleócares era un eunuco. Estrabón, por otro lado, se refirió al comandante de la guarnición designado por Mitrídates VI como Báquides.

F. Jacoby argumentó que Estrabón, un nativo de Ponto y más cercano en el tiempo a los eventos que la mayoría de las otras fuentes, es más creíble. Pero también pudiera suceder que se tratara de dos momentos históricos diferentes, lo que podría explicar la disparidad de los nombres de los comandantes.

Memnón también describió un incidente durante el asedio de Sinope que involucró la captura de algunos barcos de suministro. El almirante romano, Lucio (Marcio) Censorino, tenía quince trirremes de escolta, pero estos fueron derrotados por los trirremes de Sinope, al mando de Seleuco, quienes tomaron los barcos de suministro como botín.

Además, los textos indican que, a mediados del verano del año 72 a. C., Mitrídates VI, en su repliegue hacia Amiso, dejó también en la ciudad de Heraclea Póntica (Karadeniz Ereğli) una guarnición de cuatro mil cilicios, en este caso al mando del gálata Conácorix, que resistió el asedio romano durante dos años, hasta que el bloqueo naval de Marco Aurelio Cotta (cos. 74 a. C.) y Cayo Valerio Triario (pr. 77 a. C.) hizo insostenible la situación.

Es sobre la base de estas referencias que E. Maroti concluyó que los piratas cilicios operaron ampliamente con Mitrídates VI, de manera que interrumpían las comunicaciones romanas y atacaban sus barcos de suministro y transporte. Si bien realmente las fuentes mencionan tanto a cilicios como a piratas, esto no parece significar

que los piratas cilicios fueran una parte particularmente importante de las fuerzas militares del reino del Ponto. Lo más probable es que los cilicios que hemos visto aquí sean en su mayoría mercenarios.

Por ello, quizás la contribución más importante que hizo Mitrídates VI en relación con la piratería fue crear una situación similar a la de Diodoto Trifón que había permitido que la Cilicia Traquea se convirtiera en una base para los piratas en el siglo

ii

a. C. En su caso, sus continuas campañas militares permitieron crear una inestabilidad política ideal para la práctica de la piratería, como el usurpador sirio había efectuado años antes.

Mitrídates VI contaba con una potente armada, que pudo mantener en gran parte incluso tras su derrota ante Sila, a tenor de que se personara en las conversaciones de Dárdanos, en el verano del año 85 a. C., arropado por una gran flota propia. Una alianza del monarca póntico con los piratas no parece haber tenido sentido alguno, considerando los serios problemas que estos ocasionaban a las ciudades minorasiáticas, mientras la propaganda de Mitrídates VI consistía supuestamente en liberarlas de la rapacidad de los negotiatores romanos.

SERTORIO

El sabino Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.) fue uno de los rebeldes más famosos de la historia romana. Sus aventuras son legendarias. Miembro prominente del partido popular, era considerado un «Pepito Grillo» por sus críticas a la dirección del conflicto contra Sila en el marco de primera guerra civil (88-81 a. C.). Para quitárselo de enmedio, lo enviaron como gobernador de la Hispania citerior (y seguramente también de la Hispania ulterior) en el año 83/82 a. C., donde no parece que tuviera problemas en controlar el territorio.

Tras la conquista de Roma por Sila, este último envió en el año 81 a. C. a Hispania a Cayo Annio ¿Lusco? (pr. 81 a. C.) con objeto de combatir a Sertorio. Debido a la fuerza del ejército enemigo, que constaba probablemente de dos legiones:

Sertorio, al no ser capaz de combatirlo, huyo a Cartago Nova con tres mil hombres, y desde allí subió a las naves y, tras atravesar el mar, atracó en Libia, en Mauritania. Pero los bárbaros atacaron a los soldados que se proveían de agua sin protección, perdió a muchos y de nuevo navegó a Iberia; y fue rechazado de ella, pero, como se aliaron con él los piratas cilicios, se dirigió contra la isla Pitiusa y se fue de allí después de hacer daño a la guarnición de Annio. No mucho después, Annio se presentó con muchas naves y cinco mil infantes, y contra él Sertorio intentó sostener un combate naval, aunque disponía de barcos ligeros construidos para la velocidad, no para la batalla; pero, al levantarse un fuerte viento de poniente y lanzar la mayoría de los barcos de Sertorio por su poco peso de costado contra los arrecifes, él mismo, con unas pocas naves, rechazado del mar por la tormenta y de la tierra por los enemigos, resistió a duras penas al ser sacudido durante diez días por las olas contrarias y el agitado movimiento del mar» (Plutarco, Vida de Sertorio, 7, 4-7).

Sertorio, ante la imposibilidad de enfrentarse contra Annio, decidió retirarse a Cartago Nova (Cartagena), donde presumiblemente habría reunido los barcos que había ordenado construir desde su llegada a la península ibérica. Desde el mencionado puerto, Sertorio se dirigió a Mauritania, de donde fue expulsado por los indígenas mientras hacía aguada (quizás en la zona del río Muluya, aunque también se han señalado las cercanías de Iol [Cherchell] o de Saldae [Bugía], situadas más al este), por lo que de nuevo se dirigió a Hispania. En Mauritania reinaba Boco I (ca. 110-ca. 80 a. C.), un amigo de Sila, por lo que es comprensible que rechazara a Sertorio.

En la península ibérica, Sertorio de nuevo fue rechazado (no se indica por quién, pero es de suponer que por fuerzas senatoriales), pero hizo alianza con unos piratas cilicios, con los que atacó Pitiusa,

es decir, Ebuso (Ibiza), en donde trabó combate con una guarnición dejada en dicho lugar por Annio, a la que venció. Ebuso era un importante centro de comunicaciones de la zona, por lo que es de suponer que desde este lugar Sertorio intentaría reorganizar sus fuerzas con vistas a volver a Hispania.

Un dato de interés es que en el relato de Plutarco aparecen, por primera vez, los piratas cilicios en Occidente. Como ya se ha comentado anteriormente, «cilicio» se había convertido en sinónimo de «pirata», por lo que podrían proceder de cualquier sitio.

Sea como fuere, el comandante silano se presentó en Ebuso con su flota, que debía de disponer de buques más pesados que los de sus contrincantes; perjudicadas también por una tormenta, las fuerzas de Sertorio fueron derrotadas. Como Annio, llegó a Hispania por tierra, debió de adquirir sus naves en territorio peninsular, posiblemente en Gades (Cádiz) y en otras ciudades fenicias del mediodía, que, desde luego, no verían con muy buenos ojos la existencia de una flota hostil por la zona, por muy insignificante que fuera esta.

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

Al encontrar gran parte del Mediterráneo occidental cerrado para él, Sertorio y los cilicios navegaron más allá de las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar) y llegaron hasta el delta del río Betis (Guadalquivir). Allí se encontraron con unos marineros que hablaron a Sertorio de las «islas de los bienaventurados», situadas en el océano Atlántico, describiéndolas en términos tan idílicos que Sertorio estuvo fuertemente tentado de retirarse allí tranquilamente con sus hombres. Estas «islas de los bienaventurados» se han identificado tradicionalmente con uno de los archipiélagos del grupo denominado geográficamente en la actualidad Macaronesia (islas Azores, Madeira, Salvajes, Canarias y Cabo Verde); generalmente, se cree que es una alusión a las islas Canarias, pero esto no está confirmado.

Para mala fortuna de Sertorio, los cilicios tenían otros planes. Su objetivo era el enriquecimiento por cualquier modo, no refugiarse del mundanal mundo. Así, de esta forma:

Pero al enterarse los cilicios que en absoluto pretendían paz y tranquilidad, sino riqueza y botín, navegaron hacia Libia para reponer en el reino de los mauritanos a Ascalis, hijo de Ifta. Sertorio no se desalentó, sino que decidió ayudar a los que combatían contra Ascalis, para que, al recibir los suyos un nuevo comienzo de esperanzas y base de otras hazañas, no se dispersaran por la necesidad. Ante el contento de los mauritanos, según llegó se puso a la tarea, y tras vencer a Ascalis en una batalla, le sometía a asedio. Pero como Sila envió a Paciano con un ejército para ayudar a Ascalis, Sertorio atacó y mató a Paciano, atrajo hacia él al ejército al que había vencido y tomó por asalto Tingis, adonde huyó Ascalis con sus hermanos (Plutarco, Vida de Sertorio, 9, 2-5).

El desconocimiento de la situación política de Mauritania en este periodo hace que sea casi imposible entender por qué los piratas eligieron ayudar a restaurar a Ascalis, o por qué Sertorio decidió unirse al bando opuesto al de sus antiguos aliados. Una cosa está clara. Ascalis no pertenecía a la casa real mauritana, por lo que no se entiende la causa, que Plutarco señaló, por la que los cilicios intentaron reponer a este en el trono. Quizás fuera un gobernador, un jefe de tribu o incluso un aventurero (como Publio Sitio Nucerino, que probará suerte en el Magreb unos veinte años después), que tendría a la ciudad de Tingis (Tánger) como centro de operaciones, y que se opondría a Boco I. De ahí la intervención de Vibio Paciano, un rico terrateniente hispano de Carteia (El Rocadillo) que en su momento escondió a Marco Licinio Craso (cos. I 70 a. C.), el futuro vencedor de Espartaco, mientras los populares se hacían con el control de Roma. Precisamente, la presencia de Paciano es lo que llevaría a Sertorio a atacar a este y luego a Ascalis, dentro de la lógica del conflicto civil, que, por momentos, se iba inclinando a favor de los optimates. A inicios del año 80 a. C., Sertorio volverá a Hispania, llamado por los lusitanos, emprendiendo la gran empresa por la cual es conocido.

Para nuestros propósitos, no sabemos nada más acerca de la actividad de estos piratas. Parecen haber sido una fuerza relativamente pequeña, más interesada en el botín que no en el resultado político. Nada nuevo, lo que se espera de unos piratas, que actuarían de mercenarios si la ocasión fuera provechosa. Desaparecen del relato de Plutarco justo antes de la llegada de Paciano con sus tropas. Según Ph. De Souza, desde un punto de vista literario, parece que Plutarco estaba tratando de ilustrar el declive de la fortuna de Sertorio. Ha caído tan bajo que tiene que asociarse con piratas, que resultan ser aliados muy poco fiables.

Un dato que destacar es que, en el año 78 a. C., Gades renovaba su foedus con Roma, una medida sin duda relacionada con el peligro que Sertorio representaba para la autoridad romana, así como de la importancia de la antigua colonia fenicia en la región. Desconocemos si la importante familia púnico-gaditana de los Balbos tuvo alguna influencia en este evento, pero, como recibieron durante el conflicto la ciudadanía romana, es evidente que jugaron un papel nada desdeñable en los acontecimientos del momento.

SERTORIO Y MITRÍDATES VI

Más tarde, Sertorio se vinculó con Mitrídates VI, una alianza antirromana entre el Mediterráneo oriental y el occidental. Plutarco describió a los «aduladores» de Mitrídates VI, los tránsfugas Lucio Magio y Lucio Fannio, que persuadieron al rey de que él es un nuevo Pirro de Épiro y Sertorio un nuevo Aníbal Barca, lo que animó al monarca póntico a negociar una alianza entre ellos en el año 76/75 a. C. Quizás fueron los piratas quienes llevaron a Oriente las noticias de las victorias de Sertorio.

En estas negociaciones, Sertorio se negó a reconocer las reclamaciones de Mitrídates VI sobre la provincia de Asia, otorgándole solo el reconocimiento de sus derechos sobre Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Galacia: «Mitrídates tendría Capadocia y Bitinia, que Sertorio le enviaría un general y soldados, y que Sertorio recibiría de Mitrídates tres mil talentos y cuarenta naves»,

según Plutarco.

La entrega por parte del monarca póntico de cuarenta barcos de guerra parece indicar que la flota de la que disponía Sertorio en estos momentos estaba compuesta por poco más que unas cuantas naves ligeras propiedad de los piratas. Las Verrinas de Cicerón muestran que la piratería era un problema grave en el Mediterráneo occidental a finales de la década de los años 70 a. C. (vid. infra). Su papel, pues, no ha de ser subestimado en absoluto en este conflicto.

Según Ph. De Souza, el objetivo de Plutarco era claramente mostrar que, aunque Sertorio se había apartado un tanto del papel de un verdadero representante del Senado y el pueblo romano, todavía trató de actuar como un defensor de la autoridad romana, al negar las pretensiones de un monarca extranjero a la pretensión de adquirir una provincia romana. Las fuentes contemporáneas presumiblemente dieron mucha importancia a esta «alianza impía» entre Sertorio y Mitrídates VI.

Magio y Fannio son, desde luego, personajes de película. Ambos, senadores, llegaron a Oriente durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.) formando parte de la expedición de Lucio Valerio Flaco (cos. suff. 86 a. C.), quien fue puesto al frente de un ejército «popular» en el año 85 a. C. para contrarrestar el de Sila. Por desgracia, Flaco fue asesinado durante un motín por su lugarteniente Cayo Flavio Fimbria, que tampoco duró mucho, ya que se suicidó cuando sus fuerzas se pasaron a Sila. Magio y Fannio estaban tan profundamente involucrados en las maquinaciones de Fimbria que después de su caída prefirieron huir al lado de Mitrídates VI.

Como hemos mencionado, años más tarde convencieron a Mitrídates VI para que entablara negociaciones con Sertorio. Acto seguido actuaron como enviados del rey póntico, y navegaron a Hispania para entrar en una alianza con Sertorio en nombre de Mitrídates VI. Sertorio aceptó la oferta y envió al senador Marco Mario (q. 76 a. C.) como su plenipotenciario a su nuevo aliado, junto con una fuerza militar. Magio y Fannio también volvieron a Oriente, y con Mario participaron en la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.). Tras el asesinato de Sertorio, Magio y Fannio, proscritos por el Senado como enemigos del Estado, se pusieron en

contacto con Lúculo, y se pasaron al lado romano.

Un texto de Plutarco correspondiente al año 75 a. C. es muy interesante:

[Sertorio] otra vez reforzado atacaba, les cortaba el abastecimiento desde tierra con emboscadas y cercos, lanzándose rápido en un ir y venir desde todas partes, y desde el mar dominaba la costa con los barcos piratas; de forma que los generales se vieron obligados a separarse, uno [Metelo] marchó a la Galia, y Pompeyo pasó el invierno entre los vacceos, miserablemente por falta de dinero, escribiendo al Senado que licenciaría al ejército si no le enviaban dinero; porque ya se había gastado el suyo combatiendo en defensa de Italia (Plutarco, Vida de Sertorio, 21, 7-8).

Sertorio cortaba el abastecimiento (y las comunicaciones) de los generales senatoriales Quinto Cecilio Metelo Pío (cos. 81 a. C.), el gobernador de la Hispania ulterior, y Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.), gobernador de la Hispania citerior, de tal forma que les obligó a retirarse. Más interesante es que el líder rebelde controlaba el mar y la costas mediante barcos piratas. De hecho, un fragmento de Salustio, que alude a «además, unas pocas y ligeras naves piratas [...]», parece relacionarse con esta noticia. Puede, pues, establecerse una alianza, seguramente coyuntural, entre Sertorio y los piratas contra el enemigo común: el Gobierno de Roma.

DIANIO

Por las fuentes conservadas que poseemos, la relación entre Sertorio y los piratas durante este conflicto tuvo como centro de operaciones la plaza de Dianio. Una noticia de Estrabón así lo parece indicar:

Entre el Sucron y Carquedón hay tres poblados de massaliotas no muy lejos del río. El más conocido de ellos es Hemeroscopio, que posee sobre el cabo un santuario muy venerado de la Artemis Efesia, del cual se sirvió Sertorio como base de operaciones para sus empresas marítimas por estar bien defendido y ser propio de piratas y visible desde muy lejos para los que llegan por mar. Se llama Dianio, es decir, Artemisio, y tiene cerca unas minas de hierro que rinden bastante y dos islotes, Planesia y Plumbada […] (Estrabón, Geografía, 3, 4, 6).

Salustio también menciona el puerto de Dianio en relación con Sertorio y los piratas: «Sertorio había transformado aquel nido de piratas en una base naval». Finalmente, Cicerón se refirió a la misma ciudad en los términos de puerto afín al bando sertoriano, y mencionó cómo se había convertido en el punto de salida de los últimos partidarios de Sertorio tras la muerte de este último.

Precisamente, Magio y Fannio zarparon desde Dianio en dirección a Sinope (Sinop), la capital del Mitrídates VI, tras la firma del acuerdo entre este último y Sertorio, precisamente en un barco milesio que habían comprado años ha en Mindo a Cayo Verres (pr. 74 a. C.).

Sin embargo, algunos investigadores han propuesto que Dianio habría sido utilizada como base por los piratas antes de la llegada de Sertorio, de tal modo que no sería más que otro de tantos puertos que servían como lugar de descarga y venta de mercancías obtenidas de manera ilícita. De la secuencia de las operaciones militares puede deducirse que la intención de Sertorio era asegurarse el control de los territorios que le podían proporcionar una base para marchar sobre Italia, como el valle del Ebro y la costa levantina. Con Cartago Nova en manos de las fuerzas senatoriales, Sertorio, necesitado de un puerto seguro, en el año 77 a. C. se inclinó por Dianio, contando con un retropaís amigo gracias a la alianza con contestanos.

Pero es que, gracias a la arqueología, actualmente conocemos que, además, Sertorio pretendía controlar y vigilar el tráfico de embarcaciones que navegaban alrededor del cabo de la Nao. Para

esta misión, aprestó una serie de pequeñas fortificaciones en el sur de Dianio, en la actual provincia de Alicante, ubicadas en el Passet de Segària en Benimeli, Penya de l'Àguila del Montgó en Denia, la Punta de la Torre de Moraira en Teulada, el Penyal d'Ifac en Calpe, Cap Negret en Altea y el Tossal de la Cala, ya en Benidorm, el único que conocemos en donde se han efectuado excavaciones científicas. En este último se han encontrado materiales relacionados con el ejército romano correspondientes a este periodo, lo que demuestra la presencia de soldados en este último yacimiento.

Figura 97. El Tossal de la Cala visto desde la playa de la Cala de Benidorm (Wikimedia Commons).

Puede decirse que Dianio era el mejor puerto entre Cartago Nova y Tarraco (Tarragona), y su elección no fue caprichosa. Con un buen refugio natural, era punto de llegada de las naves que realizaban la travesía desde Ibiza; las calas y refugios de la costa alicantina, algunos localizados a los pies de los fortines, son excelentes lugares

donde esconder las pequeñas y rápidas naves piratas. Puede entenderse así la alianza entre Sertorio y los piratas. Las guarniciones en la cima de los promontorios costeros y las naves piratas en las calas actuarían en una simbiosis perfecta; el seguimiento visual desde los fortines de los barcos hacia el sur acabaría en muchos casos en el asalto de estos por los piratas, con el cargamento capturado destinado al avituallamiento del ejército sertoriano.

Para finalizar esta sección, hay que señalar que se ha localizado un campamento romano de esta época en Alon (Villajoyosa), cerca de los anteriores lugares mencionados, aunque se desconoce si fue ocupado por partidarios de Sertorio o de los senatoriales.

Figura 98. Cartografía histórica del área de estudio y yacimientos citados en el texto. S. Bayo Fuentes, J. Moratalla Jávega y J. Sala Sellés, «Arqueología de la conquista romana en la Contestania ibérica. Los fortines tardorrepublicanos de la costa y la vigilancia

del camino hacia Carthago Nova », en De Ilipa a Munda. Guerra e conflicto no sul da Hispânia – Guerra y conflicto en el sur de Hispania (Lisboa, 2021), p. 94.

ESPARTACO

La guerra de Espartaco o tercera guerra servil (73-71 a. C.) agrietó los cimientos de la sociedad romana, en la que un ejército de esclavos tuvo en jaque a toda la península itálica durante tres años. No era, ni de lejos, la primera rebelión de esta índole, pero sí fue la que mayor impacto produjo.

Figura 99. El «embajador» cilicio recibiendo un «pago adelantado» de Espartaco, de la película Espartaco (1960) (https://es.topwar.ru/208300-kilikijskie-piraty-groza-i-uzhassredizemnogo-morja-antichnosti.html).

Figura 100. Imagen de piratas cilicios con Espartaco de la serie Spartacus: la guerra de los condenados (2013) (https://spanish.fansshare.com/gallery/photos/12407080/picture-of-vince-colosimo-and-liam-mcintyre-in-spartacus-blood-and-sand-large-picture/?displaying).

Durante la segunda mitad del siglo

ii

a. C., hubo muchos levantamientos de esclavos por toda la cuenca del Mediterráneo, debido a sus más que pésimas condiciones de vida, como en la propia Italia (por ejemplo, el affaire Vetio en la ciudad campana de Capua, 104 a. C.), en el Ática o en la isla de Delos. Los más importantes acontecieron en la isla de Si-cilia, con la primera guerra servil (135-132 a. C.) y la segunda guerra servil (104-100 a. C.). Sin sorpresas, uno de los generales de Euno (que tomó el nombre dinástico seléucida de Antíoco), líder de la primera rebelión siciliana, fue Cleón, de origen cilicio. Asimismo, en el siguiente conflicto, encontramos otro general de misma extracción, Atenión, quien se convirtió en líder de la revuelta, tras suceder a

Salvio, quien había tomado el nombre de Trifón, precisamente de Diodoto Trifón, al que hemos visto que Estrabón otorga el crédito de la creación de la piratería cilicia. Al parecer, el fuerte contingente de esclavos sirios y cilicios aportaron liderazgo y organización al movimiento servil.

El episodio de la relación entre el gladiador tracio Espartaco, máximo dirigente de la sublevación, y los piratas cilicios es uno de los más recordados de la genial película estadounidense Espartaco de Stanley Kubrick (1960), un proyecto personal de su protagonista, Kirk Douglas. Mucho se ha discutido sobre la participación de los piratas cilicios en este suceso de la historia romana, que se fecha en el año 71 a. C., cuando las fuerzas del gladiador rebelde van siendo empujadas hacia el sur hasta su fatal desenlace:

[…] Espartaco se retiró hacia el mar a través de Lucania; se encontró en el estrecho con las naves de unos piratas cilicios y se propuso atacar Sicilia. Pretendía desembarcar en la isla con dos mil hombres y reavivar allí la guerra de los esclavos, apagada no hacía mucho tiempo todavía, por lo que necesitaba solo una pequeña llama para inflamarse de nuevo. Sin embargo, después de ponerse de acuerdo con él y de aceptar sus regalos, los cilicios lo engañaron y se marcharon. Así que Espartaco se alejó de nuevo del mar y estableció su ejército en la península de Regio (Plutarco, Vida de Craso, 10, 6-7).

Figura 101. Póster de la película Espartaco (1960) (Wikimedia Commons).

Parece ser que el encuentro tuvo lugar en la ciudad de Turio (que en época romana se llamaba Copia) (aunque otros investigadores lo sitúan de manera errónea en Regio), un puerto ubicado en el golfo de Tarento, que, en el año 72 a. C., fue tomada por Espartaco y sometida a fuertes contribuciones, pero no sufrió ningún otro daño. Este episodio, en el que los piratas cilicios se ofrecieron a transportar a las fuerzas de Espartaco a Sicilia, pero luego navegan y lo dejan varado en el sur de Italia, no se menciona en ninguna otra fuente sobre este conflicto. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que Espartaco tenía la intención de trasladarse a la vecina isla para proseguir con el conflicto, en donde esperaría repetir el éxito de las dos sublevaciones serviles anteriores, pero tenía un obstáculo insalvable enfrente: la falta de una flota de transporte.

Otras fuentes mencionan que hubo algunos intentos de construcción de balsas y barcos por parte de los rebeldes como medio para atravesar el estrecho de Mesina, pero que los romanos tomaron medidas no especificadas para asegurarse de que los rebeldes no pudieran cruzar a Sicilia, y frustrar los esfuerzos de los hombres de Espartaco, que finalmente abandonaron la idea. En un principio parece más una medida desesperada que otra cosa. Pero, en realidad, era un movimiento brillante, no solo por las expectativas que pudiera materializar en la isla, sino que dejaría a Craso impotente, al no poderle seguir por falta de transportes.

Por las Verrinas de Cicerón, conocemos que las autoridades sicilianas estaban al tanto del desarrollo de los movimientos de Espartaco para prevenir un posible desembarco o un nuevo levantamiento de esclavos en la isla. Esto se hizo más evidente cuando las fuerzas de Espartaco se retiraron hacia Regio (Regio de Calabria), junto al estrecho de Mesina, que separa Italia de Sicilia.

Para Ph. De Souza, sería poco probable que los piratas cilicios se hubieran arriesgado a una confrontación con las fuerzas romanas reunidas en el sur de Italia y Sicilia en ese momento, aunque la historia bien podría ser una invención contemporánea, destinada a ennegrecer aún más el nombre de Espartaco al asociarlo con los piratas. Plutarco incluiría el episodio para mostrar el cambio en la fortuna de Espartaco, que continuará declinando hasta el punto en

que será derrotado finalmente a manos de Craso y su ejército. Más bien, este incidente, que Plutarco debió de tomar de las Historias de Salustio, caería en el olvido por otros motivos.

No creemos que los piratas tuvieran mucho miedo de las fuerzas romanas. Como veremos a continuación, los cretenses derrotaron duramente a la flota comandada por Marco Antonio (pr. 74 a. C.), y la flota provincial siciliana fue por la misma época humillada por los piratas. Cuanto más dificultades tuvieran los romanos, más ganancias obtendrían los piratas y, si además cobraban por ello, mejor imposible.

En nuestra opinión, el que únicamente Plutarco haya recogido este evento no tiene por qué significar que fuese falso o inventado. Craso necesitaba, para sus fines políticos (y, a la postre, comerciales, pues fue durante toda su vida el mayor defensor de los intereses de los publicanos), una victoria militar, que lo igualara con su mayor rival en aquel momento, Pompeyo. Este deseo de gloria militar fue lo que, años después, lo llevó a él y a sus tropas a la desastrosa derrota de Carras (53 a. C.) ante los partos de Surena.

Figura 102. Busto de la república romana tardía en la gliptoteca Ny Carlsberg de Copenhague. Encontrado en el mausoleo de Cecilia Metela. Se conjetura que es una representación de Craso (Wikimedia Commons).

La solución parece más simple de lo que parece. Como figura en la película Espartaco, los cilicios no ayudan al líder rebelde debido a que han sido sobornados por ¡el propio Craso!, para evitar que los

esclavos puedan huir de Italia y así derrotarlos en batalla campal. De esta forma, lograría el crédito militar que buscaba. Otra teoría es que fue el gobernador de Sicilia, Cayo Verres (pr. 74 a. C.), quien compraría a los piratas para que no invadieran su provincia. Como veremos, tenía en cierta forma tratos con ellos.

No son las únicas explicaciones a este extraño episodio. Otra hipótesis que se ha planteado fue que el rey Mitrídates VI, aliado de los piratas, no quería que los rebeldes abandonaran la península italiana, para que así los ejércitos romanos estuvieran ocupados y no pudieran enviarse tropas a Oriente. También se ha señalado que el mal tiempo podría ser el culpable de todo, pero esta última solución sería algo temporal; o que el esfuerzo era demasiado importante para llevarlo a cabo. Para P. A. Gianfrotta, la actitud de los piratas es fruto de impedimentos improvisados o su típica falta de fiabilidad, nada nuevo por otra parte en su comportamiento.

Verres intentó llevarse el crédito del fracaso de la invasión a Sicilia de Espartaco, lo que fue refutado duramente por Cicerón:

¿Qué dices? ¿Que Sicilia se libró de la guerra de los esclavos fugitivos por tu valentía? Gloria insigne y honrosas palabras, pero ¿qué guerra, al cabo?, pues nosotros tenemos noticia de que, después de aquella guerra que liquidó Manio Aquilio, no hubo en Sicilia ninguna guerra de esclavos fugitivos. Pero la hubo en Italia. De acuerdo, y grave por cierto, y violenta. ¿Con que pretendes obtener alguna porción de gloria de aquella guerra? ¿Acaso crees que la aureola de aquella victoria está compartida por ti con Marco Craso o Cneo Pompeyo? No creo que le falte a tu descaro el que te atrevas a decir algo semejante. Impediste, sin duda, que los contingentes de fugitivos pudieran pasar de Italia a Sicilia. ¿Dónde, cuándo, de qué parte? ¿Cuando intentaban acercarse con balsas o con naves? Nosotros, desde luego, no hemos oído nada en absoluto, excepto aquello de que, gracias al valor y a la estrategia de un hombre esforzadísimo, Marco Craso, se logró que los esclavos fugitivos no pudieran pasar a Mesina por el estrecho con barcas unidas, intento del que aquellos no hubieran tenido por qué ser rechazados con tanto esfuerzo si se hubiera creído que se había colocado en Sicilia alguna guarnición para oponerse a su llegada

(Cicerón, Verrinas II, 5, 5).

Pero Salustio desmiente a Cicerón, pues afirmó que Verres fortificó la costa frente a Italia, y ciertamente parece que Espartaco intentó la invasión de la isla mediante balsas, aunque tal intento fue un completo fracaso. Las aguas del estrecho se encontraban muy bravas (siempre lo están en ese punto), las corrientes eran fuertes, y era finales de otoño. Altas olas barrían y rompían incesantemente en la playa. Además, desde luego, los hombres de Espartaco habrían sido cualquier cosa menos marineros experimentados. Otro breve fragmento de Salustio captó una imagen dramática: «Las balsas, chocando unas con otras, obstaculizaban la maniobra». La operación fue un completo fiasco. Muchos de los rebeldes podrían haberse ahogado, y ciertamente se perdieron armas y equipo. El plan fue abortado: Sicilia podía esperar. No había forma de salir de Italia en esa dirección.

Pero no sería esta la única vez que Espartaco tratara con los piratas. Apiano, al mencionar la imposibilidad del líder tracio de tomar la ciudad de Roma debido a que no todos sus soldados tenían armamento adecuado:

Sin embargo, se apoderó de las montañas que rodeaban Turios y de la misma ciudad, e impidió que los mercaderes introdujeran oro o plata y que sus hombres lo adquirieran, pero compró gran cantidad de hierro y bronce y no puso obstáculo a los que llevaban estos artículos. Por lo cual, como disponían en abundancia de madera […] (Apiano, Guerras civiles, 1, 117).

Estos mercaderes no parecen ser más que piratas que intentaban colocar los frutos de sus saqueos. Los únicos que podían atreverse a comerciar con los rebeldes. No mucho después, Craso derrotó a los insurgentes y a los supervivientes de la batalla los hizo crucificar a lo largo de la vía Apia.

Capítulo VII

Sobre islas

En este capítulo, como su nombre indica, tratamos una serie de islas: Creta, Sicilia y Delos, y su relación con la piratería del segundo cuarto del siglo

i

a. C. Si bien el poderío romano, generalmente, se imponía a los piratas, no siempre fue así, como podremos observar en las siguientes páginas. La falta de medios y la corrupción permitieron a la piratería florecer e incluso resistir al poder romano.

MARCO ANTONIO «CRÉTICO»

Después de Publio Servilio Vatia «Isáurico» (cos. 79 a. C.), el siguiente magistrado romano que parece haber tomado medidas contra los piratas fue Marco Antonio «Crético», el hijo de Marco Antonio «el Orador», cuya campaña de Cilicia del año 102 a. C. se ha discutido anteriormente. Su nombramiento parece en un principio una decisión acertada. Antonio fue pretor en el año 74 a. C. (aunque, recientemente, S. Day arguye que la fecha correcta es la del año 75 a. C.) y se le asignó un mando extraordinario por el Senado. Su imperium pudo haber sido válido hasta cincuenta millas tierra adentro, como lo fue el del posterior Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.) en el año 67 a. C. Es posible que su título oficial haya sido curator tuendae totius orae maritimae, lo que refleja la naturaleza general de su mando y que no estuviera de manera específica dirigido contra la piratería.

El supuesto imperium infinitum de Antonio ha sido objeto de

mucha literatura académica, pero esta frase de Cicerón no parece ser más que algo de carácter retórico, no un término jurídico. Antonio operó en más de una provincia, pero su autoridad no anuló automáticamente la de otros magistrados. Su mando fue prorrogado por el Senado durante los años 73, 72 y 71 a. C. Nuestro protagonista parece que, en primer lugar, actuó en el Mediterráneo occidental, en Italia, Hispania y Sicilia, mientras que, en Oriente, su objetivo fue la isla de Creta

Una justificación de las primeras campañas de Antonio en el Mediterráneo occidental se puede encontrar en los fragmentos de las Historias de Salustio. En esta obra se hace referencia a la escasez de cereal en Roma en el año 75 a. C., que provocó disturbios y amenazó la seguridad de los cónsules. Cayo Aurelio Cota (cos. 75 a. C.) advirtió de la situación en un discurso cuya parte más interesante ya se ha reproducido anteriormente. También perteneciente al mismo año 75 a. C., existe una carta de Pompeyo dirigida al Senado en la que acusa a sus miembros de recompensar sus logros reduciéndolos a él y a su ejército a la inanición.

La escasez de cereales en Roma se vio, además, exacerbada por la necesidad de abastecer a los ejércitos romanos que operaban en las provincias. Cicerón afirmó haber hecho su parte para aliviar los problemas al enviar cereal a Roma en el año 75 a. C., cuando era cuestor en Lilibeo (Marsala) en Sicilia, y dice que a Cayo Verres (pr. 74 a. C.), gobernador de Sicilia durante los años 73-71 a. C., se le ordenó hacer compras adicionales de cereal durante su mandato, aunque abusó de los fondos proporcionados por el Senado. En el año 73 a. C., debido a la escasez de cereales, los cónsules Marco Terencio Varrón y Cayo Casio Longino promulgaron la lex Terentia et Cassia frumentaria, por la que se compraba cereal en Sicilia para, posteriormente, distribuirlo a precios reducidos a unos cuarenta mil ciudadanos pobres de la ciudad de Roma.

Todas estas noticias indican que las rutas de suministro, tanto terrestres como marítimas, en el Mediterráneo occidental estaban bajo serias tensiones en este momento, amenazando a los ejércitos en Hispania, donde los comandantes Quinto Cecilio Metelo Pío (cos. 81 a. C.) y Pompeyo luchaban contra el ahora rebelde Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.) y sus aliados, así como las fuentes de

suministro de grano de Roma en este momento, es decir, las provincias de África, Sardinia y Sicilia.

Parece ser que la tarea de Antonio era asegurar las líneas de suministro atacando las bases de aquellos que las estaban interrumpiendo, ya fueran «rebeldes» o piratas. Por desgracia, la evidencia de las actividades de Antonio en el Mediterráneo occidental es de carácter fragmentario.

Cicerón tiene motivos para mencionarlo varias veces en las Verrinas. Antonio recibió algunas críticas del famoso orador debido a su comportamiento prepotente. De esta forma, lo incluye entre los magistrados que han oprimido a los sicilianos, y desprecia al abogado defensor de Verres, Quinto Hortensio (cos. 69 a. C.), por intentar, citando a Antonio como precedente, defender las acciones de Verres con respecto a requisiciones y compras de cereales:

¿Acaso me vas a hacer retroceder hasta la tasación de trigo y la exacción de dinero de Marco Antonio? «Sí», dice, «a la de Antonio». Así me ha parecido que daba a entender por señas y por el movimiento de cabeza. Así que, de todos los pretores, cónsules y generales del pueblo romano elegiste a Marco Antonio y su único hecho muy infame que puedes imitar. Y en este punto, ¿me es difícil decir a mí, o a estos estimar, que Marco Antonio se comportó de tal modo en ese mandato sin límites, que es más pernicioso para ese decir que quiso imitar a Marco Antonio en un asunto muy infame que si pudiera defenderse asegurando que nada había hecho en su vida de modo semejante a Marco Antonio? (Cicerón, Verrinas II, 3, 91, 213).

Antonio visitó Sicilia en el año 74 a. C., bajo el Gobierno provincial de Cayo Licinio Sacerdote (pr. 75 a. C.), y tomó una suma de dinero de los habitantes de la isla equivalente al suministro de cereal de un mes. Cicerón da a entender que Antonio estaba aprovechando al máximo, a expensas de los sicilianos, su autoridad como procónsul, lo que podría indicar que carecía de los recursos adecuados para la tarea que tenía entre manos:

En la misma época, el pretor Antonio efectuó la tasación en tres denarios, tras la siega, cuando la cotización era más baja, cuando los agricultores hubieran preferido entregar el trigo de balde, y aseguraba que había valorado al mismo precio que Sacerdote; y no mentía; pero con esa misma valoración, uno había aliviado a los agricultores y el otro los había abatido (Cicerón, Verrinas II, 3, 92, 215).

Esta misma actitud la volveremos a encontrar en Grecia por el mismo motivo: la falta de medios.

En algún momento del año siguiente, uno de sus prefectos requisó algunos esclavos para su flota. Observemos con detenimiento este curioso asunto:

Hay una tal Agonis de Lilibeo, liberta de Venus Ericina, mujer que antes de la cuestura de este fue una muy rica propietaria. Un prefecto de Antonio intentaba llevarse de la casa de esta, contra todo derecho, unos esclavos concertistas, de los que, decía, pretendía servirse en la flota. Entonces, ella, como es costumbre en Sicilia entre todos los adscritos al culto de Venus y entre sus libertos, para oponer a aquel prefecto la fuerza de la religión bajo el nombre de Venus, declaró que ella y sus bienes eran de Venus. Cuando se le comunicó esta noticia al cuestor Cecilio, hombre irreprochable y persona muy equitativa, manda que se le presente Agonis e instruye al instante proceso en los términos de «si resulta que ha manifestado que ella y sus posesiones son de Venus». Dictaminan los recuperadores como necesariamente debían hacerlo, pues para nadie era dudoso que ella lo había dicho. Toma ese posesión de los bienes de la mujer y la destina en servidumbre a Venus; después, vende los bienes y los convierte en dinero. De este modo, por haber Agonis querido retener unos pocos esclavos en nombre de Venus y al amparo de la religión, pierde toda su fortuna y la propia libertad por la injusticia de ese (Cicerón, Verrinas. Contra Q. Cecilio, 17, 55).

Esto es ir por lana y salir trasquilado. Agonis intenta engañar a las autoridades romanas, pero lo único que consiguió es quedar completamente arruinada y perder incluso su libertad. No se entiende muy bien por qué el prefecto de Antonio querría a los esclavos de Agonis. En un principio, podría suponerse que serían utilizados como celeustes, es decir, los encargados de marcar el ritmo de la boga por medio de tambor, flauta o cantos. Pero los esclavos requisados no parecen ser meros músicos de tercera, sino auténticos profesionales. Más bien, aquí lo que se busca es vender a estos esclavos para obtener dinero.

Las Historias de Salustio proporcionan la única información detallada sobre el curso de las campañas occidentales de Antonio. Desgraciadamente, su naturaleza fragmentaria no ofrece más que unas pinceladas, aunque han sobrevivido dos episodios que parecen indicar cuál era la tarea que realizar por parte de Antonio. En el primero, Salustio describe un intento fallido contra un puerto de Liguria, después del cual Antonio y sus fuerzas se dirigen a Hispania para enfrentarse a Sertorio:

[...] No pudiendo alejar fácilmente Antonio las tropas de las naves, porque se podía disparar por la angosta entrada. Y Mamerco, a la diestra de la escuadra común, no podía perseguir en mar abierto con más seguridad a los enemigos en el tranquilo verano. Y consumidos ya en medio de las dudas algunos días, comoquiera que [las guarniciones] de los ligures [se hubiesen marchado] hacia los Alpes [a requerimiento de los terentunos] [...] se planteo la cuestión [...] de navegar hacia Sertorio. Comoquiera que Antonio y los demás vieran bien darse prisa con las naves hacia Hispania, a los cuatro días llegaron a los aresinarios con todas las naves de guerra que tenía reparadas y [las nuevas que habían llegado] [...] (Salustio, Historias, 3, 5).

Si bien parece que Antonio no pudo capturar el lugar en cuestión, logró evitar que se usara, al menos por un tiempo. Una vez más, se

considera que la práctica de privar a los piratas de sus bases es la forma más eficaz de reprimir la piratería. En cuanto al segundo episodio, que acontece en Hispania:

[Separados] por el río Diluno, [tomado] por los enemigos, que no se podía atravesar aunque lo impidiesen unos pocos. Fingiendo otros [cruces], [...] pasó el ejercito con un puente de balsas. Luego, mandando por delante al lugarteniente Manio con la caballería y parte de los navíos de guerra, llegó a la isla, considerando que con el terror imprevisto podía conquistar la ciudad, conveniente para las comunicaciones con Italia. [...] Confiados en el lugar, no cambiaron en absoluto de parecer; pues [ocuparon] una altura que, por los lados y por detrás, [caía] sobre el mar [...] y en la parte trasera y tenía además un estrecho acceso arenoso desde el frente (Salustio, Historias, 3, 6).

Las ubicaciones del río Diluno y la isla mencionada no están claras. P. Foucart pensó que una de las islas Baleares podría encajar a la perfección. También se ha considerado que la ciudad atacada pudo ser Ampurias (L'Escala), como pensó A. Schulten, lo que no parece ser correcto dada sus buenas relaciones con Roma, o Dianio (Denia), el puerto que utilizaba Sertorio como base naval. En cualquier caso, cualquier identificación es pura especulación.

La mención de una flota, barcos de guerra y un ejército que incluye caballería sugiere que Antonio tenía fuerzas considerables a sus órdenes, pero es la descripción de la ciudad (no identificada) como adecuada para recibir suministros de Italia lo que es más significativo. El objetivo pues de la campaña era restablecer las comunicaciones con Italia dañadas por los piratas, aliados de Sertorio, asegurando las líneas de abastecimiento a los ejércitos senatoriales en Hispania.

P. Foucart sugirió que las operaciones en Hispania ocuparon la mayor parte de la campaña del año 73 a. C. Antonio habría utilizado el año anterior para reunir sus fuerzas. Como ya hemos comentado, sus exacciones en Sicilia sugieren que carecía de los

recursos adecuados para la tarea que tenía entre manos, teniendo que exigir los suministros necesarios a las provincias vecinas.

Aunque los fragmentos conservados de Salustio y los comentarios generales de escritores posteriores describen a Antonio como un incompetente, es probable que tuviera un éxito razonable en la primera parte de su cometido, a saber, permitir que los suministros llegaran a Hispania desde Italia. Su mando se prorrogó varias veces, lo que es poco probable que hubiera sido el caso si su tarea hubiera sido un completo fracaso. La guerra sertoriana (82-72 a. C.) concluyó en la práctica con éxito en el año 73 a. C., aunque prosiguió lo que puede denominarse como acciones de policía, pero el mando de Antonio se prorrogó un año más. Como el conflicto en Hispania estaba encauzado, su nuevo objetivo iba a ser la isla de Creta.

LA CAMPAÑA DE CRETA

Creta seguía sumergida en sus endémicas guerras internas. Por ejemplo, en la parte oriental de la isla, Itano (Erimopolis), tras la retirada de la guarnición egipcia en el año 145 a. C., estuvo en constante conflicto con su vecino meridional Hierapitna, por la posesión de la isla de Leuke (Kufonisi), por lo que los romanos pidieron el arbitraje de los magnesios sobre esta cuestión, primero en el año 140 a. C. y, posteriormente, en el año 112 a. C. Asimismo, Hierapitna, alrededor del año 142 a. C., destruyó la ciudad de Praiso, dentro del marco del conflicto que enfrentaba Gortina y Hierapetra contra Cnosos y sus aliados. De este modo, a partir del siglo

iii

a. C., hubo una concentración territorial en la zona que llevó a que, en la segunda mitad del siglo

ii

a. C., solo existiesen dos ciudades-Estado en el área: Itano e Hierapitna. Hay que destacar que, desde alrededor del año 100 a. C., Hierapitna dominaba el yacimiento y la isla de Mojlos, en el golfo de Mirambelos, en la costa septentrional de la isla (Hierapitna estaba en la costa contraria), que parece haber sido destruido durante la campaña de Quinto Cecilio Metelo (cos. 69 a. C.).

Por otro lado, a mitad del siglo

ii

a. C., Gortina destruyó la vecina ciudad de Festo y se anexionó su territorio. En el año 121 a. C., hubo una guerra entre Gortina y Cnosos (otra más entre ambas comunidades) mientras se encontraba en esta última Dorilao, un general del rey Mitrídates V del Ponto (151-120 a. C.), que al parecer tenía la misión de reclutar mercenarios; Dorilao comandó las tropas de Cnosos que vencieron a las fuerzas de Gortina. Es inútil ir mencionado los diversos conflictos que se desarrollaron entre las comunidades cretenses.

Los cretenses fueron muy mal vistos en la Antigüedad y tratados por todos los autores antiguos como bandoleros, piratas, mentirosos, engañadores, interesados solo por el dinero, sin respetar palabra alguna. Una famosa anécdota de Lucio Julio César (cos. 90 a. C.) nos ofrece un jugoso ejemplo:

Un cretense se acercó al cónsul Julio con una oferta de traición y le dijo: «Si te permito conquistar al enemigo, ¿qué recompensa me darás por mis servicios?». El general le dijo: «Te haré ciudadano romano, y serás honrado a mis ojos». Convulsionado de risa por este comentario, el cretense le dijo: «A los ojos de los cretenses, la ciudadanía es solo una tontería altisonante. La remuneración es lo que buscamos, y a medida que avanzamos por tierra y mar, cada flecha que disparamos es para nosotros mismos y por el dinero. Así que yo también estoy aquí ahora para conseguir dinero. Otorga tu recompensa de ciudadanía a los hombres que ahora están peleando por eso mismo, y que están comprando con sangre esta palabra vacía por la cual los hombres luchan». El otro se rió y le dijo: «Si nuestro intento tiene éxito, te daré mil dracmas» (Diodoro Sículo,

Biblioteca histórica, 37, 18, 1).

Al menos el mercenario cretense en cuestión tenía las ideas claras. Su objetivo era el dinero, no la concesión de la ciudadanía romana, que podía ser muy importante para un provincial, pero no para alguien que vivía fuera de la esfera de influencia de Roma.

El interés romano por Creta comenzó justo después del final de la segunda guerra púnica (218-201 a. C.), y en primera instancia la diplomacia romana se ocupó mayormente de intentar resolver las luchas internas entre las diversas ciudades-Estado. En el año 189 a. C., el pretor Quinto Fabio Labeón (cos. 183 a. C.) visitó la isla, en parte para mediar en la guerra entre Cidonia y la alianza de Cnosos y Gortina, pero, principalmente, para obtener la liberación de los prisioneros romanos e itálicos retenidos en la isla. Solo Gortina atendió a sus exigencias, liberando gente en un número considerable (cuatro mil personas según Valerio Antias), que le consiguió un pretexto para pedir un triunfo. La postura de Gortina podría interpretarse en un intento de la ciudad de recuperar el favor de los romanos por haber albergado al famoso general Aníbal Barca.

En el año 184 a. C., una disputa entre Cnosos y Gortina fue resuelta a favor de la primera por Apio Claudio Pulcro (cos. 185 a. C.). Diez años después, una flota de diez barcos comandada por Quinto Minucio (pr. ca. 164 a. C.) solo pudo lograr una tregua de seis meses. Las inscripciones que registran la mediación romana en los conflictos internos de Creta y el nombramiento de árbitros en la larga disputa entre Hierapitna e Itanos, en los años 141 y 112 a. C., atestiguan una mayor participación romana en los asuntos de Creta a lo largo del siglo

ii

a. C.

Roma, de hecho, se sentía incómoda al asumir el papel de árbitro en el Mediterráneo oriental a principios del siglo

ii

a. C., debido a los fracasos con Filipo V de Macedonia y el seléucida Antíoco III. Sin embargo, a medida que el poder romano se afianzaba en Grecia, el Senado comenzó a recibir solicitudes de arbitraje.

Hay una pregunta obligada. La causa que origina que Antonio concentre su atención en Creta durante el año 72 a. C. Ya sabemos que Creta tenía un largo historial en relación con la práctica de la piratería, pero Roma no había dado paso alguno anteriormente en reprimir tal actividad. Incluso, durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.), Lúculo parece haber sido bien recibido en la isla. Apiano indicó que hubo dos cargos que Antonio formuló contra los cretenses:

Parece que la isla de Creta estaba bien dispuesta, desde un principio, hacia Mitrídates, rey del Ponto, y se dice que le proporcionó mercenarios cuando estaba en guerra contra los romanos. Se cree también que ellos, por favorecer a Mitrídates, toleraron y se aliaron abiertamente con los piratas que surcaban el mar entonces, pese a que eran perseguidos por Marco Antonio. Cuando este último les envió una embajada, los menospreciaron y les respondieron con desdén. Por este motivo, Antonio los combatió de inmediato y, aunque no obtuvo un triunfo, no obstante se ganó el título de Crético por esta empresa (Apiano, Sobre Sicilia y otras islas, 6, 1).

Así pues, la piratería y el aporte de mercenarios al rey póntico fueron las causas esgrimidas por Roma para atacar Creta. Tales acusaciones no son producto de una ficción. De hecho, los piratas cretenses ocupaban el segundo lugar en notoriedad solo tras los cilicios; Creta fue, de hecho, la fuente más importante de mercenarios en el mundo helenístico (contratados, entre otros, por los mismos romanos), y, según Memnon, Mitrídates VI había enviado unos cuarenta barcos a Creta a principios de la guerra, que fueron derrotados por el legado de Lúculo, Cayo Valerio Triario (pr. 78 a. C.), en su viaje de regreso durante el año 71 a. C. Se había iniciado la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), por lo que es

posible que los romanos quisieran reafirmar su control sobre el mar Egeo.

Sea como fuere, Floro ofrece otra versión de los motivos del ataque sobre Creta.

La guerra contra Creta, si hemos de ser francos, la hicimos por la exclusiva ambición de someter a la esclarecida isla. Parecía que había favorecido a Mitrídates; se decidió tomar venganza de ello por medio de las armas. El primero en invadir la isla fue Marco Antonio, con tal confianza y seguridad de lograr la victoria que en sus naves llevaba más cadenas que armas. Pagó el precio de su necedad; pues el enemigo se apoderó de la mayoría de las naves y suspendió del velamen y las maromas los cuerpos de los cautivos, y largando velas de tal guisa, como triunfadores, los cretenses entraron navegando en sus puertos [...] (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 42, 1-3).

Para Ph. De Souza, la conquista y anexión de Creta tenían un importante contenido económico, en relación con la maltrecha economía romana. Precisamente, en este contexto, hay que ver la conversión de la Cirenaica en una provincia romana en el año 75/74 a. C., aunque había sido dejada en testamento por su último rey, Ptolomeo Apión, en el año 96 a. C. Si bien esta acción pudiera obedecer a una respuesta a un resurgimiento de las reclamaciones ptolemaicas sobre un territorio tradicionalmente ligado a su dinastía, así como a la apremiante cuestión del suministro de cereales a Roma, parece ser que las necesidades financieras de la República están detrás de esta anexión.

Desde luego, la operación contra Creta fue importante, ya que conocemos a varios legados de Metelo: Quinto Ancario (pr. 56 a. C.), un tal Fulvio, Lucio Marcilio, P. Autronio (Peto) (cos. desig. 65 a. C.), Cayo Galio y un Cayo Julio, pero este no parece ser el famoso Cayo Julio César (cos. I 50 a. C.), el futuro dictador. Al parecer, la mayor parte de las tropas y naves de Antonio le fueron proporcionadas por los aliados, y algunos estudiosos consideran que

no participaron fuerzas romanas en absoluto en este conflicto.

Apiano, Dion Casio, Floro y Diodoro Sículo conservan algunos detalles de la campaña. En primer lugar, Antonio envió unos legados a los cretenses, pero no obtuvieron satisfacción a sus demandas. Ante ello, Metelo se puso en marcha a la cabeza de su flota, «con tal confianza y seguridad de lograr la victoria que en sus naves llevaba más cadenas que armas», como ya hemos visto que escribió Floro. Antonio esperaba no solo obtener la victoria, sino tomar muchos prisioneros que habrían sido vendidos como esclavos o presentados en procesión en el triunfo que Antonio soñaba con obtener siguiendo las huellas de su padre. Desconocemos los detalles de la lucha y no podemos deducir las fuerzas presentes y las estrategias implementadas, lo que impide comprender si Antonio fue superado por la habilidad de los cretenses o fue víctima de sus propios errores.

La victoria cretense fue liderada por un tal Lástenes, al que luego encontraremos luchando contra Quinto Cecilio Mete-lo (cos. 69 a. C.), junto a la ciudad de Cidonia. Un Lástenes, hijo de Sosámenos, un kosmos, que aparece mencionado en una inscripción de la ciudad cretense de Amniso, se ha identificado con este personaje. Se ha discutido mucho si toda Creta o solo parte de sus ciudades tomaron parte en la lucha. Al carecer de fuentes, es imposible resolver esta interesante cuestión.

Según Floro, la derrota romana fue total (se desconoce si la batalla ocurrió en el año 72 o en el año 71 a. C.). Los cretenses se apoderaron al parecer de la mayor parte de la flota invasora, y colgaron del velamen y las maromas a sus prisioneros, e incluso interpretaron una parodia de triunfo naval al entrar en sus puertos, algo de lo que muy pronto se arrepentirían. En un fragmento de Salustio puede leerse: «[...] y los más notables fueron atados al mástil y flagelados; a otros se les clavó bárbaramente a un patíbulo erigido sobre la proa».

En otro fragmento, se nos indica que «casualmente, durante la navegación, una cohorte que viajaba sobre una barcaza se desvió de las demás y fue rodeada en un mar en calma por dos goletas de los piratas». En un fragmento Dion Casio nos informa de que los cretenses se apoderaron de un cuestor de Metelo y de sus soldados,

desconociéndose si se trata del mismo episodio narrado por Salustio u otro diferente.

Sea como fuere, queda demostrado que los cretenses eran una fuerza militar que tener en cuenta. Por su parte, y para más confusión, Antonio firmó un tratado de paz claramente desfavorable para Roma, el cual, además, no será reconocido por el Senado, muriendo Antonio poco después sin conocerse las causas. El Epitomador de Tito Livio señaló que «el pretor Marco Antonio puso fin, con su muerte, a una guerra que había emprendido con escaso éxito contra los cretenses». De una manera extraña, Antonio se ganó el apelativo de «Crético», no como una concesión del Senado, como era habitual, sino que, al parecer, tal denominación proviene de cómo lo denominaban sus soldados o quizás procediera de la oración fúnebre que se realizó en su honor. En cualquier caso, como sentenció J. Linderski, nuestro personaje fue simplemente el «hijo de un padre famoso y padre de un famoso hijo».

EPIDAURO Y GITIÓN

Ya hemos señalado que Antonio tuvo que efectuar requisas en Sicilia (y seguramente en otros lugares) para realizar las operaciones que le fueron encomendadas en el Mediterráneo occidental. En su campaña contra Creta se encontró con el mismo problema: la falta de recursos, especialmente en el plano económico, que palió mediante el mismo sistema, con la salvedad de que en el presente caso tenemos el testimonio de dos inscripciones que nos informan del proceder de Antonio en Grecia durante el año 72 a. C., procedentes una de la ciudad de Epidauro en la Argólida y la otra de Gitión, el puerto más importante de Laconia.

En este escenario, sabemos que Antonio vivió de los recursos de los provinciales para disgusto de estos, requisando soldados, marineros, barcos, alimentos, ropa y dinero, entre otras cosas, así como forzando el acuartelamiento de sus tropas en las ciudades, algo verdaderamente gravoso (Sertorio logró notoriedad precisamente

por no efectuar tal práctica en Hispania). De tal forma, parece ser que Antonio era considerado peor que la enfermedad que debía combatir: la piratería. Un fragmento de Salustio parece no dejar dudas: «[...] el cual [Antonio] estaba encargado de administrar todas las costas del mar bajo el poder de los romanos, siendo más dañino que los propios piratas». Asimismo, el pseudo-Asconio señaló: «Antonio tomó y planeó muchas medidas contrarias a la seguridad de los aliados y el interés de las provincias; fue en medio de estos actos de injusticia y codicia que la muerte vino a sorprenderlo». Igualmente, Cicerón manifestó en su día que «la muerte sorprendió a Antonio en medio de sus injusticias y ambiciones, cuando realizaba y tramaba muchas maniobras contra la supervivencia de los aliados y contra el interés de las provincias».

En Gitión, una inscripción honra a dos romanos: Numerio y Marco Cloacio, que ayudaron a la ciudad a hacer frente a varias deudas contraídas durante un periodo de varios años «[...] y en el año de la magistratura de Timócrates, cuando Antonio había venido aquí y nuestra ciudad necesitaba efectivo y nadie más estaba dispuesto a celebrar un contrato con nosotros, nos prestaron cuatro mil doscientas dracmas bajo contrato a un interés de cuatro dracmas por mina por mes [...]», es decir, el 48 % anual. Como en el caso de Sicilia, la principal preocupación de Antonio es recaudar dinero, ya que con este podría comprar suministros, alimentar y quizás incluso pagar a sus hombres.

El epígrafe de Epidauro (del que reproducimos la parte más interesante) nos muestra las dificultades que podría sufrir una comunidad que alojaba una guarnición:

Dios. Con buena fortuna. Desde E[vantes hijo de Euno]mos [...] soldados [...] a todos los ciudadanos [...] y la ciudad [...] Euanthes se comprometió a ser agoranomo en el año setenta y cuatro y se condujo noblemente, [manteniendo en todo] un celo por la justicia y un espíritu generoso. Cuando Marco Antonio, el general a cargo de los cretenses, envió una fuerza suficiente a nuestra ciudad, Evantes siguió vendiendo a todos de la misma manera, y fue muy prudentemente benévolo con la masa de los soldados. Así, cuando hubo una escasez general de grano en la ciudad [porque la multitud

de residentes] compraba más de sesenta [medimnoi de] grano [por todas partes], y un medimnos de trigo se vendía a diez dracmas, [lo vendió a los precios más bajos] de cinco dracmas y cuatro dracmas durante todo el año, asumiendo él mismo el coste, habiéndose quedado los soldados [por esa cantidad de tiempo] [...] (IG IV 1.66 = IG IV 932).

Se honra a un tal Evantes, el agoranomo que obtuvo en el año 72 a. C. una exención para Epidauro de la obligación de proporcionar soldados a Antonio. No obstante, se instaló una guarnición en la ciudad, lo que dificultó especialmente a Evantes el desempeño de sus funciones y la satisfacción de las necesidades de la población, al provocar una grave escasez de cereales, sin duda exacerbada por las requisas de dichos vegetales que tenían lugar en otros lugares.

La guarnición instalada en Epidauro podría haber constituido una precaución contra los piratas, o haber sido una forma de alojar a algunas de sus tropas antes de dirigirse hacia Creta. La exención de proporcionar tropas indica que Antonio, como muchos otros magistrados romanos en este periodo, dependía de hombres reclutados localmente para la constitución de su ejército. Hay varios legados mencionados en la inscripción de Gitión, lo que sugeriría que Antonio tenía un «personal» considerable para atender, todo a expensas de la población local, para la cual la campaña debió de haber sido una carga considerable.

Figura 103. Mapa del sur del Peloponeso en la Antigüedad (Wikimedia Commons).

Hay dos formas de analizar las campañas de Antonio. Sus cuatro años de actividad podrían verse como un gran intento de reprimir la piratería, una continuación lógica de las campañas efectuadas por Servilio en Anatolia, así como un preludio bastante lamentable de las operaciones que efectuará, no mucho después, un exitoso Pompeyo. Por otro lado, se podría argumentar que se le otorgó un imperium extraordinario como resultado de ciertos problemas que enfrentaba Roma a mediados de la década de los años 70 a. C., a saber, la guerra sertoriana, las dificultades en el suministro de cereales y la resistencia de Creta a la dominación romana en el Mediterráneo.

EL CASO DE CAYO VERRES

El problema de Roma con los piratas no se limitaba a combatirlos, sino que a veces algunos romanos eran acusados de colaboración con estos grupos de malhechores. Por ejemplo, Cicerón, en su alegato contra Cayo Verres (pr. 74 a. C.), gobernador de la isla de Sicilia durante los años 73-71 a. C., lo acusó entre otros cargos de haber colaborado con los piratas en Sicilia y de haber aceptado sobornos por parte de su líder. Entre otras cosas, el famoso orador manifestó:

> […] que recuerde que, en el debate anterior, excitado por el griterío del pueblo romano, hostil y adverso, confesó que no había mandado ejecutar con el hacha a los jefes de los piratas; que ya entonces sintió temor de que le supusiera un motivo de acusación el haberlos soltado por dinero; que confiese lo que no se puede negar: que, como particular, retuvo a los jefes de los piratas, vivos e incólumes, en su propia casa después de que regresó a Roma […] (Cicerón, Verrinas II, 5, 12).

Dicha imputación, ya de por sí bastante grave, tenía una gran relevancia debido a que las comunicaciones marítimas se estaban viendo continuamente afectadas por los ataques de los piratas. Por ejemplo, cuando Cicerón volvió de su gira de cincuenta días por Sicilia para recoger pruebas y testimonios contra Verres, tuvo un encuentro con los piratas entre Vibo Valentia y Velia, en la costa meridional del mar Tirreno. Vibo Valentia no era un lugar de parada necesario en su ruta de regreso a Roma, pero debió de haber ido allí con objeto de recopilar evidencias sobre Publio Gavio, de Consa, a quien Verres hizo ejecutar.

Verres ciertamente es un auténtico personaje de película. Cicerón dice de su carrera que «no se encontrará ninguna hora libre de

hurtos, crímenes, crueldad e infamia». No solo eso:

En verdad, hemos traído ante vuestro tribunal no a un ladrón, sino a un saqueador, no a un adúltero, sino a un salteador del pudor, no a un sacrílego, sino a un enemigo de lo sagrado y de todo lo que sea religión, no a un asesino profesional, sino al más cruel carnicero de ciudadanos y aliados; de forma que, a mi parecer, no ha habido, desde que los hombres pueden recordar, otro reo de tales características a quien hubiera que condenar (Cicerón, Verrinas II, 1, 3, 9).

Una joya de hombre.

El padre de Verres fue senador y nuestro personaje ingresó en el Senado a mediados de la década de los años 80 a. C. En el año 84 a. C. fue cuestor del cónsul Cneo Papirio Carbón, al que abandonó, llevándose consigo el cofre del pago de la legión donde servía, y se unió a las fuerzas de Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), en el marco de la primera guerra civil (88-81 a. C.). Después de la victoria de Sila, Verres estuvo en Cilicia como legado de Cneo Cornelio Dolabela (pr. 81 a. C.), como ya hemos visto previamente, y permaneció con él hasta el año 79 a. C. Cicerón da mucha importancia a la forma en que ambos saquearon juntos el Oriente griego, solo para que Verres participase como testigo en el proceso incoado contra Dolabela tras su regreso a Roma.

El siguiente cargo de Verres fue el de pretor urbano. Posteriormente, fue procónsul de Sicilia en el año 73 a. C., magistratura que se prolongó hasta el año 71 a. C. porque su sucesor, Quinto Arrio (pr. 73 a. C.), tuvo que participar en la tercera guerra servil (73-71 a. C.). Esta circunstancia proporcionó a Verres una extraordinaria oportunidad de saquear y abusar de su provincia de lo que normalmente habría efectuado. A su regreso a Roma, Cicerón lo procesó en nombre de unos más que enfurecidos sicilianos. Las pruebas presentadas por la acusación obligó a Verres a retirarse al exilio a la ciudad de Massalia antes de que terminara el juicio. No es de extrañar que en el film italiano S.P.Q.R. – 2000 e

½ anni fa (en España, Golfos de broma), dirigido por Carlo Vanzina (1994), se caracteriza al personaje de Verres como el de un mafioso siciliano, aunque de manera implícita.

El enjuiciamiento de Verres en el año 70 a. C. fue la entrada definitiva de Cicerón en el gran escenario de la política romana. Sus discursos, conocidos colectivamente como Verrinas, abordan muchos de los temas más importantes del último medio siglo de la República romana, entre ellos el de la piratería, presentada como un peligro para Roma, sus súbditos y sus aliados, actividad que un magistrado romano debía reprimir. Pero, como muy bien indica Ph. De Souza, el objetivo de Cicerón era menospreciar a Verres, no informarnos sobre la piratería en el siglo

i

a. C., aunque fuera un tema de candente actualidad.

Precisamente, Cicerón presenta a Verres como todo lo contrario, como un ladrón, un pirata, un bandido, la antítesis de un buen magistrado romano, apelativos que también aplica a sus socios. Su actuación (mejor dicho, su pasividad) sobre sus responsabilidades fue descrita por Cicerón:

[Durante el gobierno de Verres] [...] puertos muy seguros y ciudades muy importantes y muy bien guarnecidas abiertas a piratas y salteadores; marineros y soldados de los sicilianos, aliados y amigos nuestros, muertos por hambre; flotas excelentes y de gran importancia estratégica perdidas y arruinadas con gran ignominia del pueblo romano (Cicerón, Verrinas I, 5, 13)

Cicerón, igualmente, compara en varias ocasiones lo que ha hecho Verres con lo que han realizado o podrían efectuar los piratas, para sugerir que el gobernador es un mal peor que estos. Seguramente, los sicilianos estarían de acuerdo con esta opinión.

El ejemplo de la isla de Mélita (Malta) es ilustrativo al respecto. Su

templo de Juno era el depósito de muchos objetos valiosos que, señaló Cicerón, ni los antiguos enemigos de Roma, los cartagineses, ni siquiera, en tiempos recientes, los piratas se atrevieron a sustraer. Pero, por supuesto, para Verres no había nada sagrado e inviolable:

Mélita es una isla, jueces, separada de Sicilia por un brazo de mar bastante ancho y peligroso. Hay en ella una ciudad del mismo nombre, a donde ese nunca llegó, y que, sin embargo, constituyó para ese durante tres años un taller de tejidos para la confección de vestidos de mujer. En un promontorio, no lejos de esta ciudad, hay un antiguo templo de Juno, que gozó siempre de una veneración tan profunda que no solo durante aquellas guerras púnicas, que, en lo tocante a la fuerza naval, tuvieron lugar y se desarrollaron en torno a esta zona, sino incluso por parte del gran contingente actual de piratas ha permanecido siempre respetado y sin mancha […] Los embajadores melitenses declaran oficialmente que el templo de Juno ha sido expoliado, que nada ha dejado ese en un santuario tan venerado; que el lugar al que llegaron con frecuencia flotas enemigas, en el que suelen pasar el invierno casi todo el año los piratas, lo que ni un salteador profanó anteriormente ni un enemigo tocó nunca, fue saqueado por ese solo, hasta tal extremo que no ha quedado nada en absoluto (Cicerón, Verrinas II, 4, 46-47, 103-104)

Verres no estaba solo en sus fechorías. Los mamertinos (los habitantes de la actual Mesina), los únicos en Sicilia en apoyar a Verres durante su juicio, son descritos por Cicerón como sus socios en el crimen, de la misma manera que el pueblo de Fasélide lo fue para los piratas de Cilicia. Los mamertinos también proporcionaron a nuestro personaje un barco para transportar su botín. Cicerón reprende a Verres por su comportamiento, que era totalmente inapropiado para un gobernador romano, cuyo deber era proteger su provincia:

Pero para volver a la flota, punto del que me he apartado, recibiste de los mamertinos una nave en contra de las leyes, hiciste

concesiones contra los tratados. De ese modo fuiste doblemente inicuo en una sola ciudad, cuando dispensaste lo que no se podía y aceptaste lo que no estaba permitido. Debías haber recabado una nave que se hiciera a la mar contra los piratas, no con tu botín; que impidiera el que la provincia fuera objeto de expolio, no que transportara los objetos del expolio de la provincia. Los mamertinos te proporcionaron una ciudad a donde transportar el producto de tus robos desde todos los puntos y una nave en la que lo sacaras. Aquella ciudad te sirvió de almacén para tu botín; aquellos hombres, testigos y guardianes de tus robos, te suministraron un depósito para tus robos y un vehículo de tus robos. Así que ni siquiera entonces, cuando perdiste la flota por culpa de tu avaricia y corrupción, osaste reclamar la nave a los mamertinos. En ese momento, en medio de una escasez tan grande de naves y una calamidad tan grande de la provincia, aunque había de pedirse como un favor, con todo, se hubiera conseguido de ellos […] (Cicerón, Verrinas II, 5, 23, 59).

Uno de los puntos principales con los que Cicerón atacaba a Verres fue que había «saqueado» a los habitantes de todos los lugares en los que ha estado durante su carrera. Una de las historias más interesantes y curiosas trata sobre un barco de guerra que fue suministrado a Verres por la ciudad de Mileto en Asia. El barco fue uno de los diez que construyeron los milesios por orden de Murena en el año 83 a. C. Las demás ciudades de la región hicieron lo mismo. Después de haberlo utilizado como escolta a Mindo (Gümüşlük) en Caria, Verres despidió a la tripulación y vendió el barco:

Reclamó [Verres] a los milesios una nave que lo siguiera para escoltarlo hasta Mindos: al instante le entregaron un excelente barco de su flota, equipado y armado. Con esta escolta marchó a Mindos. En cuanto al cargamento de lana que les quitó a los milesios en nombre del Estado, como también los dispendios a su llegada, los ultrajes y las ofensas al magistrado de Mileto, aunque se puede exponer de forma veraz y también con rigor y con energía […]

Manda que los soldados y los remeros vuelvan a pie de Mindos a Mileto, y él vende el bellísimo barco, elegido entre los diez navíos de los milesios, a Lucio Magio y a Lucio Fanio, que habitaban en Mindo. Son estos unos individuos sobre los que recientemente el Senado decidió que debían incluirse en la categoría de enemigos. Con este navío viajaron desde Dianio, que está en Hispania, hasta Sinope, en el Ponto, visitando a todos los enemigos del pueblo romano.

¡Oh, dioses inmortales, qué avaricia más increíble, qué audacia única! Te atreviste a vender una nave de la flota del pueblo romano que te había entregado la ciudad de Mileto para escoltarte. Si es verdad que no te conmovía la magnitud del daño ni la estima de los hombres, ¿ni siquiera pensabas que una ciudad tan ilustre y tan noble habría de constituir un testigo de este robo tan perverso o, mejor, de un botín tan sacrílego? ¿Acaso porque Dolabela intentó, a petición tuya, tomar medidas contra aquel que había estado al mando del barco y había informado de tu «hazaña» a los milesios, y porque ordenó que se eliminase tal informe, que se había incluido en los documentos públicos, de acuerdo con las leyes de los milesios, creías que en consecuencia te habías escabullido de esta acusación? […]

En efecto, el pueblo milesio había construido, por orden de Lucio Murena, diez naves para el pueblo romano a expensas del dinero de los impuestos, como las restantes ciudades de Asia, cada una según su participación. Por este motivo consignaron en el registro público que una de las diez se había perdido, no por la repentina llegada de los piratas, sino por el latrocinio de un embajador, no por la violencia de un temporal, sino por este terrible azote de nuestros aliados.

«Se encuentran en Roma los embajadores milesios, hombres muy nobles y principales de la ciudad […] Manifestarán, digo, movidos por su escrúpulo y por su respeto a las leyes de su país, qué ocurrió con aquel barco, demostrarán que Cayo Verres fue un auténtico pirata, y de lo más infame, con aquella flota que se había construido contra los piratas (Cicerón, Verrinas I, 34-35, 86-90).

Si bien los barcos de Murena podrían haber sido utilizados para combatir a los piratas, este no fue el motivo de su construcción. La principal preocupación de Murena en el año 83 a. C. era el rey póntico Mitrídates VI, no los piratas. Mencionar en este contexto a los piratas permitía a Cicerón crear un efecto retórico claro, incluso si no está siendo estrictamente exacto. Resumiendo, Cicerón repitió su juego de palabras al final de sus discursos:

¿Preguntamos también qué hizo ese en el extremo de Frigia, qué hizo en las regiones más apartadas de Panfilia, qué tal pirata resultó ser en la guerra contra los piratas, el que se revela en el foro del pueblo romano como un abominable pirata? (Cicerón, Verrinas I, 59, 154).

Figura 104. Mapa de algunas de las ciudades de Sicilia en la Antigüedad (Wikimedia Commons).

Otro de los asuntos que Cicerón trató fue precisamente el de la

guerra contra la piratería, que llevó de manera francamente horrible. Para empezar, según Cicerón, se olvidó de mantener una flota adecuada de barcos de guerra lista para hacer frente a cualquier ataque. Verres aceptó sobornos por liberar del servicio a muchos de los miembros de las dotaciones de la flota suministrada por las ciudades de Sicilia mientras se embolsaba su paga. También desvió gran parte del dinero destinado a pagar las raciones de estos a sus propias arcas, dejándolos con poco o nada para comer, aparte de lo que podían conseguir por sus propios medios:

Cada ciudad solía dar siempre al capitán de su nave los fondos destinados a la flota para trigo, pagas y demás gastos. Este no se atrevía a provocar ser acusado por los marineros, y debía rendir cuentas a sus conciudadanos y actuaba en toda aquella gestión empleando todo su esfuerzo y también con peligro para su persona. Se había obrado siempre así, como digo, y no solo en Sicilia, sino en todas las provincias, incluso con los salarios y gastos de aliados y latinos, cuando solíamos valernos de las tropas auxiliares de ellos. Verres fue el primero, tras el establecimiento de nuestra hegemonía, en exigir que se le librase todo ese dinero por las ciudades, para que manejase tales fondos aquel al que él mismo hubiera dado el mando. ¿A quién puede resultar dudoso por qué has cambiado el primero la antigua costumbre de todos, has descuidado tan gran ventaja de manejar el dinero a través de otros y has asumido tan gran dificultad junto con un motivo de acusación, molestia tan considerable, acompañada de sospecha? Después se instituyen otras ganancias. Ved qué cantidad solo de este mundo de los barcos: recibir dinero de las ciudades por no suministrar marineros, licenciar marineros por un precio fijo, quedarse con toda la paga de los licenciados, no dar a los demás lo que se les debía…

¡Qué individuo este, qué desvergüenza esta, qué audacia! ¡Asignar a las ciudades sumas de dinero según el número de soldados, establecer un precio fijo de seiscientos sestercios por el licenciamiento de los marineros! El que los había dado había conseguido el permiso para toda la campaña; ese se embolsaba lo que por el marinero había recibido para su soldada y manutención. De este modo se lograba una doble ganancia de cada

licenciamiento. Y un hombre tan demente, en medio de un ataque tan duro de los piratas y de un peligro tan grande para la provincia, hacía esto tan públicamente que los propios piratas lo sabían y la provincia entera era testigo (Cicerón, Verrinas II, 5, 24-25, 60-62).

Lo mismo sucedió con muchos de los miembros de las guarniciones locales en la costa.

Cicerón se apresuró a señalar cuán desaconsejable era el comportamiento de Verres. De manera inesperada, un escuadrón capturó un barco pirata. Su capitán no sufrió castigo alguno, mientras que otros prisioneros del gobernador, algunos de los cuales eran ciudadanos romanos, fueron ejecutados, en parte para hacerlos pasar como parte de la tripulación pirata capturada. Un indignado Cicerón señaló:

Pero sea, sea para ti libre durante todo aquel tiempo en que contaste con el mando supremo. ¿Incluso como particular, ya como acusado, ya casi condenado, retuviste en una casa particular a jefes de enemigos? Un mes, otro, en fin, casi un año estuvieron en tu casa los piratas desde el momento de su captura, mientras se permitió por mi parte, es decir, mientras se permitió por parte de Manio Glabrión, quien, a petición mía, mandó que se los sacara e ingresaran en la cárcel.

¿Cuál es el derecho en este asunto, cuál la costumbre, cuál el precedente aplicables? ¿Qué particular de entre todos los mortales podrá retener dentro de los muros de su casa a un enemigo acérrimo y peligrosísimo del pueblo romano, o, mejor dicho, a un enemigo común de todos los pueblos y naciones?

¿Qué? Si el día anterior de ser tú obligado por mí a confesar que, muertos ciudadanos romanos con el hacha, el jefe pirata vivía, habitaba contigo, si, insisto, el día anterior hubiera huido de tu casa, si hubiera podido organizar algún contingente contra el Estado, ¿qué dirías? (Cicerón, Verrinas II, 5, 29-30, 76-77).

Como continuación a un catálogo de despropósitos, Verres entregó el mando de siete de los diez barcos que componían su flota a un destacado siracusano llamado Cleómenes, uno de sus lacayos, con la intención de acostarse sin obstáculos con su esposa. Como puede presentirse, la cosa presagiaba convertirse en un desastre.

Esta pequeña armada zarpó del puerto de Siracusa a finales del verano. Y llegó a encontrarse con una flota pirata de menor tamaño formada por cuatro naves bajo el mando de Heracleón. Cleómenes, debido a las bajas que tenía de remeros y combatientes debido a la política de Verres, decide huir con su buque insignia, un gran cuatrirreme, actitud que el resto de navíos imita. Los piratas los siguieron y alcanzaron y capturaron a dos de los barcos; el resto de la flota de Cleómenes varó y sus tripulaciones (o lo que quedaba de ellas) abandonaron sus naves, que fueron pasto de las llamas por parte de los piratas.

La cosa llegó a más. En palabras del propio Cicerón:

Los piratas, tras detenerse solo aquella noche en Heloro y dejar nuestras naves aún humeantes, comienzan a aproximarse a Siracusa. Estos, a lo que se ve, como habían oído que nada había más bonito que las murallas y el puerto de Siracusa, habían decidido que, si no los veían durante la pretura de Verres, nunca los verían (Cicerón, Verrinas II, 5, 36, 95).

Los piratas navegaron hasta Siracusa y entraron en el mismo puerto ante la atenta mirada del propio Verres, actuando como si estuvieran celebrando un triunfo, al igual que los cretenses hicieron con Antonio, un evento sin precedentes en la historia de Sicilia. Cicerón recalcó este hecho:

Aquí durante tu pretura navegó a sus anchas el pirata Heracleón

con cuatro pequeños barcos. ¡Por los dioses inmortales! Una nave pirata, mientras el nombre y las fasces de la soberanía del pueblo romano estaban en Siracusa, llegó hasta el foro de los siracusanos y hasta todos los muelles de la ciudad, a donde ni las gloriosísimas flotas de los cartagineses, aunque tenían gran poder en el mar, tras haberlo intentado con frecuencia en muchas guerras, nunca pudieron aproximarse, ni aquella gloria naval del pueblo romano, invicta antes de ser tú pretor, pudo penetrar nunca durante tantas guerras púnicas y sicilianas; lugar que goza de tales características, que los siracusanos antes verían al enemigo armado y victorioso en sus murallas, en su ciudad, en su foro que alguna nave de enemigos en el puerto (Cicerón, Verrinas II, 5, 37, 97).

Después de navegar por los muelles en el centro de la ciudad, los piratas, incapaces de desembarcar un grupo de asalto debido al pequeño número de barcos de grupo, zarparon una vez más.

Cicerón resumió este episodio de la siguiente manera:

¡Bajo tu pretura, los soldados sicilianos se alimentaban con raíces de palmas y los piratas con trigo siciliano! ¡Oh, espectáculo lamentable y cruel! ¡Servir de burla a un barco pirata la gloria de la Ciudad, el nombre del pueblo romano, una colonia y sus habitantes en masa! ¡Obtener el triunfo sobre la flota del pueblo romano un pirata, en el puerto de Siracusa, mientras los remos de los piratas salpicaban los ojos del pretor más inerte y malvado! (Cicerón, Verrinas II, 5, 38, 99-100).

Como triste consecuencia, para intentar desviar la atención sobre su parte en esta ignominiosa derrota, Verres mandó ejecutar a sus propios capitanes navales, a excepción del que iba en la nave de Cleómenes, pues este tampoco fue ejecutado. Solo sobrevivió el único que había sido capturado por los piratas, que fue rescatado con dinero público.

Las medidas emprendidas por Verres para hacer frente a los ataques de los piratas no tuvieron gran éxito precisamente, pero parece que su sucesor, Lucio Cecilio Metelo (cos. 68 a. C.), fue más eficaz, aunque en el ínterin los piratas habían hecho su particular agosto saqueando diversas poblaciones marítimas. El epitomador de Tito Livio registró su logro y Orosio mencionó que uno de los líderes piratas a los que derrotó en un combate naval y terrestre, llamado Pirganión, era el mismo personaje que antes había navegado triunfalmente hacia el puerto de Siracusa. Sin embargo, hemos visto que el nombre que Cicerón le da a este líder es Heracleón, por lo que, según Ph. De Souza, Orosio se equivoca al dar la identidad del comandante pirata. Parecida opinión es la de A. Schiavone, que considera que ambos hombres son la misma persona. Por nuestra parte, es muy posible que Pirganión sucediera a Heracléon en la dirección de la flota pirata. La victoria de Metelo debió de haber sido razonablemente espectacular para merecer una mención en el relato de Tito Livio, aunque podría argumentarse que su éxito fue aún más impresionante debido a la magnitud del fracaso de Verres.

CANINIO NÍGER

Una inscripción honorífica hallada en el ágora de la ciudad de Halaesa, en la costa septentrional de Sicilia, actualmente deshabitada, nos informa de la presencia de un personaje llamado [...] Caninio Níger, de quien no se ofrece su rango (quizás se trate de un legado) y se ha perdido su praenomen, erigido este epígrafe por las tripulaciones de los barcos sicilianos que sirvieron a sus órdenes. La cronología de este texto es desconocida (siglos

ii

-

i

a. C.), aunque en un principio se considera que pertenece a los inicios del siglo

i

a. C.

Parece ser que Caninio Níger, un ciudadano romano, pudiera haber logrado una victoria naval al frente de una flotilla compuesta de cuatro naves (aunque otra interpretación podría ser la de un solo barco con una tripulación procedente de las cuatro comunidades mencionadas), procedentes de las ciudades de Halaesa, Caleacte (Caronia), Herbita (de ubicación desconocida) y Amestrato (Mistretta). Dos de estas cuatro poblaciones aparecen entre las comunidades que Cicerón menciona en las Verrinas que contribuyeron con barcos y, por lo tanto, es posible que las otras dos también hayan contribuido con naves en alguna otra ocasión.

De manera significativa, cabe señalar que Herbita y Amestrato, así como tres de las doce ciudades mencionadas en relación con la armada de Verres, son ubicaciones situadas en el interior, lo que parece indicar que todas las ciudades, independientemente de su posición geográfica, tenían que proporcionar un contingente naval. Por la situación de las comunidades mencionadas, cercanas entre sí, la batalla debió de efectuarse en la costa septentrional de Sicilia, y posiblemente el enemigo vencido fueron los piratas. Pero todo esto no deja de ser una hipótesis. En cualquier caso, este epígrafe muestra la existencia de una pequeña escuadra que patrullaba una parte de la costa de la isla de Sicilia.

Figura 105. Ágora de Halaesa (Wikimedia Commons).

Igualmente, un cippus también procedente del ágora de Halaesa fue dedicado por soldados halaesanos a Heraclio, el comandante de la guarnición militar de Erice (Erice), en lo que no parece ser más que otro esfuerzo defensivo realizado de manera colectiva por las ciudades del norte y oeste de Sicilia bajo los auspicios de Roma, como el efectuado por Caninio Níger.

Hay que destacar que la formación militar se encontraba ampliamente fomentada entre la élite siciliana a través de la institución de los gimnasios, y además un buen número de ciudades debían aportar una nave al gobernador romano para la protección de las costas, entre otras cosas, de ataques procedentes de los piratas. Muchas de estas ciudades ni siquiera eran costeras, pero debían ofrecer un barco de guerra debidamente equipado y con su tripulación. A pesar de las protestas de Cicerón de que la comunidad interior de Centuripa era la menos adecuada para proteger la isla de los piratas, es precisamente esta la que proporcionó un cuatrirreme, el barco más rápido de la flota de Verres y en ocasiones su buque insignia. Sin embargo, además de

los barcos, también se requería que las ciudades proporcionaran hombres para servir como tripulación y como soldados, así como la paga y suministros para todos ellos.

LA CAÍDA DE DELOS

Cicerón, en su discurso ante la asamblea del pueblo romano cuando defendía la aprobación de la lex Manilia en el año 66 a. C., recordó cómo los amigos, aliados y súbditos de Roma habían quedado a merced de los piratas hasta que Pompeyo los derrotó. Uno de los lugares que mencionó fue «la isla de Delos, situada en el mar Egeo, tan lejos de nosotros, a donde acudían de todas partes toda clase de gentes y de cargamentos, aunque llena de riquezas, pequeña y desprovista de murallas, nada tenía que temer». Cicerón continuó su alocución contrastando esta idílica Delos con la vulnerabilidad de Roma en tiempos más recientes.

La referencia a Delos por parte de Cicerón puede explicarse gracias a una referencia conservada en un fragmento del historiador griego Flegón de Trales (siglo

ii

d. C.): «Y Atenodoro, el pirata, habiendo reducido a los habitantes de Delos a la esclavitud, profanó vergonzosamente las estatuas de sus dioses. Pero Cayo [Valerio] Triario reparó las partes dañadas de la ciudad y construyó un muro alrededor de la isla». Estos hechos se fechan en el año 69 a. C., gracias a una referencia sobre Quinto Cecilio Metelo (pr. 74 a. C.) que lo precede.

Una inscripción del año 58 a. C., que registra una ley de los cónsules Aulo Gabinio y Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, la lex Gabinia Calpurnia de Insula Delo, representaba un intento, iniciado por el Senado, de mejorar las condiciones económicas de la isla, hace referencia a la piratería, de manera indirecta, al ataque que había sufrido Delos:

[...] cuya isla, dentro [de la memoria] de los hombres [ha estado siempre exenta] del control de [todos] los reyes, Estados y pueblos, sagrada, libre, [e inmune,] y [desde] los piratas, que por muchos [años han devastado] el mundo [y han saqueado los santuarios] templos e imágenes de los dioses inmortales y los lugares [más] sagrados, han sido derrotados y destruidos como resultado de la lex Gabinia [...] (AE 1980, 858 = CIL I 2550, líns. 12-16).

Ironías del destino, Delos se estaba recuperando de un ataque anterior efectuado en el año 88 a. C. protagonizado por las fuerzas pónticas cuando fue asaltada por el pirata Atenodoro. Un extracto del escritor Posidonio de Apamea (siglo

i

a. C.), conservado por Ateneo (ca. 200 d. C.), nos narra las peripecias de Apelicón de Teos en su intento de tomar la isla de Delos:

No solamente [Atenión] se apoderó de los bienes de los ciudadanos, sino también de los de los extranjeros, alargando la mano incluso a los tesoros del dios en Delos. Así, envió a la isla a Apelicón de Teos, que se había hecho ciudadano ateniense después de vivir una vida muy versátil y voluble. Así, cuando se adhirió a las doctrinas peripatéticas, compró la biblioteca de Aristóteles y otras muchas obras (pues era muy rico), y empezó a adquirir subrepticiamente los originales de los antiguos decretos del Metroón, así como cuanto había de antiguo y recóndito en otras ciudades. Sorprendido en Atenas en estas acciones, su vida habría corrido peligro de no haberse escapado. Pero, no mucho tiempo después, regresó de nuevo, habiéndose ganado el favor de mucha gente. Entonces, se adhirió al partido de Atenión, con la excusa de que este pertenecía a su misma escuela. Sin embargo, Atenión había olvidado las doctrinas de los peripatéticos, y racionaba a los necios de los atenienses un quénice de cebada para cuatro días, dándoles comida

de gallinas, que no de seres humanos. Pues bien, Apelicón, que había marchado contra Delos con una fuerza militar, actuó de una manera más festiva que marcial, y estableció una guarnición sumamente descuidada en la parte de la ciudad de Delos, dejando completamente sin vigilancia la zona posterior de la isla, y se fue a acostar sin haber levantado siquiera una empalizada. Cuando esto llegó a conocimiento del general romano Orbio, bajo cuya custodia estaba la isla de Delos, esperó a una noche sin luna, hizo desembarcar a sus soldados, cayó sobre unos hombres dormidos y borrachos, y abatió a golpes, como si fuesen ganado, a los atenienses y a sus compañeros de expedición, en número de seiscientos; hizo también alrededor de cuatrocientos prisioneros, y el noble general Apelicón huyó a escondidas de Delos. Orbio, al ver que muchos huían juntos hacia las granjas, les prendió fuego con las casas mismas, así como a todas las máquinas de asedio, junto con la «arruina-ciudades» [una helépolis] que [Apelicón] había construido al llegar a Delos. De manera que Orbio erigió en esos lugares un trofeo y un altar y escribió sobre él:

Figura 106. Busto romano identificado con Posidonio de Apamea, Museo Arqueológico de Nápoles (Wikimedia Commons).

«Esta tumba contiene a los muertos extranjeros que perdieron / sus almas combatiendo en el mar en torno a Delos, / cuando los atenienses devastaron la sagrada isla, / haciendo causa común en la guerra con el rey de Capadocia» (Ateneo, «Banquete de los eruditos», 5, 214d-215b).

La ciudad de Atenas decidió tomar partido durante la primera guerra mitridática (89-85 a. C.) por el monarca póntico, como pone de manifiesto que este sea elegido arconte epónimo, de manos de un tirano de nombre Aristión (al que otras fuentes llaman Atenión, aunque podría tratarse de dos individuos diferentes). Después de consolidar su poder en la región del Ática, Aristión envió a Apelicón de Teos, un filósofo peripatético igual que el amo de Atenas, con un ejército a fin de tomar y saquear la isla de Delos, en especial del tesoro del templo de Apolo, debido a que su heterogénea población se había decantado por los romanos, seguramente a instigación de los numerosos negotiatores itálicos. Fue un auténtico fracaso para los invasores, que fueron fácilmente repelidos por Lucio Orobio (no Orbio) (ca. 88 a. C.), un mercator romano, conocido por varias inscripciones de Delos, que habría sido elegido para defender los intereses de los comerciantes en la isla. Por desgracia, este fue un éxito pasajero.

Mitrídates VI respondió no mucho después con el envío de una flota y un ejército bajo el mando de Arquelao a Atenas. En el camino a través del mar Egeo, Arquelao capturó las islas Cícladas y el tesoro sagrado en Delos, entregando las riquezas allí apresadas a Aristión para que este pudiera reforzar su posición en Atenas. Se dice que, en el ataque protagonizado por Arquelao, hubo un total de veinte mil muertos (la mayor parte itálicos), cuando se ha calculado que, para el año 90 a. C., habría unos treinta mil habitantes en la isla.

Por el contrario, Pausanias (siglo

d. C.) nos ofrece una versión diferente de este suceso (si es que no se trata de otro episodio que aconteció en la isla durante el mismo conflicto, lo que parece algo difícil):

Delos era entonces un mercado para los griegos y parecía que proporcionaba seguridad a los comerciantes por causa del dios [Apolo], pero Menófanes, general de Mitrídates, bien por su propia soberbia, bien por orden de Mitrídates (pues, para un hombre que tiene su mirada puesta en el lucro, las cosas divinas son menos importantes que sus ganancias), este Menófanes, como Delos no estaba fortificada y sus hombres no poseían armas, desembarcando con trirremes, dio muerte a los extranjeros que vivían allí y dio muerte a los propios delios; se llevó por la fuerza muchas riquezas de los mercaderes y todas las ofrendas, e hizo, además, esclavos a las mujeres y a los niños, y arrasó Delos hasta sus cimientos. Mientras era devastada y saqueada, uno de los bárbaros insolentemente echó este xoanon [de Apolo] al mar; pero las olas la recogieron y la depositaron en este punto de la tierra de Beas, y por esto llaman al lugar Epidelio.

Sin embargo, no escaparon a la cólera del dios, ni Menófanes, ni el propio Mitrídates, sino que a Menófanes, tan pronto como se hizo a la mar después de saquear Delos, los comerciantes que se habían salvado le pusieron una emboscada con sus naves y lo hundieron; y a Mitrídates, después de esto, la divinidad lo obligó a darse muerte a sí mismo, cuando su imperio fue aniquilado y él expulsado de todas partes por los romanos. Hay quienes dicen que encontró una muerte violenta a manos de uno de sus mercenarios como un favor. Esto es lo que les sucedió por ser impíos (Pausanias, Descripción de Grecia, 3, 23, 3-5).

Menófanes aparece solo mencionado en este episodio trasmitido por Pausanias.

La arqueología ha complementado las informaciones

proporcionadas por las fuentes literarias. Parece ser que, cuando se produjo el ataque de Atenodoro, Delos se estaba recuperando del saqueo protagonizado por Arquelao. Los negotiatores volvieron a la isla, al menos de momento. También sabemos que se había restaurado el ágora de los italianos, incluidas las estatuas que habían sido mutiladas.

Figura 107. Grafito que quizás represente un barco polirremo de gran tamaño, ya que muestra cincuenta remos en un lado (Museo Arqueológico de Delos) (Wikimedia Commons).

Igualmente, hay que señalar que, durante el saqueo de Atenodoro, se produjo un incendio en una casa excavada por arqueólogos franceses, en la que se descubrieron los restos de un archivo privado, con catorce mil sellos de arcilla. La colección contenía sellos de, al menos, un periodo de sesenta años, pues el más antiguo conservado data del año 128/127 a. C.

Cayo Valerio Triario (pr. 78 a. C.) era un legado de Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.) que tomó parte en numerosas acciones marítimas contra la armada de Mitrídates VI durante la tercera

guerra mitridática (74-63 a. C.). Gracias a dos inscripciones conservadas en Delos, su flota comprendía al menos birremes procedentes de las ciudades costeras minorasiáticas de Mileto y Esmirna. Asimismo, un epígrafe de Paros fechado en el siglo

i

a. C. menciona la presencia de un contingente militar (se desconoce de dónde procedía) a bordo de otra birreme, que quizás esté relacionado con las dos inscripciones anteriores.

Triario empleó a las tripulaciones de sus barcos en la construcción en Delos, tras el saqueo sufrido por la isla a manos de Atenodoro, de un muro con torres de vigilancia a intervalos, diseñado para ofrecer una mejor protección contra los invasores en el futuro. Se han descubierto vestigios de esta muralla, y todavía se puede seguir su curso durante un trecho considerable, dejando ver que esta fortificación era un típico castra romano.

Pero todo ello no evitó que Delos entrara en un declive irreversible, que la citada lex Gabinia Calpurnia de Insula Delo intentó evitar, que no puede explicarse únicamente por estos ataques. Los intercambios entre Roma (que polarizó el comercio como ninguna ciudad lo había hecho antes) y Oriente se habían desarrollado de forma tan vigorosa durante casi un siglo que las relaciones directas, sin la etapa de Delos, podían efectuarse directamente con los puertos italianos, en particular con Puteoli (Pozzuoli). La isla nunca volvió a recuperar su antiguo esplendor.

TESTIMONIOS EPIGRÁFICOS

Como hemos podido comprobar a lo largo de esta obra, el testimonio de las inscripciones es de suma importancia para conocer el fenómeno de la piratería en esta época. A continuación, presentamos brevemente unos comentarios acerca de una serie de epígrafes del siglo

i

a. C. procedentes del mar Egeo que tienen relación con la piratería.

En primer lugar, una inscripción encontrada en la isla de Egina (Egina), en el golfo Sarónico, en honor de un tal Diodoro, que fue agoranomo, que nos muestra la vulnerabilidad de las comunidades del mar Egeo, en relación con los ataques efectuados por piratas. Su texto es el siguiente:

De los consejeros y del pueblo: desde que Diodoro, hijo de Heráclides, nombrado agoranomo para el año sesenta y cuatro, ha supervisado el cargo de una manera [digna] de la confianza del [pueblo] que lo eligió; y cuando el fondo de grano había sido [consumido] por los gastos de los generales [en] la guerra, y [además] los piratas entraron e invadieron el territorio, y el hambre […] suministró suficiente grano durante todo el tiempo para los que lo necesitaban; siempre ha trabajado en nombre del [?] pueblo y [no ha rechazado] el peligro o el daño […] (IG IV 2.750).

Ph. De Souza fecha este epígrafe en el año 69 a. C., y relaciona los eventos que ocurrieron en Egina con el ataque efectuado ese mismo año por el pirata Atenodoro contra Delos. En realidad, esta inscripción procede de la cercana ciudad de Mégara (Mégara), y cuya auténtica cronología es del año 83/82 a. C., aunque otros autores la han fechado en el año 71/70 a. C. Poco o nada, pues, que ver con las actividades del pirata saqueador de Delos. Sea como fuere, es un ejemplo de cómo vivía una comunidad costera en tan turbulentos años.

Otro epígrafe, que puede fecharse quizás a mediados del siglo

i

a. C., es el procedente de la isla de Tenos, situada en el archipiélago de las Cícladas, esta vez en honor a un banquero romano, Lucio Aufidio Baso, hijo de Lucio, por remitir los intereses de los

préstamos adeudados por el pueblo de Tenos. El padre de nuestro personaje acudió en ayuda de esta comunidad «en el momento en que la guerra común, que había estallado, y las continuas incursiones de los piratas han obligado a nuestra isla a endeudarse de manera extraordinaria». Esta «guerra común» solo podría haber sido un conflicto organizado y de bastante envergadura, que parece encajar con la primera guerra mitridática (89-85 a. C.). Baso senior parece ser el mismo individuo homónimo que, alrededor del año 100 a. C., fue banquero en Delos. Su hijo tuvo que ser generoso de la misma manera, aparentemente porque las circunstancias no habían mejorado. Tenos tuvo que «asumir deudas extraordinarias», sin duda por las necesidades de defensa (armamento, fortificaciones, posible pago de rescates a los piratas) y del esfuerzo militar en la lucha común (contribuciones financieras o materiales al ejército de los aliados).

También la isla de Paros, perteneciente al mismo archipiélago que Tenos, fue víctima de las incursiones piratas en las primeras décadas del siglo

i

a. C. Esto queda evidenciado en la inscripción de un arquitrabe, perteneciente a un monumento funerario u honorífico, que llevaba una dedicatoria en honor a un personaje que fue estratego y que liberó a los ciudadanos mediante el pago de un rescate. Además, una dedicatoria que data del mismo periodo honra a un tal Mnesikleides, hijo de Épianax, por haber supervisado la reconstrucción de las murallas y la seguridad de la ciudad de Paros, lo que no deja de evocar el trabajo emprendido por Triario en Delos en el año 69 a. C.

Otro ejemplo de piratería en este periodo puede registrarse en una inscripción de Siros, una pequeña isla del archipiélago de las Cícladas. Se trata de un decreto honorífico para un sifniano llamado Onesandro, hijo de Boulon, que había ayudado a un esclavo de Siros víctima de un ataque pirata:

Fue resuelto por el consejo y el pueblo, a propuesta de Kyrsilos, hijo

de Akryptos, de la tribu Naxites, quien había escrito una demanda para acceder al consejo: ya que Onesandro de Sifnos, el hijo de Boulon, se ha mostrado hacia nuestra ciudad en los años anteriores mucha previsión, haciéndose útil y bueno para con todos, disponiéndose a pagar los gastos, no escatimando ningún agravio y gasto que emprendiera en beneficio de nuestra ciudad y de nuestros ciudadanos que llegaban, teniendo asuntos privados en la ciudad de Sifnos; Hace algún tiempo, hubo noticias de que muchas naves hostiles estaban destinadas a atacarnos en el campo y la ciudad, en busca de personas para capturar y retener para pedir rescate; se produjo un gran disturbio en la ciudad, especialmente cuando se anunció que habían amarrado en el territorio de los sifnianos, y sobre estos asuntos la gente de Siros eligió inmediatamente a un hombre para llegar a Sifnos, Ktesikles, hijo de Charikleides, durante la noche, debido a una cuidadosa consideración de los asuntos escritos anteriormente. En estos asuntos Onesandro quería probar su buena voluntad hacia el pueblo; cuando supo por Ktesikles lo que ya se ha dicho, lo recibió con bondad, y también a sus hijos, Boulon y Nikon, y pagó a Ekphantos para que fuera a Sifnos, y con él algunos otros jóvenes a quienes instó a ir, para explorar el campo y saber con claridad si la noticia era cierta. Habiendo dicho esto a Ktesikles, lo envió rápidamente, teniendo cuidado de arreglar para recogerlo, ya que Ktesikles necesitaba presentarse frente a la asamblea. De manera similar, los esclavos secuestrados por los piratas, Noumenios y Botrys, que pertenecen a Sosilos, hijo de Xenopeithes, fueron llevados a Eschatia y luego los piratas desembarcaron en el puerto de la isla frente a Sifnos. Uno de ellos, Noumenio, se alejó a nado de los piratas, y Onesandro lo recibió, sabiendo que era de Siros, y lo alimentó por un tiempo, y una vez que lo vistió, lo envió a nuestra ciudad bajo sus propios gastos. Por estas cosas, el pueblo, conociendo la benevolencia de Onesandro y su buena voluntad, que mostró al pueblo y a todos los ciudadanos de Siros, concedió a Onesandro la proxenia y asiento privilegiado en los juegos que organiza la ciudad, y acceso al Consejo y el pueblo en segundo lugar solo a los asuntos sagrados, si tiene necesidad de algo. Después se ha hecho mucho más útil y, por los honores que se le han hecho, no escatima ningún gasto ni peligro para obrar en favor de los intereses de la ciudad [...] (IG XII 5.653).

Ph. De Souza fecha esta inscripción por las formas de las letras en la década de los años 40 o 30 a. C., aunque no todos los especialistas están de acuerdo con esta datación, pues, por ejemplo, G. Reger la sitúa a principios del siglo

i

a. C., pero que incluso podría pertenecer a la segunda mitad del siglo

ii

a. C. Igualmente, Ph. De Souza considera que un epitafio de la isla de Córcira, en el que aparecen igualmente mencionados los piratas, pudiera pertenecer a la misma datación, que utiliza.

En este decreto la isla de Siros honró al mencionado Onesandro con la proxenia y otros honores asociados, así como con una corona de oro, que era uno de los honores más caros que una ciudad podía otorgar para expresar su gratitud, por varios actos de beneficencia. La historia es larga y relativamente complicada, y que evidentemente no vamos a repetir, pero permite una rara visión de la vida cotidiana de los habitantes de las Cícladas durante el periodo helenístico tardío.

Los isleños debieron de vivir en estos siglos en un estado de alerta permanente ante el peligro que procedía del mar. Esta situación podía llevar a equívocos con consecuencias dramáticas. En un ejemplo de mediados del siglo

ii

a. C., una tormenta empujó un barco a la costa de Serifos, e indirectamente provocó la muerte de dos comerciantes de Amiso (Samsun), una ciudad del Ponto, asesinados por los serifeños al pensar que estos tenían trato con los piratas.

En cualquier caso, el punto más importante que destacar del epígrafe de Siros es la gran dependencia de los piratas de tener una base terrestre. El ataque de los piratas dependía de apoderarse de pequeños islotes, presumiblemente deshabitados, cerca de su

objetivo principal, y utilizarlos como bases. Esta dependencia de una «costa amiga» la compartió en su día Rodas con los prostates («protectores») navales, cuya tecnología y tácticas no diferían mucho de las de los piratas. Rodas estableció una red de puestos de avanzada, que se extendía por el Egeo, que proporcionó la infraestructura militar para las expediciones antipiratas.

LA CONQUISTA DE CRETA

La vergonzosa derrota sufrida por Marco Antonio (pr. 74 a. C.) a manos de los cretenses tuvo graves repercusiones en Roma, y parece que muchas de las ciudades cretenses también se dieron cuenta de que su victoria podría convertirse en su ataúd. Diodoro Sículo es quien nos informa de estos detalles:

Marco Antonio llegó a un acuerdo con los cretenses y durante un tiempo observaron la paz. Más tarde, sin embargo, cuando se planteó la cuestión de cómo podrían buscar su propio beneficio, los hombres más viejos y los más prudentes les aconsejaron que enviaran una embajada a Roma para ofrecer una defensa contra los crímenes que se les imputaban, y para intento con palabras justas y peticiones para apaciguar al Senado. En consecuencia, enviaron como embajadores a treinta de sus hombres más eminentes. Estos hombres, yendo individualmente a las casas de los senadores y expresando todas las súplicas posibles de misericordia, se ganaron los pilares del Senado. Llevados ante el Senado mismo, discutieron su caso discretamente, y enumeraron en detalle sus buenos servicios al poder gobernante, y el apoyo militar que le habían prestado; dicho esto, llamaron a los senadores a restaurarlos para favorecer y restablecer la alianza que había existido antes. El Senado, dando una pronta bienvenida a sus explicaciones, intentó aprobar un decreto en el que absolvían a los cretenses de los delitos que se les imputaban y los proclamaban amigos y aliados del estado; pero Léntulo, de sobrenombre Espínter, vetó la medida. Entonces partieron los cretenses. El Senado, al ser informado una y otra vez

de que los cretenses estaban aliados con los piratas y compartían el botín, decretó que los cretenses enviaran a Roma todas sus naves, incluso las de solo cuatro remos, proporcionaran trescientos rehenes, todos hombres de gran prominencia, entregaran a Lástenes y Panares, y pagaran conjuntamente una indemnización de cuatro mil talentos de plata. Cuando los cretenses, enterados de las decisiones senatoriales, se reunieron para deliberar sobre la noticia, los más prudentes decían que debían cumplir con todas las exigencias, pero Lástenes y sus partidarios, siendo susceptibles de ser condenados por estos cargos, y temiendo que, si eran enviados a Roma, serían castigados, incitaron al populacho con exhortaciones para preservar la libertad que les había sido conferida desde tiempos inmemoriales (Diodoro Sículo, Biblioteca histórica, 40, 1, 1-3).

Tanto Diodoro Sículo como Apiano y el Epitomador de Tito Livio indicaron que Roma reprochaba a los cretenses asociarse con los piratas del Mediterráneo y ayudarlos. El Senado no se satisfizo fácilmente: en lugar de aprovechar la oportunidad de recortar sus compromisos con Oriente, en agosto del año 70 a. C. estaba contemplando activamente la reanudación de la guerra contra Creta, y esta isla bien podría haber sido reglamentada como provincia consular para el año 69 a. C. de acuerdo con la lex Sempronia. Los cretenses, alarmados por esta decisión, enviaron apresuradamente una legación a Roma. La fecha exacta de la embajada cretense no es segura, pero, a partir de una noticia de Cicerón, parece ser que esta aconteció en febrero del año 69 a. C.

Diodoro Sículo nos indicó, en el texto que hemos reproducido, que, en Creta, se convocó un consejo, de donde salió una legación formada por treinta hombres seleccionados para viajar a Roma para apelar al Senado para evitar un segundo ataque. La mención de Diodoro Sículo a un consejo parece ser una referencia a la Liga Cretense, que se sabe que existió en la isla. Sin embargo, a diferencia de otras ligas federales griegas, la Liga Cretense era de todo menos estable y se reunía solo cuando ciertos miembros como Gortina y Cnosos no estaban en conflicto. Como ninguna de las fuentes especifica qué centros participaron en el consejo, no

podemos conocer el alcance de esta resolución.

Esta legación tenía la tarea de restablecer las buenas relaciones con los romanos. Los legados, sin duda conocedores de la realidad política romana, debieron de visitar personalmente a los senadores más influyentes con vistas a recuperar el estatus de amigos y aliados (que, probablemente, habrían recibido de Antonio). Finalmente, el Senado estuvo listo para aprobar el decreto apropiado de acuerdo con las esperanzas de los legados de Creta, pero las cosas se torcieron. El documento fue vetado por Léntulo Espínter. Los legados tuvieron que regresar a Creta con las manos vacías.

Este Léntulo Espínter parece ser identificado con Publio Cornelio Léntulo Espínter (cos. 58 a. C.), pero surge una dificultad: los Cornelii Lentuli eran patricios, por lo que estaban descalificados para ejercer de tribunos de la plebe. Sea como fuere, el derecho de veto de los tribunos de la plebe fue reinstaurado en el año 70 a. C.

Apiano también recordó, más brevemente, estos hechos:

Al decretar los romanos hacer la guerra a los cretenses a causa de estos hechos, estos enviaron embajadores a Roma para negociar la paz. Los romanos ordenaron que les entregaran a Lástenes, el que había combatido contra Antonio, y la totalidad de los barcos piratas, así como todos los prisioneros romanos que tuvieran, junto con trescientos rehenes y cuatro mil talentos de plata» (Apiano, Sobre Sicilia y otras islas, 6, 1).

Como ha quedado ya así visto, un nuevo senadoconsulto del Senado decretó que los cretenses debían entregar a las autoridades romanas todos sus barcos (Apiano especifica que debían entregarse todos «los barcos piratas»), «incluso los de solo cuatro remos», liberar a todos los prisioneros romanos que tuvieran, entregar trescientos rehenes, más a Lástenes y Panares (quienes debieron de destacarse en la lucha contra Antonio), y pagar una indemnización de cuatro mil talentos de plata. Las demandas eran extraordinariamente altas, y Roma, probablemente, estaba tratando de encontrar así un pretexto

para reanudar la guerra.

Por supuesto, Lástenes (que parece que llevó la voz cantante) y Panares, temiendo las consecuencias para ellos si eran entregados a los romanos, se posicionaron contra este ultimátum. Así pues, los cretenses rechazaron tales condiciones (como probablemente era la intención de los romanos), y las hostilidades estallaron de nuevo.

La expedición de Metelo se ha presentado como una venganza por la humillante derrota de Antonio. Desde luego, Roma no podía tolerar en su esfera de influencia una situación como la que se había creado. Pero no hay que engañarse. La conquista de Creta fue ante todo una medida para paliar la terrible situación financiera que existía en Roma a finales de la década de los años 70 y principios de la década de los año 60 a. C., y que no finalizará hasta que Pompeyo vuelva de Oriente con un sustancioso botín. La reacción positiva inicial del Senado a la embajada cretense parece dar la impresión de que las acusaciones de piratería y ayuda a Mitrídates VI, aunque en parte fuesen ciertas, no eran más que simples justificaciones para lo que se ha definido como «un acto de imperialismo agresivo».

QUINTO CECILIO METELO «CRETICO»

La importancia que los romanos concedían a la situación de Creta quedó reflejada en la decisión del Senado de convertir a Creta en provincia consular para el año 69 a. C., como revela un fragmento de Dion Casio. La suerte recayó en Quinto Hortensio Hórtalo, el principal adversario de Cicerón en el juicio de Verres, pero declinó a favor de su colega Quinto Cecilio Metelo, ya que prefirió permanecer en Roma, donde lo retenía su profesión de abogado. Según Dion Casio, Hortensio no quería dejar sin su control los tribunales, a través de los cuales influía en la política interna romana.

Metelo era hijo de Cayo Cecilio Metelo Caprario (cos. 113 a. C.), a su vez el hijo menor de Quinto Cecilio Metelo «Macedónico» (cos.

143 a. C.). Sus hermanos fueron Lucio Cecilio Metelo (cos. 68 a. C.), que murió durante su magistratura, y Marco Cecilio Metelo (pr. 69 a. C.), quien presidió la quaestio de repetundis, un tribunal permanente de iudices senatoriales (jurados-jueces) para investigar y decidir casos de extorsión. La hermana de Metelo, Cecilia Metela, era la esposa de Verres.

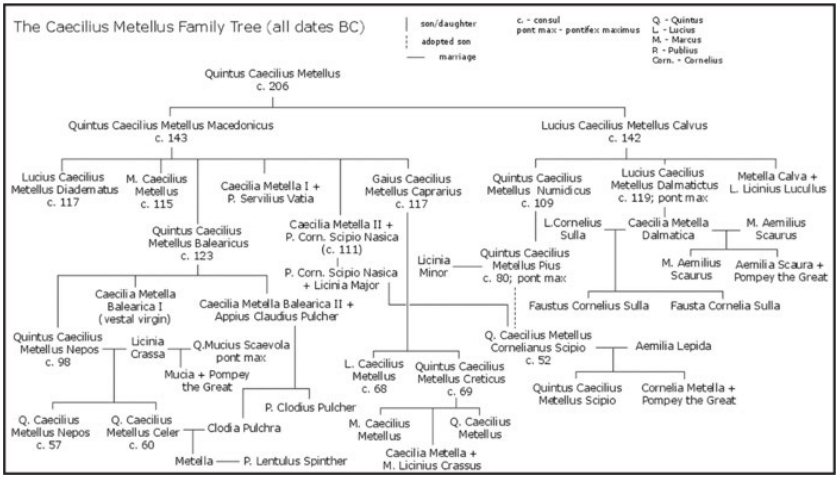

Figura 108. Árbol genealógico (stemma) de la familia de los Cecilios Metelos (Wikimedia Commons).

El Senado intentó completar su operación mediante la constitución de una verdadera provincia de Creta, confiada a Metelo. A la provincia Creta, puesto que todavía no se había conquistado y no podía bastarse por sí misma, se añadió Grecia (la retaguardia del malogrado Antonio), que fue separada, por tanto, de Macedonia durante un cierto tiempo. Así, tenemos constancia de que Lucio Valerio Flaco (pr. 63 a. C.), legado de Metelo, se encargó de la Administración de Acaya, Beocia y Tesalia. La designación triple «Acaya, Beocia, Tesalia» es tradicional en aquella época para referirse al territorio griego de estatuto provincial.

La campaña de Metelo en la isla de Creta duró tres años. En un

principio, se trata de una continuación del intento de Antonio de someter a los cretenses, aunque Metelo tenía mejores recursos y, en consecuencia, tuvo más éxito. Según Veleyo Patérculo:

Por aquella época, la isla de Creta fue entregada al poder del pueblo romano por Quinto Metelo. Esta había procurado el desgaste de los ejércitos romanos durante tres años. Bajo la dirección de Panares y Lástenes fueron reclutados veinticuatro mil jóvenes de una agilidad terrible, acostumbrados a soportar armas y dificultades, muy conocidos por su destreza con el arco (Veleyo Patérculo, Historia romana, 2, 34, 1).

El número de reclutas parece bastante alto, pero no debería haber escasez de combatientes en Creta, donde muchas ciudades todavía patrocinaban un riguroso entrenamiento militar, heredero de las instituciones de época arcaica. Probablemente, Mitrídates VI reclutó mercenarios en la isla, al igual que muchos otros monarcas y «condotieros» durante el periodo helenístico.

Es difícil evaluar la situación en Creta en este momento, pero parece que los dos líderes citados debieron de tener un importante apoyo, incluidas la mayoría de las ciudades principales, que estaban controladas por aristocracias. Los líderes cretenses Aristión, Lástenes y Panares eran, muy probablemente, aristócratas de las principales comunidades, y los tres estaban asociados de una manera u otra con Cidonia. Esta ciudad parece haber sido el foco principal de la resistencia cretense a los romanos.

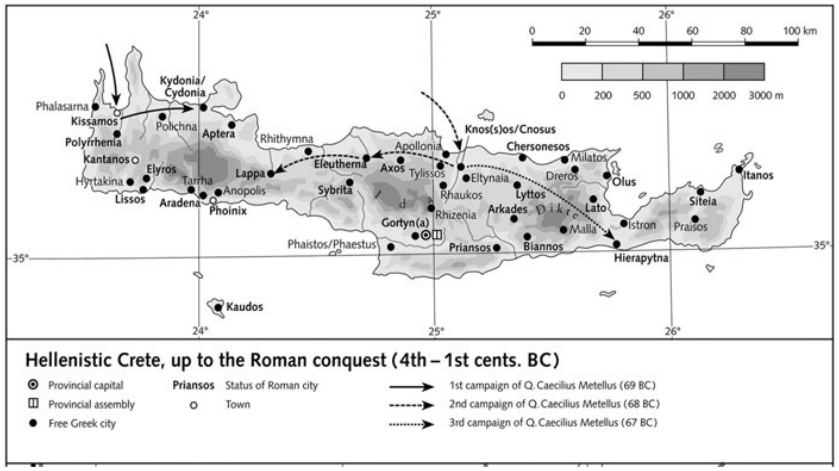

Figura 109. Campañas de Quinto Cecilio Metelo en Creta. Tomado de Der Neue Pauly. Enzyklopädie der Antike,

Band 6 (IUL-LEE), p. 931.

A través de Flegón de Trales, conocemos que Metelo tenía el mando de tres legiones. Aparte del mencionado Flaco, conocemos a algunos de sus oficiales: Cayo Licinio Sacerdote (pr. 75 a. C.), antiguo gobernador de Sicilia; Cneo Plancio (aed. 54 a. C.) (aunque parece que intervino como simple soldado); y Lucio (quizás en realidad Lucilio) Baso, que comandaba la flota (lo cual tampoco está claro).

La guerra, que tuvo como escenario la isla, fue ardua y prolongada, y se convirtió esencialmente en una serie de asedios. Por las descripciones conservadas, Metelo comenzó asegurando la parte occidental de la zona de operaciones y luego avanzó hacia el este, persiguiendo a los enemigos que huían y sitiando aquellos lugares que albergaban a estos u ofrecían resistencia. La invasión se centró, principalmente, en someter a las ciudades-Estado en la mitad norte de la isla. El conflicto ocupó los años 68-66 a. C. (otros estudiosos apoyan una datación correspondiente a los años 69-67 a. C., como figura en el mapa adjunto) para estos eventos.

De esta forma, Metelo procedería desde la esquina noroeste de la

isla hasta Cidonia (Chania) en el año 68 a. C.; sería en este momento cuando se destruyó el puerto de Falasarna, del que hemos hablado anteriormente en otro capítulo. El comandante romano se enfrentó con Lástenes cerca de la ciudad de Cidonia, al que derrotó, quizás en la única batalla campal conocida. Lástenes se refugió en Cnosos, mientras que Panares abrió las puertas de Cidonia a Metelo. Por otro lado, Aristión, por lo demás desconocido, abandonó Cidonia y se enfrentó a Baso en una batalla, al parecer naval, junto a Hierapitna, al que derrotó, aunque luego tuvo que abandonar esta ciudad.

Posteriormente, Metelo atacaría el centro de la isla, de modo que Cnosos caería tras un sitio en el año 67 a. C. Lástenes quemó la casa donde había acumulado sus tesoros y luego volvió a huir. Los romanos prosiguieron en dirección oeste con el objetivo de tomar Eleuterna y Lappa, seguidos por una marcha, en 66 a. C., en dirección contraria, hacia Licto, que tomaron por asalto, para luego alcanzar la costa meridional en Hierapitna, aunque muchos de los defensores allí, incluidos los comandantes, aparentemente abandonaron la ciudad antes de que llegara el ejército de Metelo. Los barcos cretenses que transportaban a los que huían fueron destruidos por una tormenta poco después de abandonar el puerto.

Se desconoce el número exacto de ciudades cretenses que tomó Metelo. Floro afirmó que Metelo «devastó a sangre y fuego toda la isla, los redujo al interior de sus fortalezas y urbes». Una de las pocas noticias detalladas es la siguiente, procedente de Dion Casio:

Entre los muchos lugares donde Metelo ejerció su saña se encuentra la ciudad de Eleuterna, a la que capturó por medio de la traición y castigó con una contribución en metálico; efectivamente, había en ella una torre hecha de ladrillo, muy grande y muy difícil de reducir, torre a la que los traidores impregnaron de vinagre por la noche una y otra vez, de suerte que la dejaron a punto de desmoronarse (Dion Casio, Historia romana, 36, 18, 2).

Metelo aplicó una estricta política de mano dura, brutal, cruel,

tanto que los sitiados preferían suicidarse antes que caer en sus manos. Los desesperados cretenses enviaron legados a Pompeyo, a quien la lex Gabinia del año 67 a. C. invistió de poderes limitados y discrecionales, para ofrecerle la rendición de la isla. Esto supuso una dura disputa entre ambos comandantes romanos, que llegaron incluso a las manos, y que analizaremos en el siguiente capítulo.

Finalmente, Lástenes y Panares se rindieron a Metelo, quien fue proclamado imperator y, posteriormente, celebró un triunfo. En palabras de Orosio, Metelo «cambió las leyes de Minos por leyes romanas». Como observa A. Chaniotis, la conquista romana fue el punto de inflexión más significativo en la historia de Creta desde la destrucción de los palacios minoicos. Creta acabará formando con la Cirenaica una única provincia territorial, pero cuya fecha de formalización todavía es discutida por los especialistas.

La arqueología nos muestra el paso de los ejércitos romanos. Debemos recordar el caso de la ciudad de Falasarna, así como del yacimiento de Kastro, en la isla de Anticitera, en donde se encontraron rastros de destrucción, que por su datación se relacionan con la campaña de Metelo. Las fuentes documentales sugieren que Anticitera estuvo muy involucrada en la piratería. La isla no fue repoblada hasta la Antigüedad tardía.

Las inscripciones en honor de Metelo, encontradas en Atenas y Argos, muestran que sus éxitos en la pacificación del Mediterráneo fueron muy valorados en el mundo griego. Claro que también ambas ciudades estaban bajo su jurisdicción directa, como ya hemos mencionado, pues Grecia había sido temporalmente desgajada de Macedonia, para ofrecer al magistrado un territorio desde donde poder operar contra la isla de Creta.

En este sentido, hay que llamar la atención en que la ciudad cretense de Polirrenia (Polirrenia) dedicase una estatua a Metelo. Esto abre la puerta a que no todas las comunidades cretenses participaron en la lucha contra los romanos, poniéndose de su lado o manteniéndose neutrales. Polirrenia tenía una larga enemistad contra Cidonia y puede haber visto la invasión como una oportunidad para obtener una ventaja sobre su rival. I. F. Sanders ha argumentado que Metelo utilizó el puerto de Cisamo, que estaba controlado por Polirrenia, como su base en esa zona de Creta.

Otro caso parece ser la ciudad de Gortina, que fue convertida en capital de la provincia, y que pasó a ser el más próspero centro urbano de la provincia romana. Las murallas defensivas de la ciudad, construidas por primera vez en el siglo

iii

a. C., parecen haber sido ampliamente mejoradas durante la década de los años 80 a. C. Centrarse en la mitad norte de la isla significa que Gortina, una de las ciudades-Estado más grandes de la isla, fue casi ignorada por las fuerzas de Metelo.

Ni Polirrenia ni Gortina aparecen en los relatos sobre la conquista de Creta. Por el contrario, Cnosos, el rival de Gortina, sí que aparece, la cual, por cierto, se convertirá en una colonia romana en el año 36 a. C., una medida claramente punitiva, y que parece reflejar el importante papel de esta ciudad en la resistencia cretense contra los romanos.

En definitiva, la ignominia de la derrota de Antonio fue limpiada: «Obtuvo, pues, un triunfo y fue llamado Crético con más justicia que Antonio, ya que fue él quien realmente sometió a la isla», comentó Veleyo Patérculo. El triunfo de Metelo se demoró en el tiempo (hasta finales de mayo del año 62 a. C.) por su enfrentamiento con Pompeyo. Al parecer, Metelo le pidió al poeta Arquías que escribiera un poema relatando sus hazañas.

Como su pariente Metelo «Baleárico», Metelo al parecer estableció algunos de sus soldados como colonos en la isla. Una cita de César, en la que menciona las fuerzas de las que disponía su rival Pompeyo en el año 48 a. C., habla de que, de las nueve legiones a su disposición, «una reclutada en Creta y Macedonia, compuesta de soldados veteranos, que, licenciados por sus anteriores generales, se habían establecido en estas provincias». En el caso de Creta, esto únicamente puede referirse a Metelo. Sea como fuere, entre las fuerzas auxiliares de Pompeyo también se encontraban arqueros cretenses.

Capítulo VIII

La campaña de Pompeyo y el «fin» de la piratería

Como hemos podido observar, la piratería cilicia parece que fue in crescendo durante todo el primer tercio del siglo

i

a. C. No solo había inseguridad en el mar, sino también en las costas e incluso en el interior, pues ya los piratas asaltaban tierra adentro, ante la pasividad o la imposibilidad de las autoridades de frenar sus actividades. Si bien hemos visto que los romanos efectuaron diversas campañas contra los piratas, algunas de estas operaciones parecen ser más de tinte imperialista que no de buscar resolver el grave problema que planteaba la piratería. Pero, en un momento dado, la situación se volvió ciertamente difícil.

POMPEYO

Roma estaba pasando por un momento bastante difícil. Los piratas esparcidos por todo el Mediterráneo estaban perjudicando gravemente el comercio, los negocios y el transporte de mercancías, lo cual dificultaba e impedía actividades tan esenciales como la importación de trigo y el abastecimiento de los ejércitos. Testimonio de ello es la relatada campaña de Marco Antonio (pr. 74 a. C.), un intento de responder a estos problemas.

Cicerón, en su Defensa de la lex Manilia (66 a. C.), por la que se defendía conceder a Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.) el mando supremo sobre los ejércitos de las provincias de Asia, Bitinia y Cilicia, sin limitación alguna de tiempo, con objeto de acabar por fin con el conflicto iniciado por el rey póntico Mitrídates VI, dentro

del marco de la Tercera Guerra Mitridática (74-63 a. C.), nos ofrece una descripción (sin duda exagerada) sobre la situación creada por la piratería:

Testigos son finalmente todas las regiones, todos los pueblos y naciones de la tierra y, en fin, todos los mares, así ellos en su conjunto como todas las ensenadas y puertos que se hallan en cada una de sus costas. Pues ¿qué paraje, en todo el mar, tenía entonces una defensa tan firme que pudiera estar seguro o se hallaba tan retirado que quedara oculto? ¿Quién se confiaba al mar que no arriesgara su vida o su libertad si, al navegar, lo hacía afrontando las tempestades del invierno o con un mar infestado de piratas? ¿Quién jamás pensaría que a esta guerra tan atroz, tan deshonrosa, tan antigua, tan ampliamente extendida y propagada podían ponerle fin o todos los generales en un solo año o un solo general en todos los años de su vida?

¿Qué provincia tuvisteis durante estos años al abrigo de los piratas? ¿Qué tributo os llegó seguro? ¿A qué aliado pudisteis defender? ¿A quién sirvió de defensa vuestra armada? ¿Qué número de islas os pensáis que han sido abandonadas? ¿Cuántas ciudades de nuestros aliados, o dejadas por miedo o caídas en poder de los piratas? Mas ¿para qué recordar hechos ocurridos tan lejos? Fue, sí, en otro tiempo algo propio del pueblo romano hacer la guerra lejos de su patria y poner los baluartes del imperio en defensa de los bienes de los aliados, no de su propio suelo. ¿Tendré que decir que en estos últimos años el mar estuvo cerrado a nuestros aliados, cuando nuestros ejércitos jamás pasaron de Brundisio si no es en lo más crudo del invierno? ¿Habré de deplorar que los embajadores que nos enviaban las naciones extranjeras fueron hechos prisioneros cuando fue menester rescatar a los enviados romanos? ¿Diré que el mar no ofrecía seguridad a nuestros mercaderes cuando doce fasces cayeron en poder de los piratas?

¿Tendré que recordar que fueron tomadas las nobilísimas ciudades de Cnido, Colofón o Samos y muchísimas otras, cuando sabéis que vuestros puertos (los mismos por donde importáis la subsistencia y la vida) estuvieron en poder de los piratas? ¿O es que ignoráis que el puerto de Caieta, tan concurrido y tan lleno de embarcaciones,

fue saqueado por los piratas a la vista de un pretor, y que de las cercanías de Miseno los piratas se llevaron a los hijos de un magistrado que antes había guerreado contra ellos? ¿Y para qué voy a lamentar el desastre sufrido junto a la ciudad de Ostia (y que fue también una vergüenza y una ignominia para la república) cuando, casi a vuestra vista, una armada, cuyo mando se había confiado a un cónsul del pueblo romano, fue apresada y hundida por los piratas? !Dioses inmortales! ¿Es posible que el valor increíble y sobrehumano de un solo hombre haya podido en tan poco tiempo proporcionar a la república una claridad tan espléndida que vosotros, que no ha mucho veíais la flota enemiga ante la desembocadura del Tíber, oís decir ahora que ya no se ve nave pirata alguna puertas adentro del océano? (Cicerón, En defensa de la ley Manilia, 11-12, 31-33).

Había que tomar una decisión. Y esta fue encargar a Pompeyo que efectuara una campaña para limpiar el Mediterráneo de piratas. Afortunadamente, se ha podido conservar todo el trasfondo político de la aprobación de la ley que otorgó a Pompeyo tal misión, una de las rarezas de la historia romana.

Al finalizar su consulado del año 70 a. C., Pompeyo (como su colega Lucio Licinio Craso, el vencedor de Espartaco) rechazó un Gobierno provincial, a la espera de una mejor oportunidad para sus intereses, es decir, la concesión de un nuevo mando extraordinario, un sistema con el había ido consolidando su poder en el mundo romano desde inicios de su carrera, en la primera guerra civil (88-81 a. C.). El obvio teatro de operaciones en este momento era Anatolia, donde Lúculo estaba comprometido en la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), pero, para el año 69 a. C., la situación no estaba todavía madura para intentar sustituir a Lúculo.

Figura 110. Busto de Pompeyo el Grande en el Museo Arqueológico Nacional de Venecia. Copia de época augústea de un original de la

década de los años 60 a. C. (Wikimedia Commons).

En julio del año 68 a. C., Pompeyo tuvo cierto éxito cuando Cayo Cornelio y su íntimo partidario Aulo Gabinio (cos. 58 a. C.) fueron elegidos a la magistratura del tribunado de la plebe. Con estas perspectivas, podía maniobrar para conseguir asegurarse el año siguiente un mando extraordinario contra la piratería. Tal parece que fue su confianza, que Pompeyo comenzó a concebir su estrategia militar y seleccionar a sus hombres de antemano para el momento en que tuviera que poner en práctica su plan. Adquirió toda la información actualizada que le fue posible acerca del número y tácticas utilizadas por los piratas, así como de la situación de sus fondeaderos, sus fortalezas principales, las ciudades que cooperaban con ellos y de los problemas planteados al dirigir operaciones navales a lo largo de la costa. También era necesario tener un conocimiento marítimo preciso de las zonas objetivo, conocer los vientos dominantes, las corrientes principales, etc.

LA LEX GABINIA

A principios del año 67 a. C., el tribuno Gabinio anunció su propuesta a favor de otorgar un nuevo mando extraordinario a Pompeyo. Consciente de que encontraría una férrea oposición en el Senado, controlado por los enemigos de Pompeyo, decidió dejar de lado este órgano y presentó directamente su iniciativa a la asamblea del pueblo romano. Si lograba salir airoso, significaría la defunción de las reformas políticas silanas.

Gabinio, en la primera asamblea, presentó su proyecto en términos generales de manera deliberada. El pueblo debía escoger entre los consulares un general existente para tomar el mando contra la piratería de una manera global. Su mando debía durar tres años y su esfera de operaciones debía abarcar todo el mar Mediterráneo y el mar Negro, es decir, desde las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar), así como toda la costa, hasta una distancia de

cuatrocientos estadios (treinta kilómetros) tierra adentro. Tendría el poder de nombrar quince legados y disponer de todo el dinero que necesitara de la tesorería pública, así como de los fondos de los publicanos en las provincias. Podría reunir una gran flota y formar un ejército tan grande como fuera necesario, y su autoridad (imperium) en las provincias tendría que ser igual a la de los gobernadores provinciales. De hecho, se ha considerado que, tras esta ley, aparece el primer imperator del mundo romano, como las propias fuentes indicaron:

[…] Se encomendaba a Cneo Pompeyo una misión de castigo contra ellos [los piratas], con la condición de tener una autoridad semejante a la de los procónsules en todas las provincias hasta cincuenta millas desde la costa tierra adentro. Esta ley confiaba prácticamente toda la autoridad sobre el mundo entero a un solo hombre; aunque también esto mismo se había decretado siete años antes en la pretura de Marco Antonio (Veleyo Patérculo, Historia romana, 2, 31, 2-3).

La propuesta de ley no mencionaba a Pompeyo por su nombre, pero era obvio que, si se aprobaba, sería nombrado por petición popular, como así fue, de manera entusiasta. El Senado, tuviera Gabinio o no intención de exponer allí su propuesta, la debatió de forma inmediata. Por supuesto, su actitud fue muy diferente a la del pueblo, pues la oposición de los senadores era casi universal, ya fuese por miedo a que se convirtiera en un nuevo Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), que se hizo famoso por sus proscripciones durante la primera guerra civil, o por simple y pura envidia:

Pero, a veces, la actuación de un hombre suscita o aplaca envidias en la medida en que resulta perjudicial con su ejemplo. Respecto de Antonio, los ciudadanos lo soportaron de buen grado, pues poco se le envidiaba por unas magistraturas, cuya violencia no era de temer. Por el contrario, los hombres recelan de unos poderes extraordinarios en aquellos que parece que van a cederlos o a

mantenerlos a su arbitrio y cuya moderación depende de su voluntad. El partido aristocrático mostraba su desacuerdo, pero sus razones fueron doblegadas por el entusiasmo general (Veleyo Patérculo, Historia romana, 2, 31, 4).

Se ha conservado el recuerdo de que, de todos los senadores presentes en aquella sesión, solo César habló a favor, ya que tenía buenas razones para ello, pues ya hemos visto cómo fue secuestrado por los piratas. Pero no parece creíble que este fuese el único en apoyar la resolución. Si bien no debe dudarse de que César estaba a favor de la iniciativa, su sola mención simplemente pretendía poner énfasis en su posterior enfrentamiento con Pompeyo. Sin duda, la propuesta a favor de Gabinio debió de ser apoyada por senadores poco importantes, pero solo se ha conservado en el recuerdo la participación activa de César. De aquí, la simplificación de que fue este el único que estuvo de acuerdo con el proyecto de ley.

Por supuesto, nada podía hacer calmar la envidia y el miedo que corría entre las filas de los optimates. Gabinio fue atacado por todos lados. Quinto Hortensio Hórtalo (cos. 69 a. C.) se destacó al hablar largo y tendido contra el proyecto de ley, y repitió los mismos argumentos cuando se presentó delante de la asamblea del pueblo. Sus ideas eran claras y concisas: si se concedía tal poder a un solo hombre, entonces Pompeyo era el más digno de entre todos, pero en interés de la seguridad de la república no se debía hacer ninguna concesión de esta índole.

Gabinio no solo fue atacado de palabra, sino también físicamente, y tuvo suerte de salir del Senado sin ser linchado. No tardó en informar al pueblo expectante sobre lo sucedido, y este, enfurecido ante lo ocurrido, atacó la sede del Senado. Los senadores pudieron huir, pero los sediciosos se apoderaron del cónsul Cayo Calpurnio Pisón, que había amenazado de muerte a Pompeyo. Ironías de la vida, Gabinio tuvo que suplicar para salvar la vida de Pisón.

Por supuesto, la partida no había acabado. Si Pompeyo había utilizado estratagemas de hacía más de cincuenta años, los optimates no se quedaron a la zaga. Así pues, optaron por la misma táctica que utilizaron contra Graco (tr. pl. 133 a. C.), es decir,

enfrentar a un tribuno contra otro tribuno. Para esta tarea, encontraron a dos hombres: Lucio Trebelio y Lucio Roscio Otón (pr. ¿63 a. C.?), quienes estaban dispuestos a correr el riesgo de oponerse a Gabinio. Cuando una segunda propuesta de ley fue presentada para su aprobación ante la asamblea del pueblo, con objeto de otorgar a Pompeyo el mando contra los piratas, ambos personajes se pusieron manos a la obra para detenerla, pero fue en vano.

Cuando se celebró la segunda asamblea, Gabinio llamó a participar al propio Pompeyo para que se dirigiera al pueblo. En su discurso, Pompeyo pidió, como era habitual de cara al público, no pasar de nuevo los rigores de una gran guerra y proclamó su aversión a incurrir en la envidia que tal propuesta podría acarrearle. Eso sí, enumeró sus éxitos en Sicilia, África e Hispania, aunque señalando que ya había hecho bastante por la república, y tuvo la suficiente ironía de manifestar que no sería difícil encontrar a otro comandante para esta misión.

Pompeyo, después de hacer pública la negación de su propia ambición, dejó a Gabinio y al pueblo que le convencieran de lo contrario. Por supuesto, no fue nada difícil. Gabinio interpretó perfectamente su papel: alabó la modestia de Pompeyo, pero mantuvo que los intereses del Estado debían estar por encima de los intereses de un hombre, y que la actual crisis exigía al «más grande general de Roma».

Tan seguro estaba Gabinio de la victoria que llamó al líder optimate Quinto Lutacio Cátulo (cos. 78 a. C.) a opinar sobre el proyecto de ley antes de que se procediera a la votación. La esperanza de Gabinio residía en que el miedo a los tribunos obligara ahora a Cátulo a apoyarlo, aunque fuese de mala gana, y que el resto del Senado lo seguiría. Fue un grave error.

La autoridad de la que disfrutaba Cátulo era suficiente para ganarse a la audiencia, y reiteró las típicas objeciones optimates en contra de un mando extraordinario: el peligro de otorgar demasiado poder a un solo hombre, a la vez que quebrantar la maquinaria constitucional mediante la cual se limitaba el poder debido a la existencia de un gran número de magistrados electos.

Mucho más interesante, como último recurso, Cátulo formuló una pregunta: «En el caso de que vosotros persistáis en poner toda vuestra confianza únicamente en Pompeyo, si este os fuera arrebatado por un accidente imprevisto, ¿en quién pondríais vuestras esperanzas?». La réplica del pueblo fue unánime: «En ti». Después del discurso de Cátulo, vino una alocución de Hortensio en el mismo sentido.

Al día siguiente, Gabinio propuso la celebración de la votación de su propuesta, que fue aprobada. Pompeyo, como si la cosa no fuera con él, y manteniendo las formas de cara al exterior, se trasladó a su casa rural durante el día de votación, para evitar cualquier sospecha de haber influido con su presencia en la intención de voto. A su vuelta, aceptó, cómo no, de forma patriótica el mando que se le había ofrecido.

La ley aprobada no fue exactamente la primera propuesta efectuada por Gabinio, pues existen discrepancias entre ambas. Uno de los temas de interés es de qué tipo fue el imperium de Pompeyo, en vistas de su relación con los gobernadores provinciales, si maius o aequum. Las fuentes son contradictorias en este punto.

La lex Gabinia ocupó un puesto muy singular en el panorama legislativo romano, porque, a pesar de su contenido inmediato, centrado en la guerra contra los piratas, constituye, aun no siendo la primera sobre esta, el máximo exponente de creación de mandos extraordinarios, que caracterizaron los últimos años de la república, sentando las bases políticas y jurídicas del posterior poder de Augusto.

Pompeyo se iba a encontrar ahora al mando de la mayor fuerza combinada que Roma había puesto en marcha durante su historia, y con mayor autoridad sobre la política exterior que cualquier otro político de su tiempo, a excepción de Sila.

No perdió el tiempo. Nuestro hombre aprovechó las restantes semanas del invierno en movilizar tropas y naves, algo que ya tenía planeado sobre el papel. La fuerza militar que se le había votado estaba constituida por quinientos barcos, ciento veinte mil soldados de infantería (equivalentes a veinte legiones) y cinco (o cuatro) mil jinetes, más veinticuatro legados de rango pretorio y dos cuestores,

así como una suma de seis mil talentos a su disposición. Además, podía efectuar requerimientos a reyes, jefes, pueblos y ciudades aliadas, como la lex de provinciis praetoriis del año 100 a. C. Desde luego, esta fuerza era más que suficiente para salir con éxito de la tarea encomendada, pero este impresionante ejército era puramente teórico. El total de la flota en realidad no parece haber excedido de doscientas setenta naves.

La libertad para escoger a sus legados permitió a Pompeyo, por primera vez, tener una oportunidad real de patronazgo, que fue utilizada para saldar viejas deudas y tratar de crear nuevas obligaciones. Llama la atención que de la nómina de legados conocidos no aparezca nadie de lo que se ha llegado a denominar el «núcleo duro» de los partidarios de Pompeyo, militares procedentes del Piceno, como su «eterno lugarteniente» Lucio Afranio (cos. 60 a. C.). Pompeyo estaba más interesado en aprovechar la oportunidad de establecer relaciones con importantes personajes de la vida política romana. En cualquier caso, Pompeyo ya había decidido que su plan de batalla contra los piratas no requería hombres de gran experiencia militar.

PREPARATIVOS

A principios de primavera, aun antes incluso de que el tiempo fuera considerado conveniente para navegar, Pompeyo se puso inmediatamente manos a la obra. Como los piratas controlaban gran parte del Mediterráneo, era necesario, para llevar a cabo una acción eficaz, efectuar una cooperación entre varias flotas, por lo que era inútil concentrar el ataque en una sola área. El fracaso de este planteamiento se manifestó en la falta de éxito para erradicar la piratería de Publio Servilio Vatia (cos. 79 a. C.) en Licia y Panfilia, y de Quinto Cecilio Metelo (cos. 69 a. C.) en Creta, a pesar de sus más que evidentes victorias militares.

Por tanto, era esencial mantener a los piratas divididos. Debía evitarse que unas flotas vinieran a ayudar a otras, y prevenir que se refugiaran entre los numerosos promontorios y ensenadas de la

costa. En estos parajes, cualquier navío podía esconderse de manera efectiva de los barcos de guerra que los estuvieran buscando, y las tripulaciones habrían podido resistir indefinidamente en los muchos e inexpugnables fuertes ubicados en los promontorios o en las laderas de las montañas.

La estrategia de Pompeyo era asombrosamente simple en su concepto, y fue brillantemente ejecutada. La gran ventaja de los piratas era su movilidad y, para atajarla, Pompeyo dividió el mar Mediterráneo (junto con el mar Negro), alrededor de veinticuatro mil kilómetros de costas, en trece áreas, cada una bajo el mando de uno de sus legados. Algunos investigadores han afirmado que hubo tantas áreas como legados, pero esto no es cierto.

Cada legado tenía a su disposición una flotilla de barcos y alguna fuerza de infantería y de caballería. Su misión era patrullar su zona asignada tanto por tierra como por mar, y atacar los puntos fuertes y anclajes, interceptar cualquier navío pirata que entrara en su sector e impedir su salida. Cualquier pirata que estuviera dentro de un puerto sería bloqueado por mar hasta que las tropas llegasen por tierra o intentara forzar el bloqueo. Si pudiera conseguir escapar, entraba forzosamente en otro sector patrullado, y vuelta a empezar. De esta forma, para los piratas, el mar, que había sido una fuente ilimitada de botín, se había transformado en un ambiente hostil. Ya no se podría contar con un puerto seguro, ni poder confiar en la ayuda prestada por sus camaradas.

He aquí el dispositivo según la descripción de Floro:

Este [Pompeyo], con el deseo de extinguir de una vez y para siempre aquella peste propagada por todo el mar, inició el ataque con preparativos casi sobrehumanos. Puesto que disponía sobradamente de naves, las propias y las de los aliados rodios, controló los dos estrechos del Ponto y el océano con múltiples legados y prefectos. Gelio fue puesto al frente del mar Tirreno; Plocio, del Síciulo; Acilio bloqueó el golfo de Liguria; Pomponio, el de la Galia; Torcuato, el de Baleares; Tiberio Nerón, el estrecho Gaditano, donde se abre la primera puerta a nuestro mar; Léntulo Marcelo, el de Libia; los jóvenes Pompeyos, el de Egipto; Terencio

Varrón, el Adriático; Metelo, el Egeo, el Póntico y el Panfilio; Cepión, el asiático; Porcio Catón obstruyó con sus naves alineadas enfrente, cual con un portón, las embocaduras mismas de la Propóntide. De esta forma, lo que los piratas poseían en todos los puertos marítimos, golfos, cuevas, refugios, promontorios, estrechos y penínsulas quedó encerrado en una especie de red y arrasado (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 41, 7-11).

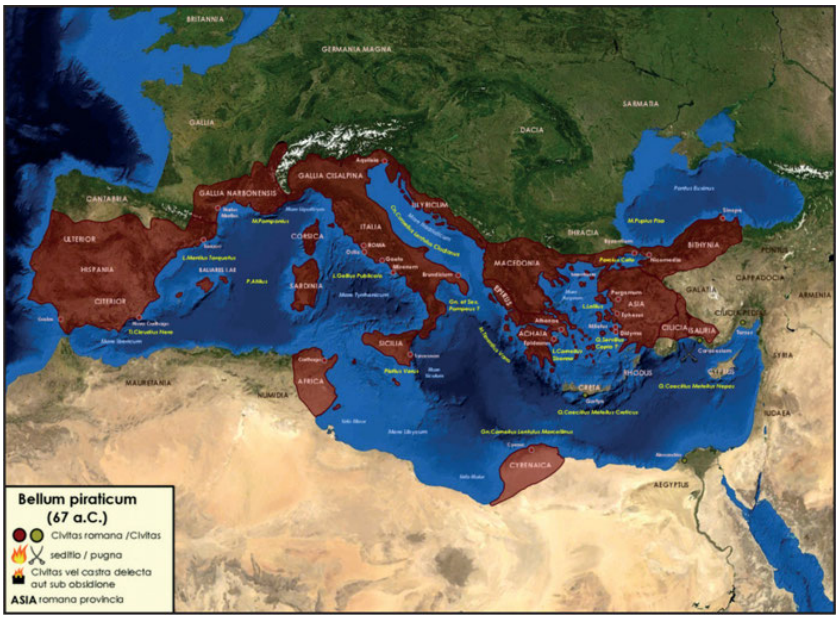

Figura 111. El Bellum Piraticum de Pompeyo Magno, año 67 a. C. (Wikimedia Commons).

La primera preocupación de Pompeyo fue la de conseguir que los barcos de transporte de trigo navegaran de nuevo a Ostia, el puerto de Roma. Su plan pasaba por proteger las provincias de Sicilia, África y Sardinia; una vez garantizado el suministro de trigo, el procónsul emprendería una ofensiva naval y terrestre contra las bases de los piratas. De esta forma:

Aquellos que se anticiparon a separarse y a escapar se dirigieron desde todas partes hacia Cilicia, como abejas que buscan refugio en su colmena. Para combatirlos, Pompeyo se puso en marcha con sus sesenta mejores naves. Sin embargo, no zarpó contra ellos sin antes haber limpiado por completo de piratas el mar Tirreno y los mares de Libia, Cerdeña, Córcega y Sicilia, tarea que realizó en un total de cuarenta días gracias a su infatigable energía y a la diligencia de sus legados (Plutarco, Vida de Pompeyo, 26, 6-7).

La confianza popular en su persona era tan grande que el día de su elección el precio del pan cayó.

El mismo día en que vosotros lo pusisteis al frente de la guerra naval, gracias a las esperanzas que despertaba su nombre, se produjo de repente tanta bajada en los precios, después de la suma penuria y extrema carestía que se padecía, cuanta apenas hubiera podido proporcionar la más rica cosecha en medio de una paz duradera (Cicerón, En defensa de la ley Manilia, 15, 44).

En realidad, como indica Cl. Sintes, este fenómeno podría parecer paradójico, pero se puede explicar fácilmente debido al fenómeno de la especulación. Durante todo el tiempo en que los barcos mercantes cargados de cereales llegaban en pequeño número, esporádicamente, sin garantía de abastecimiento, los ricos comerciantes almacenaban en sus graneros el cereal disponible y luego esperaban a que la demanda fuera máxima para sacarlo a la venta a un precio exorbitante. Debido a que el Gobierno romano estaba decidido a poner fin a esta situación y que pronto la llegada de cereales volvería a la normalidad, los especuladores no querían acabar con grandes stocks que fueran difíciles de colocar. Esta situación contrastaba tanto con las privaciones que se acababan de sufrir, que el pueblo podría creer, con razón, que la guerra había terminado antes de que comenzara.

LA CAMPAÑA CONTRA LOS PIRATAS

Pompeyo disponía de una flota propia, diferente de la de sus legados, compuesta por sesenta naves, que servía como escoba. En primer lugar, se dirigió a Sicilia, en cuyas aguas se encontraba la flotilla de Aulo Plotio Varo (pr. 51 a. C.). Desde allí, cruzó el mar hasta la costa de África, y luego se dirigió hacia el norte para encontrarse con la flotilla de Publio Atilio, que tenía la misión de patrullar las costas de las islas de Córcega y Cerdeña. De esta forma, las aguas que circundaban las tres mayores áreas de producción de cereales fueron limpiadas de piratas. Esta táctica ni era la primera vez que se empleaba ni iba a ser la última.

Seguidamente, Pompeyo se dirigió hacia el oeste, hacia la Hispania ulterior, donde se encontraba la flotilla de Tiberio Claudio Nerón (vir pr.), que vigilaba el área entorno al estrecho de Gibraltar; luego prosiguió por la costa de la Hispania citerior, donde estaba situada la escuadra de Lucio Manlio Torcuato (cos. 65 a. C.), centrada en el mar Baleárico; y, finalmente, la Galia, en donde estaban situados los barcos bajo las órdenes de Marco Pomponio.

Las operaciones combinadas de la flota móvil de Pompeyo con las fuerzas estacionarias de sus legados tuvieron un éxito completo. En cuarenta días, toda la parte occidental del Mediterráneo había quedado limpia de piratas. Algunas fuentes, como Floro y Livio, aplican este plazo de tiempo a toda la campaña, lo que no es cierto. No se tienen noticias de operaciones individuales, pero todo parece indicar que se efectuaron sin ninguna dificultad particular y con pocas bajas por parte del lado romano.

Solo en la Galia transalpina Pompeyo encontró seria oposición, pero no precisamente de los piratas, como sería de suponer, sino del cónsul Pisón, quien, como gobernador designado de la provincia, había llevado su enfrentamiento personal con Pompeyo al punto de interferir en sus esfuerzos en el reclutamiento de tropas. Las enemistades personales entre los dirigentes romanos no auguraban para el futuro buenas perspectivas, por lo que, tarde o temprano, el

fantasma de la guerra civil volvería a hacer su aparición.

Pompeyo navegó hasta la costa oriental de Italia, en donde se encontraba patrullando la flotilla de Lucio Gelio Poblícola (cos. 70 a. C.), y desembarcó en Etruria, para dirigirse por tierra a Roma, mientras envió su flota a Brundisio. En Roma, Pompeyo encontró que Gabinio ya estaba tomando medidas para frenar a Pisón, y tenía la intención de presentar un proyecto de ley para deponerlo de su magistratura. Pompeyo refrenó a su tribuno de tomar tan drástica medida, pero, a cambio, debió de obtener de Pisón que finalizara sus sabotajes.

Para Pompeyo, la parte más difícil de la tarea estaba por hacer. En el Mediterráneo oriental se situaban la mayor parte de las fortalezas piratas, así como de sus recursos. Durante su estancia en la parte occidental, sus legados habían efectuado su trabajo a la perfección. El famoso erudito Lucio Terencio Varrón (pr. 60 a. C.), que tenía la posición clave al patrullar con su flotilla desde el estrecho de Otranto hasta la isla de Creta, es decir, el mar Jónico, y Cneo Cornelio Léntulo Marcelino (cos. 56 a. C.), cuya vigilancia se extendía a lo largo de la mayor parte de la costa del continente africano, es decir, el mar Líbico, habían demostrado ser una barrera efectiva entre las dos mitades del Mediterráneo.

La actuación de Varrón como obstáculo en el estrecho de Otranto había atrapado, asimismo, a los piratas de la costa iliria del mar Adriático, y que estaban siendo tratados de forma separada por la flotilla a las órdenes de Cneo Cornelio Léntulo Clodiano (cos. 70 a.C). Por estos servicios, Varrón fue condecorado por Pompeyo con la codiciada corona rostrata. Posiblemente, este legado fuera el organizador del dispositivo aplicado por Pompeyo, o uno de sus consejeros principales, causa por la cual recibió este inmenso honor.

Otros sectores navales de Oriente fueron los de Lucio Lolio, que patrullaba la costa oriental del mar Egeo desde el Helesponto hasta Rodas; Marco Pupio Pisón Frugi Calpurniano (cos. 61 a. C.) tenía a su cargo la Propóntide y el estrecho del Bósforo, mientras el historiador Lucio Cornelio Sisena (pr. 78 a. C.) se encargaba de la costa occidental del mar Egeo en Macedonia y Grecia. Como puede apreciarse, la intrincada geografía del mar Egeo, con sus innumerables islas y su importante tráfico marítimo, hacía necesaria

la intervención de dos flotillas.

Floro señaló que Catón de Útica (Marco Porcio Catón, pr. 54 a. C.) participó en la campaña contra los piratas como legado de Pompeyo, pero esto no es cierto. Catón estaba sirviendo en este tiempo en Macedonia como tribuno de los soldados bajo las órdenes del propretor Rubrio, gobernador de la provincia.

El mar frente a las costas de Egipto estaba patrullado por la flotilla de los Pompeii iuvenes. Se ha considerado que estos eran los hijos de Pompeyo, Cneo Pompeyo hijo y Sexto Pompeyo (también se ha dicho que estarían a las órdenes de Clodiano), y que esta sería su primera experiencia militar. A pesar de lo atractivo de esta reconstrucción, no es ni mucho menos correcta: los Pompeii iuvenes fueron, en realidad, Aulo y Sexto Pompeyo, hermanos de Quinto Pompeyo Bitínico, muy lejanos parientes de Pompeyo.

De todo el dispositivo pompeyano, la costa de Cilicia era la única que no había sido bloqueada de forma activa. La Cilicia Traquea, pobre y montañosa, era, de hecho, una región independiente, y se había convertido en la principal sede de los piratas. Por el contrario, la Cilicia Pedias se encontraba en manos de Filipo II Filorromano.

Quinto Cecilio Metelo Nepote (cos. 57 a. C.), cuñado de Pompeyo, tenía instrucciones de patrullar únicamente las costas de Licia, Panfilia, Chipre y Fenicia. La estrategia que seguir era permitir que los piratas que no se rendían o no eran capturados pudieran escapar a este único desguardado refugio. Ni que decir tiene qué es lo que estos hicieron, pues no tenían otra salida, y además sus fortalezas principales y sus depósitos estaban precisamente situados en Cilicia. Pompeyo planeó lanzar aquí un único ataque a gran escala, al haber conseguido sus legados concentrar a los piratas supervivientes en un solo lugar, que se iba a convertir para ellos en una trampa.

Pompeyo embarcó en Brundisio, y se dirigió a Atenas, en donde hizo una breve escala, y en donde pudo comprobar los efectos entusiastas de la población por su magnífica planificación estratégica. En Atenas, Pompeyo, después de ofrecer sacrificios y dirigirse a la población de la ciudad, pudo leer algunos grafitis en su honor, uno en el interior de la puerta de la ciudad: «Más que tú

sabes que eres un hombre, mas tú te vuelves dios», y otra en el exterior de esta: «Nosotros te esperábamos, nosotros te hemos adorado, nosotros te hemos visto, nosotros te despedimos». Las frases per se no necesitan más comentarios.

Posteriormente, se dirigió a la importante ciudad de Rodas, mientras se iban reuniendo las flotas de los aliados que habían sido instruidas a juntarse en estos dos puertos. La lucha contra la piratería en época anterior a la de Pompeyo había estado confiada a las flotas aliadas, siendo la más importante la de Rodas, que jugó un importante papel en todos los conflictos militares del Mediterráneo oriental durante los siglos II y I a. C., como ya hemos visto. Pero esta política solo podía ofrecer resultados parciales, como ya había mostrado la propia Roma.

En Rodas, Pompeyo aprovechó la oportunidad de renovar su amistad con el filósofo Posidonio de Apamea, y asistió a uno de sus coloquios. Al despedirse del gran filósofo, Pompeyo le preguntó si tenía algún consejo que darle, y este le respondió con una cita de la Iliada de Homero: «Siempre sé el mejor y el preeminente sobre todos los demás». Una confirmación de la filosofía existencialista de Pompeyo.

Ante los amplios preparativos militares de Pompeyo, los piratas comenzaron a rendirse en masa, junto con sus mujeres y sus hijos. De esta forma, Pompeyo pudo así obtenerse valiosa información acerca de los escondrijos secretos de la costa cilicia, y poder así preparar de forma detallada su plan con objeto de dar el golpe final. Pompeyo equipó a sus fuerzas terrestres con un elaborado tren de asedio, al anticipar una prolongada resistencia. Pero su propia reputación y su tratamiento misericordioso con los piratas que se habían sometido demostraron ser su arma más poderosa.

Por desgracia, los detalles finales de la campaña son desconocidos. Se capturaron y destruyeron muchas fortalezas, pero fue mucho mayor el número de las que se rindieron. Entre ellas, se encontraban, según Apiano, sus mayores bastiones: Crago y Anticrago. Ha habido cierta confusión con la identificación de estos dos topónimos, ya que Crago es, a la vez, una montaña y una ciudad (en ella) tanto en Licia como en Cilicia. En nuestro caso, se trata del último caso, que en la actualidad se identifica con las

ruinas de Antioquía del Crago (Güneyköy). Este lugar ha sido excavado y ha revelado pocos restos, lo que no sorprende dada la naturaleza transitoria de la actividad pirata. No era probable que los edificios se construyeran con piedra duradera, sino que se construirían con materiales más perecederos, como la madera, que naturalmente dejarían huellas menos visibles. Posteriormente, el lugar sería refundado con el nombre de Antioquía del Crago por el rey Antíoco IV de Comagene (38-72 d. C.). Por otro lado, Anticrago se identifica con el promontorio que se adentra en el mar alrededor de un kilómetro al oeste de Crago.

Figura 112. Vista de la colina del castillo de Antioquía del Crago (Wikimedia Commons).

De esta forma, Pompeyo recibió la entrega de muchas armas, unas ya acabadas y otras en vías de fabricación, naves, algunas de las cuales todavía estaban en los astilleros a medio construir y otras

que se encontraban navegando, bronce y hierro, reunidos para la fabricación de todo lo anterior, telas de lino, cables y madera de distintas clases. A su vez, recibió una gran cantidad de prisioneros que habían hecho los piratas, unos en espera de ser liberados a cambio de un rescate, y otros encadenados a sus respectivos trabajos. Pompeyo quemó la madera, se llevó las naves y envió a los cautivos de vuelta a sus patrias respectivas, muchos de los cuales se encontraron allí con sus propios cenotafios, al ser tenidos como fallecidos.

Una batalla naval tuvo lugar en la bahía de Coracesio (Alanya), donde los piratas reunieron todos sus barcos disponibles para una última acción. Pero no fue más que un montaje, pues los piratas habían comprendido que estaban completamente sobrepasados en número, y se rindieron sin mayor dificultad: arrojaron sus armas y sus remos con idéntico palmoteo en todas direcciones, señal de súplica, y pidieron clemencia. Algunos estudiosos militares sostienen que esto mismo ocurrió en la conocida batalla de Accio (31 a. C.), entre las fuerzas navales de Cayo Julio César Octaviano (cos. I 43 a. C.), posteriormente conocido como Augusto, y Marco Antonio. La única fuerza que opuso una resistencia seria al hijo adoptivo de César fue la escuadra egipcia.

Figura 113. Vista de la actual Alanya, la antigua Coracesio (Wikimedia Commons).

EL ÉXITO DE POMPEYO

Un breve asedio provocó la rendición de la fortaleza de Coracesio y el final de la guerra. Pompeyo fue saludado por sus hombres como imperator. Habían pasado cuarenta y nueve días desde que Pompeyo había partido de Brundisio, es decir, en poco más de tres meses había finalizado la guerra contra los piratas, empleando una sola estación de navegación. Apiano nos transmite las cifras de la campaña:

Así fue como la guerra contra los piratas, que se pensaba que iba a ser la más difícil, solo le duró unos pocos días a Pompeyo. Él se

apoderó, mediante captura, de setenta y una naves y de trescientas seis que le fueron entregadas en el acto de rendición, así como de unas ciento veinte ciudades, fortalezas y otras bases de operaciones. Alrededor de diez mil piratas perecieron en los combates (Apiano, Mitridática, 96).

Un éxito sin paliativos. Por su parte, Cicerón resumió de esta manera tales acontecimientos:

Y, aunque veis la rapidez con que se han realizado estas hazañas, yo, sin embargo, no debo pasarlas en silencio. Porque ¿quién alguna vez, ya sea por afán de negocios, ya por el deseo de acrecentar sus caudales, pudo en tan breve tiempo recorrer tantos países, hacer tantos viajes con la prontitud con que, a las órdenes de Pompeyo, ha recorrido los mares el ímpetu de esta guerra tan extendida? Él, sin esperar un tiempo propicio para la navegación, pasó a Sicilia por mar, visitó África, volvió de allí a Cerdeña con su flota y dotó a esos tres graneros, proveedores de la república, de fuertes guarniciones y escuadras.

Vuelto luego a Italia, una vez fortificadas las dos Hispanias y la Galia transalpina con guarniciones y con navíos, y enviadas, asimismo, naves a las costas del mar Ilírico, a Acaya y a toda Grecia, proveyó los dos mares de Italia de unas poderosísimas escuadras y de unos fortísimos destacamentos, y él, cuarenta y nueve días después de su salida de Brundisio, sometió a toda Cilicia al poder del pueblo romano. De todos los piratas que había en cualquier paraje, unos fueron apresados y muertos, otros se rindieron por entero a su dominio. Al mismo tiempo, dio a los cretenses esperanzas de que aceptaría su rendición, a la vez que les exigía rehenes, después de que ellos le habían enviado hasta Panfilia una embajada implorando su clemencia. Así es como una guerra tan decisiva, tan larga, tan ampliamente extendida y que pesaba sobre todos los pueblos y naciones, Pompeyo la preparó al final del invierno, la emprendió a comienzos de la primavera y la terminó a la mitad del estío (Cicerón, En defensa de la ley Manilia, 12, 34-35).

Un escritor del siglo

v

d. C., a la hora de hacer loa de las conquistas romanas en Oriente, resume de manera indirecta pero inequívoca la lucha contra la piratería:

Sila podrá decirte las guerras que me han costado y, si no crees a uno solo, pregunta a Lúculo. No hablo ahora de todas las Cícladas. Creta, que conquistó para mí Metelo, te obedece ahora a ti. He puesto a tu nombre la Cilicia, que Pompeyo demolió en el pasado. He añadido a Siria a los isauros, a quienes ahora gobiernas: también a estos Servilio los había sometido a nuestras armas (Sidonio Apolinar, Panegírico a Antemio, 458-464).

Sobre la «batalla» de Coracesio, Floro escribió:

Pompeyo en persona se dirigió al lugar de origen y comienzo de la guerra: Cilicia; los enemigos no rehuyeron el encuentro. Parecía que su osadía se debía no a su esperanza, sino al hecho de estar sitiados; a pesar de todo, no se atrevieron más que a soportar el primer ataque. Luego, una vez que advirtieron que nuestras naves los cercaban por doquier, tras arrojar sus armas y remos con idéntico palmoteo en todas direcciones (lo cual es señal de súplica), pidieron clemencia. Nunca disfrutamos de otra victoria tan incruenta; pero tampoco se ha encontrado otro pueblo más fiel en el futuro (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 41, 12-13).

Pompeyo debió de negociar con varios líderes piratas. Entre ellos estaría Tarcondimoto I, a quien posteriormente el triunviro Marco Antonio, en el año 39 a. C., nombró rey de gran parte de la Cilicia

Traquea, territorio que ya le concedió Pompeyo durante su reorganización de Oriente. Unos versos de Lucano parecen indicar su origen pirata:

[…] y he aquí que Tarcondimoto levantó las enseñas para abandonar a Catón. Cuando ya se escapaba llevándose la flota, Catón, siguiéndole hasta el borde de la costa, le reconvino con estas palabras: «¡Cilicio, que jamás, ay, aceptaste la paz!, ¿otra vez partes a cometer pillajes en la mar? La Fortuna acaba de arrebatar al Magno, y ya vuelves al piélago como pirata» (Lucano, Farsalia, 9, 219-225).

Sin duda, no debió de ser el único caso, pero sí el más llamativo. El templo-Estado de Olba, dirigido desde tiempos ancestrales por la dinastía de los sacerdotes teucridas, cayó en manos del pirata Zenófanes al parecer durante la década de los años 70 a. C., el cual debió de llegar a algún acuerdo con Pompeyo. En la montañosa Licaonia, fue reconocido Antipatro de Derbe, que parece haber comenzado su carrera como un jefe de bandidos. También la ciudad de Side, que tenía muchos antecedentes de tratos con los piratas, fue perdonada, por lo que dedicó grandes honores al vencedor.

Las victorias que Pompeyo Magno obtuvo en Oriente (contra los piratas y luego contra Mitrídates VI, en la última fase de la tercera guerra mitridática [74-63 a. C.]) le proporcionaron diferentes honores como estatuas para honrar su memoria e inscripciones para agradecer su ayuda y protección. En el antiguo territorio de Ilión se encontró una inscripción en la que se le agradece el haber liberado a la población de la guerra contra el rey póntico y contra los piratas:

Figura 114. La tercera guerra mitridática durante 67 a. C. (Wikimedia Commons).

El pueblo y los néoi (honran) a Cneo Pompeyo Magno, (hijo) de Cneo, imperator por tercera vez, patrón y benefactor de la ciudad, debido a su piedad hacia la diosa, que está aquí [...], y por su benevolencia hacia el pueblo, después de haber liberado a los hombres de las guerras contra los bárbaros y del peligro ocasionado por los piratas, y que ha restablecido la paz y la seguridad tanto por tierra como por mar (AE 1990, 940 = SEG XLVI, 1565).

También en Claros se levantó una estatua a Pompeyo, seguramente por su victoria sobre la piratería. Recordemos que este santuario había sido asaltado por los piratas.

Para Ph. De Souza, el objetivo principal de Pompeyo en su campaña contra los piratas en el año 67 a. C. era llegar a una conclusión victoriosa lo más rápido posible, con objeto de sustituir a Lúculo en el mando de la guerra contra Mitrídates VI, lo que efectivamente aconteció mediante la lex Manilia (66 a. C.). Era vital para su

prestigio en Roma asegurar el suministro de cereales. Con respecto al bastión pirata de Cilicia, prosiguió con las victorias en este campo en el que estaba tratando, en cierta medida, de seguir los éxitos de Murena, Dolabela y, especialmente, Servilio. Solo le faltaba someter a los piratas de la Cilicia Traquea, pero su victoria tenía que ser rápida para obtener su codiciado mando en la tercera guerra mitridática. Con este fin, Pompeyo evitó largas y duras luchas y asedios prolongados en Cilicia y, en cambio, acordó términos generosos con los piratas, tratándolos más como enemigos políticos que como piratas. La base de su éxito, a diferencia de Metelo en Creta, quien «ejerció los derechos del vencedor sobre los vencidos», fue una mezcla de una avanzada logística y una calculada política de clemencia.

Figura 115. Medalla suiza de Jean Dassier e hijos, década de los años 1740s., en cuyo anverso se representa la cabeza de Pompeyo mientras que en el reverso aparece la rendición de los piratas cilicios ante él, acompañado de tres soldados. La fecha que se da en el reverso es errónea, pues la campaña de Pompeyo no aconteció en el año 686 AUC, sino al año siguiente (Eisler 43b). Ø = 32 mm.

Si bien las fuentes consideran que se erradicó a los piratas del mar, esto no es cierto (vid. infra). Pompeyo había comprendido la inutilidad de una guerra total y sistemática, que habría sido

extremadamente larga y costosa. Ciertamente, con esta blitzkrieg o guerra relámpago, no se eliminó la piratería, que, como muy bien expresa Cl. Sintes, era algo tan quimérico como creer que se erradicará el hurto en una sociedad arrestando a tantos ladrones como fuera posible, sino lograr llevarla de vuelta a proporciones razonables y sobre todo políticamente aceptables.

Los días 28 y 29 de septiembre del año 61 a. C., Pompeyo celebró un triunfo sobre los piratas y sobre Mitrídates VI, el más espectacular hasta entonces. He aquí la descripción que de este dio Plutarco:

Figura 116. Roma en el cercano Oriente en 65 a. C., durante la tercera guerra mitridática (Wikimedia Commons).

Aunque el triunfo se repartió en dos días, este tiempo no fue suficiente para su magnitud, y fueron excluidos del espectáculo muchos de los objetos que habían sido preparados y que hubieran bastado para honrar y adornar cualquier otro cortejo. Inscripciones llevadas a la cabeza de la comitiva indicaban las naciones sobre las

que Pompeyo había triunfado, que eran las siguientes: el Ponto, Armenia, Capadocia, Paflagonia, Media, la Cólquide, los íberos, los albanos, Siria, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Palestina, Judea, Arabia y todos los piratas que habían sido vencidos por tierra y por mar. Según las inscripciones, en estas naciones había tomado no menos de mil fortalezas, casi novecientas ciudades y ochocientas naves piratas, y había fundado treinta y nueve ciudades. Además de esto, las inscripciones informaban de que las rentas del Estado, que antes ascendían a cincuenta millones de dracmas, habían recibido ochenta y cinco millones gracias a las adquisiciones que Pompeyo había hecho para la ciudad, y que él había aportado al tesoro público, en moneda acuñada y en objetos de plata y de oro, veinte mil talentos, sin incluir lo que había dado a los soldados, de los cuales el que menos había recibido por su parte eran mil quinientos dracmas. Los prisioneros conducidos en el cortejo fueron, además de los jefes de los piratas, el hijo de Tigranes [II] el armenio junto a su esposa y su hija; Zósima, la esposa del propio rey Tigranes; Aristóbulo, el rey de los judíos; una hermana, cinco hijos y las esposas escitas de Mitrídates [VI]; rehenes de los albanos, de los íberos y del rey de Comagene. Había también numerosos trofeos, iguales en número a todas las batallas en las que él había vencido, bien por sí mismo, o bien por sus lugartenientes. Pero lo que más ensalzaba su gloria y lo que ningún romano había alcanzado antes era que él celebraba su tercer triunfo sobre el tercer continente. Otros, en efecto, habían conseguido antes que él celebrar tres triunfos; pero Pompeyo, al haber conseguido su primer triunfo sobre Libia, el segundo sobre Europa y el último sobre Asia, parecía en cierto modo haber sometido al mundo entero en sus tres triunfos (Plutarco, Vida de Pompeyo, 45, 1-7).

Ironías de la vida, Pompeyo fue asesinado en las cercanías de la fortaleza egipcia de Pelusio (Balouza), buscando la ayuda del rey Ptolomeo XIII (51-47 a. C.), por uno de sus antiguos tribunos militares que participó en la campaña contra los piratas: Lucio Septimio.

Figura 117. Septimio (con armadura) golpea a Pompeyo por la espalda. Ilustración de Ward Lock, en The Illustrated History of the World, ca. 1880 (Wikimedia Commons).

EL TRATO A LOS VENCIDOS

Más llamativo incluso que el triunfo militar de Pompeyo fue su trato hacia los vencidos, una auténtica actitud filantrópica. Al comprender que el problema se había generado en gran parte por causas socioeconómicas, Pompeyo decidió resolverlas. De acuerdo a un procedimiento más humano que los utilizados por sus contemporáneos, los piratas (que esperaban un duro castigo por sus acciones) fueron asentados sobre todo en varios puntos de Anatolia, para que pudieran dedicarse a la agricultura y evitar que cayesen otra vez en la tentación de probar nuevamente fortuna en el mar, lo que debió de ser un notable éxito, a pesar de las críticas de diversos investigadores como de Ph. De Souza. La solución de asentar a enemigos derrotados para desactivarlos no es precisamente una práctica nueva en la política romana, pero Pompeyo parece haberla

llevado a cabo a una escala sin precedentes.

Plutarco describió así esta idea:

En cuanto a los más de veinte mil hombres que apresó, no tenía la intención de matarlos, aunque creía que tampoco era conveniente dejar libre y permitir dispersarse o agruparse de nuevo a tal multitud de hombres pobres y belicosos. Como pensaba que el hombre no es, ni por naturaleza ni desde su nacimiento, un ser salvaje e insociable, sino que es la práctica del vicio la que lo aparta de su naturaleza, y que mediante las costumbres y un cambio de lugar y de vida vuelve a civilizarse (pues hasta las bestias se despojan de su estado salvaje y de su fiereza si participan de un régimen de vida más delicado), decidió trasladar a estos hombres desde el mar a tierra firme y darles a probar una vida cómoda acostumbrándolos a vivir en las ciudades y a cultivar la tierra. A algunos de ellos, pues, los acogieron e incorporaron en las pequeñas y casi desiertas ciudades de Cilicia, que así adquirió un territorio más amplio. Pompeyo reanimó Solos, recientemente despoblada por Tigranes, rey de Armenia, y estableció en ella a muchos piratas. No obstante, a la mayoría de ellos les concedió como residencia la ciudad de Dime, en Acaya, que estaba entonces deshabitada y que poseía una tierra extensa y fértil (Plutarco, Vida de Pompeyo, 28, 4-7).

Floro también elogió a Pompeyo por la notable inteligencia que mostró al adoptar esta política de alejar a los piratas de la vista del mar:

Lo previó con su extraordinaria inteligencia el general, que alejó sensiblemente de la vista del mar a este, por así decirlo, pueblo navegante, y los encadenó a unas tierras situadas en medio del continente y, a un tiempo, recuperó el mar para la navegación y devolvió a los hombres a la tierra que era su medio (Floro, Epítome de la Historia de Tito Livio, 1, 41, 14).

Esta política no solo perseguía rehabilitar a los piratas, sino también paliar la desolación ocasionada por las guerras mitridáticas y por los propios bandidos del mar en ciertas áreas del Mediterráneo, que habían quedado escasamente pobladas o desiertas. Entre las ciudades conocidas que recibieron a estos nuevos habitantes se encuentran las poblaciones cilicias de Malo (Karataş), Adana (Adana), Epifania (Erzin), Zefirio (Mersin), Alejandría del Iso (Alejandreta) y Mopsuestia (Missis). Pompeyo también refundó la abandonada ciudad de Solos en Cilicia, a la que renombró con su propio nombre, Pompeyópolis (Mezitli):

Después de Lamo, está la notable ciudad de Solos, comienzo de la otra Cilicia, la que está alrededor de Iso, que es fundación de aqueos y rodios procedentes de Lindo. En esta ciudad, que estaba muy poco poblada, estableció Pompeyo Magno a los piratas que consideró especialmente dignos de salvar y de proporcionar alguna atención de entre los que sobrevivieron, y cambió el nombre de la ciudad por el de Pompeyópolis […] (Estrabón, Geografía, 14, 5, 8).

El puerto de Solos, ya importante durante la Edad del Bronce, cayó en manos de los ptolomeos durante las guerras de los Diádocos, hasta que, en el año 197 a. C., pasó a manos de los seléucidas, como todo el resto de la región, durante la quinta guerra siria (202-195 a. C.). A lo largo del periodo helenístico, la ciudad ganó una considerable autonomía local, acuñó su propia moneda y en gran medida gestionó sus propios asuntos. Rodas apeló al Senado romano para que liberara a Solos de los seléucidas sobre la base de su herencia común, pero este caso fue desestimado. El rey Tigranes II el Grande de Armenia (95-56 a. C.) saqueó Solos durante el colapso del Imperio seléucida y llevó a los ciudadanos de la ciudad a habitar Tigranocerta, su recién fundada capital.

Como ha quedado dicho, Pompeyo, después de someter a los piratas, reasentó a algunos piratas rendidos en la despoblada Solos, renombrándola como Pompeyópolis (que no debe confundirse con

la Pompeyópolis [Tasköprü] de Paflagonia, también fundada por Pompeyo en esta época). Existen numerosas emisiones de monedas de la ciudad en que se representa la efigie de Pompeyo, así como se ha conservado una inscripción en su honor.

Figura 118. Columnata de Solos/Pompeyópolis (Wikimedia Commons).

Cicerón, en su tratado Sobre los deberes, quizás su obra maestra (44 a. C.), critica el trato generoso de Pompeyo a los piratas cilicios de Solos, comparando Roma con Atenas: «Mejor hicieron ellos [los atenienses] que nosotros, que dejamos exentos a los piratas e imponemos tributo a los aliados».

Los asentamientos de la Cilicia oriental, territorio que estaba nominalmente en manos de la decadente dinastía de los seléucidas, indican que Pompeyo ya había tenido la determinación de que esta región pasara al dominio directo de Roma y forzar al Senado a ello. Sea como fuere, la provincia territorial de Cilicia fue engrandecida con la Cilicia Traquea y la Cilicia Pedias, conformando una vasta

provincia con capital en Tarso (Tarso). El asentamiento de los piratas en la región era un medio de defender la nueva posesión romana.

También los piratas fueron asentados en otros lugares, como en las proximidades de Tarento (Tarento), en Calabria, como recuerda el gran poeta Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.), y en Ptolemaida (Marsa Sousa), en la costa de la Cirenaica.

Fragmentos de un decreto de Léntulo Marcelino hallados en Ptolemaida dan un listado de propietarios cuyas parcelas de tierra se definen, primero, de manera geográfica y, luego, por valor. Los nombres conservados no son romanos, y dado que la etnia del primero podría referirse a la ciudad cilicia de Égeas (Yumurtalik), J. Reynolds planteó la posibilidad de que pudieran ser parte de un contingente de antiguos piratas instalado por orden de Pompeyo en la zona. Esta teoría ha sido puesta en cuestión debido a que algunos nombres que aparecen se encuentran en Cirenaica, por lo que o los cirenaicos participaron en actividades piráticas (lo que no está constatado) o podríamos estar ante un listado de propietarios de tierras. La cosa se complica porque también hay dos nombres de origen adriático que podrían avalar que, efectivamente, un grupo de piratas se hubiera ubicado en el territorio.

Sea como fuere, hay que señalar el papel activo de Léntulo Marcelino en la Cirenaica en este momento. En Cirene, en el santuario de Apolo, se conservan dos inscripciones dedicadas a Marcelino, con el título de legatus pro praetore, al que se le califica como patrón y salvador de la ciudad. Parece ser que este, bajo la autoridad superior de Pompeyo, tuvo que hacer frente a diversos problemas en la Cirenaica. Si bien la región fue anexionada oficialmente por Roma en el año 75/74 a. C., esta no se reorganizó de manera efectiva hasta, al menos, el año 67 a. C., es decir, durante la campaña contra los piratas, o incluso algo más tarde, dentro de la reorganización general de Pompeyo del Oriente helenístico. Esto demostraría que, gracias a la lex Gabinia, el poder del gobernador de la Cirenaica habría sido de alguna manera sustituido por el de Pompeyo, cuyo legado actuaría en su nombre.

De esta forma, en un epígrafe bilingüe fragmentario conservado en Cirene se menciona a Marcelino, al que unos negotiatores le hacen

la presente dedicatoria, en lo que parece ser un agradecimiento por sus esfuerzos en la lucha contra los bandidos de las carreteras de la Cirenaica o contra los piratas. Igualmente, Léntulo Marcelino medió en una disputa entre las ciudades de Cirene y Apolonia, el antiguo puerto de Cirene y en este momento una comunidad independiente, como ya hemos indicado anteriormente a la hora de hablar de la expedición de Lúculo.

Así pues, en la Cirenaica, como aconteció en Cilicia, parece que la campaña de Pompeyo contra los piratas también conllevó medidas administrativas, de las que, por desgracia, desconocemos su alcance y su amplitud.

Figura 119. Inscripción de Cneo Cornelio Léntulo Marcelino en Cirene (AE 1929 11 = SEG IX 56 = SEG XX 730) (https://ircyr2020.inslib.kcl.ac.uk/images/JMR_805).

Uno de los mayores asentamientos creados por Pompeyo para los piratas fue ubicado en la costa de Acaya, al norte de la península del Peloponeso, en Grecia, en la despoblada población de Dime (Kato Achaia). Este lugar es de gran interés, puesto que se han encontrado tres catastros romanos consecutivos de ocupación humana, siendo el más antiguo el correspondiente al de la instalación de los piratas de Pompeyo.

Sea como fuere, cuando César expulsó a estos colonos después de la

batalla de Farsalo (48 a. C.), pues al parecer quería constituir una colonia romana en sus tierras, volvieron al mar a ejercer su antiguo oficio, muestra del buen ojo clínico de Pompeyo al comprender la naturaleza del problema:

No es extraño que los de Dime, expulsados del campo, tengan infestado el mar. «En un viaje en compañía» de Bruto parece que tendré alguna protección, pero, según mi opinión, solo barcos diminutos. Bien, pronto lo sabré y, mañana, a ti (Cicerón, Cartas a Ático, 16, 1, 3).

Figura 120. Mapa de la antigua Acaya, con Dime como comunidad costera más occidental (Wikimedia Commons).

ENFRENTAMIENTO ENTRE POMPEYO Y METELO «CRETICO»

Pero no todo fue un camino de rosas para Pompeyo, puesto que su enfrentamiento con Metelo por Creta le iba a producir cierto regusto amargo. Metelo, como hemos visto en el capítulo anterior,

operando con recursos más limitados que los concedidos a Pompeyo, decidió someter por la fuerza bruta a los cretenses. No es por ello raro que, a la vista del trato magnánimo que Pompeyo concedió a los piratas, muchos cretenses se ofrecieran a rendirse a este, sobre la base de que su imperium concedido por la lex Gabinia podría anular al de Metelo. Ya había habido problemas de jurisdicción en las primeras etapas de la campaña de Pompeyo, cuando el gobernador de la Galia transalpina se negó a permitir que sus legados reclutaran en su provincia. En el caso de Metelo, se llegó al enfrentamiento directo.

Sin duda, Pompeyo tenía autoridad sobre todas las costas del Mediterráneo y podía intervenir en Creta como en todas partes, pero prefirió abstenerse de hacerlo para no ofender a Metelo. Sin embargo, mientras estaba en Panfilia, llegó una delegación de cretenses que, conociendo su reputación de indulgencia, vinieron a presentarle a él, en lugar de a Metelo, la sumisión de la isla.

En su discurso sobre la lex Manilia, Cicerón hizo referencia a la oferta de los cretenses de rendirse a Pompeyo, usándola para enfatizar su reputación entre los enemigos de Roma:

De todos los piratas que había en cualquier paraje, unos fueron apresados y muertos, otros se rindieron por entero a su dominio. Al mismo tiempo, dio a los cretenses esperanzas de que aceptaría su rendición, a la vez que les exigía rehenes, después de que ellos le habían enviado hasta Panfilia una embajada implorando su clemencia (Cicerón, En defensa de la ley Manilia, 12, 35).

Ante esta tesitura, siguió un intercambio de cartas entre Pompeyo y Metelo. Como este último no quería saber nada del asunto, sino que redobló su postura de firmeza hacia los cretenses, Pompeyo envió a Creta a su legado Lucio Octavio, para llevar a Metelo la orden de poner fin a las hostilidades. Metelo ignoró este mandato y afirmó que solo él tenía autoridad en Creta.

Octavio, escribió Dion Casio, apareció en la isla sin fuerza militar

alguna, porque había sido enviado allí no para hacer la guerra, sino para recibir la rendición de las distintas ciudades: por lo tanto, permaneció inactivo. Otro lugarteniente de Pompeyo, Sisenna, vino a ayudar a los cretenses contra Metelo, a riesgo de iniciar una guerra civil entre los propios romanos en la isla. Este absurdo no era precisamente nuevo. Durante la tercera guerra mitridática (74-63 a. C.), durante la toma de Heraclea Póntica en 71 a. C., los soldados de Marco Aurelio Cota (cos. 74 a. C.) y Cayo Valerio Triario (pr. 77 a. C.) casi llegan a las manos por ver quién tenía derecho a saquear esta ciudad.

Metelo prosiguió con su campaña, tomando Lappa, en donde se encontraba Octavio. No hizo daño al legado de Pompeyo, pero mandó ejecutar a todos los cilicios que lo acompañaban bajo la acusación de que eran piratas. Mientras tanto, Sisenna murió de enfermedad.

Esta conducta indignó de tal manera a Octavio que ya no permaneció inactivo. Tomó el mando de las tropas que anteriormente habían estado bajo el mando de Sisenna y se dispuso a ayudar a los cretenses. Octavio se dirigió a Hierapitna, en donde se encontraba el líder cretense Aristón. Metelo marchó contra ellos, pero estos huyeron por mar. Atrapados por una tormenta que los rechazó a la costa, perdieron parte de sus hombres. Pompeyo estaba a punto de dirigirse con sus tropas a Creta, pero la noticia de la aprobación de la lex Manilia le hizo cambiar sus planes.

No fue el fin del enfrentamiento entre ambos personajes. Parece que los dos líderes cretenses, Lástenes y Panares, ofrecieron rendirse a Pompeyo, pero finalmente fueron capturados por Metelo. Pompeyo insistió más tarde en que fueran retirados de la procesión triunfal de Metelo, ya que no eran sus prisioneros, una actitud ciertamente cicatera.

Las fuentes datan el regreso de Metelo a Italia en el año 63 a. C. Su petición de celebrar el triunfo no fue satisfecha de inmediato debido a la oposición de los amigos de Pompeyo, cuyo rencor lo persiguió durante mucho tiempo. Durante la espera, Metelo tuvo que reprimir unos disturbios acontecidos en Apulia, en el contexto de la conjuración de L. Sergio Catilina (pr. 68 a. C.). Finalmente, pudo celebrar su triunfo en mayo del año 62 a. C., y recibió el apodo

honorífico de «Crético».

En los años siguientes, Metelo fue uno de los líderes, junto con Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), otro de los personajes perjudicados por las actividades de Pompeyo, del grupo del Senado hostil a este. De manera enérgica, impidió que el Senado confirmara las actuaciones de Pompeyo en Oriente. Esta negativa fue una de las causas de la formación del denominado «primer triunvirato» entre Pompeyo, César y Craso.

SUBSISTENCIA DE LA PIRATERÍA

Es muy difícil determinar la importancia de la piratería en el Mediterráneo a partir del año 67 a. C. Existen pocas referencias en las fuentes literarias y epigráficas, pero, como indica Ph. De Souza, sería un error atribuir la falta de información a la ausencia de piratas. Las fuentes literarias están mucho menos preocupadas por la piratería después de la campaña de Pompeyo y, por lo tanto, dedican poco espacio a este tema. Eso no quiere decir que haya dejado de ser un problema en la política romana, pero los distintos conflictos civiles de las décadas de los años 40 y 30 a. C. y el desarrollo de los mismos eclipsan todo lo demás. No obstante, de las ocasionales referencias que se pueden encontrar, parece claro que la piratería seguía siendo una gran preocupación en el Mediterráneo durante las últimas décadas de la república y comienzos del principado.

Ciertamente, los panegiristas de Pompeyo proclamaron que no se volvió a ver más piratas en el Mediterráneo:

¿Qué hay que admirar más en esta victoria? ¿La rapidez, puesto que se obtuvo en cuarenta días? ¿La fortuna, ya que no se perdió ni una sola nave? ¿O, más bien, la duración del resultado porque la piratería dejó de existir? (Floro, Epítome de la historia de Tito Livio, 1, 41, 15).

Todas esas palabras son una más que evidente exageración, pero que parece trasladar que había comenzado una nueva época para la navegación. Cicerón señaló que:

Ya, desde hace tiempo, ese mar inmenso, cuya agitación hacía peligrar los viajes por mar e incluso las mismas ciudades y las vías del ejército, vemos que, gracias al valor de Cneo Pompeyo, así como el del pueblo romano, ese mar se encuentra seguro y cerrado como un puerto, desde el océano hasta el extremo del Ponto (Cicerón, Discurso sobre las provincias consulares, 12, 31).

Un interesante pasaje de Plutarco incide en la misma idea:

Antípatro de Tarso, reflexionando ante su muerte sobre los bienes que obtuvo por fortuna, ni siquiera omitió la travesía que realizó de Cilicia a Atenas. Es menester no mirar con desprecio incluso los bienes comunes y poner en una cuenta y estar agradecidos porque vivimos, tenemos salud, vemos el sol; no hay guerra ni revolución, la tierra además nos ofrece su cultivo y el mar que lo naveguen sin temor quienes quieran; es posible hablar, trabajar, estar en silencio, tener ocio (Plutarco, Moralia [sobre la paz del alma], 469d-e).

Plutarco menciona las ventajas de estar vivos. Entre otras cosas, no hay conflictos ni guerras civiles, y tranquilidad absoluta en el mar. ¡Ni rastro de la piratería!

De nuevo, Cicerón, en su discurso Pro Flacco (59 a. C.), mantuvo que, después de Pompeyo, no había piratería en Asia, bajo el argumento de que lo contrario no era más que un malicioso intento de disminuir su gloria.

Lo que enaltece la gloria de Pompeyo por encima de los hombres es, primero, que, estando todo el mar infestado de piratas cuando se le encomendó la guerra marítima, los redujo a todos bajo nuestro poder; luego, que Siria sea nuestra, que tengamos a Cilicia, que Chipre, con su rey Ptolomeo, no se atreva a intentar nada; además, que nos pertenezca Creta, gracias al valor de Metelo; que los piratas no tengan ya base de donde partir ni a donde retirarse; que todos los golfos, los promontorios, las costas, las islas y las ciudades marítimas queden guardadas dentro de las verjas de nuestros dominios (Cicerón, En defensa de L. Flaco, 30).

Pero este mismo autor admitió que el gobernador de Asia, Lucio Valerio Flaco (pr. 63 a. C.), necesitaba de una flota para luchar contra los piratas en el año 62 a. C.

Otro indicio más de que la guerra de los piratas no terminó adecuadamente proviene del comentario que Dion Casio hace sobre Pompeyo, tras la aprobación de la lex Manilia:

En cuanto a Pompeyo, que inicialmente se preparaba para navegar a Creta y hacer frente a Metelo, cuando conoció las medidas aprobadas dio, al igual que antes, fingidas muestras de fatiga y acusó a sus rivales de proporcionarle continuas cargas con objeto de causar el daño que pudiesen; no obstante, acogió esas medidas con el mayor júbilo, se desentendió de Creta y de cualquier otra cuestión referente a las operaciones marítimas que aún quedase pendiente y se dedicó a organizar la guerra contra los bárbaros […] (Dion Casio, Historia romana, 36, 45, 1-2).

EL TESTIMONIO DEL PRO FLACCO DE CICERÓN

Flaco había sido pretor urbano en el año 63 a. C. y había ayudado a Cicerón a reprimir la famosa conspiración de Lucio Sergio Catilina

(pr. 68 a. C.). En el año 62 a. C. fue nombrado gobernador a Asia. Su periodo como procónsul duró solo un año, después del cual fue sucedido por el hermano de Cicerón, Quinto Tulio Cicerón (pr. 62 a. C.). La asociación de Flaco con Cicerón lo convirtió en un objetivo adecuado para un enjuiciamiento por motivos políticos, aunque esto, en realidad, no tuvo lugar hasta el año 59 a. C. Entre las acusaciones hechas por Décimo Lelio (tr. pl. 54 a. C.), estaba la insinuación de que Flaco había extorsionado dinero de las ciudades de su provincia para una flota, medida esta que, o era innecesaria, o simplemente era una excusa para obtener tal dinero, porque la suma obtenida no se utilizó para este propósito.

Cicerón aprovechó el prestigio de Pompeyo para apoyar a Flaco en este discurso. Habiendo recordado al jurado que la influencia de Pompeyo era particularmente fuerte en Asia en este momento, como resultado de haber liberado a la provincia de la amenaza de piratas y reyes (es decir, de Mitrídates VI y Tigranes II, respectivamente), Cicerón explicó la necesidad de una flota en Asia tanto para mantener el prestigio romano como para proteger la provincia contra los piratas. Refutó las objeciones a la última idea de la siguiente manera:

«No había piratas». ¿Y qué? ¿Quién podía asegurar que no los habría? «Achicas», dice, «la gloria de Pompeyo». No, más bien tú agrandas sus dificultades. Él, en efecto, destruyó las flotas de los piratas, sus ciudades, sus puertos y sus puestos de refugio; restableció la paz en los mares con el mayor valor y con una increíble rapidez; pero lo que no hizo ni debía hacer es aceptar la responsabilidad de poder ser acusado por cualquier barquichuelo pirata que apareciera aquí o allá. Así, él mismo, en Asia, a pesar de haber terminado todas las guerras por mar y por tierra, sin embargo, a esas mismas ciudades les ordenó, al fin, construir una flota (Cicerón, En defensa de L. Flaco, 28-29).

La implicación era que Flaco simplemente estaba siguiendo los deseos de Pompeyo.

Cicerón continuó explicando que Pompeyo también propuso una flota para la protección de Italia en el año 62 a. C., y que al año siguiente se gastaron cuatro millones trescientos mil sestercios en proteger los mares Adriático y Tirreno, presumiblemente con una flota estacionada en cada uno, un claro antecedente de las escuadras de Rávena y Miseno de época imperial. Cicerón también mencionó la existencia de escuadrones de caballería situados en las costas. Esta disposición parece corresponder a la descripción de Cicerón de las fuerzas que protegían a Italia durante la campaña del año 67 a. C. Para el año 61 a. C., los cuestores Marco Curio (tr. pl. 58 a. C.) y Publio Sextilio gastaron dinero en la construcción de una armada.

Roma no tenía enemigos marítimos evidentes además de los piratas en la década de los años 60 a. C., por lo que es razonable concluir que estas flotas alrededor de Italia estaban destinadas a usarse contra estos. La flota del mar Adriático pudo haber estado en guardia contra los piratas que operaban desde Iliria, un área que Roma no controló de forma adecuada hasta el siglo

i

d. C. Ph. De Souza cree que no sería probable que en la época final de la república los romanos no tuvieran algunos barcos de guerra operando en aguas italianas, con base en Ostia y otros puertos comerciales. Sin embargo, ve difícil que estas naves pudieran considerarse una flota permanente.

Asimismo, según Ph. De Souza, el gasto de más de cuatro millones de sestecios en un año en una flota indica un compromiso naval considerable por parte de los romanos, quizás suficiente para equipar y mantener más de cien barcos (algo que a nosotros se nos hace difícil de calcular). Como este mismo autor señala, no existen cifras que puedan usarse para estimar el costo de construir, equipar y tripular barcos durante este periodo; simplemente, realiza una suposición del tamaño de la flota que podría mantenerse con el dinero mencionado por Cicerón.

Según este, la «gloria» no disminuida de Pompeyo comprendía el prestigio ganado por dos cosas. En primer lugar, el hecho de que los piratas ya no eran libres de vagar a su antojo por los mares y, en

segundo lugar, que Siria, Cilicia, Chipre y Creta estaban controladas por Roma, como hemos visto en el texto reproducido poco antes, lo que garantizaba (en principio) que no pudieran ser utilizadas como bases piratas. Cicerón argumentó que, incluso si no hubiera piratas en absoluto, un enfoque cauteloso por parte de Flaco no merecería críticas. De hecho, afirmó que varios testigos de impecable rango ecuestre podrían atestiguar que la piratería estaba muy extendida en Asia en el año 62 a. C., así como:

[…] fueron muchos los hombres capturados por los piratas, ¿aún censurarás la determinación de Flaco de exigir remeros? ¿Y qué decir si resulta que fue muerto por los piratas un famoso ciudadano de Adramitio, cuyo nombre es generalmente conocido por todos nosotros, el atleta Atianas, vencedor en los juegos olímpicos? (Cicerón, En defensa de L. Flaco, 31).

En respuesta al hecho de que la flota de Flaco no tomó prisioneros, Cicerón les recordó a los jueces que tales cosas son cuestión de suerte, ya que es un trabajo difícil encontrar y perseguir piratas a través del mar abierto. De esta manera, restaura limpiamente la «gloria» de Pompeyo, cuya suerte en el año 67 a. C. debió de haber sido extraordinariamente buena.

Le queda a Cicerón contrarrestar tres puntos más argumentados en contra de Flaco. En primer lugar, que los barcos nunca se hicieron a la mar, lo que este niega de forma rotunda, afirmando que toda Asia sabía que había una flota operando al norte de Éfeso y otra al sur, siguiendo un patrón operacional establecido por Sila y continuado por Pompeyo. Esta escuadra podría haber sido necesaria para responder a los piratas que operaban desde Chipre, Anatolia o las islas del mar Egeo, donde las autoridades locales no eran lo suficientemente fuertes para prevenirlos. También afirma que Flaco gastó mucho menos dinero en una flota que cualquiera de los dos comandantes anteriores. En segundo lugar, que no hubo ningún asiento en las cuentas del gobernador, un punto que Cicerón descartó como un mero tecnicismo. Finalmente, tuvo que afrontar el hecho de que su propio hermano, Quinto, que sucedió a Flaco como

gobernador de Asia, no consideró necesario obtener ninguna contribución de las ciudades de Asia. Esto lo explica Cicerón como una diferencia de enfoque. Su hermano prefirió esperar a que los piratas dieran a conocer su presencia antes de formar una flota.

De todo lo anterior podemos extraer la conclusión de que la piratería seguía existiendo, como prueba el hecho de que, durante el Gobierno de Flaco, el campeón olímpico de pugilato en los 177 Juegos Olímpicos (72 a. C.), el noble Atianas, hijo de Hipócrates, natural de Adramitio (Edremit), fue muerto a manos de los piratas. Por ello, como señaló Cicerón, Flaco necesitaba una flota.

EL CASO DE SIRIA Y EGIPTO

Ciertas referencias incidentales en las fuentes literarias sobre la década de los años 50 a. C. parecen indicar que la piratería seguía existiendo en el Mediterráneo oriental. Aulo Gabinio (cos. 58 a. C.), el autor de la lex Gabinia que creó el mando extraordinario de Pompeyo en el año 67 a. C., fue gobernador de Siria durante los años 58-55 a. C. Llevó a cabo una reorganización de Judea, pero su Gobierno fue recordado principalmente por controlar las actividades de los publicanos y por la restauración del rey Ptolomeo XII Auletes (80-58 y 55-51 a. C.) en el trono de Egipto en el año 55 a. C., a cambio de un enorme soborno.

El relato de sus acciones en Dion Casio contiene repetidas acusaciones de que dejó su provincia a merced de los piratas mientras se encontraba en Egipto:

Gabinio había infligido considerables males a Siria, hasta el punto de dañar a sus habitantes mucho más que la piratería, entonces floreciente; pero, teniendo por una fruslería todo lo que de ella había tomado, primero concibió e inició preparativos para montar una expedición contra los partos y sus riquezas (Dion Casio, Historia romana, 39, 56, 1).

Gabinio dejó la provincia con una escasa guarnición, «dejando la provincia a la que había sido asignado todavía más en manos de los piratas». Dion Casio, de nuevo, remarca esta circunstancia:

Y el hecho de que los sirios, a raíz especialmente de los fuertes daños ocasionados por los piratas durante la ausencia de Gabinio, hubiesen lanzado abundantes acusaciones en su contra y de que los mismos piratas hubiesen impedido a los recaudadores recolectar sus tributos, de manera que estos debieron contraer numerosas deudas, contribuyó a que montaran en cólera, hicieran declaración de sus pareceres y estuviesen dispuestos a condenarlo (Dion Casio, Historia romana, 39, 59, 2).

Si hubiera algo de verdad en esta aseveración, es probable que los piratas estuvieran operando desde Cilicia o, posiblemente, desde Chipre, una de los supuestos motivos por los que esta isla había sido anexionada por Roma en el año 58 a. C.

Es posible que los sirios hubieran exagerado la gravedad de la piratería, pero Dion Casio también señaló que, como resultado, no pudieron pagar a los publicanos lo que debían. Si esto fuera así, entonces las incursiones de los piratas deben de haber sido de una escala considerable.

Se ha dicho que esto fue en parte provocado porque las medidas que tomó Pompeyo en Siria, a raíz de su mando en la guerra con Mitrídates VI, fueron realizadas de manera apresurada. Pero esta apreciación no es correcta, sino causada por las pocas fuentes que se disponen sobre Oriente en la década de los años 50 a. C., que se centran precisamente sobre Siria, más concretamente sobre las actividades de los judíos.

Otro indicio de que la piratería seguía siendo un problema importante en la década de los años 50 a. C. proviene de otra actuación de Gabinio. En su discurso en defensa de Cayo Rabirio

Póstumo (pr. ¿48 a. C.?), quien fue dioecetes (ministro de finanzas) de Ptolomeo XII. Cicerón trata brevemente de la legitimidad de las acciones de Gabinio en Egipto: «Gabinio sostenía que lo había hecho en interés del Estado, porque temía a la flota de Arquelao, porque suponía que el mar iba a estar plagado de piratas. Es más, aseguraba que la operacion le había sido autorizada por una ley».

Arquelao era hijo del general de Mitrídates VI del mismo nombre, el cual fue nombrado sumo sacerdote de Comana (63-55 a. C.). En el año 56 a. C. se casó con Berenice IV (58-55 a. C.), hija de Ptolomeo XII, y gobernó como su consorte. A instancias de Pompeyo, Gabinio reinstauró a Ptolomeo XII. Que Gabinio lo acusara de piratería, o, al menos, de amenaza de piratería, y que Gabinio mismo fuera acusado de abandonar su provincia a manos de piratas son señales de que se reconocía que la piratería seguía siendo una gran amenaza en esta región, a pesar de la campaña de Pompeyo diez años antes. De no ser así, ninguna de las acusaciones formuladas habría tenido fuerza alguna.

Sea como fuere, pocos de los compañeros senadores de Gabinio habrían creído esta excusa, especialmente porque sabían cuánto dinero había estado ofreciendo Ptolomeo XII a varios políticos para inducirlos a ayudarlo en su regreso, pero podría haber sido una forma útil de convencer a aliados y súbditos de que había algo más que la codicia detrás de la empresa.

Cicerón defendió a Gabinio en el año 54 a. C., pero en el año 56 a. C. este mismo argumentaba que el segundo debía ser reemplazado. Es probable que en ese momento se lanzaran muchas acusaciones falsas. Lo notable es hasta qué punto el problema de la piratería seguía siendo un arma útil en la invectiva política. Cicerón había acusado anteriormente a Gabinio y Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, los cónsules del año 58 a. C., de ser «no cónsules, sino piratas», e insinuó que Gabinio habría tenido que recurrir a la piratería para ganar dinero, si no hubiera sido por su ley anterior del año 67 a. C., y del favor de un agradecido Pompeyo.

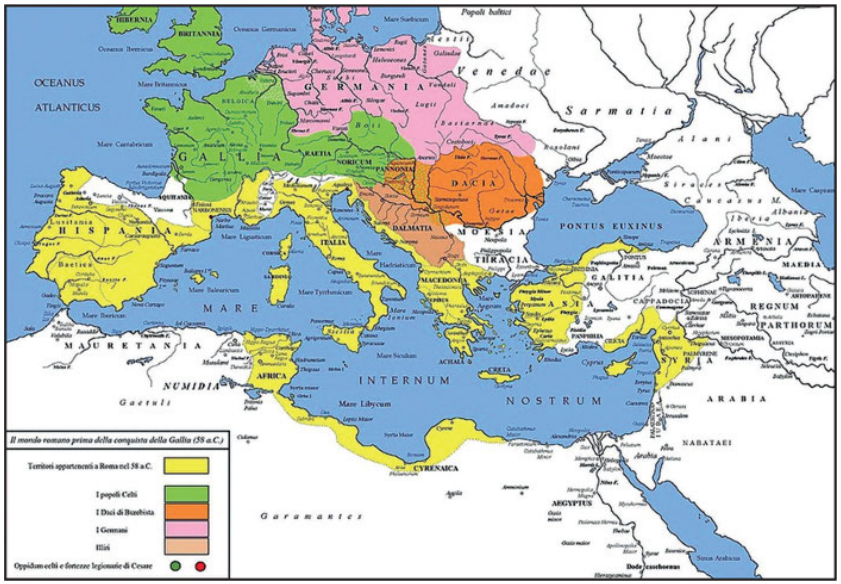

Figura 121. El mundo romano antes de la guerra de las Galias (58-51 a. C.) (Wikimedia Commons).

LA PAX ROMANA

Como señala Cl. Sintes, un resurgimiento de la piratería a pequeña escala era inevitable, debido a la complicada geografía del Mediterráneo (como es ejemplo palpable la costa oriental del mar Adriático), pero ya no supuso un peligro para la existencia de Roma ni jugó papel alguno en su política. Los motivos de orden político, económico y social que habían permitido su desarrollo hasta niveles insospechados habían desaparecido. Por lo tanto, desde el principado hasta el siglo

iii

d. C., la piratería fue una actividad latente, pero redimensionada y diferente en su naturaleza.

Las acusaciones de piratería, o de actuar como pirata, siguieron teniendo fuerza, y continuaron haciéndose en las décadas de los años 40 y 30 a. C. En varias ocasiones, en su guerra civil, César acusó a sus oponentes de actuar como piratas, o de tener piratas, bandidos y esclavos en sus ejércitos. De esta forma, en el marco de la guerra de Alejandría (48-47 a. C.), el general egipcio Aquilas tenía entre sus tropas «un conjunto de piratas y ladrones de las provincias de Siria y Cilicia y regiones vecinas».

Precisamente, en esta faceta, Sexto Pompeyo, el hijo menor de Pompeyo, se llevó la palma. Sexto Pompeyo fue acusado por Cayo Julio César Octaviano (cos. I 43 a. C.) (luego emperador Augusto) de emplear piratas durante la guerra siciliana (42-36 a. C.). Tras el Pacto de Miseno (39 a. C.) entre ambos personajes, a Sexto Pompeyo se le reconoció, entre otras cosas, el control de Sicilia, Córcega, Cerdeña y el Peloponeso, con el compromiso de poner fin a sus constantes correrías por las costas de Italia y abastecer de grano a Roma. Pero, de manera previsible, tal paz no duró mucho tiempo:

Mientras Antonio estaba ocupado en estos asuntos, el tratado existente entre Octavio y Pompeyo quedó roto por causas, como se sospechaba, distintas a aquellas que fueron aducidas en público por Octavio, y que fueron las siguientes: Antonio había entregado el Peloponeso a Pompeyo, a condición de que este le entregara el tributo que todavía le adeudaban los peloponesios, o prometiera responsabilizarse de su devolución, o bien aguardara hasta que se hubiera efectuado la recaudación. Pero Pompeyo no había aceptado el país bajo tales condiciones, por entender que se le había entregado junto con las deudas. Y, entonces, irritado, según dijo Octavio, ya fuera por este motivo, o por su natural desconfiado, o por envidia de otros que poseían grandes ejércitos, o porque Menodoro lo incitó a considerar el tratado como una tregua, más bien que como un tratado estable, construyó otras naves, reunió tripulaciones y, en ocasiones, se dirigió en público al ejército diciéndole que debía estar preparado para todo. De nuevo, una piratería encubierta infestó el mar, y poco o nulo fue el remedio para el hambre de los romanos, hasta el punto de que decían a

gritos que el tratado no les había traído el cese de los males, sino la adquisición de un cuarto tirano. Octavio apresó y sometió a tormento a una partida de piratas, quienes afirmaron haber sido enviados por Pompeyo. Este hecho lo puso Octavio en conocimiento del pueblo y dio cuenta por escrito al mismo Pompeyo, mas este último se excusó de estos hechos y, a su vez, se quejó por la cuestión del Peloponeso (Apiano, Historia romana, 5, 77).

Como en tiempos pretéritos, Sexto Pompeyo efectuaba sus ataques a la costa como si se tratara de auténticas incursiones piratas. Con ello, se volvía a cortar el abatecimiento a la ciudad de Roma. Octaviano logró capturar una partida de piratas, a los que torturó, y que afirmaron haber sido enviados por Sexto Pompeyo. Sin embargo, el hecho de que ambos personajes llegaran a un acuerdo, términos que otorgaron a Sexto Pompeyo un consulado y reconocieron su control de las islas, muestra que Octaviano no trató a Sexto Pompeyo como un pirata. Las tácticas utilizadas por Sexto Pompeyo (retener el cereal destinado Roma o bloquear el paso de los estrechos) eran tácticas bastante convencionales para un romano que tenía una armada más grande pero un ejército más pequeño que su oponente, como era el caso.

Estas acusaciones deben tratarse con cautela; son lugares comunes en la invectiva política de la época. Así, tenemos, por ejemplo, a Cleón de Gordiucome, un tirano, «jefe de bandidos de nuestra época», según Estrabón. El posterior triunviro Marco Antonio (cos. I 44 a. C.) fue acusado, en la Decimotercera filípica por Cicerón (43 a. C.), de ser un «archipirata».

De igual modo, Lácares, padre de (Cayo Julio) Euricles, «hegemón de los lacedemonios» por obra de Octaviano, fue ejecutado mediante decapitación por Marco Antonio por practicar la piratería. ¡No es de extrañar que, durante la huida del derrotado triunviro tras la batalla de Accio (31 a. C.), Euricles lo persiguiera e intentara hundir el barco donde escapaba! La isla de Citera, situada estratégicamente entre el Peloponeso y Creta, que Augusto regaló tan generosamente a Esparta, se había convertido, de hecho, en propiedad personal del dinasta; según G. Bowersock, el padre de Euricles quizás realmente se dedicó a esta práctica y se había

basado en esta isla. En este contexto, no es de extrañar que Euricles tuviera especial interés en Gitión, el puerto principal de Laconia, región en donde estaba situada Esparta.

Figura 122. Italia y las provincias vecinas tras el pacto de Miseno (39 a. C.) (Wikimedia Commons).

Augusto, en sus Res Gestae, reivindica la eliminación de la piratería como uno de sus grandes logros, con la célebre frase Mare pacavi a praedonibus (= «Liberé el mar de piratas»). Que esta referencia alude a Sexto Pompeyo y no a una de las bandas de piratas ilirios, por ejemplo, a los que igualmente derrotó, se evidencia en la siguiente línea sobre esclavos fugitivos y la mención adicional del juramento requerido de Galia, Hispania, Grecia, África, Sicilia y Cerdeña (que eran las provincias controladas por Sexto Pompeyo y por otro rival de Augusto en la lucha por el poder unipersonal,

Marco Emilio Lépido [cos. I 46 a. C.]).

Sexto Pompeyo fue claramente un adversario por el poder en las guerras civiles de la república tardía, pero en la memoria pública se le presentó como un ser despreciable. Solo aparece en las Res Gestae de manera indirecta, como cuando Augusto se refiere a su lucha contra él (como queda de manera manifiesta la mención de las islas de Sicilia y Cerdeña) como la «guerra de los esclavos» sobre la base de que sus fuerzas eran esclavos fugitivos. La implicación resultante es clara. Derrotar a un contendiente en un conflicto civil no es un gran acto digno de elogio. Pero sofocar una rebelión de esclavos y eliminar la piratería sí lo son. En las Res Gestae no se mencionan en momento alguno ni a los republicanos Marco Junio Bruto (pr. 44 a. C.) y Cayo Casio Longino (pr. 44 a. C.) ni al triunviro Marco Antonio (cos. I 44 a. C.). Augusto ganó claramente la campaña de la propaganda.

A pesar de que Augusto, en su obra Res Gestae, anunció que había eliminado cualquier amenaza para la seguridad del territorio bajo su Gobierno, en realidad la piratería continuó siendo una amenaza para el tráfico marítimo. Es verdad que la paz se mantuvo por el uso de fuerzas armadas, y por el hecho de que los habitantes de la región tenían ahora mejores oportunidades para prosperar mediante actividades pacíficas gracias a las condiciones políticas del momento. Sin embargo, los que no podían acceder a los beneficios del Gobierno romano podían todavía encontrar atractivo el recurso a la piratería.

Tenemos el ejemplo de la armada, que en tiempos imperiales se distribuyó en dos flotas permanentes basadas una en Rávena, en la costa adriática del noreste de Italia, y la otra en Miseno, cerca de Nápoles, en el mar Tirreno, ambas alrededor del año 23/22 a. C. Sus funciones principales eran la vigilancia y la escolta de convoyes. Hasta principios del siglo

v

d. C., la flota de Miseno fue la principal fuerza naval imperial, perdiendo a partir de entonces importancia ante la flota de Rávena. Cada una de estas escuadras contaba con unos diez mil hombres, y la flota de Rávena se amplió considerablemente bajo el emperador

Vespasiano (69-79 d. C.). También se fueron creando otras flotas menores de apoyo, que en el Mediterráneo fueron la flota de Alejandría y la flota de Siria (ubicada esta en Seleucia de Pieria). Todo este dispositivo no existía solo por el posible estallido de una guerra que afectase a suministros y comunicaciones, sino que, sin duda, su utilidad vendría demostrada por su lucha contra la piratería, que, desde luego, no alcanzó las proporciones del primer tercio del siglo

i

a. C., ni mucho menos, pero que seguía estando presente. El objetivo era, pues, que no se convirtiera en un problema como lo había sido en los días anteriores a Pompeyo.

Varios textos de época imperial ofrecen elogios a Augusto como el libertador de los mares. De esta forma, Suetonio mencionó la siguiente anécdota:

Recorriendo luego la costa de Campania y las islas vecinas, pasó incluso cuatro días en su retiro de Capri, donde se entregó por completo al descanso y a toda suerte de amenidades. Cuando costeaba el golfo de Pozzuoli, los pasajeros y la tripulación de un navío alejandrino que acababa de atracar, vestidos de blanco, adornados con coronas y quemando incienso, le habían expresado sus mejores votos y colmado de las mayores alabanzas, asegurando que por él vivían, por él podían navegar y por él disfrutar de su libertad y de sus bienes. Hondamente complacido por estas manifestaciones, repartió cuarenta monedas de oro a cada uno de sus compañeros, exigiéndoles el compromiso jurado de que dedicarían íntegramente esta suma a la compra de mercancías alejandrinas (Suetonio, Augusto, 98, 1-2).

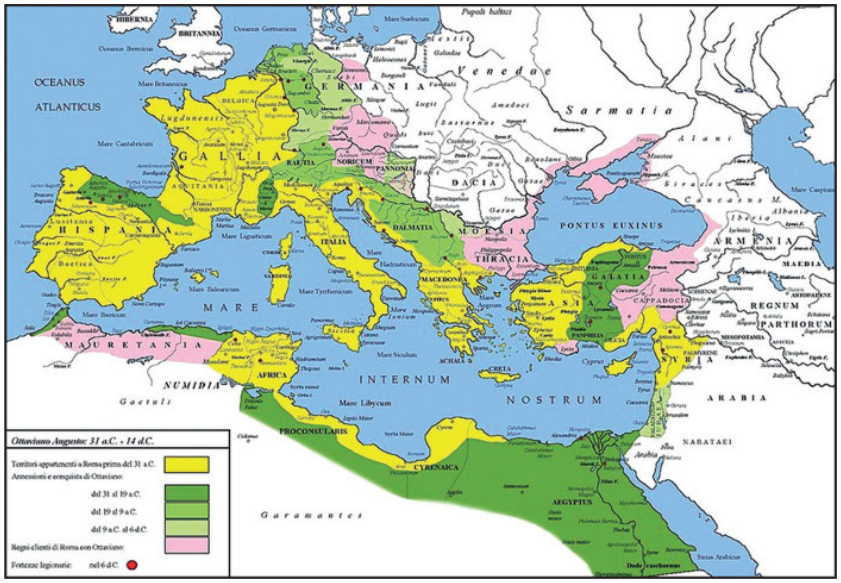

Figura 123. Extensión del Imperio romano bajo el Gobierno del emperador Augusto (27 a. C.-14 d. C.) (Wikimedia Commons).

El elogio de la paz en el mar logrado por Augusto se puede, igualmente, observar en poetas como Propercio y Horacio («por el mar en paz los marineros vuelan»). Las inscripciones proclaman a Augusto como gobernante supremo tanto en la tierra como en el mar. Esta misma ideología será continuada por los siguientes emperadores.

Filón de Alejandría, en su invectiva contra el emperador Calígula (37-41 d. C.), elogió a Augusto y sus sucesores por abrir los mares a la navegación comercial al eliminar las amenazas de la guerra, el bandolerismo y la piratería:

Este fue el César que calmó las tormentas que rugían por todas partes, que curó las plagas comunes de griegos y no griegos, que se originaron en el sur y el este y se extendieron hacia el norte y el oeste, esparciendo las semillas del caos sobre todas las tierras y

mares intermedios. Este fue el hombre que no solo desató, sino que rompió las cadenas que agobiaban y encadenaban al mundo. Este fue el hombre que eliminó la guerra abierta y la guerra invisible de los ataques de los bandidos. Este fue el hombre que vació el mar de barcos piratas y lo llenó de mercantes (Filón de Alejandría, Embajada ante Gayo, 145-146).

La misma idea está contenida en Plinio el Viejo, pues «la inmensa mayoría navega por un mar abierto por doquier con puertos hospitalarios en todas las costas» y, «sin embargo, la violencia de las galernas no clausura el mar: los piratas primero obligaron con riesgo mortal a arrostrar la muerte y sondear los mares invernales; ahora, la codicia obliga a otro tanto».

Los alejandrinos mencionados por Suetonio, así como otros, ciertamente reflejaban una percepción generalizada entre los súbditos de Roma cuando decían que debían su libertad para navegar al emperador, pero también estaban comunicando su deseo de que esta libertad se mantuviera. El periodo de la etapa que se ha denominado el «principado», percibido como uno de paz, estabilidad y prosperidad, parecería, por lo tanto, ser uno durante el cual la piratería se mantuvo en niveles mucho más bajos en esta región que en cualquier momento anterior.

De todos modos, hay que aclarar que la erradicación de la piratería es solo un aspecto de algo más grande: el establecimiento y mantenimiento de la paz y la prosperidad mediante la supresión de todo lo que pueda amenazarla. No solo esto se ha logrado en el Mediterráneo, sino de forma más general en toda la tierra y en todos los mares. Así, exclamó el filósofo estoico Epicteto [55-135 d. C.]:

Ved, pues, que nos parece que el César nos proporciona una gran paz porque ya no hay guerras ni batallas ni mucho bandidaje ni piratería, sino que en cualquier época se puede viajar, navegar de Oriente a Poniente. ¿Verdad que no nos puede proporcionar la paz frente a la fiebre, ni tampoco frente al naufragio, ni tampoco frente

al incendio o al terremoto o al rayo? Ea, ¿frente al amor? No puede. ¿Frente al padecimiento? No puede. ¿Frente a la envidia? No puede (Epicteto, Disertaciones sobre Arriano, 3, 13, 9-10).

La afirmación de que el Mediterráneo estaba «libre de piratas» es claramente una exageración. La piratería todavía puede haber sido relativamente común en el principado. Las novelas antiguas sugieren que esto es así, al igual que varias referencias en la literatura histórica y algunas inscripciones. Por ejemplo, un epígrafe del siglo

ii

d. C., procedente de Olimpia, relativo a las normas del festival Sebasta en Neápolis (Nápoles), incluye las siguientes cláusulas: «Si alguien llega después de la fecha límite indicada en el anuncio, debe informar del motivo de la demora a los oficiales del concurso; las excusas válidas serán la enfermedad, la piratería o el naufragio [...]». ¡Nada nuevo bajo el sol!

Una inscripción del reinado del emperador Tiberio (14-37 d. C.), encontrada en Ilión, nos menciona la represión de la piratería por parte de las fuerzas oficiales romanas:

El Consejo y el pueblo [de Ilión] honraron a Tito Valerio Proclo, el procurador de Druso César [por] destruir los grupos de piratas en el Helesponto y proteger la ciudad en todos los sentidos sin agobiarla (IGSK Ilion 102 = IGRRP 4.219).

Este epígrafe parece referirse a una operación especial (o serie de operaciones) llevada a cabo para erradicar los muchos grupos de piratas que operan en el Helesponto. No está claro si el propio procurador dirigió la acción militar, lo que sería inusual en este periodo, o simplemente fue responsable de los aspectos de carácter financiero y de organización. La región helespontina era un eslabón

potencialmente débil en la cadena de las fronteras romanas. El punto en el que el mar Negro se comunica con el Mediterráneo tenía que ser vigilado y las ciudades de la larga costa del norte de Anatolia tenían cierta protección contra las tribus merodeadoras del otro lado del mar Negro.

Una inscripción de Rodas, que data de la época de la dinastía de los Severos, alrededor del 220 d. C., honró a Elio Alejandro, un magistrado local, que estuvo encargado de suprimir la piratería en esos años.

El pueblo de los rodios y el consejo […] Elio Alejandro […] pritano habiendo sido estratego en la ciudad justamente y con integridad, habiendo sido inspector portuario honorablemente, llevando a cabo las tareas de tesorero […] habiendo sido frecuentemente inspector de obras públicas con fidelidad, y en todo siendo alabado por el Consejo […] y en su periodo como estratego actuando con justicia e integridad también en el Quersoneso, durante el cual él proporcionó seguridad para los marineros, capturando y entregando las bandas piráticas activas en el mar. En agradecimiento por ello el pueblo y el Consejo, a causa de su buena voluntad hacia este hombre, [dedicaron esto] a los dioses (AE 1948, 201).

Como puede apreciarse, después de tantos siglos, la piratería seguía siendo uno de los problemas acuciantes para Rodas.

Aquí acaba nuestro viaje. A partir del siglo

iii

d. C., las guerras civiles y las invasiones de los pueblos bárbaros volvieron a convertir al Mediterráneo en inseguro y, con ello, de nuevo la proliferación de la piratería. Pero esto es ya otra historia.

Bibliografía

El tema de la piratería en la Antigüedad ha sido tratado de manera muy extensa, por no decir sobre la vida de muchos de los protagonistas de este libro, como, por ejemplo, Cayo Julio César (cos. I 59 a. C.), Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a. C.), Lucio Licinio Lúculo (cos. 74 a. C.), Quinto Sertorio (pr. 83 a. C.) y Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a. C.), entre otros, o de los numerosos territorios que mencionamos a lo largo de este trabajo. Por tanto, solo mencionamos obras directamente relacionadas con nuestro propósito.

En cuanto las citas de fuentes clásicas, se ha utilizado de manera preferente la colección Biblioteca Clásica Gredos, aunque a veces se han efectuado algunas variaciones.

LA PIRATERÍA EN LA ANTIGÜEDAD

Á

lvarez

-O

ssorio

R

ivas

, A.: Los piratas contra Roma. Estudio socioeconómico y cultural de la piratería cilicia (143-36 a. C.), Écija, 2008.

D

e

S

ouza

, P

h

.: Piracy in the Graeco-Roman World, Cambridge, 2000.

M

aróti

, E.: La piraterie avant la guerre civile, Budapest, 1972 [en húngaro].

O

rmerod

, H. A.: Piracy in the Ancient World. An Essay in Mediterranean History, Liverpool, 1924 [trad. esp. Piratería en la Antigüedad. Un ensayo sobre historia del Mediterráneo, Sevilla, 2012].

P

ohl

, H.: Die römische Politik und die Piraterie im östlichen Mittelmeer vom 3. bis zum 1. Jh. v. Chr., Berlín/Nueva York, 1993.

S

estier

, J. M.: La piraterie dans l'Antiquité, París, 1880.

S

intes

, C

l

.: Les pirates contre Rome, París, 2016.

T

ramonti

, S.: Hostes communes omnium. La pirateria e la fine della Republica Romana (145-33 a. C.), Ferrara, 1994.

Z

iebarth

, E.: Beiträge zur Geschichte des Seeraubs und Seehandels im alten Griecheland, Hamburgo, 1924.

A

bad

C

asal

, L.: «La piratería en el mundo antiguo: entre la mitología y la realidad», ii Congreso Internacional de Estudios Históricos: el Mediterráneo, un mar de pirats y corsarios (Santa Pola, 2002), pp. 47-57.

A

lberto de

C

uenca

, L.: «La piratería en la Antigüedad grecorromana», Cuadernos hispanoamericanos, 488 (1991), pp. 37-48.

Á

lvarez

-O

ssorio

R

ivas

, A.: «Algunas consideraciones sobre la religiosidad de los piratas en la Antigüedad», Habis, 41 (2010), pp. 137-156.

Á

lvarez

-O

ssorio

R

ivas

, A.

y

F

errer

A

lbelda

, E.: «Entre lo privado y lo estatal: la piratería en el Mediterráneo antiguo», RUHM, 10. 20 (2021), pp. 18-40

A

rslan

, M. J.: «Piracy: The Pre-existing Security Problem at Antiquity», MJH, 11 (2021), pp. 17-30.

B

eek

, A. L.: «Ancient Plunderers: Criminals os Soldiers?», History Happenings, 14/2 (2018), s. p.

B

eek

, A. L.: «Campaigning against pirate mercenaries. A very Roman strategy?», Piracy, Pillage and Plunder in Antiquity. Appropriation and the Ancient World (Londres/Nueva York, 2020), pp. 97-114.

B

ellamy

, C

hr

.: «Maritime Piracy», The RUSI Journal, 156 (2011), pp. 78-83.

C

avazzuti

, L.: «Nuovi rinvenimenti sottomarini per lo studio della pirateria», Archeologia subacquea, studi, ricerche e documenti, 2 (1997), pp. 197-214.

C

avazzuti

, L.: «La Pirateria nella Navigazione Antica», Lezzioni Fabio Faccenna ii. Conferenza di Archeologia subacquea (Bari, 2004), pp. 45-88.

C

larke

, K.: «D'une Méditerranée de pirates et de barbares à une Mediterrannée coeur de civilisation: Strabon et la construction d'un concept unifié dans le cadre romain», Pallas, 79 (2009), pp. 295-303.

D

e

S

ouza

, P

h

.: «Greek Piracy», The Greek World (Londres/Nueva York, 1999), pp. 179-198.

D

e

S

ouza

, P

h

.: «Piracy in Classical Antiquity: The Origins and Evolution of the Concept», Persistent Piracy. Maritime Violence and State Formation in Global Historical Perspective (Nueva York, 2014), pp. 24-50.

D

e

S

ouza

, P

h

.: «War, piracy and politics in the Mediterranean 500-30 BC», Piratería y seguridad maritima en el Mediterráneo Antiguo (Sevilla, 2013), pp. 31-50.

D

imopoulou

, A

th

.: «Lutter contre la piraterie et ses risques: stratégies de protection et mesures juridiques dans les cités grecques à l'époque hellénistique», ΙΟΥΛΙΑΝ ΒΕΛΙΣΣΑΡΟΠΟΥΛΟΥ ΕΠΑΙΝΕΣΑΙ, Studies in the Ancient Greek and Roman Law (Atenas, 2020), pp. 355-374.

G

abrielsen

, V.: «Economic activity, maritime trade and piracy in the Hellenistic Aegean», REA, 103 (2001), pp. 219-240.

G

abrielsen

V.: «Piracy and the Slave-Trade», A Companion to the Hellenistic World (Malden/Oxford/Carlton, 2005), pp. 389-404.

G

ianfrotta

, E.: «La piraterie», La navigation dans l'antiquité (Aix-en-Provence, 1997), pp. 46-57.

G

ianfrotta

, P. A.: «Commerci e pirateria: prime testimonianze archeologiche sottomarine», MEFRA, 93 (1981), pp. 227-242.

G

ianfrotta

, P. A.: «Pirateria e archeologia sottomarina: rinvenimenti, luoghi e circostanze», Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo antiguo (Sevilla, 2013), pp. 51-66.

H

uhn

, N.: «Pirates and Politics in the Ancient Mediterranean. From Odysseus to Pompey the Great», The MSU Undergraduate Historian, 4 (2019), pp. 1-12.

L

ewis

, D. M.: «Piracy and Slave Trading in Action in Classical and Hellenistic Greece», Mare Nostrum, 10/2 (2019), pp. 79-108.

M

oore

, A.: «Piracy and Mediterranean Unification», Consortium (2012), pp. 94-105.

M

otta

, D.: «Gli onori civici ai comandanti: il caso di Ilio tra guerre piratiche e mitridatiche», Hormos, 2 (2010), pp. 114-127.

N

ocita

, M.

y

G

uizzi

, F.: «Onesandros of Siphnos and the Pirates (about IG Xii.5 653)», Proceedings of the Second International Sifnean Symposium (Atenas, 2005), pp. 281-288.

P

errier

, A.: «Brigands et pirates», Économies et sociétés en Grèce ancienne (478-88 av. J.-C.). Oikonomia et économie (París, 2008), pp. 212-234.

P

ierre

-H

ubert

, P.: «Méditerranée antique, mer(e) de pirates», RHM, 2/2 (2020), pp. 45-60.

R

igsby

, K. J.: «Aegina and Megara (IG IV.2^2 750)», CPh, 105 (2010), pp. 308-313.

R

usu

, B.: «Pirateria în época hellenistica», Studium, 1 (2011), pp. 19-25.

S

emple

, E. C

h

.: «Pirate Coasts of the Mediterranean Sea», Geographical Review, 2 (1916), pp. 134-151.

S

karlatidou

, E. K.: « Κατάλογος μυστῶν καὶ ἐποπτῶν ἀπὸ τὴ Σαμοθράκη », Horos, 8-9 (1990-1991), pp. 153-172.

T

afaro

, S.: «Navigazione e sicurezza nell'antico Mediterraneo», Studia Prawnoustrojowe, 8 (Olasztyn, 2008), pp. 5-28.

W

olff

, C.: «Comment devient-on brigand?», REA, 101 (1999), pp. 393-403.

LA PIRATERÍA CILICIA

Á

lvarez

-O

ssorio

R

ivas

, A.: «Aspectos mercantilistas en el seno de una actividad genuinamente prestigiosa: el caso de la piratería cilicia en los siglos

ii

y

i

a. C.», Economía de prestigio versus economía de mercado (Santander, 2006), pp. 33-48.

Á

lvarez

-O

ssorio

R

ivas

, A.: «La piratería en Cilicia durante la Antigüedad: El paisaje como factor desencadenante de la práctica de la piratería por los indígenas y los foráneos», Seeraub im Mittelmeerraum. Piraterie, Korsarentum und maritime Gewalt von der Antike bis zur Neuzeit (Padeborn, 2013), pp. 155-173.

A

rrayás

M

orales

, I.: «Bandidaje y piratería en la Anatolia meridional: definición y circunstancias en el marco de las guerras mitridáticas», SHHA, 28 (2010), pp. 31-55.

A

rrayás

M

orales

, I.: «Miseria, guerra, piratas. Sobre los orígenes y desarrollo del fenómeno pirático en la Anatolia meridional», Pyrenae, 43/2 (2012), pp. 25-52.

A

rslan

, M.: «Piracy along the coasts of Lycia, Pamphylia and Cilicia Tracheia from 188 BC to 67 BC: Reasons and Consequences», Adalya, 6 (2003), pp. 91-118 [en turco].

A

rslan

, M.: «Piracy on the southern coast of Asia Minor and Mithridates Eupator», Olba, 8 (2003), pp. 195-211.

A

rslan

, M. y T

üner Önen

, N.: «Akdeniz'in Korsan Yuvaları: Kilikia, Pamphylia, Lykia ve Ionia Bölgelerindeki Korykoslar», Adalya, 14 (2011), pp. 189-206.

A

vidov

, A.: «Were the Cilicians a nation of pirates?», MHR, 12 (1997), pp. 5-55.

D

e

S

ouza

, P

h

.: «Who Are You Calling Pirates?», Rough Cilicia. New Historical and Archaeological Approaches (Oxford, 2013), pp. 43-54.

D

urukan

, M.: «The Connection of Eastern and Central Cilicia with Piracy», Adalya, 12 (2009), pp. 77-102.

K

rispin III

, A.: «The Pirates of Cilicia (1st c. BCE)», Anistoriton, 8 (2004), s. p.

L

ewin

, A.: «Banditismo e “civiltas” nella Cilicia Tracheia antica e tardoantica», QS, 76 (1991), pp. 167-184.

M

arasco

, G.: «Aspetti della pirateria cilicia nel i secolo a. C.», GFF, 10 (1987), pp. 129-145.

M

aróti

, E.: «Diodotus Tryphon et la piraterie», AAntHung, 19 (1962), pp. 187-194.

M

avrojannis

, T

h

.: «Le commerce des esclaves syriennes (143-88 av. J.-C.)», Syria, 95 (2018), pp. 245-274.

M

avrojannis

, T

h

.: Il comercio degli schiavi in Siria en el Mediterraneo oriental. Il quadro político della piratería cilicia sino A Pompeo, Roma, 2019.

Ö

ztûrk

, H. S.: «Piracy-Banditry in the Eastern Mediterranean and the Southern Shores of Asia Minor from the 3rd to 1st century BC», Ancient History, Numismatics and Epigraphy in the Mediterranean World. Studies in Memory of Clemens E. Bosch and Sabahat Atlan and in Honour of Nezahat Baydur (Estambul, 2009), pp. 299-308 [en turco].

R

auh

, N. K.: «Coastal highlands, the sea and dissident behaviour on the margins of society», Archaeological Dialogues, 26 (2019), pp. 45-50.

R

auh

, N. K. ET ALII : «Pirates in the bay of Pamphylia: an archaeological inquiry», The Sea in Antiquity (Oxford, 2000), pp. 151-180.

R

auh

, N. K.: «Who were the Cilician Pirates», Res Maritimae: Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity (Atlanta, 1997), pp. 263-283.

T

omaschitz

, K.: «The Cilician Pirates – how to approach an obscure

phenomenon», Rough Cilicia. New Historical and Archaeological Approaches (Oxford, 2013), pp. 55-58.

T

ozan

, M.: «Roman Eastern Policy from the Third Macedonian War to the Campaign of Pompey and Piracy on the Southern Coast of Asia Minor (167-67 B.C.)», Cedrus, 2 (2014), pp. 135-169 [en turco].

OCCIDENTE

Á

lvarez

-O

SSORIO

R

IVAS

, A.: «La piratería como factor geoestratégico en el Estrecho durante la Antigüedad», Fretum Hispanicum. Nuevas perspectivas sobre el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad (Sevilla, 2019), pp. 309-332.

Á

lvarez

-O

ssorio

R

ivas

, A.: «Seguridad, piratería y legislación en el tráfico comercial romano en la península ibérica durante la República y el Alto Imperio», Mainake, 30 (2008), pp. 91-107.

B

arca

, N.: Roman Aquileia. The Impenetrable City-Fortress, a Sentry of the Alps, Oxford, 2022.

B

arigazzi

, A.: «Liguri friniati e apuani in Livio», Prometheus, 17 (1991), pp. 55-74.

C

abezas

-G

uzmán

, G.

y

V

entós

, G. R.: «Rome and the North-Western Mediterranean: Ports-of-Call and Sea Routes», Rome and the North-Western Mediterranean. Integration and connectivity c. 150-70 BC (Oxford, 2022), pp. 237-244.

D

e

W

itt

, N. J.: «Massilia and Rome», TAPhA, 71 (1940), pp. 605-615.

G

ozalbes

C

ravioto

, E.: «La piratería en el estrecho de Gibraltar en la Antigüedad», Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar. Actas. Tomo I. Prehistoria e Historia de la Antigüedad, I (Madrid, 1988), pp. 769-778.

L

lamazares

M

artín

, A.: «Roma en Sardinia a comienzos del siglo

ii

a. C.: La campaña de Tiberio Graco el Mayor», Gladius, 36 (2016), pp. 77-95.

M

elli

, P.: «Il Liguri della costa», Ligures Celeberrimi. La Liguria interna nella seconda età del ferro. Atti del Congresso Internazionale (Bordighera, 2004), pp. 165-190.

R

oman

, Y.: «L'intervention romaine de 154 avant J.-C. en Gaule Transalpine: essai d'analyse», RAN, 24 (1991), pp. 35-39.

T

hornton

, J.: «Marginalità e integrazione dei Liguri Apuani: una deportazione umanitaria?», Tra marginalità e integrazione. Aspetti dell'assistenza sociale nel mondo greci e romano. Atti delle giornate di studio (Roma, 2012), pp. 89-110.

T

ramonti

, S.: «La piraterie ligure e sardo-corsa nel Tirreno nel ii sec. a. C.», A&R 40 (1995), pp. 198-212.

V

entós

, G. R. Y C

abezas

-G

uzmán

, G.: «Ligurians, Gatekeepers of the West 197-118 BC», Rome and the North-Western Mediterranean. Integration and Connectivity c. 150-70 BC (Oxford, 2022), pp. 47-55

SICILIA

B

usuttil

, J.: «Pirates in Malta», Melita Historica, 5 (1971), pp. 308-310.

D

ubouloz

, J.

y

P

ittia

, S.: «La Sicile romaine, de la disparition du royaume de Hiéron

ii

à la réorganisation augustéenne des provinces», Pallas, 80 (2009), pp. 85-125.

J

olowicz

, D.: «Sicily and Roman Republican History in Chariton's Chaereas and Callirhoe », JHS, 138 (2018), pp. 127-149

M

aróti

, E.: «La piraterie aux alentours de la Sicilie au temps du propréteur Verres», AAntHung, 4 (1956), pp. 197-209 [en ruso].

P

inzone

, A.: «L'iscrizione alesina di Caninius Niger e il problema dei socii navales Siciliani», Sicilia Antiqua, 8 (2011), pp. 55-61.

M

attingly

, H. B.: «Roman Pollentia: coinage and history», Pollentia. Estudio de los materiales, I. Sa Portella. Excavaciones 1957-1963 (Palma, 1983), pp. 242-299.

M

ontecchio

, L.: «Pirati delle Baleari. Caratteristiche di una piratería», Aquila Legionis, 21 (2016), pp. 9-29.

M

organ

, M. G.: «The Roman conquest of the Balearic Isles», CSCA, 2 (1969), pp. 217-231

M

üller

, R.: «Die republikanische Militäranlage von Sanisera (Menorca)», Aktuelle Forschungen zur Provinzialrömischen Archäologie in Hispanien (Marburgo, 2016), pp. 119-124.

O

rfila

, M.: «La intervención de Q. Cecilio Metelo sobre las Baleares (123 a

121 a. C.). Condiciones previas y sus consecuencias», Pyrenae, 39/2 (2008), pp. 7-45.

P

ena

, M. J.: « De Caeciliis Metellis. Sobre los orígenes de la gens y sus relaciones con el Adriático (la vía Caecilia) y con las islas Baleares», RSAnt, 42 (2012), pp. 139-170.

P

ena

, M. J.: «La tribu Velina en Mallorca y los nombres de Palma y Pollentia », Faventia, 26/2 (2004), pp. 69-90.

P

rieto

A

rciniega

, A.: «Un punto obscuro en la invasión romana de las Baleares. La piratería», Habis, 18-19 (1987-1988), pp. 271-275.

P

uig

P

alerm

, A.: «La piratería en el archipiélago balear en la Antigüedad ¿sólo una causa de la intervención romana del 123 a. C.?», Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo Antiguo (Sevilla, 2013), pp. 145-166.

V

allorí

M

árquez

, B.: «El bellum Balearicum (123 a. C.). Fuentes históricas y evidencia arqueológica», Accampamenti, guarnignioni e assedi durante la Secunda Guerra Punica e la conquista romana (secoli III - I a. C.): prospettive archeologiche (Roma, 2019), 71-81.

V

allori

-M

árquez

, B.: «Between Traders and Pirates. Connectivity in the Balearic Islands from the Second Punic War to the Mid-First Century BC», Rome and the North-Western Mediterranean. Integration and Connectivity c. 150-70 BC (Oxford/Philadelphia, 2022), pp. 227-236.

W

aszak

, D.: «Kampania Kwintusa Cecyliusza Metellusa przeciwko Balearom przeprowadzona w latach 123-122 p.n.e.», Nowy Filomata, 19 (2015), pp. 57-65.

ILIRIA

B

adian

, E.: «Notes on Roman Policy in Illiria (230-201 B.C.)», PBSR, 20 (1952), pp. 72-93.

C

abanes

, P.: Les illyriens de Bardulis à Genthios (IVe–IIe siècles avant J.-C.), París, 1988.

D

ell

, H. J.: «Demetrius of Pharus and the Istrian War», Historia, 19 (1970), pp. 30-38.

D

ell

, H. J.: «The Origin and Nature of Illyrian Piracy», Historia, 16 (1967), pp. 344-358.

D

erow

, P. S.: «Kleemporos», Phoenix, 27 (1973), pp. 118-134.

D

yczek

, P.: «Illyrian King Ballaios, King Agron and Queen Teuta from Ancient Rhizon», Anodos, 13 (2013), pp. 195-202.

E

ckstein

, A. M.: «Polybius, Demetrius of Pharus, and the Origins of the Second Illyrian War», CPh, 89 (1994), pp. 46-59.

F

erine, Cl

.: «Appiano, Illyr. 3 e la pirateria illirica nel IV sec. a. C.», Hermes, 132 (2004), pp. 326-337.

G

arcía Riaza

, E.: «Guerra, agresiones a embajadas y prejuicios de género de la expansión romano-republicana: el caso de Teuta de Iliria», Gladius,

40 (2020), pp. 7-17.

H

ammond

, N. G. L.: «The Kingdoms in Illyria circa 400-167 B.C.», ABSA, 61 (1996), pp. 239-253.

H

ammond

, V: «Illyris, Rome and Macedon in 229-205 B.C.», JRS, 58 (1968), pp. 1-21.

M

arasco

, G.: «Interessi comerciali e fattori politici nella condotta romana in Illiria (230-219 a. C.)», SCO, 36 (1987), pp. 35-112.

M

ay

, J. M. F.: «Macedonia and Illyria (217-167 B.C.)», JRS, 36 (1946), pp. 48-56.

S

asel Kos

, M.: «The Roman Conquest of Dalmatia in the Light of Appian's Illyrike », Dall'Adriatico al Danubio. L'Illirico in età greca e romana. Atti del convengo internazionale (Pisa, 2004), pp. 141-166.

S

ilva Salgado

, J.: «Intereses geopolíticos romanos. El caso de la guerra contra Iliria», Tiempo y Espacio, 11-12 (2001-2002), pp. 15-32.

V

an Antwerp Fine

, J.: «Macedon, Illyria, and Rome, 220-219 B.C.», JRS, 26 (1936), pp. 24-39.

GRECIA

H

abicht

, Ch.: Athènes hellénistique. Histoire de la cité d'Alexandre le Grand à Marc Antoine, París, 2000.

K

ent

, J. H.: «A Garrison Inscription from Rhamnous», Hesperia, 10 (1941), pp. 342-350.

P

awlak

, M. N.: «The Aegean Greek poleis in the face of the Roman wars in the first century BC. War and the economy», Klio, 64 (2022), pp. 3-30.

P

ettegrew

, D. K.: «The diolkos of Corinth», AJA, 115 (2011), pp. 549-574.

T

racy

, S. L.: «Atenas in 100 B.C.», HSCPh, 83 (1979), pp. 213-231.

W

erner

, W.: «The largest ship trackway in ancient times: the Diolkos of the Isthmus of Corinth, Greece, and early attempts to build a canal», The International Journal of Nautical Archaeology, 16/2 (1997), pp. 98-119.

B

adoud

, N.: «Rhodes et les Cyclades à l’époque hellénistique», Pouvoirs, îles et mer: formes et modalités de hégémonie dans les Cyclades antiques. Formes et modalités de l’hégémonie dans les Cyclades antiques (VIIe s. a. C.-IIIe s. p. C.). Actes du colloque international (Burdeos, 14-15 juin 2012) (Burdeos, 2014), pp. 115-129.

B

run

, P.: Les archipels égéens dans l’antiquité grecque (Ve-IIe siècles av. notre ère), Besanzón, 1996.

C

oarelli

, F.: «L’“Agora des Italiens” a Delo: Il mercato degli schiavi?», Delo e l’Italia (Roma, 1983), pp. 119-146.

C

onstantakopoulou, Chr

.: «Cycladic history and archaeology: some thoughts», Cycladic Archaeology and Research: New Approaches and Discoveries (Oxford, 2018), pp. v-xii.

C

riscuolo

, L.: «Ptolemies and piracy», The Ptolemies, the Sea and the Nile. Studies in Waterborne Power (Cambridge, 2013), pp. 160-171.

É

tienne

, R.: «Ténos et L. Aufidius Bassus (IG Xii 5. 860)», ZPE, 36 (1979), pp. 145-149.

F

rank

, T.: «Commercialism and Roman Territorial», CJ, 5 (1910), pp. 99-110.

J

ohnston

, A. ET ALII: «Pots, piracy and Aegila. Hellenistic ceramics from an intensive survey of Antikythera, Greece», ABSA, 107 (2012), pp. 247-272.

L

e Quéré

, E.: Les Cyclades sous l'Empire romain. Histoire d'une renaissance, Rennes, 2015.

M

aillot, St

. y F

incker

, M.: «Délos. La muraille de Triarius», BCH, 136-137 (2012-2013), pp. 843-851.

M

aillot, St

. y F

incker

, M.: «Le rempart de Triarius», BCH, 139-140 (2015-2016), pp. 894-911.

M

aróti

, E.: «Der Sklavenmarkt auf Delos und die Piraterie», Helikon,9-10 (1969-1970), pp. 24-42.

M

eadows

, A.: «The Ptolemaic League of the Islanders», The Ptolemies, the Sea and the Nile. Studies in Waterborne Power (Cambridge, 2013), pp. 19-38.

M

outsiou, Ch

. ET ALII: «The Sanctuary of “Apollon Aegileas” on Antikythera, Greece. People and Myth on the Crossroads of Piracy and Cult», Mousaios, 19 (2014), pp. 171-202.

P

awlak

, M. N.: «From Independence to Dependance: the Administrative Status of the Aegean Islands from 129 BC to 294 AD», Cyprus, Crete and the Aegean Islands in Antiquity (Cracovia, 2017), pp. 187-219.

R

auh

, N. K.: The Sacred Bonds of Commerce. Religion, Economy and Trade Society at Hellenistic Roman Delos, 166-87 B.C., Ámsterdam, 1993.

R

aviola

, F.: «I Romani, Delo e il commercio degli schiavi nella visione di Strabone XIV 5, 2», Hormos, 6 (2014), pp. 90-104.

R

eger

, G.: «The Political History of the Kyklades 260-200 B.C.», Historia, 43 (1994), pp. 32-69.

R

ostovtzeff

, M.: «Rhodes, Delos and Hellenistic Commerce», The Cambridge Ancient History. Volume VIII. Rome and the Mediterranean 218-133 B.C. (Cambridge, 1930), pp. 619-667.

V

an Berchem

, D.: «Les Italiens d'Argos et le déclin de Délos», BCH, 86 (1962), pp. 305-313.

CRETA

B

aldwin Bowsky

, M. W.: «Roman Patronage, Greek Identity: How Lyttos finally won the war against Knossos», 9th International Congress of Cretan Studies (Iraklion, 2006), pp. 407-419.

B

rulé

, P.: La piraterie crétoise hellénistique, Besanzón, 1978.

B

rulé

, P.: «Des pirates, oui, et des naufrageurs, aussi!», Afti inè i Kriti! Identités, altérités et figures crétoises. Actes du colloque international et pluridisciplinaire organicé par l'EA 4424 (C.R.I.S.E.S.) à l'Université Paul-Valéry Montpellier (16, 17 et 18 octobre 2013) (Burdeos, 2015), pp. 59-72.

C

ary

, M.: «A Roman Arbitration of the Second Century B.C.», JRS, 16 (1926), pp. 194-200.

C

haniotis

, A.: Die Veiträge zwischen kretischen Poleis in der hellenistische Zeit, Stuttgart, 1996.

C

haniotis

, A.: «"Federalism" on Crete: The Cretan Koinon and the Koinon of the Oreioi », Federalism in Greek Antiquity (Cambridge, 2015), pp. 377-385

C

urtis

, M. J.: «Maritime Crete: Change and Transition amongst the Coastal Settlements from the 2nd Century BC to the 2nd Century AD – An Early View», Economy and the Maritime Cultural Landscape of Greece, Panel 5.3 (Heidelberg, 2022), pp. 29-34.

G

uizzi

, F.: Hierapytna. Storia di una polis cretese dalla fondazione alla conquista romana, Roma, 2001.

H

arrison

, G. W. M.: «Background to the First Century of Roman Rule in Crete», Cretan Studies, 1 (1988), pp. 125-155.

K

elly

, A. M.: «The Cretan Slinger at War: a weighty exchange. 1-39», ABSA, 107 (2012), pp. 273-311.

K

ondorini

, V.: «Rhodes, Athènes et l'apaisement en Crete orientale à la fin du iie siècle avant notre ère», Les Cyclades (París, 1983), p. 141.

K

ossmann

, P.: «Les relations entre les Lagides et les cités crétoises», Afti inè i Kriti! Identités, altérités et figures crétoises. Actes du colloque international et pluridisciplinaire organicé par l'EA 4424 (C.R.I.S.E.S.) à l'Université Paul-Valéry Montpellier (16, 17 et 18 octobre 2013) (Burdeos, 2015), pp. 201-218.

K

reuter

, S.: «Die Beziehungen zwischen Rom und Kreta vom Beginn des zweiten Jahrhunderts v. Chr. zur Einrichtung des römischen Provinz», Rom und der griechische Osten. Festschrift für Hatto H. Schmitt zum 65. Geburstag (Stuttgart, 1995), pp. 135-150.

P

apageorgiadou, Ch

.: «The emergence of Cretan states in the Hellenistic times», Monetary and Social Aspects of Hellenistic Crete (Atenas, 2020), pp. 409-415.

P

erlman

, P.: « Krêtes aei lêistai? The Marginalizacion of Crete Thought and the Role of Piracy in the Outbreak of the First Cretan War», Hellenistic Rhodes: Politics, Culture, and Society (Aarhus, 1999),

pp. 132-161.

S

tefanaki

, V. E: Hierapytna. Histoire et monnayage jusqu'a la conquete romaine, Ioánina, 2021.

V

iviers

, D.: «Une cité crétoise à l'épreuve d'une garnison lagide: l'exemple d'Itanos», Pratiques et identités culturelles des armées hellénistiques du monde méditerranéen. Hellenistic Warfare, 3 (Burdeos, 2011), pp. 35-64.

V

ogeikoff-Brogan

, N.: «"The Wild East of Crete": The Eastern Mirabello before and after 100 B.C.», Monetary and Social Aspects of Hellenistic Crete (Atenas, 2020), pp. 23-34.

EMIRATO DE CRETA

C

hristides

, V.: The Conquest of Crete by the Arabs (ca. 824): A Turning Point

in the Struggle between Byzantium and Islam, Atenas, 1984.

C

hristides

, V.: «The Raids of the Moslems of Crete in the Aegean Sea: Piracy and Conquest», Byzantion, 51 (1981), pp. 76-111.

G

uichard

P.: «Les débuts de la piraterie andalouse en Méditerranée occidentale (798-813)», Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée, 35 (1983), pp. 55-76.

H

arazem

, M.: La odisea de los rabadíes. El primer exilio hispano, s.l., 2017.

M

akrypoulias, Chr

. G.: «Byzantine Expeditions against the Emirate of Crete c. 825–949», Graeco-Arabica, 7-8 (2000), pp. 347-362.

M

iles

, G. C.: «Byzantium and the Arabs: Relations in Crete and the Aegean Area», Dumbarton Oaks Papers, 18 (1964), pp. 1-32.

P

anadero

, C.: Los andaluces fundadores del emirato de Creta, s.l., 2015.

FALASARNA

F

rost

, F. J.: «The last days of Phalasarna», AHB, 3 (1989), pp. 15-17.

H

adjidaki

, E.: «The Roman Destruction of Phalasarna», Archaeology of the Roman Empire. A Tribute to the Life and Works of Professor Barri Jones (Oxford, 2001), pp. 155-166.

K

ouremenos

, A.: «A Tale of Two Cretan Cities: the Building of Roman Kissamos and the Persistence of Polyrrhenia in The Wake of Shifting Identities», Attitudes Towards the Past in Antiquity. Creating Identities Proceedings of an International Conference Held at

Stockholm University, 15-17 May 2009 (Estocolmo, 2014), 139-148.

S

tefanakis

, M. I.: «Phalasarna, un port antique, un espace d'échanges en Méditerranée», Espaces d'échanges en Méditerranée. Antiquité et Moyen Âge (Rennes, 2006), pp. 41-75

V

alle

, P.: «Falasarna: anfore, guerre e pirati», Monetary and Social Aspects of Hellenistic Crete (Atenas, 2020), pp. 159-162.

RODAS

A

ger

, S. L.: «Rhodes: the Rise and Fall of a Neutral Diplomat», Historia, 40 (1991), pp. 10-41.

A

ragón Pérez

, A.: «Rodas desde el siglo

a. C. hasta la conquista de Roma», Ab Initio, 6 (2012), pp. 3-28.

A

randa García

, J. A.: «Rodas. El poder político de la aristocracia comercial», La razón histórica, 32 (2016), pp. 109-131.

B

adoud

, N.: «Note sur trois inscriptions mentionnant des Rhodiens morts à la guerre. Contribution à l'étude des relations entre Rhodes et Rome à la fin du IVe s. av. J.-C.», BCH, 139-140 (2015-2016), pp. 237-246.

B

erthold

, R. M.: Rhodes in the Hellenistic Age, Ithaca, 1984.

B

erthold

, R. M.: «The Rhodian Appeal to Rome in 201 B.C.», CJ, 71 (1975-1976), pp. 97-107.

B

resson

, A.: «Rhodes, Rome et les pirates tyrrhéniens», Scripta anatolica. Hommages à Pierre Debord (Burdeos, 2007), pp. 145-164.

F

airbank

, K.: «The Strength of Rhodes and the Cilician Pirate Crisis», Studia Antiqua, 6/1 (2008), pp. 87-93.

F

raser

, P. M. y Bean, G.: The Rhodian Peraea and Islands, Oxford, 1954.

G

abrielsen

, V.: «Rhodes and Rome after the Third Macedonian War», Centre and Periphery in the Hellenistic World (Aarhus, 19939), pp. 132-161.

G

abrielsen

, V.: The Naval Aristocracy of Hellenistic Rhodes, Aarhus, 1997.

G

ruen

, E. S.: «Rome and Rhodes in the Second Century B.C.: A Historiographical Inquiry», CQ, 25 (1975), pp. 58-81.

K

ontorini

, V.: «Rome et Rhodes au torurnant du

iii

e s. av. J.-C. d'après une inscription inèdite de Rhodes», JRS, 73 (1983), pp. 24-32.

Ñ

aco del Hoyo

, T. ET ALII: «Roma o Mitrídates. Las póleis griegas en su última encrucijada (89-63 a. C.): cuatro casos de estudio», Faventia, 37 (2015), pp. 35-55.

Ñ

aco del Hoyo

, T. ET ALII: «The "Ultimate Frontier": War, Terror and the Greek Poleis between Mithridates and Rome», Frontiers in the Roman World. Proceedings of the Ninth Workshop of the International Network Impact of Empire (Durham, 16-19 April 2009) (Leiden/ Boston, 2011), pp. 291-304.

R

ice

, E. E.: «The Rhodian navy in the Hellenistic age», New Interpretations in Naval History (Annapolis, 1991), pp. 29-50.

R

usso

, F.: «Rodi e Roma tra IV e iii secolo a. C.», Considerazioni di Storia ed Archeologia (2010), pp. 48-72.

S

ekunda

, N.: «A Note on the Rhodian Expedition against Aigila», Grammateion, 3 (2014), pp. 13-14.

W

iemer

, H.-U.: «Early Hellenistic Rhodes: the struggle for independence and the dream of hegemony», Creating a Hellenistic World (Swansea, 2011), pp. 123-146.

W

iemer

, H.-U.: Krieg, Handel und Piraterie. Untersuchungen zur Geschichte des hellenistischen Rhodos, Berlín, 2002.

A

dak

, M.: «Likya ve Roma», Likya Incelemeri I (Estambul, 2002), pp. 129-146.

A

dak

, M.: «Lokalisierung von Olympos und Korykos in Ostlykien», Gephyra, 1 (2004), pp. 27-51.

A

rslan

, M.; B

ahçe

, N. y B

ulut

, E.: «Revolts in Isauria during the Hellenistic and Roman Periods on the Light of Ancient Sources», International Symposium: Bozkir from Pastto Present (Konya, 2016), pp. 49-63.

A

rslan

, M. y T

üner Önen

, N.: «Akdeniz'in Korsan Yuvaları: Kilikia, Pamphylia, Lykia ve Ionia Bölgelerindeki Korykoslar», Adalya, 14 (2011), pp. 189-206.

B

aker

, P. y T

hériault

, G.: «Les Lyciens, Xanthos et Rome dans la première moitié du Ier s. a. C.: nouvelles inscriptions», REG, 118 (2005), pp. 329-366.

Ö

zer

, M.: «The Lycian League and Olympus in Eastern Lycia», MJH, 3 (2013), pp. 211-224.

R

eitzenstein

, D.: «Der lykische Bund, die Städte des Xanthos als und Rom in späthellenistischer Zeit», Communautés locales et pouvoir central dans l'Orient hellénistique et romain (Nancy/París, 2012), pp. 429-450.

S

haw

, B. D.: «Bandit Highlands and Lowland Peace: The Mountains of Isauria-Cilicia», JESHO, 33 (1990), pp. 199-233.

V

anhaverbeke

, H. y W

aelkens

, M.: «If you can’t beat them, join them? The Hellenization of Pisidia», MedArch, 18 (2005), pp. 49-65.

CILICIA

A

rrayás Morales

, I.: «Deportation and re-occupation policies in southern Anatolia», Ancient Disasters and Crisis Management in Classical Antiquity (Oxford, 2015), pp. 85-97.

A

rslan

, M. y T

üner Önen

, N.: «Pirates' Havens in the Mediterranean: 'Korykos'es in Cilicia, Pamphylia, Lycia and Ionia», Adalya, 14 (2011), pp. 189-206 [en turco].

D

esideri

, P.: «Strabo's Cilicians», De Anatolia Antiqua/Eski Anadolu, 1 (1991), pp. 299-304.

D

odd

, E. K.: Roman and Late Antique Wine Production in the Eastern Mediterranean. A Comparative Archaeological Study at Antiochia ad Cragum (Turkey) and Delos (Greece), Oxford, 2020.

F

reeman, Ph

.: «The Province of Cilicia and its Origins», The Defence of the Roman and Byzantine East. Volume I (Oxford, 1986), pp. 253-275.

H

off

, M.;

Townsend, Rh

. y

Howe

, T.: «New old stones at Antiochia in Rough Cilicia: A novel city name and a proposed visit by Hadrian and Sabina», JRA, 34 (2021), pp. 130-150.

K

reiler

, B.: «Zur Verwaltung Kilikiens von 102 bis 78 v. Chr.», Gephyra, 4 (2007), pp. 117-126.

L

ewin

, A.: «Banditismo e civilitas nella Cilicia Tracheia antica e tardoantica», QS, 76 (1991), pp. 167-184.

L

iebmann-Frankforth, Th

.: «La province Cilicia et son intégration dans l'empire romain», Hommages à Marcel Renard, ii (Bruselas, 1969), pp. 447-457.

O

ktan

, M.: «The Route Taken By Cilicia To Provincial Status: Why And When?», Olba, 19 (2011), pp. 267-286

R

auh

, N. K.: «Coastal highlands, the sea and dissident behaviour on the margins of society», Archaeological Dialogues, 26 (2019), pp. 45-50.

S

chiavo

, R.: «Sulla Cilicia di Strabone», Geographia Antiqua, 29 (2018), pp. 127-140.

S

yme

, R.: «Observations of the Province of Cilicia», Anatolian Studies Presented to W. H. Buckler (Manchester, 1939), pp. 299-332.

W

right

, N. L.: «The house of Tarkondimotos: a late Hellenistic dynasty between Rome and the East», AS, 62 (2012), pp. 69-88.

SOBRE ORÁCULOS

D

e Souza, Ph

.: «Romans and pirates in a late Hellenistic oracle from Pamphylia», CQ, 47 (1997), pp. 477-481.

M

aróti

, E.: «A recently found versified oracle against the pirates», AAntHung, 16 (1968), pp. 233-238.

R

obert

, L.: «Un oracle à Syedra, les monnaies et le culte d'Arès», Documents de l'Asie Mineure méridionale (Ginebra/París, 1966), pp. 91-100.

S

okolowski

, F.: «Sur l'oracle de Claros destiné a la ville de Syédra», BCH, 92 (1968), pp. 519-522.

CIRENAICA

B

agnall

, R. S.: «Stolos the Admiral», Phoenix, 26 (1972), pp. 358-368.

C

hevrollier

, F.: «From Cyrene to Gortyn. Notes on the Relationships between Crete and Cyrenaica under Roman Domination (1st c. BC to 4th c. AD)», Roman Crete. New Perspectives (Oxford, 2016), pp. 11-26.

H

auben

, H.: «Was Stolos a Cyrenaean?», ZPE, 25 (1977), pp. 221-226.

L

aronde

, A.: «La Cyrénaique romaine des origines à la fin des Sèvères (96 av. J.-C.-235 ap. J.-C.)», ANRW, ii 10. 1 (1988), pp. 1006-1064.

O

ost

, S. L.: «Cyrene, 96-74 B.C.», CPh, 58 (1963), pp. 11-25.

R

eynolds

, J. M.: «Cyrenaica, Pompey and Cn. Cornelius Lentulus Marcellinus», JRS. 52 (1962), pp. 7-103.

R

eynolds

, J. M.: «Inscriptions», Excavations at Sidi Khrebish, Benghazi (Berenice). Vol 1 (Tripoli, 1977), pp. 233-254.

ROMA Y LA PIRATERÍA

Á

lvarez-Ossorio Rivas

, A.: «Deudores que evitan nuevas deudas: la utilización por parte de Roma de antiguos líderes piratas para prevenir la piratería en Asia Menor durante el primer siglo del principado», Perdona nuestras deudas (Santander, 2007), pp. 101-112.

Á

lvarez-Ossorio Rivas

, A.: « Fidelissimus socius amicissimusque Romani: The Collaboration between Roman Commanders and Former Pirates at the End of the Republic», Provinces and Provincial Command in Republican Rome: Genesis, Development and Governance (Sevilla/ Zaragoza, 2021), pp. 165-190.

Á

lvarez Ossorio Rivas

, A.: «Rome and the Political Dimension of Piracy in the North-Western Mediterranean», Rome and the North-Western Mediterranean. Integration and Connectivity c. 150-70 BC (Oxford/ Philadelphia, 2022), pp. 217-225.

A

rrayás Morales

, I. y

Heredia Chimeno

, C.: «El enemigo “atípico” en las fuentes literarias antiguas relativas a los conflictos de finales de la República romana. Itálicos, esclavos y “fuera de la ley”», Historiografía de la esclavitud (Madrid, 2020), pp. 325-348.

B

eek

, A. L.: «Where have all the pirates gone?», Invisible Cultures: Historical and Archaeological Perspectives (Cambridge, 2015), pp. 270-284.

B

enabou

, M.: «Rome et la police des mers au Ier siècle av. J.C. La répression de la piraterie cilicienne», L’homme méditerranéen et la mer. Actes du troisième Congrès international d’études des cultures de la Méditerranée occidentale (París, 1985), pp. 60-69.

C

lavel-Lévêque M

.: «Brigandage et piraterie: représentations idéologiques et pratiques impérialistes au dernier siècle de la République», DHA, 4 (1978). pp. 17-31.

D

e Souza, Ph

.: «Ancient Rome and the Pirates», History Today, 51/7 (2001), pp. 48-53.

D

e Souza, Ph

.: «Pirates and Politics in the Roman World», Piraterie von der Antike bis zur Gegenwart (Stuttgart, 2012), pp. 47-74.

D

e Souza, Ph

.: «Rome's Contribution to the Development of Piracy», The Maritime World of Ancient Rome (Roma, 2008), pp. 71-96.

D

e Souza, Ph

.: «“They are the enemies of all mankind”: justifying Roman imperialism in the Late Republic», Roman Imperialism: Post-Colonial Perspectives. Proceedings of a Symposium Held at Leicester University in November 1994 (Leicester, 1996), pp. 125-133.

F

ernández Vizcaíno

, B.: «Comercio y piratería en Roma en la época republicana», Fundamentos romanísticos del derecho contemporáneo. Tomo IX. Derecho comercial romano (Madrid, 2021), pp. 197-212.

G

öluke, Chr

.: « Mare pacavi a praedonibus - Die römische Vision von einem piratenfreien Meer», Gefährliches Pflaster. Kriminalität im Römischen Reich (Maguncia, 2011), pp. 197-211.

L

inke

, B.: «Meer ohne Ordnung. Seerüstung und Pirateria in der Römischer Republick», Seeraub im Mittelmerraum. Piraterie, Korsarentum und maritime Gewalt von der Antike bis zur Neuzeit (Paderborn, 2013), pp. 265-280.

M

arasco

, G.: «Roma e la pirateria cilicia», RSI, 99 (1987), pp. 122-146.

M

onaco

, L.: Persecutio piratorum. I. Battaglie ambigue e svolte costituzionali nella Roma repubblicana, Nápoles, 1996.

R

auh

, N.: Merchants, Sailors and Pirates in the Roman World, Stroud, 2003.

R

usu

, B.: «Rome's struggle against piracy in the 1st century B.C.», Studium, 2 (2011), pp. 21-34 [en rumano].

S

chulz

, R.: «Zwischen Kooperation und Konfrontation. Die römische Weltreichsbildung und die Piraterie«, Klio, 82 (2000), pp. 426-440.

S

toyanova

. V.: «Roma contra piratas», Ius Romanum, 2 (2021), pp. 363-385.

S

trechie

, M.: «Forms of Terrorism in Ancient Rome», International Conference Knowledge-Based Organization, 25 (2019), pp. 161-168.

T

afaro

, S.: « Πειρατής. Roma Antica e la piratería», Diritto@storia, 18 (2021), s.p.

T

ansey

, P.: «Antonia and the pirates», CQ, 60 (2010), pp. 656-658.

T

ramonti

, S.: «Dionisio, un pirata adriatico del I sec. a. C.», RStAnt, 26 (1996), pp. 123-134.

U

rso

, G.: «Roma, “città greca”: Nota a Strabone V 3,5,232», Aevum, 75 (2001), pp. 25-35.

W

eigel, Chr

.: «Freibeuter der Herzen: Piraterie im antiken Roman», Antike Welt, [2] (2016), pp. 23-28.

LA CAMPAÑA DE MARCO ANTONIO «EL ORADOR»

B

eek

, A. L.: «The Pirate Connection: Roman Politics, Servile Wars, and the East», TAPhA, 146 (2016), pp. 99-116.

B

roughton

, T. R. S.: «Notes on Roman Magistrates. I. The Command of M. Antonius in Cilicia», TAPhA, 77 (1946), pp. 35-39.

D

ow

, St.: «Corinthiaca: VI. The Latin Elegiacs of ca. 101 B. C. Vii. Greek Elegiacs of the Roman Empire», HSCPh, 60 (1951), pp. 81-100.

I

akovleva

, Sv.: «Marcus Antonius' Campaign against the Pirates in 102 BC», Sapiens ubique civis, 1 (2020), pp. 89-96.

K

udryavtseva

, T. V.: «Reconsidering the imperium infinitum of Marcus Antonius Creticus», Vestnik of Saint Petersburg University. History, 64 (2019), pp. 937-950.

T

aylor

, L. R. y West, A. B.: «Latin elegiacs from Corinth», AJA, 32 (1928), pp. 9-22.

T

ozan

, M.: «The Expedition of Marcus Antonius against Pirates and the Lex de Provinciis praetoriis », Tarih Okulu Ilkhahar, 14 (2013), pp. 1-26 [en turco].

W

illiams, Ch

. K. ET ALII: «From the Destruction of Corinth to Colonia Laus Iulia Corinthiensis», The Destruction of Cities in the Ancient Greek World. Integrating the Archaeological and Literary Evidence (Cambridge, 2021), pp. 258-287.

LA LEX DE PROVINCIIS PRAETORIIS

D

rogula

, F. K.: «The Lex Porcia and the Development of Legal Restraints on Roman Governors», Chiron, 41 (2011), pp. 91-124.

F

errary

, J.-L.: «Recherches sur la législation de Saturninus et de Glaucia, I- La Lex de Piratis des inscriptions de Delphes et de Cnide», MEFRA, 89 (1977), pp. 619-660.

F

errary

, J.-L.: «Retour sur la loi des inscriptions de Delphes et de Cnide (Roman Statutes, nº 12)», Epigrafia 2006. Atti della XIVe Rencontre sur l'épigraphie in onore di Silvio Panciera con altri contributi di colleghi, allieni e collaboratori, I (Roma, 2008), pp. 101-114.

G

eelhaar, Cl

.: «Some remarks on the lex de provinciis praetoriis», RIDA, 49 (2002), pp. 109-118.

G

iovannini

, A.: «Date et objectifs de la “lex de prouinciis praetoriis” (“Roman Statutes”, no 12)», Historia, 57 (2008), pp. 92-107.

G

iovannini

, A. y G

rzybek

, Z.: «La lex de piratis persequendis», MH, 35 (1978), pp. 33-47.

H

assall

, M.; C

rawford

, M. y R

eynolds

, J.: «Rome and the Eastern Provinces at the End of the Second Century B.C. The So-called “Piracy Law” and a New Inscription from Cnidos», JRS, 64 (1974), pp. 195-220.

S

umner

, G. V.: «The “Piracy War” from Delphi and the Law of the Cnidos Inscription», GRBS, 19 (1978), pp. 211-225.

MITRÍDATES VI Y LA PIRATERÍA

A

rrayás Morales

, I.: «Conectividad mediterránea en el marco del conflicto mitridático», Klio, 98 (2016), pp. 158-183.

A

rrayás Morales

, I.: «Entre Oriente y Occidente. La acción de piratas y corsarios en el marco de las guerras silanas», Piratería y seguridad maritima en el Mediterráneo Antiguo (Sevilla, 2013), pp. 167-186.

A

rrayás Morales

, I.: «Piratería, deportación y repoblamiento. La Anatolia meridional en el marco de las guerras mitridáticas», Klio, 95 (2013), pp. 180-210.

A

rrayás Morales

, I.: «Piratería y señores de la guerra en la Anatolia meridional en el marco del conflicto mitridático», Aevum, 87 (2013), pp. 31-54.

A

rrayás Morales

, I.: «Señores de la guerra en la reorganización romana de la Anatolia meridional», RStAnt, 43 (2013), pp. 77-108.

B

eek

, A. L.: «Pontic Sea-Dogs. The pirates of Mithridates», Ancient Warfare, X. 3 (2016), pp. 36-37.

D

ucin

, St.: «Lucius Licinius Lucullus and the Operations of the Roman Fleet between 87-86 B.C.», Lucius Cornelius Sulla. History and Tradition (Lublin, 2013), pp. 65-78.

M

aróti

, E.: «Die Rolle der seeräuber in der Zeit der Mithridatischen Kriege», Ricerche storiche ed economische in memoria di C.

Barbagallo, I (Nápoles, 1970), pp. 481-493.

M

attingly

, H. B.: «M. Antonius, C. Verres and the sack of Delos by the pirates», «Philias Charin». Miscellanea di studi classici in onore di Eugenio Manni. Tomo IV (Roma, 1980), pp. 1489-1515.

Ñ

aco del Hoyo

, T.: «Roman and Pontic Intelligence Strategies: Politics and War in the Time of Mithradates VI», War in History, 21 (2014), pp. 401-421.

R

aven

, E. J. P.: «The Hierapytna Hoard of Greek and Roman Coins», NC, 18 (1938), pp. 133-158.

ACCIONES EN CILICIA ANTES DE SERVILIO VATIA

A

rnaud

, P.: «Sylla, Tigranes et les Parthes. Un nouveau document pour la datation de la propréture de Sylla: Sidoine Apollinaire, “Paneg.

Aviti", 79-82», REA, 93 (1991), pp. 55-64.

B

adian

, E.: «Sulla's Cilician Command», Athenaeum, 37 (1959), pp. 279-303.

B

allesteros Pastor

, L.: «The Meeting between Marius and Mithridates and the Pontic Policy in Cappadocia», Cedrus, 2 (2014), pp. 225-239.

B

rennan

, T. C.: «Sulla's Career in the Nineties: Some Reconsiderations», Chiron 22 (1992), pp. 103-158.

D

e Michele

, L.: «Note prosopografiche sui governatori d'Asia tra il 98 e l'88 a. C.», Acme, 51 (1998), pp. 211-219.

K

eaveney

, A.: «Sulla's Cilician Command: the Evidence of Apollinaris Sidonius», Historia, 44 (1995), pp. 29-36.

K

reiler

, B. M.: «Der Prokonsol Lentulus, der Imperator Murena und der Proqüastor Lucullus», Tyche, 21 (2006), pp. 73-82.

L

uce

, T. J.: «Marius and the Mithridatic command», Historia, 19 (1970), pp. 161-194.

S

herwin-White

, A. N.: «Ariobarzanes, Mithridates and Sulla», CQ, 27 (1977), pp. 173-183.

S

ordi

, M.: «La legatio in Cappadocia di C Mario nel 99-98 a. C.», RIL, 107 (1973), pp. 370-379.

T

hein

, A.: «Dolabella's Naval Command», Sulla. Politics and Reception (Berlín/Boston, 2019), pp. 71-88.

V

itale

, M.: «Kibyra, die Tetrapolis und Murena: eine neue Freiheitsära in Boubon und Kibyra?», Chiron, 46 (2012), pp. 551-566.

LA CAMPAÑA DE SERVILIO VATIA

F

erri

, G.: «Una testimonianza epigrafica dell'evocatio? Su un'iscrizione di Isaura Vetus«, Giornata di studi in onore di Lidio Gasperini (Roma, 2011), pp. 183-194.

K

eyser

, P. T.: «Sallust's Historiae, Dioskirides and the Sites of the Korykos captured by Servilius Vatia», Historia, 46 (1997), pp. 64-79.

L

enski

, N.: «Assimilation and Revolt in the Territory of Isauria, from the 1st Century BC to the 6th Century», JESHO, 42 (1999), pp. 413-465.

M

aróti

, E.: «Die Feldzug des P. Servilius Vatia gegen die Seeräuben Südanatoliens», AAntHung, 32 (1989), pp. 309-316.

O

rmerod

, H. A.: «The Campaigns of Servilius Isauricus against the Pirates», JRS, 12 (1922), pp. 35-56.

P

eek

, W.: «Orakel aus Dodona für den Piratenkönig Zeniketes», ZPE, 30 (1978), pp. 247-248.

R

amsay

, W. M.: «Anatolica Quaedam, I: the Campaigns of Servilius Isauricus», JHS, 48 (1928), pp. 46-50.

T

ozan

, M.: «The Naval Expedition of Servilius Isauricus in Western Pamphylia: Conquest or Re-Conquest?», ADerg, 23 (2018), pp. 199-207.

U

ğurlu

, E.: «Olympos and the Localisation of Zeniketes' Fortress», Adalya, 10 (2007), pp. 1-23 [en turco].

LOS SECUESTROS DE JULIO CÉSAR Y CLODIO

Á

lvarez Pérez-Sostoa

, D.: «Prisioneros de los piratas: política y propaganda en la captura de Julio César y Clodio», Veleia, 28 (2011), pp. 64-81.

C

alvelli

, L.: Il tesoro di Cipro. Clodio, Catone e la conquista romana dell'isola, Venecia, 2020.

G

ünther

, L.-M.: «Caesar und die Seeräuber - eine Quellenanalyse», Chiron, 29 (1999), pp. 321-337.

H

errmann

, L.: «Deux épisodes de la vie de César», RBPh, 16 (1937), pp. 577-589.

O

sgood

, J.: «Caesar and the pirates: or how to make (and break) and ancient life», G&R, 57 (2010), pp. 319-336.

P

owell

, L.: «They Thought He Was Joking. Julius Caesar and the Cilician Pirates», Ancient Warfare, 16/1 (2023), pp. 24-27.

T

ozan

, M.: «Some Remarks on the Date of Caesar's Capture by Cilician Pirates», Adalya, 19 (2016), pp. 133-150.

W

ard

, A. M.: «Caesar and the Pirates», CPh, 70 (1975), pp. 267-268.

W

ard

, A. M.: «Caesar and the Pirates ii: The Elusive M. Iunius Iuncus and the Year 75/4», AJAH, 2 (1977), pp. 26-36.

SERTORIO

A

rrayás Morales

, I.: «Más piratas que corsarios. Mitrídates Eupátor y Sertorio ante el fenómeno pirático», Latomus, 72 (2013), pp. 96-121.

B

ayo Fuentes

, S.; M

oratalla Jávega

, J. y S

ala Sellés

, J.: «Arqueología de la conquista romana en la Contestania ibérica. Los fortines tardorrepublicanos de la costa y la vigilancia del camino hacia Carthago Nova », De Ilipa a Munda. Guerra e conflicto

no sul da Hispânia – Guerra y conflicto en el sur de Hispania (Lisboa, 2021), pp. 93-105.

C

allegarin

, L.: «Considérations sur le périple sertorien dans la zone du détroit de Gibraltar (81-78 av. J.-C.), Pallas, 60 (2002), pp. 11-43.

C

haves Tristán

, F.; G

arcía Vargas

, E. y F

errer Albelda

, E.: «Sertorio: de África a Hispania», L'Africa romana. Atti del XIII Convengo di studi, ii (Roma, 2000), pp. 1463-1486.

C

osta Ribas

, B.: «Un episodio de las guerras civiles en la isla de Ibiza: La ocupación de Ebusus por Sertorio», L'Africa romana. Atti del XIV convengo di studio. Lo spazio marítimo del Mediterráneo occidentale: geografia storica ed economica, I (Sassari, 2002), pp. 665-679.

D

elgado Delgado

, J. A.: «De Posidonio a Floro: las Insulae Fortunatae de Sertorio», Revista de historia canaria, 177 (1993), pp. 61-74.

E

l Houcine

, R.: «Plutarque (Vitae Parallelae, viii) et les pirates du détroit de Gibraltar à la fin du Ier siècle av. J.-C.», Africa romana. Mobilità delle persone e dei popoli, dinamiche migratorie, emigrazioni ed immigrazioni nelle province occidental dell'Impero romano. Atti del XVI convegno di studio. Volume primo (Sassari, 2006), pp. 321-336.

G

arcía Mora

, F.: «El periplo sertoriano», Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar. Actas. Tomo. Arqueología Clásica e Historia Antigua (Madrid, 1995), pp. 197-209.

G

arcía Morá

, F.: «Mithridates y Sertorio», FIl, 2 (1991), pp. 215-223.

G

errish

, J.: «The Blessed Isles and Counterfactual History in Sallust», Histos, 12 (2018), pp. 49-70.

K

orolenkov

, A. V.: «Mithridates and Sertorius», Ruthenia Classica Aetatis Novae. A Collection of Works by Russian Scholars in Ancient Greek and Roman History (Stuttgart, 2013), pp. 159-172.

M

cAlhany

, J.: «Sertorius between Myth and History: the Isles of the Blessed Episode in Sallust, Plutarch & Horace», CJ, 112 (2016), pp 57-76.

M

ederos Martín

, A.: «El periplo insular y continental norteafricano de Sertorio (81-80 a. C.)», Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al prof. Jehan Desanges (Sevilla, 2009), pp. 99-116.

M

oratalla Jáveha

, J. y S

ala Sellés

, F.: «Las guerras sertorianas en el entorno de Dianium: ¿un modelo de interacción entre íberos y romanos?», Perspectivas y novedades de la historia militar. Una aproximación global. Tomo I (Madrid, 2015), pp. 241-252.

P

eña Domínguez

, P.: «Las aportaciones de las fuentes literarias y arqueológicas a la interpretación del campamento tardorrepublicano de Villajoyosa», Iberian, 7/1 (2013), pp. 52-90.

P

érez Vilatela

, L.: «Denia entre Sertorio, Pompeyo y los piratas», Anals de la Real Acadèmia de Cultura Valenciana, 69 (1991), pp. 33-62.

S

ala Sellés; F.; Bayo Fuentes

, S. y

Moratalla Jávega

, J.: « Dianium, Sertorio y los piratas cilicios. Conquista y romanización de la Contestania ibérica», Piratería y seguridad maritima en el Mediterráneo Antiguo (Sevilla, 2013), pp. 187-210.

S

ala Sellés

, F. ET ALII: «Las huellas de las guerras sertorianas en el sureste de Hispania: elementos para la revisión histórica», La guerre et ses traces. Conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (IIIe-Ier s. a. C.) (Burdeos, 2014), pp. 181-202.

B

aldwin

, B.: «Two Aspects of the Spartacus Slave Revolt», CJ, 62 (1967), pp. 289-294.

K

amienik

, R.: «Spartacus und die Seeräuber», Altertum, 27 (1981), pp. 119-121.

K

amienik

, R.: «Spartakus i morze», Annales Universitatis Mariae Curie-Skłodowska. Sectio F, Historia, 46-47 (1991-1992), pp. 71-80.

M

ahaffy

, J. P.: «The Slave Wars against Rome», Hermathena, 7 (1890), pp.

167-182.

M

aróti

, E.: «“De suppliciis”. Zur Frage der sizilianischen Zusammenháge des Spartacus-Aufstandes», AAntHung, 9 (1961), pp. 41-70.

LA CAMPAÑA DE MARCO ANTONIO «CRÉTICO»

D

ay

, S.: «The Date and Scope of M. Antonius Creticus’ Command against the Pirates», Historia, 66 (2017), pp. 298-330.

F

oucart

, P.: «Les campagnes de M. Antonius Creticus contre les pirates, 74-71», JS, 4 (1906), pp. 569-581.

G

arbugino

, G.: «Osservazioni sulla struttura dei libri ii e iii delle Historiae di Sallustio», Evphrosyne, 48 (2020), pp. 27-43.

K

udryavtseva

, T. V.: «Reconsidering the imperium infinitum of Marcus Antonius Creticus», Vestnik of Saint Petersburg University. History, 64 (2019), pp. 937-950.

L

inderski

, J.: «The Surname of M. Antonius Creticus and the Cognomina ex victis gentibus », ZPE, 80 (1990), pp. 157-164.

M

aróti

, E.: «On the Problem of M. Antonius Creticus Imperium Infinitum », AAntHung, 19 (1971), pp. 259-272.

M

attingly

, H. B.: «M. Antonius, C. Verres and the sack of Delos by the pirates», «Philias Charin». Miscellanea di studi classici in onore di Eugenio Manni. Tomo IV (Roma, 1980), pp. 1489-1515.

S

chulten

, A.: «Eine unbekannte Topographie von Emporion (Sallust. hist. iii.

6)», Hermes, 60 (1925), pp. 66-73.

LA CONQUISTA DE CRETA

A

mela Valverde

, L.: «Metelo en Creta», Varia Nummorum XIV (Sevilla, 2022), pp. 389-396.

B

aldwin Bowsky

, M. W.: «When the flag follows trade. Metellus, Pompey and Crete», Roman Military Studies (Cracovia, 2001), pp. 31-72.

C

haniotis

, A.: «What Difference Did Rome Make? The Cretans and the Roman Empire», The Provinces Strike Back: Imperial Dynamics in the Eastern Mediterranean (Helsinki, 2008), pp. 83-105.

D

e Souza, Ph

.: «Late Hellenistic Crete and the Roman Conquest», Post-Minoan Crete. Proceedings of the Colloquium Held by the British School at Atenas in November 1995, British School at Atenas Studies, vol. 2,

(Londres, 1998), pp. 112-116.

G

allimore, Sc

.: «An Island in Crisis? Reconsidering the Formation of Roman Crete», AJA, 123 (2019), pp. 589-617.

M

etenidis

, N.: «Artemis Ephesia: the political significance of the Metellus coins», Post-Minoan Crete: Proceedings of the First Calloquium (Londres/Atenas, 1998), pp. 117-122.

P

asserini

, A: «La preparazione della guerra contro Creta nel 70 a. C.», Athenaeum, 14 (1936), pp. 45-53.

S

anders

, I. F.: Roman Crete, Warminster, 1982.

A

dak

, M. y K

okkinia, Chr

.: «Homer in Rough Cilicia: A Late Hellenistic Metrical Inscription from Latmos», Philia, 5 (2019), pp. 1-19.

A

mela Valverde

, L.: «Dedicatoria a Pompeyo procedente de Side (AE 1966 462 = IK 43 54 = I.Side 101)», SEBarc, 5 (2004), pp. 11-24.

A

mela Valverde

, L.: «La campaña de Pompeyo Magno contra los piratas en Hispania (67 a. C.)», HAnt, 30 (2006), pp. 7-20.

A

tkinson

, K.: «Judean Piracy, Judea and Parthia, and the Roman Annexation of Judea: The Evidence of Pompeius Trogus», Genethliakon. Studies on the Occasion of the Centenary of the Establishment of the Department of Ancient History of the Jagiellonian University (Cracovia, 2022), pp. 127-145.

C

oudry

, M.: «Des cités pour les pirates: une utopie de Pompée?», Politica Antica, 5 (2015), pp. 75-98.

D

e Souza, Ph

.: «Anti-Piracy Imperialism. Pompey and the Pirates», Ancient Warfare, 16/1 (2023), pp. 28-35.

D

euling

, J. K.: «Pompey and the Pirates: Settling the Seleucids Once and for All», New Perspectives in Seleucid History, Archaeology and Numismatics. Studies in Honor of Getzel M. Cohen (Berlín/Boston, 2020), pp. 756-764.

D

euling

, J. K.: «Pompey and the Pirates: Settling the Seleucids Once and for All», New Perspectives in Seleucid History. Archaeology and Numismatics Studies in Honor of Getzel M. Cohen (Berlín/Boston, 2020), pp. 756-764.

D

önmez-Öztürk

, F.: «Gnaeus Pompeius Magnus ve Korsanlık», Aktüel Arkeoloji, 24 (2011), pp. 96-101.

E

sch

, T.: «Zur kommunalen Neuordnung Kleinasiens durch Pompeius: Kilikia Pedias und Pontos – Ein Vergleich», Studien zum antiken Kleinasien V ii (Bonn, 2011), pp. 35-95.

F

ernández Vizcaíno

, B.: «La piratería en la Roma republicana: lex Gabinia de piratis persequendis », RIDROM, 15 (2015), pp. 403-461.

G

roebe

, P.: «Zur Seeräuberkriege des Pompeius Magnus (67 v. Chr.)», Klio, 10 (1910), pp. 374-389.

K

oehn

, C.: «Pompey's Command against the Pirates in 67 BC: a Reconfiguration», Mnemón, 9 (2010), pp. 193-206.

K

udryavtseva

, T. V.: «Pompey's Extraordinary Powers against the Pirates: Old Discussion and New Relevance», Mnemón, 16 (2016), pp. 153-172 [en ruso].

L

uc

, I.: «The Cn. Pompey's War against the Pirates», Distinguished Romans of the Late Period of the Republic. Gnaeus Pompeius Magnus (106-48 BC) (Katowice, 2018), pp. 13-33 [en polaco].

M

organ

, M. G.: «Catullus and the Annales Volusi», QUCC, 4 (1980), pp. 59-67.

N

ovillo López

, M. A.: «La campaña de Pompeyo contra los piratas», Historia National Geographic, 127 (2014), pp. 12-15.

O

rmerod

, H. A.: «The distribution of Pompey's forces in the Campaign of 67 BC», Liverpool Annals of Archaeology & Anthropology, 10 (1923), pp. 46-51.

P

acheco López

, C. J.: «Pompeyo contra los piratas», Desperta Ferro. Antigua y Medieval, 4 (2011), pp. 60-65.

P

ulci Doria Breglia

, L.: «I legati di Pompeo durante la guerra piratica», AFLN, 13 (1970-1971), pp. 47-66.

P

ulci Doria Breglia

, L.: «La provincia di Cilicia e gli ordinamenti di Pompeo», RAAN, 47 (1972), pp. 327-387.

R

omano

, D. G: «Pirates, Slaves and Colonies in the Roman Peloponnesos», What's New in Roman Greece? Recent Work on the Greek Mainland and the Islands in the Roman Period (Atenas, 2018), pp. 55-64.

R

ubino

, C.: «Pompeyo Magno, los piratas y la introducción del mitraísmo en el Imperio romano según Plutarco», Latomus, 65 (2006), pp. 915-927.

S

iewert

, P.: «Le deportazioni di Tigrane e Pompeo in Cilicia», Coercizione e mobilità umana nel mondo antico (Milán, 1995), pp. 225-235.

T

réguier. É

.: «Pompée vs. pirates, première guerre contre la terreur», Guerres & Histoire, 28 (2015), pp. 78-82.

T

röster

, M.: «Roman Hegemony and non-state violence: a fresh look at Pompey's campaign against the Pirates», G&R, 56 (2009), pp. 14-33.

SEXTO POMPEYO

Á

lvarez-Ossorio Ribas

, A.: «Sexto Pompeyo ¿Un pirata romano?», Piratería y seguridad

marítima en el Mediterráneo Antiguo (Sevilla, 2013), pp. 211-232.

A

mela Valverde

, L.: «Sexto Pompeyo, imperator pirata», Desperta Ferro, 6 (2011), pp. 22-27.

B

erdowski

, P.: «“Mare Pacavi a praedonibus”. Octavian and the Origins of the Accusations of Piracy against Sextus Pompey», Eos, 104 (2017), pp. 267-284.

G

owing

, A. M.: «Pirates, Witches and Slaves: The Imperial Afterlife of Sextus Pompeius», Sextus Pompeius (Londres, 2002), pp. 187-211.

M

aróti

, E.: «Die Rolle der Seeräuberei zur Zeit der römischen Bürgerkriege», Altertum, 7 (1961), pp. 32-41.

M

aróti

, E.: «Die Rolle der Seeräuber unter den Anhängern des Sextus Pompeius», Sozialökonomische Verhältnisse im alten Orient und im klassischen Altertum (Berlín, 1961), pp. 208-216.

W

atson

, L.: «Horace and the Pirates», Sextus Pompeius (Londres, 2002), pp. 213-228.

LA PIRATERÍA EN EL PRINCIPADO

Á

lvarez-Ossorio Rivas

, A.: «Augusto, la paz y los piratas», Guerra y paz. Las religiones ante los conflictos bélicos en la Antigüedad (Sevilla, 2016), pp. 161-178.

Á

lvarez-Ossorio Rivas

, A.: «Deudores que evitan nuevas deudas: la utilización por parte de Roma de antiguos líderes piratas para prevenir la piratería en Asia Menor durante el primer siglo del principado», Perdona nuestras deudas (Santander, 2007), pp. 101-112.

Á

lvarez-Ossorio Ribas

, A.: «El Alto Imperio romano y la violencia en el mar. La inserción de antiguos piratas en la marina de guerra», Actas del VI Encuentro de Jóvenes Investigadores (Madrid, 2007), pp. 151-164.

B

raund

, D.: «Piracy under the principate and the ideology of imperial eradication», War and Society in the Roman World (Londres, 1993), pp. 195-212.

T

ramonti

, S.: «La pirateria in età imperiale romana. Fenomenologia di una struttura», RavstoRic, 1 (1990), pp. 137-175.

LA TUMBA DE JASÓN

A

vigad

, N.: «Aramaic Inscriptions in the Tomb of Jason», IEJ, 17 (1967), pp. 101-111.

B

arag

, D.: «The Tomb of Jason Reconsidered», « Follow the Wise ». Studies in Jewish History and Culture in Honor of Lee I. Levine (Winona Lake, 2010), pp. 145-161.

P

rice

, J. J. y Yardeni, A.: «Jason's Tomb», Corpus Inscriptionum Iudaeae/ Palaestinae. Volume I: Jerusalem. Part 1: 1-704. A Multi-Lingual Corpus of the Inscriptions from Alexander to Muhammad (Berlín/ Nueva York, 2010), pp. 413-421.

R

ahmani

, Y.: «Jason's Tomb», IEJ, 17 (1967), pp. 61-100.

SOBRE LOS PECIOS

B

aratte

, F.; «La trouvaille de Mahdia et la circulation des œuvres d'art en Méditerranée», Carthage, l'histoire, sa trace et son écho. Les Musées de la ville de París, Musée du Petit Palais, 9 mars, 2 juillet 1995 (París, 1995), pp. 210-220.

C

arcopino

, J.: «Sylla et les fouilles sous-marines de Mahdia», Mélanges offerts à M. Nicolas Iorga par ses amis de France et de pays de langue française (París, 1933), pp. 167-181.

F

elicie

, E.: «Il Direttore cieco. Lamboglia e Roghi scavano Spargi», L'archeologo subacqueo, 20/3 (2014), pp. 6-18.

H

emingway

, S.: «Seafaring, Shipwrecks, and the Art Market in the Hellenistic Age», Pergamon and the Hellenistic Kingdoms of the Ancient World (Nueva York, 2016), pp. 85-91.

J

ones

, A.: A Portable Cosmos. Revealing the Antikythera Mechanism, Oxford, 2017.

K

altsas

, N.;

Vlachogianni, E

. y

Bouyia, P

. (eds.): The Antikythera Shipwreck. The Ship, the Treasures, the Mechanism, Atenas, 2012.

K

atzev

, S. W.: «The Ancient Ship of Kyrenia, Beneath Cyprus Seas», Great Moments in Greek Archaeology (Oxford, 2017), pp. 286-299.

K

atzev, S. W. y Swiny, H. W

. (eds.): The Kyrenia Ship Final Excavation Report, Volume I: History of the Excavation, Amphoras, Ceramics, Coins and Evidence for Dating, Oxford, 2022.

K

ieburg

, H.: «Von Piraten versenkt? Das Schiffswrack von Kyrenia und die Debatte um einen Seeräuberüberfall», Antike Welt, [2] (2016), pp. 12-17.

Q

uercia

, A. ET ALII: «Roman Pottery from an Intensive Survey of Antikythera, Grece», ABSA, 106 (2011), pp. 47-98.

R

idgway

, B. S.: «The wreck off Mahdia, Tunisia and the art-market in early 1st c. B.C.», Journal of Roman Archaeology, 8 (1995), pp. 340-347.

S

alies, G. H.; Von Prittwitz, H.-H

. y G

affron, G. B

. (eds.): Das Wrack. Der antike Shiffsfund von Mahdia. 2 vols., Colonia, 1994.